CONFUCIO Y MENCIO

LOS LIBROS CANÓNICOS CHINOS

EL CHU-KING * EL TA HIO * EL LUN-YU
EL TCHUNG-YUNG * EL MENG-TSEU

LOS CINCO GRANDES LIBROS DE POLÍTICA, MORAL
Y FILOSOFÍA DE LA ANTIGUA CHINA
Traducción, noticias preliminares y notas de
JUAN B. BERGUA

No obstante las numerosas notas destinadas a completar el texto, sería para el lector del mayor interés tener al alcance de la mano el tomo primero de la HISTORIA DE LAS RELIGIONES, de Juan B. Bergua, donde en el capítulo destinado a China se trata ampliamente de las religiones de este país; así como la MITOLOGIA UNIVERSAL, también de Juan B. Bergua.

CONFUCIO Y MENCIO

Colección «TESORO LITERARIO» núm. 20

CONFUCIO (Kung-Fu-Tsé)
y
MENCIO (Meng-Tsé)

LOS LIBROS CANONICOS CHINOS

LA RELIGION Y LA FILOSOFIA MAS ANTIGUAS
Y LA MORAL Y LA POLITICA MAS PERFECTAS
DE LA HUMANIDAD

TRADUCCION, NOTICIAS PRELIMINARES
Y NOTAS DE
JUAN B. BERGUA

SEGUNDA EDICION

CLASICOS BERGUA

www.edicionesibericas.es

© Juan B. Bergua, 1969
Clásicos Bergua - Madrid
(España)

Depósito Legal: AV. 127.—1969
Número de Registro: 3551 - 53

Impreso en España
Printed in Spain

Imprenta «Teresa de Jesús».—Calderón de la Barca, 7. AVILA

NOTICIA PRELIMINAR

EL PAIS DE LOS «HIJOS DEL CIELO»

No se sabe nada sobre los orígenes de la China. La cronología no ofrece seguridad alguna sino a partir del siglo VIII antes de nuestra era. Los chinos, divididos en pequeños principados feudales, ocupaban entonces la cuenca media del río Amarillo, rodeados por todas partes de bárbaros. Los señores reconocían la autoridad de los «Hijos del cielo», reyes de la dinastía Tcheu, que habían sucedido, según parece, a las dinastías Hia y Yin. Del siglo VIII al VI, varios Estados feudales trataron de obtener la supremacía. Del siglo V al siglo II, la lucha se circunscribió entre dos de ellos: Ts-in y Tch-u. En el siglo III, Ts-in realizó la unidad de China, creó el Imperio y empezó la lucha contra los Hiong-nu. A partir de este momento se sucedieron diversas dinastías imperiales. Los Han (siglo II a. de J., II d. de J.) acabaron la unificación del Imperio y colonizaron toda la cuenca del río Azul; tras destruir el poder de los Hiong-nu, se pusieron en contacto con los tibetanos y establecieron relaciones con diferentes pueblos de Asia Central. En esta época fue cuando el budismo se introdujo en China.

Los Tang (siglos VII al IX), tras rehacer la unidad del Imperio, que había vuelto a dividirse en numerosos principados, lucharon contra los turcos y conquistaron la mayor parte de Asia, hasta la Dzungaria; pero luego

fueron vencidos por una coalición de árabes y tibetanos. Por entonces, el comercio chino penetró profundamente en Europa por el camino de la seda y por las vías marítimas. Tras un período aún de feudalismo disgregante, los Sing (960-1280) gobernaron en toda la China; pero, vencidos por los tártaros, tuvieron que refugiarse en la China del Sur; los tártaros fueron vencidos, a su vez, por la invasión mongola. Con la dinastía de los Yuan, efímera dinastía mongola, coincidió una larga expansión política y comercial, y fue entonces, cuando la China se abrió a los extranjeros y a la propaganda cristiana. Una reacción nacional trajo al poder a la dinastía de los Ming, que fueron reemplazados por otra dinastía extranjera: la de los Ts-ing (1644-1912).

Los primeros emperadores de esta dinastía volvieron a emprender la conquista del Asia Central; pero sus sucesores fueron molestados por los progresos rusos en Siberia y la llegada y establecimiento al sur, con pretextos culturales y de protección (comerciales y coloniales en realidad), de diferentes Estados europeos. Vencidos por Inglaterra, Francia y el Japón, que resucitaba rápidamente, tuvieron que ceder la soberanía de Anam, Corea y Formosa y abrir a los extranjeros las puertas del resto del Imperio (1839-1895), y con todo ello encender el avispero que aún zumba, cada día más amenazador.

Un movimiento nacionalista (el asunto llamado de los «Boxers», 1898-1900) contra los intrusos extranjeros que se habían hecho conceder por la fuerza diversos territorios chinos en una especie de arriendo, originó la intervención de ocho naciones, entre ellas el Japón, para quien aquel vecino enorme, blando y sin organización ni fuerza, era bocado fácil y apetitoso; terreno ideal para su expansión (1).

La guerra ruso-japonesa, que tuvo lugar, por cierto, en territorio chino, dio ocasión al establecimiento de los japoneses en Manchuria y Corea. Tanta humillación y desastre hizo impopular a la dinastía reinante, ocasionando la revolución al sur, en Cantón, dirigida por Sun Yat-sen, médico chino, educado en Europa, protestante y socialista, y la proclamación de la República. El norte, tras el suicidio de Yuan Che-kai, que de virrey se había erigido en emperador, comenzó un período de dictaduras militares y de anarquía, que no acabó sino cuando Tchang Kai-chek, sucesor de Sun Yat-sen, muerto en 1925, entró en Pekín (1928) y se hizo proclamar presidente de la República.

Luego fue la ocupación de Manchuria por los japoneses en 1931, la de la provincia de Jehol en 1932 y la formación del Estado independiente del Manchukuo, al frente del cual los invasores pusieron a un rey fantasma: a Pu-Yi, heredero destronado de la caída dinastía Mandchu. Resultado de todo ello: la guerra chino-japonesa, en la que este país no pudo obtener un triunfo definitivo a causa de la ayuda eficaz y descarada prestada a los chinos por Inglaterra, los Estados Unidos y la U.R.S.S.

En 1941, China declaró la guerra al Eje (Alemania, Italia, Japón) y luchó junto a los aliados en Birmania. La derrota de los japoneses devolvió a los chinos cuantos territorios les habían arrebatado aquéllos; pero al mismo tiempo estalló la rivalidad entre el partido comunista (que había aprovechado las luchas y desórdenes anteriores de su país para organizarse poderosamente, apoyado por la Rusia soviética) y el nacionalista de Tchang Kai-chek. Dueños los comunistas de la China del Norte desde 1947, continuaron progresando, y en 1949, tras apoderarse de Shanghai y amenazar Nankín, obligaron a Tchang Kai-chek a refugiarse en Formosa, donde sigue, sostenido por los americanos.

Al punto se inició la supremacía de Mao, que aún continúa.

LAS PRIMERAS MISIONES EN CHINA

Como dicho queda, fue la dinastía mongola la que abrió el misterioso país de Oriente a los extranjeros, y con ello, a la propaganda cristiana. Recuérdese que Marco Polo (1254-1323) llegó a China, luego de haber atravesado Badakhchan y el desierto de Gobi, siendo recibido favorablemente por el Gran Khan (Kublai-khan), de cuya personalidad, corte, grandeza y dominios hizo tan brillante y fabulosa relación en su libro. Pero esta primera propaganda cristiana, empezada con los mongoles por misiones tanto católicas como protestantes, se vio pronto interrumpida, no volviendo a iniciarse seriamente sino a principios del siglo XVII, desde cuya época ha continuado de una manera regular, bien que con suerte varia, hasta el advenimiento de la República china, en que pudo intensificarse gracias a la proclamación por el nuevo Estado de la libertad de cultos. Actualmente, con el comunismo, parece haber entrado en una fase menos favorable. Pero dejemos esto, mal conocido aún, para ocuparnos de algo de mucho interés; es decir, del estado social y religioso del enorme Imperio de los «Hijos del Cielo» cuando los misioneros jesuitas, a principios del siglo XVII, volvieron a pisar el suelo del Celeste Imperio.

LA GRAN SORPRESA

China fue siempre un pueblo, o reunión de pueblos, misterioso para los europeos. Si hoy mismo no se sabe gran cosa de la evolución que en él se está realizando, antes de su «comunización» no estábamos tampoco mucho mejor informados. Durante siglos, el Lejano Oriente estuvo totalmente aislado de los focos de civilización occidental. Ni la guerra y el comercio, medios de comunicación por excelencia entre los pueblos, a los que, como a los hombres, nada les mueve tanto como el interés, pudieron quebrantar su aislamiento. Grecia y

Roma no parece que tuvieron, o apenas, contacto con el remoto Imperio de los «Hijos del Cielo». Alejandro detuvo sus conquistas muy lejos de sus fronteras de entonces. Fue preciso llegar al siglo XIII, en época de la primera dinastía mongola, para que el remoto y misterioso país empezase al fin a hacerse permeable a la curiosidad europea. Entonces, algunas informaciones inciertas de comerciantes audaces y, sobre todo, los interesantísimos y seguramente exagerados relatos de Marco Polo, empezaron a descorrer un poco el velo que durante tantos siglos había envuelto a quellos nebulosos países lejanos. En fin, en el siglo XVII y siguientes, la audacia, valor y tesón de las misiones, la incontenible expansión comercial, el avance ruso en Siberia, la rapacidad del Japón naciente y las codicias e insolencias europeas en busca de mercados, permitieron descorrer con alguna amplitud el velo que envolvía a la misteriosa esfinge. Velo que ha vuelto a caer no menos espeso desde que el comunismo ha clavado su garra en aquel país.

Pero aquellos ardientes misioneros jesuitas del siglo XVII, ¿qué encontraron, cómo vieron al pueblo chino, en el que tan audaz y valerosamente pusieron sus plantas al comenzar el mencionado siglo? Si juzgamos por ayer mismo (y puede hacerse sin temor a errores graves, dado el mortecino evolucionar hasta hace poco de este pueblo), verían y encontrarían, como fácil es imaginar, un extraño hormiguero humano, víctima físicamente del hambre, de la desigualdad social y de la miseria; espiritualmente, un rebaño oscuro, sumido en cultos extraños, mágicos y supersticiosos, al que unos cuantos mandarines, déspotas e insolentes, imponían su férula arbitraria. Verdadera manada de esclavos, regidos caprichosamente por gobernadores dependientes de un soberano tan misterioso como ridículo e inaccesible. Un pueblo inmenso, cuya religión o religiones eran una mezcla absurda y disparatada de ceremonias extrañas, sacrificios torpes, cultos brujos y pagodas llenas de bonzos pedigüeños e ignorantes y de ídolos grotescos.

Un país ideal, en fin, para ser instruido, redimido y liberado.

Y luego, poco a poco, a medida que los portadores de la nueva fe fueron aprendiendo el idioma y conociendo verdaderamente almas y país, sus costumbres y, sobre todo, su pasado, ¡la gran sorpresa!

Es decir, la serie de sorpresas sucesivas que les fueron enseñando: primero, que aquel pueblo, tan necesitado de ayuda, aquel pueblo hambriento y atrasado, había sido la cuna de la civilización humana; segundo, que sus religiones habían tenido como base otras de una sabiduría y de una moral asombrosamente perfectas. En fin, que jamás una doctrina religiosa conserva mucho tiempo su pureza original, sino que pronto, al contrario, se desfigura y torna imposible de reconocer a causa de su mezcla con los restos de los elementos atávicos de las religiones precedentes; de tal modo, que en el transcurso de los tiempos sus adeptos acaban por poner «religiosamente» en práctica, o sea con todo celo y buena fe, preceptos diametralmente opuestos y hasta contrarios a los de su fundador.

Por muy dichosos, en efecto, se debieron de dar aquellos buenos misioneros, de que la casualidad hubiese hecho nacer en China sabios de una inteligencia tan clara y de un espíritu tan noble y tolerante cual los fundadores de los sistemas religiosos y morales seguidos por los hombres que pretendían evangelizar, pues de otro modo diversa hubiese sido su suerte y muy distinta la afable acogida que obtuvieron.

¿Quiere esto decir que las ideas admirables de aquellos sabios ilustres siguiesen enteramente en vigor? Evidentemente, no, puesto que, siendo los ideales de los pueblos lo que más contribuye a su grandeza, y dominando siempre a las otras naciones aquellas que poseen los ideales más elevados, no hubiese podido el pueblo chino llegar al estado de decadencia y abatimiento espiritual y material en que le encontraban, de haberse conservado intacta la grandeza del tesoro moral de aquellos antiguos filósofos.

Pero veamos un poco estos sistemas religiosos a que hago referencia, cuya tolerante moral permitió a los misioneros jesuitas empezar a batir en brecha, sin grave perjuicio personal para ellos, lo que los hombres suelen defender de ordinario con más fanático tesón: sus creencias religiosas.

LAS RELIGIONES DE CHINA *

Cuando las doctrinas de los Evangelios empezaron a intentar abrirse paso en el Imperio chino, había en este vasto país tres religiones oficiales o, si se quiere, tres manifestaciones diferentes, puesto que las tres se completaban, de la religión admitida, a saber: el confucismo, el taoísmo y el budismo. Las dos primeras, originarias del país; la última, importada, bien que ya perfectamente aclimatada y admitida desde el siglo I de nuestra era.

Digo que se completaban porque cada una de ellas por sí sola no era capaz de satisfacer esa inquietud espiritual, mezcla de temor, duda, interés y esperanza que hace a las criaturas religiosas. Temor y duda de que la muerte no acabe con las sensaciones; interés y esperanza de obtener algo bueno en el más allá; y, por ello, el tratar de atraerse, mediante preces y ofrendas, el favor de los seres a los que temen y de los que esperan.

El confucismo, filosofía más que religión propiamente dicha, sólo hubiese bastado para aquellos que, seguros de la fuerza de sus creencias, cruzaban la vida protegidos por una serena calma estoica. Los perseguidos, en cambio, por dudas ultraterrenas hallaban un bálsamo consolador en las doctrinas metafísicas del budismo. Los aún más perseguidos por los temores de lo desconocido, por las tinieblas del más allá y por la duda de lo que pudiera existir tras la muerte, éstos encontra-

* Véase en el tomo I de mi *Historia de las Religiones* todo lo relativo a las de la China y a Confucio, tratado allí con la debida amplitud.

ban en los dogmas taoístas con qué dar paz a su espíritu atormentado.

¿Cómo y en qué proporción estaban (y están aún) repartidas las tres creencias?

Preciso es reconocer, ante todo, que siempre, en el transcurso de los siglos, el confucismo fue la doctrina predominante en la corte y entre los hombres letrados. Como es preciso declarar que si budismo y taoísmo fueron constantemente tolerantes con su rival, éste no se mostró asimismo tan transigente, bien que sus persecuciones no adquiriesen jamás el grado de fanatismo y de crueldad de las persecuciones religiosas en Occidente. Y ello, sin duda, porque, siendo el confucismo, como dicho queda, más bien filosofía que religión, jamás una filosofía empuja a sus adeptos a persecuciones implacables. Además, si en Occidente las guerras políticas fueron siempre sostenidas por violentos celos religiosos, en China, por el contrario, se ha solido dar carácter religioso, para justificarlas, a la mayor parte de las luchas políticas (2).

Todo ello daba como resultado que si los letrados confucistas despreciaban el budismo, el taoísmo y a su clero, muy inferior a ellos en cultura, el pueblo, sin hacer una distinción especial entre las tres creencias, usaba las tres religiones, aplicando los preceptos de cada una como mejor convenía a cada circunstancia y a cada momento. Así, el dicho chino «las tres religiones no hacen sino una» era la regla general, regla que permitía a cada uno ir al templo que más le placía (3).

Por supuesto, ni Confucio ni Laotsé, padre del taoísmo, fueron verdaderos fundadores de religiones. Cuanto hicieron, como Sakiamuni, fue modificar y adaptar a nuevas condiciones de vida y a otras necesidades espirituales sistemas religiosos ya anticuados. Las religiones, como todo lo humano, son hijas del tiempo y del espacio: en éste nacen y en aquél mueren. Confucio, al infundir nueva vida a la envejecida sabiduría antigua del pueblo chino, tomó la vía político-religiosa; Laotsé, la ascético-mística (4). *Pero si el confucismo había degenerado en el transcurso de los siglos, en el taoísmo no prendió menos pronto el antiguo animismo espiritualista y mágico que en China, como en todos los pueblos, fue la primera religión organizada* (5).

De donde resulta que la religión que encontraron aquellos animosos misioneros del siglo XVII al llegar a China, la religión dominante en el país entonces, como ahora (6), *fue una mezcla de las tres grandes doctrinas implantadas sobre la primitiva magia religiosa, de cuyas supersticiones tan sólo los letrados confucistas superiores han estado siempre alejados.*

Ahora bien, las tres religiones implantadas sobre la primitiva magia ¿eran las de aquellos tres hombres eminentes?

En modo alguno. Lo que hallaron fue una torpe amalgama del antiguo animismo espiritualista y mágico con las doctrinas ya muy degeneradas y modificadas de los tres fundadores. Amalgama en la que predominaban las prácticas mágicas, que no eran, en realidad, ni confucistas ni taoístas, sino que constituían una mezcla de ambos cultos a lo que se añadían prácticas budistas. Tal era la religión del pueblo y del letrado medio confucista, lleno también de supersticiones, a las que los taoístas se entregaban asimismo.

Es decir, que el confucismo aquel, lejos de ser el culto moral de otros tiempos, se entregaba a un animismo que permitía la adoración de dioses y demonios. Entre aquéllos estaba el Cielo, divinidad suprema y que no era en modo alguno el lugar reservado a los justos tras la muerte, sino que se tomaba esta palabra en un sentido más lato al que daban los misioneros católicos a la palabra Providencia; pero sin unir a ella ninguna idea personal.

Por supuesto, la religión de Confucio siempre tuvo sus raíces en el animismo. En aquel animismo primitivo, que fue la primera religión propiamente dicha de China; animismo que inculcaba el culto de las fuerzas

de la Naturaleza y el de los espíritus que mandaban en los fenómenos naturales (7); espíritus, claro está, que dependían, a su vez, de un Soberano Supremo personal, que gobernaba la creación entera. Más tarde, la idolatría búdica y el culto taoísta a los héroes movieron a canonizar a los guerreros y a los hombres de Estado (8), lo que, unido al culto en honor de los muertos y a los sacrificios, daban aquel caos religioso, tan distinto de las primitivas doctrinas de Laotsé y de Confucio.

En resumen, el confucismo comprendía entonces, cuando los misioneros del siglo XVII, cual comprende aún hoy, además de la forma muy degenerada del primitivo culto aconsejado y seguido por Confucio mismo, el culto a él mismo y a algunos de sus discípulos (9). El taoísmo veneraba a sus divinidades y observaba las prácticas de su escuela, muy degeneradas a su vez, pues tras haber abandonado la búsqueda de lo absoluto y de la inmortalidad, se daba, y sigue dándose, a la brujería, a la taumaturgia y a la práctica y culto de la magia anterior a Laotsé y a Confucio. Añádase a esto las prácticas budistas, muy particularmente sus oficios por los muertos, y las seguidas por una decena de millones de musulmanes, y tendremos completo el cuadro religioso que hallaron al llegar a China aquellos misioneros jesuitas hace tres siglos. Que, por cierto, una vez versados en la lengua y ya conocedores de la obra y méritos de los dos grandes sabios, muy particularmente de Confucio; admirados de su sorprendente y profunda sabiduría, de sus enseñanzas tan morales y perfectas y al darse cuenta de que, gracias a él, que había recogido en sus libros los documentos más antiguos de la historia del Mundo, la civilización china podía considerarse como la primera no solamente en origen, sino en perfección; en fin, ante la alta razón y sentido eminentemente moral que presidía la obra del gran Maestro, propusieron al Papa de Roma que le incluyese entre los Santos de la Iglesia.

No fueron escuchados, claro; pero el gesto fue generoso y noble. Ir a enseñar y encontrarse que tenían que aprender; a llevar cultura y enfrentarse con otra que moralmente no podían sobrepujar; portadores de civilización y tener que detenerse ante otra más avanzada, y reconocer todo esto e inclinarse ante ello, fue justo y fue hermoso. Porque, en efecto, ¿dónde encontrar, fuera del «Chu-King», ideas más puras sobre la divinidad y su acción continua y benéfica sobre el Mundo? ¿Dónde una más elevada filosofía? ¿Dónde que la razón humana haya estado jamás mejor representada? ¿En qué libro sagrado de cualquier tiempo, máximas más hermosas? ¿E ideas más nobles y elevadas que en el «Lun-Yu», ni una filosofía como la de las «Conversaciones», que, lejos de perderse en especulaciones vanas, alcanza con sus preceptos a todas las ocasiones de la vida y a todas las relaciones sociales, y cuya base primordial es la constante mejora de sí mismo y de los demás?

He aquí por qué Confucio, tras él, Mencio (10), y más tarde Tchu-hi (11) deben ocupar puestos preeminentes entre los genios que han iluminado con su brillo el camino de la humanidad, guiándola por la senda de la civilización y del verdadero progreso.

Mientras que otras naciones de la tierra levantaban por todas partes templos a dioses imaginarios (a animales muchas veces) o a divinidades imposibles, brutales, crueles y sanguinarias, es decir, a su imagen, los chinos los erigían en honor del apóstol de la sabiduría y de la tolerancia, del gran maestro de la moral y de la virtud: Confucio.

Veamos quién era y cómo era este gran hombre, a quien la admiración de sus compatriotas llevó a los altares.

LA VIDA

Kung-Fu-Tsé (12) vio la luz, según se dice, el décimo mes del año 552 a. de J. (13). Su padre, Schu-Liang-Ho, antiguo guerrero, viejo ya y temiendo morir sin suce-

sor varón que continuase celebrando el culto a los antepasados, pues de su mujer legítima no tenía sino nueve hijas (14), *repudió a ésta y solicitó en matrimonio a una de las tres herederas de otra familia honorable: de cierto caballero de la casa de Yen. Este reunió a sus hijas y las hizo saber el propósito y cualidades del setentón, y ante el silencio elocuente de sus hermanas, la más pequeña aceptó la carga. Meses después nacía el futuro maestro, que fue denominado primeramente Kin* (15).

A propósito de su infancia se dice que gustaba entretenerse imitando las ceremonias rituales y limpiando y ordenando cuidadosamente las vasijas destinadas a los sacrificios (16). *Fuera de este detalle, todo lo relativo a sus primeros años ha pasado sumido en un razonable silencio* (17).

A los diecinueve años contrajo matrimonio y, como era pobre, tuvo que aceptar para poder vivir varias colocaciones subalternas, en las que pronto se hizo notar a causa de su escrupuloso celo en el cumplimiento de sus obligaciones (18). *Este celo, unido a la inteligencia y buen juicio que demostró en la administración de sus cargos, debieron atraer ya sobre él la atención pública. Las diferencias y querellas entre los proveedores de granos y los pastores, con los cuales tuvo que tratar, debieron darle ocasión más de una vez para que demostrase, interviniendo, cualidades de sensatez, prudencia, buen juicio y rectitud, que empezaron a labrar en torno suyo la aureola de sabio, que ya no hizo sino crecer de día en día. Por su parte, pronto debió comprender claramente cuán necesario era en una época tan revuelta y turbada cual en la que vivía, simplificar el enmarañadísimo tinglado de la moral y enseñanzas tradicionales, y sintiéndose con ánimos para llevar a cabo tan ardua labor, se aplicó al estudio, con la esperanza de hacer llegar al pueblo la esencia y virtud de aquella ciencia antigua que tal cual estaba no comprendían. Y fue por entonces, en plena juventud y en pleno ardor, cuando tuvo el atisbo genial de enunciar su «regla de oro», la sublime máxima sobre la que tantas veces se ha vuelto después: «No hagáis a otros lo que no quisierais que os hiciesen a vosotros mismos»* (19).

De su vida privada se sabe muy poco. De su mujer, nada o casi nada. Tuvo con ella un hijo y dos hijas. El hijo murió el año 482, año particularmente funesto para Confucio, puesto que la muerte le arrebató también a Yan-Hui, su discípulo predilecto, el que mejor le comprendía (20). *En cambio, el hijo de Confucio no tenía la grandeza de su padre; parece ser que era tranquilo y poco sobresaliente. Murió a los cincuenta años, tras haber vivido inadvertido. Dejó un hijo de treinta, llamado Tsi Si, que llegó a ser, tras la muerte de su abuelo, un jefe de escuela estimable.*

El matrimonio de Confucio no duró sino cuatro años. La ruptura debió de tener lugar de un modo efectivo, y por causa, la larga ausencia de Kungtsé con motivo de la muerte de su madre.

En efecto, Confucio, siguiendo la costumbre de su época, que obligaba a los hijos a un prolongado retiro cuando morían sus padres, permaneció recogido durante veintisiete meses, y seguramente entregado a la meditación de sus planes futuros, al morir su madre, a la que, por lo visto (debía de ser una mujer delicada e inteligente), le unía un afecto singular. La enterró junto a su padre, en Fang. Por el «Libro de los Ritos» y por uno de los libros de las «Conversaciones» se tienen noticias bastantes precisas de todos estos sucesos (21).

Acabado el duelo empezó su verdadera vida de maestro. Con su mujer no volvió a tener relación alguna; con otra mujer cualquiera, tampoco. Toda su vida no fue ya sino ejemplo y enseñanza. Y peregrinación de un Estado a otro, ofreciendo sus servicios, sus consejos y su ejemplo.

En realidad, poco después de su matrimonio había empezado ya a enseñar y a tener discípulos, pese a su temprana edad (veintidós o veintitrés años), porque su sabiduría, según se cuenta, era muy grande. Pero,

tras el retiro, su existencia entera no fue ya otra cosa. Tanto más cuanto que entonces pudo hacer beneficiar a los que le seguían, cuyo número aumentaba incesantemente (se cuenta que llegó a tener 3.000 discípulos), del fruto de sus meditaciones junto a la tumba de sus padres.

Las enseñanzas de Confucio, sin contar las ocasiones que su vida errante le ofrecía de decir y aconsejar, comprendían conocimientos fijos a propósito de historia, literatura, moral y, sobre todo, música y política. Hasta él podían llegar y ser sus discípulos no solamente los hijos de las familias ricas, sino los pobres. Amor hacia la virtud y espíritu de trabajo era cuanto exigía para ser seguido. El secreto de su éxito estaba, por lo demás, tanto en su palabra como en su ejemplo (22). Como Sókrates, Confucio debía de ser uno de esos hombres de tan certero juicio y perfecta honradez cívica, de tan austera moral y tal pureza de vida, de costumbres tan equilibradas y sanas, que se buscaba con avidez su compañía y su consejo. Por otra parte, su talento natural y su innato conocimiento de los hombres le habían dado, sin duda desde muy pronto, esa experiencia de la vida que de ordinario tan sólo se consigue a fuerza de tiempo, de dolores y de desengaños. Todo ello, unido a su certero instinto pedagógico, hacía de él un maestro perfecto. Además, un fondo de segura razón y un perfecto equilibrio espiritual que le hacían huir siempre tanto de lo sobrenatural como de lo revolucionario y violento, su delicadeza de sentimientos y su profunda humanidad, hacían de él un refugio tan placentero como razonable y seguro (23).

Por entonces, tendría Confucio treinta años, puede situarse su gran viaje a Lo, capital del antiguo reino Tschu (24), viaje que le permitió, entre otras grandes emociones, conocer a Laotsé o Lao Tan, que era a la sazón bibliotecario de la corte y que gozaba de grandísimo prestigio (25).

Laotsé, que no creía en los dioses ni en los seres

sobrenaturales, dio sabios consejos a su visitante (26).

Tras esta entrevista viene un período de cerca de veinte años, durante los cuales el maestro viaja, enseña y se pone en contacto con diferentes príncipes, en cuyas rivalidades y querellas interviene, solicitado por ellos. Cierto que, en general, de modo no muy fructuoso, pues nada más arisco a los ambiciosos y violentos que los consejos prudentes. Y doblaba ya los cincuenta cuando el príncipe de Lu le hizo, primero, ministro de Trabajos Públicos (27), y un año más tarde, ministro de Justicia (28). En este cargo sus ideas se revelaron no menos prácticas que en el anterior, y sus procedimientos de administración de justicia dieron resultado excelente (29).

No obstante, Confucio no ejerció el cargo sino cuatro años. Cuando en el vecino Estado de Ts-i supieron que había sido elevado a tan importante puesto, temiendo que, gracias a sus consejos, el país que los recibía se engrandeciese demasiado, llenos de recelo y de temor, pues nada más peligroso para el débil que la proximidad del fuerte, decidieron anularle. Es decir, contrarrestar su obra de rectitud y depuración de costumbres. Y escogiendo para ello una compañía de ochenta danzarinas diestras no solamente en tocar toda clase de instrumentos sino en las artes de seducción, se las enviaron al duque de Lu, sabiendo muy bien cuál era el flaco de este príncipe. Y, en efecto, no tardó el libertino en abandonar con alegría la severa vida a que Confucio le había constreñido con sus consejos y ejemplos, para entregarse de nuevo a los placeres carnales y a toda suerte de desarreglos y extravíos. Entonces, Confucio, al ver, tras varios días en que inútilmente trató de obtener audiencia de su soberano, que cuanto había hecho durante muchos meses se había venido al suelo, abandonó su cargo y hasta el país, y se marchó desilusionado y decidido a no ofrecer sus servicios sino a un hombre íntegro, si le encontraba. Luego, tras trece años de buscar en vano, volvió a Lu. Pero, en vez de entrar otra

vez al servicio del duque, dedicó el tiempo que le quedó de vida, de sesenta y ocho a setenta y dos años, a continuar su magna labor de extractar los textos clásicos.

Al comenzar el verano del año 479 se extinguió la vida terrenal del maestro. Parece ser que ciertos ensueños que tuvo le anunciaron su próximo fin y le prepararon a él. Según se afirma, se vio en ellos sentado en el templo entre pilastras rojas. También se dice que una mañana se levantó al alba y paseó por el patio, cantando, dificultosamente: «El taischan se derrumba, la viga se rompe, el sabio termina su vida.» Luego volvió a su habitación y guardó silencio. Tsi Kung le preguntó qué significaba su canción. Entonces Confucio, tras referirle su sueño, añadió: «No veo ningún rey sabio. ¿Quién podría escucharme? ¡Tengo que morir!» Luego se acostó en su lecho y tras lenta agonía, que duró siete días, acabó (30).

EL HOMBRE

Cuando hoy, al cabo de veinticinco siglos, pensamos en Confucio y en su obra, lo primero que nos viene a la imaginación es el viejo dicho: «Nadie es profeta en su patria.» Inmediatamente, que así como la vida aparece fatalmente allí donde las condiciones de existencia son favorables o desaparece si las circunstancias y el medio le son adversos, del mismo modo los grandes hombres, los conductores de la humanidad, surgen como algo imprescindible y necesario en medio de las grandes crisis sociales. Es decir, cuando las condiciones de la vida social son tan críticas, que la aparición de un cerebro salvador se hace absolutamente necesaria. Diríase que una ley fatal y superior, una ley de necesidad inevitable, les obliga a nacer, como a la vida misma.

Confucio surgió en medio de uno de los períodos más turbulentos de la historia de su patria (31). *El país, en pleno feudalismo, era una serie de ducados o principados, cuyos señores, más fuertes que el soberano nominal, vivían en plena disputa, tratando de medrar a costa de los vecinos inmediatos. Ministros, aún más ambiciosos y venales que ellos mismos, les empujaban a una existencia de engaño, de lucha y de rapiña. En tales condiciones de mando, el pueblo no era sino un rebaño de esclavos, destinado a agotarse bajo el látigo de los recaudadores de impuestos, cuando no eran arrancados de los campos y obligados a combatir, sin provecho alguno para ellos, en pro de verdaderos tiranos* (32).

Ante tal estado social, ¿qué se propuso Confucio con sus enseñanzas y qué resultado obtuvo? No es difícil responder a ambas cuestiones. El fin que se proponía Confucio era, ante todo, la renovación del Estado. Fin doble, en realidad: político y moral. Políticamente, volver a la antigua edad de oro, al antiguo esplendor y autoridad de las pasadas dinastías. Moralmente, empujar a los hombres que dirigían, a aquella serie de tiranos sin fe ni ley, a las antiguas virtudes de otros tiempos. Y a los que obedecían, a las víctimas, pues la renovación social para ser completa había de ser total, a una mayor perfección asimismo, y con ello, a una vida mejor.

¿Cuál fue el resultado de sus esfuerzos? Nulo. Al menos por el momento. Como el de todos los reformadores pacíficos. Que es norma universal del hombre vulgar, no entender, no plegarse, no querer incluso sino una sola ley: la fuerza. Por ello, Confucio, si cierto es que siempre estuvo rodeado de un nutridísimo grupo de discípulos que le admiraban y le seguían, no es menos cierto que ni los altos ni los bajos le comprendieron. Los príncipes, porque si su talento y experiencia les fue útil en algunas ocasiones, como maestro y como filósofo seguramente no pasó para ellos de ser un visionario pedante, imbuido de ideas arcaicas imposibles de aplicar. En cuanto al pueblo, el pueblo impulsivo e irrazonable, como los niños, no sonríe sino al que le da,

ni cede sino ante el que le castiga. Y Confucio era un ejemplo, un libro; no un látigo.

Como hombre, además, un ser que hoy no podemos, menos de encontrar algo extraño.

En efecto, leyendo el capítulo décimo de las «Analectas», donde están expuestas sus costumbres, nos le imaginamos como un personaje aferrado a un formalismo que forzosamente tiene que parecernos exagerado. Autómata de las viejas costumbres de su país, ni en público ni en privado se permitía contravenir a aquella especie de cortesía ritual, que era para él como el atrio de su moral y la antesala de su filosofía. Meticuloso en grado sumo ante los demás, no lo era menos consigo mismo hasta en los actos más corrientes de la vida. Por ejemplo, respecto al modo de tenderse en el lecho para descansar. En el libro X, capítulo 9, de las «Analectas» leemos: «No se sentaba sobre estera de no estar colocada convenientemente.» Este rigorismo formulista le empujó, pese a ser amable y bueno, a envolverse siempre en una reservada dignidad que le alejaba de toda familiaridad incluso con las personas de su familia (33). *Tal manera de ser y de proceder induce a pensar que tal vez no es exagerado afirmar que su familia descendía de la antigua casa real de Yin, monarcas que reinaron en el Estado de Sung; pues sólo a causa de una larga tradición de orgullosa y raras veces justificada superioridad, se pueden alcanzar gustos tan exageradamente remilgados. Cierto que una necia emulación en los tontos de capirote produce con frecuencia los mismos efectos. Pero éste no era el caso de Confucio.*

Ni que decir tiene que si era formalista en su manera de obrar era porque tal modo de ser correspondía en él a sus concepciones de la dignidad personal y a sus ideas morales y mentales. La palabra «formalismo» concreta, pues, no tan sólo su modo de obrar sino su carácter.

En efecto, dueño enteramente de sí mismo, esclavo de sus deberes a la práctica de los cuales, práctica rigurosísima, escrupulosísima, unía una urbanidad y una cortesía que hacía profunda impresión no solamente en sus discípulos, sino en quienes ocupaban una posición más elevada que la suya, fue siempre lo que en otra época hubiera podido calificarse de caballero perfecto. Tanto más cuanto que una depuradísima idea del honor y de la dignidad propia, le impidió siempre, que ni esta cortesía ni el respeto que debía a sus superiores sociales, degenerase en servilismo. Precisamente tal vez uno de sus mayores méritos fue éste: conservar una vida pura, limpia y elegante en medio de una generación, muy especialmente en las clases elevadas que frecuentaba, tan profundamente corrompida (34).

De ésta su manera de ser puede deducirse el carácter de sus enseñanzas. Así, su moral es, como tenía que ocurrir, excelente y práctica; pero también seca, rígida, sin contacto alguno con lo imaginativo y sentimental (35). *Ello no le impidió ser el verdadero apóstol de la ética de su país, y por ello, de la nueva religión* (36). *Sus cinco virtudes cardinales eran la bondad, la equidad, el decoro (decencia), la prudencia (sabiduría) y la sinceridad. El príncipe debía de ser el modelo de estas virtudes. La moralidad y las ceremonias religiosas, las grandes panaceas contra las enfermedades sociales. Los deberes respecto a los padres, sagrados. El respeto hacia los mayores, conveniente y necesario. El adulterio, el más grave de los pecados. La lealtad con el príncipe y con los amigos, una obligación inexcusable. La rectitud, el dominio de sí mismo, la cortesía y la moderación, cualidades esenciales. Ni la riqueza ni los honores, comparables al carácter moral. Todas las ventajas materiales, nada al lado de una sólida instrucción y una perfecta moralidad. Lo que daba valor al hombre, no la riqueza, sino la virtud. Los prejuicios, preciso siempre desembarazarse de ellos y juzgar con imparcialidad. Fiarse, tan sólo de los hombres virtuosos. Los habladores, poco seguros. En una palabra, el*

«summun bonum» de Confucio no era el placer, los honores y las riquezas, sino la virtud, la cual sólo se adquiría a fuerza de energía y de voluntad (37).

Sí, no hay más remedio que reconocer que Confucio fue un admirable moralista. También y por ello mismo que su verdadero papel fue el de maestro. Pero no maestro teórico, sino vulgarizador. Profesor más que teólogo.

Confucio fue, ante todo, un vulgarizador. Un hombre de acción dentro de los límites sanos de la virtud y de la sabiduría. Como Sókrates, que tanto se le parece. Todos los jefes religiosos, por supuesto, lo han sido. Pero si juzgamos por el número de los que han sufrido la influencia de las máximas vulgarizadoras de un maestro, ninguno ha ejercido tanta influencia como él ni ha sido tan escuchado como él.

Por su parte, de cuantos motivos constituían sus enseñanzas, la política era, como ya he indicado, a lo que daba preferencia. La religión no la consideraba sino como un medio, mientras que el arte de gobernar era para Confucio el soberano y verdadero fin. En lo que afectaba a la religión, limitábase, como dicho queda también, a no oponerse ni hacer objeciones a lo acostumbrado en este dominio, bien que se negase obstinadamente a toda discusión sobre lo desconocido; todo exactamente como Sókrates. En cambio, el estudio de los medios para conseguir un buen gobierno fue la preocupación dominante de su vida. Tanto, que si alguno de sus discípulos se distinguía por sus cualidades administrativas o su talento oratorio, le estimaba muy particularmente. Y en esto precisamente se diferenciaba del otro gran reformador de su tiempo: Laotsé. Confucio jamás hubiese dicho, como él, que «retirarse en la oscuridad es la vía del cielo» («Tao-Te-King», 9, 2), pues, para Kungtsé, la verdadera vía era y fue, buscar un buen método de gobierno. Un gobierno práctico y capaz de restablecer el orden y acabar con la anarquía que imperaba en el país. Laotsé, por su parte, deploraba también la dislocación de la sociedad, la ambición, el bandidaje de los grandes y el bandolerismo reinante, así como las miserias que abrumaban al pueblo; pero nada hubiese hecho por evitarlo. Mientras que Confucio no solamente predicaba con este objeto, sino que su deseo más ardiente fue poder aplicar sus teorías desde un puesto elevado. Claro que como no era un ávido de honores ni un ambicioso de gloria o de riquezas, sino un verdadero maestro y un apóstol de lo bueno, de la verdad y de la justicia; un hombre puro con alma de redentor, que si deseaba mandar no era por vanagloria ni por deseo de beneficio propio, sino, al contrario, con amor de padre, deseando procurar al pueblo una vida mejor mediante una honesta gestión de los negocios públicos; a causa de todo ello, ni se humilló jamás por obtener un cargo, ni cuando al fin le fue ofrecido dudó en abandonarlo al no verse comprendido y seguido por su soberano.

Nadie, por otra parte, ha contribuido tanto como Confucio a la instrucción personal del hombre, y la difusión de la instrucción en China puede decirse que obra suya es. A este efecto, sus libros (que, por lo menos, hasta el advenimiento de la República, en que empezaron a ser severamente criticados, eran los textos clásicos de enseñanza) jugaron un papel importantísimo, siquiera no fuese sino por el hecho de haber puesto al alcance de todos la ciencia antigua, hasta él tan difícil de comprender a causa de su cuantía y abstracción.

En efecto, la importancia que Confucio atribuía a la instrucción era tal, que afirmaba que el primer deber de un buen Gobierno era preocuparse de ella. Pues decía estar seguro de que la fuerza de un Estado depende de la instrucción de sus ciudadanos.

Como medios de alcanzar este fin no recomendaba la religión, sino la poesía, la música, las ceremonias y el tiro con el arco.

La poesía, porque, a su juicio, ésta despertaba en el individuo aspiraciones que sin ella no hubiese conseguido nunca.

La música, porque la consideraba como el mejor es-

tímulo para el trabajo. El mismo solía tocar el laúd antes de ponerse a escribir o a instruir a sus discípulos (38).

El observar debidamente las ceremonias era para Confucio también cosa imprescindible. Era como el complemento y perfume de la educación. Sin ello, el hombre más sabio no hubiese sido perfecto. «Un ser hermosísimo, lleno de perfecciones y excelencias, pero cojo.» Ya he indicado que era un hombre esencialmente formalista.

En cuanto al ejercicio de tirar al arco como complemento educativo lo explicaba, no porque desarrollase la fuerza precisamente, pues para él, como para todos los hombres superiores no ha habido jamás otra fuerza verdaderamente digna de tal nombre que la espiritual, sino porque desarrollaba la habilidad y la previsión. En las «Conversaciones» (III, 16) se lee: «Cuando se tira al arco el mérito consiste no en pasar el blanco, sino en dar en su centro, pues los arqueros no tienen todos la misma fuerza.»

Tal era el hombre: prudente, sabio, amanerado, conservador y formalista en grado superlativo. Hombre que hoy encontraríamos un poco extraño y de aspecto temeroso a fuerza de reservado. Pese a lo cual su seducción era tal, que ninguno de sus discípulos, y fueron numerosísimos, pudo separarse de él mientras vivió (39), *y que aún al cabo de los siglos parece ser la personificación del espíritu de sus compatriotas* (40).

LA OBRA

Hay nueve libros clásicos chinos a los cuales el nombre de Confucio va estrechamente unido. Cinco de ellos son los llamados King; *los otros,* See-chu *o* Los Cuatro Libros. *Los cinco King son calificados de «clásicos»; los otros son llamados simplemente* Los Libros. *Los cinco King son:*

El Chu-King, *libro sagrado por excelencia o libro canónico de la historia.*

El Chi-King *o libro canónico de los versos.*

El Yi-King *o libro canónico de las mutaciones (cambios).*

El Li-Ki-King *o libro canónico de los ritos; y*

El Tch-uent s-ieu-king *o Libro canónico de la Primavera y del Otoño.*

A estos cinco libros se suele añadir a veces el Hio-king *o libro canónico de la piedad filial.*

Los See-chu *son las conversaciones de Confucio con sus discípulos u otros personajes contemporáneos y sus máximas y opiniones sobre cuestiones morales y políticas, de las cuales el* Chu-king *viene a ser como la fuente. Estos cuatro libros son:*

El Ta-hio *o gran estudio, discurso sobre la virtud.*

El Tchung-yung *o la invariabilidad en el medio (el invariable medio), que recomienda la calma y la moderación.*

El Lun-yu *o Conversaciones filosóficas, reunión de máximas de Confucio. Libro el más apreciado, sobre todo por los extranjeros; y*

El Mentgsé *(Mencio), que es la obra en que el más célebre de los comentadores del maestro, Mencio, expuso y desarrolló las doctrinas de aquél.*

En este volumen hemos recogido lo esencial de Confucio y lo más interesante: el Chu-King, *el gran libro de la historia, los cuatro* See-chu *o* Conversaciones, *y los escritos de Mencio.*

El Gran Estudio *se compone de un texto muy corto de Confucio y de los comentarios de uno de sus discípulos. La* Doctrina del Medio *es la exposición del sabio sobre el hombre superior, recogida por otro de sus discípulos. Las* Analectas *o* Conversaciones filosóficas *son, como su nombre indica, las conversaciones de Confucio con sus discípulos, recogidas por éstos o por los discípulos de éstos. El* Libro de Mencio *es, como dicho queda, el gran comentario de éste sobre Confucio* (41).

De todos ellos, en conjunto, el más notable es el Chu-king.

En efecto, el Chu-king *o «Libro por excelencia» es aquel en el cual Kung-Fu-Tsé reunió, hacia mediados del siglo VI a. de J. los documentos más antiguos de la historia del Mundo. Es decir, documentos que datan nada menos que de dos mil seiscientos años antes de nuestra era* (42).

El primero, pues, de los méritos de este libro es ser la expresión de la más antigua de las civilizaciones, pudiendo, a causa de ello, ser considerado como la primera reunión de documentos sobre la historia del Mundo.

Aunque Kungtsé lo redactó, como dicho queda, en la segunda mitad del siglo VI, su redacción no alteró de los textos primitivos sino lo necesario para poner al alcance de todos y dar carácter de enseñanza a los antiguos libros, que eran muy difíciles de comprender a causa no solamente de su estilo, sino de su sentido, muchas veces esotérico. Pero hizo su ímproba labor con tal honradez, que todos los sinólogos están conformes en reconocer la notable antigüedad de estilo de los escritos confucianos, tan diferente del estilo chino moderno, como pueden serlo, por ejemplo, los Evangelios de un código actual.

Otra de las cosas que sorprende inmediatamente en el Chu-king *es el sentido eminentemente moral que le inspira y la elevada razón que en él domina. Ello hace considerar el grado admirable de cultura ética a que habían llegado los hombres que escribieron los textos que Confucio reunió y extractó muchos siglos antes no ya de que Grecia y Roma, sino India, Egipto, Caldea, Persia y Babilonia pensaran llegar al grado de civilización que alcanzaron.*

Ahora bien, aunque el Chu-king *es un libro eminentemente moral, eminentemente práctico, un libro de ejemplos, de normas a seguir para poder ser virtuoso y por ello feliz (como decía asimismo Sókrates), una elevada idea de la divinidad preside toda la obra, y esta felicísima unión entre lo metafísico y lo práctico impregna sus diversos tratados de sana y acertada filosofía.*

La idea o ideas que dominan esta filosofía y esta moral son, en síntesis, las siguientes: los príncipes (de origen divino) tienen como misión especial hacer felices a sus súbditos. El ejercicio, pues, de la soberanía no es ni debe ser sino el cumplimiento perfecto de un mandato celestial, que prescribe al príncipe sacrificarse en provecho de su pueblo. El príncipe lo será mientras sea el más digno; si deja de serlo, su alta misión le será retirada. Es decir, una acertada idea, como se ve, de gobierno aristocrático-democrático es preconizada en el «libro por excelencia», y esta idea, perfecta en sí, está sostenida y apoyada en él por una filosofía y una moral de todo punto eminentes (43).

Tales doctrinas y otras no menos honradas, sanas y admirables, son las expuestas en el Chu-king *y en los otros cuatro libros clásicos de Kungtsé y sus discípulos, libros que durante generaciones han formado no tan sólo la base del derecho público chino, sino de la instrucción de los letrados de aquel país. Libros explicados y comentados, sin interrupción por filósofos y moralistas, y considerados como lo que son: como verdaderos tesoros de esas verdades eternas, palancas las mejores de la felicidad de los pueblos y bases de toda civilización que merezca verdaderamente el nombre de tal.*

De todo ello puede deducirse una primera afirmación, sentada ya unas líneas más arriba: que mucho antes que India, Egipto, Asiria, Caldea, Persia y Babilonia, y cuando aún Atenas y Roma no pensaban en existir, había ya en aquel lejano país de Oriente una civilización que, desde el punto de vista moral, puede considerarse perfecta. Es decir, que cuando tan sólo pueblos cazadores o pastores ocupaban regiones que siglos después serían focos de brillante civilización, ya China poseía una cultura filosófico-moral, que aun hoy podría ser tenida como modelo. Segundo, que si se puede juz-

gar el valor de un hombre por la importancia de su obra, y de ésta por la influencia que ha ejercido sobre los demás, se comprenderá que no exageran los compatriotas de Confucio asegurando que su gran moralista es «el maestro más grande del género humano que los siglos han producido».

En cuanto a Confucio, si los cinco libros clásicos, muy particularmente el Chu-king, *encierra las doctrinas tradicionales de los sabios antiguos, que él transmitió a la posteridad, en los últimos, donde sus discípulos recogieron sus palabras y sentencias, sobre todo en el* Lun Yu o Conversaciones filosóficas, *es donde hay que encontrarle. Donde mejor se puede comprender la hermosura de su alma leyendo las nobilísimas ideas en ellas sentadas, su virtud serena, su inteligencia profunda y moderada, el grado, en fin, de civilización que llegar a tales alturas filosóficas y morales representa* (44).

Dos palabras aún sobre la suerte de Confucio y de su obra.

El año 212 a. de J., Ts-in Che-huang-ti (el Napoleón de China), enemigo de la filosofía confuciana, hizo buscar y destruir todos los libros, no solamente de Confucio, sino inspirados en sus doctrinas. En 195, Kao-ti derribó la efímera dinastía anterior y, cual suele ocurrir siempre en las rivalidades políticas, hizo desaparecer hasta los vestigios de cuanto se relacionaba y había sido hecho por los vencidos. Kao-ti no solamente se declaró partidario de Confucio, tan torpemente perseguido por Ts-in, sino que para demostrarlo fue en peregrinación hasta la tumba del maestro y sacrificó un buey en su honor.

En el año I d. de J., el Sabio fue canonizado con los títulos de «Duque de Ni, completo e ilustre». Cincuenta y seis años más tarde, el emperador reinante dio orden de asociar a Confucio, que ya escalaba los altares, al culto que se ofrecía al gran duque de Ven, príncipe ideal de los Tcheu. En el año 492, Confucio fue aún agraciado con el título de «Venerable Ni, Sabio total». En

609, la plancha conmemorativa de Confucio fue sacada del templo del duque de Ven y transportada a otro especial construido para él, y templetes semejantes fueron erigidos en todas las escuelas del Imperio. En 657 fue nombrado «Kung, antiguo Maestro, Sabio perfecto», título que conserva aún. Luego, durante siglos, los sacrificios ofrendados a Confucio fueron del orden de los reservados a los sabios de segundo grado (es decir, divinidades casi totales). Hasta que en el año 1907, centenario de la fundación de las misiones protestantes en China, la emperatriz viuda elevó a Confucio al primer rango celestial, igualándole con ello a «Chang-Ti», divinidad suprema. Claro que esto no fue sino la réplica a la deificación occidental de Jesús.

Durante estos últimos años, el sabio ha sido criticado más libre y severamente que lo había sido jamás en su largo viaje glorioso a través de los siglos hasta escalar el Cielo. El Gobierno republicano, opuesto a muchas ideas políticas del maestro, prohibió que sus libros fuesen enseñados en las escuelas, como lo habían sido siempre.

De lo que piensen acerca de él los dirigentes de la China comunista actual nada se sabe. Pero no es difícil presumirlo. Lo mismo que Laotsé y el Buda, habrá dejado de ser considerado como dios, o se habrá ordenado al menos que tal se haga (lo que no deja de ser lógico si se tiene en cuenta no tan sólo que los tres personajes no pasaron de ser hombres eminentes, sino que prácticamente los tres eran ateos). Y tanto ellos como sus doctrinas y enseñanzas habrán quedado relegadas a la categoría de antiguallas, dignas, cuando más, de figurar como curiosidades en los manuales de historia, de moral y de filosofía. No obstante, Confucio, como todos los grandes hombres que se han desbordado en amor y caridad hacia sus semejantes, tenía mucho de comunista; claro que a su manera. En la Gran comunidad (Li-Ki, *capítulo Li Yun) dice: «Cuando venza la gran verdad, entonces la tierra será propiedad de todos. Se escogerá a los más sabios y a los más competentes para que*

mantengan la paz y la concordia. Entonces los hombres no amarán sólo a los suyos, no procurarán sólo por sus propios hijos, sino que todos los ancianos tendrán sus últimos días tranquilos, todos los fuertes tendrán su trabajo útil, todos los niños serán estimulados en su crecimiento; los viudos y las viudas, los huérfanos y los solitarios, los débiles y los enfermos encontrarán amparo; los hombres tendrán su empleo, y las mujeres, su hogar. No se querrá que las mercancías se echen a perder; pero tampoco querrá nadie almacenarlas para sí mismo particularmente. No se querrá tampoco que el trabajo quede por hacer, como asimismo nadie querrá realizarlo en ganancia propia. Por eso no harán falta cerraduras, porque no habrá bandidos ni ladrones. Se dejarán abiertas las puertas exteriores. A esto se llama la gran comunidad.»

En la U.R.S.S. ¿se hacen las puertas sin cerraduras? ¿Se dejan abiertas? ¿Han desaparecido bandidos y ladrones? Si tal ocurre, que vuelvan a Confucio a los altares. Si no, que le pongan aún más pronto, pues su comunismo no vale lo que el del sabio chino (45).

CONFUCIO, FILOSOFO

Lo primero que sorprende a medida que avanzamos en el conocimiento de la obra de Confucio, es que el confucismo haya sido considerado siempre y siga siendo, considerado como una religión, cuando, en realidad, no pasa de ser un sistema moral. Y no pasa de ser un sistema moral porque, como ya he dicho, el gran maestro chino no fue un fundador de religión (ni se lo propuso, por supuesto), sino solamente, bien que esto en altísimo grado, un moralista y un filósofo.

Ahora bien, si el moralista aparece en cuanto se abre uno de sus libros, ¿en qué sentido podemos afirmar asimismo que Confucio era filósofo?

Si se define al «filósofo» como aquel que estudia, profesa y sabe filosofía, y a ésta como la ciencia que trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales, Confucio no lo era en realidad. Es decir, no era filósofo en el sentido corriente, moderno, europeo, de considerar como tal al que se aplica al estudio de los principios generales, de las causas generales y de su conexión con sus efectos. O sea, del espíritu teórico que se esfuerza por explicar y encadenar los hechos que otros hombres estudiosos (los sabios) observan y describen. Pero si entendemos la palabra «filósofo» en sentido práctico y creador: práctico, en cuanto a regular sus acciones de acuerdo con la razón en vez de con las pasiones, así como en tener suficiente sabiduría y resignación como para colocarse siempre sobre las vicisitudes de la vida y de los hombres vulgares; y creador, por el hecho de aplicarse a todo lo moral y al estudio del hombre, para ver de mejorarle, y con ello a la sociedad, en este sentido Confucio fue el filósofo perfecto, como lo fue Sókrates. Y su filosofía, como la de éste, la mejor y más práctica y útil puesto que no tuvo la ambición de ser una ciencia general de los seres, de los principios y de las causas, sino simplemente del hombre. Y aun de éste, en lo que se refiere solamente a los medios de mejorarle, y con ello, a la sociedad humana, con objeto de que ésta ocupase el lugar debido en el Universo. Y es por esto por lo que Confucio fue triple, como el otro gran pensador griego: fue filósofo, fue moralista y fue maestro. Ahora bien, diferenciándose de Sókrates en que mientras él, mirando hacia atrás, fue un reformador «retrospectivo», que trató de hacer retroceder a la sociedad de su tiempo hasta los ideales transmitidos por la antigüedad, Sókrates, aconsejando no aceptar nada de lo transmitido, ni tradiciones, ni costumbres, ni ideas, ni conocimientos, sino luego de juzgarlos buenos y útiles tras maduro examen, es decir, rompiendo con todo lo adquirido y mirando siempre hacia adelante, fue un reformador «revolucionario».

Y es que cada uno era hijo de un medio diferente. Los grandes principios morales, corolarios de lo que hay de más excelente en la naturaleza humana, se han

ofrecido siempre a los grandes espíritus como axiomas, que era preciso propalar e incluso, defender con la vida de ser preciso. Pero ellos mismos, estos hombres eminentes, no pueden sustraerse, pese a toda su grandeza, al desarrollo histórico de su tiempo. He aquí porque, Confucio, hombre oriental, sentía el desarrollo de la cultura de un modo paulatino, sucesivo, positivo, «evolutivo», y para perfeccionarla volvía la vista hacia el pasado, que juzgaba mejor. Mientras que Sókrates, hombre de Occidente, la veía mirando hacia adelante. Retroceder, se retrocede bien lentamente, paso a paso; avanzar sólo se avanza bien a saltos.

En todo caso, gracias al procedimiento de Confucio, es decir, su gusto en volver los ojos hacia el pasado, han podido los hombres que le siguieron llegar con él hasta los albores de la civilización china. Y si es cierto, como parece y como quieren las corrientes más modernas de la etnografía, que la especie humana procede de tres grandes ramas raciales: la amarilla, la blanca y la negra, de las cuales es muy probable que la primera sea la más antigua, gracias a Confucio podemos llevar la mirada hacia el despertar de la civilización humana, es decir, hasta los tiempos prehistóricos de China, y ver en estos tiempos desarrollarse paulatinamente, hasta llegar a la época propiamente histórica, a los primeros grupos de hombres en lucha, durante cientos de siglos, con el medio que les rodeaba; y el nacimiento de la antropología y de la sociología a través del primitivo matriarcado de los pueblos cazadores y pescadores; luego, el patriarcado, con los pueblos pastores y agricultores; finalmente, las primitivas formas de «autoridad» y de «gobierno», al ir adquiriendo consistencia social la «familia», las «fratrias» y las «tribus», y, por último, con las luchas de éstas, aparecer un día, al fin, el primer «jefe» en la persona del vencedor.

Por supuesto, Confucio ve todo esto como una evolución simple y natural, no debida a crisis sociales, sino a grandes leyes cósmicas. Para él no es la lucha por la vida y la ley de adaptación al medio lo que rige esta

evolución, sino una voluntad superior, que él localiza en el mundo invisible del espíritu, en el «Cielo». Cielo en el que están, como en un gran almacén (cual más tarde pretenderá Platón con su famosa teoría de las «Ideas»), los modelos de cuanto el hombre irá poco a poco descubriendo para formar con ello los primeros escalones del progreso y de la civilización. Y es a este almacén adonde Confucio vuelve los ojos cuando se fija en los remotos creadores de la cultura de su país: Yao, Schun y Yu, en primer lugar; los tres grandes soberanos; las tres constelaciones luminosas del saber chino.

Y vayan ahora algunas máximas de Confucio, que convencerán al lector, si aún no lo está, de que el gran sabio merecía en verdad, y sigue mereciéndolo, no sólo el nombre de maestro supremo, sino de eminente moralista y buen filósofo:

«De nada sirve hablar de las cosas ya acaecidas, hacer amonestaciones graves sobre las ya en curso avanzado ni censurar lo ya pasado.»

«¿Cómo podría juzgarse la conducta de un hombre que ejerce la autoridad con corazón estrecho, que sale del paso de una ceremonia sin respeto, o que a la muerte de su padre o de su madre no siente dolor?»

«Faltar a la práctica de la virtud, no estudiar concienzudamente, no cumplir mis deberes y no poder corregir mis defectos: he aquí lo que temo.»

«Tras haber oído muchas cosas, examino y aprovecho aquello de bueno que se me ha enseñado; tras haber visto mucho, grabo en mi memoria lo que me ha parecido digno de ser recordado: así me acerco a la sabiduría.»

«Si un Estado se halla gobernado por los principios de la razón, la pobreza y la miseria son casos de vergüenza; si un Estado no se halla gobernado por los principios de la razón, los casos de vergüenza son entonces la riqueza y los honores.»

«Si no desempeñáis funciones en un gobierno, no deis vuestra opinión sobre su administración.»

«El sabio lo espera todo de sí mismo; el hombre vulgar espera todo de los demás.»

«Los hermosos discursos hacen que se tome el vicio por virtud; una ligera impaciencia mina un gran proyecto.»

«Cuando el odio o el favor de la multitud cae sobre un hombre examinemos su conducta.»

«No corregirse tras una falta involuntaria es cometer una falta verdadera.»

«El sabio admite en su escuela a todos los hombres sin distinción.»

«El lenguaje debe expresar claramente el pensamiento.»

«El sabio tiene en cuenta muy especialmente nueve cosas: Se aplica en ver bien, a bien oir, a tener un aire amable, a mostrarse exteriormente irreprochable, a ser sincero en sus palabras, a ser diligente en sus acciones, a interrogar si duda, a pensar en las funestas consecuencias de la cólera si está descontento; frente a un bien a obtener, a considerar si es justo.»

«¿Cuáles son los deberes del hombre? Que el padre sea suave, y el hijo, respetuoso; que el hermano mayor sea amable, y el menor, dócil; el esposo, justo, y la esposa, obediente; la vejez, bondadosa, y la juventud, conciliadora; el soberano, cariñoso, y el servidor, concienzudo. Estas diez cosas son los deberes de los hombres. Reñir, robar, matar: he aquí los males de los hombres. Y para que el elegido ordene los siete sentimientos de los hombres (la alegría, la cólera, el pesar, el miedo, el amor, el odio y los apetitos), desarrollándolos en los diez deberes, extendiendo la confianza y preparando la paz, estimulando la amabilidad y la tolerancia, eliminando la lucha y el despojo, ¿qué mejor medio que la moralidad?»

«No te inquietes por no ocupar empleos públicos; pero inquiétate por adquirir los talentos necesarios para ocupar estos empleos. No te aflijas por no ser conocido; pero busca llegar a ser digno de serlo.»

«Un dolor silencioso es preferible a una pompa vana y estéril» (en las ceremonias fúnebres).

Definición del filósofo según Kungtsé. Es filósofo, según el maestro chino, el hombre superior que cuando se sienta a la mesa, no busca saciar su apetito; cuando está en su casa, no busca los goces de la ociosidad y de la molicie; que está atento siempre a sus deberes y vigilante de sus palabras, y, en fin, que le gusta frecuentar a los que tienen principios rectos a fin de regular a ellos su conducta.

Definición de la ciencia: «Saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se sabe.»

Otras máximas, no menos admirables, encontrará el lector en los libros traducidos a continuación, muy particularmente en el «Lun Yu».

JUAN B. BERGUA

CHU - KING

PRIMERA PARTE

Anales de los primeros soberanos

Capítulo I

Regla de Yao

Si examinamos la conducta del antiguo soberano, Yao, encontraremos que el título de Benemérito le pertenece de derecho. Mostrábase constantemente atento al cumplimiento de su deber, muy perspicaz, de virtud ejemplar y rara prudencia, y todo ello naturalmente, sin esfuerzo. Grave y respetuoso, sabía ceder y condescender. Su influencia y su fama llegaron hasta los confines del Imperio, hasta los últimos límites del cielo y de la Tierra.

2. Yao cultivó perfectamente sus grandes virtudes naturales, y por ese medio hizo reinar la concordia en las nueve clases de sus parientes: cuando la armonía quedó bien establecida en las nueve clases de sus parientes, reguló admirablemente todas las familias de su principado particular. Cuando la virtud brilló en todas las familias de su principado particular, estableció la unión y la concordia entre los habitantes de

todos los demás principados. ¡Oh, entonces, toda la raza de cabellos negros (la población de todo el Imperio) fue transformada y vivió en perfecta armonía!

3. Yao ordenó a los astrónomos Hi y Huo que calcularan y representaran (46) la marcha del Sol, de la Luna de las estrellas, de las doce partes del Zodíaco, determinando con cuidado y publicando (en un calendario) las épocas de los diversos trabajos, conformándose en ello respetuosamente a las leyes del vasto cielo.

4. Yao encargó especialmente al segundo de los Hi que fuera a establecerse a Lu-i (47) en el lugar que fue llamado el Valle luminoso (48) a fin de recibir allí con respeto al Sol saliente, y de fijar convenientemente el orden de los trabajos primaverales. Cuando el día alcanza su duración media, y cuando la constelación Niao (49) pasa el meridiano a la puesta del Sol, es justo la mitad (el equinocio) de la primavera. Entonces los hombres se dispersan (para ocuparse en los trabajos del campo); los animales se unen para multiplicarse.

5. En segundo lugar, Yao ordenó al tercero de los Hi que se estableciese en Nan kiao (en los límites de la Conchinchina, en el lugar que fue luego llamado la Estación brillante), que ordenase convenientemente los trabajos del verano, en el que el crecimiento de las plantas es continuo, tratando con respeto al Sol del solsticio. Cual el día alcanza su más larga duración y el Corazón del Escorpión pasa por el meridiano hacia el Sol poniente, se está justo a mediados de verano. Entonces los hombres se dispersan aún más (a causa del calor), los animales pierden poco a poco sus plumas o sus pelos para adquirir otros.

6. Yao encargó particularmente al segundo de los Huo que se estableciese al occidente, en el sitio que fue llamado el Valle oscuro (50) tratando con honor al Sol poniente, y ordenando convenientemente los trabajos de otoño. Cuando la noche alcanza su duración

media, y la constelación Hiu (51) pasa por el meridiano a la puesta del Sol, se está a mediados del otoño. Entonces los hombres respiran con libertad; el plumaje de los pájaros y el pelo de los cuadrúpedos se han renovado y están lucientes.

7. Yao ordenó también al tercero de los Huo que fuera a establecerse al norte, en el lugar que fue llamado la Estación tenebrosa, ordenando tras de maduro examen los cambios que ocasiona el invierno. Cuando el día alcanza su más corta duración y las Pléyades pasan el meridiano a la puesta del Sol (52), se ha llegado a la mitad justa del invierno (el solsticio de invierno). Los hombres se retiran a las habitaciones más calientes de sus casas, el plumaje de los pájaros y el pelo de los cuadrúpedos están muy suaves.

8. El Emperador dijo: «Pues bien, Hi y Huo: el círculo del año es de trescientos sesenta y seis días. Por la intercalación de un mes, determinad las cuatro estaciones y completad el año. Dirigid con cuidado todos los oficios (por medio de un calendario) y todos los trabajos del año serán prósperos» (53).

9. El Emperador dijo: «¿Quién me buscará un hombre que sepa conformarse a las estaciones, y al que convenga elevar y emplear?» Fang ts' i respondió: «Tchu, vuestro propio hijo, tiene espíritu amplio y perspicaz.» El Emperador respondió: «¡Eh! es mentiroso y pendenciero, ¿acaso puede desempeñar un empleo?»

10. El Emperador dijo: «Que me busquen a un hombre que cuide las cosas con arreglo a su naturaleza: Huan-teu respondió: «¡Ah maravilla! el ministro de obras públicas acaba de rendir numerosos y señalados servicios.» El Emperador respondió: «¡Eh! cuando se reposa en el consejo habla bien, mas cuando se le encarga que ponga en práctica sus consejos, todo lo echa a perder; en apariencia es modesto, pero su corazón se eleva hasta el cielo.»

11. El Emperador dijo: «¡Ah, jefe de los príncipes de

las cuatro provincias! las aguas han crecido prodigiosamente y extendiéndose por todos lados han causado grandes daños. Su gran superficie abraza las montañas y cubre las colinas; en su inmensidad, se elevan hasta el cielo. El pueblo gime. Si se encuentra alguien capaz de remediar este mal, le encargaría de semejante cuidado.» Los que se encontraban presentes exclamaron como un solo hombre: «¡Oh! Kuen es capaz de ello.» El Emperador respondió: «No, ni mucho menos. No cumple las órdenes y se enfrenta a sus colegas.»

El jefe de los príncipes de las cuatro comarcas continuó: «No lo rechaces, ensáyale; con tal que nos saque del paso, basta.» El Emperador dijo: (a Kuen) «Id, comience su cometido a partir de esta noche con sumisión y diligencia.» Al cabo de nueve años, Kuen no había terminado aún su trabajo.

12. El Emperador dijo: «¡Ah! jefe de los príncipes de las cuatro comarcas, yo ejerzo el mando supremo desde hace setenta años. Si eres capaz de cumplir mis órdenes, te cederé mi dignidad.» El jefe de los príncipes de las cuatro comarcas dijo: «No poseo las cualidades necesarias; deshonraría el trono imperial.» El Emperador continuó: «Designadme a un hombre ya elevado en dignidad, o proponedme a un simple particular de humilde condición y no casado.» Todos cuantos se encontraban presentes dijeron al Emperador: «Existe un hombre llamado Iu Chuen, que es de humilde condición y no está casado.» «Sí, yo he oído hablar de él. ¿Cómo se conduce?» El jefe de los príncipes de las cuatro regiones respondió: «Es hijo de un hombre ciego de espíritu. Su padre era obstinadamente malo, su madrasta en manera alguna sincera en sus palabras y su hermano Siang harto arrogante. Por su piedad filial, ha conseguido vivir con ellos en buena inteligencia llevándolos poco a poco a corregirse y a abstenerse de cometer grandes faltas.» «Pues bien le pondré a prueba, dijo el Emperador. Le daré mis dos hijas en matrimonio, y veré qué ejemplos les mostrará o cuál será su conducta con ellas.» Después de haber hecho preparar los trajes y los diferentes objetos que sus hijas debían llevar, envió a ambas al recodo del Kuei (54) para que se casaran con Chuen. Y les dijo: «Cumplid vuestros deberes con respeto y diligencia.»

Capítulo II

Regla de Chuen (55)

1. Si examinamos la conducta del antiguo emperador Chuen, encontraremos que merece ser llamado *Tch'ung Hua*, Esplendor renovado, y que ha sido semejante al emperador Yao. Era perspicaz, prudente, perfecto, inteligente, amable, grave y respetuoso y verdaderamente sincero. Las virtudes que practicaba en el secreto de la vida privada llegaron a conocimiento del emperador Yao, y este le asoció a su imperio.

2. Nombrado primeramente perfecto de las multitudes (ministro de Instrucción Pública) puso todo su empeño en poner en vigor las muy importantes leyes de las cinco relaciones sociales; y esas grandes leyes fueron observadas (56). Luego fue nombrado primer ministro y encargado de dirigir a todos los oficiales que fueron mandados conforme a las exigencias de la época. Poco después, elevado a la jerarquía de jefe de los príncipes de todas las comarcas, recibió en las cuatro puertas de palacio a todos los príncipes que acudían de todas las partes del Imperio a rendir homenaje al emperador, y los príncipes que entraban por las cuatro puertas mostrábanse muy sumisos. Más tarde, fue encargado de inspeccionar los grandes llanos próximos a las montañas, afrontando el furor de los vientos sin turbarse ni extraviarse jamás.

3. El Emperador dijo: «Chuen, acércate. He comparado en primer término tus obras con los proyectos que me habías expuesto, y he encontrado que has po-

dido dar feliz remate a la ejecución de tus proyectos, desde hace tres años. Sube al trono imperial.» Chuen quiso dejar este honor a uno más digno y declinó la sucesión.

4. El primer día del año, Yao le cedió completamente la administración del Imperio delante de la tablilla en el templo del Soberano Perfecto (57).

5. Chuen examinó la esfera ornada de perlas y el tubo de jade para regular (calcular) la marcha de los siete Gobernadores (58).

6. Inmediatamente después ofreció un sacrificio extraordinario a Chang ti, y ofrendas a los seis Venerables (59) con una intención perfecta; luego, volviéndose hacia las montañas y las corrientes de agua célebres, les rindió honores semejantes, como a toda la multitud de los espíritus.

7. Chuen reunió las cinco especies de tablillas de jade. Como el primer mes del año hubiese tocado a su fin, dio audiencia a diario a los príncipes de las cuatro regiones del Imperio y a los perfectos de las provincias, y distribuyó a todos los príncipes sus tablillas de jade (60).

8. El segundo mes del año, visitó los principados que estaban al este; fue hasta Tai-chan, la más venerable de todas las montañas. Allí ofreció y quemó en una hoguera una víctima en honor del Rey del Cielo. Tornándose sucesivamente hacia las montañas y los ríos que existen en esta región, les hizo sacrificios según la dignidad de cada uno de ellos. Luego recibió a los príncipes del este, y se ocupó seriamente de que en toda esta región las estaciones del año y los meses lunares estuviesen de perfecto acuerdo, corrigiendo el nombre de los días. Estableció la uniformidad de los tubos musicales (61), de las medidas de longitud, de las medidas de capacidad, de las balanzas y reguló las cinco diversas clases de ceremonias (62). Recibió las cinco clases de tablillas de jade, tres clases de piezas de

seda (63), dos géneros de animales vivientes, una sola especie de animales muertos. Chuen estableció la uniformidad de las cinco clases de instrumentos (64); al cabo, retornó sobre sus pasos. El quinto mes, visitó los principados del mediodía, fue hasta la montaña de esta región y cumplió las ceremonias que en el Tai-chan. El octavo mes, visitó los principados del oeste. Fue hasta la gran montaña del oeste e hizo las mismas ceremonias que precedentemente. El undécimo mes, visitó los principados del norte. Fue a la gran montaña del norte y cumplió las mismas ceremonias que en oeste. De retorno (a la capital) penetró en el templo del Antepasado perfecto e inmoló un buey.

9. Cada cinco años, el emperador empleaba un año en visitar los principados. En el curso de los otros cuatro años, todos los príncipes iban a la corte imperial, para presentar una cuenta detallada de su administración; la exactitud de este informe era comprobada mediante el examen de sus obras. Los que lo merecían eran recompensados con coches y trajes.

10. Chuen estableció doce provincias, dándoles por guardianes los genios tutelares de doce montañas, e hizo excavar profundamente el lecho de los ríos (65).

11. Aterró al pueblo ofreciéndole la imagen de los grandes castigos corporales establecidos por las leyes. Como clemencia, permitió reemplazar los cinco grandes castigos por el destierro (66). El látigo fue empleado contra la resistencia de los oficiales, y las disciplinas en las escuelas (67). Se rescataban los castigos corporales por dinero. Las faltas cometidas por error o a consecuencia de desgraciados accidentes, fueron perdonadas. Las cometidos con violencia o varias veces, fueron castigadas con la muerte o, de otra forma, según su gravedad. ¡Qué admirables son estas decisiones! La severidad de la justicia está en ellas templada por la clemencia.

12. Chuen relegó al ministro de obras públicas en

una isla de la provincia de Yu, confinó a Huan teu en el monte Tch'ung, encarceló al príncipe de San miao en el país de San-uei, relegó a Kuen y le mantuvo encadenado en el monte Yu. Aplicó estos cuatro castigos y todo el imperio mostró confianza en su justicia (68).

13. Al cabo de veintiocho años, el emperador Yao falleció (69). Los habitantes del dominio imperial lloraron su muerte durante tres años, como hubieran llorado la muerte de un padre o de una madre. Por todos lados, entre los cuatro mares, las ocho clases de instrumentos de música enmudecieron (70).

14. El primer día del primer mes del año, Chuen se presentó ante la tablilla del Abuelo Perfecto (71).

15. Con el jefe general de todos los príncipes, buscó y tomó medidas para abrir las cuatro puertas (a los hombres capaces), iluminar todos los ojos y hacer oir a todos los oídos, es decir, para conocer y atraer a todos los hombres capaces del Imperio, y para dar a todos sus súbditos plena libertad de ver y oir, de decirle lo que ellos habían visto y oído, y de descubrirle todos sus sentimientos.

16. Deliberó con los doce gobernadores de provincias, y les dijo: «¡Cuidado! La subsistencia del pueblo depende sobre todo de la exactitud en realizar los trabajos del campo en épocas determinadas. Tratad con bondad a los que vienen de lejos, cultivad las perfecciones y los talentos de aquellos que se encuentran junto a vosotros, honrad la virtud, otorgad vuestra confianza a la probidad, y rechazad el halago. Los extranjeros del mediodía, del oriente y de todas las comarcas, atrayéndose unos a otros, vendrán a colocarse bajo vuestras leyes.»

17. Chuen dijo: «Oye, jefe de todos los príncipes, si alguien fuera capaz de ejecutar grandes empresas, y de engrandecer con esplendor la obra del emperador Yao, le nombraría director general de todos los oficiales,

le encargaría que dirigiese todos los negocios y que hiciera prosperar cada cosa como le exija su especie y naturaleza.» Todos los oficiales presentes exclamaron: «Eso el príncipe Yu, que ejerce el cargo de ministro de obras públicas.» «Cierto, dijo el emperador. Pues bien, Yu, tú que has encauzado las aguas y desecado las tierras, aplícate ahora a desempeñar este nuevo puesto.» Yu se prosternó inclinando la cabeza hasta sus manos, y luego hasta el suelo, y propuso confiar este cargo a Tsi, a Sie o a Kao yao. El emperador le dijo: «Sí, son verdaderamente capaces, pero te elijo a ti. Ve, pues, y empieza el trabajo» (72).

18. El Emperador dijo: «K'i, la raza de cabellos negros está atormentada por el hambre. Tú, príncipe-ministro de agricultura, haz sembrar los diversos granos» (73).

19. El Emperador dijo: «Sie, el pueblo no vive en buena armonía; las cinco clases de la sociedad descuidan sus deberes mutuos. En calidad de ministro de instrucción pública, puedes aplicarte a difundir la enseñanza de las cinco virtudes sociales. Sobre todo hazlo con dulzura (el éxito de tus esfuerzos depende de esta condición)» (74).

20. El Emperador dijo: «Kao yao, las tribus extranjeras que nos rodean perturban nuestra extensa y bella región. Aprovechando estos disturbios, los bandidos y los homicidas se multiplican, los malhechores surgen dentro y fuera. Eres ministro de Justicia. Impón a los criminales los cinco grandes castigos, hacédselos sufrir en tres lugares diferentes. Pon en vigor las cinco clases de destierro, asigna a las cinco clases de desterrados tres regiones diferentes. Una gran perspicacia te será necesaria para lograr que se tenga confianza en tu justicia» (75).

21. El Emperador dijo: «¿Quién dirigirá convenientemente mis trabajos?» Todos cuantos se encontraban presentes explamaron: «Chuei, señor.» «Sí, asintió el

emperador. Pues bien, Chuei, sé intendente de las obras públicas.» Chuei se prosternó, inclinó la frente hasta sus manos, y luego hasta el suelo, y propuso que confiaran este cargo a Chu, a Ts'iang o a Pe-iu. El emperador dijo: «Sí, son hombres capaces, pero te escojo a ti; ve y trata cada cosa como lo requiere su naturaleza.»

22. El Emperador dijo: «¿Quién cuidará convenientemente las plantas y los animales en las montañas y en los valles?» Todos los que se encontraban presentes exclamaron: «Nadie mejor que I.» «Sí, continuó el emperador. Pues bien, I, sé mi intendente de aguas y bosques.» I se prosternó, inclinó la frente hasta sus manos, luego hasta el suelo, y propuso que confiaran este cargo a Tchu, a Hu, a Hiung o a Pi. El emperador dijo: «Sí (son capaces, pero te escojo a ti), trata, pues, cada cosa como su naturaleza lo pide.»

23. El Emperador dijo: «Dime, jefe de todos los príncipes, ¿conoces a algún hombre que sea capaz de presidir las tres clases de ceremonias?» (76). Todos cuantos se encontraban presentes respondieron: «Pe.» «Sí, contestó el emperador. Pues bien, Pe, ocupa el oficio de director de ceremonias. Muéstrate de continuo vigilante, que tú corazón sea recto, y tu intención pura.» Pe se prosternó, inclinó la cabeza hasta sus manos, luego hasta el suelo, y propuso que confiaran este cargo a K'uei o a Lung. El emperador dijo: «Sí (son capaces; pero te escojo a ti), ve y muéstrate cuidadoso.»

24. El Emperador dijo: «K'uei, te encargo la dirección de la música, y la instrucción de los hijos mayores, del Emperador, de los príncipes, de los ministros de Estado y de los grandes prefectos. Por medio de la música, enséñales a unir la moderación a la rectitud, la severidad a la indulgencia, la dulzura a la fuerza, el respeto a la libertad de modales. La poesía expresa los sentimientos del alma; el canto mantiene esta expresión, que, prolongada, da lugar a los diferentes sonidos (de la escala), que son modificados por los tubos musicales. Así, los sonidos de las ocho clases de instrumentos se pueden acordar y no se confunden unos con otros. Los espíritus y los hombres (encantados con la dulzura de los conciertos) se ponen en armonía.» «Yo golpeo la piedra musical, dijo K'uei, y toda clase de animales vienen a bailar juntos» (77).

25. El Emperador dijo: «Lung, detesto los discursos de los calumniadores, porque impiden a los hombres virtuosos hacer el bien y siembran la perturbación y el terror entre los pueblos. Te concedo el oficio de monitor. Todos los días, desde por la mañana hasta por la noche, transmite mis órdenes y dame cuenta de su ejecución. Sobre todo transmite mis órdenes e infórmame con fidelidad de cuanto se diga.»

26. El Emperador dijo: «Pues bien, estáis aquí veintidós oficiales (78); cumplir vuestros deberes con gran cuidado, a fin de ayudarme a hacer florecer las obras que el Cielo me ha confiado.»

27. Cada tres años, el emperador inspeccionó la administración de los oficiales; después de tres inspecciones (cada nueve años), relegó a un puesto inferior o destituyó a aquellos que no se mostraron dignos del puesto que les había confiado, y elevó a los otros en dignidad. Todas las partes de la administración fueron perfectamente llevadas. Entre los San-miao, los refractarios fueron separados del resto del pueblo y relegados a lejanos países.

28. Chuen tenía treinta años, cuando fue llamado a la corte para recibir su puesto de honor. Gobernó treinta años (en vida de Yao), y cincuenta años tras la muerte de Yao, subió a su lugar, y murió (79).

Capítulo III

Consejos del Gran Yu (80)

1. Si consultamos los recuerdos dejados por el Gran Yu, encontraremos que sus instituciones civiles se han difundido por todos lados entre los cuatro mares o bien que ha merecido el título de Uen ming, porque estas instituciones civiles se han extendido por todo el Imperio. Dio, un día, respetuosamente al emperador Chuen las siguientes respuestas:

2. «Si el soberano se aplica con valor a vencer las dificultades del gobierno y si los oficiales hacen lo mismo en el ejercicio de sus cargos, la administración será bien llevada y la raza de cabellos negros cultivará la virtud con ardor.»

3. El emperador (Chuen) dijo: «Sí, si fuera verdaderamente así, las advertencias útiles serían siempre atendidas, los hombres virtuosos y capaces no estarían abandonados en el campo (en la vida privada) y todos los estados gozarían de la paz. En lo que se refiere a interrogar a todo el mundo, renunciando a su propio sentimiento, siguiendo el de los otros, no tratando injustamente a los débiles que no tienen a nadie a quien puedan recurrir, no abandonando a los desventurados sin recursos, sólo el emperador Yao ha alcanzado tan gran perfección.»

4. I dijo: «En verdad, la virtud del emperador *(Yao)* ha sido sin límites, siempre operante, innata, maravillosa, fuerte y dulce. Por favor y voluntad del augusto Cielo, su dominio se ha extendido hasta las orillas de los cuatro mares, y su soberanía por todos lados bajo firmamento.»

5. Yu dijo: «La felicidad acompaña a la virtud y la desgracia al vicio, como la sombra sigue al cuerpo y como el eco responde a la voz.»

6. I dijo: «Conviene tener cuidado, mucho cuidado, especialmente cuando no se tiene razón alguna para estar inquieto. No descuidéis la observancia de las leyes y de las prescripciones. No busquéis el bienestar, no os abandonéis al placer. Confiad los cargos a los hombres virtuosos y capaces, y jamás a los otros. Desterrad el vicio sin vacilación. Cuando dudéis de si conviene o no conviene hacer una cosa, no la emprendáis. Que todas las tendencias de vuestra alma sean nobles y manifiestamente conformes a la razón. No os desviéis de la senda del deber para correr tras de las alabanzas de la multitud. No luchéis contra la opinión del pueblo por seguir vuestros propios deseos. Huid de la indolencia y de la ociosidad. Sólo así todos los pueblos extranjeros acudirán a saludaros como a su soberano.»

7. Yu dijo: «Cierto; que reflexione el emperador acerca de lo que acabas de decir: La virtud debe servir para bien gobernar; el gobierno debe bastar para proporcionar subsistencias al pueblo. El agua, el fuego, los metales, la madera, la tierra y los granos reclaman los cuidados del príncipe. La reforma de las costumbres, la adquisición de los objetos necesarios, los medios de procurarse las comodidades de la vida deben ser armoniosamente regulados. Los trabajos exigidos por estas nueve cosas deben ser realizados con orden. Estos trabajos, ejecutados con orden deben ser celebrados con cantos (a fin de que la animación y la alegría reinen de continuo). Prevenid la negligencia por medio de recompensas concedidas al mérito, corregidla con castigos, excitad el ardor con los cantos acerca de las nueve clases de ocupaciones, a fin de que vuestra obra no decaiga.»

8. El Emperador respondió: «Es cierto. La tierra ha sido limpiada, y el cielo realiza su obra. Los seis manantiales de riqueza y las tres ocupaciones están bien ordenadas. Todas las generaciones recogerán el fruto de ello en lo porvenir, y os lo deberán.»

9. El Emperador añadió: «Yu, acércate. Ocupo el trono imperial desde hace treinta y tres años. Cuento de noventa a cien años, y no puedo dedicar al gobierno toda la aplicación necesaria. Gobierna tú a todo mi pueblo, pero evita la indolencia.»

10. Yu respondió: «No soy bastante virtuoso, el pueblo no tendrá bastante confianza en mí. Kao yao, con grandes esfuerzos, ha mostrado por todos lados sus virtudes. Sus beneficios han caído sobre el pueblo; la raza de cabellos negros le quiere. Reflexiona, pues, señor. Cuando pienso en Kao yao, mi elección se detiene en él. Cuando quiero alejarlo de mi mente, mi elección se vuelve de nuevo a él. Cuando le nombro y hablo de él, también lo elijo. Lo recomiendo sinceramente. Lo escojo con preferencia a cualquier otro. Ruego al Emperador que considere atentamente sus méritos.»

11. El Emperador dijo: «Kao yao, si los oficiales y los hombres del pueblo no violan mis reglamentos, es que, en el cargo de ministro de justicia, has aplicado con inteligencia los cinco grandes castigos, a fin de hacer eficaces la enseñanza de las cinco virtudes sociales, y de ayudarme a bien gobernar. Infligiendo los castigos, has tenido como fin el hacerlos desaparecer, y el pueblo no se aparta del justo medio, del camino recto. Todo ello es el fruto de tus esfuerzos. Despliega siempre el mismo celo.»

12. Kao yao respondió: «Príncipe, tu virtud está exenta de todo exceso. No eres ni demasiado minucioso con respecto a los oficiales ni demasiado exigente con el pueblo. No castigas el crimen en los hijos de los criminales, y recompensas los méritos hasta en sus descendientes. Perdonas las faltas involuntarias, por grande que sea su gravedad, y castigas las faltas voluntarias, por ligeras que sean. Tratas como ligeras las faltas cuya gravedad es dudosa, y como grandes los servicios cuya importancia no es evidente. Prefieres descuidar la aplicación de una ley a exponerte a condenar a muerte a un inocente. Este respeto a la vida de los hombres te ha conquistado los corazones de tus súbditos. Por eso no se ponen nunca en el caso de ser castigados por tus oficiales.»

13. El Emperador dijo: Gracias a ti gobierno según mis deseos, y he obtenido que a veces el pueblo responda a mis cuidados, como la hierba se inclina al soplo del viento. Todo el mérito es tuyo.»

14. El Emperador añadió: «Yu, acude. Las aguas desbordadas excitaban mi solicitud. Tú has ejecutado tus planes y terminado el trabajo, gracias a tu sabiduría. Manejas los negocios públicos con diligencia y tus negocios domésticos con economía; sin embargo, tu corazón no se enorgullece. Esto prueba también tu discreción. Intimamente no te elevas por encima de los demás, aunque nadie puede disputarte el premio de la virtud y del talento. No te alabas de nada, aunque nadie pueda disputarte el premio de los servicios prestados. Tu virtud me parece grande y tus inmensos trabajos admirables. En la revolución de los tiempos, ha llegado tu hora. Sube al fin al colmo del poder.»

15. «El corazón del hombre está sujeto a extravío; en las vías de la virtud, su razón y su voluntad son débiles. Para mantener constantemente el justo medio, es necesario aplicarse a discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, tendiendo siempre a un fin único, la práctica del bien.»

16. «No admitir una proposición antes de haberla examinado; no seguid un consejo antes de haber deliberado con otros acerca de él.»

17. «Aquel a quien debe amar el pueblo ¿no es al soberano? Los que el monarca debe temer ¿no es a sus súbditos? ¿A quién estaría sometida la multitud, si no tuviera soberano? El soberano sin pueblo carecería de brazos para proteger con ellos el reino. ¡Oh! ¡cuánta atención hace falta prestar a esto! Sé vigilante para conservar la dignidad imperial que te ha sido conferida;

persiste con ardor en aquello que debe ser objeto de todos tus deseos. Si el pueblo fuere desgraciado y se viese sin recursos, el Cielo os retiraría todos los beneficios que te ha concedido como Emperador. La lengua pronuncia buenas palabras, pero también es causa de guerras. No repetiré lo que he dicho; acepta sin otra explicación la dignidad imperial que te ofrezco.»

18. Yu dijo: «Consultemos a los augures acerca de cada uno de los ministros que mejor cumplieron con su cometido, y atengámonos a su respuesta favorable con objeto de que revistas con la dignidad imperial a aquel para quien los presagios sean favorables.» El Emperador respondió: «Yu, el jefe de los adivinos comienza siempre por fijar su determinación, y luego la somete a la decisión de la gran tortuga. Después de haber fijado mi determinación, he interrogado y tenido consejo, todas las opiniones están de acuerdo con la mía. Los espíritus han dado su asentimiento. La tortuga y la aquilea (planta) han aprobado. En la adivinación, cuando un presagio ha sido favorable, no se reitera.» Yu se prosternó, inclinó la frente hasta sus manos, y luego hasta el suelo, y rechazó el trono con obstinación. «No lo rechaces, dijo el Emperador, porque eres el más digno del trono.»

19. El primer día del año por la mañana, Yu recibió la investidura imperial en el templo del Abuelo espiritual. Tomó la dirección de todos los oficiales como el emperador Chuen lo había hecho a su advenimiento.

20. El Emperador dijo: «Pues bien, Yu, el príncipe de Miao es el único que se niega a obedecer. Ve y castígale con las armas.» Yu reunió a todos los príncipes, y arengó a las tropas en estos términos: «Vosotros, los que estáis aquí reunidos, oid mis órdenes. El príncipe de Miao es un insensato. En su ceguedad, ha olvidado todo respeto, mostrando un desprecio insultante, y colocándose por encima de todos los demás. Ha derribado los verdaderos principios y arruinado la virtud. Los

hombres de un mérito superior son dejados en la vida privada, y hombres despreciables ocupan las dignidades. El pueblo le abandona y ya no le defiende; el Cielo quiere castigarle. Con todos vosotros, valerosos guerreros, para obedecer al Emperador, castigaré al culpable. Uniréis como espero, vuestros corazones y vuestros brazos, y seréis los beneméritos de vuestra patria.»

21. Después de treinta días de combates, el pueblo de Miao aún resistía. I, acudiendo en socorro de Yu, le dijo: «Sólo la virtud hace impresión en el Cielo. Nada hay tan lejos que con ella no pueda ser alcanzado. El orgulloso es humillado y ensalzado el humilde, esta es la conducta ordinaria del Cielo. En otro tiempo, el emperador Chuen, en el monte Li, al dirigirse al campo todos los días, derramaba lágrimas y lanzaba gritos hacia el cielo misericordioso y hacia sus padres. Culpábase de los crímenes de los demás y él mismo se atribuía las faltas de su padre y de su madre. Cumplía los deberes de piedad filial con respeto, y se presentaba delante de tu padre Ku-seu con gravedad, modestia y como tembloroso. Ku-seu tuvo confianza en él y respondió a su ternura filial. La virtud perfecta conmueve los espíritus, y con tanta más razón conmoverá al pueblo de Miao.» Yu demostró con un saludo su admiración por estas notables palabras y dijo: «Sí.» Hizo venir a las tropas, reunió a las cohortes y las condujo a la capital. Entonces el Emperador decretó órdenes y dio instrucciones para reformar las costumbres y hacer florecer la virtud. Los pantomimos ejecutaron cantos con escudos y con abanicos de plumas *(en el patio de palacio)* entre las dos escaleras *(que conducen a la sala principal)*. Al cabo de sesenta días, los Miao vinieron, por propio impulso, a someterse.

Capitulo IV

Consejos de Kao-Yao

1. Consultando los recuerdos dejados por el antiguo ministro Kao-Yao, encontramos que dijo (al emperador Yu): «Si el soberano practica verdaderamente las virtudes que debe tener, sus ministros le darán consejos y auxilio inteligente.» Yu respondió: «Sí; pero ¿qué debe hacer?» «¡Oh!, ¡qué excelente pregunta!, dijo Kao-Yao. Que observe atentamente y que vea las cosas desde lo alto. Muy pronto todos sus parientes de las nuevas generaciones se mostrarán generosos los unos con los otros y conservarán el orden establecido por la Naturaleza; todos los hombres inteligentes le ayudarán con todas sus fuerzas. Por este medio podrá, comenzando por lo que hay a su alrededor (por sus parientes), alcanzar lo que se encuentra lejos (los habitantes de sus dominios y de todo el Imperio). «Yu testimonió con un saludo su admiración por estas palabras notables, y dijo: «Sí.»

2. Kao-Yao, dijo: «Bien. Para eso es preciso conocer a los hombres y procurar la tranquilidad al pueblo.» Yu respondió: «Cierto, mas el emperador Yao en persona difícilmente lograba reunir ambas cosas. El que conoce a los hombres es perspicaz, y sabe confiar a cada uno el empleo que le conviene. El que procura la tranquilidad al pueblo es bienhechor; la raza de negro cabello le da su afecto. ¿Es que un príncipe perspicaz y bienhechor debe temer a un ministro infiel como Huan-teu? ¿Tiene necesidad de relegar en un país más lejano a rebeldes como los Mao? ¿Qué tiene que temer de los hombres de lenguaje artificioso, de rostro hipócrita, de corazón profundamente astuto?»

3. Kao-Yao, dijo: «Bien. Se cuenta en total nueve cualidades que contribuyen a hacer la conducta perfecta. Generalmente, cuando se dice que un hombre posee tal o cual cualidad, se quiere decir que hace tal o cual cosa.»

Yu dijo: «¿Cuáles son estas cualidades?» Kao-Yao respondió: «Es preciso tener un corazón abierto, pero poniendo cuidado en no mostrarse excesivo en la generosidad; ser flexible, pero firme; ser sencillo, pero digno; establecer el orden, mas con respeto; ser acomodaticio sin debilidad; mostrarse recto con dulzura; no ser excesivamente minucioso, pero sí esmerado; ser severo, mas según la razón; obrar con fuerza, pero con justicia. El que despliega constantemente estas nueve cualidades es perfecto.

4. El que a diario despliega tres de estas nueve virtudes es capaz de ser un gran prefecto y de regir un dominio con prudencia y sabiduria. Si el Emperador atrae a sí y distribuye sobre la faz del Imperio todos los hombres de mérito, las nueve virtudes serán ejercidas. Los hombres eminentes por sus virtudes y sus talentos ocuparán los cargos importantes. Todos los oficiales rivalizarán en celo. Todos los funcionarios cumplirán sus deberes en un tiempo razonable, y se conformarán a los cinco elementos o a las cuatro estaciones del año. Todos los trabajos serán perfectamente realizados.

5. No des a los príncipes el ejemplo de la pereza y de la corrupción. Se diligente y circunspecto; en uno o dos días pueden surgir diez mil dificultades. No hagas todos los cargos inútiles confiándolos a hombres incapaces. Los oficiales defienden la plaza y hacen la obra del Cielo.

6. El Cielo es el que ha establecido las leyes de las cinco relaciones o categorías sociales, y a nosotros incumbe el hacer que se cumplan estas cinco leyes, y estén en vigor. El Cielo ha ordenado los usos propios a las cinco categorías de la sociedad; a nosotros corresponde trabajar en la observancia de estas cinco clases de usos, y hacer que sean bien observados. Respetemos y observemos de concierto estas leyes y estos usos y la armonía de las pasiones y de los sentimientos reinará en todos los corazones. El Cielo es el que pone en los cargos a

los hombres virtuosos; ¡los cinco grandes castigos y sus cinco grandes aplicaciones deben estar en vigor! En cuanto a los negocios públicos, ¿no deben ser objeto de todos nuestros esfuerzos?

7. El Cielo oye por los oídos y ve por los ojos de nuestro pueblo. El Cielo honra la virtud y asusta al vicio por medio de nuestro pueblo. Existe estrecha correspondencia entre el Cielo y la Tierra por su intermedio. ¡Cuánto cuidado no deberán poner los señores de la Tierra!

8. Kao-Yao dijo: Mis principios están conformes con la razón, y pueden no ser puestos en práctica.» Yu respondió: «Sí. Principios, puesto en práctica, producirán muy felices resultados.» «No estoy seguro de ello, dijo Kao-Yao. Mi deseo es el de secundar al Emperador, y me esfuerzo en contribuir a hacer su gobierno perfecto.»

Capitulo V

Y Tsi

1. El Emperador Chuen dijo: «Yu, ven. Tú también debes tener excelentes consejos que darme.» Yu saludó y dijo: «Kao-Yao ha hablado admirablemente, Príncipe, ¿qué puedo añadir? En lo que a mí se refiere, me aplico al trabajo diariamente y con actividad.» «¿Y de qué forma?», preguntó Kao-Yao. Yu respondió: «Las aguas desbordadas se elevaban hasta el cielo; en su vasta extensión rodeaban las montañas y cubrían las colinas. Los hombres estaban consternados y perecían en este océano. Yo he viajado de cuatro maneras diferentes. He seguido las montañas y cortado árboles para abrirme camino. Con I, procuraba a la multitud el medio de tener carne y pescado para comer. He desembarazado el lecho de los ríos en las nueve provincias, y les hice vaciarse en los cuatro mares. En los campos, hice excavar diversos canales, grandes y pequeños, que comunicaban todos con los ríos Con Tsi sembré las tierras, y proporcioné a la multitud, además de la carne de los animales, los granos aún difíciles de cultivar. Incité al pueblo a transportar de un lugar a otro lo superfluo de los productos, y a hacer transacciones. Muy pronto nadie careció de grano. Todos los estados comenzaron a reconstituirse regularmente.» Kao-Yao dijo: «Sí; debemos tomar por modelo la magnífica abnegación que ha mostrado y cuyas obras nos recordó.»

2. Yu dijo: «Bien, príncipe. Aplícate a cumplir los deberes de tu cargo.» «Sí», respondió el Emperador. Yu continuó: «Tiende invariablemente a tu fin, que es la práctica de la virtud y el buen gobierno de los pueblos. Pon cuidado en los primeros indicios, piensa en los medios de afirmar tus obras, ten ministros honrados, y todos responderán al menor signo de tu voluntad, y estarán prestos a ejecutar tus órdenes. Se verá claramente que eres el mandatario del rey del Cielo; el Cielo continuará otorgándote su mandato y te colmará de bienes.»

3. El Emperador dijo: «A los ministros y a los familiares conviene elegirlos bien.» Yu dijo: «Sin duda.»

4. El Emperador dijo: «Los ministros son como los brazos, las piernas, los ojos y los oídos del soberano. Deseo ser útil a mi pueblo de todas las maneras; vosotros debéis ayudarme. Deseo extender mi influencia sobre todas las partes del Imperio: obrad vosotros de acuerdo conmigo. Deseo ver reaparecer los emblemas de antaño: el Sol la Luna, las estrellas, las montañas, los dragones y los faisanes representados en los bordados (de la túnica); los vasos sagrados, las algas, las llamas, los granos de arroz, las hachas y los otros adornos bordados (en el vestido inferior). Desearía ver brillar los cinco colores (81) en los trajes oficiales. Ordenad sean puestas estas marcas distintivas de las dignidades (82). Deseo oir los seis tubos varoniles (83), las cinco notas de la escala, los sonidos de las ocho clases de intrumentos.

Deseo comprobar si la administración es buena o mala, oyendo los cantos, unos en la corte imperial y los otros que vienen de fuera de la corte imperial, y que están todos compuestos de las cinco notas. Oidlos por mí.

5. Si me extravío, ayudadme a volver al buen camino. Guardaos de aprobar mis decisiones delante de mí, para hablar luego de trás de mí de una manera muy distinta. Poned cuidado en el cumplimiento de vuestro cometido, vosotros que sois mis brazos, mis piernas, mis ojos, mis oídos, y me interesáis por cuatro títulos.

6. Los numerosos insensatos que difunden calumnias no son de esos que dicen francamente la verdad. Emplead el tiro al blanco (84) para descubrirlos, los azotes para inculcarles vuestras advertencias en la memoria, y los registros para anotar sus faltas. Desead sinceramente que se corrijan a fin de que no sean castigados con la pena capital y puedan vivir largo tiempo con vosotros. Que el jefe de la música (para cubrirlos de vergüenza) haga cantar las palabras que hayan dicho y que le habrán sido repetidas; que divulguen en toda ocasión sus sentimientos. Si se corrigen, podrán ser presentados y elevados a los cargos públicos; si no, deberán ser castigados severamente.

Yu respondió: «Es muy de alabar lo que dices, pero no basta. Príncipe, da muestra de tu virtud por todos lados, hasta en las orillas verdosas de los mares; los hombres virtuosos y capaces de los diversos países habitados por la raza de cabellos negros, vendrán todos a servirte, y los elevarás a los cargos oficiales. Exige informes de todos aquellos que aspiren a los empleos, a fin de conocerlos por su lenguaje y por sus escritos, juzga por sus obras a todos los oficiales que ocupan un puesto importante; y como recompensa da coches y trajes en relación con los servicios prestados. ¿Quién se atreverá en tales circunstancias a no mostrarse modesto? ¿Quién se negará a responder con respeto a tus deseos? Si procedes de otra manera, tus oficiales se mostrarán cada vez más descuidados.

8. No imites la arrogancia de Tchu, príncipe de Tan (85). No gustaba sino el reposo y los placeres. El orgullo y la crueldad inspiraban todos sus actos, y esto de continuo, de día y de noche. Viajaba en barca sobre la tierra firme, es decir, cometía toda clase de extravagancias. Con sus compañeros, entregábase a la crápula en su casa. A causa de sus desórdenes, su familia perdió la dignidad imperial: yo puse gran cuidado en no imitarle. Cuando me casé con una princesa de T'u chan, no me quedé con ella sino los días *sin, jen, kuei, kia;* al cabo de estos cuatro días, me apresuré a volver a mis trabajos. En la época en que mi hijo K'i vagueaba y lloriqueaba, se vio privado de los cuidados paternales. Por completo entregado a los trabajos que reclaman las tierras, ayudé al Emperador a agrandar las cinco circunscripciones en un espacio de cinco mil estadios. Doce institutores fueron nombrados en cada una de las nueve provincias, y cinco jefes en cada una de las cuatro regiones que se extienden desde las nueve provincias hasta los cuatro mares. Estos institutores y estos jefes han merecido elogios. En su locura, sólo el príncipe de Miao se negó a obedecer. Que el Emperador piense seriamente en ello. El Emperador dijo: Si mis enseñanzas son seguidas en todos lados, es gracias a ti, que tan bien has sabido ordenar tu obra. Actualmente, Kao-Yao continúa con respeto la ejecución de tus planes, y aplica con perspicacia los castigos prescritos.»

9. K'uei (que era prefecto de la música), dijo: «Cuando se golpea fuerte o ligeramente las piedras musicales, o se tocan fuerte o ligeramente las cuerdas de dos laudes diferentes, y los sonidos de estos instrumentos alternan con las voces de los cantores, los manes de los antepasados llegan, el huésped de Yu toma asiento y asiste a la ceremonia y todos los príncipes muestran su virtud por su mutua cortesía. En la parte baja de la sala o de las escaleras, las flautas y los tamboriles unen sus acordes, en cuanto la señal es dada por la caja de madera, y se detienen a una señal dada por el tigre echado. Los

órganos de boca y las campanas déjanse oir a intervalos. Los pájaros y los cuadrúpedos se estremecen de alegría. Cuando se ejecutan los nueve cantos llamados *Siao chao*, los dos fénix acuden y se agitan con elegancia.» (86).

10. K'uei dijo: «Cuando yo golpeo las piedras musicales ligeramente o fuertemente, los animales de todas clases se estremecen; todos los jefes de los oficiales están verdaderamente en armonía.»

11. El Emperador, aprovechando esta buena armonía quiso componer un canto, y dijo: «Es preciso observar el mandato del Cielo, en todo tiempo y hasta en las menores cosas.» Y luego cantó así: «Si los brazos y las piernas (87) cumplen su cometido con alegría, la cabeza (88) se erguiría con gloria, y todos los oficios serán bien llevados.» Kao-Yao se prosternó, inclinó la cabeza hasta sus manos, y luego hasta el suelo y con voz elevada y rápidamente dijo al Emperador: «Piensa bien en ello. Eres el encargado de dirigir las empresas, de aconsejar las obras. Pon atención en las reglas que debes observar, pon atención. Examina con frecuencia lo que has hecho, ten cuidado.» Entonces, para continuar y completar el canto que el Emperador había compuesto, dijo: «Si la cabeza es inteligente, los brazos y las piernas cumplirán con su deber, y todo marchará bien.» Luego cantó así: «Si la cabeza quiere ordenarlo todo por sí misma, hasta en los menores detalles, los brazos y las piernas estarán en la ociosidad, todo languidecerá.» El Emperador saludó y dijo: «Sí, Ministro, ve, cumple tu misión; mas pon cuidado.»

SEGUNDA PARTE

ANALES DE LA DINASTIA DE LOS HIA

Capítulo I

TRIBUTO DE YU (89)

1. Yu dividió el territorio en nueve provincias. Siguiendo las montañas, cortó los árboles (para abrirse camino). Y así llegó al completo conocimiento de las altas montañas y de los grandes ríos (a fin de determinar los límites respectivos de las nueve provincias).

2. En el Ki tcheu, comenzó sus trabajos en Hu K'eu, prodigando sus cuidados al monte Leang y K'i, reparando los trabajos de su padre Kuen en T'an huai, concluyendo bien su obra, y alcanzó el Heng y el Tchang.

3. En esta provincia la tierra es blanca y floja, fácil de labrar. La cantidad del impuesto varía entre la primera y la segunda clase. Las tierras son de cinco clases. El Heng y el Uei volvieron a su antiguo cauce. El llano de Ta-lu pudo ser cultivado. Los bárbaros habitantes de las islas vinieron a ofrecer trajes adornados de pieles (como tributo). Para dirigirse a la capital del Imperio, bordean a la derecha la colina llamada Kie cheu y entran en el Río-Amarillo.

4. Entre el Tsi y el Río-Amarillo se encuentra la provincia de Yen. Los nueve brazos del Río-Amarillo siguen cada uno su cauce. Hubo un lago en Lei hia. El Yung y el Tsiu unieron sus aguas. Los terrenos propios para el cultivo de la morera pudieron alimentar al gusano de seda. Los habitantes descendieron de las alturas y se establecieron en la llanura.

5. En esta provincia la tierra es negruzca y compacta. Las plantas herbáceas crecen maravillosamente y los

árboles son muy elevados. Las tierras son de sexta clase, y los productos del impuesto de novena (90). Y aun este pequeño impuesto no fue exigido sino después de trece años de cultivo, al contrario de las demás provincias. Los habitantes ofrecen como tributo al Emperador barnices, y sedas más cestas llenas de tejidos con dibujos de flores. Para ir a la capital del Imperio, sus barcas siguen el Tsi, el T'a y entran en el Río-Amarillo.

6. Entre el Tai chan y el mar se encuentra la provincia de Ts'ing. El país de los Yu-i fue rodeado de un parapeto de tierra. El Uei y el Tcheu siguieron sus cauces. En esta provincia la tierra es blanca y compacto. Junto al mar se encuentran vastos terrenos áridos y salados. Las tierras son de tercera clase, y los productos del impuesto de cuarta clase.

7. Los habitantes ofrecen como tributo al Emperador gran cantidad de sal, fino lienzo de dolico, diferentes productos sacados del mar, juntamente con seda, cáñamo, plomo, abetos y piedras extraordinarias procedentes de los valles de Tai chan. Los bárbaros de Lai llevan la vida pastoril. En sus canastillos ofrecen al Emperador seda, que es el producto de sus moreras silvestres. Para ir a la capital del Imperio, sus barcas siguen el Uen, entran en el Tsi, luego en el Río-Amarillo.

8. El mar, el Tai chan y el Huain forman los límites de la provincia de Sin. El Huai y el I pudieron ser encauzados. Las colinas Mung y Yu fueron cultivadas. En Ta-ie hubo un lago. El país de Tung-iuen fue nivelado. En esta provincia la tierra es roja, arcillosa, compacta. Las plantas prosperan cada vez más, formando espesuras de árboles y boscajes. Las tierras son de segunda clase, y el impuesto de quinta.

9. Ofrecen los habitantes en tributo al Emperador, tierras de todos los colores, plumas de faisán de matices variados, procedentes de los valles inmediatos al monte Iu, elecocas que crecen aisladas al sur del monte I, piedras musicales que surjen y parecen flotar en la

superficie del agua, en las orillas del Seu, perlas y pescados procedentes de las orillas del río Huai. Los habitantes ofrecen al Emperador en sus canastillos telas de seda, unas azules, otras blancas, las otras tejidas con trama blanca sobre una cadeneta negra. Para ir a la cpitl del Imperio, sus brcas siguen el Huai, el Seu, y entran en el Río-Amarillo.

10. Entre el Huai y el mar se extiende la provincia de Iang. Hubo un lago en P'eng-li. Las ocas silvestres se detienen allí. Los tres Kiang vertieron sus aguas en el mar. El lago Tchen fue circunscrito. Los bambúes, gruesos o delgados, fueron propagados. En esta provincia, las plantas herbáceas son grandes y delicadas, los árboles son muy elevados. La tierra es húmeda y fangosa. Las tierras son de noveno orden, el impuesto varía entre la sexta y la séptima clase.

11. Ofrecen, en tributo al Emperador, tres clases de metales (oro, plata y cobre), hermoso jade (o dos clases de jade), bambúes unos gruesos y otros delgados, colmillos de elefante, cuero, plumas, pelos, árboles y trajes de tela procedente de las islas. Presentan canastillos llenos de tejidos de seda con dibujos de flores que imitan las venas de las conchas más lindas. Naranjas y toronjas son ofrecidas al Emperador, cuando él desea este don. Las barcas descienden el Kiang, siguen a lo largo de la costa, entran en el Huai y el Seu y remontando el Río-Amarillo van a la capital.

12. La provincia de King se extiende desde el monte King hasta más allá del monte Heng. El Kiang y el Han corrieron al mar como los príncipes van a la corte imperial. Los tres Kiang fueron perfectamente dirigidos. El T'uo y el Tsien siguieron cada uno su cauce. En las marismas de Iun, la tierra quedó al descubierto, y junto al Mung, los trabajos de cultivo comenzaron. En esta provincia la tierra es húmeda y fangosa. Las tierras cultivadas son de octava clase, los productos del impuesto son de tercera clase.

13. Ofrecen como tributo al Emperador plumas, pelo, colmillos de elefante, cuero, tres claess de metales (oro, plata y cobre), madera de zumaque para hacer arcos, cedros, cipreses, piedras de sillería, piedras de afilar, piedras para hacer puntas de flechas, cinabrio. Los más hermosos bambúes de la especie *k'iun* y *lu* (para fabricar flechas) y las mejores maderas de *hu* (para hacer arcos) son ofrecidos por los tres principados (los más cercanos al lago Iun y Mung). Ofrecen también una especie de grama triangular conservada en cajas (para filtrar los líquidos destinados a los sacrificios). En los canastillos ofrecen piezas de seda, unas blancas y otras rojas, y perlas angulares ensartadas juntas. La región irrigada por los nueve Kiang ofrece grandes tortugas. Para ir a la capital del Imperio, los habitantes del King tcheu siguen en barca el curso del Kiang, del Tou, del Tsien y del Han, van por vía de tierra hasta el Lo, y llegan hasta la parte meridional del Río-Amarillo.

14. Entre el monte King y el Río-Amarillo se extiende la provincia de Iu. El, I y el Lo, y el Tch'an, y el Kien desaguan en el Río-Amarillo. El Hiung y el Puo forman un lago. El lago Ko vierte el exceso de sus aguas en el lago Meng-tchu. En esta provincia la tierra es generalmente blanda; en los lugares bajos es compacta, negra y floja. Los campos cultivados son de cuarta clase, el importe del impuesto varía entre la primera y la segunda clase.

15. Los habitantes de esta región ofrecen como tributo al Emperador barnices, cáñamo fino en lienzo de dolico, y tela gruesa de cáñamo. En los canastillos le presentan piezas de seda, cuya cadenilla es negra y la trama blanca, y suave borra de seda. Como tributo extraordinario, piedras que sirven para pulir las piedras musicales. Las barcas descienden el Lo y entran en el Río-Amarillo.

16. La provincia de Leang, situada al sur del manso Hua, se extiende hasta el río Negro. Las colinas de Min y de Puo fueron cultivadas. El Tuo y el Tsien hiciéronse accesibles, y se celebraron en ellos sacrificios. Se consiguió agrupar a las tribus extranjeras en las orillas del Huo. En esta provincia la tierra es negruzca. Los campos cultivados son de séptima clase y los productos del impuesto oscilan entre la séptima y la novena clase.

17. Los habitantes ofrecen, como tributo al Emperador, jade para tallar piedras musicales, hierro, plata, acero, piedras para hacer puntas de flechas, piedras musicales corrientes, y pieles de oso común, osos de gran tamaño, zorros y gatos salvajes, y tejidos fabricados con pelo de estos animales. Los habitantes vienen del monte Si K'ing siguiendo el curso del Huan, descienden el Tsien, van por vía de tierra hasta el Mien entran en el Uei y atraviesan el Río-Amarillo.

18. Entre el río Negro y la parte occidental del Río-Amarillo se encuentra la provincia de Yung. El río Jo corre hacia el occidente. El King comunicó con el Uei y el Juei, como también el Ts'i y el T'sin, y lo mismo sucedió con el Fung. Diversos sacrificios fueron ofrecidos a los espíritus del monte King y del monte K'i, así como a los espíritus de las otras montañas, desde el Chung nan y el Tuen o hasta el Niaschu. Los trabajos terminaron felizmente en los llanos y en los valles hasta el lago Tchu-ie. El país de San-uei llegó a ser habitable, los San-miao (corregidos) merecieron la indulgencia del Emperador.

19. La tierra de Yung tcheu es amarilla y blanda. Los campos cultivados son de primera clase, la renta del impuesto de sexta clase. Los habitantes ofrecen como tributo al Emperador dos clases de jade y dos especies de piedras preciosas. Para ir a la capital del Imperio, sus carros van del monte Tsi-cheu al monte Lung men y a la parte Oriental del Río-Amarillo, o bien siguen el Uei y el Juei. Del monte Kuen liun, del monte Si-Tchen, del monte K'iu seu vienen telas y piedras (ofrecidas

como tributo). Las tribus nómadas del oeste se han sometido.

20. Yu hizo practicable el monte K'ien, el monte K'i y fue hasta el monte King, cortando los árboles, practicando caminos y dirigiendo las aguas por canales. Habiendo atravesado el Río-Amarillo, desembarazó el monte Hu-Ken, el monte Lei-cheu, desde donde fue al monte T'ai-io, luego al monte Tcheu-tchu, el monte Si-tch-eng, de donde fue al monte Uang-u; después al monte T'ai-hang, al monte Heng, desde donde fue al monte Kie-cheu. Hizo correr las aguas hasta el mar. El monte Si-K'ing, el monte Tchuiu, el monte Niao chu, desde donde fue al monte T'ai hua, luego al monte Hiungeul, al monte Ua, al monte T'ung, desde donde fue al monte P'ei uei.

21. Desembarazó el monte Pout-chung, desde donde fue al monte King; luego el monte Nei fang, desde donde fue al monte Ta pie; luego la parte meridional del monte Min, desde donde fue al monte Heng, atravesó la región irrigada por los nueve Kiang, y llegó al monte Fu ts'ien iuen.

22. Encauzó el río Jo, fue hasta el Ho e hizo correr el exceso de aguas a las arenas movedizas Dirigió el río Negro que llegaba hasta Ean-uei y le hizo correr hacia el mar del sur.

23. Dirigió el Río-Amarillo desde el monte Tsi-chue al monte Lung-men; de allí, hacia el mediodía, hasta la parte norte del monte Hua, hasta el monte Tcheu-tchu; más al este, hasta el vado de Meng-stin. Continuando luego hacia el este, pasó el confluente del Río-Amarillo y del Lo, y fue hasta Ta p'ei. Remontando hacia el norte, pasó el Kiang y fue hasta Ta-lu. Yendo siempre hacia el norte, dividió la corriente del Río-Amarillo, que forma los nueve ríos, y luego los reunió a la corriente principal y los condujo al mar.

24. Merced a los trabajos de Yu, el río Yang, llevado del monte Puo Tchung, vertió sus aguas hacia el este,

y se convirtió en el Han; luego, más al este, tomó el nombre de Ts'ang-lang que recibió el San cheu, pasó al pie del Ta Pie, y se encaminó hacia el sur, desaguando en el gran Kiang. De allí, volviendo hacia el este, forma el lago P'eng li. Aún más al este, se convirtió en el King septentrional y fue hasta el mar.

25. El Kiang nace en el monte Min, y diviéndose al este, forma el T'uo. Más al este, alcanza el Sai, atraviesa la región irrigada por los nueve Kiang, y pasa pie del monte Tuan ling. Después de haber continuado su curso hacia el este, se dirige hacia el norte, comunicando con el lago (P'eng-li o Pu'o-iang), vuelve a tomar su curso hacia el este, y se convierte en el Tchung Kiang y desemboca en el mar.

26. El Yen fue dirigido hacia el este, se convirtió en el Tsi, se arrojó en el Río-Amarillo, y luego, reapareciendo, se convirtió en el Hiung. Corriendo (bajo tierra) hacia el este, salió nuevamente a luz al norte de T'ao K'iu, volviendo a seguir su curso hacia el este, alcanzó el lago Ko. De ahí tomó al norte, luego al este, y se lanzó al mar.

27. El Huai corrió del monte T'ung-pe hacia el este, recibió el Seu y el I, y continuando su curso hacia el este, se arrojó al mar.

28. El Uei corrió en el monte Niao chu t'ung hacia el este, recibió el Fung, más lejos, al este, se unió al King, y más lejos aún, al este, recibió el Ts'i y el Tsin, y se lanzó en el Río-Amarillo.

29. El Lo nació en el monte Hiung-eul hacia el nordeste, recibió el Kien y el Tch'an; más lejos hacia el este, se unió al I. Continuando su curso hacia el este, se lanzó en el Río-Amarillo.

30. Estos trabajos fueron ejecutados igualmente en las nueve provincias. Todo el país hízose habitable hasta las orillas de los cuatro mares. En las nueve provincias multitud de árboles fueron derribados, trazáronse

caminos y se ofrecieron sacrificios en las montañas; los manantiales fueron limpiados, los lagos fueron rodeados de diques, y el exceso de aguas se vertió en los cuatro mares.

31. Las seis fuentes de riquezas fueron mejoradas (91). Los terrenos comparados y clasificados, a fin de que los impuestos fueran proporcionados a los productos. Las tierras fueron divididas en tres clases, y el impuesto determinado según los principados.

32. Yu otorgó diferentes dominios y ennobleció a diferentes familias que eran dignas de ello. «Me esfuerzo, dijo, en dar el buen ejemplo, a fin de que todos imiten mi conducta.»

33. El dominio particular del Emperador se extiende a quinientos estadios alrededor de la capital. Hasta la distancia de cien estadios los habitantes dan como tributo al Emperador la espiga con el tallo entero. Entre ciento y doscientos setadios, dan la espiga y la mitad del tallo. Entre doscientos y trescientos esadios, dan la espiga con la mitad del tallo despojado de sus hojas, y quedan obligados a prestar un servicio al Emperador o a pagar cierta cantidad. Entre trescientos y cuatrocientos setadios, se da solamente el grano en su cascarilla. Entre cuatrocientos y quinientos estadios, dan el grano despojado de su envoltura (92).

34. Más allá del dominio imperial, une zona de quinientos estadios de anchura forma los dominios feudales. Los cien estadios más próximos son dados a los ministros de Estado y a los grandes prefectos; los cien estadios próximos, a los feudatarios de quinta clase, y los trescientos estadios restantes a los demás feudatarios (93).

35. Más allá de los dominios feudales, una zona de quinientos estadios constituye el dominio de la paz (94). En una extensión de trescientos estadios, los menos lejanos, los príncipes de los otros doscientos estadios se

esfuerzan en defender el país por medio de las armas.

36. Más allá del dominio de la paz, una zona de quinientos estadios constituye el dominio de la represión. Los trescientos estadios menos lejanos son habitados por los bárbaros I, los otros cien estadios restantes son para los desterrados.

37. Más allá de los dominios de la represión una zona de quinientos estadios forma el dominio salvaje; los trescientos estadios menos lejanos están ocupados por los bárbaros Man, los otros doscientos por los culpables desterrados a una gran distancia.

38. El país que recibió los cuidados de Yu y fue dividido por él en nueve provincias, está bañado al este por el mar y limitado al oeste por la arena movediza. Al norte y al sur se extiende hasta las regiones más remotas. La celebridad de los trabajos de Yu y la influencia de sus ejemplos llegaron hasta los cuatro mares. Yu presentó una tableta negra al Emperador Chuen y le anunció que su obra estaba terminada.

Capítulo II

Arenga pronunciada en Kan

1. Antes de la gran batalla de Kan, el Emperador hizo venir a los seis ministros de Estado.

2. Y dijo a sus oficiales y soldados: «¡Guerreros que servís en mis legiones!, tengo que haceros una importante advertencia.

3. »El príncipe de Hu arruina y ultraja a los cinco elementos (95), rechaza con desdén los tres meses adoptados para el comienzo del año (96). Por lo tanto, el Cielo anula su mandato y le retira el poder de gobernar el principado. Ahora no hago sino ejecutar con respeto la sentencia pronunciada por el Cielo contra él.

4. »Si aquellos de vosotros que se encuentran a vuestra izquierda sobre los carros de guerra no cumplen bien su cometido, desobedecerán mis órdenes y serán condenados a muerte; ante los espíritus tutelares del país, los castigaré de muerte, y también a sus mujeres y a sus hijos.» (97)

Capítulo III

Cantos de los cinco hijos

1. El Emperador T'ai k'ang, nieto del gran Yu (98), inerte sobre el tronco, como representante de un muerto, había sofocado sus buenas cualidades en el reposo y los placeres. Había perdido la afección de toda la raza de cabellos negros, lo que no le impedía continuar dando rienda suelta a sus caprichos. Habiendo ido a cazar más allá del Lo, cien días después de su partida no estaba aun de vuelta.

2. I, príncipe de K'iung, aprovechando el descontento del pueblo que no podía ya soportar a T'ai K'ang, le interceptó el paso en las orillas del Río-Amarillo.

3. Los cinco hermanos de T'ai K'ang habían seguido a este príncipe con su madre, y le esperaban en uno de los recodos (al norte) que forma el Lo. En su indignación, estos cinco hijos (hermanos de T'ai K'ang), recordando las advertencias del gran Yu, compusieron cantos:

4. El primero dijo: «Nuestro abuelo nos ha enseñado que es preciso querer al pueblo, y no ultrajarle; que el pueblo es la base del Estado; que si los cimientos son sólidos, el Estado estará tranquilo.

5. »Cuando considero el Imperio, paréceme evidente que, si pierdo el afecto del pueblo, me encontraré solo, sin sostén, y que a partir de este momento, cualquier particular, una simple mujer podrá vencerme; si yo, que soy el soberano, cometo frecuentemente faltas, ¿debo, antes de corregirme, esperar a que todos las conozcan? Debo pensar en ello antes de que sean públicas. Encargado de dirigir a un pueblo numeroso, tiemblo como si guiara con bridas podridas un tiro de seis caballos. ¿Es posible, que quien se encuentra por encima de los demás no esté en continua vigilancia?»

6. El segundo dijo: «Nuestro abuelo nos ha enseñado que, cuando un príncipe se abandona a la voluptuosidad en su palacio, cuando se entrega apasionadamente a la caza, o que gusta del vino, la música, los edificios muy elevados o las paredes cubiertas de pinturas, uno solo de estos seis defectos basta para empujarle inevitablemente a su ruina.»

7. El tercero dijo: «El príncipe de T'ao y de T'ang (Yao) tomó posesión de esta tierra de Ki, y desde entonces los emperadores han establecido aquí su residencia. Ahora los principios de Yao son abandonados, sus leyes y reglamentos atropellados, y por consiguiente, la ruina está próxima.»

8. El cuarto dijo: «¡Con qué sabiduría nuestro abuelo ha presidido el Gobierno de todos los Estados! Tenía leyes, reglas que ha dejado a sus descendientes. El peso de ciento veinte libras y el de treinta libras, que le sirvieron para establecer por todos lados la uniformidad de los pesos, están conservados en el tesoro imperial. Pero el hilo de las tradiciones que nos legó se nos ha escapado de las manos; el templo de nuestros antepasados será demolido y las ofrendas cesarán.» (99).

9. El quinto dijo: «¡Ay! ¿Adónde vamos? La tristeza azruma mi corazón. Todo el pueblo nos trata como a enemigos. ¿En quién encontraremos apoyo? Mi corazón está angustiado, mi rostro erojece de vergüenza. El que no presta atención a sus actos, ¿es que puede reparar sus faltas, aun cuando se arrepienta de ellas?»

Capítulo IV

Expedición del príncipe de In

1. Tchung K'ang (100), apenas revestido de la dignidad imperial, ordenó al príncipe de In que tomara el mando de seis legiones. Hi y Huo descuidaban completamente los deberes de su cargo y retirados en sus dominios entregáronse a la embriaguez. El príncipe de In fue comisionado por el Emperador para castigarlos.

2. El príncipe de In, arengando a sus tropas, les dijo: «Oid todos los que estáis bajo mi mando: los sabios nos han dejado enseñanzas que han meditado largo tiempo, y cuya eficacia hemos comprobado para afirmar y conservar el Imperio. Los antiguos soberanos mostrábanse atentos a las advertencias del Cielo, sus ministros observaban reglas constantes, todos los oficiales les secundaban, y por ello esos príncipes reinaron con gloria.

3. »Cada año en el primer mes de la primavera, el heraldo imperial, tomando una campanilla con badajo de madera, reunía al pueblo y le decía:

«Que los oficiales encargados de dirigir y de instruir al pueblo, ilustren con sus consejos a la administración imperial ,que los artesanos mismos presenten opiniones y críticas acerca de las cosas que conciernen a sus oficios. Si alguien no se atreve a respetar esta orden, el Estado tiene siempre en vigor los castigos convenientes.»

4. «Hi y Huo llevan una conducta desordenada, se entregan al vino y se degradan. Han abandonado su empleo y dejado su puesto. Por un desorden, hasta ahora sin ejemplo, han trastornado las leyes de la astronomía y descuidado completamente los deberes de su cargo. El primer día del tercer mes de otoño, los dos astros (el Sol y la Luna) no se han encontrado armoniosamente en la constelación de Escorpión (101). Los músicos han redoblado el tambor, los oficiales inferiores y los empleados, sacados del seno del pueblo, han corrido con apresuramient al socorro del Sol. Hi y Huo, inertes en su oficio, como los representantes de un muerto en una ceremonia, han fingido no oír nada, no saber nada. Se han engañado groseramente acerca de los fenómenos celestes, y han merecido la pena de muerte decretada por los antiguos soberanos. En las leyes de Gobierno se dice: «El que avanzare el tiempo será condenado a muerte sin remisión; el que retardare el tiempo será condenado a muerte sin remisión (102)».

5. «Ahora soy el encargado de ejecutar con vosotros la sentencia ordenada por el cielo. Todos vosotros, valerosos soldados, unid vuestros esfuerzos para servir a la familia imperial. Me ayudaréis, espero, a cumplir las voluntades severas del Hijo del cielo.»

6. «La llama en la cima del monte Kuen devora igualmente las piedras preciosas y las piedras comunes. Si el delegado del Cielo (el Emperador o su ministro) se excede en el cumplimiento del deber, será peor que la llama más furiosa. Condenaré a muerte a los principales jefes de la revolución; pero no castigaré a aquellos que se han visto obligados a seguirlos. A todos aquellos que han sufrido desde larga fecha la influencia de sus malos ejemplos, les dejaré la facultad de corregirse.»

7. «En verdad, un jefe militar más severo que indulgente triunfa en sus empresas; por el contrario, el que es más indulgente que severo no obtiene éxito alguno. Así, pues, vosotros todos, soldados, sed valerosos y tened cuidado, porque no debéis contar con mi indulgencia.»

TERCERA PARTE

ANALES DE LA DINASTIA DE LOS CHANG (103)

Capítulo primero

ARENGA DE T'ANG (104)

1. El Emperador dijo: «Acércate, pueblo numeroso, oye y comprende bien lo que voy a decirte. Soy como un niño; no sería yo quien se atreviera a promover una sedición. Mas el príncipe de Hia ha perpetrado muchos crímenes, y el Cielo ha ordenado su pérdida (105).

2. »Ahora, pueblo numeroso, te dices: «Nuestro príncipe no tiene compasión de nosotros. Nos ordena que abandonemos el trabajo de la siega, para ir a castigar a la raza de los Hia.» He oído vuestras palabras. Mas el jefe de la familia de los Hia es culpable; y por respeto a la voluntad del rey del Cielo no me atrevo a abstenerme de castigarlo.

3. »Me responderéis. «¿Qué nos importan a nosotros los crímenes del príncipe Hia?» Os responderé: El emperador Hia ha agotado las fuerzas de sus súbditos, despuebla la China (por los suplicios que inflije). Todos los habitantes fatigados y descontentos dicen: «¿Cuándo perecerá ese sol? Con tal que perezca consentimos en perecer contigo.» Tal es el resultado de la conducta del príncipe de Hia; yo debo marchar contra él.

4. »Me ayudaréis, lo espero, a ejecutar la sentencia de condenación pronunciada por el Cielo. Os recompensaré magníficamente; no lo dudéis, cumpliré mi palabra. Pero si no respondéis a mi llamamiento, os condenaré a muerte, a vosotros, a vuestras mujeres y a vuestros hijos; no perdonaré a nadie (106)».

Capítulo II

ADVERTENCIA DE TCHUNG HUEI

1. T'ang, el Victorioso, después de haber relegado a Kie en Nan tch'ao, tenía vergüenza de su propia conducta (107). Decía: «Temo que en las edades futuras mi ejemplo sirva de pretexto para confirmar pretensiones injustas.»

2. Entonces Tchung Huei (108) expuso su opinión en estos términos: «Era verdad, los hombres al nacer tienen pasiones que el mismo Cielo ha puesto en sus corazones; cuando no son gobernados por un amo, viven en el desorden. Por eso el Cielo hace que nazcan hombres de una inteligencia superior y les encarga que dirijan a los demás. El príncipe de Hia obraba de una manera insensata y por su tiranía precipitaba al pueblo al fango y sobre carbones encendidos. El Cielo te ha dado fuerza y sabiduría, y luego te ha hecho emperador. Te ha encargado que creases el orden en todos los estados con tu ejemplo y administración, que continuases los trabajos emprendidos en otro tiempo por el Gran Yu. Siguiendo las reglas trazadas por Yu, serás fiel al mandato que el cielo te ha confiado.

3. »El emperador Hia, en su maldad, pretextaba falsamente la voluntad del Cielo para imponer a sus súbditos su propia voluntad. Pero el Rey del Cielo no ha aprobado su voluntad y se ha servido del príncipe Chang para gobernar el Imperio e ilustrar al pueblo.

4. »Gran número de personas despreciaban la virtud y el talento y halagaban a los que estaban en el poder. Nuestro principado, que comenzaba a ser poderoso en el Imperio, apareció, a los ojos de Kie, como la zizaña que crece en medio del buen grano. Todos, grandes y pequeños, temblábamos. Todos temíamos por los inocentes. La inocencia era un crimen. Temíamos en particular

por nuestro príncipe, cuya virtud y fama atraían las miradas del pueblo.

5. »Príncipe, tú no amas los cantos lascivos ni la volptuosidad; no atesoras, ni buscas tú interés. A las grandes virtudes das grandes cargos, y a los grandes méritos grandes recompensas. Concedes los empleos a los hombres de talento, sin sentir envidia alguna, como si sus talentos fueran los tuyos, y reparas voluntariamente tus errores. Sabes ser indulgente y bienhechor, tus grandes virtudes te han conquistado la confianza de todo el pueblo.

6. »El príncipe de Ko maltrató y despojó a un niño que llevaba víveres a los trabajadores del campo; tú hasta comenzado por Ko las expediciones contra los malos príncipes. Cuando guerreaste en oriente, las tribus occidentales se quejaron; cuando ibas al mediodía, los del norte murmuraban. Todos ellos decían: «¿Por qué nos deja para los últimos en vez de librarnos inmediatamente de los tiranos?» En las regiones a donde vas, los maridos y sus esposas se felicitan mutuamente diciendo: «Esperábamos la llegada de nuestro príncipe, nuestro príncipe ha venido, volvemos a la vida.» El pueblo torna los ojos hacia los príncipes de Chang desde hace tiempo.

7. »Ayuda a los príncipes capaces, presta tu apoyo a aquellos que son virtuosos; honra a los que son leales, facilita el camino a los que son amigos del deber. Asocia colegas a los débiles, destituye a los ciegos obstinados, suprime a los perturbadores, castiga de muerte a los que corren a su pérdida. Si apartas lo que está en vías de perderse y afirmas lo que tiende a subsistir, todos los Estados florecerán.

8. »Aquel que a diario se renueva en la virtud, será amado de todos los pueblos; el que está hinchado de orgullo, será abandonado por toda su parentela. Príncipe, esfuérzate en distinguirte por tus grandes virtudes, para que el pueblo guarde en todas las cosas el justo

medio; regula los negocios según las leyes de la justicia, y tu propio corazón según las conveniencias, y las generaciones futuras recogerán abundantemente el fruto de tus virtudes y de tus trabajos. He oído decir: «El que sabe buscar un maestro que le enseñe, poseerá el Imperio; el que se alaba de no tener igual, perecerá; el que sólo siga su propio consejo, decrecerá.»

9. »¡Oh! el que quiera concluir bien, pondrá cuidado en bien comenzar. Ayuda a los que cumplen fielmente su deber, derriba a los insensatos que se degradan; así avanzarás con respeto en el camino trazado y seguido por el mismo Cielo, y conservarás por siempre el mando.»

Capítulo III

Proclama de T'ang

1. El Emperador, después de su victoria sobre el príncipe de Hia, retornó a Puo, y dirigió una gran proclama a todos los pueblos del Imperio.

2. Y les dijo: «¡Oh! vosotros, pueblos de todas las comarcas, ¡oid y comprended bien los consejos de vuestro soberano! El Augusto Rey del Cielo imprime la ley moral en el corazón de todos los hombres. Aquellos que la siguen, conservan su bien natural. Su constante perseverancia en la observancia de sus preceptos depende del Soberano.

3. »El Emperador Hia ha sofocado sus buenas cualidades naturales, cometido crueldades, y extendido sus vejaciones sobre vosotros, pueblos de todas las comarcas. Su bárbara tiranía ejercía entre vosotros sus destrozos como un mortal veneno. No pudiéndola soportar, de común acuerdo, habéis mostrado vuestra inocencia y pedido auxilio a los espíritus del Cielo y de la Tierra. El Cielo se ha impuesto como ley el recompensar a los

buenos y el castigar a los malvados y ha enviado calamidades al príncipe de Hia, mostrando así que este príncipe era culpable» (109).

4. »Entonces yo, niño de poca edad (110), habiendo sido encargado de ejecutar las órdenes del Cielo y la sentencia de condenación que estaba manifiesta, no me he atrevido a perdonar. Me he permitido inmolar un toro negro, y anunciar mi deseo al Rey del Cielo y al Espíritu de la Tierra rogándoles que me ayudaran a castigar al príncipe de Hia. Luego les he pedido el socorro de un gran sabio, y he unido mis esfuerzos a los suyos, para que el Cielo os conserve la vida, pueblos de todos los países.

5. »El Cielo se muestra verdaderamente benévolo con los pueblos de la Tierra, el culpable ha sido degradado y derribado. El Cielo no se equivoca jamás en sus decisiones, esta verdad brilla como las flores en la primavera. Así todos los pueblos recobran la vida.

6. »El Cielo me ha hecho soberano, y me ha permitido restablecer la unión y la tranquilidad en vuestros principados y en vuestras familias. Cumpliendo esta obra, quizás haya cometido alguna falta con los Espíritus del Cielo y de la Tierra. Temo y tiemblo ante el peligro, como si estuviera a punto de caer en un abismo profundo.

7. »Vosotros todos, príncipes, cuya investidura he confirmado, evitad todo acto contrario a las leyes, no busquéis ni el reposo ni los placeres. Observad todas nuestras ordenanzas, para merecer los favores del Cielo.

8. »No me atreveré a dejar vuestros méritos en la sombra (y los sabré recompensar); y tampoco me permitiré perdonarme mis faltas. Me esforzaré en ver el bien y el mal tales como aparecen en el corazón del Rey del Cielo. Las faltas que cometáis, pueblos de todas las comarcas, caerán sobre mí, vuestro soberano, mas las faltas de vuestro soberano no os serán imputables.

9. »Espero que podremos cumplir fielmente con nuestros deberes y nuestros esfuerzos serán siempre coronados por el éxito.»

Capítulo IV

Enseñanzas de I In (111)

1. El primer año (del reinado de T'ai Kia) en el duodécimo mes, según el calendario de los Hia (112), el décimo día del Cielo, I In hizo ofrendas al Emperador difunto (T'ang), y presentó respetuosamente el nuevo Emperador a su antepasado (113). Los príncipes del territorio feudal y del dominio imperial estaban todos presentes. Los oficiales de todas las categorías, que cumplían con los deberes de sus cargos bajo la dirección del primer ministro (I In) se encontraban también reunidos. I In, para instrucción del joven Emperador, recordó en términos precisos las virtudes de su ilustre antepasado T'ang.

2. Y dijo: «¡Oh! los antiguos príncipes de Hia cultivaban constantemente sus virtudes naturales, y el Cielo no enviaba calamidad alguna. Los Espíritus de las montañas y de los ríos estaban todos satisfechos. Los pájaros, los cuadrúpedos, los pescados, las tortugas, todos los animales disfrutaban de bienestar. Mas en cuanto el descendiente de estos príncipes abandonó sus huellas, el augusto Cielo envió sobre la Tierra toda clase de calamidades. Para castigar a Kie, se valió del brazo de T'ang, nuestro príncipe, y le dio el Imperio. De parte de Kie comenzó el ataque en Ming T'iao; por nuestra parte, comenzó en Puo; en Puo el príncipe T'ang fue el instrumento de la justicia divina.

3. «Nuestro príncipe de Chang, futuro Emperador, señaló en todos lados con brillo su valor militar, templado por una gran sabiduría. La tiranía de Gie fue

reemplazada por su bondad; todo el pueblo le profesó un sincero afecto.

4. »Ahora, príncipe, debes sostener la herencia de tus virtudes. Todo depende de tus comienzos. Para hacer reinar la mutua afección, ama a tu prójimo; para hacer reinar el respeto mutuo, respeta a quellos que tienen más edad que tú. Comienza por tu familia y tu dominio particular; la influencia de tus ejemplos concluirá por extenderse hasta la orilla de los cuatro mares.

5. »En verdad, el Emperador, tu predecesor (cuando aún no era sino jefe de un principado), aplicóse en primer término a observar él mismo y a hacer observar las grandes leyes de las relaciones sociales. Atendía sin repugnancia las observaciones que se le hacían, y tomaba por modelos a los antiguos sabios. En el gobierno de sus súbditos, distinguióse por su perspicacia; en las relaciones con su soberano, se distinguió por su fidelidad. Complacíase en reconocer el mérito de los demás, y no exigía que nadie fuese absolutamente perfecto. Mandábase a sí mismo, y parecía siempre temer no hacerlo con bastante severidad. Y así llegó a mandar a todos los pueblos. ¡Pero qué esfuerzos tuvo que hacer!

6. »Buscó por todos lados sabios que te ayudasen a bien gobernar, a ti y a todos tus sucesores.

7. »Estableció penas para castigar a los oficiales (114) culpables e hizo las siguientes reflexiones a los hombres que disfrutaban de alguna dignidad: «Permitirse tener siempre coros de mimos en palacio o cantores ebrios en la casa, eso se llama imitar a las brujas, que bailan y cantan en honor de los Espíritus. Permitirse correr tras de las riquezas o los placeres lascivos, consagrar todo el tiempo a los viajes de recreo o a la caza, eso se llama llevar una vida licenciosa. Permitirse despreciar las máximas de los sabios, oponerse a los hombres leales y sinceros, alejar a los ancianos virtuosos, vivir familiarmente con jóvenes desvergonzados, eso se llama tener una conducta desordenada. De los diez defectos comprendidos en estas tres categorías, uno

sólo en un ministro de Estado basta para arruinar su casa; uno sólo en un príncipe basta para hacerle perder sus Estados. Si un ministro, viendo uno de estos defectos en su príncipe, descuida de hacérselo observar, que sea marcado en la frente. Que esta enseñanza sea inculcada en los jóvenes desde el comienzo de sus estudios.

8. »En cuanto a ti que le sucedes, príncipe, sigue estos consejos y observa estas enseñanzas de tu abuelo. Los consejos de los sabios tienen un gran alcance; sus excelentes preceptos son muy claros. La conducta del Rey del Cielo es invariable. El envía toda clase de favores al que hace el bien, y toda clase de desventuras al que hace el mal. No descuides ninguna buena acción, por insignificante que sea; haz felices a todos los pueblos. Evita toda mala acción, grande o pequeña, porque si no derribarás los templos de tus antepasados (115).»

Capítulo V

T'AI KIA

Artículo I

1. El nuevo emperador (T'ai Kia) no siguió los consejos dados por el primer ministro.

2. I-In compuso y presentó a T'ai Kia una memoria así concebida: «Tu antecesor, consultando siempre la luz de la razón que el Cielo le había dado, servía a los Espíritus del Cielo y de la Tierra, a los protectores del territorio y de los granos y a los mares de sus antepasados, y los honraba a todos con su respeto. El Cielo, viendo su virtud, reunió el soberano poder en su persona, a fin de que gobernara y proporcionara la tranquilidad a todas las naciones. Yo, In, he ayudado a asegurar la paz del pueblo a mi soberano. Luego, te ha sido

dado el sucederle y el continuar la gran obra por él comenzada.

3. »Remontando el pasado veo que los antiguos soberanos de la dinastía de los Hia, en su capital, situada al oeste de la nuestra, cumplieron fielmente con su deber y fueron felices hasta el fin; sus ministros lo fueron también. Luego sus sucesores no fueron ni virtuosos ni afortunados hasta el fin, ni tampoco sus ministros. Príncipe, al sucederles en el Imperio, ten cuidado. Pon el mayor empeño en ejercer bien la soberanía. Proclamado soberano, si no cumples los deberes de un soberano, deshonrarás a tu abuelo.»

4. El emperador T'ai Kia no dio importancia alguna a las advertencias de I-In, y no quiso meditarlas ni examinarlas.

5. I-In dijo de viva voz: «T'ang, tu predecesor, desde la aurora tenía el espíritu iluminado con grandes pensamientos, y sentándose esperaba la llegada del día para ponerlos en ejecución. Buscaba y llamaba a su lado a los hombres notables por sus talentos y virtudes, para instruirsey guiar a sus descendientes. Teme el hacer inútiles las órdenes que él dio a este respecto, porque con ello te perderás.

6. »Trata de ser dueño de tu voluntad, toma resoluciones que duren largo tiempo.

7. »Imita al inspector de los bosques, que, tras de haber tendido su arco, examina siempre, antes de lanzarlo, si la flecha está empulgada según las reglas. De igual modo determina con cuidado lo que te propongas, y sigue las huellas de tu abuelo. Me verás gozoso, y todas las edades te alabarán.»

8. El Emperador no pudo aún decidirse a cambiar de conducta.

9. I-In se dijo: «Su conducta es inicua; en él las malas costumbres corrompen su naturaleza. No lo dejaré ya vivir familiarmente con los hombres viciosos. Construiré un palacio en T'ung y lo encerraré allí para que se instruya junto a la tumba de su predecesor, y no permanezca toda su vida en la ceguedad.»

10. El Emperador habitó el palacio de T'ung, en donde pasó todo el tiempo del luto (116) y llegó a ser sinceramente virtuoso.

Artículo II

1. Al tercer año de reinado de T'ai Kia, y en el primer día del duodécimo mes solar, I-In, tomando la toca de ceremonia y las vestiduras imperiales, invitó al Emperador a que regresara, y le condujo a Puo (117).

2. Y compuso una memoria concebida en estos términos: «Un pueblo sin soberano no puede gobernarse a sí mismo ni procurarse las cosas necesarias. Un soberano sin pueblo no puede ejercer su autoridad sobre nada en toda la extensión de sus Estados. El augusto Cielo, favorable a la casa de Chang, te ha permitido sucederle en el Imperio y llegar a ser virtuoso; es un beneficio del que participarán todas las generaciones venideras.»

3. El Emperador se prosternó, inclinando primeramente la cabeza hasta las manos, y luego hasta el suelo, y dijo: «Yo, niño pequeño (118), no comprendía en qué consiste la virtud, y he degenerado cuando me comparo con mi abuelo. He satisfecho mis pasiones con desprecio de las leyes; he seguido mi capricho contra la decencia, y muy pronto hubiera atraído grandes males sobre mí. Es posible substraerse a los males enviados por el Cielo, pero es imposible escapar a las desgracias que uno mismo provoca. No he querido poner en práctica las enseñanzas que recibí de ti, mi maestro y mi guardián, he comenzado mal, mas espero que continuarás reprendiéndome y ayudándome con tus consejos y procederé de manera que concluya bien.»

4. I-In se prosternó, inclinó la cabeza, primero hasta

las manos y después hasta el suelo, y dijo: «Un príncipe inteligente se perfecciona por sí mismo y practica sinceramente la virtud con sus súbditos.

5. »T'ang, tu predecesor socorría a los desventurados y a los indigentes con afección paternal. El pueblo le obedecía con gusto, todos estaban contentos. Entre los súbditos de los príncipes que reinaban al mismo tiempo que él, los más cercanos decían: «Hemos esperado la llegada de nuestro soberano, nuestro soberano ha llegado, ya no seremos maltratados por nuestros príncipes.»

6. «Príncipe, cultiva con cuidado tu virtud; ten la vista fija en tu abuelo, no te abandones nunca a la voluptuosidad ni a la pereza.

7. »Honra piadosamente a tus antepasados, y trata a tus súbditos con respeto. Procura ver bien las cosas lejanas, y comprender bien los consejos sabios. Yo te ayudaré a hacer el bien y en esa tarea seré incansable.»

Artículo III

1. I-In dio nuevos consejos al Emperador en estos términos: «El Cielo puede siempre retirarte sus favores y no ama sino a los hombres atentos al cumplimiento de sus deberes. El pueblo puede retirar siempre su afección, porque no ama sino a los hombres benéficos. Los Espíritus no aceptan siempre las ofrendas; no admiten sino las de los hombres verdaderamente sinceros. ¡Cuántas dificultades ofrece la dignidad de Hijo del Cielo!

2. »Con estas tres virtudes, la diligencia, la beneficencia y la sinceridad, se gobierna bien: sin ellas se gobierna mal.

»Siguiendo la misma vía que los buenos soberanos, se está seguro del éxito. Imitando a aquellos que han gobernado mal, se pierde uno infaliblemente. Es verdaderamente un príncipe perspicaz, el que desde el comienzo al fin escoge bien sus modelos.

3. »T'ang, tu predecesor, puso su empeño en cultivar la virtud, y se hizo digno de verse asociado al Rey del Cielo y de trabajar con El en el gobierno de los hombres. Príncipe, le sucedes y debes continuar su grande obra; ojalá pudieras tener siempre fijos los ojos en este modelo!

4. »Haz como el que quiere llegar a la cima de una alta montaña; comienza por escalar la base. Imita al que quiere llegar al extremo de un largo camino; principia por recorrer los lugares más cercanos a él. Avanza así en la virtud constante y gradualmente.

5. »No cuentes como insignificantes los trabajos del pueblo, comprende su dificultad. No te reposes en tu dignidad, ten en cuenta los peligros que la rodean.

6. »Previene y adopta desde el comienzo los medios de alcanzar el fin.

7. »Cuando te den consejos contrarios a tu propio sentimiento, debes examinar si están conformes con los verdaderos principios.

8. »¡Ay! ¿Cómo podrá obtener resultado alguno el que obra sin reflexión? ¿Cómo, el que nada hace, podrá llevar una obra a buen fin? Cuando el único soberano de todo el Imperio es muy virtuoso, todos los pueblos imitan su ejemplo.

9. »Que el soberano, bajo pretextos especiales, no destruya los antiguos reglamentos administrativos; que el oficial, tras de haber concluido su obra, no conserve su cargo a causa del favor del príncipe o solo a causa de un interés particular. Si tal ocurre, todo el reino perseverará fielmente en la práctica de la virtud.»

Capítulo VI

Una virtud sin mezcla

1. Después de poner I-In las riendas del gobierno en manos de su soberano (T'ai Kia), y cuando se disponía a retirarse a sus tierras, le dio algunos consejos acerca de la práctica de la virtud.

2. Y le dijo: «¡Ah! no hay que contar demasiado con la clemencia del Cielo; su mandato no es irrevocable. Un príncipe constantemente virtuoso conserva su dignidad. Aquel cuya virtud no es constante, concluye por perder el gobierno de las nueve provincias (119).

3. »El emperador (Kie), de la casa de Hia, no ha sido constantemente virtuoso; ha descuidado el culto de los Espíritus y oprimido al pueblo. El augusto Cielo no le ha protegido. El Rey del Cielo, recorriendo con su mirada todas las regiones del Universo, ha buscado un príncipe capaz de recibir sus instrucciones, su dirección y su mandato. En su bondad ha buscado un hombre de una virtud sin mezcla, para hacer de él el gran sacerdote de los Espíritus. T'ang y yo, In, poseíamos ambos esta virtud pura, y respondíamos a los deseos del Cielo. Hemos recibido su glorioso mandato para gobernar a todos los pueblos del Imperio. Inmediatamente hemos hecho comenzar el año civil en otra época que los Hia.

4. »Y no es que el Cielo haya amado con parcialidad la casa nuestra de Chang; el Cielo ha otorgado su favor a la virtud pura. No es que el príncipe de Chang haya solicitado la sumisión de los pueblos, pero los pueblos se han sometido a la virtud pura.

5. «Cuando la virtud es pura, todo se consigue, cuando no lo es, nada sale bien. Los bienes y los males no descienden sobre los hombres según el capricho del azar, sino que el Cielo los distribuye según los méritos.

6. »Príncipe, tú que con la herencia de tu abuelo has recibido últimamente el mandato del Cielo, aplícate a hacer sin cesar nuevos progresos en la virtud. Que tu virtud sea constantemente la misma y cada día realizarás nuevos progresos.

7. »No escojas para oficiales sino hombres virtuosos, y de talento, y para ministros, sino hombres capaces. El deber de los ministros hacia el príncipe es el de ayudarle a hacer el bien, su deber para con el pueblo es el de trabajar por su prosperidad. El nombramiento de los ministros no puede hacerse a la ligera; es necesario un examen atento. Después de haberlos nombrado, establece entre ellos la armonía, y la administración será constantemente uniforme.

8. »Como la virtud debe ejercitarse en cosas muy diversas, no puede seguir siempre un solo e invariable modelo; debe buscar y tomar como ejemplo lo que está bien. Lo que está bien no se puede reconocer siempre en una sola y misma marca; pero siempre una acción buena es aquella que se ejecuta con pureza de intención.

9. »Si tu virtud es pura, hará decir al pueblo entero: ¡Qué grandes pensamientos expresa nuestro soberano! Y le hará decir también: «¡Qué puras son las intenciones de nuestro soberano!» Conservarás el poder y las rentas de tu predecesor; proveerás sin cesar a satisfacer las necesidades de un pueblo numeroso.

10. »Evidentemente un soberano cuya tablilla queda a perpetuidad en el templo de las siete generaciones (120), es que se ha señalado por una virtud extraordinaria; el que ha sabido mandar a todo el Imperio, ha gobernado perfectamente.

11. »Un príncipe sin súbditos no tendría a quien mandar; un pueblo sin príncipe, no tendría a quien obedecer. No trates de engrandecerte rebajando a los demás. Si un hombre o una mujer del pueblo no tienen libertad para aplicarse con todas sus fuerzas a hacer el bien, el jefe del pueblo contará con un socorro menos, y el bien que debiera hacer no será completo.»

Capítulo VII

P'AN KENLI

Artículo I

1. P'an Keng deseaba trasladar su residencia a In, pero el pueblo no quería ir a establecerse allí. El Emperador reunió a todos aquellos a quienes no agradaba el cambio y dirigiéndoles la palabra, pronunció una arenga.

2. Y dijo: «Mi predecor (121) ha venido y se ha establecido aquí (122) en el interés de nuestro pueblo, y no con el fin de hacerle perecer de miseria. Ahora las familias, en la indigencia, se ven obligadas a separarse, y no pueden ayudarse mutuamente. La tortuga ha sido consultada, y ha respondido: ¿Es que existe otro partido más ventajoso?»

3. «Mis predecesores, en todos sus asuntos, se conformaban con respecto a las órdenes del Cielo. No obstante, no estaban siempre en reposo, y no permanecían constantemente en la misma población. Cambiaron cinco veces de residencia. Ahora, si no imitamos a nuestros antepasados, si no emigramos como ellos, es que estamos ciegos y no vemos que el Cielo va retirar su mandato a mi familia; sobre todo no se podrá decir que seguimos los gloriosos ejemplos de mis predecesores.

4. «De igual forma que al pie de un árbol caído nacen nuevos vástagos, así cuando hayamos abandonado la ciudad de Keng, el Cielo continuará concediéndome su mandato, a mí y a mis descendientes, en la nueva ciudad (de In o Pou occidental). Volveré entonces a ocuparme en la gran obra de mis predecesores, y aseguraré la paz de todas las regiones del Imperio.»

5. P'an Keng, para ilustrar al pueblo, se dirigió primero a los hombres constituidos en dignidad. Apoyándose sobre lo que siempre había sido observado antaño,

estableció la siguiente regla: «Que nadie se atreva a cerrar el camino a las reclamaciones del pueblo.» Y luego hizo entrar a todo el mundo en el patio del palacio.

6. Dirigiéndose a los dignatarios habló sobre poco más o menos en estos términos: «Acercaos todos, para que os dé mis instrucciones. Pensad en cambiar de ideas. No me resistáis con arrogancia y no permanezcáis en Keng.

7. »Los emperadores, mis predecesores, han puesto siempre cuidado en confiar los puestos oficiales a los descendientes de las antiguas familias, para darles parte en la administración. Estos últimos, cuando el emperador quería publicar sus órdenes para que fuese ejecutado uno de sus designios, no dejaban ignorar sus intenciones. Por eso eran tratados por él con gran respeto. No pronunciaban palabra alguna que se apartase de la verdad. A causa de ello el pueblo se hacía cada vez mejor. Vosotros, por el contrario, gritáis de continuo, y hacéis acreditarse ideas peligrosas y que carecen de fundamento. No sé lo que podéis alegar contra mí.

8. »No soy yo quien carece de beneficencia, sino vosotros, que ocultáis al pueblo mis intenciones de hacer el bien, y que no teméis la cólera de vuestro soberano. Veo vuestros corazones tan claramente como vería una llama. Mas yo soy quien por mi imprudente indulgencia ha dado lugar a vuestros excesos.

9. »Así como cuando la red es suspendida de su cuerda, sus mallas no se embrollan, sino que están en orden, de igual modo, cuando el soberano es obedecido, el orden reina en el Estado. De la misma manera que cuando el labrador cultiva la tierra, siembra y cosecha con entusiasmo, y tiene una abundante recolección, de la misma forma, si salís de vuestra inacción y vais a fundar un nuevo centro, recogeréis el fruto de vuestro trabajo.

10. »Si renunciando a seguir miras interesadas, consentís en prestar verdaderos servicios al pueblo, a vues-

tros parientes, a vuestros colegas, podréis glorificaros con orgullo de haber merecido bien de la nación.

11. »Nada os interesan los grandes males que amenazan a vuestros parientes, y a los extraños. El labrador perezoso, que entregándose al reposo no trabaja con ardor y no cultiva sus tierras, no cosechará el mijo.

12. »Vuestros discursos al pueblo no son apropiados para establecer la concordia y acarrear la felicidad, y os preparan personalmente grandes desdichas. Destructores del orden público, plagas del pueblos, rebeldes pérfidos, atraeis sobre vosotros el castigo del Cielo. Después de haber marchado a la cabeza de un pueblo siguiendo el mal camino, soportaréis la pena de vuestro crimen.

»Y ¿de qué os servirá entonces el arrepentimiento? Veo que los hombres del pueblo se miran entre sí y deliberan, para hacerme sus observaciones, pero vosotros lo impedís diciéndoles cosas contrarias a la verdad. Deberíais más bien temerme, pues de mí depende la duración de vuestra vida. ¿Por qué no me transmitís las quejas del pueblo, en lugar de excitaros unos a otros por afirmaciones sin fundamento, espantando a la multitud y empujándola al abismo del mal? Cuando el incendio se extiende en la llanura, aunque no haya medio de acercarse a él, se le puede sofocar; de igual forma, a pesar de vuestras intrigas podría castigaros de muerte. Y este castigo no sería imputable sino a vuestra turbulencia, y nadie podría culparme de severidad excesiva.

13. »T'ch'eu Jen, el antiguo historiógrafo, ha dicho: «Respecto de los hombres, escoged los antiguos (los descendientes de las antiguas familias); en cuanto a los instrumentos, procuraos los nuevos y no los viejos.»

14. »Antiguamente mis predecesores, juntamente con vuestros antepasados, eran compañeros de fatigas y de ocios; ¿podría yo permitirme cambiar y aplicaros castigos injustos? Mis predecesores han anotado, de edad en edad, los trabajos de vuestros antepasados; yo no he dejado en olvido sus buenas acciones. Cuando hago

ofrendas solemnes a mis predecesores, vuestros antepasados están junto a ellos, se encuentran también presentes y disfrutan del festín. Y ellos hacen descender bienes o males sobre la posteridad, según sus méritos. No me atrevería a oponerme a sus deseos, acordándoos recompensas que no hubiereis merecido (123).

15. »Os propongo esta empresa difícil con decisión tan firme como la del arquero que apunta al blanco. No me hagáis la injuria de dudar de los sentimientos de los hombres de edad y experimentados; no despreciéis a los huérfanos ni a los jóvenes. Que cada cual de vosotros se prepare una morada para largo tiempo en la tierra de In. Trabajad con todas vuestras fuerzas, según los planes de vuestro soberano.

16. »Trataré indistintamente a parientes y extraños; castigaré de muerte a todos los que hagan el mal, y colmaré de honores a la virtud y a cuantos hagan el bien. La prosperidad del Estado será vuestra obra; los males no tendrán otra causa sino mi negligencia en castigar a los culpables.

17. »Todos vosotros haced que esta proclama sea conocida. Desde ahora en adelante poned cuidado en cumplir con vuestros deberes, que el orden reine en vuestra administración, y moderad vuestras lenguas; si no seréis castigados, y de nada os servirá el arrepentimiento.»

Artículo II

1. P'an Keng partió de Keng. Antes de atravesar el río Amarillo para transportar su pueblo a la tierra de In, dirigió la palabra a sus súbditos, que no le seguían de buen grado, y les declaró sus sentimientos con gran sinceridad. Cuando toda la multitud hubo llegado junto a un palacio situado cerca del camino, recomendó que no hicieran ruido, para evitar toda irreverencia en el palacio imperial, y luego les hizo subir y entrar en él (124).

2. Y dijo: «Oid y comprended bien mis palabras, y no descuidéis la ejecución de mis órdenes.

3. »En verdad, desde la antigüedad, los soberanos mis predecesores, han dado todos al pueblo cuidados asiduos e inteligentes. Por su parte, el pueblo ha defendido a sus soberanos y participado en sus preocupaciones. Así, en los tiempos desventurados que el Cielo le ha enviado, casi siempre ha triunfado de las dificultades.

4. »Cuando una gran calamidad se abatía sobre la dinastía de los In (o Chang), mis predecesores no quedaban inactivos. El medio que empleaban era cambiar de región en interés del pueblo. ¿Por qué no juzgáis mi conducta según lo que habéis oído decir de los antiguos emperadores? Me ocupo de vosotros y os doy órdenes, únicamente para gozar con vosotros de tranquilidad, y no para castigaros de una falta.

5. »Si os invito a venir a esta nueva región, es únicamente a causa de vosotros, y para conformarme plenamente a vuestro deseo de vivir cómodamente.

6. »Ahora quiero cambiar de comarca con vosotros, a fin de procurar al Estado la tranquilidad y la estabilidad. Vosotros no tomáis parte alguna en mis preocupaciones que no tienen más objeto que vuestro bienestar. Lejos de descubrirme vuestros sentimientos, de tener por mí un respetuoso y sincero cariño, y de estimular a vuestro soberano, no queréis sino condenaros a la indigencia y a la miseria, quedándoos en Keng. Semejantes a los pasajeros que van en barcas, si no atravesáis el río vuestras provisiones de viaje se pudrirán, es decir, si no cambiáis de país, os veréis de continuo expuestos a la calamidad de la inundación. Si no me seguís sinceramente, iremos todos al abismo. Si no reflexionáis en ello seriamente, cuando estéis en la desventura, aunque os indignéis contra vosotros mismos, ¿es que vuestra indignación podrá remediar el mal?

7. »Si no tratáis de asegurar vuestra tranquilidad por largo tiempo, si no pensáis en las calamidades que os amenazan, es como si os excitarais los unos a los otros para perpetuar una causa de desdicha. El presente os pertenece, pero no el porvenir, y si no cambiáis pronto de lugar, moriréis en breve, faltos de recursos. ¿En qué fundáis la esperanza de que el Cielo os conservará la vida en un país expuesto a continuas inundaciones?

8. »Os recomiendo que permanezcáis unidos de corazón. No recojáis inmundicias que os mancharían y os harían impregnaros de un olor fétido, es decir, guardaos de entretener pensamientos y deseos que causarían vuestra pérdida. Temo que os impulsen por un mal camino y que os induzcan a error.

9. »Tomo esta medida preventiva, a fin de que el Cielo prolongue vuestros días. ¿Acaso fuerzo vuestra voluntad? No empleo este medio a fin de poder subvenir a vuestra subsistencia.

10. »Pienso en las fatigas que vuestros antepasados soportaron (125), bajo el mando de sus prudentes emperadores, mis predecesores. Yo puedo igualmente subvenir a vuestra subsistencia empleando los mismos medios, y os prodigo mis cuidados con gran solicitud.

11. »Si, faltando a mi deber de soberano, quedara por largo tiempo aquí (en Keng), el ilustre emperador T'ang, me condenaría y haría caer sobre mí los mayores castigos. ¿Por qué eres tan cruel con mi pueblo?, preguntaría.

12. »Vosotros todos, pueblos numerosos, si no buscáis los medios de vivir cómodamente, si no tomáis una determinación, en perfecta armonía conmigo, que soy vuestro soberano, los emperadores mis predecesores os condenarán altamente y harán caer sobre vosotros graves castigos. Os dirán: ¿Por qué no obráis de acuerdo con nuestro joven descendiente? Si os apartáis del de-

ber, de lo alto del Cielo os enviarán toda clase de castigos, y el retorno a la vía del deber no os servirá de nada.

13. »En otro tiempo nuestros antepasados, vuestros padres, soportaron grandes fatigas bajo la dirección de los emperadores que me han precedido. Actualmente sois los súbditos que yo tengo el cargo de alimentar. Si guardáis en vuestros corazones la determinación fatal de quedaros en Keng, los emperadores mis predecesores consolarán a vuestros antepasados, a vuestros padres, rompiendo toda relación con vosotros, os rechazarán y no os salvarán de la muerte.

14. »Vosotros, mis ministros, que dirigís conmigo los asuntos públicos y participáis conmigo en el ejercicio del poder supremo, si amontonáis tesoros y piedras preciosas, vuestros antepasados, vuestros padres se quejarán altamente a mi ilustre abuelo, y le dirán: «Enviad graves castigos contra nuestros descendientes.» Y harán que este ilustre emperador os envíe grandes males.

15. »¡Ah! Sin duda os propongo una empresa penosa, mas no os separéis de mí y tomad con empeño siempre aquello que es objeto de mi solicitud. Adoptad mis planes, mis pensamientos, y seguidme; conformad vuestros sentimientos a las leyes de la razón y de la equidad.

16. »Si entre nosotros hay algunos malvados que se apartan del deber, que causan disturbios, que no respetan mis órdenes, o aprovechan la primera ocasión para provocar revueltas o para mostrar su perfidia, les haré cortar la nariz, y si su crimen es muy grave, los condenaré a muerte, a ellos y a todos sus descendientes, sin perdonar a uno solo, a fin de que no propaguen su raza en la nueva región en donde instalaré familias para siempre.»

Artículo III

1. P'ang Keng llegó a la tierra de In, determinó el lugar de las moradas, ordenó las dignidades y los cargos, y animó a todos sus súbditos.

2. Y les dijo: «Huid de las vanas diversiones y de la pereza. Trabajad con ardor y asegurad los destinos de un gran Imperio.

3. »Voy a abriros completamente mi corazón, a declararos mi pensamiento y mis más íntimos sentimientos, haciendo conocer a todos mis intenciones. Os perdono vuestra resistencia pasada, no trataré a ninguno de vosotros como culpable, pero vosotros, por vuestra parte, evitad el excitaros unos a otros a odiarme; no conspiréis ni murmuréis de vuestro soberano.

4. »En otro tiempo, Tch'eng T'ang, mi predecesor, queriendo aumentar los servicios prestados por sus antepasados, fue a establecerse con sus súbditos en un país montañoso (126). Y así hizo desaparecer las causas de vuestras desgracias y mereció bien de nuestra nación.

5. »Porque los alrededores de Keng estaban frecuentemente inundados, el pueblo se marchaba de tales parajes, se dividía, se dispersaba, erraba en una extensión sin límites. ¡Y vosotros, sin embargo, habéis preguntado por qué razón yo sumía a tantas gentes en la turbación y la agitación obligándolas a trasladarse a otro punto!

6. »Como el rey del Cielo, quiere hacer revivir las virtudes de mi ilustre antepasado y restaurar la administración de nuestra dinastía, me aplico, con ayuda de ministros fieles y abnegados, a asegurar la subsistencia del pueblo, y a fijar para siempre la residencia imperial en esta nueva población.

7. »Cambiando de residencia, yo, joven, no he obrado contra la opinión de todo el pueblo; sino que he seguido los consejos de aquellos que razonan con más cordura, que piensan como yo que este cambio era ne-

cesario. Vosotros, resistiendo a mi voluntad, lo hacéis con buena intención, pues a pesar de todo mostráis temor de obrar contra la respuesta que me había dado la tortuga, que me aconsejaba que aumentase el esplendor de mi dinastía.

8. »¡Jefes de los principados, directores de los oficiales, oficiales de todos grados, espero que tendréis compasión de mi pueblo!

9. »Ya mismo escogeré y dirigiré los oficiales, a fin de que den a mi pueblo cuidados asiduos.

10. »No confiaré los cargos a aquellos que amen las riquezas, emplearé y trataré con honor a los que se esfuercen en asegurar al pueblo las comodidades de la vida, la subsistencia y una estancia duradera.

11. »Ya que conocéis mis sentimientos, y os he hecho conocer cuáles son los que apruebo y los que desapruebo, todos vosotros debéis conformaros respetusamente a mi voluntad.

12. »No acumuléis tesoros ni objetos preciosos, sino aplicaos a procurar al pueblo las comodidades de la vida.

13. »Poned empeño en hacer el bien a todo el mundo, y siempre con la misma abnegación.»

Capítulo VIII

Promoción de Iue

Artículo I

1. El emperador Kao tsung (127) lloró la muerte de su padre en una pequeña cabaña, durante tres años. Después de haber abandonado el traje de luto, aún siguió guardando silencio (128). Todos los oficiales le dirigieron justas observaciones. Y le dijeron: «El que conoce perfectamente y en hora temprana los principios de la sabiduría, merece ser llamado inteligente y sabio. El que es inteligente y sabio es el modelo de todos. El Hijo del Cielo manda solo en todos los reinos; todos los oficiales reciben de él su dirección. Cuando habla, sus palabras son órdenes. Si no habla, los oficiales que están bajo sus órdenes no tienen quién los dirija.»

2. El Emperador, en respuesta a su petición, compuso un escrito en el que decía: «Encargado de establecer el orden en todas las partes del Imperio, temo no poseer la misma virtud que mis antepasados. He aquí por qué no hablo. Medito con respeto y en silencio los principios de la sabiduría. En sueños el Rey del Cielo me ha dado un excelente auxiliar, que hablará por mí.»

3. Entonces el Emperador trató de recordar distintamente los rasgos de aquel que le había sido presentado en sueños, y con ayuda de este retrato lo hizo buscar por todo el Imperio. Iue, que vivía en el llano de Fu-ien, fue el único a quien se encontró parecido.

4. Fue nombrado primer ministro. El Emperador le guardó consigo.

5. Y le dio sus órdenes en estos términos: «Desde por la mañana hasta por la noche preséntame instrucciones para ayudarme a practicar la virtud.

6. »Serás para mí lo que la piedra de afilar es con respecto al acero, lo que la barca y el remo respecto del pasajero que atraviesa un gran río, lo que una lluvia de tres días es a la tierra en un año de gran sequía.

7. »Que tu corazón me sea completamente abierto, y vierta en el mío como un rocío benéfico.

8. »Un remedio que no produce una perturbación violenta no curará la enfermedad. Un hombre sin calzado se herirá los pies, si no mira atentamente el camino. De igual forma, un hombre que, como yo, no tiene virtudes, cometerá muchas faltas, si no se pone cuidado en mostrarle continuamente el camino del deber.

9. »Tú y tus colegas, obrando siempre de un común acuerdo, dirigid a vuestro príncipe, a fin de que, siguiendo las huellas de mis predecesores, imite a mi ilustre abuelo (Tch'eng T'ang), y haga a todos los pueblos felices.

10. »Cumplid, pues, con respeto el cargo que os confío, y tened siempre presente la idea de llevar vuestra obra a buen fin.»

11. Iue respondió al Emperador: «La madera cortada según la marca del cordel, queda derecha; el príncipe que se guía por los consejos de sus ministros, llega a ser sabio y prudente. Cuando el príncipe ha alcanzado la más elevada sabiduría, los oficiales obedecen sus deseos sin esperar sus órdenes. ¿Quién se atrevería a no conformarse con las excelentes instrucciones del Emperador?»

Artículo II

1. Iue fue encargado de dirigir los servicios.

2. Se presentó ante el Emperador, y le dijo: «Los emperadores inteligentes que han fundado el Imperio, obedeciendo con respeto la ley establecida por el mismo Cielo, han constituido los diversos Estados y fijado sus capitales. Decidieron que habría un emperador y príncipes, y debajo de ellos, grandes prefectos y jefes de oficiales, no con objeto de vivir en el ocio y entregados al placer, sino con el fin de que el orden reine en el pueblo.

3. »El Cielo ve y oye todo. Un soberano sabio lo imita. Entonces los oficiales siguen su ejemplo con respeto, el pueblo es sumiso y está bien gobernado.

4. »Las palabras indiscretas acarrean el deshonor. La coraza y el casco, llevados a destiempo atraen las armas de los príncipes vecinos. Los trajes destinados a recompensar el mérito deben ser conservados en las

arcas y sólo dados tras un maduro examen. Antes de tomar el escudo y la lanza para castigar a un príncipe, es preciso examinarse uno mismo y preguntarse si no se tiene que reprochar algo. Príncipe, pon cuidado en estas tres cosas. Si las comprendes perfectamente todo irá bien.

5. »El bueno y el mal gobierno dependen de los oficiales. Los cargos deben ser confiados, no a los favoritos del príncipe, sino solamente a los hombres capaces. Las dignidades deben ser confiadas, no a los hombres viciosos, sino a los hombres eminentes por sus virtudes y por sus talentos.

6. »Antes de proceder a cualquier acto, examina si tu deseo es honrado y justo, y no obres sino en el tiempo oportuno.

7. »El que se complace y descansa en su virtud, termina por perderla. El que se glorifica de sus talentos, los hace inútiles (129).

8. »Todo asunto, toda empresa necesita preparativos. El que está bien preparado no tiene nada que temer.

9. »No tengas favoritos porque serías despreciado por ellos mismos. No vaciles en reparar un error o una falta involuntaria, porque de lo contrario cometerías una falta voluntaria.

10. »Si el príncipe persigue constantemente el único objetivo que debe proponerse de continuo, su administración será irreprochable.

11. »Importunar a los Espíritus con ofrendas y con peticiones intempestivas o de un modo harto frecuente, es faltarles al respeto. Las ceremonias demasiado multiplicadas engendran la sospecha de que sólo el interés las mueve. Es difícil honrar a los Espíritus como conviene.»

12. El Emperador dijo: «Tu discurso es como un festín delicioso. Iue, lo que me has dicho debe ser eje-

cutado. Si no fueras un excelente consejero, jamás habría oído exponer tan buenas reglas de conducta.»

13. Iue, de rodillas, inclinó la frente hasta sus manos y luego hasta el suelo, y dijo: «Es fácil conocer estos principios, pero es difícil ponerlos en práctica. No obstante, príncipe, si estás persuadido de su necesidad, no lo encontrarás difícil, y tu virtud será realmente tan perfecta como la de tu abuelo T'ch'eng T'ang. En cuanto a mí, si yo no te dijera toda la verdad, sería culpable.»

Artículo III

1. El Emperador dijo: «Iue, acércate. Yo, débil niño, he estudiado primero con Kan P'an. Luego he vivido retirado en el campo. De allí fui a vivir en el recodo formado por el río Amarillo. Atravesando de nuevo el río Amarillo, he vuelto a Puo. Hasta el presente mi inteligencia está poco iluminada.

2. »Muéstrame cuál debe ser el fin de mis esfuerzos. Sé para mí lo que el fermento y el grano germinado son para aquel que confecciona licores, lo que la sal y las ciruelas son para el que prepara una salsa. Con tus colegas ocúpate de mí y no me abandones. Si así lo haces podré poner en práctica tus enseñanzas.»

3. Iue respondió: «Príncipe, un soberano debe tratar de recibir muchas enseñanzas y consejos, únicamente a fin de bien establecer la obra de su propia perfección y del buen gobierno de los pueblos. Si estudia las enseñanzas de los antiguos, alcanzará su fin. Porque nunca he oído decir que un príncipe, sin tomar a los antiguos por maestros, haya hecho obra duradera.

4. »Ejercítate en estimarte poco a ti mismo, y aplícate al cumplimiento de tus deberes con continua diligencia; la perfección llegará luego como fruto esperado. Piensa seriamente en estas dos cosas y todas las virtudes vendrán a adornar tu corazón.

5. »La ciencia se adquiere mitad por el estudio, mitad por la enseñanza. Quien se aplica a aprender sin cesar, se perfecciona sin que él mismo lo advierta.

6. »Ten los ojos fijos en las reglas y en los ejemplos admirables de tu abuelo, y serás siempre irreprochable.

7. »Entonces, yo, Iue, podré responder a tus deseos, llamando de todas partes a los hombres de un talento y de una virtud notables y confiándoles los diversos cargos del Estado.»

8. El Emperador dijo: «Iue, todo el Imperio admirará mi virtud merced a la influencia de tu ejemplo y enseñanza.

9. »Las buenas piernas y los buenos brazos hacen al hombre robusto, y el buen ministro hace sabio al soberano.

10. »En otro tiempo, I-In, jefe de todos los oficiales, primer ministro del Emperador y ministro de justicia, formó a mi abuelo T'chang T'ang. Y decía: «Si no consigo hacer de este príncipe otro Yao, otro Chuen, mi corazón experimentará tanta vergüenza como si hubiera sido azotado en la plaza pública.» Si un hombre del pueblo hubiera carecido de algo, I-In hubiera dicho: «Es culpa mía.» Gracias a él mi ilustre abuelo pudo secundar al augusto Cielo y gobernar a los hombres. Espero que me ayudará con prudencia, y no permitirá que el primer ministro I-In sea el único que haya prestado señalados servicios a la dinastía de los Chang.

11. »Un buen príncipe no se ocupa de los cuidados del gobierno sino con oficiales sabios y prudentes; un sabio no acepta cargo ni sueldo sino de un buen príncipe. Tu podrás, según espero, hacer que yo, vuestro príncipe, suceda dignamente a mi abuelo asegurando para siempre la felicidad del pueblo.» Iue, de rodillas, inclinó la cabeza hasta las manos, y luego hasta el suelo, y dijo: «Trataré de mostrarme a la altura del cargo con que el Emperador me ha honrado, y de cumplir mi misión para bien del pueblo.»

Capítulo IX

Al día siguiente de un sacrificio de Kao Tsung

1. Al día siguiente de un sacrificio, cuando Kao Tsung hacía una nueva ofrenda, un faisán chilló, lo que fue considerado como de mal agüero.

T. Tsu Ki (ministro de Estado) dijo: «Es preciso que el Emperador ordene primero su corazón y luego su conducta (130).

3. Aconsejando luego al Emperador, le dijo: «El Cielo, cuyas miradas siguen por todos lados a los hombres aquí abajo, considera sobre todo su justicia y regula en consecuencia su longevidad. No es el Cielo el que hace morir a los hombres antes del término ordinario, son los hombres quienes por sus crímenes rompen por sí mismos el hilo de su vida.

4. »A veces los hombres no hacen el bien, y no quieren reparar sus faltas. Luego, cuando el Cielo les manifiesta su voluntad y la confirma con presagios, a fin de que modifiquen su conducta, dicen: «¿Qué me importan esos presagios?»

5. »El principal deber del Emperador es cuidar de su pueblo. Además, tus antepasados proceden del Cielo; no hagas demasiadas ofrendas a las manes de tu padre.»

Capítulo X

Uen uang vencedor del príncipe de Li

1. Como el jefe de los príncipes del oeste (Uen uang) hubiese vencido al príncipe de Li, temió Tsu-I que la casa de Tcheu llegara a ser demasiado poderosa y arrebatara el Imperio a la de In y se apresuró a advertir de ello al Emperador (131).

2. Y le dijo: «Hijo del Cielo, ya éste retira su mandato a nuestra casa de In. Ni los hombres sagaces ni la gran tortuga se atreverían a predecir acontecimientos venturosos. No es que los antiguos emperadores (al presente en el cielo) no quieran ayudar al Emperador actual, que es su descendiente, pero nuestro Emperador, por sus excesos y orgías ha roto con el Cielo.

3. »Por eso el Cielo nos abandona y la tierra nos niega las cosechas. Descuidamos las cinco virtudes que la Naturaleza ha puesto en nuestros corazones, y no llenamos los deberes que van unidos a las cinco relaciones sociales.

4. »Actualmente todos desean la caída de la dinastía de los In, y dicen: «¿Por qué el Cielo no despliega su severidad y no envía su gran mandato a un príncipe de otra familia? ¿Qué nos une al Emperador actual?

5. El Emperador respondió: «¿Es que mi vida y mi dignidad no están aseguradas en los decretos del Cielo?»

6. Tsu-I se retiró y dijo para sí: «¡Ay! tus crímenes son numerosos y se levantan como un muro entre ti y el Cielo. ¿Puedes esperar que el Cielo te conserve la vida y el poder soberano?

7. »La dinastía de los In va a acabar; es evidente que tu conducta acarreará la pérdida de tus Estados.»

Capítulo XI

El príncipe de Uei (132)

1. El príncipe de Uei habló aproximadamente en estos términos: «Gran maestro, segundo maestro (133), temo que la casa de los In no pueda mantener ya el orden en el Imperio. En otro tiempo, nuestro abuelo (T'ch' eng T'ang) se distinguió por sus bellas acciones. Ahora nos entregamos al vino y cometemos mil excesos cuando estamos ébrios, ahogando, en nosotros, todo sentimiento honrado.

2. »Los súbditos de In, grandes y pequeños, se complacen en desvalijar a los viajeros en las llanuras cubiertas de hierba, o excitan a la revuelta y a cometer perfidias. Los ministros de Estado y los oficiales violan las leyes, impulsados por el mutuo ejemplo. De tantos culpables jamás uno solo es castigado. Los hombres del pueblo comienzan a levantar la cabeza, se atacan mutuamente y se vengan entre sí. La dinastía de los In se encuentra actualmente en el abismo y perece. Es como un hombre que, atravesando a pie una vasta extensión de agua, no encuentra ni vado ni orilla. Después de las grandes cosas ejecutadas por su fundador, la dinastía de los In, marchando a su pérdida, ha llegado a semejante estado.»

3. El príncipe de Uei añadió: «Gran Maestro, segundo maestro, cometemos extravagancias. Los ancianos de nuestra familia, se han retirado al desierto. ¿Y no tenéis que darme consejo alguno ahora que nos encontramos al borde del abismo?, ¿qué puedo hacer?»

4. El gran maestro respondió sobre poco más o menos en estos términos: «Hijo de Emperador, por un terrible castigo del Cielo que en su cólera ha decidido la pérdida de la dinastía de los In, el Emperador actual se ha entregado al vino cometiendo mil excesos en su embriaguez.

5. »No respeta lo que debería respetar, y aleja a los ancianos de más edad, a los hombres que ocupaban los puestos oficiales desde hacía mucho tiempo.

6. »Ahora los súbditos de In roban, se apoderan por la fuerza de los bueyes de un solo color y de las víctimas perfectas que debían ser ofrecidas a los Espíritus del Cielo y de la Tierra, a lo que no se oponen los oficiales. Luego comen estas víctimas y no son castigados.

7. »Bajando la vista sobre el pueblo de In veo que los gobernantes, por sus crueldades y sus exacciones se atraen resistencias y venganzas, sin cesar. Los gobernantes y sus subordinados tienen como rasgo común el excitarse mutuamente a cometer crímenes. Así muchos personas están extenuadas por el hambre y no saben a quien recurrir.

8. »Ahora que la casa de Chang está en la desgracia, quiero sucumbir con ella. Cuando haya desaparecido en el abismo, no seré súbdito ni ministro de ningún otro emperador. Mas, según mi opinión, tú, que eres hijo de Emperador, harías bien en retirarte a fin de conservar un descendiente a nuestros antepasados. El consejo que en otro tiempo di a tu padre te ha sido perjudicial. Hijo de emperador, si no te alejas, toda tu raza se verá arrastrada en una ruina común (134).

9. »Que cada uno de nosotros tome la determinación que le parezca más conforme con su deber, y se presente ante las tablillas de los emperadores, nuestros antepasados, para darles cuenta de nuestras acciones. Por mi parte, no iré, para salvar mi vida, a buscar un refugio en tierra extranjera (135).»

CUARTA PARTE

ANALES DE LA DINASTIA DE LOS TCHEU (136)

Capítulo I

LAS GRANDES ARENGAS

Artículo I

1. En la primavera del año décimo tercio del reinado de U'uang, una importante asamblea de príncipes se celebró en el Vado de Meng.

2. El Emperador dijo: «¡Oh! vosotros, ilustres príncipes,. amigos míos y oficiales de todo rango que estáis a mi servicio, oid y comprended bien lo que voy a deciros.

3. »El Cielo y la Tierra son como el padre y la madre

de todos los seres, y entre todos los seres, sólo el hombre está dotado de razón. El que más se distingue por su inteligencia y su perspicacia, llega a ser el soberano monarca. El soberano monarca es como el padre y la madre del pueblo.

4. »Actualmente, el Emperador Cheu, de la familia de los Chang, no respeta al Cielo, que está por encima de él, y abruma de males al pueblo que vive bajo sus leyes.

5. »Se abandona a la embriaguez, se entrega a la voluptuosidad, se permite ejercer una cruel opresión. Por él los padres son castigados al mismo tiempo que los culpables, y los cargos llegan a ser hereditarios en las familias. Con sus palacios magníficos, sus lujosas habitaciones, sus elevadas terrazas, sus miradores, su díques, sus depósitos de agua, y otras cosas costosas, os arruina a todos, pueblos del Imperio. Hace perecer quemados a hombres leales y virtuosos. Abre el seno y arranca las entrañas de las mujeres encinta. El agusto Cielo, colérico, ha encargado a mi padre Uen'uang que aplique con respeto los castigos de la justicia divina. Esta gran obra no ha terminado aún (137).

6. »Yo, Fa (138), que soy como un niño pequeño, he juzgado el gobierno del príncipe de Chang por vuestra conducta, ilustres príncipes y amigos míos (139). Y sin embargo, Cheo no muestra deseo de corregirse. Vive en la indolencia, ni honra al Rey supremo, ni a los Espíritus del Cielo y de la Tierra; descuida el templo de los antepasados de su familia y no les hace ofrenda alguna. Las víctimas de un solo color y el mijo preparado en los vasos es robado y comido por infames ladrones. No obstante, Cheu dice: El pueblo es mío, el mandato del Cielo es mío; no debo temer nada.» Y no modera su indolencia.

7. »El Cielo, en su bondad con los pueblos de la Tierra, les da soberanos que los gobiernen, maestros que

les enseñen, y quiere que estos soberanos y estos maestros ayuden al Rey supremo a difundir beneficios y a mantener la tranquilidad en todas las regiones. ¿Es que yo, respecto de los inocentes y de los culpables me permitiría seguir mi propia voluntad y no la voluntad del Cielo?

v 8. »Según un antiguo axioma de la guerra, cuando se trata de fuerzas iguales es preciso considerar la virtud de los partidos (el partido más virtuoso triunfa); a virtud igual, hay que considerar la justicia de la causa. Los súbditos de Cheu se cuentan por decenas y por centenas de miles, pero cada hombre tiene un sentimiento diferente. Mis súbditos no se elevan más que a tres mil, pero no tienen sino un solo corazón.

9. »La larga cadena de los crímenes de Chang es completa; el Cielo me ha ordenado que la rompa. Si no obedezco al Cielo seré tan culpable como Cheu.

10. »Yo, niño pequeño, tiemblo desde por la mañana hasta la noche bajo el peso de un temor respetuoso. Mi padre Uen'unag me ha transmitido la orden que él ha recibido de castigar a Cheu. Por lo tanto, he ofrecido sacrificios al Rey del Cielo, a los poderosos Espíritus de la Tierra y con ayuda de todos vosotros ejecutaré la sentencia de condenación pronunciada por el Cielo.

11. »El Cielo tiene compasión del pueblo. El deseo del pueblo es el deseo del Cielo. El pueblo desea la caída de los Chang; el Cielo también. Ayudaréis a vuestro soberano, lo espero, a limpiar el Imperio. ¡Oh! ¡Qué momento tan favorable! No es lícito dejarlo escapar.»

Artículo II

1. El día llamado *meu u* (140), el Emperador se detuvo al norte del río Amarillo. Los príncipes se le reunieron con sus tropas. El Emperador pasó revista a todo el ejército y le dirigió un discurso.

2. Dijo: «¡Oh vosotros, numerosos guerreros que habéis venido de las regiones occidentales, oid todas mis palabras!

3. »He oido decir, que los días parecen demasiado cortos al hombre virtuoso para hacer el bien, y al malvado para hacer el mal. El Emperador Cheu, de la familia de los Chang, se obstina en violar todas las leyes, aleja de su lado a los ancianos de cabello blanco y vive familiarmente con los hombres viciosos. Se abandona a la voluptuosidad se entrega a la embriaguez, se da a todos los excesos y su tiranía no tiene límites. Sus ministros han llegado a ser semejantes a él. Forman partidos entre las familias, entretienen enemistados y hace servir a la autoridad imperial, para que se exterminen unos a otros. Los inocentes lanzan gritos al Cielo. Los crímenes más odiosos aparecen en pleno día y difunden por todos lados como un olor fétido.

4. »El Cielo hace bien al pueblo, y el soberano es el ministro del Cielo. En otro tiempo, Kei, príncipe de Hia, no quiso conformarse a los sentimientos del Cielo y vertió su crueldad como un veneno sobre todos los príncipes. Entnces, el Cielo, prestando su auxilio a Tch'eng T'ang, le encargó que humillara la casa de Hia y que le retirase el mandato imperial.

5. Cheu, es más culpable que Kie. Ha despojado de su dignidad a un príncipe de una virtud extraordinaria (141), ha hecho morir inhumanamente a un príncipe que le ayudaba y le aconsejaba (142). Dice que el mandato del Cielo le pertenece, y no le puede ser retirado, que no tiene importancia alguna que cumpla bien con sus deberes, que los sacrificios no son de utilidad alguna, que la tiranía no tiene inconveniente. Tiene ante sus ojos un espejo, un ejemplo que no es muy antiguo, en la persona del Emperador Kie, de la dinastía de los Hia. Parece que el Cielo quiere servirse de mí para gobernar al pueblo. Mis sueño sestán en armonía con los signos dados por la tortuga, y, como ellos, son presagios favorables. Atacaré al príncipe de Chang y la victoria es segura.

6. »Cheu posee miriadas y millones de hombres ordinarios, todos de voluntad y sentimientos muy distintos. Yo, por mi parte, tengo diez ministros que me ayudan a bien gobernar y que están unidos de sentimiento y de voluntad. Sus más cercanos parientes están con él, pero no valen lo que los hombres perfectamente virtuosos.

7. »El Cielo ve por los ojos de mi pueblo y oye por los oídos de mi pueblo (143). Ahora bien, todo el pueblo critica mi tardanza. Es preciso que marche adelante.

8. »Desplegando las fuerzas de mis armas, voy a invadir los Estados y a apoderarme del cruel malhechor. Castigándole, haré una gran obra y adquiriré mayor gloria que T'che eng T'ang.

9. »Animo, valerosos guerreros. No creais que nada tenéis que temer; persuadíos más bien de que no seréis capaces de sostener el choque del enemigo y desplegad toda vuestra energía. Todo el pueblo tiembla delante de Cheu, como un toro sin cuernos. Pero unid vuestros brazos, unid vuestros corazones y realizad una obra que todas las edades venideras os agradecerán.»

Artículo III

1. Al día siguiente, el Emperador pasó revista a sus seis legiones, y declaró sus propósitos a todos los soldados (144).

2. El Emperador dijo: «¡Oh, nobles guerreros de las regiones occidentales! La ley impuesta por el Cielo al género humano es manifiesta, y sus diferentes artículos son muy claros. Ahora bien, el Emperador Cheu, de la dinastía de los Chang, menosprecia y viola las cinco grandes virtudes que regulan las relaciones sociales. Entrégase a la pereza y no respeta nada. El mismo se ha separado del Cielo y se ha hecho odioso al pueblo.

3. »Ha hecho cortar la pierna a un hombre que atravesaba el agua por la mañana y ha abierto el corazón de un hombre bueno (145). Tirano, cruel, mata, asesina, siembra a su alrededor la aflicción y el dolor. Ha otorgado su estimación y su confianza a hombres corrompidos; ha destituido y arrojado de su palacio a sus preceptores y a sus guardianes. Ha abolido las leyes administrativas y las leyes penales. Ha encarcelado y reducido a la esclavitud luego a un oficial irreprochable (146). No ofrece sacrificios ni al Cielo ni a la Tierra, ni ofrenda a los manes de sus antepasados. Emplea extraños sacrificios e invenciones extravagantes para distraer a una mujer (147). El grito del Cielo irritado contra él exige la supresión de su dinastía. Espero que ayudaréis con todas vuestras fuerzas a vuestro soberano y ejecutaremos con respeto la sentencia de condenación dictada por el Cielo.

4. »Los antiguos decían: «El que verdaderamente me hace bien es en verdad un soberano; el que me oprime es mi enemigo.» Un hombre abandonado de todos, Cheu, ejerce su mandato con gran crueldad; es vuestro enemigo y el enemigo de vuestros descendientes en la eternidad. El que siembra la virtud, dice un adagio, debe poner cuidado en regarla, el que destruye el vicio debe cuidarse de destruir también su raíz.» Por tal razón, yo, débil niño, con vuestro poderoso socorro aniquilaré a vuestro enemigo. Espero que todos vosotros despleguéis valor y constancia, a fin de que vuestro soberano realice enteramente su obra. Los que lo merezcan serán recompensados; los que no cumplan con su deber, serán castigados de muerte, y sus cadáveres expuestos en la plaza pública.

5. »¡Oh! La virtud de mi padre Uen uang, semejante a la luz del Sol y de la Luna iluminando al Mundo, ha iluminado todas las regiones del Imperio; en occidente, en la región de Tcheu es en donde primero ha brillado. Nuestra casa de Tcheu ha llegado a gobernar gran número de principados.

6. »Si triunfo de Cheu, lo deberé, no al poder de mis armas, sino a la virtud irreprochable de mi padre Uen unag. Si Cheu me vence, será preciso atribuir este fracaso no a una falta de mi padre Uen uang, sino a mi poca virtud.»

Capítulo II

Arenga pronunciada en Mu

1. Era el primer día del ciclo (148). El Emperador U Uang, que había llegado la misma mañana al llano de Mu, no lejos de la capital de Chang, dirigió una arenga a los soldados. Empuñando con la mano izquierda el hacha dorada, y con la diestra un pendón de crin, blanco, para dar las señales, dijo: «Venís de muy lejos, hombres de las regiones occidentales.»

2. El Emperador continuó: «¡Oh! vosotros, ilustres príncipes, mis amigos, y vosotros que estáis a mi servicio, ministros de la instrucción, de la guerra y de obras públicas, ayudantes de los ministros, oficiales inferiores de todo rango, jefe de la escolta, jefes de mil hombres, centuriones;

3. »Vosotros también, guerrers de Lung, de Chu, de K'eang, de Meu, de Uei, de Lu, de P'eng y de Pu;

4. »levantad vuestras lanzas, juntad vuestros escudos, preparad vuestras largas picas. Quiero hablaros.»

5. El Emperador dijo: «Los antiguos tenían este adagio: «La gallina debe cuidarse de no anunciar el amanecer. El cacareo de la gallina es la ruina de la familia (149).

6. »El Emperador Cheu, de la familia de los Chang, no sigue sino los consejos de una mujer. En su ceguedad se olvida de presentar sus ofrendas y de testimoniar su

agradecimiento a sus antepasados. ¡Insensato! Aleja a los príncipes de sangre imperial y a sus parientes del lado materno, olvidando las consideraciones que les debe. Malhechores cargados de crímenes han venido de todas partes del Imperio a buscar un refugio en la corte. Y estos son los hombres que él trata con honor y respeto, a quienes ha dado su confianza y distribuido sus empleos, a quienes ha nombrado grandes prefectos y ministros de Estado. A causa de ellos una gran tiranía pesa sobre el pueblo; la turbación y la perfidia reinan en la capital de los Chang.

7. »Yo, Fa, no hago sino ejecutar con respeto la sentencia de condenación del Cielo. En el combate de hoy, no deis más de seis a siete pasos, sin deteneros momentáneamente para alinearos de nuevo. ¡Animo, bravos soldados!

8. »No ataquéis al enemigo más de cuatro, cinco, seis o siete veces sin deteneros y formar de nuevo vuestras filas. ¡Animo, bravos guerreros!

9. »Espero que seréis valerosos como tigres, como panteras, como osos comunes, como osos de gran talla. En este llano, próximo a la capital de los Chang, no ataquéis, no matéis a aquellos enemigos que puedan escapar, porque ellos mismos se rendirá luego y podrán servirnos en nuestras regiones occidentales. ¡Valor bravos soldados!

10. »El olvido de una sola de estas recomendaciones bastará para que seais castigados con la pena capital.»

Capítulo III

Feliz término de la guerra

1. El vigésimo noveno día del ciclo caía el 2 del primer mes del año. Al día siguiente, trigésimo día del ciclo, el Emperador (150) abandonó la capital de los Tcheu

(151) y se puso en marcha para atacar al Emperador Tcheu de la dinastía de los Chang.

2. Enumeró todos los crímenes de Chang delante del augusto Cielo y de la augusta Tierra, ante los Espíritus de las montañas célebres y de las grandes corrientes fluviales que encontró. Y les dijo: «Yo, Fa, príncipe de Tcheu y Emperador, descendiente de soberanos que han seguido el camino de la virtud, voy a realizar una gran reforma en la capital de los Chang. Cheu, Emperador de la familia de los Chang, ha abandonado el camino de la virtud, ha maltratado cruelmente a los seres que el Cielo ha creado y abrumado con toda clase de males pueblo. Se ha convertido en el encubridor de todos los malhechores del Imperio; su palacio es como la caverna en donde se refugian todos los reptiles, la ciénaga en donde se reúnen todos los cuadrúpedos. Aunque yo sea como un debil niño, teniendo a mi servicio a hombres muy virtuosos, me atreveré a cumplir con respeto la voluntad del Cielo, poniendo término a los desórdenes. En la gran nación de China, en las tribus salvajes del norte y del mediodía, todos se someten voluntariamente a mis leyes.

3. »Vosotros, Espíritus tutelares, me ayudaréis, como espero, a fin de que alivie el destino de numerosos pueblos, y no llegue a ser para vosotros motivo de vergüenza. El quincuagésimo quinto día del ciclo (152) las legiones de U-Uang atravesaron el río Amarillo por el Vado de Meng. El sexagésimo día del ciclo (153) fueron formadas en los llanos de Mu, y esperaron para empezar la batalla el momento favorable fijado por el Cielo. El primer día del ciclo siguiente (154), al amanecer, Cheu se puso al frente de sus cohortes, que presentaban el aspecto de un bosque, por el gran número de soldados, y los reunió en los llanos de Mu. Sus soldados no lucharon contra los nuestros, sino que aquellos que se encontraban en primera fila volvieron sus lanzas contra los que estaban detrás de ellos y se mataron unos a otros, y la desbandada comenzó. La sangre corrió a arroyos y

arrastraba los escudos de los saldados muertos. U Uang revistió una sola vez el traje militar y todo el Imperio disfrutó de la tranquilidad. Luego fue cambiada la administración del último de los Chang, y fueron puestas en vigor las leyes de los antiguos soberanos de esta dinastía. Sacó de la prisión al príncipe de Ki y levantó un túmulo sobre la tumba de Pi Kan; saludó desde lo alto de su carruaje la puerta del pueblo del sabio Chang Yung. Distribuyó las riquezas atesoradas en la torre de los Ciervos (155) y los granos amontonados en Kiu K'iao. Mostróse muy generoso con el Imperio y todo el pueblo se sometió a él con alegría.

4. Cuando la Luna comenzó a crecer por cuarta vez (156), el Emperador, de vuelta de la capital de los Chang, llegó a Fung (157). Inmediatamente dejó los trabajos de la guerra y se entregó a las ocupaciones de la paz. Hizo conducir al sur del monte Hua los caballos que habían tirado de los carros de guerra, e hizo soltar en los llanos de T'ao lin los bueyes que habían arrastrado los bagajes, mostrando así a todo el Imperio que no los emplearía ya más en semejantes servicios.

5. Al día siguiente a la Luna llena, los ilustres jefes de los principados y todos los oficiales recibieron sus respectivas jurisdicciones del fundador de la dinastía de los Tcheu.

6. El cuadrigésimo cuarto día del ciclo, el Emperador hizo ofrendas en el templo de los antepasados de los Tcheu. En esta ceremonia, los príncipes de la capital, del territorio imperial y de las diferentes circunscripciones del Imperio, marchando con paso rápido, llevaron los vasos de madera y los vasos de bambú. Tres días después, el cuadragésimo séptimo día del ciclo, el Emperador ofreció al Cielo una víctima sobre una hoguera, hizo ofrenda a los Espíritus de las montañas y de los ríos y anunció solemnemente el término de la guerra.

7. El Emperador habló sobre poco más o menos en

estos términos: «¡Oh príncipes! el primer soberano de nuestra familia. Heu Tsi, fundó nuestro principado y fue el primero en cuidar del territorio. Uno de sus descendientes, el príncipe Liu, consolidó la obra comenzada. Más tarde, T'ai uang estableció los fundamentos del poder imperial. Uang Ki (158), trabajó poderosamente para preparar el advenimiento de nuestra familia al Imperio. Mi padre Uen uang, príncipe perfecto, se destacó por sus gloriosos trabajos y recibió el mandato del Cielo, para extender sus beneficios y su autoridad sobre todas las regiones del Imperio. Los grandes principados temieron su poder; los pequeños amaron su bondad. No obstante, el cabo de nueve años, cuando murió, no había reunido todos los pueblos bajo su mando. Yo, débil criatura, prosigo la ejecución de su designio.

8. »Obedeciendo con respeto la orden formal del Cielo, he ido al Este para castigar con las armas al príncipe culpable y para devolver la tranquilidad a los habitantes, y todos, hombres y mujeres, trayendo cestas llenas de seda de color azul y amarillo, han prestado un homenaje brillante a la familia de los Tcheu. Por el influjo del Cielo, que nos era favorable, se han colocado todos bajo la dependencia de la gloriosa capital de los Tcheu.»

9. U Uang estableció cinco clases de feudatarios y tres clases de dominios feudales y no confió los cargos sino a hombres virtuosos y de talento, y la administración de los negocios a hombres capaces. Dio gran importancia a las cinco enseñanzas, a la subsistencia del pueblo, a las ceremonias fúnebres, a las ofrendas y a los sacrificios. Mostró una gran sinceridad y fue señalada su justicia. Honró la virtud y recompensó el mérito. Con la túnica flotante y las manos juntas (159) gobernó perfectamente todo el Imperio.

Capítulo IV

La gran regla

1. Al décimotercer año, después de la muerte de Uen uang, el emperador U uang consultó al príncipe de Ki (160).

2. El Emperador dijo: «¡Oh príncipe de Ki!, el Cielo, en un profundo secreto, forma al hombre y le ayuda a practicar las virtudes que le son propias. Como el Cielo no lo dice, ignoro cómo se deben explicar las grandes leyes de la sociedad y los deberes mutuos de los hombres.»

3. El príncipe de Ki respondió: «He oído decir que en la antigüedad, Kuen (161) habiendo querido oponer un dique a las aguas desbordadas, en lugar de hacerlas correr a lugares apropiados, había perturbado el orden de los cinco elementos; que el Cielo encolerizado no había dado los nueve artículos de la gran regla, y que por lo tanto, las grandes leyes y los deberes mutuos habían caído en el olvido. Kuen fue relegado a la montaña de In, y murió así. Su hijo Iu le sucedió y terminó felizmente los trabajos. Entonces el Cielo dio a Iu los nueve artículos de la gran regla y han servido para explicar las grandes leyes de la sociedad y los deberes mutuos (162).

4. »El primer artículo concierne a los cinco elementos; el segundo, a la realización atenta de los cinco actos; el tercero al empleo diligente de las ocho partes de la administración; el cuarto al empleo de los cinco reguladores del tiempo, para fijar exactamente las estaciones; el quinto, a la adquisición y el ejercicio de la alta perfección que conviene a la dignidad imperial; el sexto, a la adquisición y el ejercicio de las tres virtudes requeridas en el que gobierna; el séptimo, al uso inteligente de los medios de estudiar las cosas inciertas; el octavo, a la meditación y al uso de los objetos diversos; el noveno, a la promesa y al uso de las cinco venturas, a la amenaza y al uso de las desventuras extremas.

5. »En primer lugar, los cinco elementos. El primero es el agua, el segundo es el fuego, el tercero la madera, el cuarto el metal, el quinto la tierra. Las propiedades del agua son las de mojar y descender; las de fuego las de quemar y elevarse. La madera se deja domar y enderezar. El metal obedece a la mano del obrero y toma diferentes formas. La tierra recibe la semilla y da cosechas. El agua moja, desciende y produce la sal (163). El fuego quema, se eleva y produce gusto amargo (164). La madera curvada y enderezada luego, produce gusto ácido (165). El metal obedece, cambia de forma y produce sabor acre. La tierra recibe la semilla, da cosechas, y produce el sabor dulce.

6. »Segundo, los cinco actos. El primero se refiere a la actitud exterior. El segundo a la palabra, el tercero a la mirada, el cuarto al oído, el quinto a la reflexión. La actitud exterior debe ser reservada, la palabra conforme a la razón, la mirada perspicaz, el oído muy atento, el espíritu meditativo y penetrante. Una actitud seria es respetuosa; una palabra conforme a la razón es agradable; una mirada perspicaz conduce a la prudencia: la aplicación a escuchar es madre de los buenos consejos, un espíritu reflexivo y penetrante conduce a la más alta sabiduría.

7. »Tercero, las ocho partes de la administración. La primera, tiene por objeto los víveres; la segunda, las comodidades de la vida; la tercera, los sacrificios; la cuarta, los trabajos públicos; la quinta, la instrucción del pueblo; la sexta, el procedimiento judicial; la séptima, la hospitalidad; la octava, el servicio militar.

8. »Cuarto, los cinco reguladores del tiempo. El primero es el año; el segundo es el mes; el tercero es el día; el cuarto los doce signos del zodíaco y las otras estrellas; el quinto el cálculo del tiempo o calendario.

9. »Quinto, la soberana perfección que conviene al

Emperador. Príncipe, dando el ejemplo de la más alta perfección, obtendrás las cinco felicidades, y harás que de ellas participen tus súbditos. Tus numerosos súbditos imitarán tu sublime perfección y te ayudarán a conservarla.

10. »Cuando tus numerosos súbditos no formen cábalas, ni tus ministros conspiraciones, todo ello no será sino el resultado de la perfección de que tú darás ejemplo.

11. »Siempre que tus numerosos súbditos deliberen entre sí, intenten alguna empresa y se pongan en guardia contra los castigos, ten cuidado. Si algunos, sin llegar a la virtud perfecta, se abstienen de hacer el mal, no los rechaces, porque podrán llegar a ser mejores. A aquellos que os digan con alegre corazón y aire de regocijo: «Nosotros amamos la justicia», confíales los cargos importantes, porque estos hombres querrán imitar tu sublime virtud.

12. »No oprimas a los débiles que no tienen ni hermanos ni hijos, para ayudarles, y no temas a los que ocupen un rango elevado o distinguido.

13. »Entre los oficiales que tienen talento y dirigen bien los asuntos, excita el deseo de avanzar de continuo en el camino de la virtud, y el Estado florecerá. Los hombres encargados de gobernar son siempre virtuosos si se encuentran en buena situación (166). Si no sabes proporcionarles suficiente renumeración y por este medio facilitarles la forma de mantener la armonía entre sus familias que son las tuyas, cometerán crímenes. En cuanto a aquellos que no aman la virtud, aunque los colmes de favores, nada conseguirás y a consecuencia de ello tendrás que reprocharte el haber tenido a tu servicio hombres viciosos.

14. »Nada de inclinado, nada que no esté llano; practiquemos la justicia siguiendo el ejemplo del soberano. Ninguna afección particular ni desordenada; sigamos los

principios que el soberano nos enseña con sus ejemplos. Nada de aversión particular y desordenada: sigamos la vía que el soberano nos muestra, con sus ejemplos. Nada de inclinación, nada de partido, la vía del soberano es ancha y se extiende lejos. Nada de partido nada de inclinación, la vía del soberano es llana y fácil de recorrer. No volvamos atrás ni marchemos de lado, la vía del soberano es recta y conduce directamente a la meta. Avancemos todos juntos hacia la sublime perfección de la que el soberano nos da ejemplo y lleguemos todos juntos a esta sublime perfección (157).

15. »La exposición detallada de las virtudes sublimes del Emperador es la regla de las costumbres, la enseñanza más perfecta, la enseñanza del propio Rey del Cielo.

16. »Cuando el pueblo oye la exposición de las sublimes virtudes del Emperador y pone en práctica esta enseñanza, su conducta se acerca cada vez más a la virtud brillante del Hijo del Cielo. Y dice: «El Hijo del Cielo hace oficio de padre del pueblo, él es, en verdad, el soberano de todo Imperio.

17. »Sexto, las tres virtudes. La primera es la rectitud, la equidad; la segunda, la firmeza en el gobierno; la tercera, la dulzura en el gobierno. Es preciso gobernar con rectitud y equidad a los hombres pacíficos y sosegados y con firmeza a los que resisten y se niegan a obedecer; con dulzura a los que son sumisos y obedientes. Es preciso gobernar con firmeza a los que yacen en la indolencia, y con dulzura a los que se distinguen por sus talentos y sus buenas disposiciones.

18. »Sólo al soberano corresponde conceder las gracias, aplicar las penas y consumir manjares de elevado precio. No es lícito a ningún súbdito otorgar estas gracias ni aplicar los castigos ni comer manjares de elevado precio.

19. »Si entre tus súbditos existen grandes prefectos y

príncipes que concedan gracias, apliquen las penas y coman manjares de elevado precio, estos grandes prefectos serán nefastos a tu dominio, y estos príncipes serán funestos en tus principados. A consecuencia de ello los oficiales inferiores no cumplirán con su deber y cometerán injusticias y el pueblo violará la ley natural y cometerá excesos.

20. »Séptimo, el examen de las cosas dudosas. Es preciso escoger y formar adivinos encargados de interrogar, los unos, a la concha de la tortuga, los otros, a las briznas de la aquilea y ordenarles que consulten al destino por estos dos medios.

21. »Las fisuras producidas en el tinte de la concha de la tortuga presentan el aspecto de la lluvia o de un cielo que se serena, de un cielo completamente nublado o de un cielo sembrado de nubes separadas, o de un cielo en el que las nubes se entrecruzan.

22. »Los símbolos formados por las briznas de aquilea son tcheng, la firmeza y huei, el arrepentimiento.

23. »Los signos obtenidos son en número de siete: cinco son proporcionados por la tortuga y dos por la aquilea. Es preciso conocer por adelantado los errores que se pueden cometer y que hay que evitar.

24. »Cuando los adivinos consulten a la tortuga y a la aquilea, tres interpretan los presagios. Si están en desacuerdo se sigue el consejo de los dos que estén de acuerdo.

25. »Cuando tengas dudas acerca de un asunto importante, delibera en tu fuero interno, delibera con tus ministros y oficiales y consulta al pueblo; haz consultar también a la tortuga y a la aquilea. Luego, si una empresa es aprobada por ti mismo, por la tortuga, por la aquilea, por tus ministros y oficiales, por el pueblo, si hay unanimidad, la empresa triunfará. Tú mismo serás poderoso y feliz y tus descendientes gozarán de una gran prosperidad. Si tú, la tortuga y la aquilea aprobáis y los ministros, los oficiales y el pueblo desaprueban, la empresa tendrá éxito. Si los ministros, los oficiales, la tortuga y la aquilea aprueban y tú, tus ministros y tus oficiales desaprueban, la empresa será feliz.

»Cuando tú y la tortuga, aprobais, y la aquilea los ministros, los oficiales y el pueblo desaprueban, si se trata de un asunto que concierne al interior del palacio tendrá éxito: si se trata de un asunto exterior no tendrá éxito. Cuando la tortuga y la aquilea se oponen a los deseos de los hombres no será prudente hacer nada; la acción sería fatal (168).

26. »Octavo, los diferentes efectos o fenómenos que están siempre en relación con la conducta del soberano y de los oficiales, hacen conocer si la administración es buena o mala. Estos fenómenos son la lluvia, el buen tiempo, el calor, el frío y el viento, así como las épocas en que se verifican. Cuando estos cinco fenómenos se producen en cantidad suficiente y cada uno a su debido tiempo, todas las plantas prosperan.

27. »Si uno de ellos es demasiado abundante o no se produce, ocurre una calamidad.

28. »Hay efectos afortunados: la gravedad del soberano obtiene a su debido tiempo la lluvia; su buena administración alcanza la serenidad del cielo, su prudencia obtiene el calor; su aplicación en la reflexión, el frío; su sabiduría eminente obtiene el viento. Existen también efectos desventurados: la desconsideración del Emperador hace durar la lluvia torrencial; sus errores, la serenidad del cielo; su indolencia, el calor; su precipitación, el frío; su estupidez, el viento.

29. »Que el Emperador examine, pues, estos cinco fenómenos, todos los años, los grandes dignatarios, todos los meses, y los otros oficiales a diario, para saber lo que vale su administración.

30. »Si en el curso del año, del mes o de la jornada no ha hecho mal tiempo, se reconocerá, por este signo, que todos los granos han madurado o madurarán, que

la administración es inteligente, que los hombres de talento son honrados como es debido, que las familias gozan de tranquilidad y de bienestar.

31. »Si en el curso de la jornada, del mes o del año ha hecho mal tiempo, es evidente que los granos no han madurado ni madurarán, que la administración es ciega o poco inteligente, que los hombres de talento son mantenidos en la sombra, que las familias no gozan de tranquilidad.

32. »El pueblo es como las constelaciones; el Emperador y los ministros son como el Sol y la Luna. Ciertas constelaciones gustan del viento, otras de las lluvias, pero no pueden obtener por sí mismas ni el viento ni la lluvia: el Sol y la Luna se lo proporcionan (169). El Sol y la Luna realizan sus revoluciones y traen el invierno y el verano. La Luna recorre las constelaciones, y trae el viento y la lluvia. Así el Emperador y los ministros deben subvenir a las necesidades del pueblo y satisfacer sus deseos legítimos.

33. »Noveno, las cinco venturas. La primera es la longevidad; la segunda, la opulencia; la tercera, la salud del cuerpo y la paz del alma; la cuarta, el amor a la virtud; la quinta una vida completa, es decir, una vida con la conservación de todos sus miembros y que no es alterada por una falta o por un accidente.

34. »Los seis males extremos son: el primero, una vida abreviada por una desgracia; segundo, la enfermedad; el tercero, la pena; el cuarto, la pobreza; el quinto, la perversidad; el sexto, la debilidad de carácter.»

Capítulo V

El perro de Liu

1. Después de la derrota del tirano Tcheu, el último de los emperadores de la dinastía de Chang, las comunicaciones quedaron establecidas y las relaciones comerciales comenzaron con todas las naciones vecinas. Los habitantes de Liu, región occidental, ofrecieron como tributo un perro de su país. El gran tutor, el sabio Cheu, compuso una memoria titulada «El perro de Liu», para instrucción del emperador U-uang (170).

2. En ella dice: «Los emperadores inteligentes se esforzaban en practicar la virtud, y de todas partes los extranjeros venían a rendirles homenaje. Todos, tanto los más cercanos como los más lejanos, les ofrecían objetos de su país, especialmente trajes, víveres, instrumentos utensilios, mas nunca cosas raras, curiosas e inútiles.

3. »Entonces los emperadores mostraban y daban estos presentes, atraídos por su virtud, a los príncipes feudatarios que no eran de familia imperial, a fin de que estos príncipes cumplieran fielmente con sus deberes. Y distribuían las piedras preciosas entre los príncipes de la familia imperial, para ganar mejor su voluntad. Los príncipes estimaban mucho estos presentes, viendo en ellos el poder de la virtud que los había atraído cerca de los emperadores.

4. »La virtud perfecta evita la familiaridad y la falta de respeto. Un hombre distinguido, tratado de una manera demasiado familiar o poco respetuosa, no despliega toda la abnegación de que es capaz. Un hombre de pueblo, tratado demasiado familiarmente o sin respeto, no despliega todas sus fuerzas.

5. »No seais esclavos de vuestros oídos ni de vuestros ojos, y vuestra conducta será irreprochable.

6. »El que hace servir a los hombres para su diversión, arruina su virtud, el que hace servir las cosas para su entretenimiento, no alcanza el objeto que debería haberse propuesto.

7. »No se debe proponer uno sino cosas justas y buenas, y no admitir sino proposiciones conformes a la razón.

8. »No emprendáis cosas inútiles en detrimento de las que son útiles, y la medida de vuestros servicios estará llena y entera. Guardaos de estimar con exceso las cosas curiosas y poco las cosas útiles; el pueblo no carecerá de nada. No os nutráis de perros ni de caballos que sean de raza extranjera; en vuestros dominios no criéis pájaros de elevado precio ni cuadrúpedos raros. No estiméis las cosas de los países lejanos, y los habitantes de países lejanos vendrán a vosotros. No estiméis más que a los sabios y a vuestro lado reinará la paz.

9. »Desde por la mañana hasta la noche trabajad con ardor y sin descanso. Si no ponéis atención en vuestros menores actos, vuestra virtud será defectuosa en las grandes cosas. Seréis semejante a un hombre que levanta un montículo de setenta y dos pies y abandona el trabajo inacabado por falta de una espuerta de tierra.

10. »Si seguís fielmente la vía que acabo de trazaros, todos vuestros súbditos se quedarán en sus hogares y vuestros descendientes se transmitirán el Imperio de edad en edad.»

Capítulo VI

El cordón de oro

1. El año que siguió al de la derrota de los Chang, el emperador U-uang cayó enfermo; naturalmente no estaba contento (171).

2. Los dos príncipes T'ia Kung y Chao Kung (172) dijeron: «Quisiéramos consultar respetuosamente a la tortuga acerca de la enfermedad del Emperador en el templo de los antepasados de su familia.»

3. Tcheu Kung (173) respondió: «Aún no ha llegado el momento de contristar con el anuncio de la enfermedad del Emperador a los manes de los emperadores difuntos.»

4. Tcheu Kung se encargó personalmente de todo. En el límite septentrional de un terreno llano, hizo levantar tres altares de tierra orientados al mediodía, para los manes de T'ai-uang, de Uang-Ki y de Ueng-nang, y en el límite meridional un cuarto altar orientado hacia el norte y sobre el cual él mismo se instaló. Varias tabletas anulares de jade fueron depositadas sobre los tres altares. Tcheu Kung, sosteniendo en una mano la tablilla oblonga, insignia de su dignidad, dirigió la palabra a los manes de T'ai-ueng, de Ueng-Ki y de Ueng-uang.

5. El historiógrafo imperial escribió para Tcheu Kung la siguiente oración: «El más grande de vuestros descendientes, lucha contra una enfermedad cruel y peligrosa. Si vosotros tres, gloriosos soberanos, habéis recibido del Cielo el encargo de velar por la vida del más grande de sus hijos, obtened que yo, Tan, fallezca en lugar de N (174).

6. »Soy naturalmente bueno y me conformaré a vuestros deseos en el Cielo. Poseo muchos talentos y conocimientos prácticos, podré servir, pues, a vuestros manes. El más grande de vuestros descendientes no posee tantos talentos ni conocimientos prácticos como yo, Tan, y no puede ser tan útil a vuestros manes como yo.

7. »Fiel al mandato que ha recibido en la corte del Rey del Cielo extenderá sus beneficios a todas las partes del Imperio, y podrá establecer sólidamente vuestra dinastía en este bajo Mundo. En todo el Universo no hay nadie que no le respete y le tema. No dejad perder el glorioso mandato que viene del Cielo. Y vosotros, nuestros antiguos soberanos, tendréis herederos cuya piedad filial os estará asegurada, y cuyas ofrendas recibiréis.

8. »Voy a interrogar a la gran tortuga para conocer vuestra decisión. Si aceptáis mis ofrecimientos, tomad las tablillas anulares, colocadas sobre vuestros altares,

y la tablilla oblonga insignia de mi dignidad, volveré a mi casa y esperaré la ejecución de vuestra voluntad. Si rechazáis mi petición guardaré estas tablillas.»

9. Tres tortugas fueron consultadas; las tres dieron respuestas favorables. El cofrecillo que contenía el libro de presagios fue abierto con ayuda de una llave. Este libro confirmó las respuestas favorables de los adivinos.

10. Tcheu Kung dijo: «Vista la apariencia de los signos observados sobre la concha de las tortugas, ninguna desgracia ocurrirá al Emperador. Yo, débil niño, acabo de recibir la respuesta de los tres soberanos; mi único deseo es la conservación de la dinastía. Ahora lo que espero es que los tres emperadores se acuerden de nuestro soberano y le devuelvan la salud.»

11. Tcheu Kung retornó y depositó en el cofrecillo de cordón de oro la tablilla en la cual estaba escrita su plegaria. Al día siguiente el Emperador ya estaba mejor.

12. Después del fallecimiento de U-uang, Kuanchu y sus hermanos menores difundieron la noticia de que Tcheu-Kung no haría bien alguno al hijo de U-uang (175)

13. Tcheu-Kung dijo a los príncipes (T'ai-Kung y Chao-Keug): «Si yo me retiro no podré justificar mi conducta con los emperadores difuntos.»

14. Tcheu-Kung habitó dos años en la parte oriental del Imperio. En fin, los culpables fueron condenados, es decir, Tch'eng-uang reconoció la culpabilidad de Kuan-chu, de Ts'ai-chu y de Huo-chu.

15. Luego, Tcheu-Kung, para justificarse compuso y presentó al Emperador un canto titulado «El Buho» (176). El Emperador no se atrevió a censurar al príncipe.

16. En otoño, las cosechas eran abundantes y estaban casi maduras, y no esperaban más que la hoz. El Cielo tronó e hizo brillar los relámpagos de manera terrible, y luego desencadenó un viento huracanado. Las

cosechas quedaron inclinadas y los grandes árboles derribados. Los habitantes se aterraron. El Emperador y los grandes oficiales, con la cabeza cubierta por una gran toca de piel, abrieron el cofrecito de cordón de oro para consultar los libros y conocer la causa de la cólera celeste. Entonces encontraron la oración en la cual Tcheu-Kung pedía responder él mismo a los deseos del Cielo y morir en lugar de U-ang.

17. Ambos príncipes (T'ai-Kung y Chao-Kung), juntamente con el Emperador, interrogaron al gran historiógrafo, a los adivinos y a sus ayudantes para saber si era verdad que Tcheu-Kung había ofrecido su vida en cambio de la U-uang. Y les respondieron: «Es cierto. Pero Tcheu-Kung nos había prohibido que habláramos de ello.»

18. El Príncipe tomó el escrito de Tcheu-Kung, y dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Que no consulten a la tortuga, no es necesario. Tcheu-Kung ha trabajado mucho por el Imperio, pero yo, que soy joven,, no lo sabía. El Cielo ha desplegado su severidad para poner de manifiesto la virtud de Tcheu-Kung. Yo, débil niño, iré personalmente a su encuentro; los usos de nuestra familia y de nuestro Imperio requieren este acto.»

19. Apenas el Emperador había llegado al llano en busca de Tcheu la lluvia comenzó a caer y el viento cambió de dirección. Todos los cereales recobraron su posición normal. Los dos príncipes ordenaron a los habitantes que enderezaran y sostuvieran todos los árboles maltratados por el viento. La cosecha fue muy abundante.

Capítulo VII

El Gran Consejo

1. El emperador Tcheng-Uang habló sobre poco más o menos en estos términos: «Escuchad, tengo que daros importantes consejos, a vosotros, príncipes de todas las regiones, y a vosotros, mis ministros y mis oficiales. El Cielo, sin piedad para conmigo, ha castigado cruelmente a mi familia, sin concederme el menor respiro. Mi espíritu está enteramente absorbido por el pensamiento de que yo, harto joven, soy el encargado de seguir la gran serie de los soberanos de nuestra dinastía y de gobernar regiones inmensas, no siendo capaz de seguir el camino de la sabiduría para conducir los pueblos a la felicidad. Y soy aún menos capaz de penetrar los designios del Cielo (177).

2. »Sí, yo, débil niño, soy como un hombre que quiere atravesar un agua profunda, y va de uno a otro lado buscando el medio de atravesarla. Encargado de hacer florecer por todos lados la administración y de extender el Imperio de U-uang, mi padre, y de mis predecesores, no debo olvidar sus grandes acciones. No me atrevo a resistir al Cielo que quiere desplegar su severidad y castigar a U-Ken.

3. »El emperador pacificador U-uang me ha dejado la gran tortuga preciosa para que ella me anuncie las intenciones del Cielo. La he consultado y me ha respondido que había grandes dificultades al oeste que los habitantes del oeste se encontrarían aun en la agitación. Ahora, he aquí que se sublevan (178).

4. »La casa de In (179), a pesar de su degradación, tiene la audacia de querer continuar la serie de emperadores de su raza. Esta ha sido castigada por el Cielo, pero desgraciadamente sabe que nuestro Imperio está enfermo (180) y que el pueblo no está tranquilo, y por eso ha dicho: «Me sublevaré», y pretende hacer de nuestro principado de Tcheu la extremidad de su Imperio.

5. »La casa de In se ha agitado; mas he aquí que, del seno del pueblo, se me presentaron diez sabios, que me han acompañado y que me han ayudado a restablecer el orden en el principado de U-Keng y a continuar la obra combinada y comenzada por mi padre. Así, tan grande asunto ha tenido un término feliz. Por lo demás, mis tortugas me dieron todas las respuestas favorables.

6. »Advertí, pues, a los jefes de los principados amigos, a los directores de los oficiales, a los oficiales de todas las categorías y a sus ayudantes. Les dije: Las tortugas me han dado respuestas favorables; yo quisiera con todos los príncipes atacar a los súbditos fugitivos y dispersos de la casa de In.

7. »Vosotros, príncipes de diferentes Estados, oficiales y empleados de todo grado, me responderéis todos: «La dificultad es grande; el pueblo no está en paz. Por lo demás los disturbios proceden únicamente de la familia imperial y de las familias de los príncipes, cuyos Estados están en revolución. Todos, jóvenes y viejos, desaprobamos esta expedición. ¿Por que el Emperador no obra contra el consejo de las tortugas?

8. »Yo mismo, aunque muy joven, pienso de continuo en estas dificultades y me digo: «Los males ocasionados por estos disturbios insensatos alcanzan ciertamente a los hombres y a las mujeres que viven en la viudez; ¡qué lamentable es esto! Pero obro como ministro del Cielo, que me ha confiado este gran asunto e impuesto este cargo difícil; por eso no me ahorro trabajo alguno. Vosotros, jefes de los principados, oficiales de todo rango, directores de los oficiales, intendentes de los negocios, es justo que me animéis, y me digáis: «No te abrume la fatiga y la inquietud; te ayudaremos; no puedes dejar inacabada la obra proyectada y comenzada por tu padre, el Emperador pacificador.»

9. »Sí, yo, débil niño, temo resistir a las órdenes del

Rey del Cielo. Cuando el Cielo, en su benevolencia con el Emperador pacificador (U-uang) quiso elevar al Imperio al jefe de nuestro pequeño principado de Tcheu, fue conformándose a las respuestas de las tortugas como el Emperador pacificador consiguió establecer la paz en todo el Imperio. Con mayor razón, ahora que el Cielo viene en ayuda del pueblo, debo seguir el consejo de las tortugas. Es preciso respetar la voluntad manifiesta del Cielo, que desea afirmar nuestra gran obra.»

10. El Emperador continuó: «Vosotros, antiguos ministros de mi padre, podéis consultar vuestros recuerdos. Ya sabéis cuántas fatigas se impuso el emperador pacificador. Ahora que el Cielo permite resistencias y dificultades, llegó el momento de acabar la obra de mi padre. No me atrevo a no ejecutar por entero el plan trazado por el emperador pacificador. Por esta razón me esfuerzo en persuadir y en atraer a mi sentimiento a los jefes de los principados amigos. El Cielo promete sinceramente ayudarme, lo que yo juzgo por la opinión pública representada por los diez sabios que me prestan su concurso y aprueban mis designios. ¿Cómo podría no terminar, con ayuda de ministros pacificadores, la obra que mi padre ha continuado y comenzado con ellos? Ahora el Cielo, por medio de perturbaciones, atormenta y aflije a mi pueblo y parece querer hacerle desaparecer como un enfermo trata de hacer desaparecer la enfermedad. ¿Es que no me atreveré con ministros pacificadores, a afirmar el poder que mi padre ha obtenido por medio de ellos?»

11. El Emperador añadió: «En cuanto he formado el proyecto de marchar contra los rebeldes, me he apresurado a exponer las dificultades de la empresa, reflexionando a diario acerca de ella. Mas supongamos que un hombre, que quiere construir una casa, traza el plano y que después de su muerte, su hijo no quiera ni aun echar los cimientos, ese hijo querrá aún menos construir el resto del edificio. El padre ha labrado un campo después el hijo no quiere sembrar; pues tampoco querrá

cosechar. Un padre que ha sido tan diligente, ¿querrá tras de su muerte poder testimoniar de este modo de su vástago: «Tengo un hijo que cuida de su patrimonio?» ¿Es que siendo el heredero de un emperador pacífico, no me atrevería a asegurar el gran mandato que he recibido del Cielo?

12. «Los hijos de un príncipe son atacados por los amigos de su hermano mayor o de su padre difunto; los súbditos que él nutre en su corte ¿habrán de proteger a los rebeldes en lugar de venir en socorro de los hijos?» (181).

13. El Emperador continuó: «¡Ea! Desterrad todo temor: jefes de los diferentes principados, oficiales que tomáis parte en los negocios. Con ayuda de sabios ministros fue como U-uang obtuvo para el Imperio los beneficios de una administración inteligente. Solamente encontró diez hombres que, observadores fieles de la ley moral, reconocieron la voluntad del Rey del Cielo, y la promesa cierta del socorro celeste (182) y trabajaron en reemplazar la dinastía de los Chang por la de los Tcheu. Entonces no os atrevísteis a cambiar los planes de U-uang ni a oponeros a sus designios. Actualmente, que el Cielo envía calamidades a la casa de Tcheu, y que los autores de las perturbaciones obran como vecinos que atacan a sus vecinos en sus familias ¿no comprendéis que no está permitido el cambiar ni el violar las órdenes del Cielo?

14. »Yo me digo de continuo: el Cielo quiere aniquilar la casa de In, como un labrador destruye las malas yerbas de un campo. ¿Acaso podría dejar de limpiar completamente mi campo? Es también un favor que el Cielo quiere hacer a los antiguos ministros pacificadores que han secundado a U-uang.

15. »¿Podría resistir yo vuestros consejos para conformarme completamente a las respuestas de las tortugas? Los ministros pacificadores han fijado ellos mismos los límites de los territorios y no vacilaré en reprimir

a los príncipes que se hagan culpables de usurpación, aunque fuera en contra de todos los presagios. Con tanta más razón debo hacerlo cuanto que las respuestas de las tortugas son favorables. Haré con vosotros esta expedición al Este. La voluntad del Cielo no ofrece duda alguna, los signos dados por las tortugas son todos favorables.»

Capítulo VIII

Investidura conferida al príncipe de Uei

1. El emperador Tch'eng-uang habló poco más o menos en estos términos: «¡Oh! hijo mayor del penúltimo de los emperadores de la familia de los In (o Chang), puesto que, según los usos antiguos, la virtud de los antepasados difuntos debe ser honrada y celebrada en las ceremonias solemnes por aquellos de sus descendientes que son los imitadores de su sabiduría, sé el principal heredero de los emperadores de tu familia; conserva las ceremonias que ellos han instituido y los ornamentos que les pertenecieron. Tú y tus descendientes, recibid los honores de la hospitalidad en nuestra casa imperial, y participad de la prosperidad de la dinastía, de edad en edad y por siempre.

2. »Tu abuelo T'ang el Victorioso se señaló por lo profundo de su respeto y por su elevada sabiduría. Mereció el favor y el socorro del augusto Cielo y recibió el gran mandato. Socorrió al pueblo con bondad y le libró de injustos opresores. Sus obras fueron útiles a todos sus contemporáneos y sus virtudes se transmitieron a sus descendientes.

3. »Marcha sobre sus huellas y continúa la ejecución de sus designios. Desde hace mucho tiempo la fama publica tus virtudes. Alabo estas virtudes, y declaro que aumentas el mérito de tus antepasados sin que por ello pierdas de vista sus ejemplos. El Rey del Cielo aceptará

tus ofrendas y tus súbditos vivirán en perfecta armonía. Te nombro *Kung* de primera clase y te encargo que gobiernes la parte oriental de China (183).

4. »¡Presta atención! Ve y propaga por todos lados tus enseñanzas. Pon cuidado en los trajes y en las otras insignias y en los privilegios que convienen a tu dignidad. Observa exactamente los reglamentos y los usos, y así serás el sostén de la familia imperial y añadirás nuevos méritos a los de tu ilustre abuelo T'ch'eng T'ang. Sé la ley viviente de tus súbditos; por este medio guardarás siempre tu dignidad y prestarás servicio a tu soberano. La influencia de tu virtud se extenderá a todas las edades, serás el modelo de todos los príncipes, y los emperadores de la casa de Echeu no te rechazarán jamás.

5. »Pues bien, ve; comienza tu obra sabiamente y pon cuidado en observar mis órdenes.»

Capítulo IX

Consejos dados a K'ang Chu

1. En el tercer mes del séptimo año de Tch'eng-uang, cuando la Luna comienza a menguar (184), Tcheu-Kung trazó los fundamentos y emprendió la construcción de una nueva y gran población en Lo (185), en medio de los principados orientales. Los habitantes de todos los países de los alrededores, animados de un mismo espíritu, acudieron y se reunieron para comenzar el trabajo. Los oficiales de las cinco circunscripciones mas inmediatas vinieron con hombres, los exhortaron a la concordia, y los presentaron para este trabajo emprendido en interés de la casa de Tcheu.

Tcheu-Kung estimuló el ardor de todos. En una proclama solemne prescribió lo que se debía hacer.

2. El Emperador habló poco más o menos en estos

términos: «Jefe de los príncipes, mi hermano menor, Fung, mi querido hijo (186).

3. »Nuestro ilustre padre Ueng-uang supo hacer brillar su virtud y emplear los castigos con prudencia.

4. »No se permitía tratar con desprecio a los hombres ni a las mujeres que habían quedado viudos y no se volvían a casar. Empleaba a los que convenía emplear, respetaba a los que convenía respetar, castigaba a los que convenía castigar. Su virtud brilló a los ojos del pueblo, y fue el primero en desarrollar el poderío de nuestro principado de Tcheu que no era sino una parcela del Imperio. Siguiendo su ejemplo, varios de los príncipes vecinos regularon su administración siguiendo su ejemplo. Muy pronto, toda la parte occidental del Imperio tuvo confianza en él, y se colocó bajo su dependencia. Su fama llegó hasta el Cielo. El Rey del Cielo aprobó su conducta y le ordenó que derribara a la gran dinastía de los In. Uen-uang recibió el mandato del Cielo para gobernar a todo el Imperio; muy pronto los gobiernos y los pueblos fueron perfectamente ordenados. Luego, yo, vuestro hermano mayor, a pesar de mi poca virtud, he hecho toda clase de esfuerzos en igual sentido. He aquí por qué tú, Fung, mi querido hijo, posees esta región oriental.»

5. El Emperador continuó: «¡Oh! Fung, no lo olvides, la felicidad de tus súbditos depende de tu exactitud en seguir las huellas de tu padre Uen-uang. Imita lo que se te ha dicho de él y pon en práctica sus admirables máximas. Trata de conocer a los sabios y prudentes emperadores de la dinastía de los In a fin de guardar y gobernar bien a tus súbditos. Remonta aún más lejos, en la antigüedad, estudia la conducta de los ancianos experimentados que vivieron bajo la dinastía de los Chang, a fin de tener principios fijos y aprender a enseñar al pueblo. Además pon todo tu empeño en conocer e imitar a los sabios emperadores de la antigüedad a fin de procurar la tranquilidad a tus súbditos y protegerlos. En fin, que tu ciencia abrace todos los principios cuyo manantial es el Cielo. En tal momento tu virtud será muy grande y cumplirás bien los deberes del cargo que el Emperador te confía.»

6. El Emperador continuó: «Fung, mi querido hijo, pon gran cuidado en sentir los dolores del prójimo como si fueran tus propios dolores. El Cielo es temible pero proteje a los hombres sinceramente virtuosos. Los sentimientos del pueblo son fáciles de descubrir, pero los hombres del pueblo son difíciles de mantener en la sumisión. Ve y emplea por entero todas tus fuerzas en esta obra. No permanezcas ocioso ni busques el reposo y la diversión, y gobernarás bien a tus súbditos. He oído decir que la satisfacción, o el disgusto del pueblo no dependen de las grandes ni de las pequeñas cosas, sino de la buena o mala conducta, de la energía o de la indolencia del príncipe.

7. »Sí, mi querido hijo, tu deber es aumentar la influencia del Emperador, el establecer la armonía entre los súbditos de los In, que ahora lo son de los Tcheu, impidiéndoles que se dispersen, y, por este medio, ayudar al Emperador a afirmar el poder que ha recibido del Cielo, excitando al pueblo a que se renueve en la virtud.»

8. El Emperador dijo: «¡Oh! Fung, pon cuidado en aplicar el castigo con discernimiento. Un hombre comete un crimen poco grave, pero lo comete con premeditación, y obstinación en el mal y voluntad de violar la ley. Su crimen es voluntario; aunque no sea grave debe ser condenado a muerte. Otro comete un gran crimen por error, por inadvertencia sin obstinación en el mal. La falta no ha sido voluntaria, después de haber confesado su crimen sinceramente, no es justo que se le castigue con la pena de muerte.»

9. El Emperador dijo: ¡Oh! Fung, existen grados de culpabilidad y de pena. El que en esta materia muestra un gran discernimiento, gana la confianza del pueblo,

sus súbditos se exhortan mutuamente a huir del mal, y tratan de vivir en buena armonía. Obra como un hombre que quiere curar un enfermo, y todo el pueblo se corregirá de sus defectos. Imita la solicitud de una madre con su hijo recién nacido, y el pueblo estará tranquilo y sumiso.

10. »No eres tú, Fung, quien inflige los graves castigos y aun la pena de muerte (187). Pon cuidado en no castigar con penas graves arbitrariamente y aún menos con la pena capital. No eres tú quien cortas las narices y las orejas a los criminales, pero guárdate bien de cortar la nariz y las orejas de alguien a la ligera.»

11. El Emperador dijo: «En lo que se refiere a los asuntos judiciales, decreta tu mismo las leyes que se deban observar, mas, para el grado de la pena, que los jueces se conformen con el orden establecido por la dinastía de los In.»

12. El emperador añadió: «Después de haber examinado a fondo una causa capital, reflexiona cinco o seis días, diez días, y hasta tres meses y luego pronunciad la sentencia definitiva.»

13. El Emperador dijo: «Harás conocer las leyes y las demás cosas; la escala de las penas, establecida por los In, continuará estando en vigor, pero será preciso que la pena capital y las otras penas graves sean aplicadas con arreglo a la justicia y a las exigencias de los tiempos; que no sirvan sólo para la satisfacción de tus deseos particulares. Si observas estas prescripciones, habrás obrado convenientemente y se podrá decir que todo está en regla. Sin embargo, aunque así sea, no te muestres demasiado tranquilo y dite que quizá todo no marcha con arreglo a la justicia perfecta y a las exigencias de los tiempos.

14. »Sí, mi querido hijo, nadie tiene un corazón tan magnífico como el tuyo, mi querido Fung. Conozco tu corazón, y tú también conoces mi corazón y mi conducta.

15. »Los que se complacen en los crímenes, los bandidos, los ladrones, los rebeldes, los traidores, aquellos que asesinan y persiguen a los hombres honrados para despojarlos, aquellos que emplean laviolencia sin cuidado alguno de su propia vida, todos estos malhechores son odiosos a todo el mundo y su castigo es causa de alegría.»

16. El Emperador dijo: «Fung se debe detestar a esos grandes criminales, pero más aún al hijo que no muestra piedad filial, al hermano que no ama a su hermano, al hijo que no cumple con respeto sus deberes con sus padres durante su vida y aflige sus corazones después de su muerte, al padre que muestra aversión y odio a su hijo, al hermano menor que menosprecia el orden establecido por el Cielo y no respeta a su hermano mayor, al hermano mayor que olvida las fatigas que se han impuesto sus padres para criar a sus hijos, y no muestra cariño alguno a su hermano menor. Si nosotros, que estamos encargados del gobierno, no tratamos como culpables a hombres tan desnaturalizados, la ley natural, que el mismo Cielo ha dado a nuestros pueblos no sería observada en manera alguna. Apresúrate, pues, a aplicar a estos culpables las leyes penales establecidas por Uen-uang, castigándolos sin piedad.

17. »Es preciso reprimir, mediante la severidad de las leyes, a los particulares que violen la ley natural, y con mucha mayor razón, a los maestros (encargados de instruir a los hijos de los príncipes y de los oficiales) a los jefes de los oficiales, y a los oficiales subalternos de todo grado cuando transmiten órdenes diferentes de las dadas por el Príncipe para hacerse admirar por el pueblo, violando las leyes, con gran desagrado de su Príncipe. Estos oficiales corrompen al pueblo y yo los detesto. ¿Acaso puede uno abstenerse de amonestarlos? Aplícales sin demora las justas leyes de Uen-uang, y condénales a todos a la pena capital.

18. »Ante todo da el buen ejemplo a tus oficiales. Si tú, príncipe y jefe de una familia y de un Estado, no sabes dirigir a las personas de tu casa, a tus oficiales subalternos, a los jefes de los oficiales de tu principado; si tu administración fuese cruel y tiránica, si no tienes en cuenta las órdenes del Emperador, esto equivaldría a querer mantener a los demás en el deber, obrando mal tú mismo.

19. »En cualquier caso, puedes y debes respetar las leyes y por este medio hacer feliz al pueblo. Uen-uang tenía ese respeto a las leyes y ese temor a violarlas. Al hacer así feliz a tu pueblo piensa: «Trato de igualar a Uen-uang.» Y entonces yo, tu soberano, estaré contento.»

20. El Emperador dijo: «Fung, todo bien considerado, el pueblo debe ser conducido, no por temor a los castigos, sino por el celo hacia la tranquilidad y la felicidad. Yo pienso de continuo en la conducta de los sabios emperadores de la dinastía de los In, a fin de mantener el orden y la tranquilidad y de igualar a estos antiguos soberanos; tanto más cuanto que en la actualidad entre el pueblo no hay nadie que bajo la dirección de un príncipe virtuoso y bienhechor no esté dispuesto a seguir la vía de la virtud. Sin esta dirección suave y buena, el gobierno de un Estado es imposible.»

21. El Emperador dijo: «Fung, no puedo menos de estudiar la conducta de los sabios emperadores de la antigüedad, y de recordarte la necesidad de unir la influencia de la virtud al empleo de los castigos. El pueblo no está aún tranquilo y los espíritus no han tomado determinación precisa. A pesar de mis instrucciones reiteradas, el pueblo no es tan virtuoso como en otro tiempo. Veo claramente que el Cielo quiere castigarme severamente, pienso de continuo en ello y no me quejo. Porque todas las faltas del pueblo, graves o leves, me deben ser imputadas. Siento tanto más temor cuanto que en la actualidad el olor infecto de las acciones impuras sube evidentemente hasta el Cielo.»

22. El Emperador dijo: «Fung, ten cuidado. No hagas nada que pueda excitar justas quejas, no sigas el mal ejemplo, los caminos inicuos. Que la verdad y la sinceridad presidan tus decisiones. Imita la diligencia de los príncipes de la antigüedad, a fin de que tu espíritu disfrute de reposo. Examina por ti mismo todos los asuntos, que tu previsión se extienda lejos en lo porvenir. Sé indulgente, a fin de que el pueblo esté tranquilo. Así evitarás los defectos que me obligarían a degradarte.»

23. El Emperador dijo: «¡Fung, mi querido hijo, ánimo! Pero ten en cuenta que el mandato que se te da no es irrevocable. Pon, pues, cuidado, a fin de que no me vea obligado a destituirte. Cumple con discreción los deberes de tu cargo; sigue con grandeza de alma las máximas y consejo de los antiguos sabios, el orden y la tranquilidad reinarán así en el pueblo de los In.»

24. El Emperador terminó su discurso poco más o menos en estos términos: «Ve Fung, no violes las leyes que debes respetar, sigue los consejos que te doy, y tú y tus descendientes gozaréis para siempre de vuestra dignidad en el pueblo de los In.»

Capítulo X

Consejos acerca de las bebidas fermentadas

1. El emperador U-uang se dirigió a su hermano K'ang chu, y habló poco más o menos en estos términos: «Publica en el principado de Mei las órdenes importantes que voy a darte.

2. »Cuando tu padre Uen uang, aquel príncipe tan fiel al cumplimiento de sus deberes, fundó su capital (la ciudad de Fung), en la parte occidental del Imperio, dio diversos consejos y recomendó diferentes precau-

ciones a todos los príncipes, a todos los oficiales, a sus ayudantes y a sus empleados. El soberano les repetía de continuo: Las bebidas fermentadas son hechas para ser ofrecidas a los Espíritus. Cuando el Cielo, por la primera vez, ordenó al pueblo la preparación de estas bebidas, no permitió su utilización sino en las ceremonias más solemnes.

3. »Cuantas veces el Cielo en su cólera ha permitido que nuestro pueblo se abandonase a graves desórdenes, el abuso de los licores fermentados ha sido la causa de ello; y cuantas veces ha permitido la ruina de los Estados, grandes o pequeños, ha querido castigar la embriaguez.»

4. »A los jóvenes que eran hijos de oficiales y ejercían ellos mismos cargos, Ueng uang recomendaba que no usaran corrientemente bebidas embriagadoras. Quería que en los principados no se bebiera estos licores sino después de las ceremonias en honor de los Espíritus, y aun así con moderación, sin llegar a la embriaguez (188).

5. «Que mis súbditos, decía, enseñen a sus hijos a no amar sino los productos de la tierra; los jóvenes ocupados en el cultivo de la tierra, no se abandonan a la orgía y serán virtuosos. Que los jóvenes oigan con atención las enseñanzas ordinarias que vienen de sus antepasados y de sus padres, y que se apliquen a practicar la virtud en las pequeñas cosas como en las grandes.

6. »Habitantes del país de Mei, trabajad de continuo con todas vuestras fuerzas en el cultivo del mijo; ayudad con una pronta diligencia a vuestros padres y a vuestros mayores, conducid con ardor vuestros carros y bueyes, y haced el comercio en los países lejanos, para alimentar a vuestros padres cariñosamente. Vuestros padres serán felices, entonces clarificaréis los licores, les daréis fuerza, y usaréis de ellos.

7. »Vosotros todos, oficiales con cargo, y vosotros,

jefes de los oficiales, hombres distinguidos, oid y seguid constantemente mis consejos. Cuando ofrecéis festines a los ancianos o que servís a vuestro príncipe, si llenáis estas funciones convenientemente, podéis luego comer y beber hasta hartaros. Para hablar de cosas más elevadas, si de continuo vigiláis vuestra conducta y no os apartáis del justo medio, seréis capaces de hacer las ofrendas a los Espíritus, y después de la ceremonia podréis solazaros a vuestra vez. Si obráis así, si no bebéis licores embriagadores sino en estas circunstancias, llenaréis bien las funciones que os ha confiado el Emperador; el mismo Cielo os secundará a causa de vuestra gran virtud, y vuestros servicios jamás serán olvidados por la familia imperial.»

8. El Emperador dijo: «Fung, otras veces en nuestra región occidental, los príncipes, los oficiales, los hijos de oficiales, que ayudaban a Uen uang, seguían estas enseñanzas y evitaron los excesos en el uso de las bebidas. Así es como ahora hemos podido obtener el Imperio que estaba entre las manos de los In.»

9. El Emperador dijo: «Fung, he oído decir que en la antigüedad el sabio fundador de la dinastías de los In, T'ang el Victorioso, temía el obrar en contra de la voluntad manifiesta del Cielo y de los deseos de sus más insignificantes súbditos; que cultivaba sin cesar la virtud y seguía fielmente las luces de la sabiduría; que desde T'ang el Victorioso hasta Ti i, todos los emperadores eran soberanos perfectos y trataban a los ministros de Estado con respeto; que, por su parte, los oficiales secundaban al Emperador con celo respetuoso, que no se permitían buscar el reposo ni las diversiones. Con tanta mayor razón, no se permitían estimar la bebida por encima de todo.

10. »En las diferentes circunscripciones situadas fuera del dominio propio del Emperador, los príncipes y sus jefes, y en el dominio propio del Emperador, los oficiales con sus jefes, los oficiales inferiores, los ayu-

dantes de los oficiales superiores, los parientes de los oficiales, los ministros y los oficiales retirados a la vida privada, no se permitían nunca entregarse a la embriaguez. No sólo no se permitían embriagarse, sino que ni aún tenían tiempo para ello. Su único cuidado era el ayudar al Emperador a perfeccionar y a hacer brillar su virtud; y los inferiores ayudaban a sus jefes a servir al Emperador.

11. »Yo también he oído decir que, en la última época, el sucesor de estos soberanos perfectos, el tirano Tcheu, se embriagaba, que su gobierno ponía la confusión en el Imperio, que no parecía sino buscar el medio de disgustar al pueblo y no quería corregirse, y que, entregado por completo a los placeres, no respetaba ley alguna, encenagándose en la ociosidad, y no guardaba la menor reserva en sus actos. Todos sus súbditos experimentaban una gran aflicción, pero él continuaba entregándose a la embriaguez y no quería poner término alguno a su desenfreno. En su furioso frenesí, corría sin temor a su pérdida. Los crímenes se acumulaban en la capital de los Chang, el Imperio de los In tocaba a su fin, y el tirano no se preocupaba por ello. No pensaba en hacer subir al Cielo, en los sacrificios, el agradable olor de una virtud perfecta. No se elevaban al Cielo sino las quejas del pueblo y el olor infecto de las orgías de una banda de borrachos. Por eso el Cielo condenó a los In a perecer, les retiró su afecto, únicamente a causa de sus excesos. En esto el Cielo no se mostró cruel; fueron los hombres (Tcheu y sus cortesanos) los que se atrajeron el castigo.»

12. El Emperador dijo: «Fung, si te recuerdo todos estos hechos no es sólo por el gusto de aconsejar. Los ancianos repetían frecuentemente ese adagio: No tomad como espejo el cristal de las aguas, sino a los demás hombres (189). Los In han perdido el poder soberano; este ejemplo ¿no debe ser como nuestro gran espejo, incitándonos a asegurar la tranquilidad del pueblo?

13. »Digo, pues, que debes advertir a los prudentes oficiales que han servido a la casa de los In, a los príncipes que se encuentran en las diversas circunscripciones del Imperio, y con tanta mayor razón, al gran secretario y al secretario del interior, a tus familiares, y a todos los jefes de los oficiales, y con tanta mayor razón también a los que te sirven, es decir, al maestro que te enseña, al oficial que ejecuta tus órdenes; y con tanta mayor razón a aquellos que casi son tus iguales, a tus ministros de Estado, al ministro del Interior que expulsó a los insumisos, al ministro de Agricultura que cuida de la defensa del pueblo, al ministro de Obras Públicas, que fija los límites y los reglamentos. Tú, sobre todo, debes ponerte en guardia contra las bebidas que embriagan.

14. »Si vienen a advertirte que grupos importantes de hombres del pueblo beben juntos, no los dejes escapar. Hazlos prender, encadenar y conducir fuera de la capital del Imperio; yo los condenaré a la pena de muerte.

15. »En cuanto a los ministros de Estado y a los oficiales de diferentes grados que han servido a la casa de In y seguido el mal ejemplo del tirano Tcheu, si continúan embriagándose, no será necesario condenarlos a muerte en seguida, conténtate con advertirles:

16. »Oficiales de la casa de In, si seguís mis consejos, os concederé toda clase de dignidades. Si, por el contrario, no ponéis en práctica mis enseñanzas, yo, vuestro soberano, no tendré compasión de vosotros. Si vuestras costumbres no llegan a ser más puras, os colocaré en el mismo rango que a los hombres del pueblo que se reúnen para beber y deben ser castigados con la pena de muerte.»

17. El Emperador dijo: «Fung, sigue constantemente mis consejos. Si no mantienes en el deber a tus oficiales, el pueblo se entregará a la embriaguez.»

Capítulo XI

La madera de catalpa (190)

1. El emperador U-uang dijo a su hermano K'ang chu: «Fung. el principal deber de un jefe de principado es el de conciliarse todos los espíritus, el de unir mediante un lazo cordial a los hombres del pueblo y a los oficiales de su principado con las grandes familias, y a los súbditos del Emperador con el Emperador mismo.

2. »Si en tus discursos repites frecuentemente: Oh, vosotros los que me servís y os tomáis como modelo los unos a los otros, ministro de Instrucción Pública, ministro de la Guerra, ministro de Obras Públicas, jefe de los oficiales, grandes prefectos, en verdad os lo digo, no quiero molestar a nadie, ni condenar a muerte a un inocente; si tú, su príncipe, dándoles ejemplo, respetas y animas al pueblo, ellos también lo respetarán y lo animarán. Si a veces a causa de estas circunstancias tratas con indulgencia a los rebeldes, a los traidores, a los asesinos y a los encubridores, ellos también, siguiendo el ejemplo de su príncipe, tratarán con indulgencia a los hombres que hayan herido o maltratado a otros hombres.

3. »Los antiguos emperadores, al instituir los jefes de los príncipes (o bien al instituir los feudatarios) se proponían mantener el orden en el pueblo. Les decían: No os unáis para mutilar o matar inocentes ni para oprimir al pueblo. Respetad a los débiles y procurad el sostén de las viudas. Unid, dirigid a todos los ciudadanos sin excepción. Cuando los antiguos emperadores nombraban príncipes y oficiales ¿qué les recomendaban? Que ayudaran al pueblo a encontrar las subsistencias y la tranquilidad. Tal ha sido la conducta de los emperadores desde los tiempos antiguos. Jefe de príncipes, no tienes necesidad de emplear los castigos.»

4. El Emperador añadió: «Hay que imitar al labrador que, después de haber arrancado todas las plantas nocivas, traza y arregla los ribazos y las acequias de su campo; al constructor, que después de haber elevado el muro de límite y los otros muros de una habitación los enluce y techa con paja la construcción; al carpintero que después de haber desbastado y pulido la madera la tiñe de rojo.»

5. Un ministro de Estado dice a uno de los sucesores de U-uang: «Príncipe, dite a ti mismo: «Mis predecesores han desplegado con celo su brillante virtud y por su bondad han ganado todos los corazones; todos los príncipes han venido a ofrecer sus homenajes y se han convertido casi en sus hermanos desplegando también una virtud deslumbrante. Príncipe, a ejemplo de estos grandes soberanos, une los corazones y todos los príncipes te rendirán sus homenajes.

6. »Puesto que el augusto Cielo ha dado a tus padres los pueblos y todas las tierras del Imperio;

7. »Príncipe, por la sola influencia de la virtud restablece la concordia, haz felices y colma de cuidados a los hombres que han sido seducidos por los malos ejemplos. Así, serás agradable a los manes de tus predecesores que han merecido y obtenido el Imperio.

8. »Si meditas y sigues este consejo, será mi único deseo el de que durante una larga serie de siglos vosotros y vuestros descendientes seáis siempre designados para la guarda del pueblo.»

Capítulo XII

Consejo del príncipe de Chao

1. En el segundo mes del año, seis días después de la Luna llena, el trigésimo segundo día del ciclo, el emperador Tch'eng uang, marchó por la mañana de la capital de los Tcheu y se dirigió a Fung.

2. Desde allí, el gran guardián, el príncipe de Chao (191) precediendo a Tcheu, fue a ver el sitio en donde iba a levantarse la futura capital, e hizo el viaje de un tirón. El primer día tercer mes lunar era el cuadragésimo tercero del ciclo. Dos días después, que era el cuadragésimo quinto día del ciclo, el gran guardián llegó a Lo. Interrogó a la tortuga acerca de la situación de la ciudad. Habiendo obtenido respuestas favorables, trazó las divisiones y el contorno de la nueva capital.

3. Dos días después, que era el cuadragésimo séptimo día del ciclo, el gran guardián, con un grupo de hombres que habían sido súbditos de los In, preparó el lugar que deberían ocupar los diferentes barrios de la ciudad al norte del río Lo.

4. Al día siguiente, quincuagésimo segundo día del ciclo, Tcheu kung llegó por la mañana a Lo, y examinó atentamente el trazado de la nueva ciudad (192).

5. Dos días después, el quincuagésimo cuarto día del ciclo, inmoló dos bueyes en el campo, en honor del Cielo y de la Tierra. Al día siguiente, quincuagésimo quinto día del ciclo, inmoló en la nueva población sobre el altar de la Tierra un buey, una oveja y un cerdo.

6. Seis días después, que era el primer día del ciclo, Tcheu kung, desde por la mañana, tomando su cuaderno, dio sus órdenes a los jefes de los príncipes de las diferentes circunscripciones del Imperio de los In (193).

7. Estos transmitieron las órdenes a la multitud de los antiguos súbditos de los In, que comenzaron el trabajo con ardor.

8. Entonces el gran guardián, el príncipe de Chao, habiendo salido con todos los príncipes, recibió sus presentes que consistían en piezas de seda. Luego, entrando en los departamentos de Tcheu kung, se los dio a éste al mismo tiempo que decía: «De rodillas, inclino la cabeza hasta mis manos, y luego hasta el suelo; Príncipe, ofrezco al Emperador y a ti estos regalos y esta memoria. Deseo que se den consejos a la multitud de los antiguos súbditos de los In, pero que seas tú quien los dé, puesto que administras los negocios del Estado.»

9. La memoria escrita por el príncipe de Chao, y que fue llevada al Emperador por Tcheu kung, estaba concebida en estos términos: «El rey supremo del augusto Cielo ha destituido a su hijo mayor (el tirano Tcheu) y retirado su mandato a los príncipes de la gran casa de In. Príncipe, este mandato os es confiado, es un inmenso favor, pero os impone una inmensa solicitud. ¿Podríais dejar de estar atento al cumplimiento de vuestros deberes?

10. »Cuando el Cielo retiró su mandato a la gran familia de los In, muchos prudentes emperadores de esta dinastía estaban en el Cielo (194). Pero aquellos de sus descendientes y sucesores que habían heredado el Imperio eran tan injustos que los hombres prudentes y sabios vivían ocultos, y los opresores ocupaban sus cargos. Los particulares, para escapar a la tiranía, no veían otro recurso sino el de tomar sus mujeres y niños en brazos o por la mano, llevándolos a sitios apartados. Cuando en medio de lamentaciones y de gritos partían para otras regiones, eran generalmente detenidos en su camino. ¡Oh! entonces el Cielo, en su misericordia con los pueblos del Imperio, confirió con bondad su mandato a un soberano que hacía generosos esfuerzos (U-uang). Príncipe, cultiva con cuidado la virtud.

11. »Remontemos a la antigüedad y consideremos al fundador de la dinastía de los Hia (el gran Iu). El Cielo lo dirigió dejando su herencia a sus descendientes y los protegió. Es que Iu estudiaba la voluntad del Cielo y se conformaba a ella. Actualmente su dinastía se extinguió. Consideremos luego al fundador de la dinastía de los In (Tch'eng T'ang). El Cielo le dirigió y le ayudó a reformar el gobierno de los Hia, y le protegió. Tch'eng T'ang estudió la voluntad del Cielo y se conformó a ella. Ahora su dinastía ya no existe.

12. »Aún joven, estás en posesión de la herencia de tus padres: no alejes de tu lado a los ancianos. Dite a ti mismo: Consultarán los ejemplos de mis predecesores para regular su conducta y darme sus consejos. Mas sobre todo dite: Sabrán consultar al Cielo y darán consejos según la voluntad de éste.

13. »¡Oh, príncipe!, a pesar de tu juventud, eres hijo mayor del Cielo. Y espero que puedas por todos lados establecer la concordia entre el pueblo, y ésta será la gran felicidad inmediata. Que tu primer cuidado sea éste; estate sobre aviso, teme de continuo los peligros que te amenazan por parte del pueblo.

14. »Príncipe, ven aquí, y, ministro del rey del Cielo, cumple su obra en el centro del Mundo (195). Tan ha dicho: Cuando esta gran población esté construida, el Emperador dirigirá los asuntos desde aquí, como asociado del agusto Cielo, tal es al menos lo que espero, y ofrecerá con respeto sacrificios a los Espíritus del Cielo y de la Tierra. Instalado aquí en el centro del Imperio, gobernará perfectamente. Príncipe, cumplirás, como espero, el mandato del Cielo, y el buen gobierno del pueblo será nuestra felicidad presente.

15. »Comienza por ganar la confianza de los oficiales de la dinastía de los In, a fin de que ayuden a los oficiales de nuestra casa de Tcheu, corrijan sus propios defectos y hagan diariamente progresos en la virtud.

16. »Príncipe, que la aplicación en el cumplimiento de tus deberes sea como tu morada. No está permitido descuidar el cultivo de la virtud.

17. »No es lícito perder de vista la dinastía de los Hia ni la de los In. No considerando sino los decretos del Cielo, no me permitiré juzgar ni decir que los Hia debieron haber conservado el mandato del Cielo durante tan largo número de años, ni tampoco que debieron haberle conservado más tiempo. Sólo sé que por el descuido de sus deberes, han acelerado la ruina de su dinastía. No tendré tampoco la temeridad de pensar ni de decir que los In debieron tener el mandato del Cielo tan gran número de años, ni que hubieran debido conservarle más tiempo. Sólo sé que, por descuido en el cumplimiento de sus deberes, han apresurado la caída de su dinastía.

18. »Príncipe, tú les sucedes; has recebido el mandato que el Cielo les había confiado; porque el mandato confiado a nuestra dinastía es el mismo que había sido otorgado a estas dos dinastías imperiales. Sucediéndoles, imita a aquellos soberanos que han merecido la gratitud del Imperio; sobre todo ahora que vas a inaugurar nuestro gobierno en la ciudad de Lo.

19. Es como cuando un niño entra en la vida. Todo depende de sus primeros años, pues, si desde la infancia contrae buenos hábitos, será virtuoso: él mismo obtendrá del Cielo, por sus buenas acciones, el don de la sabiduría. ¿Querrá el cielo que tu gobierno sea prudente y sabio? Permitirá que sea feliz o por el contrario será desgraciado? No lo sabemos, lo único acerca de lo cual estamos ciertos es de que empezamos un nuevo reinado y que todo dependerá de este principio.

20. »Desde tu llegada a la nueva población, Príncipe, te aplicarás sin demora, así lo espero, a cultivar la virtud, y pedirás que el cielo te conceda para siempre su mandato.

21. »Aunque el pueblo violara las leyes y cometiera grandes excesos, tú, que eres emperador, no trates de reprimirle con la pena capital y con castigos rigurosos. Por la dulzura es como conseguirás corregirle.

22. »Si tú, que ocupas el puesto más elevado, te mantienes siempre en la cima de la perfección, el pueblo te imitará, la virtud florecerá en todo el Imperio, y tu gloria será grande.

23. »Que el Emperador y sus ministros trabajen con

todo su poder para aliviar al pueblo de sus cargas. Que ellos mismos se digan: Haremos de manera que el poder confiado por el Cielo a nuestra solicitud sea tan grande y dure tantos años como el de los Hia, y que luego, tras de haber durado tantos años como los In, no nos sea retirado. Yo deseo que mereciendo el cariño del pueblo, puedas conservar siempre el mandato del Cielo.

24. »Con la cabeza inclinada hasta las manos, y la frente en el polvo, prometo que yo, el último de tus ministros, con los hombres del pueblo y los oficiales (que en otro tiempo eran partidarios de los In) que te eran hostiles, con los súbditos que siempre han sido abnegados a nuestra famiila, me atreveré a sostener y a respetar el poder de tu autoridad y el brillo de tu virtud. Deseo que cumplas perfectamente hasta el fin el mandato del Cielo, y gozarás de una gran gloria. Pero eso depende solamente de ti. No pretendo poder contribuir a ello. Me contento con ofrecerte con respeto diversas piezas de seda, para que este tributo, ofrecido por ti al Cielo, sirva para pedirle que continúe siempre concediéndote su mandato.»

Capítulo XIII

Consejo acerca de la ciudad de Lo

1. Tcheu kung (después de haber fijado el lugar de la nueva ciudad de Lo) se puso de rodillas, inclinó primero la cabeza hasta sus manos y luego hasta la tierra, como si hubiera estado en presencia del Emperador, y envió a Tch'eng uang el siguiente mensaje: «Voy a presentarte mi informe, a ti, mi hijo querido e inteligente soberano.

2. »Pareces no atreverte a ejecutar el mandato del Cielo que ha ordenado echar los cimientos y acabar las construcciones de la ciudad de Lo. Fui a buscar al gran guardián, al príncipe de Chao, y examiné con cuidado

toda esta región oriental, a fin de fundar una ciudad en donde puedas mostrar tu inteligencia en el gobierno de los pueblos.

3. »El quincuagésimo segundo día del ciclo por la mañana, llegué a la población de Lo, destinada a convertirse en la capital del Imperio. Consulté a la tortuga acerca de la región que se encuentra al norte del río Amarillo, cerca del Li; luego acerca de la orilla oriental del Kien y de la orilla occidental del Tch'en. La tinta no me pareció como absorbida sino cuando propuse a Lo (196). También consulté a la tortuga acerca de la orilla oriental del Th'en. La tinta no fue como absorbida sino cuando hablé de Lo. Envié un mensajero para presentarte las respuestas de la tortuga con el plano de Lo y de sus alrededores.»

4. El Emperador, de rodillas, inclinó profundamente la cabeza primero hasta las manos, y luego hasta el suelo en signo de respeto por su tío Tcheu kung, y le envió la siguiente respuesta: «Príncipe, no te has atrevido a no ejecutar con respeto las órdenes favorables del Cielo. Has ido a examinar el país, en donde nuestra familia debe responder a la confianza del Cielo. Después de haber determinado el lugar en que debía fundarse la nueva capital, me has enviado un mensajero que me ha hecho conocer los propósitos de ventura y de perpetua prosperidad dados por la tortuga. Tú y yo, ejecutaremos juntos esta empresa. Tu deseo es que yo cumpla con respeto las órdenes favorables del Cielo durante varias miríadas de años. De rodillas, inclino la cabeza hasta mis manos y luego hasta el suelo, dándote las gracias por tus enseñanzas.»

5. Tcheu kung dijo: «Príncipe, en cuanto entres en la nueva ciudad cumple las ceremonias solemnes, ofrece en el orden debido todos los sacrificios que estaban en uso bajo los In, aun aquellos que no están mencionados en los registros.

6. »Yo alinearé a todos los oficiales, los enviaré ante

ti y les ordenaré que te escolten, desde tu llegada, de Hao a Lo. Les diré solamente: El Emperador tendrá tal vez algo que ordenaros.

7. »Publica sin retraso la orden siguiente: Que se anoten los servicios señalados; los que se hayan distinguido más recibirán los mayores honores después de su muerte. Añade: Vosotros, por quienes hago todo esto, ayudadme con todo vuestro poder.

8. »Muestra a todas las miradas los cuadernos en donde estén inscritos los servicios a fin de que vean tu imparcialidad; así, en todas las cosas darás el ejemplo a tus oficiales.

9. »Mi querido hijo, ¿serás capaz de parcialidad? Si tú, mi querido hijo, eres parcial, todos los oficiales te imitarán; desconfía que no ocurra como con el fuego, que da primero una débil llama, aumenta poco a poco, y termina por no poder ser apagada.

10. »Observa las leyes y regula todas las cosas, como yo mismo hago. Lleva a la nueva ciudad, no favoritos, sino solamente a los oficiales que se encuentran ahora en la capital, en Hao. Hazles conocer tus intenciones, y que cada uno de ellos ocupe su puesto juntamente con sus colegas. Anímales al bien, a fin de que se entreguen al trabajo con ardor. Sé magnánimo y generoso, a fin de establecer costumbres de liberalidad. Así adquirirás una gloria inmortal.»

11. Tcheu kung añadió: «Sí, tú que eres joven, trabaja y completa la obra comenzada por tus padres.

12. »Obsérvate atentamente, y así te será fácil conocer qué príncipes te ofrecerán de corazón sus presentes y sus homenajes y los que no lo harán con igual franqueza. Los regalos deben ser ofrecidos con grandes testimonios de respeto. Si los testimonios de respeto son inferiores a los objetos ofrecidos, esto se llama no regalar nada. Si los príncipes no ofrecen de corazón su tributo, los particulares dirán que no tienen necesidad

de ofrecer nada. El Estado será perturbado y perjudicado en sus derechos.

13. »Tú eres joven, y debes difundir las instituciones que yo no he tenido tiempo de desarrollar. Oye y sigue mis consejos acerca de la reforma de las costumbres. Si descuidas este deber, tu reinado no durará largo tiempo. Sigue paso a paso con cuidado las huellas de tu excelente padre (U-uang), imita mi conducta en todas las cosas, y nadie se atreverá a infringir tus órdenes. Ve a Lo y obsérvate de continuo. Yo soy viejo, y estoy retirado de los asuntos públicos; aquí aprenderé a cultivar perfectamente la tierra. Allí, en Lo, muestra un gran corazón en el gobierno de tu pueblo, y acudirán a ti de todas partes, aun de las regiones más lejanas.»

14. El Emperador (estando en Lo con Tcheu kung) habló sobre poco más o menos como sigue: «Príncipe, me iluminas y me ayudas porque soy joven y lo necesito. Me presentas los más hermosos ejemplos de virtud, a fin de que, a pesar de mi juventud, pueda imitar las bellas acciones de Uen uang y de U-uang, para que cumpla con respeto el mandato del Cielo, a fin de que conserve la paz y la concordia entre los habitantes de todas las regiones, y de que instale a las multitudes en Lo.

15. »Me aconsejas que otorgue grandes honores póstumos a aquellos que lo hayan merecido, que instituya ofrendas solemnes proporcionadas a sus servicios, y que ofrezca en el debido orden todos los sacrificios que estaban en uso bajo los In, aun aquellos que no están mencionados en los registros.

16. »Tu virtud brilla en el Cielo y en la Tierra, tu acción se extiende a todas las regiones del Imperio. De todas partes atraes a los hombres eminentes que contribuyen a mantener el orden en el Estado y no se apartan en nada de los principios que Uen uang y U-uang han enseñado con celo. Yo, que soy joven, sólo tengo que presidir los sacrificios con respeto y asiduidad.»

17. El Emperador continuó: «Príncipe, me rindes

muy grandes servicios ayudándome e instruyéndome; deseo que sea siempre así.»

18. El Emperador dijo: «Príncipe, yo que soy joven, abandonaré Lo y volveré a ejercer el gobierno en nuestra capital, en Hao. Te encargo que gobiernes en Lo después de mi partida.

19. »Gracias a tus cuidados, el orden se ha restablecido en todo el Imperio. Mas nada ha sido aún estatuido acerca de las ceremonias solemnes, y aun no puedo considerar tus trabajos como terminados.

20. »Fundarás en Lo las grandes instituciones que tus sucesores deberán mantener. Serás el modelo de mis oficiales, de sus jefes y de sus subalternos. Guardarás todos los pueblos que el Cielo ha dado a Uen uang y a U-uang. Por tu buena administración, serás el sostén del Imperio.»

21. El Emperador añadió: «Príncipe, quédate en Lo; en cuanto a mí voy a volver a Hao. El pueblo responde a tus cuidados con ardor y alegría respetuosos. No me pongas en dificultad privándome de tus servicios. Por mi parte, trabajaré sin descanso a fin de establecer la tranquilidad en el país. Continúa dando buen ejemplo a tus oficiales. Tus beneficios se extenderán a todos los lugares y a todas las edades.»

22. Tcheu-kung inclinó la cabeza primero hasta sus manos, y luego hasta el suelo, y dijo: «Príncipe, me has ordenado que venga a Lo, me has encargado que guarde el mandato en el pueblo que el Cielo ha confiado a tu abuelo Uen-uang y a tu ilustre padre U-uang, y de probarte cada vez más mi respeto, recordándote de continuo tus deberes.

23. »Tú, mi querido hijo, ven frecuentemente a visitar esta fundación. Ten en gran estima los antiguos estatutos, y a los antiguos oficiales de los In. Aquí, por tu buen gobierno, serás verdaderamente el nuevo árbitro de todas las naciones; llegarás a ser un modelo de respeto para los soberanos de la dinastía de los Tcheu. Sí, aquí, en el centro del Imperio, gobernarás a los pueblos. Todos los pueblos serán felices, y tus méritos perfectos.

24. »Yo, Tan, con los altos dignatarios y los oficiales, afirmaré las obras de tus predecesores, y responderé a las esperanzas de la multitud. Seré un modelo de fidelidad con la casa de Tcheu. Te daré ejemplos cada vez más perfectos, a fin de instruirte, mi querido hijo, y así completaré el efecto de la virtud de tu abuelo Uen uang.»

25. Tch'eng uang, de regreso a Hao, envió a Tcheu kung dos copas de licor aromatizado, honor semejante al que recibían los Espíritus inmortales y los manes de los muertos, Tcheu Kung hizo responder al Emperador: «Tus enviados han venido para dar ciertos consejos a los antiguos súbditos de los In. Y tenían orden de ofrecerme una recompensa extraordinaria, dos copas de un licor hecho con mijo negro y aromatizado, y de decirme de tu parte: He aquí un licor puro semejante al que se ofrece a los Espíritus. De rodillas, inclino primero la cabeza hasta mis manos, luego hasta el suelo, y te ofrezco este licor para tu satisfacción.»

26. «No me he atrevido a aceptar para mí este presente, y se lo he ofrecido a Uen-uang y a U-uang.

27. »Les he dirigido la siguiente súplica: Que el Emperador, dócil a vuestras enseñanzas, marche de continuo tras de vuestras huellas; que no se vea atacado por enfermedad alguna; que sus descendientes, durante diez mil años, busquen y encuentren la felicidad en la imitación de vuestras virtudes, y que el pueblo de los In viva mucho tiempo.»

28. «Príncipe, tus enviados han venido para dar al pueblo de los In una serie de instrucciones que deberá observar durante diez mil años. Mas esto no basta, será preciso también que este pueblo contemple y ame sin cesar tu virtud, mi querido hijo.»

29. El quinto día del ciclo, el Emperador, en la nueva ciudad (antes de su retorno a Hao y del envío de los mensajeros de que se acaba de hablar) hizo las ofrendas que tienen lugar todos los años durante el invierno. Ofreció un buey rojo a Uen-uang y otro a U-ueng. Ordenó también que se escribiera una declaración. I la compuso en forma de plegaria. El Emperador manifestaba en ella su deseo de dejar a Tcheu-kung junto a él, en Lo. Los huéspedes ordinarios del Emperador (los príncipes vecinos), vinieron todos a asistir a la inmolación y a la ofrenda de las víctimas. El Emperador entró en la sala principal del Templo, y ofreció libaciones (197).

30. El mismo día, el Emperador decidió que Tcheu-kung quedase junto a él en Lo, e hizo redactar un escrito informando al príncipe por medio de su secretario I. Era el duodécimo mes del año.

31. Tcheu-kung no conservó más que siete años el gran mandato que Uen-uang y U-uang habían recibido del Cielo (198).

Capítulo XIV

Los oficiales numerosos

1. Al tercer mes del año, Tcheu-kung tomó la dirección de los asuntos en la nueva ciudad de Lo, dando a los antiguos oficiales de Chang los siguientes consejos (199):

2. «El Emperador ha hablado sobre poco más o menos en estos términos: Numerosos oficiales supervivientes de la casa de In: como habéis visto, el Cielo no ha tenido piedad de la dinastía de los In. Armado de su poder destructor, los ha herido mortalmente. Nosotros, príncipes de Tcheu, provistos del mandato y del auxilio del Cielo, e instituidos ministros de su justicia, que

estaba visiblemente irritada, hemos aplicado los castigos que sólo el Emperador puede infligir. Hemos reformado la administración de los In, y acabado la obra del Rey del Cielo.

3. »Ya lo veis, numerosos oficiales; nosotros, jefes de un pequeño principado, no nos hubiéramos atrevido a arrebatar el poder imperial a los príncipes de In, pero el Cielo no ha querido dejérselo. Por ello, el Cielo no afirmó su administración perturbada y en cambio nos ayudó a nosotros. ¿Es que nosotros hubiéramos aspirado a la dignidad imperial por nuestra propia voluntad?

4. «El Rey del Cielo había retirado el poder imperial a los príncipes de In; la conducta llevada por nuestro pueblo era una amenaza evidente de los castigos del Cielo.

5. «He oído decir, bajo forma de adagio, que el Rey del Cielo lleva a los hombres a gozar de la tranquilidad. El emperador Kie, de la dinastía de los Hia, no seguía el camino que conduce a la tranquilidad; el Cielo le envió calamidades, que fueron como clamorosas amenazas que resonaban en sus oídos. El jefe de la casa de los Hia no quiso aprovechar los avisos del Rey del Cielo. Hundióse cada vez mas en los excesos, tratando de excusar su conducta. Mas el Cielo no quiso ni oirlo ni volver a acordarse de él. Y le retiró el mandato supremo, e hizo caer sobre él sus castigos.

6. «Por orden suya, vuestro abuelo Tch'eng T'ang derribó la dinastía de los Hia, y los hombres más notables gobernaron todas las regiones del Imperio.

7. «Desde Tch'eng T'ang hasta Ti, todos los emperadores cultivaron la virtud e hicieron de corazón ofrendas y sacrificios.

8. «Por eso el Cielo afirmó, protegió y dirigió a los emperadores de la dinastía de los In. Por su parte, estos príncipes no se atrevieron a alejarse en nada del camino trazado por el Rey del Cielo; todos unieron su

acción a la del Cielo para el bien de los pueblos.

9. »En estos últimos tiempos, el tirano Tcheu, su descendiente y sucesor, no comprendió en manera alguna las vías del Cielo, y ni siquiera quería oir hablar ni acordarse de la solicitud de sus padres con respecto a su familia y con respecto a sus súbditos. Entregado a toda clase de excesos, olvidó por completo los principios más evidentes de la ley natural, y el temor respetuoso que el soberano debe tener a su pueblo.

10. «Entonces el Rey del Cielo cesó de protegerle, y envió esta gran catástrofe.

11. «Tcheu perdió el mandato del Cielo, únicamente porque descuidó el cultivo de la virtud.

12. «Por todos lados y siempre, cuando un príncipe ha perdido sus Estados, grandes o pequeños, ha sido fácil decir las causas del castigo.»

13. «El Emperador habló sobre poco más o menos en estos términos: «Numerosos oficiales de los In: los emperadores de nuestra casa de Tcheu (Ueng-uang y U-uang) a causá de su gran bondad, fueron encargados de ejecutar la obra del Rey del Cielo.»

14. «Tenían orden de poner fin a la dinastía de los In. Ellos declararon al Rey del Cielo que iban a obedecerle y a reformar el Imperio.

15. «Nuestra empresa no ha tendido sino a un solo objetivo, que era el cumplimiento de la voluntad del Cielo. Vosotros, de la casa imperial de In, debeis venir a nosotros.

16. «Os lo aseguro, únicamente a causa de vuestras numerosas y graves infracciones a las leyes ha sido necesario trasladaros de la antigua ciudad a la nueva población de Lo. No hubiera querido imponeros esta molestia, pero la causa de ello ha sido declarada en vuestra propia ciudad.

17. «Yo también he pensado que si el Cielo enviaba

grandes males a los súbditos de los In, es porque los súbditos de los In tenían necesidad de reforma y debían ser trasladados a otro país.

18. «El Emperador ha dicho: «Sí, os lo declaro, numerosos oficiales: estos son los únicos motivos por los cuales os he enviado del oriente al occidente. En esta cuestión, yo, vuestro soberano, no he seguido los caprichos de un humor inquieto y turbulento, solamente he obedecido a la voluntad del Cielo. No opongáis pues resistencia alguna. No me permitiré aplicaros otro castigo; no murmuréis contra mí.»

19. «Vuestros padres, que vivían bajo los In, han dejado, ya lo sabéis, documentos, anales en los que se ve cómo los In reemplazaron a los Hia.

20. «Mas me diréis que los antiguos oficiales de los Hia, después del derrumbamiento de esta dinastía, han sido propuestos y escogidos para formar parte de la nueva corte y que han tenido diferentes empleos (200). Responderé a esto que yo, soberano de todo el Imperio, no oigo ni atiendo sino a los hombres de bien. Por esta razón os he ido a buscar en la ciudad en donde el Cielo había establecido la residencia de los Chang, enviandoos a Lo. Y en esto no he hecho sino seguir el ejemplo de los mismos Chang y obedecer a un sentimiento de compasión hacia vosotros. Mi intención es la de obligaros a que seais hombres de bien, dandoos luego empleos. Si hasta ahora no os he colocado, no es culpa mía; el Cielo es el que así lo quiere.»

21. El Emperador añadió: «Numerosos oficiales: a mi regreso de Ien, he dulcificado mucho la pena que merecíais, y os he perdonado la vida, a vosotros y a todos los habitantes de los países sublevados. Ejecutando con prudencia la sentencia de condenación dictada por el Cielo, os he transportado lejos de vuestro país (a Lo), a fin de que, tomándome afecto, me sirviérais con mucho respeto, y dependiérais de nuestra gran capital (201).»

22. El Emperador dijo: «Os advierto, numerosos oficiales de los In, que os he perdonado la vida, y ahora no haré sino repetiros lo que ya os he dicho a mi retorno de Ien. He hecho construir esta gran población de Lo, a fin de que los príncipes de estas regiones tuvieran, un lugar para presentarme sus homenajes, y vosotros, numerosos oficiales, un lugar para ejercer con abnegación y respeto diferentes empleos a mi servicio.

23. «En Lo, como en vuestra antigua capital, teneis la felicidad de poseer tierras, de poder trabajar y de vivir tranquilamente.

24. «Si sabeis manteneros con respeto en el camino del deber, el Cielo tendrá compasión de vosotros y os otorgará sus favores. Si salís de las vías del deber, no solamente no guardaréis vuestras tierras sino que yo, como ministro de la justicia del Cielo, os castigaré en vuestras personas.

25. «Si obedeceis a los emperadores de nuestra dinastía, os quedareis siempre en vuestras tierras o en vuestra ciudad y legareis vuestras moradas a vuestros sucesores. Vosotros mismos tendreis recursos y una vida larga en la población de Lo y vuestros descendientes gozarán de prosperidad. Todas estas ventajas serán la consecuencia de vuestro cambio de país.»

26. El Emperador dijo finalmente: «Lo repito, todos estos consejos me son inspirados por mi deseo de aseguraros una estancia tranquila.»

Capítulo XV

CONTRA LA OCIOSIDAD Y LOS PLACERES

1. Tcheu-kung dijo a Tch'eng uang: «Ciertamente, un príncipe sabio y prudente se mantiene siempre en guardia contra la ociosidad y los placeres.

2. «El que como Chuen y Heu-Tsi ha conocido las fatigas y los sufrimientos del labrador antes de llevar la vida apacible de soberano, sabe que el trabajo es el único recurso de los hombres del pueblo.

3. «Ved a los hombres del pueblo. A veces, después que los padres han cultivado la tierra con mucho ardor y trabajo, los hijos no conocen siquiera las fatigas y los sufrimientos de la vida de los labradores. Se abandonan a la ociosidad y a los placeres, se acostumbran a emplear un lenguaje grosero y llevan una vida licenciosa; o bien, llenos de desprecio por sus padres, dicen que los hombres de otro tiempo no habían aprendido nada y no comprendían nada.

4. Tcheu-kung continuó: «He oído decir que en otro tiempo el emperador Tchung-tsung (202), de la dinastía de los In, era serio, cortés, respetuoso y circunspecto; que él se dirigía a sí mismo según los principios de la ley natural, y gobernaba al pueblo con temor respetuoso; que no se permitía el abandonarse a una estéril ociosidad, y que por eso gozó de la dignidad soberana durante setenta y cinco años.

5. «Luego Kao tsung (203) comenzó por permanecer largo tiempo en el campo, trabajando con los hombres del pueblo. Después de la muerte de su padre, saliendo de esta vida laboriosa para tomar posesión de la dignidad imperial, lloró a su padre en la cabaña fúnebre y guardó un silencio absoluto durante tres años. Gustaba de guardar así el silencio para reflexionar, y luego, cuando hablaba, sus palabras desbordaban de sabiduría. No se permitía abandonarse a la ociosidad, e hizo reinar la virtud y la paz en el Imperio de los In; jamás nadie, en ninguna clase de la sociedad, murmuró contra él. Kao-tsung disfrutó así de la dignidad imperial durante cincuenta y nueve años.

6. «Tsu kia, creyendo que sin injusticia no podía aceptar el Imperio antes que su hermano Tsu keng, vivió largo tiempo como un hombre del pueblo (204). Cuando salió de esta vida humilde para tomar pose-

sión de la dignidad imperial, conocía la gran necesidad de los hombres del pueblo. Supo prestar socorro y protección a la multitud y no se permitió jamás tratar con desprecio a los hombres viudos ni a las mujeres viudas. Y así reinó treinta y tres años.

7. «Los emperadores que reinaron después habían llevado una vida cómoda desde su nacimiento. Como habían disfrutado de una vida cómoda desde su nacimiento, no conocían los trabajos ni los sufrimientos de los labradores, y no habían oído hablar de las fatigas de los hombres del pueblo, entregándose por completo a sus placeres inmoderados. Sus sucesores reinaron todos poco tiempo, unos diez años, los otros siete u ocho años, los otros cinco o seis años, los otros tres o cuatro años.»

8. Tcheu-kung dijo: «En nuestra familia de los Tcheu ha habido también H'ai uang y Uang Ki que se distinguieron por su modestia y circunspección.

9. «Uen-uang llevaba trajes ordinarios, trabajaba en asegurar la tranquilidad del pueblo y fomentaba el cultivo de la tierra.

10. «De dulzura y cortesía admirables, protegía a sus súbditos con afecto y por sus buenas acciones hacía soportable la vida a los hombres viudos y a las mujeres viudas. Desde por la mañana hasta el mediodía y desde el mediodía hasta la noche, apenas tomaba tiempo para comer, y así estableció el orden perfecto en todos los pueblos.

11. «Nombrado jefe de los príncipes del oeste, no se permitía entregarse con exceso al placer de los viajes y de la caza, y no exigía de los principados sino el tributo fijado por las leyes. No comenzó a gobernar el principado a Tcheu sino a mediados de su vida, y lo gobernó cincuenta años.»

12. Tcheu Kung dijo: «¡Oh! desde ahora en adelante, tú que ocupáis el trono imperial, evita, siguiendo el ejemplo de Uen uang, de buscar demasiado el placer de ver, de divertirte, de viajar o de cazar; no exijas de tu pueblo sino un justo tributo.

13. «No te abandones a la ociosidad, diciendo: «Me entregaré a los placeres solamente hoy». No es este un ejemplo que conviene dar a tus súbditos ni una conducta que pueda atraerte los favores del Cielo. Los hombres de tu tiempo imitarán por todos lados tus excesos. No llegues a ser semejante al emperador Cheu (el tirano) de la dinastía de los In, que a causa de la embriaguez estaba en una especie de demencia y de frenesí.»

14. Tcheu Kung dijo: «He oído decir que en la antigüedad hasta los ministros de Estado se instruían y se advertían unos a otros, se defendían y se ayudaban mutuamente, formándose en las buenas costumbres, y que entre el pueblo nadie trataba de engañar al vecino con embustes ni exageraciones.

15. «Si no das fe a este relato y no aprovechas los ejemplos de nuestros padres, los ministros de Estado te imitarán. Las sabias leyes de tus predecesores serán cambiadas y perturbadas, desde las menos importantes a las más esenciales. El pueblo te desaprobará, y muy pronto todas las bocas expondrán sus quejas ante los Espíritu y les conjurarán a que te castiguen.»

16. Tcheu-Kung dijo: «Tchung-tsung Kao-tsung y Tsu Kia, de la dinastía de los In, así como Uen-uang, de nuestra casa de Tcheu, usaron los cuatro de una rara prudencia.

17. «Si alguien les advertía y les decía: «El pueblo prorrumpe en quejas y en palabras injuriosas contra vosotros» inmediatamente vigilábanse a sí mismos con gran atención y cuando les reprochaban faltas, aun sin fundamento, decían: «Hemos cometido estas faltas». Hablaban y procedían verdaderamente así, y no se contentaban con no indignarse contra sus calumiadores.

18. «Si eres sordo a la voz de los ejemplos, quizás tus ministros tratarán de engañarte con embustes y exageraciones, y te dirán: «El pueblo se queja y te injuria.» Y darás fe a sus informes. Luego, a veces, olvidarás tus deberes de príncipe. No tendrás ya un corazón grande y magnánimo: castigarás a ciegas y condenarás a inocentes a muerte. Las quejas serán generales e irán todas ellas dirigidas contra tí.»

19. Tcheu Kung dijo: «Oyeme bien; tu que sucedes en el Imperio, reflexionad sobre todas estas cosas.»

Capítulo XVI

El Sabio Cheu

1. Tcheu-Kung habló poco más o menos en estos términos:

2. «Sabio Cheu: El Cielo, sin ninguna conmiseración, ha derribado la dinastía de los In. Habiendo perdido los In el mandato del Cielo, los príncipes de Tcheu lo hemos recibido en su lugar. No me atreveré a asegurar que esta nueva dinastía será eternamente próspera, pero, si el Cielo ayuda a los hombres de buena voluntad, tampoco me atreveré a afirmar que tendrá un fin desgraciado.

3. »¡Oh! sabio príncipe, antes decías: Todo depende de nosotros. Yo tampoco me atreveré a poner únicamente mi confianza en el mandato del Cielo y a no temer la severidad del Cielo en lo por venir aunque ahora el pueblo no se queje ni se aleje de nosotros. Sí, todo depende de los ministros. Supongamos que el hijo o el nieto de nuestro U-uang sea completamente incapaz de llenar sus deberes con el Cielo y con el pueblo, y que no sigue las huellas gloriosas de sus padres, ¿os quedaríais en vuestra casa, sin querer ni aun saber cómo van los asuntos públicos?

4. »El mandato del Cielo no es fácil de guardar: es preciso evitar el no hacer nada con demasiada facilidad, confiando en demasía en la bondad del Cielo. Pierde el mandato del Cielo, todo aquel que no es capaz de imitar de continuo la diligencia ni de sostener la gloria de sus padres.

5. «Ahora, yo, Tan, que no soy sino como un niño, no soy capaz de dirigir al Emperador; para instruir a mi querido hijo Tch'eng uang, me contento con proponerle los gloriosos ejemplos de sus padres.»

6. El Príncipe repitió: «No puede uno descansar únicamente en el favor del Cielo. A nosotros corresponde copiar de continuo con nuestra conducta las virtudes del Emperador pacificador, y el Cielo no desgarrará el mandato que ha dado a Uen-uang.»

7. Tcheu-Kung dijo: «Sabio Cheu, según lo que he oído decir, en la antigüedad, en la época en que Tche'eng T'ang recibió el mandato del Cielo, había un hombre como I-in cuya virtud estaba unida a la del Cielo: en tiempo de T'ai-Kia había un hombre como el gran guardián I-in; en tiempos de Tai-men, hombres tales como I-theu, hijo de I-in, y Tch'en-hu, cuya virtud obraba de concierto con la del Rey del Cielo, y un hombre tal como U-hien gobernador de la casa imperial: en tiempos de Tsu-i, hubo un hombre como U-hien, en tiempos de U-ting un hombre como Kan-p'an.

8. «Estos seis ministros célebres, siguiendo los principios de la sabiduría, rindieron servicios señalados, conservaron y regularon el Imperio de los In. Gracias a ellos, los cinco emperadores de la dinastía de los In, a la que sirvieron, alcanzando el Cielo después de su muerte, participaron de los honores tributados al Rey del Cielo por sus descendientes en la Tierra, y su dinastía reinó durante una larga serie de años.

9. «Habiéndose mostrado el Cielo completamente propicio, el imperio de los Chang (que poseía muchos

hombres capaces) fue muy poderoso. Los oficiales que descendían de familias ilustres y los ministros del Emperador cumplian sus deberes con fidelidad constante y prestaban su concurso con celo e inteligencia. Con mucha mayor razón los oficiales inferiores, y los príncipes que guardaban las fronteras o los dominios llamados heu-tien, se apresuraban todos a responder al llamamiento del príncipe. Gracias a su virtud insigne, el gobierno del Emperador era perfecto. Cuando el soberano tenía un asunto en cualquiera región del Imperio, sus decisiones eran como los oráculos de la tortuga o de la aquilea: todos le prestaban entera confianza.

10. Tcheu Kung dijo: «Sabio Cheu, el Cielo otorgó una larga vida a estos seis ministros justos y religiosos; ellos conservaron y dirigieron el Imperio de los In. El último emperador de la dinastía de los In (el tirano Cheu) pereció bajo los golpes del Cielo. Pensad, pues, en el porvenir; tú afirmarás nuestro Imperio y tu administración hará ilustre nuestra dinastía fundada recientemente.»

11. Tcheu-Kun dijo: «Sabio Cheu, el Rey del Cielo ha suprimido la dinastía de los In, hace que florezca de nuevo la virtud del Emperador pacificador U uang y ha reunido en su persona todo el poder.

12. «Pero ya antes Uen-uang había conseguido establecer el orden y la concordia en la parte del Imperio que estaba bajo su dependencia. Y es que tenía a su servicio a hombres tales como su hermano Chu, príncipe de Kuo, Kung Iao, San-I-cheng, T'ai-Tien y Nan-Kung-Kuo.»

13. Tcheu-Kung añadió: «Si estos hombres no hubieran sido capaces de difundir por todas partes la enseñanza de los principales deberes, la influencia de la virtud de Uen-uang no hubiera descendido hasta el pueblo.

14. «Gracias a la bondad del Cielo, que era completamente propicio, estos cinco hombres que seguían constantemente la vía de la virtud y conocían la majestad terrible del Cielo, ilustraron el espíritu de Uuen-uang. Con su socorro se señaló él y protegió al pueblo. Su fama llegó a oídos del Rey del Cielo, y recibió el mandato que había sido confiado a los príncipes de In.

15. «Cuatro de entre ellos han bastado para hacer obtener a U-uang el mandato del Cielo y todas las riquezas del Imperio. Luego, con U-uang, fueron los ministros de la justicia del Cielo, e hicieron perecer a todos los adversarios de este príncipe. U-uang, aconsejado por estos cuatro hombres, protegió al pueblo, y todo el pueblo alabó sin restricción su virtud.

16. «Yo, Tan, cuya debilidad es igual a la de un niño, me encuentro como un hombre que debe atravesar un gran río; Cheu, espero pasarlo contigo (205). Mi hijo querido ocupa el trono y es como si no lo ocupase; no dejéis todo el peso del gobierno gravitar sobre mis hombros. Si te retiras y no animas mis débiles esfuerzos, mi larga experiencia no aprovechará al pueblo. No oiré la voz del fénix anunciarme una gran prosperidad, y aun menos podré ayudar poderosamente la acción del Cielo.»

17. Tcheu-Kung dijo: «¡Oh!, príncipe sabio, reflexiona bien. El mandato que hemos recibido del Cielo es un favor sin límites, pero también un manantial de grandes dificultades. Príncipe sabio, te incito a tener grandes pensamientos. En lo que a mí respecta no quiero abandonar mi puesto dejando al sucesor de U-uang extraviarse.»

18. Cheu-Kung dijo: «El emperador precedente U-uang te abrió su corazón confiándolo a tus cuidados. Al nombrarte uno de los tres principales jefes del pueblo, te dijo: «Ayuda al Emperador mi hijo con inteligencia y abnegación. Unidos por una mutua confianza, sostened juntos el peso de este gran mandato

del Cielo. Piensa en la virtud de U-uang, y toma sobre ti este cargo que exige una solicitud sin límites.»

19. Tcheu-Kung dijo: «Sabio príncipe, te he expresado mis verdaderos sentimientos. Cheu, tú que eres un gran guardián, sabrás aprovechar con cuidado mis consejos, considerar la ruina de la casa de In y las grandes perturbaciones que la han acompañado, y pensar en la justicia del Cielo que debemos temer.

20. «¿Podré permitirme hablar de manera contraria a mis sentimientos? Yo digo: «El Emperador no tiene más que a nosotros dos para ayudarle.» Tú eres ciertamente de mi opinión, tú dices: «Todo depende de nosotros dos.» Porque el favor del Cielo nos ha sido otorgado plenamente, quizá temas que nosotros dos no seamos capaces de estar a la altura de nuestra misión. Pero sabrás, lo espero, aplicarte a practicar la virtud, y a formar hombres de talento. Y luego quedarás en libertad para ceder la plaza a un sucesor, cuando todo esté próspero.

21. «¡Oh!, nosotros dos somos los únicos que ayudamos seriamente al Emperador. Y a nuestra abnegación debe el Imperio su actual prosperidad. Acabemos juntos y con ánimo la obra de Uen-uang y protejamos al pueblo. Que por todos lados, hasta en las regiones por donde el Sol sale, todos reconozcan y sirvan al Emperador.»

22. Tcheu-Kung dijo: «Sabio príncipe, ¿no son estos consejos fruto de la razón? Todos ellos me son inspirados por mi solicitud por el mandato del Cielo y por la felicidad del pueblo.»

23. Tcheu-Kung dijo: «¡Oh!, sabio y prudente príncipe, tú conoces a los hombres, ni uno solo existe que no pueda ser bueno al comienzo, mas es preciso pensar en el fin; actualmente el pueblo está muy sumiso, pero sus disposiciones pueden cambiar. Atiende mi consejo, y continúa administrando los negocios públicos con celo.»

Capítulo XVII

INSTRUCCIONES DADAS A TCHUNG PRÍNCIPE DE TS'AI

1. Cuando Tcheu-Kung era primer ministro y dirigía a todos los oficiales, varios de los tíos del Emperador difundieron falsos rumores. Tcheu-Kung castigó de muerte a Chu, príncipe de Kuang, en la antigua capital de Chang. Confinó a Chu, príncipe de Ts'ai, en las tierras de Kuo lin, y le dejó siete carros de a cuatro caballos. Redujo a Chu, príncipe de Huo, a la condición de simple particular, y le borró de la lista de los príncipes de la familia imperial durante tres años. Ts'ai tchung (hijo de Ts'ai Chu) muy inclinado a la práctica de la virtud, fue nombrado ministro de Estado por Tcheu Kung, y después de la muerte de Tsíai, Chu, le confió en nombre del Emperador, el principado de Ts'ai (206).

2. El Emperador habló poco más o menos en estos términos: «Mi querido hijo Hu, has imitado la virtud de tu abuelo Uen uang, evitado las faltas de tu padre Ts'ai Chu (207) y regulado perfectamente tu conducta. Una vez que llegues a tus dominios, observa atentamente tu propia conducta.

3. »Espero que repares las faltas de tu padre, con tu lealtad y tu piedad filial. No pudiendo seguir las huellas de tu padre, tú mismo trazarás tu camino. Siempre diligente, jamás ocioso, servirás de modelo a tus descendientes. Sigue las prudentes enseñanzas de tu abuelo Uen uang; no imites a tu padre en su desobediencia al Emperador.

4. »El augusto Cielo no tiene favoritos, no favorece sino a la virtud. El favor del pueblo es invariable, no ama sino a los príncipes bienhechores. Las buenas acciones no son todas semejantes, pero todas juntas contribuyen al buen gobierno. Las malas acciones no son to-

das semejantes, pero todas juntas contribuyen al desorden general; está, pues, sobre aviso.

5. »En todas las cosas es preciso cuidar el principio y tener el fin siempre ante los ojos, y así se alcanza el fin sin haber agotado todos los recursos. El que no piensa en el término que debe alcanzar, se encuentra antes del fin completamente desprovisto de medios para llegar a él.

6. »Esfuérzate en prestar señalados servicios. Haz reinar la concordia entre tú y todos los príncipes vecinos, a fin de defender a la familia imperial, de mantener la unión entre vuestros parientes del lado paterno y procura la paz y presta socorro al pueblo.

7. »Mantente constantemente en el justo medio. No trates de hacer el sabio aboliendo todos los antiguos estatutos. Examina atentamente lo que ves y lo que oyes, no alteres tu regla de conducta a causa de una palabra poco prudente que te sea dicha; y yo, tu soberano, te elogiaré.

8. El Emperador dijo: «¡Oh! Hu, mi hijo querido, ve, no hagas que mis instrucciones resulten inútiles.»

Capítulo XVIII

Numerosas regiones

1. El quinto mes del año, el vigésimo cuarto día del ciclo, el Emperador, de vuelta de Ien, entró en la gran capital de los Tcheu.

2. Tcheu Kuang dijo: «El Emperador ha hablado poco más o menos en estos términos: «Oid mis consejos, vosotros, príncipes y oficiales de los cuatro principados y de otras muchas regiones. Vosotros, príncipes y súbditos de los In, no ignoráis que he disminuido mucho la pena que habéis merecido y os he perdonado la vida (208).

3. »Para satisfacer una inmensa ambición y obtener el mandato del Cielo, habéis descuidado el vigilar de continuo y con respeto y perpetuar las ceremonias, en honor de vuestros antepasados.

4. »Antiguamente el Rey del Cielo envió diversas desdichas al emperador Kie, de la dinastía de los Hia, para advertirle que se corrigiera. Este, cada vez más entregado a sus pasiones, no quiso, ni aun con una palabra, testimoniar su conmiseración por el pueblo. Sus excesos cegaron en tal forma su inteligencia que durante todo el curso del día no sintió jamás la inspiración del Rey del Cielo.

5. »En su loca presunción, estaba persuadido de que el rey del Cielo no le retiraría nunca su mandato, y no ayudó al pueblo a procurarse recursos, y, no contento con esto, empleó frecuentemente los más crueles suplicios y aumentó la turbación en el Imperio. Introdujo primero el desorden en su palacio, mediante sus orgías, luego no supo tratar con bondad a la multitud, ni la prestó cuidados diligentes y no fue generoso con su pueblo. Los hombres ávidos y crueles eran los únicos que él colmaba de honores a diario y hacía cortar la nariz y los miembros a sus súbditos, en la capital de sus padres.

6. »Entonces, el Cielo buscó un soberano para su pueblo y dio un glorioso y bienhechor mandato a T'ang el Victorioso, castigando y aniquilando a la dinastía de los Hia.

7. »El Cielo no quiso dejar su mandato a Kie porque los hombres virtuosos y capaces de vuestras numerosas comarcas no habían podido conservar sus cargos, y porque los numerosos oficiales honrados en la corte de los Hia, no se esforzaban en procurar la paz sino que, por el contrario, oprimían al pueblo y hacían imposibles sus diversos trabajos.

8. »T'ang el Victorioso mereció ser elegido por vues-

tras numerosas naciones y llegar a ser el soberano de los pueblos en lugar de los Hia.

9. »El nuevo soberano se aplicó a establecer el fundamento de su administración, es decir, a practicar la virtud, y por este medio animó al pueblo y el pueblo lo imitó, animado por el ejemplo del príncipe.

10. »Desde Tche'eng T'ang hasta T'i i, todos los emperadores se distinguieron por sus virtudes y usaron de los castigos con gran circunspección; por este medio animaron también al pueblo.

11. »Después de haber examinado bien las causas capitales, condenaban a muerte a los malhechores cargados de crímenes. Por este medio impulsaban también al pueblo a practicar la virtud. Absolvían a los que no eran culpables de crímenes voluntarios. Este era también otro medio de estimular a sus súbditos.

12. »Cuando Tcheu, vuestro último Emperador, llegó al poder, no supo conservar el mandato que le había confiado el Cielo, ni la posesión de vuestras numerosas regiones.»

13. El Emperador habló poco más o menos en estos términos: «Os lo declaro, príncipes y oficiales de las principales naciones; no es el Cielo quien en primer término ha querido alejar a la dinastía de los Hia, ni a la dinastía de los In, sino que ellas mismas se han perdido.

14. »Vuestro último Emperador, dueño absoluto de numerosas comarcas, se entregó a los mayores excesos, creyendo conservar para siempre el mandato del Cileo y dando pretextos fútiles para excusar su conducta.

15. »Porque Kie, el representante de los Hia, con su administración, no buscaba ni empleaba todos los medios necesarios para disfrutar por mucho tiempo de la dignidad imperial, el Cielo puso fin a su dinastía y la reemplazó por otra.

16. »Luego, porque Tcheu, el último Emperador de

vuestra dinastía de los Chang, por completo entregado a los placeres, no consultaba en la administración del Estado sino su lubricidad y su pereza, el Cielo suprimió su dinastía.

17. »El propio sabio llegaría a ser insensato si no reflexionara y el insensato llegaría a ser sabio y prudente si supiera reflexionar. El Cielo dejó en reposo a Tcheu, descendiente de Tch'en T'ang y esperó cinco años antes de castigarle, a fin de dejarle la facultad de llegar aser un verdadero soberano del pueblo, pero Tcheu no quiso reflexionar ni escuchar.

18. »Entonces, el Cielo buscó en vuestras numerosas comarcas a un príncipe digno de gobernar el Imperio y difundió el terror con sus castigos antes de manifestar su providencia favorable. Pero en vuestras numerosas regiones no encontró a nadie digno de recibir sus favores.

19. »Unicamente el jefe de nuestro principado de Tcheu (U-unag) trataba con bondad a la multitud, sabía llevar el yugo de la virtud, servir a los Espíritus y al mismo Cielo. Entonces, el Cielo le instruyó, le colmó de favores y lo escogió para llenar su mandato en lugar de los In, para gobernar vuestras numerosas comarcas.

20. »¿Por qué me he permitido hablar tan extensamente? Es que, disminuyendo mucho la pena merecida, he perdonado la vida a los habitantes de vuestros cuatro principados.

21. »¿Por qué, en vuestras numerosas regiones no poseeis ni lealtad ni grandeza de alma? ¿Por qué negáis vuestro apoyo, vuestros servicios al soberano de nuestra dinastía y no le ayudáis a conservar por largo tiempo el mandato del Cielo? Gracias a él, habitáis aún vuestras casas y cultiváis aún vuestros campos. ¿Por qué no le ayudais a cumplir con gloria el mandato del Cielo?

22. »Me he contentado con advertiros así, con hacer prender a los culpables, con la mayor circunspección y como temeroso, y de mantenerlos encadenados, esto,

dos o tres veces. En lo porvenir, si hay gentes que no quieran aprovechar las gracias que os he acordado dejandoos la vida, emplearé los grandes castigos, la pena de muerte, y no es que yo, príncipe de Tcheu, tenga el espíritu turbulento, sino que vosotros mismos os habréis atraído este castigo.»

24. El Emperador ha dicho: «Os advierto a vosotros, oficiales de todas las regiones, y a vosotros, oficiales de los In, que habéis trabajado bajo las órdenes de mis inspectores desde hace cinco años.

25. »En lo por venir, aquellos de vosotros que ocupen un empleo, oficiales, directores, grandes o pequeños, pueden y deben dedicarse seriamente a los asuntos.

26. »Si hasta ahora no habeis mostrado moderación, porque vuestras pasiones son violentas, poned cuidado en moderarlas. Si la concordia no reina en vuestras familias, haced cuanto podáis por establecerla. En lo por venir si nuestras ciudades son gobernadas con inteligencia, es que habéis cumplido cuidadosamente con vuestros deberes.

27. »Si no os dejáis asustar por las malas inclinaciones del pueblo, ocuparéis vuestros cargos con calma y dignidad, y podréis buscar y encontrar en vuestras ciudades hombres capaces de ayudaros.

28. »Si en esta ciudad de Lo, os aplicais seriamente y de continuo a cultivar vuestras tierras, el Cielo tendrá compasión de vostoros y os concederá sus favores, y nosotros, príncipes de Tcheu, o sayudaremos y recompensaremos. Seréis propuestos, y, si cumplís bien, ocuparéis un puesto entre los grandes oficiales.»

29. »El Emperador ha dicho: «¡Oh numerosos oficiales!, si no queréis exhortaros unos a otros a tener confianza en mis consejos, es que no queréis obedecerme. Todo el pueblo dirá: «No os obedeceremos», os abandonaréis a la licencia, a toda clase de desórdenes y desobedeceréis las órdenes del Emperador.

»Entonces, en vuestras numerosas regiones, sufriréis los efectos de la severidad del Cielo; yo, ministro de su justicia, os desterraré lejos de vuestros hogares.»

30. El Emperador ha dicho: «No quiero pronunciaros largos discursos; he querido simplemente daros estas instrucciones.»

31. El Emperador ha añadido: «Ahora podéis comenzar una nueva vida, y reparar vuestras faltas pasadas. Si no os esforzais en hacer reinar la concordia, os castigaré y vosotros seréis la causa de ello; no murmuréis contra mí.» (209).

Capítulo XIX

Constitución del Gobierno

1. Tcheu Kung, acompañado de otros ministros, se presentó ante Tch'eng uang, y le habló poco más o menos en estos términos: «De rodillas, con la cabeza inclinada hasta nuestras manos, y luego hasta el suelo, dirigimos nuestros consejos al heredero del Imperio, al Hijo del Cielo.» Inmediatamente después todos los ministros dirigieron al Emperador el siguiente consejo:

«El Emperador debe tener siempre cerca de su persona tres clases de ministros, tres clases de oficiales que no cambian: los gobernadores del pueblo, los intendentes de los negocios, y los guardianes de las leyes; además debe tener a los guardianes de los trajes y de los instrumentos y a los oficiales de la guardia imperial.» Tcheu Kung respondió: «¡Oh! perfectamente; pero pocos soberanos ponen cuidado en escoger bien estos diferentes oficiales.

2. »En la antigüedad, el que mejor cumplió con este deber fue el fundador de la dinastía de los Hia, el gran Iu. La casa imperial era muy poderosa. Llamaba a la corte a los hombres más eminentes, a fin de que honraran al Rey del Cielo. Cuando uno de sus ministros había descubierto a los hombres que practicaban con sin-

ceridad las nueve virtudes y que eran dignos de la confianza del príncipe, no vacilaba en señalárselo. Le decía: «con la cabeza inclinada hasta mis manos, y la cabeza inclinada hasta el suelo, príncipe, te ruego que nombres a Fulano intendente de negocios, a Zutano gobernador del pueblo y a Perengano guardián de las leyes.» Por este medio Iu era verdaderamente soberano. Si sólo por la inspección de un rostro juzgais de la virtud y concedéis los cargos, las tres principales dignidades no serán ocupadas por hombres capaces.

3. «Kie, que era malvado, no escogió sus oficiales como lo habían hecho sus predecesores, no dio cargos sino a los hombres crueles. No tuvo herederos de su raza.

4. »Tch'eng T'ang, llegado al poder, cumplió perfectamente el brillante mandato del Rey del Cielo. Los que él elevó a las tres grandes dignidades eran capaces de ocuparlas con honor. Los hombres que gozaban de las tres clases de talento (requeridas para estas tres dignidades) eran verdaderamente capaces de desplegar estas tres clases de talentos. Tch'eng T'ang, considerando e imitando de continuo a aquellos tres hombres eminentes, supo hacer útiles las tres dignidades y las tres clases de talentos. A causa de ello los habitantes de la capital de los Chang vivieron en buena inteligencia en su ciudad y los habitantes de los diversos países imitaron igualmente sus virtudes que tenía ante sus ojos.

5. »Cuando vino el reinado de Cheu (Tcheu), como era este de carácter cruel, dio la administración de los principados a hombres crueles y de una severidad bárbara, y la administración del dominio imperial a una tropa de hombres acostumbrados a llevar una vida licenciosa. El Rey del Cielo, en su solicitud por los pueblos, castigó al tirano y nos dio el Imperio. Nos encargó que cumpliéramos su mandato en el puesto de los Chang, y que gobernásemos a todo el pueblo.

6. »Uen uang y U-uang conocieron perfectamente las disposiciones de los ministros que ocupaban las tres

principales dignidades y discernían claramente las disposiciones de aquellos que poseían los tres grandes talentos requeridos, para estas tres dignidades. Por este medio sirvieron con respeto al Rey del Cielo y escogieron prudentemente a los jefes de los príncipes.

7. »En la administración constituida por ellos había los hombres de negocios, los hombres de ley y los gobernadores de provincia para las tres funciones principales (210).

8. »Había los jefes de la guardia imperial, los guardianes de los vestidos, los inspectores de las caballerizas, los jefes de los oficiales inferiores, los servidores personales del Emperador, los conductores de los coches, los jefes de los oficiales particulares, los guardianes de los diversos almacenes.

9. »Había también los príncipes que gozaban de grandes territorios (211), los ministros de Estado que disfrutaban de más pequeños territorios, los hombres hábiles en las artes, los oficiales inferiores fuera del dominio imperial, los grandes secretarios, los jefes de los oficiales inferiores. Estos dignatarios y estos oficiales eran todos de una probidad constante.

10. »En los principados, había los ministros de instrucción pública, de la guerra y de obras públicas y un gran número de oficiales subalternos.

11. »Los países extranjeros como los de Uei, de Lu y de Tcheng, los tres Puo y los lugares escarpados tenían gobernadores.

12. «Uen-uang conocía perfectamente las disposiciones de los oficiales a quienes confiaba los tres principales cargos. Supo confiar la administración de los negocios y el gobierno de las provincias a hombres que brillaban por sus talentos y sus virtudes.

13. »No intervenía por sí mismo en los edictos, los pleitos, los asuntos particulares. Se contentaba con dar sus instrucciones a los gobernadores de provincia tanto

a los que seguían exactamente sus órdenes como a los que a veces se apartaban de ellas.

14. »En cuanto a los litigios y asuntos particulares parecía no atreverse ni a tener conocimiento de ellos.

15. »Luego U-uang continuó como su padre asegurando la tranquilidad del Imperio, y no se permitió cambiar los oficiales capaces y virtuosos. Continuando la ejecución de los planes de Uen-uang, oyó los consejos de aquellos hombres heroicos. Por eso, Uen-uang y U-uang heredaron el Imperio.

16. »¡Oh joven príncipe, mi querido hijo!, desde ahora en adelante, para nuestra administración, para la elección de los hombres de negocios, de los oficiales de justicia y de los gobernadores de provincia, sabremos, como espero, discernir las aptitudes, de cada cual. Luego aprovecharemos ampliamente sus servicios; los encararemos de restablecer el orden, de ser útiles al pueblo que el Cielo nos ha confiado, de fallar los pleitos y de tomar las medidas preventivas que sean necesarias; no permitiremos a nadie que se les interponga como un obstáculo.

17. »No estaremos ni un solo instante, ni siquiera el tiempo de pronunciar una palabra, sin pensar en atraer a nuestro lado sabios de virtud perfecta a fin de que gobiernen al pueblo que nos ha sido confiado por el Cielo.

18. »¡Oh, mi joven soberano, mi querido hijo!, yo, Tan, te he comunicado todas las buenas enseñanzas que he recibido. Desde ahora en adelante, hijo distinguido de U-uang nieto distinguido de Uen-uang, no cometas el error de ocuparte por ti mismo de todos los procesos que sea preciso juzgar, de todos los consejos que haya que dar. Este cuidado debe de ser dejado a los oficiales que tienen tal misión.

19. »Desde los más antiguos soberanos hasta el fundador de la dinastía de los Chang y desde este hasta Uen-uang, jefe de nuestro principado de Tcheu, los sabios príncipes que han ordenado la administración y nombrado los hombres de negocios, los gobernadores de provincia y los oficiales de justicia, todos han sabido escogerlos, así como supieron desarrollar y emplear sus talentos obteniendo con ello un precioso auxilio para el gobierno.

20. »En el Imperio, jamás soberano alguno pudo formar una buena administración con hombres de lenguaje artificioso y de conducta desordenada. No hubiera brillado ante los ojos de sus contemporáneos, de haber hecho semejante elección. De ahora en adelante ordena tu administración y no emplees hombres de lenguaje artificioso; sírvete únicamente de hombres de bien y anímalos para que trabajen por nuestro Imperio y por nuestra dinastía.

21. »Hijo distinguido de U uang, nieto distinguido de Uen-uang, príncipe, mi querido hijo, no cometas la falta de ocuparte personalmente de todos los procesos particulares. Abandona este cuidado a los gobernadores actualmente en funciones.

22. »Espero que prepares tus uniformes militares y tus armas ofensivas, a fin de llegar más lejos que el gran Iu, y de viajar por todos lados bajo el cielo hasta más allá de los mares, sometiendo todo a tu Imperio, añadiendo nuevo esplendor a la gloria de Uen-usang, haciendo para siempre célebres las acciones de U-uang.

23. »¡Oh!, de ahora en adelante espero que tú y tus sucesores no emplearéis en la administración sino a hombres virtuosos.»

24. Tcheu Kung (dirigiéndose al gran historiógrafo) habló poco más o menos en estos términos: «Gran historiógrafo: cuando el príncipe de Su era ministro de Justicia, desplegó una gran diligencia en el examen de las causas criminales y contribuyó mucho al engrandecimiento de mi poder imperial. Los jueces, siguiendo su ejemplo, serán diligentes y aplicarán con justicia los diferentes grados de penas.»

Capítulo XX

Oficiales de los Tcheu

1. El Emperador Tch'eng-uang, de la dinastía de los Tcheu, restableció el orden en todos los principados. Recorrió y visitó los dominios llamados heu-tien y sometió por la fuerza de las armas a los príncipes que se negaban a ir a la corte imperial, y procuró la tranquilidad a todos los pueblos. Todos los príncipes de las seis circunscripciones rindieron homenaje a su virtud. De retorno a Hao, su capital, usó de su autoridad soberana y fijó las diferentes clases de oficiales y sus atribuciones.

2. El Emperador dijo: «Según la gran regla de los antiguos, es preciso establecer el orden en la administración, antes de que ésta sea perturbada, y preocuparse de la seguridad del Estado, antes de que esta corra peligro.»

3. El Emperador dijo: «Yao y Chuen, consultando el uso antiguo, no nombraron más que cien oficiales. En la capital se encontraba el director de los oficiales y el jefe de los príncipes de las cuatro regiones; fuera de la capital estaban los gobernadores de provincias y los jefes de los cantones. Todas las partes de la administración estaban en armonía, y todos los principados en paz. Los Hia y los Chang doblaron el número de oficiales, y también consiguieron gobernar bien. Los soberanos perspicaces, al formar su administración, buscan más bien la calidad que el número de sus oficiales.

4. »Yo, débil como un niño, me aplico seriamente a practicar la virtud desde por la mañana hasta por la noche, con la solicitud de un hombre que teme no poder alcanzar el fin que se propone. Pienso con respeto en los emperadores de las dinastías precedentes, y trato de instruir y de dirigir como ellos a mis oficiales.

5. »He nombrado al gran preceptor, al gran maestro y al gran guardián. Estos son los *san Kung* (212). Ellos

exponen los principios, establecen el orden en el Imperio, y ponen perfectamente en armonía los dos principios de todas las cosas. No es necesario que estos tres empleos estén siempre ocupados; lo esencial es no confiarlos sino a hombres capaces de desempeñarlos bien.

6. »He nombrado al segundo preceptor, al segundo maestro, y al segundo guardián. Se les llama los *san Ku* (213). Kung, segundos (o asesores de los *Kung*), que extienden por todas partes la reforma, se aplican con respeto a hacer brillar la acción del Cielo y de la Tierra y me ayudan a gobernar todo el Imperio.

7. »El gran administrador, empuñando el timón del Estado, tendrá a sus órdenes a todos los oficiales y mantendrá el equilibrio en todas partes entre los cuatro mares.

8. »El director de la multitud estará encargado de la instrucción pública y enseñará por todas partes las cinco grandes leyes de las realciones sociales y habituará al pueblo a la obediencia.

9. »El prefecto del templo de los antepasados dirigirá las ceremonias del Imperio. Prestará sus cuidados a los espíritus del Cielo y de la Tierra y a los manes de los muertos. Por medio de la música establecerá la armonía entre las diferentes clases de hombres.

10. »El ministro de la guerra dirigirá las expediciones militares del Imperio, mandará las seis legiones y mantendrá la tranquilidad en todos los Estados.

11. »El ministro de la Justicia velará por la observancia de las leyes prohibitivas del Imperio, perseguirá los fraudes y los crímenes secretos y castigará las violencias y los desórdenes.

12. »El ministro de Obras Públicas se ocupará de las tierras del Imperio, fijará el lugar de las habitaciones de las cuatro clases de pueblo y regulará los diversos trabajos con arreglo a las estaciones, a fin de aumentar los productos de la tierra.

13. »Cada uno de los seis ministros tendrá sus atribuciones detreminadas y dirigirá a sus subalternos. Dando así el ejemplo a los nueve gobernadores de provincias, trabajarán con ellos para la prosperidad y la formación moral del pueblo.

14. »Los príncipes de las cinco circunscripciones irán a saludar al Emperador una vez cada seis años. Cada doce años el Emperador recorrerá los principados durante las cuatro estaciones del años y examinará los reglamentos y las medidas, cerca de las cuatro montañas célebres. Recibirá los homenajes de los príncipes de cada región junto a la montaña célebre del país y decretará públicamente las destituciones y las promociones.»

15. El Emperador dijo: «¡Vosotros, hombres distinguidos que estáis a mi servicio! llenad con cuidado las funciones que estén a vuestro cargo. Reflexionad bien antes de dar una orden; porque una vez que una orden esté dada es preciso que se la ejecute y nunca debe ser retirada. Consultad la razón y la justicia y prescindid de vuestro sentimiento particular; todo el pueblo será de vuestro parecer.

16. »Estudiad la antigüedad antes de entrar en funciones, deliberad sobre los asuntos antes de resolverlos y vuestra administración estará exenta de errores. Espero que tomaréis por guía las leyes y los estatutos y no introduciréis el desorden en vuestros empleos, con pretextos especiosos. Las dudas acumuladas estropean todos los planes; la pereza y la negligencia son la ruina de la administración. El que no estudia es como el que tiene el rostro vuelto a la pared y no ve nada; en los asuntos su espíritu se embrolla.

17. »Os prevengo, ministros de Estado, que el número y la grandeza de los servicios dependen sobre todo de la voluntad; el acrecimiento de las posesiones depende sobre todo del trabajo. El que sabe tomar una determinación animosa no encuentra dificultades.

18. »Las dignidades engendran naturalmente el orgullo y los grandes sueldos la prodigalidad. El respeto y la economía deben ser virtudes reales y no solamente simuladas. La práctica de la verdadera virtud reposa en el corazón y le hace mejor cada día. Una conducta hipócrita fatiga el corazón y le hace cada día más débil.

19. »Cuando estéis en posesión del favor, temed la desgracia de que estáis amenazados, y no estéis nunca sin temor. El que no teme caerá en las desdichas que debió temer.

20. »Elevad a los cargos a los hombres virtuosos, ceded con gusto a los hombres capaces y todos los oficiales se mostrarán de acuerdo. Si no lo estuvieran, el desorden reinaría en la administración. Al elevar a los cargos a aquellos hombres capaces de desempeñarlos daréis pruebas de capacidad. Al nombrar a hombres incapaces mostrareis vuestra propia incapacidad.»

21. El Emperador dijo: «¡Oh! ministros de Estado que regulais las tres partes de la administración, vosotros, grandes prefectos, cumplid con cuidado los deberes de vuestro cargo y ordenad vuestra administración para ayudar a vuestro soberano y asegurar la tranquilidad de todo el pueblo. De este modo no habrá ningún descontento en los principados.»

Capítulo XXI

KIAN T'CHEU

1. El Emperador (Tc'eng uang) habló poco más o menos en estos términos: «Kiun Tch'en (214), tienes virtudes muy notables, una gran piedad filial (215), un gran respeto a los mayores. Dotado de gran piedad filial y de una grande afección hacia tus hermanos, puedes extender estos sentimientos de respeto y de afección a muchos hombres y ejercer el gobierno. Te encargo que gobiernes el territorio de esta capital del oriente. ¡Pero ten cuidado!

2. »Antes, Tcheu Kung enseñaba en esta región oriental, protegía a todos los pueblos y estos amaban su virtud. Ve, cumple con tu deber cuidadosamente; sigue las mismas reglas que Tcheu Kung, esfuérzate en dar un nuevo brillo a sus esperanzas y el pueblo estará bien dirigido.

3. »Oí decir a Tcheu Kung que un gobierno perfecto exhala un perfume agradable que regocija las inteligencias espirituales, y que el perfume del mijo no es nada comparado con el de una virtud eminente. Espero que aprobarás estas enseñanzas de Tcheu Kung; despliega todos los días una gran diligencia y no busques ni el reposo ni los placeres.

4. »La mayor parte de los hombres experimentan un vivo deseo de ver a un gran sabio y se aflijen como si no pudiera ver nunca uno y cuando han visto a un gran sabio no pueden resolverse a seguir sus huellas. Ten cuidado porque eres como el viento y tus súbditos como la hierba.

5. »Al combinar tus medidas administrativas ten presente que cada asunto tiene sus dificultadse. Antes de suprimir o de adoptar una cosa, examínala bajo todos sus aspectos y toma consejo de tu pueblo. Aun cuando todos los pareceres fueren concordes, reflexiona sin embargo.

6. »Cuando tengas un buen consejo que dar, una buena enseñanza, entra y comunícala a tu soberano en el interior del palacio. Luego, poniéndola en práctica en el exterior, di: «Este consejo, esta enseñanza, es debida a la sabiduría de mi soberano.» ¡Oh! si todos los ministros obrasen de este modo, ellos y yo alcanzaríamos una gran virtud y un gran renombre.»

7. El Emperador dijo: «Kiun tch'en, modera en su aplicación las grandes enseñanzas de Tcheu Kung: No abuses de tu poder para oprimir a tus súbditos, ni de las leyes para violar los derechos del prójimo. Sé indulgente pero no con exceso: sé tolerante con naturalidad y sin esfuerzo.

8. »Si uno de los antiguos súbditos de In merece un castigo, y yo te dijera que le castigases, no lo hagas por complacerme; y si te digo que le perdones, no lo hagas por ello. No consultes sino la justicia.

9. »Si alguien resiste a tu autoridad y a la influencia de tus enseñanzas, castígale; pero recuerda que al castigar, debes tener por objetivo reprimir los desórdenes e impedir que tengas necesidad de castigar en lo sucesivo.

10. »La costumbre de ser taimado y pérfido; la violación de las leyes constantes de la sociedad, la corrupción de las costumbres públicas, son tres crímenes que no debes nunca dejar sin castigo aun cuando la falta no haya sido grave.

11. »No muestres cólera ni resentimiento con aquellos que tardan en corregirse, y no exijas que un hombre reúna las cualidades sin ningún defecto.

12. »Es preciso que seas paciente, y triunfarás. Muestra gran corazón, sé indulgente y generoso, y tu virtud será grande.

13. »Marca con signos distintivos, entre los habitantes de los pueblos, a aquellos que cuidan bien sus negocios; señala también por medio de otros signos, las moradas y los pueblos de aquellos que descuidan sus asuntos. Eleva a los cargos a aquellos que son virtuosos, a fin de atraer a la virtud a los hombres viciosos.

14. »El hombre nace bueno; bajo la influencia de los objetos exteriores, sus disposiciones cambian; descuida lo que su príncipe le recomienda, y busca lo que su príncipe busca (el reposo y los placeres). Si observas las cinco grandes leyes de las relaciones sociales sinceramente, constantemente, todos se regenerarán y avanzarán en la gran vía de la perfección. Yo, tu soberano, alcanzaría el colmo de la felicidad, y todas las edades celebrarán por siempre tus buenas obras.»

Capítulo XXII

Ultimas voluntades de Tcheng-uang (216).

1. En el cuarto mes del año, cuando la Luna comenzaba a menguar (217), el emperador Tch'eng-uang cayó gravemente enfermo.

2. El primer día del ciclo, se lavó las manos y el rostro. Con ayuda de sus servidores, se puso su toca y su traje de ceremonia, y se sentó y se apoyó en un taburete adornado con piedras preciosas.

3. Luego hizo venir juntos al gran guardián Cheu, al príncipe de Juei, al príncipe de T'ung, al príncipe de Pi, al príncipe de Uei, al príncipe de Mao, al jefe de los guardias de palacio, a los jefes de los oficiales y a los intendentes de los negocios.

4. El Emperador dijo: «¡Ay! la enfermedad ha hecho grandes progresos, y toco a mi fin. Temo que si espero mucho, no tenga tiempo de manifestaros mis voluntades para lo por venir. Desde ahora, tras madura reflexión, voy a daros mis instrucciones y mis órdenes.

5. »Mis predecesores Uen-uang y U-uang, uno tras otro, haciendo brillar por todos lados el esplendor de su virtud, han establecido sólidamente la agricultura, que es el sostén de la vida, y difundido sus enseñanzas. El pueblo ha puesto en práctica sus instrucciones, sin faltar a ellas. A causa de ello, pudieron extender su influencia por todo el Imperio de los In, y reunir en sus manos toda la autoridad.

6. »Yo, hombre poco inteligente, que he venido después de ellos, he recibido con respeto el terrible mandato del Cielo. He conservado las grandes enseñanzas de mis predecesores Ueng-uang y U-uang, sin permitirme modificarlas imprudentemente.

7. »Ahora el Cielo me ha enviado una grave enfermedad; estoy a punto de no poderme levantar ni oir nada; voy a morir. Espero que comprenderéis las recomendaciones que voy a dirigiros; así, pues, velaréis con respeto por mi hijo mayor Tchao, y le ayudaréis con todas vuestras fuerzas en medio de las dificultades que pueda encontrar.

8. »Tratad con bondad a los que vienen de lejos, y haced sumisos a los que estén cerca de vosotros. Procurad la tranquilidad a todos los pueblos, grandes y pequeños, y haced cuanto podáis por excitarles a practicar la virtud.

9. »Pienso que todos los hombres deben guardar en su conducta la dignidad, y observar las conveniencias. No permitáis que Tchao siga imprudentemente un mal camino.»

10. Los ministros, después de haber recibido estas recomendaciones, se retiraron. Fue llevado al patio el dosel, bajo el cual había hablado el Emperador y al día siguiente, segundo día del ciclo, el Emperador falleció.

11. Por orden del gran guardián, que era primer ministro, Tchung-huan y Nnan Kung Mao (jefes de la guardia) enviaron a decir a Ki, príncipe de Ts'i, que mandara dos hombres con lanzas y escudos con cien guardias de corps, para ir a esperar a Tchao, el heredero del trono, junto a la puerta del mediodía, a fin de conducirle a los departamentos laterales donde, como jefe de la familia, debía llorar la muerte de su padre (218).

12. El cuarto día del ciclo, el gran guardián ordenó que se escribiera sobre las tablillas las últimas voluntades de Tch'eng-uang, y que se publicaran con las ceremonias acostumbradas.

13. Seis días después, era el décimo del ciclo, el gran guardián, jefe de los príncipes del oeste y ministro de Estado, ordenó a los empleados que suministrasen la madera necesaria para los funerales.

14. Los servidores colocaron el biombo en el que

estaban representadas las hachas, y levantaron el dosel, como si el Emperador estuviera aún vivo.

15. Entre la ventana y la puerta, bajo el dosel que estaba al norte y miraba al mediodía, pusieron tres esterillas, unas sobre otras, de delgadas tiras de bambú con bordes mezclados de blanco y negro, y colocaron, como de costumbre, el escabel adornado con piedras de diferentes colores (219).

16. En el edificio que estaba en la extremidad oriental de la sala principal y miraba al occidente, extendieron una sobre otra tres esterillas de colores variados, y colocaron, como de costumbre, el escabel adornado de conchas marinas.

17. En el edificio que estaba en la extremidad oriental de la sala principal y miraba al occidente extendieron unas sobre otras tres esterillas de delgados juncos, con orillas de colores variados, y colocaron, como de costumbre, el escabel adornado de piedras talladas.

18. Ante el edificio occidental que miraba al mediodía, extendieron unas sobre otras tres esterillas de delgadas cortezas de bambú con orillas azules y negras, y colocaron como de costumbre, el escabel barnizado (220).

19. Luego, dispusieron las cinco clases de piedras de gran precio y los objetos preciosos: a saber, en la extremidad occidental de la gran sala, la espada (o el cuchillo) de vaina encarnada, las grandes enseñanzas dejadas por los antiguos emperadores, la gran tablilla anular, la gran tablilla oblonga y la tablilla puntiaguda de los mensajeros; en la extremidad oriental de la gran sala, la gran piedra preciosa, la piedra preciosa ordinaria, la piedra musical color azul cielo, y el dibujo salido del río Amarillo (221), en el edificio occidental, los trajes de los mimos de In, las grandes conchas preciosas (222), y el gran tambor (223), en el edificio oriental, la lanza de Touei, el arco de Huo y las flechas de Chuei (224).

20. El gran coche estaba junto a la escalinata de los huéspedes, dando frente al mediodía; el coche de los príncipes más lejanos, ante el edificio que se encontraba al lado derecho de la puerta principal (225).

21. Dos hombres que llevaban el gorro color de gorrión (226) y tenían la lanza triangular de tres puntas (huei) se encontraban más allá (al norte) de la quinta gran puerta. Cuatro hombres tocados con el gorro de color leonado, y que llevaban la lanza *Kuo*, con la punta hacia arriba, estaban junto a las dos escaleras, en los ángulos de la plataforma de la gran sala. Un hombre (un gran prefecto) llevaba el gorro de ceremonia y el hacha de guerra *liu* y estaba frente a la plataforma oriental (227).

Un hombre (un gran prefecto) que llevaba el gorro de ceremonias y la lanza de tres puntas *Kiu* (228), estaba junto a la escalera lateral (al norte de la gran sala).

22. El Emperador K'ang-uang, que llevaba el gorro de cáñamo y el vestido inferior ornado de hachas y otros emblemas, subió por la escalera de los invitados a la gran sala donde reposaba el cuerpo de su padre difunto. Los ministros de Estado del Emperador y los jefes de los principados, que llevaban el gorro de cáñamo y el traje inferior color de hormiga, entraron para ocupar sus plazas respectivas (229).

23. El gran guardián, el gran secretario, y el gran maestro de ceremonias iban tocados con el gorro de cáñamo y su traje inferior era rojo pálido. El gran guardián llevaba la gran tablilla de jade y el gran maestro de ceremonias la copa empleada para las ofrendas y el molde de las tablillas de jade (230). Subieron por la escalera del dueño de la casa.

El gran secretario, con su libro, subió por la escalera de los invitados, y presentó al Emperador las tablillas sobre las cuales había registrado las últimas voluntades de Tch'eng-uang.

24. Y dijo: «El augusto Emperador tu padre, apo-

yado junto al escabel ornado de piedras preciosas, ha manifestado sus últimas voluntades. Te encarga que continúes la ejecución de las ordenanzas de sus predecesores, que gobiernes el Imperio de los Tcheu, que observes fielmente las grandes leyes, que unas todos los pueblos por los lazos de la concordia, que te conformes y des nuevo lustre a las gloriosas enseñanzas de Uen-uang y de U-uang.»

25. El Emperador, de rodillas, se inclinó dos veces; luego se levantó y dijo: «Yo, el último de los hombres y el más débil de los hijos, ¿podré, cómo mis padres, gobernar las cuatro partes del Imperio, con un temor respetuoso a la majestad del Cielo?»

26. Entonces el Emperador tomó la copa y el molde de las tabletas de jade. Tres veces llevó la copa llena de licor junto al féretro de su padre, tres veces ofreció y derramó el licor, tres veces depositó la copa en el suelo. El gran maestro de ceremonias dijo: «Tu ofrenda ha sido agradable a los manes de tu padre.»

27. El gran guardián recibió la copa del Emperador y la guardó. Descendió luego al pie de la escalera de la sala y se lavó las manos. Tomando luego otra copa, y manteniéndola sobre la tableta de jade, que la servía de soporte, ofreció a su vez libaciones. Entregó la copa a uno de los ayudantes del maestro de ceremonias, y de rodillas saludó al cuerpo del Emperador difunto. El Emperador K'ang-uang, en nombre de su padre, devolvió el saludo.

28. El gran guardián tomó de nuevo la copa, ofreció una libación, llevó la copa a sus labios y volvió a su puesto. Habiendo entregado la copa al ayudante del maestro de ceremonias, saludó de rodillas al cuerpo del Emperador difunto. El Emperador K'ang-uang, en nombre de su padre, devolvió el saludo (231).

29. El gran guardián salió de la gran sala y quedaron en ella, los objetos que habían servido para la ceremonia. Todos los príncipes excepto los ministros,

salieron de la parte del palacio que era la morada ordinaria del Emperador, y, que por entonces, estaba transformada en templo, y esperaron a que el nuevo Emperador saliera para darles sus órdenes.

Capítulo XXIII

Consejos de Kang-Uang

1. El Emperador K'ang-uang, saliendo de sus habitaciones particulares, permaneció entre la cuarta y la quinta puerta. El gran guardián, a la cabeza de los príncipes del Oeste, entró por la cuarta puerta y se quedó a la izquierda y al norte de la cuarta puerta. El príncipe Pi, a la cabeza de los príncipes del Este, entró por la cuarta puerta, y tomó plaza a la derecha de esta puerta. Todos los príncipes alinearón a ambos lados del patio sus coches tirados por cuatro caballos amarillos con crines rojizas. Levantando y presentando sus tabletas de jade (insignias de su dignidad) así como las piezas de seda y otros objetos que ofrecían al Emperador, dijeron: «Nosotros, tus súbditos y defensores del Imperio, nos tomamos la libertad de ofrecerte los productos de nuestras regiones.» Todos, poniéndose de rodillas, saludaron dos veces, primero, inclinando la cabeza hasta las manos apoyadas contra el suelo, luego, apartando las manos e inclinando la frente hasta la tierra. El Emperador, imitando la virtud de sus padres, les devolvió el saludo, como debía.

2. El gran guardián y el príncipe de Juei, ministro de Instrucción Pública, se adelantaron, y se saludaron el uno al otro con una profunda inclinación. Luego, de rodillas, saludaron por dos veces al Emperador, primero, inclinando la cabeza hasta sus manos y luego, inclinando la frente hasta el polvo. Y dijeron: «Nos tomamos la libertad de expresar con respeto nuestros sentimientos al Hijo del Cielo. El augusto Cielo, reti-

ró su mandato a la gran dinastía de los In. Los príncipes de Tcheu, Uen-uang, librados de la prisión de Iu-li y su hijo U-uang recibieron este gran favor del Cielo, porque habían sabido hacer el bien en las regiones occidentales.

3. »El Emperador tu padre, que acaba de subir al Cielo, recompensando y castigando con arreglo a la más estricta justicia, ha podido consolidar su obra y dejar a sus sucesores una herencia vasta y próspera. Príncipe, pon gran atención. Mantén en buen orden nuestras seis regiones; no pierdas el mandato que el Cielo otorga tan difícilmente y que confió a tus gloriosos antepasados.»

4. El Emperador respondió poco más o menos en estos términos: «Jefes de los diversos principados, príncipes establecidos en las circuncripciones llamadas *heu, tien, nan, uei;* yo Tchao, vuestro soberano, voy a responderos y a daros mis consejos.

5. En otro tiempo, Uen-uang y U-uang, se mostraron muy justos, enriquecieron mucho al pueblo y no buscaron ni castigaron con severidad a los culpables. En ésto, alcanzaron la más alta perfección y obraron con la mayor sinceridad. Por este medio brillaron en todo el Imperio, y merced a su conducta tuvieron guerreros valientes como osos, ministros fieles, que defendieron y ayudaron a la familia imperial. Por este medio, obtuvieron también del Rey del Cielo, el mandato supremo. Porque el augusto Cielo, satisfecho de su conducta, les dió todas las regiones del Imperio.

6. »Luego, cuando formaron principados y los establecieron como muros del Imperio, lo hicieron para nosotros, que debíamos venir después, que ellos. Actualmente vosotros, mis tíos paternos, espero que todos juntos pondréis empeño, en obedecerme y servirme como los príncipes vuestros padres sirvieron a los emperadores que me han precedido. Ausentes de cuerpo, estaréis siempre presentes de corazón en la casa del Emperador. Compartid mis cuidados, secundad mis esfuerzos; que vuestro descuido no sea una causa de deshonor para mí, que soy un débil niño.»

7. Todos los príncipes, después de haber oído las palabras del Emperador, se saludaron unos a otros con una profunda inclinación y se retiraron apresuradamente. El Emperador se quitó la toca de ceremonia y volvió a ponerse el traje de luto.

Capítulo XXIV

Mandato dado al príncipe de Pi

1. El décimo año del reinado de K'ang-uang, el primer día del sexto mes lunar, era el séptimo del ciclo. Dos días después, que era el noveno día del ciclo, el Emperador partió por la mañana de la gran capital (Hao) y se dirigió a Fung (232). Allí, en interés de los pueblos que dependían de Lo, la capital fundada posteriormente, encargó al príncipe de Pi, que gobernara y guardara la parte oriental del Imperio.

2. El Emperador habló poco más o menos en estos términos: «¡Oh, mi tío y mi maestro! Ueng-uang y U-uang, extendieron la influencia de su gran virtud por todo el Imperio, mereciendo así, recibir el mandato celeste que hasta entonces estaba en manos de los In.

3. »Tcheu-Kung ayudó asíduamente a mis predecesores, Uen-uang, U-uang y Tch'eng-uang, a establecer sólidamente su dinastía. Desconfiando de los habitantes de las poblaciones, que, habiendo permanecido fieles a los In, se negaban a obedecernos, los transportó a la ciudad de Lo, junto a los príncipes de la familia imperial, y les dió una nueva formación. Desde entonces treinta y seis años han pasado, y los hábitos han cambiado con las generaciones. En todo el Imperio no se vislumbra motivo alguno de inquietud, y yo, el único soberano, estoy tranquilo

4. »La práctica de la virtud, ya asciende, ya baja. Las medidas administrativas deben cambiar con arreglo a las costumbres. Actualmente los habitantes de las regiones orientales son mejores que en tiempos de Tcheu-Kung. Si no manifestáis vuestra aprobación por todo lo bueno que se haga, el pueblo no se sentirá estimulado para perserverar en el buen camino.

.5 »Príncipe, sois virtuoso, metódico y diligente hasta en las menores cosas. Habéis ayudado e iluminado con vuestros consejos a cuatro generaciones de soberanos, y dirigís a vuestros inferiores con vuestros buenos ejemplos; todos ellos siguen con respeto vuestras instrucciones. Vuestros señalados servicios han sido aún más numerosos durante mi reinado que en los reinados precedentes. Así a pesar de mi debilidad, espero gobernar perfectamente, con la túnica flotante y las manos juntas, es decir, sin dificultad ni esfuerzo alguno.»

6. El Emperador dijo: «¡Oh, mi tío y mi maestro! te confío con respeto el cargo que Tcheu-Kung ocupaba. Ve.

7. »Concede las distinciones a los hombres virtuosos, separa de ellas a los hombres viciosos. Señala con marcas honoríficas las casas y los pueblos de los hombres de bien. Coloca en los puestos de honor a los hombres virtuosos, rebaja a los viciosos, establece la influencia y la reputación de los hombres de bien. A los que no sigan tus consejos y tus leyes, asignales tierras separadas, a fin de que apredan a temer los inconvenientes de la desobediencia y a esperar las ventajas de la sumisión. Traza claramente los límites del dominio propio del Emperador, no te olvides de fortificar los dominios confiados a la guardia de los príncipes, a fin de que la tranquilidad reine entre los cuatro mares.

8. »Es muy importante que los reglamentos administrativos sean estables, que las proclamas sean substanciales y concisas. El amor a las cosas extraordinarias es peligroso. Bajo los Chang, la adulación era habitual. Aún subsiste un resto de este desorden. Príncipe, pon mucho cuidado en ello; así lo espero.

9. »He oído decir que las familias en donde los cargos lucrativos son hereditarios, se mantienen raramente en los límites de lo justo y de lo honrado. Se permiten mil licencias, pierden todo buen sentimiento y violan toda ley natural. Corrompidos, degenerados, viven en el lujo y la prodigalidad, y siguen de edad en edad la misma corriente.

10. »La mayor parte de los oficiales de la casa de In, que habían disfrutado de la magnanimidad del Emperador en todo sosiego desde hacía mucho tiempo, se abandonaban sin temor alguno a su amor al lujo y habían perdido todo sentimiento de equidad. Vestidos con más magnificencia que los demás, orgullosos, licenciosos, arrogantes, fanfarrones, parecían deber continuar este género de vida hasta el fin. Aunque Tcheu-Kung, haya puesto un freno a sus desórdenes, aún es difícil mantenerlos en el deber.

11. »Son ricos y pueden ser instruídos, y así vivirían largos años, siempre virtuosos. Las virtudes naturales, la equidad deben ser el primer objeto de la enseñanza. Pero ¿qué puede enseñar el que no se apoya en las doctrinas de los antiguos?»

12. El Emperador dijo: «¡Oh, mi tío y maestro! la tranquilidad del Imperio depende, sobre todo, de los antiguos oficiales de los In. No seas ni demasiado severo ni demasiado indulgente con ellos, y llegarán a ser sinceramente virtuosos.

13. »Tcheu-Kung cuidó de esta empresa en sus comienzos; Kiu-tch'en supo dirigirla en sus mediados, tú, príncipe, sabrás darle feliz remate. Vosotros tres habréis procedido como de mutuo acuerdo y seguido igualmente la verdadera ruta. Gracias a esta prudente y sabia conducta, el gobierno será bien regulado, y todos

los pueblos del Imperio recogerán grandes beneficios. En todos los países inmediatos, los bárbaros que prenden sus túnicas al lado izquierdo (233), tendrán confianza en nosotros. Yo, débil niño, gozaré siempre de una gran felicidad.

14. »Príncipe, en esta capital fundada posteriormente, espero que establecerás el imperio de los Tcheu sobre una base imperecedera, y adquirirás así gloria inmortal. Tus descendientes imitarán tan bello ejemplo y gobernarán como tú.

15. »¡Oh! no digáis que semejante empresa está por encima de tus fuerzas; bastará con que des a la empresa toda tu aplicación. No objetes el pequeño número de habitantes; te bastará cumplir con tus deberes cuidadosamente. Continúa con respeto los gloriosos trabajos de mis predecesores y perfecciona la administración ya establecida por Tcheu Kung y Kiu tch'en.»

Capítulo XXV

KIUN-IA

1. El Emperador Mu-uang (234) habló poco más o menos en estos términos: «¡Oh, Kiun-ia! tu abuelo y tu padre, con lealtad y rectitud muy sinceras, han trabajado mucho por la familia imperial. Los servicios que han prestado están escritos en el gran estandarte (235).

8. »Yo, débil niño, que recoge y debe guardar la herencia de U-uang, de Tch'eng-uang y de K'ang-uang, cuando pienso en los ministros que han ayudado a mis predecesores a bien gobernar el Imperio, y veo que carezco de este poderoso concurso, mi corazón está en la inquietud, como si pusiera el pie sobre la cola de un tigre o como si anduviera sobre el hielo en primavera.

3. »Te pido que me ayudes. Sé como mi brazo, mi pierna, mi corazón, mi columna vertebral. Rinde los mismos servicios que tu abuelo y tu padre; pon cuidado en no deshonrarlos.

4. »Enseña en todos lados las cinco grandes leyes de las relaciones sociales; pon cuidado en que sean bien observadas por el pueblo. Si sigues fielmente el camino del deber, nadie se atreverá a apartarse de él: existen hombres cuyos pensamientos y sentimientos no llegan aún al justo medio; a ti corresponde rectificarlos guardando tú mismo el justo medio.

5. »En verano, en la época de los calores y de las lluvias, el pueblo no hace sino gemir y suspirar. Durante los grandes fríos de invierno tampoco hace sino gemir y suspirar. Sus sufrimientos son la causa de ello. Piensa en estos sufrimientos y busca el medio de aliviarlos, y el pueblo será feliz.

6. »¡Oh! los consejos de Uen-uang han proyectado en todas partes una viva luz; luego los trabajos de U-uang han sido coronados por el mayor éxito. En ellos encontramos nuestra instrucción y nuestro socorro, los que hemos venido después de estos grandes hombres. Todo es irreprochable en ellos y nada falta. Trata, por tu parte, de hacer brillar la luz de sus enseñanzas. De este modo yo podré imitar con respeto a mis predecesores, llenar con nuevo brillo el mandato que Uen-uang y U-uang recibieron del Cielo; tú harás revivir a tus padres, igualándolos.»

7. El Emperador habló poco más o menos en estos términos: «Kin-ia, no tienes sino seguir las huellas de los ministros precedentes; imítales, el orden público depende de ello. Continúa lo que hicieron tu abuelo y tu padre y haz glorioso el reinado de tu soberano.»

Capítulo XXVI

Mandato dado a Kiung

1. El Emperador habló poco más o menos en estos términos: «Pe-kiung (236), mi virtud es débil. Yo sustituyo a mis antepasados y soy gran soberano, pero tiemblo de pavor al pensar en el peligro en que me encuentro. Me levanto en medio de la noche y busco de qué modo podría evitar el cometer faltas.

2. »En otro tiempo, bajo el reinado de Uen-uang y de U-uang, que eran tan inteligentes, tan graves, tan prudentes, los oficiales y los servidores, tanto los grandes como los pequeños, tenían el corazón leal y honrado. Los hombres que rodeaban a estos príncipes o conducían sus carruajes, los que los servían o les acompañaban eran todos irreprochables. El soberano, gracias al socorro que recibía de ellos desde por la mañana hasta por la noche, no cometía descuido alguno, ni dentro ni fuera del palacio. Sus consejos, sus proclamas eran perfectos. El pueblo obedecía con respeto, y todos ls estádos se hallaban prósperos.

3. »Yo, que me encuentro por encima de los demás y no soy virtuoso, pongo toda mi confianza en los oficiales que me rodean. Espero que suplirán mi incapacidad, que repararán mis faltas, que corregirán mis errores, enderezarán los extravíos de mi corazón y me harán capaz de marchar sobre las huelas gloriosas de mis padres.

4. »Te encargo de ocupar el puesto de gran director, de dirigir a todos mis criados, a mis ayudantes, a mis conductores de coches. Excita a tu soberano a cultivar la virtud, y con tus subordinados repara sus faltas.

5. »Escoge con cuidado a tus subalternos. No emplees hombres de lenguaje artificioso, de exterior engañoso ni aduladores viciosos, sino únicamente a los hombres de bien.

6. »Cuando los servidores y los oficiales son irreprochables, el príncipe puede ser irreprochable. Cuando los servidores y los oficiales son aduladores, el príncipe se cree muy sabio y perfecto. Los oficiales son los que hacen al príncipe virtuoso y ellos los que lo envician.

7. »No intimes con hombres viciosos. Si les encargas que sean como los ojos y los oídos de su soberano le inducirán a violar los reglamentos de sus predecesores.

8. »Si escoges a los hombres, no a causa de sus cualidades personales, sino por sus presentes, los empleos estarán mal distribuidos. Faltarías grandemente al respeto debido a tu soberano y yo te lo reprocharía como un crimen.»

9. El Emperador agregó: «¡Oh! pon cuidado. Ayuda siempre a tu soberano a observar las leyes constantes que deben regular su conducta.»

Capítulo XXVII

Leyes penales del príncipe de Liu

1. He aquí las prescripciones publicadas por el príncipe de Liu (237) en nombre del emperador Mu-uang. El Emperador, aún revestido de la dignidad soberana a la edad de cien años, tenía la razón debilitada por la vejez y no prestaba servicio alguno al Estado. Mas pensó, sin embargo, en decretar leyes penales para ordenar la justicia en todo el Imperio.

2. Por orden suya, el príncipe de Liu publicó las prescripciones siguientes: «El Emperador ha dicho: Las enseñanzas que los antiguos se transmitían nos enseñan que bajo Hung-ti, Tc'heu-iu, habiendo provo-

cado una sublevación, se propagó ésta aun entre los ciudadanos más pacíficos, que todos se convirtieron en bandoleros, homicidas y asesinos con corazón de buho, rebeldes, traidores, ladrones, criminales encubiertos con la máscara de la virtud.

3. »El príncipe de Miao no mostraba ninguna benevolencia y se contentaba con reprimir al pueblo mediante suplicios. Para ejercer cinco clases de crueldad, puso en vigor los cinco suplicios mediante edictos a los que dio el nombre de leyes e hizo matar y asesinar a no pocos inocentes. Gran número de hombres quedaron con las orejas y las narices cortadas o fueron hechos ennucos o marcados en el rostro. Aquellos que caían bajo los golpes de leyes tan bárbaras eran condenados a los tormentos y todos eran igualmente castigados, aun aquellos que merecían excusa.

4. »La corrupción comenzó a difundirse de uno en otro entre todo el pueblo, que muy pronto cayó en la ceguedad y en la confusión. La buena fe desapareció en todos los corazones; los juramentos y los compromisos fueron violados. La multitud, oprimida, maltratada, entregadá a los suplicios, empezó a elevar la voz al Cielo en favor de los inocentes. El Rey supremo fijó sus miradas en el pueblo. Ningún perfume de virtud subía al Cielo; por el contrario, los suplicios exhalaban un olor fétido.

5. »El augusto emperador Chuen tuvo compasión de la multitud de desgraciados que eran entregados a los suplicios sin haber cometido crimen alguno. Trató al tirano con severidad, reprimió y destituyó al príncipe de Miao, quien terminó su existencia en el destierro y no perpetuó su raza en sus Estados.

6. »Luego ordenó a Tch'ung y a Li que interrumpieran las comunicaciones entre el Cielo y la Tierra; los Espíritus cesaron de descender y de manifestar su presencia (238). Los príncipes y los oficiales, desde los más elevados hasta los más inferiores, ayudaron inteligentemente a restablecer la observancia de los deberes sociales; la voz de los hombres viudos y de las mujeres viudas no fue ahogada como antes.

7. »El augusto Emperador interrogó sin prevención y sin pasión a los súbditos del príncipe de Miao; los hombres viudos y las mujeres viudas presentaron sus quejas contra el tirano. La virtud del Emperador inspiró a este pueblo un temor respetuoso y lo iluminó con sus talentos.

8. »Luego encargó a los tres príncipes I, Iu y Tsi, que trabajaran con complacencia en interés del pueblo. El príncipe I señaló los deberes que debían ser observados y quebrantó las voluntades rebeldes con la amenaza del suplicio. Iu se ocupó del agua y de la tierra y designó las montañas y los ríos célebres cuyos Espíritus debían proteger las diversas provincias del Imperio, o que le servirían de límites. Tsi dio semillas, enseñó a sembrar y a obtener abundantes cosechas. Terminados los trabapos de los tres príncipes, el pueblo se encontró en la opulencia.

9. »El ministro de Justicia (Kia-iao) mantuvo al pueblo en el deber imponiendo penas proporcionadas a los crímenes que cometía y habituándole a practicar la virtud.

10. »La majestad amable del soberano, la inteligencia y la virtud de los ministros, arrojaban un vivo fulgor en todas las regiones. Todos se aplicaban a hacer el bien. Así, cuando cometían actos culpables, Kao-iao que sabía infligir penas proporcionadas a los crímenes perpetrados, mantenía el orden entre el pueblo y ayudaba los buenos sentimientos naturales con la amenaza de los castigos.

11. »Los jueces de las causas criminales no dejaban de aplicar las leyes a los poderosos y especialmente a los ricos, cuyos regalos rechazaban. Diligentes, circunspectos, no tenían necesidad de examinar, a propósito de su propia conducta, lo que podían decir y lo que debían callar. Porque sabían imitar la virtud del Cielo,

y ejercían el más importante de todos los derechos, el de vida y muerte. Asesores del Cielo, gozaban de este derecho en la Tierra.»

12. El Emperador ha dicho: «¡Ah! vosotros, príncipes que dirigís los asuntos públicos y presidís la justicia en las diferentes regiones del Imperio, ¿no ejercéis en nombre del Cielo el cargo de pastores de los pueblos? ¿A quién debíais tomar por modelo? ¿No es al príncipe I, promulgando leyes penales y reformando así los abusos? ¿Quién es aquel cuyo fin desgraciado debe serviros de advertencia? Sin duda el príncipe de Miao que no interrogaba a los acusados ni escogía a los hombres honrados que pensaban en aplicar bien los cinco suplicios, sino que, muy al contrario, complacíase en emplear hombres que hacían inclinarse la justicia ante la amenaza de los poderosos y los regalos de los ricos, y condenaban indistintamente a los cinco suplicios a los inocentes y a los culpables, hasta que al fin el Rey del Cielo, fatigado de perdonar, desencadenó sus castigos contra el príncipe de Miao, que no teniendo excusa alguna que alegar, fue privado de posteridad.»

13. El Emperador ha dicho: «¡Oh! reflexionad en ello. Vosotros, grandes príncipes, mis hermanos, y vosotros, mis hijos, mis nietos, oid todas mis palabras. En ellas encontraréis excelentes prescripciones. Que cada uno de vosotros cifre su dicha en el cumplimiento diario de sus deberes, que ninguno de vosotros se vea obligado a borrar el mal efecto de una negligencia cometida. El Cielo, para establecer el orden entre el pueblo, nos da un día. De los hombres depende el corregirse o el persistir en sus desórdenes. Si vuestros súbditos se corrigen, debéis cesar de castigar. Cumpliréis con respeto, así lo espero, la voluntad del Cielo y de este modo obedeceréis a vuestro soberano. Aun cuando yo mismo quiera castigar, nada hagáis por complacerme; aun cuando yo quisiera perdonar, no perdonéis por complacerme, no tratéis sino de aplicar los cinco suplicios y de practicar perfectamente las tres virtudes de un buen juez (239). El soberano será virtuoso, todos los pueblos mostrarán confianza y la tranquilidad será de larga duración.»

14. El Emperador ha dicho: «Oh! acercaos, vosotros que gobernáis Estados o que poseéis dominios, y os enseñaré a hacer de los suplicios instrumentos de felicidad. Actualmente, para procurar la tranquilidad del pueblo ¿cuál es la elección que se deberá hacer? ¿No es la elección de los hombres? ¿A qué objetos dais vuestra principal atención? ¿No es a los suplicios? ¿Qué debéis examinar más duramente? ¿No es la culpabilidad de los acusados?

15. »Cuando las dos partes han llegado y los testigos, y las piezas del proceso están preparadas, es preciso que los jueces reunidos oigan todo lo que concierne a los crímenes que merecen las cinco clases de suplicios. Después de haber discernido con certidumbre lo verdadero de lo falso, es preciso que examinen si el crimen debe ser castigado con uno de los cinco suplicios. Si no conviniera aplicar uno de los cinco suplicios, que examinen si el crimen es uno de los cinco que pueden ser rescatados por dinero. Si no es seguro que el delito sea bastante grave para ser colocado entre los cinco que pueden ser rescatados con dinero, que se le clasifique entre las cinco faltas involuntarias.

16. »Los motivos que determinan a un juez a clasificar entre las cinco faltas involuntarias delitos cometidos con deliberado intento, son el temor de perder el puesto, el deseo de pagar un favor recibido o de realizar una venganza, la complacencia con su esposa, los regalos, las súplicas. Semejante crimen en un juez debe ser castigado con la misma pena que es aplicable al crimen por él juzgado. Examinad las causas con gran cuidado.

17. »Cuando dudéis de si debéis aplicar uno de los cinco suplicios, no lo apliquéis; cuando dudéis de si el

crimen es bastante grave para ser colocado entre los cinco que se rescatan con el dinero, no exigid nada. Después de haber examinado la causa con todo el cuidado posible y adquirido la certidumbre en gran número de puntos, observad el aspecto del rostro y la actitud de las personas. Si no encontráis nada de evidente, no prolonguéis la investigación. En todas las cosas temed la justicia del Cielo.

18. »Cuando se dude acerca de la gravedad de la falta se cambiará la pena de la marca negra por una multa de seiscientas onzas de cobre, pero es preciso que la falta esté bien demostrada. Cuando en la duda se desiste de aplicar la pena de la amputación de la nariz, se exige en lugar de ella una cantidad de cobre dos veces y media más considerable (1200 onzas), pero es preciso que la falta esté bien probada. Cuando en la duda se desiste de aplicar la pena de la amputación de los pies, se exigirá en lugar de ella una cantidad de cobre dos veces más considerable que la precedente (3000 onzas), pero es preciso que la falta esté bien probada. Cuando en la duda se desiste de aplicar la pena de la castración se exigirá en su lugar una multa de tres mil seiscientas onzas de cobre, pero es preciso que la falta esté bien probada. Cuando en la duda se desiste de aplicar la pena capital, se impondrá en su lugar una multa de 6000 onzas, de cobre, pero es preciso que la falta esté bien probada. La pena de la marca negra puede rescatarse en mil especies de casos, la de amputación de la nariz también en mil, la de la amputación de los pies en quinientos, la de la castración en trescientos y la de la pena capital en doscientos.

»En total, tres mil clases de crímenes deben de ser castigados con uno de los cinco suplicios. Las penas deben ser proporcionadas a las faltas. No os dejéis engañar por acusaciones confusas, no apliquéis las leyes abolidas. Conformaos a las leyes que están actualmente en vigor y examinad las causas con todo el cuidado posible.

19. »Si existen circunstancias atenuantes, la pena debe ser rebajada en un grado; si hay circunstancias agravantes debe ser aumentada en un grado. Se debe pesar también las circunstancias para imponer multas más o menos elevadas. Para establecer la regularidad en medio de estas desigualdades, existen reglas y principios.

20. »Las multas no causan la muerte de los culpables, pero cuando son excesivas los reducen a la más extremada miseria. Que las causas no sean juzgadas por hombres de lenguaje artificioso; sino por hombres buenos y amables, que se mantengan siempre en el justo medio. Los jueces reconocerán la falsedad de un informe en las contradicciones que haya en él. Para no ceder a sus prevenciones, que se esfuercen en inclinarse del lado opuesto a aquel al que se inclinen. Que juzguen las causas con conmiseración y gran cuidado. Después de haber consultado y bien aprendido el código penal, que deliberen juntos. Sus sentencias es de esperar que serán justas y moderadas. Antes de infligir un castigo o una multa, que examinen las causas con toda la minuciosidad posible. Terminado el proceso, el pueblo mostrará confianza en sus decisiones, y el príncipe, al recibir sus informes, tendrá confianza también. Que los informes presentados al príncipe después de las condenas sean completos. Si un hombre ha sido condenado por dos crímenes, ambas condenaciones deben ser mencionadas.»

21. El Emperador ha dicho: «¡Oh! ¡poned gran cuidado! Vosotros, jueces, y vosotros, príncipes, que sois en vuestra mayor parte parientes míos; sabed que os hablo con gran temor. Los castigos me causan inquietud, y no deben ser aplicados sino por hombres virtuosos. El Cielo, deseando ayudar al pueblo a practicar la virtud, os ha escogido como sus asesores en la Tierra. Mostraos perspicaces e íntegros, cuando oigáis el informe de una de las partes. El buen orden entre el

pueblo depende siempre de la felicidad de los jueces en oir a ambas partes. No enriquezcáis vuestras familias a costa de ambas partes. Los regalos de los litigantes no valen nada. El que los acepta no reúne sino tesoros de malas acciones, y se atrae muchos males. No es que el Cielo sea excesivamente severo, sino que es el mismo hombre quien se precipita en el infortunio. Si los castigos del Cielo no fueran soberanamente justos, jamás bajo el Cielo el pueblo tendría un buen gobierno.»

22. El Emperador ha dicho: «¡Oh! vosotros, descendientes y futuros sucesores de los príncipes actuales, ahora y siempre ¿cuáles son los que habéis de tomar como modelos? ¿No son aquellos que por el buen uso de los castigos han conducido al pueblo a practicar la virtud y a guardar el justo medio? Oid, os lo ruego, y comprended bien mis palabras. Esos hombres insignes han castigado con prudencia y reciben elogios sin fin. En el empleo de los castigos alcanzaron la más alta perfección, manteniéndose en el justo medio y se han hecho célebres. Cuando los emperadores os confíen el cuidado de su buen pueblo, tened los ojos fijos en estos hombres para que los suplicios se conviertan en instrumentos de felicidad.»

Capítulo XXVIII

Mandato dado al príncipe Uen (240)

1. El emperador Ping-uang (241) habló poco más o menos en estos términos: «Mi tío I-huo (242) y los muy ilustres soberanos Uen-uang y U-uang se aplicaron a cultivar sus virtudes naturales, cuyo brillo resplandeció hasta el Cielo, y su fama se difundió por toda la Tierra. Por esta razón el Rey del Cielo confió su gran mandato a Uen-uang. Vuestros padres ejercieron cargos importantes, prestaron un socorro poderoso y rindieron servicios señalados a sus soberans. Les secundaron siempre con sumisión en sus consejos y en la ejecución de sus planes. Gracias a ellos, los emperadores mis padres estuvieron tranquilos en el trono.

2. »¡Ay! yo, débil niño, soy digno de lástima. Desde mi advenimiento al Imperio, el Cielo, juzgándome muy culpable, me ha quitado los recursos que me eran necesarios para haber el bien del pueblo, y los bárbaros han invadido gran parte de mis Estados. Actualmente entre los oficiales que administran por mí los negocios, no hay quizá un solo anciano experimentado y capaz. En mi impotencia me digo: ¿Es que los príncipes nombrados por mi abuelo no tendrán compasión de mí? ¡Oh! si hubiera algunos que me prestaran verdaderos servicios, yo, que soy soberano de todo el Imperio, disfrutaría de continua tranquilidad en el trono.

3. »Mi tío I-huo, tú has añadido un nuevo lustre a la gloria de tu abuelo (Iu, príncipe de T'ang) y eres el primero en seguir de nuevo los ejemplos de U-uang. Así has vuelto a anudar el hilo de las tradiciones de tus soberanos. Has hecho renacer la piedad filial de tu abuelo, aquel hombre tan perfecto. Has trabajado mucho en la reparación de mis males, y me has defendido bien en medio de las dificultades. Te alabo grandemente por tales servicios.»

4. El Emperador dijo: «Mi tío I-huo, vuelve a velar por tus numerosos súbditos y por mantener la tranquilidad en tus Estado. Te doy una copa de licor sacada del mijo negro y aromatizada, un arco encarnado con cien flechas rojas, un arco negro con cien flechas negras y un tiro de cuatro caballos. Marcha, tío mío. Recibe con bondad a los extranjeros que vienen de lejos y forma con cuidado a los súbditos que están junto a ti. Haz bien al pueblo y asegura su tranquilidad. No te entregues al reposo ni a la ociosidad. En tu capital inspecciona la gestión de los oficiales, ejerce una vigilante solicitud sobre el pueblo. Tus brillantes virtudes alcanzarán así la perfección.»

Capítulo XXIX

Arenga pronunciada en Pi

1. El príncipe de Lu, llamado Pe K'ing (243) dijo a sus soldados y a los de los príncipes que estaban bajo su jurisdicción: «¡Ah, guerreros! guardad silencio, oid mis órdenes. Esos habitantes de las orillas del Huai que se sublevaron en otro tiempo, se han levantado de nuevo con los bárbaros de Sin.

2. »Cosed y aprestad sólidamente vuestras corazas y vuestros cascos de cuero, adaptad el brazal a vuestros escudos, y no lo hagáis descuidadamente. Preparad vuestros arcos y flechas, templad el hierro de vuestras lanzas, afilad la punta y el corte de vuestras armas, y no lo hagáis imperfectamente.

3. »Desde ahora, por donde pasen los soldados, deberán dejar pastar en libertad a los bueyes y a los caballos sacados de los establos y puestos al servicio del ejército. Habitantes del país, cerrad las trampas y colmad las zanjas que habíais dispuesto para cazar animales salvajes; no os permitáis dejar nada que pueda ser perjudicial a los animales sacados de los establos. Si se hieren, sufriréis las penas fijadas por las leyes.

4. »Si un caballo o un toro en celo huyen, si un criado o una criada escapan del campo, que nadie se permita franquear los atrincheramientos para perseguir al fugitivo. Si alguien lo detiene, que lo traiga fielmente y recibirá de mí la recompensa que merezca. Si alguien franquea los atrincheramientos, persigue a un criado o a un animal fugitivo, o si habiéndolo detenido no lo trajere, sufrirá las penas fijadas por las leyes. No cometáis hurtos ni latrocinios, no paseis por encima de las tapias de las casas o robeis caballos o bueyes, ni tratéis de corromper la fidelidad de los criados o criadas; si alguien se lo permite, sufrirá las penas fijadas por la ley.

5. »El undécimo día del ciclo, marcharé contra los bárbaros del Sin. Preparad vuestras provisiones de granos tostados y otros víveres. No os permitáis el no tener la medida justa. Si preparáis demasiado poco sufrireis un grave castigo. Habitantes de Lu, en cada una de las tres circunscripciones de las dos zonas, preparad vuestras estacas y tablas, porque el undécimo día del ciclo, levantaremos nuestras trincheras. No os neguéis a semejante contribución, o sufrireis penas, todos sin excepción, pero no la capital. Habitantes de Lu, en cada una de las circunscripciones preparad hierba y heno para los caballos y bueyes del ejército. Y si os atrevierais a suministrar estos forrajes en cantidad insuficiente, sufriréis un grave castigo.»

Capítulo XXX

Declaración del príncipe de Ts'in (244)

1. El príncipe de Ts'in dijo: «¡Oficiales de mi reino!, escuchad en silencio. Voy a citaros una de las más importantes máximas.

2. »Los antiguos decían: «Como naturalmente el hombre gusta de seguir sus caprichos, no es difícil reprender a los demás; pero es muy difícil el aceptar las represiones o los reproches y de dejarles libre curso, es decir, de no oponerles excusa ni resistencia.»

3. »Mi gran pena es que los días y los meses pasan como si no debieran venir otros tras ellos (245).

4. »Decía yo que los viejos consejeros no se acomodaban a mis deseos y yo les aborrecía. Los consejeros jóvenes sólo trataban de complacerme y por el momento los tenía como mis hombres de confianza. Pero desde ahora he resuelto seguir los consejos de los ancianos de blanquecina cabellera y así evitaré toda falta.

5. »Los oficiales virtuosos cuyo cuerpo está debilita-

do por la edad, son aquellos que yo prefiero. Esos guerreros ardientes y atrevidos que manejan con maestría el arco o conducen a la perfección un carro de guerra, son hombres que no quiero a mi servicio. En cuanto a los oradores, que con sus discursos artificiosos hacen cambiar al príncipe de ideas y de lenguaje, ¿es que debo valerme de ellos?

6. »En el fondo del corazón me digo: Si hubiera un ministro de Estado que fuere de un carácter resuelto, cuyas cualidades únicas fueran la sencillez y la sinceridad, que fuese naturalmente de corazón recto y bueno, que animado de sentimientos grandes y generosos mirase como suyas las cualidades de los demás, que amase sinceramente el talento y la sabiduría del prójimo aún más de lo que su boca lo alabara, que verdaderamente los soportase sin envidia, y se consagrara al servicio de mis descendientes y del pueblo, ¡qué útil sería su administración!

7. »Por el contrario, si un ministro es envidioso y se aflije por los talentos de los demás; si impide a los hombres capaces y virtuosos que se den a conocer, no puede indudablemente mostrar un corazón grande y generoso, ni defender a mis descendientes ni a todo el pueblo. Y hasta diré, ¡qué peligroso es!

8. »A veces el Estado vacila y se arruina a causa de un solo hombre. A veces también es próspero y tranquilo porque la fortuna permitió que se encontrara a un hombre.»

F I N

DOCTRINA DE CONFUCIO

O LOS CUATRO LIBROS

DE

FILOSOFIA MORAL Y POLITICA DE LA CHINA

1.° TA HIO. 2.° TCHUNG - YUNG.
3.° LUN - YU. 4.° MENG - TSE.

EL TA HIO

o

EL GRAN ESTUDIO

Obra de Kung-Fu-Tsé (CONFUCIO)
y de su discípulo Tseng-Tsé

PRIMER LIBRO CLASICO

1. La ley del Gran Estudio, o de la Filosofía práctica, consiste en desenvolver y dar a luz el principio luminoso de la razón que hemos recibido del Cielo, en renovar a los hombres, en situar su destino definitivo en la perfección o soberano bien.

2. Es preciso, ante todo, conocer el objeto al que se debe tender, o su destino definitivo, y adoptar en seguida una determinación; adoptada la determinación, se puede, al punto, tener el espíritu tranquilo y sosegado; con el espíritu tranquilo y sosegado, se puede prontamente gozar de ese reposo inalterable que nada puede turbar; habiendo llegado a gozar de ese reposo inalterable que nada puede turbar, se puede al punto meditar y formarse un juicio sobre la esencia de las cosas; habiendo meditado y formádose un juicio sobre la esencia de las cosas, se puede en seguida alcanzar el estado de perfección deseada.

3. Los seres de la Naturaleza tienen una causa y unos efectos: las acciones humanas tienen un principio

y unas consecuencias: conocer las causas y los efectos, los principios y las consecuencias es aproximarse lo más cerca posible al método racional, con el cual se llega a la perfección.

4. Los antiguos príncipes que deseaban desarrollar y esclarecer en sus estados, el principio luminoso de la razón que recibimos del Cielo, se entregaban antes a gobernar bien sus reinos; los que deseaban gobernar bien sus reinos se dedicaban antes a establecer el buen orden en sus familias; los que deseaban establecer el buen orden en sus familias se dedicaban antes a corregirse ellos mismos; los que deseaban corregirse ellos mismos se dedicaban antes a conseguir la rectitud de su alma; los que deseaban conseguir la rectitud de su alma se dedicaban antes a hacer sus intenciones puras y sinceras; los que deseaban hacer sus intenciones puras y sinceras se dedicaban antes a perfeccionar lo más posible sus conocimientos morales: perfeccionar lo más posible sus conocimientos morales consiste en penetrar y profundizar los principios de las acciones.

5. Los principios de las acciones penetrados y profundizados, los conocimientos morales adquieren en seguida su mayor grado de perfección, las intenciones se tornan al punto puras y sinceras; con las intenciones puras y sinceras el alma se penetra en seguida de probidad y pureza; penetrada el alma de probidad y pureza, la persona es al punto corregida y mejorada; corregida y mejorada la persona, la familia es prontamente bien dirigida; estando la familia bien dirigida, el reino es al punto bien gobernado; estando bien gobernado el reino, el Mundo goza en seguida de paz y de buena armonía.

6. Desde el hombre más elevado en dignidad, hasta el más humilde y más oscuro, deber igual para todos es: corregir y mejorar su persona: *el perfeccionamiento de sí mismo* es la base fundamental de todo progreso y de todo desenvolvimiento moral.

7. No está en la naturaleza de las cosas que aquel que tiene su base fundamental en el desorden y en la confusión pueda tener lo que se derive de ello necesariamente, en un estado conveniente.

Tratar con ligereza lo que es principal, o lo más importante, y gravemente lo que no es sino secundario, es un método de obrar que jamás debe seguirse (246).

EL TA HIO

Explicación de Tseng-Tsé

Capítulo Primero

SOBRE EL DEBER DE DESARROLLAR Y VOLVER A SU CLARIDAD PRIMITIVA EL PRINCIPIO LUMINOSO DE NUESTRA RAZÓN

1. El *Khang-kao* dice: «El rey Ven llegó a desarrollar y hacer brillar en todo su esplendor el principio luminoso de la razón que recibimos del Cielo.»

2. El *Taï-kia* dice: «El rey Tching-thang tenía sin cesar la mirada fija en el don brillante de inteligencia que recibimos del Cielo.

3. El *Ti-tien* dice: «Yao pudo desenvolver y hacer brillar en todo su esplendor el principio sublime de la inteligencia que recibimos del Cielo.»

4. Todos estos ejemplos indican que debemos cultivar nuestra naturaleza racional y moral.

Capítulo II

SOBRE EL DEBER DE RENOVAR Y DE ILUMINAR A LOS PUEBLOS

1. Varios caracteres grabados en el baño del rey Tching-tang decían: «Renuévate completamente cada día; hazlo de nuevo, aun de nuevo y siempre de nuevo.»

2. El Kang-kao dice: «Haz que el pueblo se renueve.»

3. El *Libro de los versos* dice:
«Aunque la familia de los Tcheu poseyó desde luengos tiempos el poder real.
»Obtuvo del Cielo (en la persona de Ven-vang) una investidura nueva.»

4. Esto prueba que no hay nada que el sabio no lleve hasta el último grado de perfección.

Capítulo III

Sobre el deber de colocar su destino definitivo en la perfección o el soberano bien

1. El *Libro de los versos* dice:
«Es en un radio de mil *li* (cien leguas) de la residencia real.
»Donde el pueblo gusta fijar su residencia.»

2. El *Libro de los versos* dice:
«El pájaro amarillo de canto plañidero, mien man, fija su morada en la oquedad frondosa de las montañas.»
El filósofo Kungtsé ha dicho:
«Fijando allí su morada, demuestra que conoce el lugar de su destino; y el hombre (la más inteligente de las criaturas), ¿no podría saber tanto como el pájaro?»

3. El *Libro de los versos* dice:
«¡Cuán vasta y profunda era la virtud de Ven-vang!
»¡Cómo supo unir el esplendor a la solicitud más grande para la realización de sus diferentes destinos!»
Como príncipe, situaba su destino en la práctica, o de la humanidad, o de la benevolencia universal para los hombres; como súbdito, situaba su destino en las consideraciones debidas al soberano; como hijo, situaba su destino en la práctica de la piedad filial; como padre, colocaba su destino en la ternura paternal; manteniendo relaciones o contrayendo compromisos con los hombres, colocaba su destino en la práctica de la sinceridad y de la fidelidad.»

4. El *Libro de los versos* dice:
«Mira allá en las orillas del Ki.
»¡Oh! ¡Qué hermosos y abundantes los verdes bambúes!
»Tenemos un príncipe adornado de ciencia y de discreción (Tcheu-Kung, que vivía en 1150 a. d. J.).
»Se parece al artista que corta y trabaja el marfil.
»Al que pule y talla las piedras preciosas.
»¡Oh! ¡Qué grave y silencioso parece!
»¡Cuán digna y austera es su conducta!
»¡Tenemos un príncipe adornado de ciencia y de discreción!
»¡No podremos jamás olvidarle!»

5. Se parece al artista que corta y trabaja el marfil, indica el estudio o la aplicación de la inteligencia a la investigación de los principios de nuestras acciones. Se parece al que pule y talla las piedras preciosas, indica el perfeccionamiento de sí mismo. La expresión: ¡Oh! ¡Qué grave y silencioso parece!, indica el temor, la solicitud que experimenta por alcanzar la perfección. ¡Cuán digna y austera es su conducta!, expresa el gran cuidado que ponía en hacer su conducta digna de ser imitada. ¡Tenemos un príncipe adornado de ciencia y de discreción, no podremos jamás olvidarle!, indica esta discreción acabada, esta perfección moral que el pueblo no puede olvidar.

6. El *Libro de los versos* dice:
«¡Cómo ha permanecido la memoria de los antiguos reyes (Ven y Vu) en la memoria de los hombres!»
Los sabios y los príncipes que los sucedieron imitaron su discreción y solicitud para el bienestar de su posteridad. Las poblaciones, como consecuencia, gozaron en paz de lo que habían hecho para su felicidad, y se aprovecharon de lo que hicieron de bueno y de útil mediante una división y una distribución equitativa

de las tierras. Por esa razón no se les olvidará en los siglos venideros.

Capítulo IV

SOBRE EL DEBER DE CONOCER Y DE DISTINGUIR LAS CAUSAS Y LOS EFECTOS

1. El Filósofo ha dicho: «Puedo escuchar a los abogados y juzgar los pleitos como los demás hombres, pero, ¿no sería más necesario obrar de suerte a impedir los pleitos? ¿No valdría más, para los que son trapaceros y malvados, no permitirles llevar adelante sus acusaciones y seguir sus culpables designios? Se llegaría con ello a someter enteramente las malvadas intenciones de los hombres. Esto es lo que se llama conocer la raíz o la causa.

Capítulo V

SOBRE EL DEBER DE PERFECCIONAR SUS CONOCIMIENTOS MORALES PENETRANDO LOS PRINCIPIOS DE LAS ACCIONES

1. Esto se llama conocer la raíz o la causa.
2. Esto se llama la perfección del conocimiento (247).

Capítulo VI

DEL DEBER DE HACER LAS INTENCIONES PURAS Y SINCERAS

1. Las expresiones hacer sus intenciones puras y sinceras significan: No desnaturalizar las inclinaciones rectas, como las de huir de un olor desagradable, y amar un objeto agradable y seductor. Esto es lo que se llama la satisfacción de sí mismo. Por eso el discreto

vela atentamente sobre sus intenciones y sus pensamientos secretos.

2. Los hombres vulgares que viven apartados y sin testigos cometen acciones viciosas; no hay nada malo que no practiquen. Si ven a un hombre discreto que vela sobre sí mismo, fingen parecérsele, ocultando su conducta viciosa y haciendo ostentación de una virtud simulada. El hombre que les ve es como si penetrase en su hígado y en sus riñones; entonces, ¿de qué les ha servido disimular? Esto es lo que se entiende por el proverbio: la verdad, en el interior; la forma, en el exterior. Por eso el discreto debe velar atentamente sobre sus intenciones y sus pensamientos secretos.

3. Tsen-tsé ha dicho: «De lo que diez ojos miran, de lo que diez manos señalan, ¡cuánto no hay que temer y que vigilar estrechamente!»

4. Las riquezas, adornan y embellecen una casa; la virtud, adorna y embellece la persona; en este estado de felicidad pura, el alma se engrandece y la sustancia material, que la está sometida, se aprovecha igualmente. Por eso el discreto debe hacer sus intenciones puras y sinceras.

Capítulo VII

SOBRE EL DEBER DE PERFECCIONARSE A SÍ MISMO, EMPAPANDO SU ALMA DE PROBIDAD Y DE RECTITUD

1. Estas palabras, corregirse a sí mismo de toda pasión viciosa, consiste en imprimir rectitud a su alma; quieren decir: Si el alma está conturbada por la pasión de la cólera, entonces no puede alcanzar esta rectitud; si el alma se entrega al temor, entonces no puede obtener esta rectitud; si el alma se halla agitada por la pasión de la alegría o del placer, entonces no puede obtener esta rectitud; si el alma se halla turbada por el dolor, entonces no puede alcanzar esta rectitud.

2. No siendo el alma dueña de sí misma, se mira y no se ve; se escucha y no se oye; se come y no se saca el sabor de los alimentos. Esto explica por qué la acción de corregirse a sí mismo de toda pasión viciosa consiste en la obligación de imprimir la rectitud a su alma.

Capítulo VIII

SOBRE EL DEBER DE PONER BUEN ORDEN EN SU FAMILIA CORRIGIÉNDOSE A SÍ MISMO

1. He aquí lo que significan estas palabras: poner buen orden en su familia, consiste en corregirse antes a sí mismo de toda pasión viciosa. Los hombres son parciales con sus parientes y con los que aman; también son parciales e injustos con los que odian o desprecian; con los que respetan y reverencian son igualmente parciales o serviles; son parciales, o demasiado misericordiosos con los que inspiran compasión o piedad; también son parciales o altivos con los que tratan con superioridad. Esto es porque amar y reconocer los defectos de los que se ama, odiar y reconocer las buenas cualidades de los que se odia, es una cosa muy rara bajo la capa celeste.

2. De ahí proviene el proverbio que dice: «Los padres no quieren reconocer los defectos de sus hijos, y los labradores, la verdadera fertilidad de sus tierras».

3. Esto prueba que un hombre que no se corrige a sí mismo de sus inclinaciones injustas, es incapaz de poner buen orden en su familia.

Capítulo IX

SOBRE EL DEBER DE GOBERNAR BIEN UN ESTADO, PONIENDO PRIMERO BUEN ORDEN EN SU FAMILIA

1. Las expresiones del texto, «para gobernar bien un reino es necesario interesarse antes en poner buen orden en su familia», pueden explicarse así: Es imposible que un hombre que no puede instruir a su propia familia, pueda instruir a los demás. Por eso, el hijo del príncipe, sin salir de su familia, se perfecciona en el arte de instruir y de gobernar un reino. La piedad filial es el principio que le dirige en sus relaciones con el soberano: la deferencia es el principio que le dirige en sus relaciones con los que son de más edad que él; la más tierna benevolencia es el principio que le dirige en sus relaciones con la multitud.

2. El *Khang-kao* dice: «Es como una madre que abraza tiernamente a su recién nacido. Se esfuerza con toda su alma en prevenir sus deseos nacientes; si no los adivina del todo, no se equivoca mucho sobre el objeto de sus anhelos. No es cosa natural que una madre aprenda a alimentar a su hijo para casarse luego.»

3. Una sola familia (la real), teniendo humanidad y claridad, bastará para hacer nacer en la nación estas mismas virtudes de caridad y de humanidad; una sola familia, poseyendo urbanidad y condescendencia, bastará para hacer una nación condescendiente y urbana; un solo hombre, el príncipe, siendo avaro y codicioso, bastará para causar el desorden en una nación. Tal es el principio y el móvil de estas virtudes y de estos vicios. Es lo que dice el proverbio: «Una palabra pierde el negocio; un hombre determina la suerte de un Imperio.»

4. Yao y Chung gobernaron el Imperio con humanidad, y el pueblo les imitó. Kie y Tcheu gobernaron el

Imperio con crueldad, y el pueblo les imitó. Lo que estos últimos ordenaban era contrario a lo que amaban, y el pueblo no se sometió a ello. Por esta razón, el príncipe debe, él mismo, practicar todas las virtudes y en seguida invitar a los demás hombres a practicarlas. Si no las posee y no las practica por sí mismo, no las debe exigir a los demás hombres. Que no teniendo nada de bueno, nada de virtuoso en el corazón, se pueda ser capaz de mandar a los hombres que son buenos y virtuosos, esto es imposible y contrario a la naturaleza de las cosas.

5. Por eso, el buen gobierno de un reino se basa en la obligación previa de introducir el buen orden en las familias.

6. El *Libro de los versos* dice:
«¡Qué hermoso y encantador es el melocotonero!
»¡Qué abundante y florido su follaje!
»¡Cual una joven desposada dirigiéndose a la morada de su esposo!
»Y conduciéndose convenientemente con las personas de su familia!»
Conducíos convenientemente con las personas de vuestra familia, y al punto podréis instruir y dirigir una nación de hombres.

7. El *Libro de los versos* dice:
«Haced lo que es conveniente entre hermanos y hermanas de diferentes edades.»
Si hacéis lo que es conveniente entre hermanos de diferentes edades, entonces podréis instruir en sus deberes mutuos a los hermanos mayores y a los hermanos menores de un reino.

8. El *Libro de los versos* dice:
«El príncipe cuya conducta está siempre llena de equidad y de discreción;
»verá a los hombres de las cuatro partes del Mundo imitar su rectitud.»
Cumple sus deberes de padre, de hijo, de hermano

mayor y de hermano menor, y al punto el pueblo le imita.

9. Es lo que se dice en el texto: «El arte de bien gobernar una nación consiste en poner antes el buen orden en su familia.

Capítulo X

SOBRE EL DEBER DE CONSERVAR LA PAZ Y LA BUENA ARMONÍA EN EL MUNDO, GOBERNANDO BIEN LOS REINOS

1. Las expresiones del texto, «hacer gozar el Mundo de la paz y de la armonía consiste en bien gobernar su reino», deben ser explicadas así: Que el que está en una posición superior, o el príncipe, trate a sus padre con respeto, y el pueblo tendrá piedad filial; que el príncipe honre la superioridad de edad entre los hermanos, y el pueblo tendrá deferencia fraternal; que el príncipe tenga conmiseración para los huérfanos, y el pueblo no obrará de una manera contraria. Por eso, el príncipe tiene en él la regla y la medida de todas las acciones.

2. Lo que reprobeis en los que estén por encima de vosotros, no lo practiquéis con los que están debajo; lo que reprobéis en vuestros inferiores, no lo practiquéis con vuestros superiores; lo que reprobéis en los que os preceden, no lo hagáis con los que os siguen; lo que reprobéis en los que os siguen, no lo hagáis con los que os preceden; lo que reprobéis en los que están a vuestra derecha, no lo hagáis con los que están a vuestra izquierda; lo que reprobéis en los que están a vuestra izquierda, no lo hagáis con los que están a vuestra derecha; he aquí lo que se llama la razón y la regla de todas las acciones.

3. El *Libro de los versos* dice:
«El único príncipe que inspira gozo
»Es aquel que es el padre y la madre del pueblo.»

Lo que el pueblo ama, amarlo; lo que el pueblo odia, odiarlo; he aquí lo que se llama ser el padre y la madre del pueblo.

4. El *Libro de los versos* dice:
«Ved a lo lejos esta gran montaña del Mediodía,
»Con sus rocas escarpadas y amenazadoras.
»Así tú, ministro Yn, brillabas por tu fiereza
»Y el pueblo te contemplaba con terror.»
El que posee un Imperio, no debe descuidar el velar atentamente sobre sí mismo, para practicar el bien y evitar el mal; si no tiene en cuenta estos principios, entonces la ruina del Imperio será la consecuencia.

5. El *Libro de los versos* dice:
«Antes que los príncipes de la dinastía de los Yn (o Chang) hubieran perdido el afecto del pueblo,
»Podían compararse al Muy-Alto,
»Podemos considerar en ellos,
»Que el mandato del Cielo no es fácil de conservar.»
Lo que quiere decir:
«Obtén el afecto del pueblo, y obtendrás el Imperio.
»Pierde el afecto del pueblo y perderás el Imperio» (248).

6. Por eso, un príncipe debe, ante todo, velar atentamente por su principio racional y moral. Si posee las virtudes que son su consecuencia, poseerá el corazón de los hombres; si posee el corazón de los hombres, poseerá también el territorio; si posee el territorio, poseerá sus rentas; si tiene sus rentas, podrá hacer uso de ellas para la administración del Estado. El principio racional y moral es la base fundamental; las riquezas no son sino lo accesorio.

7. Tratar ligeramente la base fundamental o el principio racional y moral, y hacer demasiado caso de lo accesorio o de las riquezas, es pervertir los sentimientos del pueblo y excitarle mediante el ejemplo al robo y a las rapiñas.

8. Por esta razón, si un príncipe no piensa más que

en amontonar riquezas, entonces, el pueblo, por imitarle, se abandona a todas sus malas pasiones; si, por el contrario, dispone convenientemente de las rentas públicas, entonces el pueblo se mantiene en el orden y la sumisión.

9. Es también por esto por lo que si un soberano o algunos magistrados publican decretos y ordenanzas contrarias a la justicia, experimentarán una resistencia pertinaz a su ejecución, y también por medios contrarios a la justicia; si adquieren riquezas por medios violentos y contrarios a la justicia, también las perderán por los mismos medios.

10. El *Khang-kao* dice: «El mandato del Cielo, que da a un hombre la soberanía, no se la confiere para siempre.» Lo que significa que practicando el bien o la justicia, se obtiene, y que practicando el mal o la injusticia, se pierde.

11. Las *Crónicas* de Thsu dicen:
«La nación de Thsu no considera los adornos de oro y de pedrerías como preciosos; para ella, los hombres virtuosos, los buenos y discretos ministros son las solas cosas que estima ser preciosas.»

12. *Kieu-fan* ha dicho.
«En los viajes que he hecho por el exterior, no he encontrado ningún objeto precioso; la humanidad y la amistad hacia los padres son lo que he encontrado solamente de precioso.»

13. El *Thsin-tchi* dice:
«¡Si tengo un ministro de perfecta rectitud, aun cuando no posea otra habilidad que un corazón sencillo y sin pasiones, será como si tuviera los mayores talentos! Pues al ver hombres de verdadera capacidad los haría conocer sin estar por ello más celoso que si poseyese él mismo sus talentos. Si llegase a distinguir un hombre de una virtud y de una inteligencia vastas, no se limitaría a hacer su elogio a flor de labios; le buscaría con sinceridad y le emplearía en los negocios. Podría des-

cansar en tal ministro del cuidado de proteger a mis hijos, los suyos y al pueblo. ¡Cuántas ventajas obtendría con ello mi reino!

»Pero si un ministro es celoso de los hombres de talento y, por envidia, aleja o separa a los que poseen una virtud y una habilidad eminentes, no empleándoles en los cargos importantes. y suscitándoles arteramente toda suerte de obstáculos, tal ministro, aunque posea talento incapaz es de proteger a mis hijos, a los suyos y al pueblo. ¿No podría, entonces, decirse que ello sería un peligro inminente, propio para causar la ruina del Imperio?»

14. Sólo el hombre virtuoso y lleno de humanidad puede alejar de sí tales hombres y relegarlos entre los bárbaros de los cuatro extremos del Imperio, no permitiéndoles habitar en el interior del reino.

Quiere decir esto que únicamente el hombre justo y de humanidad es capaz de amar y de odiar convenientemente a los hombres.

15. Ver a un hombre de bien y de talento y no elevarle; elevarle y no tratarle con toda la preferencia que merece es hacerle una injuria. Ver a un hombre perverso y no rechazarle; rechazarle y no alejarle a una gran distancia es cosa condenable para un príncipe.

16. Un príncipe que ama a los que son objeto del odio general, y que odia a los que son amados de todos, hace lo que se llama un ultraje a la naturaleza humana. Terribles calamidades alcanzarán, ciertamente, a tal príncipe.

17. En esto tienen los soberanos una gran regla de conducta a la que se deben ceñir; adquieren esta regla por la sinceridad y la fidelidad, y la pierden por el orgullo y la violencia.

18. Hay un gran principio para acrecentar los ingresos (del Estado o de la familia). Que los que producen estos ingresos sean numerosos y los que los disipen en menor número; que los que los hacen crecer mediante

su trabajo sean cuidadosos, y los que los consumen lo hagan con moderación; entonces, de este modo, los ingresos serán siempre suficientes.

19. El hombre humano y caritativo obtiene la consideración a su persona usando generosamente de sus riquezas; el hombre sin humanidad y sin caridad, aumenta sus riquezas a expensas de su consideración.

20. Cuando el príncipe ama la humanidad y practica la virtud, es imposible que el pueblo no ame la justicia; y cuando el pueblo ama la justicia, es imposible que los asuntos del príncipe no tengan un fin feliz; es igualmente imposible que los impuestos exigidos debidamente no sean pagados exactamente.

21. Meng-hien-tsé ha dicho: «Los que mantienen caballos y poseen carros de a cuatro de ellos, no crían pollos y cerdos, que son la ganancia de los pobres. Una familia que derrocha el lujo en las ceremonias de sus antepasados, no mantiene bueyes ni carneros. Una familia de cien carros, o un príncipe, no conservan ministros, que sólo buscan aumentar los impuestos para acumular riquezas. De haber ministros que no buscasen sino aumentar los impuestos para amontonar riquezas, valdría más que hubiera ministros que no pensasen sino en dilapidar el tesoro del soberano. Lo que quiere decir que los que gobiernan un reino no deben obtener su riqueza privada de los ingresos públicos, sino que deben hacer de la justicia y de la equidad su sola riqueza.

22. Si los que gobiernan los Estados no piensan sino en acumular riquezas para su uso personal, atraerán, indudablemente, a su lado hombres depravados; estos hombres les harán creer que son ministros virtuosos, y estos hombres depravados gobernarán el reino. Pero la administración de estos ministros acarreará al gobierno los castigos divinos y las venganzas del pueblo. Cuando los negocios públicos lleguen a este punto, ¿qué ministros, aunque sean los más justos y los más virtuosos, evitarán tales desgracias? Lo que quiere decir que

los que gobiernan un reino no deben formar su riqueza privada con los ingresos públicos, sino que deben hacer de la justicia y la equidad su sola riqueza.

TCHUNG - YUNG

o

LA INVARIABILIDAD EN EL MEDIO

Recopilado por

Tsseu - Sse, nieto y discípulo de Kungtsé

SEGUNDO LIBRO CLASICO

Capítulo Primero

1. El mandato del cielo (o principio de las operaciones vitales y de las acciones inteligentes conferidas por el Cielo a los seres vivientes) se llama naturaleza racional; el principio que nos dirige en la conformidad de nuestras acciones con la naturaleza racional, se llama regla de conducta moral o vía recta; el sistema coordinado de la regla de conducta moral o vía recta se llama doctrina de los deberes o instituciones.

2. La regla de conducta moral, que debe dirigir las acciones, es de tal modo obligatoria, que no podemos separarnos de ella un solo instante. De poder separarnos de ella no sería una regla de conducta inmutable. Es por lo que el hombre superior o el que se identifica con la recta vía, vela de corazón sobre los principios que no son discernidos por todos los hombres, y medita con precaución sobre lo que no está aún reconocido y proclamado como doctrina.

3. Nada es más evidente para el sabio que las cosas

ocultas en el secreto de la conciencia; nada es para él más manifiesto que las causas más sutiles de las acciones. He aquí por qué el hombre superior vela atentamente sobre las inspiraciones secretas de su conciencia.

4. Antes que el gozo, la satisfacción, la cólera, o la tristeza, se produzcan en el alma (con exceso), el estado en que se encuentra de llama *medio*. Una vez que se producen en el alma y aún no han alcanzado cierto límite, el estado en que se encuentra se llama *armónico*. Este *medio* es la gran base fundamental del Mundo; la *armonía* es su ley universal y permanente.

5. Cuando el *medio* y la *armonía* se llevan a punto de perfección, el Cielo y la Tierra se hallan en un estado de tranquilidad perfecta y todos los seres reciben su completo desenvolvimiento.

Capítulo II

1. El filósofo Tchun-ni (Kungtsé) dice:
«El hombre de una virtud superior persevera invariablemente en el medio; el hombre vulgar o sin principios está constantemente en oposición con este medio invariable.

2. »El hombre de una virtud superior persevera, sin duda, invariablemente, en el medio; por lo mismo que es de una virtud superior se conforma con las circunstancias para poseer el medio. El hombre vulgar y sin principos, también posee alguna vez el medio; pero a causa de ser un hombre sin principios, no teme seguirle temerariamente en todo y por todo (sin conformarse a las circunstancias).»

Capítulo III

1. El Filósofo (Kungtsé) decía:
«¡Oh! ¡Qué admirable es el límite de la perseverancia en el medio! ¡Hay bien pocos hombres que sepan atenerse a ello mucho tiempo!».

Capítulo IV

1. El Filósofo decía: «La vía recta no es seguida; conozco la causa de ello. Los hombres instruídos la sobrepujan, los inorantes no la alcanzan. La vía recta no es evidente para todo el mundo; lo sé; los hombres de virtud fuerte van más allá; los de una virtud débil no llegan a ella.

2. »De todos los hombres, no hay uno que no beba y no coma; pero ¡qué pocos de entre ellos son capaces de discernir los sabores!»

Capítulo V

1. El Filósofo decía: «¡Qué de deplorar es que no se siga la vía recta!»

Capítulo VI

1. El Filósofo decía: «¡Qué grandes eran la sabiduría y la penetración de Chun! Le placía interrogar a los hombres y examinar atentamente por sí mismo las respuestas de los que se le acercaban; suprimía las malas cosas y divulgaba las buenas. Tomando los dos extremos de estas últimas, no se servía más que de su medio con el pueblo. ¡Obrando así es como llegó a ser el gran Chun!»

Capítulo VII

1. El Filósofo decía: «Todo hombre que dice: Sé distinguir los móviles de las acciones humanas, presume demasiado de su ciencia; arrastrado por su orgullo, cae pronto en mil lazos, en mil redes, que no sabe evitar. Todo hombre que dice: Sé distinguir los móviles de las acciones humanas, elige el estado de perseverancia en la vía recta, igualmente alejada de los extremos; pero no puede conservarlo tan siquiera durante una luna.»

Capítulo VIII

1. El Filósofo decía: «Huí ¡era verdaderamente un hombre! Eligió el estado de perseverancia en la vía recta, igualmente alejada de los extremos. Una vez que había adquirido una virtud, se entregaba fuertemente a ella, la cultivada en su interior y no la perdía jamás.»

Capítulo IX

1. El Filósofo decía: «Los Estados pueden ser gobernados con justicia; las dignidades y los emolumentos pueden rehusarse; los instrumentos de ganancias y de provecho pueden ser pisoteados: la perseverancia en la vía recta, igualmente alejada de los extremos, ésta ¡no puede guardarse!»

Capítulo X

1. Tseu-lu (discípulo de Kungtsé) interrogó a su maestro sobre la fuerza del hombre.

2. El Filósofo respondió: «¿Es sobre la fuerza viril de las comarcas meridionales, o sobre la fuerza viril de las comarcas septentrionales? ¿Hablas de tu propia fuerza?

3. »Tener maneras benévolas y dulces para instruir a los hombres; tener compasión para los insensatos que se revuelven contra la razón: he aquí la fuerza viril propia de las comarcas meridionales; a ella es a la que se vincula el sabio.

4. »Hacer su lecho de láminas de hierro y de corazas de pieles de bestias salvajes; contemplar sin temblar la proximidad de la muerte: he aquí la fuerza viril propia de las comarcas septentrionales; a ésta es a la que se vinculan los bravos.

5. »Sin embargo, ¡qué fuerza de alma la del hombre

superior que vive siempre en paz con sus semejantes y no se deja corromper por las pasiones! ¡Este es mucho más fuerte y mucho más grande! Qué fuerza de alma la del que se conduce sin separarse de la vía recta, igualmente alejada de los extremos! ¡Este es mucho más fuerte y mucho más grande! ¡Qué fuerza de alma la del que cuando su país goza de una buena administración, que es obra suya, no se deja corromper o cegar por su orgullo! ¡Este es mucho más fuerte y mucho más grande! Qué fuerza de alma la del que cuando su país, sin leyes, carece de una buena administración, permanece inmutable en la virtud hasta la muerte! ¡Este es mucho más fuerte y mucho más grande!»

Capítulo XI

1. El Filósofo decía: «Investigar los principios de las cosas que están ocultos a la inteligencia humana; realizar acciones extraordinarias que parezcan extrañas a la naturaleza del hombre; en una palabra, obrar prodigios para procurarse admiradores y sectarios en los siglos futuros: he ahí lo que no quisiera hacer.

2. »El hombre de virtud superior se aplica a seguir y recorrer enteramente la vía recta. Hacer la mitad del camino y deshacerlo en seguida, es una acción que no quisiera imitar.

3. »El hombre de virtud superior persevera, naturalmente, en la práctica del medio igualmente alejado de los extremos. Huir del Mundo, no ser ni visto ni conocido de los hombres y, sin embargo, no experimentar por ello pena alguna: todo esto no es posible, sino para un santo.»

Capítulo XII

1. «La vía recta (o regla de la conducta moral del sabio, igualmente alejada de los extremos) es de uso tan amplio, que se puede aplicar a todas las acciones de

los hombres; pero es de una naturaleza tan sutil, que no es distinguida por todos.

2. »Las personas más ignorantes y más groseras de la multitud, hombres y mujeres, pueden alcanzar esta ciencia sencilla, que consiste en conducirse bien; pero no es posible a nadie, ni aun a los que han llegado al más alto grado de santidad, alcanzar la perfección de esta ciencia moral: siempre queda alguna cosa desconocida que sobrepuja a las más nobles inteligencias de la Tierra. Las personas más ignorantes y más groseras de la multitud, hombres y mujeres, pueden practicar esta regla de conducta moral en lo que tiene de más general y de más común; pero no es posible a nadie, ni aun a los que han llegado al más alto grado de santidad, alcanzar la perfección de esta regla de conducta moral: siempre queda alguna cosa que no se puede practicar. El Cielo y la Tierra, sin duda, son grandes; sin embargo, el hombre encuentra en ellos algunas imperfecciones. Por eso, el sabio, hablando de lo que la regla de conducta moral del hombre tiene de más grande, dice que el Mundo no puede contenerla; y hablando de lo que tiene de más pequeño, dice que el Mundo no puede dividirla.»

3. El *Libro de los versos* dice:

«El pájaro youan vuela hasta los cielos, el pez se sumerge hasta los abismos.»

Lo que quiere decir que la regla de conducta moral del hombre es la ley de todas las inteligencias, que ilumina el Universo, así en lo más alto de los cielos como en lo más profundo de los abismos.

4. La regla de conducta moral del sabio tiene su principio en el corazón de todos los hombres, desde donde se eleva a su más alta manifestación para esclarecer el Cielo y la Tierra con sus rayos resplandecientes.

Capítulo XIII

1. El Filósofo ha dicho: «La vía recta o la regla de conducta que debe seguirse no está alejada de los hom-

bres. Si los hombres se hacen una regla de conducta alejada de ellos, es decir, que no sea conforme a su propia naturaleza, ésta no debe ser considerada como una regla de conducta.»

2. El *Libro de los versos* dice:
«El artesano que talla un mango de hacha igual a otro mango,
»No tiene su modelo lejos de él.»
Tomando el mango modelado para tallar el otro mango, mira de un lado y de otro y, después de haber confeccionado el nuevo mango, examina muy bien ambos para ver si se diferencian aún el uno del otro. De la misma manera, el sabio se sirve del hombre o de la Humanidad para gobernar y dirigir a los hombres; una vez que los ha conducido al bien, se detiene allí.

3. Aquel cuyo corazón es recto y que tiene hacia los demás los mismos sentimientos que para sí mismo, no se separa de la ley moral del deber prescrita a los hombres por su naturaleza racional; no hace a los demás lo que no desea que se haga con él mismo.

4. La regla de conducta moral del sabio le impone cuatro grandes obligaciones: yo no puedo siquiera cumplir una por completo. Lo que se exige de un hijo, que sea sumiso a su padre, no puedo siquiera observarlo aún; lo que se exige de un súbdito, que sea sumiso a su príncipe, no puedo siquiera observarlo aún; lo que se exige de un hermano menor, que sea sumiso a su hermano mayor, no puedo siquiera observalo aún; lo que se exige de los amigos, que en todo den la preferencia a sus amigos, no lo puedo siquiera observar aún. El ejercicio de estas virtudes constantes, eternas; la circunspección en las palabras de todos los días; no olvidar hacer todos sus esfuerzos por llegar al entero cumplimiento de sus deberes; no dejarse llevar de un desbordamiento de palabras superfluas; hacer de modo que las palabras respondan a las obras y las obras a las palabras; obrando de este modo, ¿cómo no podría el sabio ser sincero y veraz?

Capítulo XIV

1. El hombre sabio que está identificado con la ley moral, siguiendo constantemente la línea media, igualmente alejada de los extremos, obra según los deberes de su estado, sin desear nada que le sea extraño.

2. El rico, colmado de honores, obra como debe obrar un hombre rico y colmado de honores. El pobre, despreciado, obra como debe obrar un hombre pobre y despreciado. El extranjero, de una civilización diferente, debe obrar como un hombre extranjero y de una civilización diferente. El desgraciado, abrumado por el infortunio, debe obrar como un desgraciado abrumado por el infortunio. El sabio que está identificado con la ley moral, conserva siempre bastante imperio sobre sí mismo para cumplir los deberes de su estado en cualquier condición que se halle.

3. Si está en un rango superior, no atormenta a sus inferiores; si está en un rango inferior, no asedia con solicitaciones bajas y codiciosas a los que ocupan un rango superior. Se mantiene siempre en la rectitud, y no pide nada a los hombres; con ello la paz y la serenidad de su alma no son jamás turbadas. No murmura contra el Cielo y no acusa a los hombres de sus infortunios.

4. Es por lo que el sabio conserva un alma siempre igual, esperando el cumplimiento del destino celeste. El hombre que se halla fuera de la vía del deber, se arroja a mil empresas temerarias para buscar lo que no debe obtener.

5. El Filósofo ha dicho: «El arquero puede ser, bajo cierto punto, comparado al sabio: si se aleja del blanco al que apunta, reflexiona consigo mismo para buscar la causa.»

Capítulo XV

1. La vía moral del sabio puede ser comparada a la ruta del viajero, que debe comenzar donde se halla para alejarse en seguida; también puede ser comparada al camino del que escala un sitio elevado partiendo del lugar bajo en que se encuentra.

2. El *Libro de los versos* dice:
«Una mujer y unos hijos que aman la unión y la armonía
»Son como los acordes producidos por el Khin y el Khe.
»Cuando los hermanos viven en la unión y la armonía, la alegría y la felicidad reina entre ellos. Si el buen orden reina en vuestra familia, vuestra mujer y vuestros hijos serán dichosos y estarán satisfechos.»

3. El Filósofo ha dicho: «¡Qué contento y qué alegría deben de experimentar una madre y un padre al frente de tal familia!»

Capítulo XVI

1. El Filósofo ha dicho: «¡Qué vastas y profundas son las facultades de las potencias sutiles de la Naturaleza!

2. »Se trata de percibirlas, y no se las ve; se quiere oírlas, y no se las oye; identificadas a la sustancia de las cosas, no pueden ser separadas de ellas.

3. »Hacen que en todo el Universo los hombres purifiquen y santifiquen su corazón, se revistan de sus trajes de gala para ofrecer sacrificios y oblaciones a sus antepasados. ¡Es un océano de inteligencias sutiles! Están por doquier sobre noosotros, a nuestra derecha, a nuestra izquierda; nos rodean por todas partes.»

4. El *Libro de los versos* dice:
«La llegada de los espíritus sutiles

»No puede determinarse,
»Mucho menos si se les descuida.»

5. Sin embargo, estos espíritus, por muy imperceptibles y sutiles que sean, se manifiestan en las formas corporales de los seres; siendo su esencia una esencia real, verdadera, no puede manifestarse bajo una forma cualquiera.

Capítulo XVII

1. El Filósofo ha dicho: «¡Qué grande era la piedad filial de Chun! Fue un santo por su virtud; su dignidad fue la dignidad imperial; sus posesiones se extendían por los cuatro mares (249); ofreció los sacrificios imperiales a sus antepasados en el templo que les estaba consagrado; sus hijos y sus nietos conservaron sus honores durante una serie de siglos.

2. »De este modo, su gran virtud fue, sin duda alguna, el principio que le hizo obtener su dignidad imperial, sus rentas públicas, su renombre y la larga duración de su vida.

3. »He aquí cómo el Cielo, en la producción continua de los seres, les da, sin duda alguna, lo que necesitan, según su propia naturaleza o sus tendencias naturales: al árbol en pie le hace crecer, le desarrolla; al árbol caído, muerto, le seca, le reduce a polvo.»

4. El *Libro de los versos* dice:
«¡Que el príncipe que gobierna con sabiduría sea alabado!
»Su brillante virtud resplandece en todas partes;
»Trata como se merecen a los magistrados y al pueblo.
»Tiene sus bienes y su poder del Cielo;
»Mantiene la paz, y la tranquilidad y la abundancia, distribuyendo (las riquezas que ha recibido);
»Y el Cielo se las devuelve de nuevo.»
Es evidente por esto que la gran virtud de los sabios les hace obtener el mandato del Cielo para gobernar a los hombres.

Capítulo XVIII

1. El Filósofo ha dicho: «El único de los hombres que no experimentó las penas del alma fue, ciertamente, Ven-vang. Tuvo por padre a Vang-ki, y Vu-vang fue su hijo. Todo el bien que el padre había emprendido fue terminado por su hijo.

2. »Vu-vang continuó las buenas obras de Taï-vang, de Vang-ki y de Ven-vang. No se revistió más que una vez de sus trajes de guerra, y todo el Imperio fue suyo, Jamás perdió su persona su alto renombre en todo el Imperio; su dignidad fue la de hijo del Cielo (es decir, de Emperador); sus posesiones se extendieron hasta los cuatro mares. Ofreció los sacrificios imperiales a sus antepasados en el templo que los había consagrado; sus hijos y sus nietos conservaron sus honores y su poder durante una serie de siglos.

3. »Vu-vang era ya de muy avanzada edad cuando aceptó el mandato del Cielo que le confería el Imperio. Tcheu-kung realizó las intenciones virtuosas de Ven-vang y de Vu-vang. Remontándose a sus antepasados, elevó a Taï-vang y a Vang-ki al rango de rey, que no habían poseído, y los ofreció sacrificios, según el rito imperial. Estos ritos se extendieron a los príncipes tributarios, a los grandes del Imperio revestidos de dignidades, hasta a los letrados y a los hombres del pueblo sin títulos ni dignidades. Si el padre había sido un grande del Imperio, y el hijo era letrado, éste hacía funerales a su padre, según el uso de los grandes del Imperio, y le sacrificaba, según el uso de los letrados; si su padre había sido un letrado y el hijo era un grande del Imperio, éste hacía los funerales a su padre, según el uso de los letrados, y le sacrificaba según el uso de los grandes del Imperio. El luto de un año se extendía hasta los grandes; el luto de tres años se extendían hasta el Emperador. El luto del padre y de la madre se llevaba tres años, sin distinción de rango; era lo mismo para todos.»

Capítulo XIX

1. El Filósofo ha dicho: «¡Oh! ¡Qué lejos se extendía la piedad filial de Vu-vang y de Tcheu-Kung!

2. »Esta misma piedad filial supo seguir, por fortuna, las intenciones de los antiguos sabios que les habían precedido y transmitir a la posteridad el relato de sus grandes empresas.

3. »En otoño y en primavera, estos dos príncipes decoraban con cuidado el templo de sus antepasados, disponían cuidadosamente los vasos y utensilios antiguos, los más preciosos (en el número de los cuales estaban el gran sable de vaina de púrpura y la esfera celeste de Chun); exponían al público las ropas y las diferentes vestiduras de los antepasados y les ofrecían los frutos de la estación.

4. »Estos ritos eran los de la sala de los antepasados; por esta razón, los que asistían eran colocados cuidadosamente a derecha e izquierda, según lo exigía su dignidad o su rango; las dignidades y los rangos eran observados; por esta razón los altos dignatarios eran distinguidos del común de los asitentes; las funciones ceremoniales eran atribuídas a los que merecían llenarlas; por eso se sabía distinguir a los sabios de los demás hombres; retirada la multitud de la ceremonia, la familia se reunía para el festín acostumbrado, sirviendo los jóvenes a los de más edad; por eso la solemnidad alcanzaba a las personas menos elevadas en dignidad. Durante los festines se observaba el color de los cabellos, y por esta razón los asistentes estaban colocados según su edad.

5. »Estos príncipes Vu-vang y Tcheu-Kung sucedían a la dignidad de sus antepasados; practicaban sus ritos; ejecutaban su música; honraban a los que ellos habían respetado; querían lo que ellos habían amado; los servían muertos como los hubieren servido vivos; los servían en la tumba como si aún estuvieran cerca de ellos; ¿no es esto el colmo de la piedad filial?

6. »Los ritos del sacrificio al Cielo y del sacrificio a la Tierra eran los que empleaban para rendir sus homenajes al Supremo Señor; los ritos del templo de los antepasados eran los que empleaban para ofrecer sacrificios a sus predecesores. El que esté perfectamente instruído de los ritos del sacrificio al Cielo y del sacrificio a la Tierra, y comprenda a la perfección el sentido del gran sacrificio quinquenal llamado Ti, y del gran sacrificio otoñal llamado Chang, gobernará el reino sin más dificultad que miraría la palma de su mano.»

Capítulo XX

1. Ngai-kung interrogó a Kungtsé sobre los principios constitutivos de un buen gobierno.

2. El Filósofo dijo: «Las leyes gubernamentales de los reyes Ven y Vu están consignadas todas enteras en las tablillas de bambú. Si sus ministros existieran aún, entonces sus leyes administrativas estarían en vigor; sus ministros han cesado de ser, y sus principios para bien gobernar no se han seguido.

3. »Son las virtudes, las cualidades reunidas por los ministros de un príncipe, las que hacen la buena administración de un Estado, como la virtud fértil de la Tierra, reuniendo lo blando y lo duro, hace crecer las plantas que cubren su superficie. Esta buena administración de que me hablas se parece a las cañas que bordean los ríos: se producen naturalmente sobre un suelo conveniente.

4. »Así, la buena administración de un Estado depende de los ministros que le son nombrados. Un príncipe que quiera imitar la buena administración de los antiguos reyes, debe elegir sus ministros según sus propios sentimientos, siempre inspirados en el bien público; porque teniendo sus sentimientos siempre por móvil el bien público, se debe conformar con la gran

ley del deber; y esta gran ley del debe debe buscarse en la humanidad, virtud hermosa del corazón, principio del amor hacia todos los hombres.

5. »Esta humanidad es el hombre mismo; la amistad hacia los padres es su primer deber. La justicia es la equidad; es dar a cada uno lo que le conviene; honrar a los hombres sabios es el primer deber. El arte de saber distinguir lo que se debe a los parientes de diferentes grados, el de saber cómo honrar a los sabios según sus méritos, no se aprende sino por los ritos o principios de conducta inspirados por el Cielo.

6. »Por eso el príncipe no puede dispensarse de corregir y perfeccionar su persona; en el propósito de corregir y perfeccionar su persona, no puede dispensarse de ofrecer a sus padres lo que es debido, y no se puede dispensar de conocer a los hombres sabios para honrarlos y para que ellos le puedan instruir de sus deberes. En el propósito de conocer a los hombres sabios, no puede dispensarse de conocer el Cielo o la ley que dirige en la práctica de los deberes prescritos.

7. »Los deberes más universales para el género humano son en número de cinco; el hombre posee tres facultades naturales para practicarlos. Los cinco deberes son: las relaciones que deben existir entre el príncipe y sus ministros, el padre y sus hijos, el marido y la mujer, los hermanos mayores y los hermanos menores, y la unión de los amigos entre ellos, cuyas cinco relaciones constituyen la ley natural del deber, la más universal para los hombres. La conciencia, que es la luz de la inteligencia para distinguir el bien y el mal; la humanidad, que es la equidad del corazón; el valor moral, que es la fuerza del alma, son las tres grandes y universales facultades morales del hombre; pero aquello de lo que debe servirse para practicar los cinco grandes deberes se reduce a una sola y única condición.

8. »Sea que baste nacer para conocer estos deberes universales; sea que el estudio haya sido necesario para

conocerlos; sea que su conocimiento haya exigido grandes trabajos, cuando se haya llegado a este conocimiento, el resultado es el mismo; sea que se practiquen, naturalmente y sin esfuerzos, estos deberes universales; sea que se los practique con el objeto de sacar de ellos provechos o ventajas personales; sea que se los practique difícilmente y con esfuerzos, cuando se ha llegado a la realización de obras meritorias, el resultado es el mismo.»

9. El Filósofo ha dicho: «El que ama el estudio o la aplicación de su inteligencia a la investigación de la ley del deber, está muy cerca de la ciencia moral; el que realiza todos sus esfuerzos para practicar sus deberes, está muy cerca de esta abnegación por la felicidad de los hombres que se llama humanidad; el que sabe avergonzarse de su debilidad en la práctica de sus deberes, está muy cerca de la fuerza de alma necesaria para su cumplimiento.

10. »El que sabe estas tres cosas, conoce entonces los medios que es preciso emplear para regular bien su persona o perfeccionarse a sí mismo; conociendo los medios que es preciso emplear para regular su persona, conoce entonces los medios que es preciso emplear para hacer practicar la virtud a los demás hombres; conociendo los medios que es preciso emplear para hacer practicar la virtud a los demás hombres, conoce los medios que es preciso emplear para gobernar los imperios y reinos.

11. »Todos los que gobiernan los imperios y los reinos tienen nueve reglas invariables que seguir, a saber: regularse o perfeccionarse a sí mismo, reverenciar a los sabios, amar a sus parientes, honrar a los primeros funcionarios del Imperio o ministros, estar en perfecta armonía con los demás funcionarios y magistrados, tratar y querer al pueblo como a un hijo, atraer cerca de sí a todos los sabios y artistas, acoger agradablemente a los hombres que vengan de lejos, a los extranjeros, y tratar con amistad a todos los grandes vasallos.

12. »En el momento que el príncipe tenga bien regulada y mejorada su persona, al punto los deberes universales serán cumplidos respecto a él mismo; en el momento que haya reverenciado a los sabios, al punto no tendrá duda sobre los principios de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; en el instante que sus parientes sean objeto de los afectos que les son debidos, pronto no tendrá disensiones entre sus tíos, sus hermanos mayores y sus hermanos menores; desde el momento en que honre convenientemente a los funcionarios superiores o ministros, al punto verá los negocios del Estado en buen orden; desde el momento en que trate como conviene a los funcionarios y magistrados secundarios, al punto los doctores, los letrados, desempeñarán con celo sus deberes en las ceremonias; desde el instante en que ame y trate a su pueblo como a un hijo, al punto el mismo pueblo será impelido a imitar a sus superiores; desde el momento en que se haya atraído a sí a todos los sabios y artistas, al punto sus riquezas serán usadas con suficiencia; desde el momento en que acoja con agrado a los hombres que vengan de lejos, en seguida los hombres de los cuatro extremos del Imperio acudirán en tropel a sus Estados para gozar de sus beneficios; desde el momento en que trate con amistad a sus grandes vasallos, al punto será respetado en todo el Imperio.

13. »Purificarse de toda mancha, tener siempre un exterior limpio y decente y vestidos distinguidos, no permitirse ningún movimiento, ninguna acción contraria a los ritos prescritos: he ahí los medios que es preciso emplear para regular bien su persona; rechazar de sí a los aduladores, huir de las seducciones de la belleza, despreciar las riquezas, estimar en alto precio la virtud y a los hombres que la practican: he ahí los medios que es preciso emplear para dar emulación a los sabios; honrar la dignidad de sus parientes, au-

mentar sus rentas, amar y evitar lo que ellos amen y eviten: he ahí los medios que es preciso emplear para hacer nacer la amistad entre los parientes; crear bastantes funcionarios inferiores para ejecutar las órdenes de los superiores: he ahí el medio que es preciso emplear para excitar el celo y la emulación de los ministros; aumentar los salarios de los hombres llenos de fidelidad y de probidad: he ahí el medio de excitar el celo y la emulación de los demás funcionarios públicos; no exigir servicios del pueblo sino en los tiempos convenientes; disminuir los impuestos: he ahí los medios de excitar el celo y la emulación de las familias; examinar cada día si la conducta de los hombres que se emplea es regular, y ver todos los meses si sus trabajos responden a sus salarios: he ahí los medios de excitar el celo y la emulación de los artistas y de los artesanos; acompañar a los extranjeros cuando se vayan; ir al encuentro de los que llegan para recibirlos bien; hacer el elogio de los que tienen bellas cualidades y hermosos talentos; tener compasión de los que carecen de ellos: he ahí los medios de recibir bien a los extranjeros; prolongar la prosperidad de los grandes feudatarios sin hijos, reintegrarlos en su estados perdidos por las sediciones, socorrerlos en sus peligros, hacer venir a su corte a los grandes vasallos y ordenarlos hacer traer por los gobernadores de provincia los presentes usuales en las épocas fijas, tratar con grandeza a los que se van y generosamente a los que llegan, no exigiéndoles sino ligeros tributos: he ahí los medios de hacerse amar de los grandes vasallos.

14. »Todos los que gobiernan los imperios tienen las nueve reglas invariables a seguir: los medios que han de emplear para practicarlas se reducen a una sola.

15. »Todas las acciones virtuosas, todos los deberes que han sido resueltos de antemano son cumplidos con ello mismo; si no son resueltos de antemano, están por ello mismo en estado de infracción. Si se ha determinado de antemano las palabras que han de pronunciarse, no se experimenta entonces ninguna vacilación. Si se han determinado de antemano sus asuntos, sus ocupaciones en el Mundo, por lo mismo se realizan fácilmente. Si se ha determisado de antemano su conducta moral en la vida, no se experimentarán penas del alma. Si se ha determinado de antemano la ley del deber, no fallará jamás.

16. »Si el que está en un rango inferior no obtiene la confianza del superior, el pueblo no puede estar bien administrado; hay un principio cierto en la determinación de esta relación: *El que no es sincero y fiel con sus amigos no obtendrá la confianza de sus superiores.* Hay un principio cierto para determinar las relaciones de fidelidad y de sinceridad con los amigos: *El que no es sumiso con sus parientes, no es sincero y fiel con sus amigos.* Hay un principio cierto para determinar las relaciones de obediencia con sus parientes: *Si volviéndose hacia sí mismo no se encuentra enteramente despojado de toda mentira, de todo lo que no es la verdad; si, en fin, no se encuentra perfecto, no se llenan cumplidamente sus deberes de obediencia con sus parientes.* Hay un principio cierto para reconocer el estado de perfección: *El que no sabe distinguir el bien del mal, lo verdadero de lo falso; que no sabe reconocer en el hombre el mandato del Cielo, no ha llegado todavía a la perfección.*

17. »Lo perfecto, lo verdadero, desligado de toda mezcla, es la ley del Cielo; la perfección, o el perfeccionamiento, que consiste en emplear todos sus esfuerzos para descubrir la ley celeste, el verdadero principio del mandato del Cielo es la ley del hombre. El hombre perfecto (*ching-tche*) alcanza esta ley sin socorro extraño; no tiene necesidad de meditar, de reflexionar largo tiempo para obtenerla; llega a ella con calma y tranquilidad; allí está el *santo hombre* (*ching-jin*). El que tiende constantemente a este perfeccionamiento es el sabio, que sabe distinguir el bien del mal, elige el

bien y se afianza fuertemente a él para no perderle jamás.

18. »Debe estudiar mucho para aprender todo lo que es el bien; debe interrogar con discernimiento para investigar y esclarecer todo lo que es el bien; debe velar cuidadosamente sobre todo lo que es el bien, con el temor de perderle, y meditarlo en su alma; debe esforzarse siempre por conocer todo lo que es el bien, y tener gran cuidado de distinguirle de todo lo que es el mal; debe en seguida practicar este bien con firmeza y constancia.

19. »Si hay personas que no estudian, o que si estudian no lo aprovechan, que no se desanimen ni se detengan; si hay personas que no interrogan para aclarar las cosas dudosas o que ignoran, a los hombres instruídos, o si, interrogándoles, no pueden llegar a ser más instruídos, que no se desanimen; si hay personas que no meditan o, si meditan, no llegan a adquirir un conocimiento claro del principio del bien, que no se desanimen; si hay personas que no distinguen el bien del mal o que, si lo distinguen, no tienen, sin embargo, una percepción clara y sencilla, que no se desanimen; si hay personas que no practican el bien o que, si lo practican, no pueden emplear en él todas sus fuerzas, que no se desanimen: lo que otros hacen en una vez, ellos lo harán en diez; lo que otros hacen en ciento, ellos lo harán en mil.

20. »El que siga verdaderamente esta regla de perseverancia, por ignorante que sea, llegará a estar necesariamente iluminado; por débil que sea, llegará a ser necesariamente fuerte.»

Capítulo XXI

1. La alta luz y la inteligencia, que nace de la perfección moral o de la verdad sin mezcla, se llama virtud natural o santidad primitiva. La perfección moral,

que nace de la alta luz de la inteligencia, se llama instrucción o santidad adquirida. La perfección moral supone la alta luz de la inteligencia; la alta luz de la inteligencia supone la perfección moral.

Capítulo XXII

1. No hay en el Mundo más que los hombres soberanamente perfectos que puedan conocer a fondo su propia naturaleza, la ley de su ser y los deberes que de ella se derivan; pudiendo conocer a fondo su propia naturaleza y los deberes que de ella se derivan, pueden, por esto mismo, conocer a fondo la naturaleza de los demás hombres, la ley de su ser y enseñarles todos los deberes que tiene que observar para cumplir el mandato del Cielo, pueden por eso mismo conocer a fondo la naturaleza de los demás seres vivientes y vegetantes y hacerles cumplir su ley de vitalidad, según su propia naturaleza, y pueden por eso mismo, por medio de sus facultades inteligentes superiores, ayudar al Cielo y a la Tierra en las transformaciones y mantenimiento de los seres, para que alcancen su completo desenvolvimiento; pudiendo ayudar al Cielo y a la Tierra en las transformaciones y mantenimiento de los seres, pueden por eso mismo constituir un tercer poder con el Cielo y la Tierra.

Capítulo XXIII

1. Los que vienen inmediatamente después de esos hombres soberanamente perfectos por su propia naturaleza, son los que realizan todos sus esfuerzos para rectificar sus inclinaciones apartadas del bien; una vez estas inclinaciones apartadas, pueden llegar al estado de perfección; habiendo llegado al estado de perfección, entonces producen efectos exteriormente visibles;

habiéndose producido estos efectos exteriormente visibles, se manifiestan; habiéndose manifestado, entonces arrojarán una gran luz; habiendo arrojado una gran luz, entonces conmoverán los corazones; habiendo conmovido los corazones, obrarán numerosas conversiones; habiendo obrado numerosas conversiones, entonces borrarán hasta los últimos trazos del vicio: no hay en el Mundo sino los hombres soberanamente perfectos que puedan ser capaces de borrar así los últimos trazos del vicio en el corazón de los hombres.

Capítulo XXIV

1. Las facultades del hombre soberanamente perfecto son tan poderosas que puede, por medio de ellas, prever las cosas futuras. La elevación de las familias reales se anuncia también, seguramente, por felices presagios; la caída de las dinastías también se anuncian, seguramente, por funestos presagios; estos presagios, felices o funestos, se manifiestan en la gran hierba llamada *chi*, en el dorso de la tortuga, y excitan en ella tales movimientos, que hacen temblar sus cuatro miembros. Cuando los acontecimientos felices o desgraciados están próximos, el hombre soberanamente perfecto prevé con certeza si serán felices; igualmente prevé si serán desgraciados, porque el hombre soberanamente perfecto se asemeja a las inteligencias sobrenaturales.

Capítulo XXV

1. El perfecto es por sí mismo perfecto, absoluto; la ley del deber es por sí misma la ley del deber.

2. El perfecto es el principio y el fin de todos los seres; sin el perfecto o la perfección, los seres no existirían. Por eso el sabio estima esta perfección por encima de todo.

3. El hombre perfecto no se limita a perfeccionarse a sí mismo y detenerse en seguida; por esa razón se dedica a perfeccionar también a los demás seres. Perfeccionarse a sí mismo es, sin duda, una virtud; perfeccionar a los demás seres es una ciencia elevada; estos dos perfeccionamiento son virtudes de la Naturaleza o de la facultad racional pura. Reunir el perfeccionamiento exterior y el perfeccionamiento interior, constituye la regla del deber. Así es como se obra convenientemente, según las circunstancias.

Capítulo XXVI

1. Por eso el hombre soberanamente perfecto no cesa jamás de practicar el bien o de trabajar en el perfeccionamiento de los demás hombres.

2. No cesando jamás de trabajar en el perfeccionamiento de los demás hombres, persevera siempre en sus buenas acciones; perseverando siempre en sus buenas acciones, entonces todos los seres tratan de imitarle.

3. Tratando todos los seres de imitarle, entonces la influencia de la virtud se agranda y se extiende lejos; agrandada y extendida lejos, entonces es vasta y profunda; siendo vasta y profunda, entonces es alta y resplandeciente.

4. La virtud del hombre soberanamente perfecto es vasta y profunda; por eso tiene la facultad de contribuir al sostenimiento y al desenvolvimiento de los seres; es alta y resplandeciente: por eso tiene en sí la facultad de iluminarlos con su luz; es grande y perseverante: por eso tiene en sí la facultad de contribuir a su perfeccionamiento e identificarse por sus obras con el Cielo y la Tierra.

5. Los hombres soberanamente perfectos, por la grandeza y la profundidad de su virtud, se asimilan con la Tierra; por su altura y su brillo, se asimilan con el

Cielo; por su extensión y su duración, se asimilan con el espacio y el tiempo sin límite.

6. El que se halla en esta elevada condición de santidad perfecta no se muestra, y, sin embargo, como la Tierra, se revela por sus beneficios; no se mueve, y, sin embargo, como el Cielo, obra numerosas transformaciones; no obra, y, sin embargo, como el espacio y el tiempo, llega al perfeccionamiento de sus obras.

7. La potencia, o la ley productora del Cielo y de la Tierra, puede expresarse mediante una sola palabra; su acción en el uno y en la otra no es doble; es la perfección; pero entonces su producción de los seres es incomprensible.

8. La razón de ser, o la ley del Cielo y de la Tierra, es, en efecto, vasta; ¡es profunda!, ¡es sublime!, ¡es brillante!, ¡es inmensa!, ¡es eterna!

9. Si dirigimos un instante nuestras miradas al Cielo, no percibimos al principio más que un reducido espacio centelleante de luz; pero si nos pudiéramos elevar hasta ese espacio luminoso, encontraríamos que es de una inmensidad sin límites; el Sol, la Luna, las estrellas, los planetas, están suspendidos en él como de un hilo; todos los seres del Universo están en él cubiertos como por un dosel. Pero si dirigimos una mirada hacia la Tierra, creeríamos al principio que podríamos abarcarla con la mano; mas si la recorremos, la encontraremos extensa, profunda; sosteniendo la alta montaña enflorecida (250), sin doblarse bajo su peso; envolviendo los ríos y los mares en su seno, sin inundarse y conteniendo a todos los seres. Esta montaña no nos parece más que un pequeño framento de roca; pero si exploramos su extensión, la encontraremos vasta y elevada, las plantas y los árboles creciendo en su superficie, los pájaros y los cuadrúpedos haciendo en ella su morada y encerrando ella misma en su seno tesoros inexplorados. Y este agua que percibimos de lejos nos parece poder apenas llenar una copa pequeña; pero si llegamos a su superficie, no podemos sondar su profundidad; tortugas enormes, cocodrilos, hidras, dragones, peces de toda especie viviente en su seno; riquezas preciosas tienen en él su nacimiento.

10. El *Libro de los versos* dice:

«No hay más que el mandato del cielo
»Cuya acción alejada no cesa jamás.»

Queriendo decir con ello que es esta acción interesante la que integra el mandato del Cielo.

«¡Oh! ¡Cómo no hubiera sido brillante
»La pureza y la virtud de Vu-Vang!»

Queriendo también decir con ello que fue a causa de esta misma pureza de virtud por lo que Vu-Vang no se eclipsará jamás.

Capítulo XXVII

1. ¡Oh! ¡Qué grande es la ley del deber del hombre santo!

2. Es un océano sin orillas; produce y entretiene a todos los seres; toca al Cielo con su altura.

3. ¡Oh! ¡Qué abundante y vasta es!; abraza trescientos ritos del primer orden y tres mil del segundo.

4. Es preciso esperar al hombre capaz de seguir tal ley, para que sea al punto practicada.

5. Por eso se ha dicho: «Si no se posee la suprema virtud de los santos hombres, la suprema ley del deber no se practicará completamente.»

6. También es por eso por lo que el sabio, identificado con la ley del deber, cultiva con respeto su naturaleza virtuosa, esta razón recta que ha recibido del Cielo, y por lo que se afana en estudiar atentamente lo que ella le prescribe. Con este objeto penetra hasta los postreros límites de su profundidad y de su extensión, para apropiarse de sus más sutiles preceptos, inaccesibles a las inteligencias vulgares. Desenvuelve hasta el más alto grado las elevadas y puras facultades de su inte-

ligencia, y es para él una ley el seguir siempre los principios de la recta razón. Se conforma a las leyes ya reconocidas y practicadas antiguamente de la naturaleza virtuosa del hombre; busca conocer nuevas aún no determinadas; se adhiere con vigor a todo lo que es honrado y justo, a fin de reunir en él la práctica de los ritos, que son la expresión de la ley celeste.

7. Por esto es por lo que de estar revestido de la dignidad soberana, no está henchido de vano orgullo; si se encuentra en una de las condiciones inferiores, no por ello se rebela. Que la administración del reino sea equitativa, su palabra bastará para elevarle a la dignidad que merece; que, por el contrario, el reino esté mal gobernado, que en él se registren revueltas y sediciones, su silencio bastará para salvar su persona.

El *Libro de los versos* dice:

«Porque fue inteligente y prudente observador de los acontecimientos,

«Es por lo que conservó su persona.»

Esto concuerda con lo que se ha dicho precedente-

Capítulo XXVIII

1. El Filósofo ha dicho: «El hombre ignorante y sin virtud, que ama no servirse sino de su propio juicio; el hombre sin funciones públicas que ama arrogarse un poder que no le pertenece; el hombre nacido en el siglo, que torna a la práctica de las leyes antiguas, caídas en desuso o abolidas, y todos los que obran de una manera análoga, deben atenerse a experimentar grandes males.

2. »Exceptuando el hijo del Cielo, o el que ha recibido originariamente un mandato para ser el jefe del Imperio, nadie tiene el derecho de establecer nuevas ceremonias; nadie tiene el derecho de fijar nuevas leyes santuarias; nadie tiene el derecho de cambiar o de corregir la forma de los caracteres de escritura en vigor.

3. »Los carros del Imperio actual siguen las mismas rutas que las de los tiempos pasados; los libros están escritos con los mismos caracteres, y las costumbres son las mismas de otros tiempos.

4. »Aun cuando se poseyera la dignidad imperial de los antiguos soberanos, si no se tienen sus virtudes, nadie debe osar establecer nuevas ceremonias y una música nueva. Aun cuando se poseyeran sus virtudes, si no se está revestido de su dignidad imperial, nadie debe igualmente osar establecer nuevas ceremonias y una música nueva.»

5. El Filósofo ha dicho: «Me gusta referirme a los usos y costumbres de la dinastía de los Hia; pero el pequeño Estado de Khi, donde se ha extinguido esta dinastía, no los ha conservado suficientemente. He estudiado los usos y costumbres de la dinastía de Yin (o Chang); aún están en vigor en el Estado de Sung. He estudiado los usos y costumbres de la dinastía de los Tcheu, y como son los que hoy están en vigor, debo también seguirlos.»

Capítulo XXIX

1. Hay tres asuntos que se deben considerar como de la más elevada importancia en el gobierno de un Imperio: El establecimiento de los ritos o ceremonias, la fijación de las leyes suntuarias y la alteración en la forma de la escritura, y los que se conformen con ellas cometerán pocas faltas.

2. Las leyes, las reglas de administración de los antiguos tiempos, aunque excelentes, no tienen autoridad suficiente, porque lo lejano de los tiempos no permite establecer convenientemente su autenticidad; careciendo de autenticidad, no pueden obtener la confianza del pueblo; no pudiendo conceder el pueblo una confianza suficiente a los hombres que las han escrito, no las observan. Las que son propuestas por sabios no revesti-

dos de la dignidad imperial, aunque excelentes, no obtienen el respeto necesario; no obteniendo el respecto necesario a su sanción, no obtienen igualmente la confianza del pueblo; no obteniendo la confianza del pueblo, el pueblo no las observa.

3. Por eso, la ley del deber de un príncipe sabio en el establecimiento de las leyes más importantes tiene su base fundamental en sí mismo; la autoridad de su virtud y de su elevada dignidad se impone a todo el pueblo; conforma su administración a la de los fundadores de las tres primeras dinastías, y no se engaña; establece sus leyes según las del Cielo y de la Tierra y no experimentan ninguna oposición; busca la prueba de la verdad en los espíritus y las inteligencias superiores, y está exento de nuestras dudas; como cien generaciones han pasado hasta él, hombre santo, no está sujeto a nuestros errores.

4. Busca la prueba de la verdad en los espíritus y las inteligencias superiores y, por consiguiente, conoce profundamente la ley del mandato celeste; cien generaciones han pasado hasta él, hombre santo, y no está sujeto a nuestros errores; por consiguiente, conoce profundamente los principios de la naturaleza humana.

5. Por eso, el príncipe sabio no tiene más que obrar y, durante siglos, sus acciones son la ley del Imperio. Los pueblos lejanos tienen entonces esperanza en él; los que se le avecinan, jamás se fatigarán de él.

6. El *Libro de los versos* dice:
«En aquéllos no hay odio
»En éstos no hay saciedad.
»¡Oh! ¡Sí!, mañana y tarde
»¡Siempre será objeto de eternas alabanzas!»
Jamás ha habido príncipes sabios que no hayan sido tales después de haber alcanzado un renombre parecido en el Mundo.

Capítulo XXX

1. El filósofo Kungtsé recordaba con veneración los tiempos de los antiguos emperadores Yao y Chun; pero él se regía principalmente por la conducta de los soberanos más recientes Ven y Vu. Tomando como ejemplo de sus acciones las leyes naturales e inmutables que rigen los cuerpos celestes, sobre nuestras cabezas, imitaba la sucesión regular de las estaciones que se opera en el Cielo; a nuestros pies, se conformaba a las leyes de la Tierra o del agua, fijas o movibles.

2. Se le puede comparar al Cielo y a la Tierra, que contienen y alimentan todo, que cubren y envuelven todo; se le puede comparar a las cuatro estaciones que se suceden contínuamente sin interrupción; se le puede comparar al Sol y a la Luna que alumbran alternativamente el Mundo.

3. Todos los seres de la Naturaleza viven juntamente la vida universal y no se mortifican unos a otros; todas las leyes que rigen las estaciones y los cuerpos celestes se cumplen al mismo tiempo sin contrariarse entre ellas. Una de las facultades parciales de la Naturaleza es la de hacer correr un arroyo; pero sus grandes energías, sus grandes y soberanas facultades producen y transforman todos los seres. ¡He aquí, en efecto, lo que hace grandes al Cielo y a la Tierra!

Capítulo XXXI

1. No hay en el Universo sino el hombre soberanamente santo que, por la facultad de conocer a fondo y de comprender perfectamente las leyes primitivas de los seres vivos, sea digno de poseer la autoridad soberana y de mandar a los hombres; que por su facultad de tener un alma grande y magnánima, afable y dulce, sea capaz de poseer el poder y de esparcir beneficios con profusión; que por su facultad de no atesorar un alma

elevada, firme, imperturbable y constante, sea capaz de hacer reinar la justicia y la equidad; que por su facultad de ser siempre honrado, sencillo, grave, recto y justo, sea capaz de atraerse el respeto y la veneración; que por su facultad de estar revestido de los ornamentos del espíritu y de los talentos que procura un estudio asiduo y de esas luces que da una exacta investigación de las cosas más ocultas, de los más sutiles principios, sea capaz de discernir con exactitud lo verdadero de lo falso, el bien del mal.

2. Sus facultades son tan amplias, tan vastas, tan profundas, que es como un manantial inmenso del que todo sale a su tiempo.

3. Son tan vastas y extendidas como el cielo; el manantial oculto de donde proceden es profundo como el abismo. Que este hombre soberanamente santo aparezca con sus virtudes, sus facultades poderosas, y los pueblos no dejarán de testimoniarle su veneración; que hable, y los pueblos no dejarán de tener fe en sus palabras; que obre, y los pueblos no dejarán de estar alegres.

4. Por todo ello, el renombre de sus virtudes es un océano que inunda el Imperio por todas partes; se extiende hasta los bárbaros de las regiones meridionales y septentrionales; por doquier donde los barcos y los carros pueden abordar, donde las fuerzas de la industria humana pueden penetrar, en todos los lugares que el cielo cubre con su inmenso dosel y la Luna alumbra con sus rayos que fertilizan los rocíos y las nubes de la mañana, todos los seres humanos que viven y que respiran, no pueden dejar de amarle y reverenciarle. Por eso se dice: «Que sus facultades, sus poderosas virtudes le igualan al Cielo.»

Capítulo XXXII

1. No hay en el Universo más que un hombre soberanamente perfecto, por la pureza de su alma, que sea

capaz de distinguir y de fijar los deberes de las cinco grandes relaciones que existen en el Imperio, entre los hombres; de establecer sobre principios fijos y conformes a la naturaleza de los seres, la gran base fundamental de las acciones y de las operaciones que se ejecutan en el Mundo; de conocer perfectamente las creaciones y los aniquilamientos del Cielo y de la Tierra. Tal hombre soberanamente perfecto tiene en sí mismo el principio de sus acciones.

2. Su venevolencia hacia todos los hombres es extremadamente vasta; sus facultades íntimas son extremadamente profundas; sus conocimientos de las cosas celestes se hallan extremadamente extendidos.

3. Pero, a menos de ser verdaderamente muy esclarecido, profundamente inteligente, santo por sus virtudes, instruído en las leyes divinas y penetrado de las cuatro virtudes celestiales: humanidad, justicia, decoro y ciencia de los deberes, ¿cómo se podrían conocer sus méritos?

Capítulo XXXIII

1. El *Libro de los versos* dice:

«Ella cubría su traje bordado de oro con un manto grosero.»

Ella odiaba el fasto y la pompa de sus adornos. Así es como las acciones virtuosas del sabio se ocultan a las miradas y, sin embargo, se revelan cada vez más todos los días, mientras que las acciones virtuosas del hombre inferior se producen con ostentación y se desvanecen cada día. La conducta del sabio carece de sabor, como el agua; sin embargo, no es fastidiosa; está retirada, pero, no obstante, es hermosa y grave; parece confusa y desordenada, pero, sin embargo, es regular. El sabio conoce las cosas lejanas, es decir, el Mundo, los Imperios y los hombres, por las cosas que le incumben, por su propia persona; conoce las pasiones de los demás por las suyas propias, por los movimien-

tos de su corazón; conoce los más secretos movimientos de su corazón por los que se revelan en los demás. Así podrá entrar en el camino de la virtud.

2. El *Libro de los versos* dice:

«Aunque el pez al sumergirse se oculta en el agua,

»Sin embargo, la trasparencia de la onda le traiciona, y se le puede ver todo entero.»

Así es como el sabio, examinándose interiormente, no encuentra nada en su corazón de que tenga que reprocharse o avergonzarse. Lo que el sabio no puede hallar en él, ¿no es lo que los demás hombres no perciben en ellos?

3. El *Libro de los versos* dice:

«Sé atento contigo mismo hasta en tu casa;

»Cuídate bien de no hacer nada, ni aun en el lugar más secreto, de que te puedas avergonzar.»

Así es como el sabio se atrae siempre el respeto, aunque no se halle presente; es invariablemente veraz y sincero, aunque guarde silencio.

4. El *Libro de los versos* dice:

«Se dirige con recogimiento y en silencio al templo de sus antepasados,

»Y durante el tiempo del sacrificio, no suscita ninguna discusión sobre la precedencia de los rangos y de los deberes.»

Así es como el sabio, sin hacer liberalidades, conduce a los hombres a practicar la virtud; no se entrega a movimientos de cólera, y es temido del pueblo, lo mismo que las hachas y los machetes.

5. El *Libro de los versos* dice:

«¡Su virtud reconcentrada no se mostraba! ¡Así era de profunda!

»Sin embargo, sus vasallos le imitaron.»

Por eso un hombre lleno de virtudes se dedica con ahinco a practicar todo lo que atrae el respeto y, por

eso mismo, hace que todos los Estados gocen entre ellos de una buena armonía.

6. El *Libro de los versos* pone en boca del soberano supremo estas palabras:

«Amo y quiero esta virtud brillante, que es el cumplimiento de la ley natural del hombre,

»Y que no se revela por su mucha pompa y ruido.»

El Filósofo decía a este respecto: «La pompa exterior y el ruido apenas sirven para la conversión de los pueblos.»

El *Libro de los versos* dice:

«La virtud es ligera como el plumón más fino.»

El plumón ligero es tamfién objeto de una comparación:

«Las acciones, las operaciones secretas del Cielo supremo

»No tienen ni sonido ni olor.»

Es el último grado de la inmaterialidad.

EL LUN-YU
o
LAS CONVERSACIONES FILOSOFICAS

TERCER LIBRO CLASICO

CHANG-LUN

Primer Libro

CAPITULO PRIMERO

1. El filósofo *Kungtsé* ha dicho: El que se entregue al estudio de lo verdadero y del bien; el que se aplique a él con perseverancia y sin descanso, ¿no experimenta con ello una gran satisfacción?

¿No es, también, una gran satisfacción ver llegar a sí, de alejadas comarcas, hombres atraídos por una comunidad de ideas y de sentimientos?

Ser ignorado o desconocido de los hombres y no indignarse por ello, ¿no es propio del hombre eminentemente virtuoso?

2. *Yeu-tsé* (discípulo de *Kungtsé*) dijo: Es raro que el que practica los deberes de la piedad filial y de la deferencia fraternal guste rebelarse contra sus superiores; pero jamás ocurre que al que no le gusta revolverse contra sus superiores le guste suscitar revueltas en el Imperio.

El hombre superior o el sabio aplica todas las fuerzas de su inteligencia al estudio de los principios fundamentales; estando los principios fundamentales bien establecidos, las reglas de conducta, los deberes morales, se deducen de ellos naturalmente.

La piedad filial, la deferencia fraternal de que hemos hablado, ¿no son el principio fundamental de la humanidad o de la benevolenciá universal hacia los hombres?

3. *Kungtsé* dijo: Unas expresiones adornadas y floridas, un exterior rebuscado y lleno de afectación, raramente se alían con una virtud sincera.

4. *Thseng-tsé* dijo: Cada día me examino sobre tres puntos principales. ¿No habré gestionado los negocios de otro con el mismo celo y la misma integridad que los míos propios? ¿No habré sido sincero en mis relaciones con mis amigos y mis condiscípulos? ¿No habré conservado cuidadosamente y practicado la doctrina que me ha sido transmitida por mis instructores?

5. *Kungtsé* dijo: El que gobierna un reino de mil carros (251) debe obtener la confianza del pueblo, aportando toda su solicitud a los negocios del Estado; debe tomar con ahínco todos los intereses del pueblo, moderando sus gastos, y no exigir cargas a las poblaciones sino en tiempo conveniente.

6. *Kungtsé* dijo: Es preciso que los hijos tengan piedad filial en la casa paterna y deferencia fraternal fuera de ella. Es preciso que sean corteses en sus acciones, sinceros y veraces en sus palabras con todos los hombres, a los que deben amar con toda la intensidad de su afecto, interesándose particularmente hacia las personas virtuosas.

Y si después de estar bien satisfechos de sus deberes tienen aún fuerzas para más, deben aplicarse a adornar su espíritu mediante el estudio y a adquirir conocimientos y virtudes.

7. *Tsé-hia* (discípulo de *Kungtsé*) dijo: Ser apasionado de las virtudes de los sabios, hasta el punto de cambiar por ellas todos los placeres mundanos; servir a su padre y a su madre tanto como esté en su poder hacerlo; sacrificar su persona al servicio de su príncipe, y en las relaciones que se sostengan con sus amigos, tener siempre una sinceridad y una fidelidad a toda prueba; aunque el que obre de ese modo pueda ser considerado como desprovisto de instrucción, yo le llamaría ciertamente un hombre instruído.

8. *Kungtsé* dijo: «Si el hombre superior no tiene gravedad en su conducta, no inspirará respeto; y si ha estudiado, sus conocimientos no serán sólidos.

»Observad constantemente la sinceridad y la fidelidad o la buena fe; no contraed relaciones de amistad con personas inferiores moralmente a vosotros mismos por sus conocimientos; si cometéis algunas faltas, no temáis corregiros.»

9. *Theseng-tsé* dijo: «Es preciso estar atento a cumplir en todas sus partes los ritos fúnebres con sus parientes fallecidos, ofrecerles los sacrificios prescritos; entonces, el pueblo que se halla en una condición inferior, admirado de este ejemplo volverá a la práctica de esta virtud saludable.»

10. *Tsé-kin* interrogó a *Tseu-kung* diciéndole: «Cuando el filósofo, tu maestro, ha venido a este reino obli-

gado a estudiar su gobierno, ¿ha pedido por sí mismo informaciones, o ha venido, por el contrario, a darlas? *Tseu-kung* respondió: «Nuestro maestro es benévolo, recto, respetuoso, modesto y condescendiente; estas cualidades le han bastado para obtener todas las informaciones que ha podido desear. La manera de adquirir informaciones, de nuestro maestro, ¿no difiere de la de todos los demás hombres?»

11. *Kungtsé* dijo: «Durante la vida de vuestro padre, observad con cuidado su voluntad; después de su muerte, tened siempre los ojos fijos en sus acciones: durante los tres años que sigan a la muerte de su padre, el hijo que, en sus acciones, no se aparte de su conducta, puede llamarse dotado de piedad filial.»

12. *Yeu-tsé* dijo: «En la práctica usual de la cortesía (o de esa educación distinguida que es la ley del cielo), la diferencia o la condescendencia con los demás debe colocarse en primera fila. Era la regla de conducta de los antiguos reyes, a causa de la cual brillaron tanto; todo cuanto hicieron, así las cosas grandes como las pequeñas, se derivan de ella. Pero es, sin embargo, una condescendencia que no se debe tener cuando se sabe que no es sino condescendencia; no siendo la esencia misma de la verdadera cortesanía, no se debe practicar.

13. *Yeu-tsé* dijo: «El que no promete más que lo que es conforme a la justicia, puede cumplir su palabra; aquel cuyo temor y respeto son conformes con las leyes de la cortesía, aleja lejos de sí la vergüenza y el deshonor. Por la misma razón, si no se pierde al mismo tiempo a las personas con las que se está unido por estrechos lazos de parentesco, se puede llegar a ser un jefe de familia.»

14. *Kungtsé* dijo: «El hombre superior, cuando se sienta a la mesa, no busca saciar su apetito; cuando está en su casa, no busca los goces de la ociosidad y de la molicie; está atento a sus deberes y vigilante de sus palabras; le gusta frecuentar a los que tienen principios

rectos, a fin de regular a ellos su conducta. Un hombre tal puede ser llamado filósofo, o que se deleita con el estudio de la sabiduría.»

15. *Tsé-kung* dijo: «¿Cómo encuentras al hombre pobre que no se envilece con una adulación servil; al hombre rico que no se enorgullece con su riqueza?

Kungtsé dijo: «Un hombre puede ser aún estimado sin parecérseles; pero este último jamás será comparable al hombre que se muestra contento con su pobreza, o que, siendo rico, se complace, no obstante, con la práctica de las virtudes sociales.»

Tu-kung dijo: Se lee en el *Libro de los versos*:

«Como el artista que corta y trabaja el marfil,
»Como el que talla y pule las piedras preciosas.»

¿No hace alusión este pasaje a los que acabamos de ocuparnos?

Kungtsé respondió: «*Sse* (sobrenombre de *Tseu-Kung*) comienza a poder citar en la conversación pasajes del *Libro de los versos;* interroga a los acontecimientos pasados para conocer el porvenir.

16. *Kungtsé* dijo: «No es preciso afligirse de que los hombres no nos conozcan, sino, por el contrario, de no conocerlos a ellos nosotros mismos.»

Capítulo II

1. El Filósofo (252) dijo: «Gobernar su país con la virtud y la capacidad necesarias es parecerse a la estrella polar, que permanece inmóvil en su sitio, mientras que las demás estrellas circulan en torno suyo, y la toman por guía.»

2. El Filósofo dijo: «El sentido de las trescientas odas del *Libro de los versos* está contenido en una sola de estas expresiones: «Que vuestros pensamientos no sean perversos.»

3. El Filósofo dijo: «Si se gobierna al pueblo según las leyes de una buena administración y se le mantiene

en orden por el temor a los suplicios, será circunspecto en su conducta, sin avergonzarse de sus malas acciones. Pero si se le gobierna según los principios de la virtud y se le mantiene en orden por las solas leyes de la cortesía social (que no es sino la ley del Cielo), experimentará la vergüenza de una acción culpable, y avanzará en el camino de la virtud.»

4. El Filósofo dijo: «A la edad de quince años mi espíritu estaba continuamente ocupado en el estudio; a los treinta, me había detenido ya en principios sólidos y fijos; a los cuarenta, no experimentaba dudas ni titubeos; a los cincuenta, conocía la ley del Cielo, es decir, la ley constitutiva que el Cielo ha conferido a cada ser de la Naturaleza para realizar regularmente su destino; a los sesenta, comprendía fácilmente las causas de los acontecimientos; a los setenta satisfacía los deseos de mi corazón, sin sobrepujar, no obstante, su medida.

5. Meng-i-tsé (grande del pequeño reino de Lu) preguntó lo que era obediencia filial.

El Filósofo dijo que consistía en no oponerse a los principios de la razón.

Fan-tchi (uno de los discípulos de Kungtsé), conduciendo el carro de su maestro, fué interpelado por él de esta manera: Meng-sun me preguntaba un día por la piedad filial; yo le respondí que consistía en no oponerse a los principios de la razón.

Fan-tchi dijo: «¿Qué entiendes por esto?» El Filósofo respondió: «Durante la vida de su padre y de su madre, es preciso rendirlos los deberes que le son merecidos, según los principios de la razón natural que nos es inspirada por el Cielo (*li*); cuando mueren, es preciso amortajarlos según las ceremonias prescritas por los ritos (que no son sino la expresión social de la razón celeste), y en seguida ofrecerlos los sacrificios igualmente conformes con los ritos.

6. Meng-wu-pe preguntó lo que era la piedad filial. El Filósofo dijo: «Tan sólo los padres y las madres se

afligen verdaderamente a causa de las enfermedades de sus hijos.»

7. Tsé-yeu preguntó lo que era la piedad filial.

El Filósofo dijo: «Ahora, los que son considerados como teniendo piedad filial son los que alimentan a su padre y a su madre; pero este cuidado se extiende igualmente a los perros y a los caballos, pues se les procura igualmente su alimento. Si no se tiene veneración y respeto para sus padres, ¿qué diferencia habría en nuestra manera de obrar?»

8. Tsé-hia preguntó qué era la piedad filial. El Filósofo dijo: «Es en la manera de obrar y de comportarse donde reside toda la dificultad. Si los padres y las madres tiene que realizar trabajos y los hijos los eximen de ellos; si estos últimos tienen que comer y beber en abundancia, y les ceden una parte, ¿es esto ejercer la piedad filial?»

9. El Filósofo dijo: «Conversé con Yan-Hui (discípulo predilecto del Filósofo) durante toda la jornada, y no encontró nada que objetarme; parecía un hombre sin capacidad. Se retiró y le observé cuando se quedó solo; disponíase a desarrollar todo lo escuchado. Yan-hui no es un hombre sin capacidad.»

10. «El Filósofo dijo: Observad atentamente las acciones de un hombre; mirad cuáles son sus inclinaciones; examinad cuáles son sus causas de alegría. ¡Cómo podría escapar a vuestras investigaciones! ¡Cómo podría en adelante causaros temor!

11. El Filósofo dijo: «Hazte completamente dueño de lo que acabas de aprender y aprende siempre; de este modo podrás llegar a ser maestro de los hombres.»

12. El Filósofo dijo: El hombre superior no es un vano utensilio empleado en usos vulgares.

13. Tsé-kong preguntó qué era un hombre superior.

El Filósofo dijo: «Es el que, desde luego, pone sus pa-

labras en práctica, y en seguida habla conforme a sus acciones.»

14. El Filósofo dijo: «El hombre superior es el que tiene una benevolencia igual para todos y que es sin egoísmo y sin parcialidad. El hombre vulgar es el que no tiene sino sentimientos de egoísmo, sin disposición benévola para todos los hombres en general.»

15. El Filósofo dijo: «Si estudiáis sin que sea aplicado vuestro pensamiento, perdéis el fruto de vuestro estudio; si, por el contrario, os abandonáis a vuestro pensamiento sin dirigirse hacia el estudio, os exponéis a graves inconvenientes.»

16. El Filósofo dijo: «Oponeos a los principios diferentes a los verdaderos; son peligrosos y conducen a la perversidad.»

17. El Filósofo dijo: «Yeu, ¿sabes lo que es la ciencia? Saber que se sabe lo que se sabe, y saber que no se sabe lo que no se sabe: he aquí la verdadera ciencia.»

18. Tsé-chang estudió con el objeto de obtener las funciones de gobernador. El Filósofo le dijo: «Escucha mucho, a fin de disminuir tus dudas; estate atento a lo que dices, a fin de no decir nada superfluo; entonces, cometerás raramente faltas. Vigila mucho con objeto de disminuir los peligros en que podrías incurrir no estando informado de lo que pasa. Vela atentamente tus acciones y raramente tendrás que arrepentirte. Si en tus palabras te acontece raramente cometer faltas, y si en tus acciones encuentras raramente motivo para arrepentirte, poseerás ya el cargo a que aspiras.»

19. Ngaï-kung (príncipe de Lu) hizo la pregunta siguiente: «¿Cómo haría para asegurar la sumisión del pueblo?» Kungtsé le respondió: «Eleva, honra a los hombres rectos e íntegros, rebaja, destituye a los hombres corrompidos y perversos; entonces el pueblo te obedecerá. Eleva, honra a los hombres corrompidos y perversos, rebaja, destituye a los hombres rectos e íntegros y el pueblo te desobedecerá.»

20. Ki-kang (grande del reino de Lu) preguntó cómo podría hacer para volver al pueblo respetuoso y fiel, y para excitarle a la práctica de la virtud. El Filósofo dijo: «Vela por él con dignidad y firmeza, y entonces será respetuoso; tenle piedad filial y conmiseración, y entonces será fiel; eleva a los cargos públicos y a los honores a los hombres virtuosos, y da instrucción a los que no se la pueden procurar por sí mismos; con ello se inclinarán hacia la virtud.

21. Alguien habló así a Kungtsé: Filósofo, ¿por qué no ejerces una función en la administración pública? El Filósofo dijo: «Se lee en el *Chu-king*: «Si se trata de la piedad filial, ¿tan sólo la piedad filial y la concordia entre hermanos de edad diferente deben ser cultivadas con todo interés por los que ocupan funciones públicas? Los que practican estas virtudes realizan con ello funciones públicas de orden y de administración. ¿Por qué considerar solamente a los que ocupan empleos públicos como realizando funciones públicas?»

22. El Filósofo dijo: «Un hombre desprovisto de sinceridad y de fidelidad es un ser incomprensible a mis ojos. Es un gran carro sin lanza, un carro pequeño sin timón; ¿cómo se puede conducir por el camino de la vida?»

23. Tsé-chang preguntó si los acontecimiento de diez generaciones podían ser conocidos de antemano.

El Filósofo dijo: «Lo que la dinastía de los Yn (o de los Tchang) tomó prestado de la de los Hia respecto a ritos y ceremonias puede ser conocido; lo que la dinastía de los Theu (bajo la que vivía el Filósofo) tomó prestado de la de los In respecto a ritos y ceremonias puede ser conocido. Y si otra dinastía sucediese a la de los Tcheu, entonces también los mismos acontecimientos durante cien generaciones podrán ser predichos.»

24. El Filósofo dijo:« Si no es al genio al que se debe sacrificar al que se sacrifica, la acción que se realiza no es sino una tentativa de seducción con mal deseo; si se

ve una cosa justa y no se la practica, se comete una cobardía.»

Capítulo III

1. Kungtsé dijo que Ki-chi (grande del reino de Lu) empleaba ocho compañías de músicos en sus fiestas de familia. Si se permite obrar así, ¿qué no será capaz de hacer? (253).

2. Las tres familias (de los grandes del reino de Lu) se servían de la música Yung-tchi. El Filósofo dijo:

«Tan sólo los príncipes asisten a la ceremonia.

»El hijo del Cielo (emperador) conserva un aire profundamente recogido y reservado.» (Pasaje del *Libro de los versos.*)

¿Cómo podrían aplicarse estas palabras a la fiesta de las tres familias?

3. El Filósofo dijo: «Ser hombre y no practicar las virtudes a que obliga la humanidad, ¿sería esto conformarse con los ritos? Y de ser hombre y no poseer las virtudes a que obliga la humanidad, ¿se podría juzgar dignamente la música?»

4. Ling-fang (habitante del reino de Lu) preguntó qué era el principio fundamental de los ritos (o de la razón celeste, formulado en diversas ceremonias sociales).

El Filósofo respondió: «¡Gran pregunta, en verdad! En materia de ritos, una estricta economía es preferible a las extravagancias; en lo que afecta a las ceremonias fúnebres, un dolor silencioso es preferible a una pompa vana y estéril.»

5. El Filósofo dijo: «Los bárbaros del Norte y del Occidente (los I y los Jung) tienen príncipes que los gobiernan; no se parecen a nosotros, hombres de Hia (del Imperio de los Hia), que no los tenemos.

6. Ki-chi fue a sacrificar al monte Tai-chan (en el reino de Lu). El Filósofo interpeló a Yen-Yeu, diciéndole: «¿No puedes impedirlo?» Este último le respondió respetuosamente: «No, no puedo.» El Filósofo exclamó: «¡Ay! ¡Ay! Lo que has dicho a propósito del monte Tai-chan me hace ver que eres inferior a Lin-fang (en lo que afectaba al conocimiento de los deberes del ceremonial)» (254).

7. El Filósofo dijo: «El hombre superior no tiene querellas ni disputas con nadie. Si le ocurre el tenerlas, es cuando es preciso decir las cosas como son. Cede la plaza a su antagonista vencido, sube a otra estancia, y en seguida desciende para tomar una taza con él (en señal de paz). He ahí las solas impugnaciones del hombre superior.»

8. Tsé-hia dirigió una pregunta en estos términos:

«¡Qué sonrisa tan agradable tiene su boca fina y delicada!

»¡Qué dulce y arrebatadora es su mirada! ¡Es preciso que el fondo del cuadro esté preparado para pintar!» (Palabras del Libro de los versos.) ¿Cuál es el sentido de estas palabras?

El Filósofo dijo: «Prepara al punto el fondo del cuadro para aplicar en seguida los colores. Tseu-hia dijo: Las leyes del ritual ¿son acaso secundarias? El Filósofo dijo: «Has comprendido mi pensamiento, ¡oh, Chang! Ahora empiezas a comprender mis pláticas sobre la poesía.»

9. El Filósofo dijo: «Puedo hablar de los ritos y de las ceremonias de la dinastía Hia; pero Ki es incapaz de comprender su sentido oculto. Puedo hablar de los ritos y de las ceremonias de la dinastía Yn; pero Sung es incapaz de desentrañar su más oculto sentido: el socorro de las leyes y la opinión de los sabios no bastan para conocer sus causas. Si bastasen, entonces podríamos comprender el sentido más oculto.»

10. El Filósofo dijo: «En el gran sacrificio real, llamado Ti, después que se ha hecho la libación para pedir el descenso de los espíritus, no deseo permanecer espectador de la ceremonia.»

11. Habiendo preguntado alguien cuál era el sentido

del gran sacrificio real, el Filósofo dijo: «No lo conozco. El que conociera ese sentido, todo cuanto está bajo el cielo le sería claro y manifiesto; no tendría más dificultades en conocer todo, que en poner el dedo en la palma de su mano.

12. »Es preciso sacrificar a los antepasados como si estuvieran presentes; es preciso adorar a los espíritus y a los genios como si estuvieran presentes. El Filósofo dijo: «No hago las ceremonias del sacrificio como si no se tratase de un sacrificio.»

13. Vang-sun-kia preguntó qué se entendía diciendo que valía más dirigir sus homenajes al genio de los granos que al genio del hogar. El Filósofo dijo: «No es así; pues en este caso, el que ha cometido una falta con el cielo, no sabría a quién dirigir su plegaria.»

14. El Filósofo dijo: «Los fundadores de la dinastía de los Tcheu examinaron las leyes de la civilización de las dos dinastías que les habían precedido, y ¡qué progresos no hicieron hacer a estas civilizaciones! Estoy de acuerdo con los Tcheu.»

15. Cuando el Filósofo entró en el gran templo, se informó minuciosamente de cada cosa; alguien exclamó: ¿Quién dirá ahora que el hijo del hombre de Tséu (el padre de Confucio) conocía los ritos y las ceremonias? ¡Cuando ha entrado en el templo se ha informado minuciosamente de cada cosa! Habiendo oído el Filósofo estas palabras, dijo: «También esto es conforme con los ritos.»

16. El Filósofo dijo: «Tirando al arco no se trata de pasar el blanco, sino de alcanzarle; todas las fuerzas no son iguales; esa era la regla de los antiguos.»

17. Tsé-kung deseó abolir el sacrificio del carnero, que se ofrecía el primer día de la duodécima Luna. El Filósofo dijo: «Sse, a ti no te preocupa sino el sacrificio del carnero; a mí la ceremonia.»

18. El Filósofo dijo: «Si alguno sirve (ahora) al príncipe como debe servirle, cumplimentando los ritos, los hombres le consideran como un cortesano y como un adulador.»

19. Ting (príncipe de Lu) preguntó cómo un príncipe debe emplear a sus ministros y los ministros servir al príncipe. Kungtsé respondió con deferencia: «Un príncipe debe emplear a sus ministros según lo que está prescrito en los ritos; los ministros deben servir al príncipe con fidelidad.»

20. El Filósofo dijo: «Las alegres modulaciones de la oda Kuantsé no excitan deseos licenciosos; las modulaciones tristes no hieren los sentimientos.»

21. Ngaï-kung (príncipe de Lu) preguntó a Tsaï-ngo, discípulo de Kungtsé, a propósito de los altares o montículos de tierras erigidos en honor de los genios. Tsaï-ngo contestó con deferencia: «Las familias principescas de la dinastía Hia erigieron estos altares en torno del árbol pino; los hombres de la dinastía Yn, en torno del ciprés; los de la dinastía Tcheu, en torno del castaño, porque se dice que el castaño tiene la facultad de hacer al pueblo temeroso» (255).

El Filósofo, habiendo oído estas palabras, dijo: «No es preciso hablar de cosas realizadas ni emitir opiniones concernientes a las que no se pueden hacer convenientemente; lo que ha pasado, debe estar exento de censura.»

22. El Filósofo dijo: «Kuang-tchung (grande, o ta-fu del Estado de Thsi) es un vaso de bien poca capacidad.» Alguien dijo: «¿Es, pues, Kuan-tchung avaro y parsimonioso?» (El Filósofo) replicó: «Kuan-chi (el mismo) tiene tres cuerpos de edificio, llamados Kuei, y en el servicio de sus palacios no emplea más de un hombre para un oficio; ¿es esto avaricia y parsimonia?»

Entonces, de ser esto así, ¿conoce Kuan-tchung los ritos?

(El Filósofo) respondió: «Los príncipes de un pequeño Estado tienen sus puertas protegidas por empalizadas; Kuan-chi tiene también sus puertas protegidas por empalizadas.

»Cuando dos príncipes de un pequeño Estado se encuentran, para festejar su bienvenida, después de haber bebido juntos, vierten sus copas; Kuang-chi también ha vertido su copa. Si Kuan-chi conoce los ritos o usos prescritos, ¿por qué querer que no los conozca?»

23. El Filósofo, conversando un día sobre la música con el Tai-sse, o intendente de la música del reino de Lu, dijo: «En punto a música, debes estar perfectamente instruído; cuando se compone un aire, ¿no deben todas las partes concurrir a la obertura? Al avanzar, ¿no se debe buscar producir armonía, claridad y reguaridad, con objeto de completar el canto?»

24. El residente de Y solicitó con súplica ser introducido junto (del Filósofo), diciendo: «Cuando los hombres superiores han llegado a estos lugares, jamás he sido impedido de verlos.» Los que seguían al Filósofo le introdujeron, y cuando el residente salió, les dijo: «Discípulos del Filósofo, seáis cuantos seáis, ¿por qué gemís porque vuestro maestro ha perdido su cargo en el gobierno? El Imperio está sin leyes (256), sin dirección, hace largo tiempo; el Cielo va a tomar a este gran hombre para hacer de él un heraldo (257), reuniendo a las poblaciones a su paso y para obrar una gran reforma.»

25. El Filósofo juzgaba el canto de música llamado Tchao (compuesto por Chun), perfectamente bello y hasta perfectamente propio para inspirar la virtud. Juzgaba el canto de música llamado Vu, guerrero, perfectamente bello, pero de ningún modo propio para inspirar la virtud.

26. El Filósofo dijo: «Ocupar el rango supremo y no beneficiar a aquellos a los que se gobierna; practicar los ritos y usos prescritos sin ningún respeto, y las ceremonias fúnebres sin verdadero dolor: he ahí lo que no puedo resignarme a ver.»

Capítulo IV

1. El Filósofo dijo: «La humanidad o los sentimeintos de benevolencia hacia los demás, son practicados admirablemente en los campos; el que, eligiendo su residencia, no quiere habitar entre los que poseen también humanidad o sentimientos de benevolencia hacia los demás, ¿puede ser considerado como dotado de inteligencia?»

2. El Filósofo dijo: «Los que están desprovistos de humanidad (258) no pueden mantenerse mucho tiempo virtuosos en la pobreza; tampoco pueden mantenerse mucho tiempo virtuosos en la abundancia y en los placeres. Los que están llenos de humanidad aman hallar el reposo en las virtudes de la humanidad; y los que poseen la ciencia, hallan su provecho en la humanidad.»

3. El Filósofo dijo: «Tan sólo el hombre lleno de humanidad puede amar verdaderamente a los hombres y puede odiarlos de manera conveniente.»

4. El Filósofo dijo: «Si el pensamiento es dirigido sinceramente hacia las virtudes de la humanidad, no se cometerán acciones viciosas.»

5. El Filósofo dijo: «Las riquezas y los honores son el objetivo del deseo de los hombres; si no se los puede obtener por las vías honestas y rectas, es preciso renunciar a ellos. La pobreza y una posición humilde o vil son objeto del odio y del desprecio de los hombres; si no se puede salir de ellas por las vías honestas y rectas, es preciso permanecer así. Si el hombre superior abandona las virtudes de humanidad, ¿cómo podría alcanzar una reputación de sabiduría perfecta? El hombre superior no debe obrar un solo instante contrariamente a las virtudes de humanidad. En los momentos más apurados, como en los más confusos, debe conformarse con ellas.»

6. El Filósofo dijo: «Aún no he visto a un hombre que amase convenientemente a los hombres llenos de humanidad, que tuviese un odio conveniente hacia los

hombres viciosos y perversos. El que ama a los hombres llenos de humanidad, no pone a nadie por sobre ellos; el que odia a los hombres sin humanidad practica ésta; no permite que los hombres sin humanidad se acerquen a él.

»¿Hay personas que puedan hacer un solo día uso de todas sus fuerzas para poner en práctica las virtudes de humanidad? (De haber ocurrido) jamás he visto que sus fuerzas no hayan sido suficientes (para cumplir su deseo), y, si existen, no las he visto aún.»

7. El Filósofo dijo: «Las faltas de los hombres son relativas al estado de cada uno. Examinando atentamente estas faltas, se llegará a conocer si su humanidad era una humanidad verdadera.»

8. El Filósofo dijo: «Si por la mañana has oído la voz de la razón celeste (*Tao*) puedes morir por la tarde.»

9. El Filósofo dijo: «El hombre de estudio cuyo pensamiento se dirige hacia la práctica de la razón, pero que se avergüenza de llevar malos vestidos y de alimentarse con malos alimentos, no está aún apto para oír la santa palabra de la justicia.»

10. El Filósofo dijo: «El hombre superior, en todas las circunstancias de la vida, se halla exento de prejuicios y de obstinación; no se rige sino de acuerdo con la justicia.»

11. El Filósofo dijo: «El hombre superior fija sus pensamientos en la virtud; el hombre vulgar, los dirige hacia la tierra. El hombre superior no se preocupa más que de la observación de las leyes; el hombre vulgar no piensa más que en los provechos.»

12. El Filósofo dijo: «Aplícate únicamente a las ganancias y a los provechos, y tus acciones te harán recoger muchos resentimientos.»

13. El Filósofo dijo: «Se puede regir un reino por una real y sincera observación de los ritos, y esto no

es difícil de conseguir. Si no se pudiera por una real y sincera observación de los ritos regir un reino, ¿de qué serviría conformarse a los ritos?»

14. El Filósofo dijo: «No te inquietes por no ocupar empleos públicos, pero inquiétate de adquirir los talentos necesarios para ocupar estos empleos. No te aflijas por no ser aún conocido, pero busca llegar a ser digno de serlo.»

15. El Filósofo dijo: «San (nombre de Thseng-tsé), mi doctrina es sencilla y fácil de penetrar.» Hhseng-tsé respondió: «Eso es cierto.»

Habiendo salido el Filósofo, sus discípulos preguntaron lo que su maestro había querido decir. Thesengrespondió: «La doctrina de nuestro maestro consiste únicamente en poseer rectitud de corazón y amar al prójimo como a sí mismo».

16. El Filósofo dijo: «El hombre superior es influenciado por la justicia; el hombre vulgar es influenciado por el amor a la ganancia.»

17. El Filósofo dijo: «Cuando veas a un sabio, reflexiona contigo mismo si tienes las mismas virtudes que él. Cuando veas un perverso, concéntrate en tí mismo y examina atentamente tu conducta.»

18. El Filósofo dijo: «Cumpliendo tus deberes respecto a tu padre y a tu madre, no hagas sino una ligera observación si ves que ellos no están dispuestos a seguir tus advertencias; ten hacia ellos los mismos respetos y no te opongas a su voluntad; si experimentas por parte de ellos malos tratos, no murmures.»

19. El Filósofo dijo: «En tanto que tu padre y tu madre subsistan, no te alejes mucho de ellos; si te alejas de ellos, debes darlos a conocer la comarca donde vas a marcharte.»

20. El Filósofo dijo: «Durante tres años (después de su muerte) no te apartes del camino que ha seguido tu padre; entonces podrá tu conducta llamarse piedad filial.»

21. El Filósofo dijo: «La edad de tu padre y de tu madre no debe ser ignorada por ti; debe hacer nacer en ti tanto la alegría como el temor.»

22. El Filósofo dijo: «Los antiguos no dejaban escapar palabras vanas; temían que sus acciones respondieran a ellas.»

23. El Filósofo dijo: «¡Son tan raros los que se pierden estando siempre prevenidos!»

24. El Filósofo dijo: «El hombre superior ama ser lento en sus palabras, pero rápido en sus acciones.»

25. El Filósofo dijo: «La virtud no está nunca como una huérfana abandonada; debe necesariamente tener vecinos.»

26. Tsé-yeu dijo: «Si en el servicio de un príncipe ocurre censurarle a menudo, pronto se cae en desgracia. Si, en las relaciones de amistad, se censura a menudo a un amigo, pronto se experimentará su indiferencia.»

Capítulo V

1. El Filósofo dijo: «Que Kong-tchi-tchang (uno de sus discípulos) podía casarse, aunque estuviese en prisiones, porque no era criminal; y se casó con la hija del Filósofo.»

El Filósofo dijo a Nan-yung (uno de sus discípulos) que si el reino era gobernado según los principios de la recta razón, no sería rechazado de los empleos públicos; que si, por el contrario, no era gobernado por los principios de la recta razón, no sufriría ningún castigo; y le casó con la hija de su hermano mayor.

2. El Filósojo dijo que Tsé-tsien (uno de sus discípulos) era un hombre de una virtud superior. Si el reino de Lu no poseyera ningún hombre superior, ¿dónde hubiera éste adquirido su virtud eminente?

3. Tsé-kung hizo una pregunta en estos términos:

«¿Qué piensas de mí?» El Filósofo respondió: «Eres un vaso». —¿Y qué vaso?, repuso el discípulo. —«Un vaso cargado de adornos (259), dijo el Filósofo.»

4. Alguien dijo que Yung (uno de los discípulos de Kungtsé) estaba lleno de humanidad, pero que estaba desnudo de los talentos de la palabra. El Filósofo dijo: «¿Para qué es bueno hacer uso de la facultad de hablar con destreza? Las discusiones de palabra que se tienen con los hombres nos acarrean su odio. Si no sé tiene las virtudes de humanidad; ¿para qué me informaría sobre si sabe hablar con destreza?»

5. El Filósofo pensaba en hacer dar a Tsi-tiao-kai (uno de sus discículos) un empleo en el gobierno. Este último dijo respetuosamente a su maestro: «Aún soy completamente incapaz de comprender perfectamente las doctrinas que me enseñas». El Filósofo se entusiasmó con estas palabras.

6. El Filósofo dijo: «La vía recta (su doctrina), no es frecuentada. Si me dispongo a preparar un barco para ir por mar, el que me seguirá, ¿no será Yeu» (sobrenombre de Tsé-lu)» Tsé-lu, oyendo estas palabras, se llenó de alegría. El Filósofo dijo: «Yeu; tú me sobrepujas en fuerza y en audacia, pero no en lo que consiste en apoderarse de la razón de las acciones humanas.»

7. Meng-vu-pe (primer ministro del reino de Lu) preguntó si Tsé-lu era humano. El Filósofo dijo: «Lo ignoro.» Habiendo repetido su pregunta, el Filósofo respondió: «Si se tratase de mandar las fuerzas militares de un reino de mil carros, Tsé-lu sería capaz de ello; pero no sé cuál es su humanidad.»

—Y Kieu, ¿qué hay que pensar de él? El Filósofo dijo: «Si se tratara de una ciudad de mil casas, o de una familia de cien carros, podría ser gobernador de ellos; yo no sé cuál es su humanidad.»

—Y Tchi (uno de los discípulos de Kungtsé), ¿qué hay que pensar de él? El Filósofo dijo: «Tchi, ciñendo una banda oficial y ocupando un puesto en la corte,

sería capaz, por su elocución florida, de introduir y de conducir a los huéspedes; no sé cuál es su humanidad.»

8. El Filósofo interpeló a Tsé-kung diciendo: «¿Cuál de vosotros, tú o Hui, sobrepuja al otro en cualidades?» Tsé-kung respondió con respeto: Yo, Sse, ¿cómo osaría igualarme a Hui? Hui no necesita oir más que una parte de una cosa para comprender en seguida las diez partes; yo, Sse, de haber oído esta parte no puedo comprender más que dos.

El Filósofo dijo: «No te le pareces; te concedo que no te le pareces.»

9. Tsaï-yu reposaba ordinariamente sobre su lecho durante el día. El Filósofo le dijo: «La madera podrida no puede ser esculpida; un muro de barro no puede ser blanqueado; ¿de qué serviría reprender a Yu?»

El Filósofo dijo: «En el comienzo de mis relaciones con los hombres, escuchaba sus palabras y creía que éstas se conformaban con sus acciones. Ahora, en mis relaciones con los hombres, escucho sus palabras, pero examino sus acciones.

»Tsaï-yu ha obrado en mí este cambio.»

10. El Filósofo dijo: «No he visto aún un hombre que fuese inflexible en sus principios.» Alguien le respondió con respeto: ¿Y Chin-tang? El Filósojo dijo: «Chang es amante del placer, ¿cómo ha de ser inflexible en sus principios?»

11. Tsé-kung dijo: «Lo que yo no deseo que los hombres me hagan, deseo igualmente no hacérselo a los demás hombres.» El Filósofo dijo: «Sse, aún no has alcanzado ese punto de perfección.»

12. Tsé-kung dijo: «Se puede con frecuencia oír hablar a nuestro maestro sobre las cualidades o talentos necesarios para hacer a un hombre perfectamente distinguido; pero es muy raro oírle discurrir sobre la naturaleza del hombre y sobre la razón celeste.»

13. Tsé-lu había oído (en las enseñanzas de su maestro) alguna máxima moral, que no había practicado aún, y temía oir aún otras parecidas.

14. Tsé-kung hizo una pregunta en estos términos: «¿Por qué Khunk-ven-tsé era llamado letrado o de una educación distinguida (*ven*)?» El Filósofo dijo: «Es inteligente, ama el estudio, no se avergüenza de interrogar a sus inferiores (para recibir de ellos informaciones útiles), y por eso es llamado letrado o de una educación distinguida.»

15. El Filósofo dijo que Tsé-tchan (grande del Estado de Tching) poseía cualidades de un hombre superior en número de cuatro; sus acciones se rodeaban de gravedad y dignidad; sirviendo a sus superiores, era respetuoso; en los cuidados que tomaba para la subsistencia del pueblo, estaba lleno de benevolencia y de solicitud; en la distribución de los empleos públicos era justo y equitativo.

16. El Filósofo dijo: «Ngan-ping-tchung (grande del Estado de Thsi) sabía conducirse perfectamente en sus relaciones con los hombres; después de un largo comercio con él, los hombres continuaban respetándole.»

17. El Filósofo dijo: «Tchang-wen-tchung (grande del reino de Lu) alojó una gran tortuga en una morada especial, cuyas partes elevadas representaban montañas, y las vigas, hierbas marinas. ¿Qué se debe pensar de su inteligencia?»

18. Tsé-tchang hizo una pregunta en estos términos: «El mandarín Tseu-ven fue promovido tres veces a las funciones de primer ministro *(ling-yin)* sin manifestar alegría, y perdió tres veces este cargo sin mostrar ningún pesar. Como antiguo primer ministro, se hizo un deber el instruir en sus funciones al nuevo primer ministro. ¿Qué se debe pensar de esta conducta?» El Filósofo dijo que fue recta y perfectamente honorable. (El discípulo) añadió: «¿Era eso humanidad?» (El Filósofo) respondió: «No lo sé aún; ¿por qué (en su conducta del todo natural) querer encontrar la gran virtud que es la humanidad?»

Tsui-tseu (grande del reino de Thsi), habiendo asesinado al príncipe de Thsi, Tchin-ven-tsé (igualmente gran dignatario ta-fu del Estado de Thsi), que poseía diez cuadrigas (o cuarenta caballos de guerra), se deshizo de ellos y se retiró a otro reino. Cuando llegó allí dijo: Aquí también hay grandes como nuestro Tsui-tsé. Se alejó de allí, y se marchó a otro reino. Cuando llegó a él, dijo aún: Aquí también hay grandes como nuestro Tsui-tsé. Y se alejó de nuevo. ¿Qué se debe pensar de esta conducta? El Filósofo dijo: «Era puro.» —¿Era eso humanidad? (El Filósofo) dijo: «No sé aún; ¿por qué (en su conducta del todo natural) querer encontrar la gran virtud que es la humanidad?»

19. Ki-ven-tsé (grande del reino de Lu) reflexionaba tres veces antes de obrar. El Filósofo habiendo oído estas palabras, dijo: «Dos veces pueden bastar.»

20. El Filósofo dijo: «Ning-vu-tsé (grande del Estado de Veï), en tanto que el reino fue gobernado según los principios de la recta razón, afectó mostrar su ciencia; pero cuando el reino no fue dirigido por los principios de la recta razón, entonces afectó una gran ignorancia. Su ciencia puede ser igualada; su (fingida) ignorancia no puede serlo.»

21. El Filósofo, hallándose en el Estado de Tchin, exclamó: «¡Quiero volver allá! ¡Quiero volver allá! Los discípulos que tengo en mi país poseen ardor, habilidad, saber, maneras perfectas; pero no saben de qué manera deben mantenerse en la vía recta.»

22. El Filósojo dijo: «Pe-i y Chu-tsi (dos hijos del príncipe (Ku-tchu) no piensan en las faltas que se han podido cometer en otro tiempo (si se ha cambiado de conducta); por ello es raro que el pueblo experimente resentimientos contra ellos.»

23. El Filósofo dijo: «¿Quién puede decir que Veisang-kao era un hombre recto? Habiéndole alguien pedido vinagre, fue a buscarlo a casa de su vecino para dárselo.»

24. El Filósofo dijo: «De las palabras floridas, de las maneras afectadas y de un respeto exagerado; he ahí de lo que Tso-kieu-ming se avergüenza. Yo, Khieu (diminutivo del Filósofo) me avergüenzo igualmente de ello. Ocultar en su seno el odio y los resentimientos, haciendo demostraciones de amistad a alguien; he ahí de lo que Tso-kieu-ming se avergüenza. Yo, Khieu, me avergüenzo de ello igualmente.»

25. Yen-yuan y Ki-lu estaban a su lado, y el Filósofo les dijo: «¿Por qué uno y otro no me expresáis vuestro pensamiento?» Tseu-lu le dijo: «Yo deseo carros, caballos y abrigos finos y ligeros, para compartirlos con mis amigos. Aunque ellos me los quitasen, no experimentaría ningún resentimiento.»

Yen-yuan dijo: «Yo deseo no enorgullecerme de mi virtud y de mis talentos, y no esparcir el ruido de mis buenas acciones.»

Tseu-lu dijo: «Desearía oir expresar el pensamiento de nuestro maestro.» El Filósofo dijo: «Quisiera procurar a los viejos un dulce reposo; a los amigos y a aquellos con los cuales tengo relaciones, conservar su fidelidad constante; a los niños y a los débiles, darles todos los cuidados maternales.»

26. El Filósofo dijo: «¡Ay! Aún no he visto un hombre que haya sabido conocer sus defectos y que se haya censurado en su interior.»

27. El Filósofo dijo: «En un pueblecito de diez casas debe de haber hombres tan rectos, tan sinceros como Khieu (él mismo), pero no hay quien ame el estudio como él.»

Capítulo VI

1. El Filósofo dijo: «Young puede cumplir las funciones de aquel que se coloca en su asiento, con la faz vuelta hacia el Sur (es decir, gobernar un Estado).»

Tchung-kung (Yung) preguntó si Tsang-pe-tsé (podía cumplir las mismas funciones). El Filósofo dijo: «Puede; tiene juicio libre y penetrante.»

Tchung-kung dijo: «Mantenerse siempre en un situación digna de respeto y obrar de una manera grande y liberal en la alta dirección de los pueblos que nos son confiados; ¿no es esto también lo que vuelve capaces de gobernar? Pero si no se tiene más que liberalidad, y todas las acciones responden a esta disposición de carácter, ¿no es carecer de las condiciones necesarias y no poseer sino una excesiva liberalidad?»

El Filósofo dijo: «Las palabras de Yung son conformes a la razón.»

2. Ngai-kong preguntó cuál de todos los discípulos del Filósofo era el que tenía más amor al estudio.

Kungtsé respondió con deferencia: «Había uno, Yan-hui, que amaba con pasión el estudio; no podía alejar de él el deseo ardiente de saber; no cometía dos veces la misma falta. Desgraciadamente, su destino era breve, y ha muerto joven (murió a los treinta y dos años). ¡Ya no existe! No he sabido que otro tuviese tan gran amor al estudio.»

3. Habiendo sido enviado Tsé-hoa (por el Filósofo) al reino de Tchi, Yan-tsé pidió arroz para la madre de Tsé-hoa, que estaba momentáneamente privada del socorro de su hijo. El Filósofo dijo: «Darle una medida.» El discípulo pidió más. Darle una medida y media, replicó. Yan-tsé le dió cinco *ping* de arroz (ocho medidas).

El Filósofo dijo: «Tchi (Tsé-hoa), dirigiéndose al Estado de Thsi, montaba caballos fogosos, llevaba pellizas finas y ligeras; siempre he oído decir que el hombre superior socorría a los necesitados y no aumentaba las riquezas del rico.»

Yuang-sse (uno de los discípulos del Filósofo), habiendo sido hecho gobernador de una ciudad, le dieron novecientas medidas de arroz como sueldo. Las rechazó.

El Filósofo dijo: «No las rechaces; dáselas a los habitantes de los pueblecillos vecinos de tu morada.»

4. El Filósofo, interpelando a Tchung-kung, dijo: «El pequeño de una vaca de color mezclado, que tuviera el pelo amarillo y cuernos en la cabeza, aunque se pudiera desear no emplearle en ningún uso (los genios) de las montañas y de las riberas, ¿le rechazarían?»

5. El Filósofo dijo: «En cuanto a Hui, su corazón, durante tres meses, no se apartó de la gran virtud de humanidad. Los demás hombres obran así durante un mes o un día, ¡y es todo!»

6. Ki-tang-tsé preguntó si Tchung-yeu podría ocupar un empleo superior en la administración pública. El Filósofo dijo: «Yeu es ciertamente apto para ocupar un empleo en la administración pública; ¿por qué no había de serlo?» En seguida preguntó: Y Sse, ¿es apto para ocupar un empleo superior en la administración pública? —«Sse tiene un espíritu penetrante, muy apto para ocupar un empleo en la administración pública; ¿por qué no?» Aún preguntó: Kieu ¿es apto para ocupar un empleo superior en la administración pública? —«Kieu, con sus talentos, numerosos y distinguidos, es muy apto para ocupar un empleo superior en la administración pública; ¿por qué no?»

7. Ki-chi envió un mensajero a Min-tsé-kien (discípulo de Kungtsé) para preguntarle si quería ser gobernador de Pi. Min-tsé-kien respondió: «Da las gracias por mí a tu amo, y si me envía de nuevo un mensajero, me encontrará ciertamente establecido a las orillas del río Van (fuera de sus Estados).»

8. Pe-nieu (discípulo de Kungtsé), estando enfermo, el Filósofo solicitó verle. Le tomó la mano, a través de la ventana, y dijo: «¡Le pierdo! Era el destino de este joven que tuviera esta enfermedad! ¡Era el destino de este joven que tuviera esta enfermedad!»

9. El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Qué sabio era Hui! Tenía una vaso de bambú para tomar su alimento, una copa para beber, y moraba en el humilde local de una calle estrecha y abandonada: otro hombre que él no hubiera

podido soportar sus privaciones y sus sufrimientos. Esto, sin embargo, no cambiaba la serenidad de Hui. ¡Oh! ¡Qué sabio era Hui!»

10. Yan-kieu dijo: «No es que no me complazca en el estudio de tu doctrina, maestro; pero mis fuerzas son insuficientes.» El Filósofo dijo: «Aquellos cuyas fuerzas son insuficientes, hacen la mitad del camino y se detienen; pero tú, tú, careces de buena voluntad.»

11. El Filósofo, interpelando a Tsé-hia, le dijo: «Que tu saber sea el saber de un hombre superior y no el de un hombre vulgar.»

12. Cuando Tsé-yeu era gobernador de la ciudad de Vu, el Filósofo le dijo: «¿Tienes hombres de mérito?» Respondió: Tengo a Tan-tai, de sobrenombre Mie-ming, el cual, viajando, no toma camino de atajo, y que, excepto cuando se trata de negocios públicos, jamás ha puesto los pies en la morada de Yen (Tseu-yeu).

13. El Filósofo dijo: «Meng-tchi-fan (grande del Estado de Lu) no se envanecía de sus hermosas acciones. Cuando el ejército se batía en retirada, él estaba en la retaguardia; pero cuando se estaba próximo a entrar en la ciudad, picaba su caballo y decía: «No es que haya tenido más valor que los demás para quedarme atrás, sino que mi caballo no quería avanzar.»

14. El Filósofo dijo: «Si no se tiene la destreza insinuante de To, intendente del templo de los antepasados, y la hermosura de Sung-tchao, es muy difícil, ¡ay!, avanzar en el siglo en que estamos.»

15. El Filósofo dijo: «¿Cómo salir de una casa sin pasar por la puerta? ¿Por qué, pues, los hombres no siguen la vía recta?»

16. El Filósofo dijo: «Si las inclinaciones naturales del hombre dominan a su educación, entonces éste no es más que un zafio grosero; si, por el contrario, la educación domina las inclinaciones naturales del hombre (en las que están comprendidas la rectitud, la bondad de corazón, etc., etc.), entonces éste no es más que un escritor hábil. Pero cuando la educación y las inclinaciones naturales están en iguales proporciones, forman un hombre superior.»

17. El Filósofo dijo: «La naturaleza del hombre es recta; si esta rectitud del natural se llega a perder durante la vida, se ha rechazado de sí toda felicidad.»

18. El Filósofo dijo: «El que conoce los principios de la recta razón, no iguala al que los ama; el que los ama, no iguala al que hace de ellos sus delicias y los practica.»

19. El Filósofo dijo: «Los hombres de inteligencia más que mediana pueden ser instruídos en los más altos conocimientos del saber humano; los hombres por debajo de una inteligencia mediana no pueden ser instruídos en los elevados conocimientos del saber humano.»

20. Fan-tchi preguntó qué era el saber. El Filósofo dijo: «Emplear todas sus fuerzas para hacer lo que es justo y conveniente a los hombres; honrar a los espíritus y a los genios; estar de ellos siempre a la distancia debida; he ahí lo que se puede llamar saber.» Preguntó lo que era humanidad. «¿Humanidad?, dijo (el Filósofo, es lo que es al principio difícil de practicar, y que, sin embargo, se puede adquirir con muchos esfuerzos; he ahí lo que puede ser llamado humanidad.»

21. El Filósofo dijo: «El hombre instruído es (como) un agua límpida que regocija; el hombre humano es (como) una montaña que regocija. El hombre instruído tiene en él un principio de movimiento; el hombre humano, un principio de reposo. El hombre instruído tiene en él motivos instantáneos de gozo; el hombre humano tiene para él la eternidad.»

22. El Filósofo dijo: «El Estado de Thsi llegará, por un cambio o una revolución, al poderío del Estado de Lu; el Estado de Lu, por una revolución, llegará al gobierno de la recta razón.»

23. El Filósofo dijo: «Cuando una copa de asas ha perdido sus asas, ¿es aún una copa de asas? ¿es aún una copa de asas?»

24. Tsaï-ngo hizo una pregunta en estos términos: Si un hombre lleno de la virtud de humanidad se viera interpelado con estas palabras: «Un hombre ha caído en un pozo», ¿practicaría la virtud de humanidad si se lanzase tras él? El Filósofo dijo: «¿Por qué había de obrar así? El hombre superior debe alejarse, no debe precipitarse por sí mismo en el pozo; no debe abusar de la extensión del deber, que no obliga a perder la vida (obrando contrariamente a los principios de la razón).»

25. El Filósofo dijo: «El hombre superior debe aplicar todo su estudio a formar su educación, a adquirir conocimientos; debe atribuir una gran importancia a los ritos o usos prescritos. Obrando así, podrá no apartarse de la recta razón.»

26. Habiendo hecho el Filósofo una visita a Nan-tsé (mujer de Ling-kunk, príncipe del Estado de Vei), Tsé-lu no quedó satisfecho. Kungtsé se inclinó en señal de resignación, y dijo: «Si he obrado mal, que el Cielo me rechaze, que el Cielo me rechace.»

27. El Filósofo dijo: «La invariabilidad en el medio es lo que constituye la virtud; ¿no es esto lo supremo en todo? Los hombres raramente perseveran en ello.»

28. Tsé-kung dijo: «Si hubiera un hombre que manifestase una extrema benevolencia hacia el pueblo, y no se ocupase más que de la felicidad de la multitud, ¿qué habría que pensar de él? ¿Se le podía llamar hombre dotado de la virtud de humanidad?»

El Filósofo dijo: «¿Por qué servirse (para calificarle) de la palabra humanidad? ¿No sería más bien un santo? Yao y Chun estarían por debajo de él.

»El hombre que tiene la virtud de humanidad desea establecerse por sí mismo, y en seguida establecer a los demás hombres; desea conocer los principios de las cosas, y en seguida hacérselos conocer a los demás hombres.

»Tener bastante imperio sobre sí mismo para juzgar a los demás por comparación con nosotros, y obrar hacia ellos como quisieran que se obrase con nosotros mismos, eso es lo que puede llamarse doctrina de humanidad; no hay nada más allá.»

Capítulo VII

1. El Filósofo dijo: «Comento, aclaro (las antiguas obras), pero no las compongo de nuevo. Tengo fe en las antiguas y las quiero; tengo la más alta estima por nuestro Lao-pang (sabio de la dinastía Chang).»

2. El Filósofo dijo: «Meditar en silencio y traer a la memoria los objetos de sus meditaciones; entregarse al estudio y no desanimarse; instruir a los hombres y no dejarse abatir. ¿Cómo llegaría a poseer estas virtudes?»

3. El Filósofo dijo: «La virtud no es cultivada; el estudio no se busca con cuidado; si se oye profesar principios de justicia y de equidad, no se quiere seguirlos; los malvados y los perversos no quieren corregirse; ¡he ahí lo que constituye mi dolor!»

4. Cuando el Filósofo se hallaba en su casa, sin preocupación de asuntos, ¡qué dulces y persuasivas eran sus maneras!, ¡qué afable y cariñoso era su aspecto!

5. El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Cuán decaído estoy de mí mismo! ¡Desde hace mucho tiempo no he visto en sueños a Tcheu-kung!»

6. El Filósofo dijo: «Que el pensamiento esté constantemente fijo en la vía recta;

»Que se tienda sin cesar a la virtud de humanidad;

»Que los momentos de descanso se apliquen al cul-

tivo de las artes (los ritos, la música, el tiro con arco, la equitación, la escritura y la aritmética).»

7. El Filósofo dijo: «En el momento que una persona ha venido a verme, y me ha ofrecido los presentes usuales (260), jamás he dejado de instruirla.»

8. El Filósofo dijo: «Si un hombre no hace ningún esfuerzo para desenvolver su espíritu, no se lo desenvolvería yo mismo. Si un hombre no quiere hacer ningún uso de su facultad de hablar, no penetraré el sentido de sus expresiones; si, después de haber dado a conocer el ángulo de un cuadrado, no se sabe las dimensiones de los otros tres, entonces no renuevo la demostración.»

9. Cuando el Filósofo se sentaba a la mesa con una persona que sufría por la pérdida de alguien, no podía comer para satisfacer su apetito. El Filósofo, en ese día (de luto), se entregaba él mismo al dolor, y no podía cantar.

10. El Filósofo, interpelando a Yen-yuan, le dijo: «Si se nos emplea en las funciones públicas, cumpliremos nuestro deber; si se nos despide, entonces descansaremos en la vida privada. No hay más que tú y yo que obraremos así.»

Tsé-lu dijo: «Si condujeras tres cuerpos de ejército, o Kiun, de doce mil quinientos hombres cada uno, ¿a cuál de nosotros nos tomarías por teniente?»

El Filósofo dijo: «El que nos lanzara a combatir con un tigre, no teniendo otras armas que las manos; el que, sin motivos, quisiera pasar a nado un río; quien prodigara su vida sin razón y sin remordimientos, no querría tomarle por teniente. Me haría falta un hombre que llevase una vigilancia sostenida en la dirección de los asuntos; que amase formar planes y ponerlos en ejecución.»

11. El Filósofo dijo: «Si para adquirir riquezas por medios honestos me fuera preciso desempeñar un oficio vil, lo haría; pero si los medios no eran honestos, desearía mejor aplicarme a lo que amo.»

12. El Filósofo prestaba la mayor atención al orden, la guerra y la enfermedad.

13. Estando el Filósofo en el reino de Thsi, oyó la música llamada Tchao (de Chung). Experimentó tanta emoción, que durante tres lunas perdió el gusto de los alimentos. Dijo: «No creo que una vez compuesta música como ésta se haya llegado luego a este punto de perfección.»

14. Yen-yeu dijo: «¿Ayudará nuestro maestro al príncipe de Veï?» Tseu-kung dijo: «Para saberlo, yo se lo preguntaré».

Entró (en la habitación de su maestro), y dijo: ¿Qué piensas de Pe-i y de Chut-si? El Filósofo dijo: «Esos hombres eran verdaderos sabios de la antigüedad. Y añadió: ¿No experimentaron ningún pesar? —Buscaron adquirir la virtud de humanidad, y obtuvieron esta virtud. ¿Por qué hubieran experimentado pesares? Saliendo (Tsé-kung), dijo: Nuestro maestro no asistirá (al príncipe de Veï).»

15. El Filósofo dijo: «Alimentarse de un poco de arroz, beber agua, no tener otro apoyo que el brazo doblado para apoyar la cabeza, es un estado, no obstante, que tiene su satisfacción. Ser rico y honrado por medios inicuos, es para mí como la nube flotante que pasa.»

16. El Filósofo dijo: «Si me fuera concedido agregar a mi edad numerosos años, pediría cincuenta para estudiar el Yi-king, a fin de que pudiera hallarme exento de faltas graves.»

17. Los asuntos de que el Filósofo hablaba habitualmente eran el *Libro de los versos*, el *Libro de los anales* y el *Libro de los Ritos*. Eran los temas constantes de sus conversaciones.

18. Ye-kong interrogó a Tsé-lu sobre Kungtsé. Tsé lu no le contestó.

El Filósofo dijo: «¿Por qué no le has respondido? Es

un hombre que a causa de los esfuerzos que hace para adquirir la ciencia, olvida tomar alimento; que por la alegría que experimenta por haberla adquirido olvida los trabajos que le ha causado, y que no se inquieta por la proximidad de la vejez. Sábelo muy bien.»

19. El Filósofo dijo: «No nací dotado de ciencia. Soy un hombre que ha amado a los antiguos y que hace cuanto puede por adquirir sus conocimientos.

20. El Filósofo no hablaba en sus conversaciones ni de cosas extraordinarias, ni de bravura, ni de revueltas civiles, ni de los espíritus.

21. El Filósofo dijo: «Si somos tres que viajamos juntos, encontraré necesariamente dos maestros (en mis compañeros de viaje); elegiría el hombre de bien para imitarle, y al hombre perverso para corregirme.»

22. El Filósofo dijo: «El Cielo ha hecho nacer la virtud en mí, ¿qué puede, pues, hacerme Hoan-tui?»

23. «Vosotros, mis discípulos, todos cuantos sois, ¿creeis que tenga para vosotros doctrinas ocultas? No tengo doctrinas ocultas para vosotros. No he hecho nada que no os haya comunicado, ¡oh discípulos míos! Esta es la manera de obrar de Khieu (de él mismo).»

24. El Filósofo empleaba cuatro clases de enseñanzas: la literatura, la práctica de las acciones virtuosas, la rectitud o la sinceridad y la fidelidad.

25. El Filósofo dijo: «No puedo llegar a ver un hombre santo; todo lo que puedo ver es un sabio.»

El Filósofo dijo: «No puedo llegar a ver un hombre virtuoso; todo lo que puedo es ver un hombre constante y firme en sus ideas.

»Carecer de todo y obrar como si se lo poseyese en abundancia; estar vacío y mostrarse lleno; ser pequeño y mostrarse grande, es un papel difícil de sostener constantemente.»

26. El Filósofo pescaba algunas veces con anzuelo, pero no con redes; cazaba los pájaros con flecha, pero no con cepos.

27. El Filósofo dijo: «¿Cómo pueden encontrarse hombres que obren sin saber lo que hacen? Yo no querría comportarme de ese modo. Es preciso escuchar las opiniones de muchas personas, elegir lo que ellas tienen de bueno y seguirlas; ver mucho y reflexionar maduramente sobre lo que se ha visto; éste es el segundo paso del conocimiento.»

28. Los Heu-yang (habitantes de un país así llamado) eran difíciles de instruir. Habiendo venido uno de sus jóvenes a visitar a los discípulos del Filósofo, deliberaron si le recibirían entre ellos.

El Filósofo dijo: «Le he admitido a entrar (en el número de mis discípulos), no le he admitido a marcharse. ¿De dónde viene esta oposición de vuestra parte? Este hombre se ha purificado, se ha renovado él mismo, a fin de entrar en mi escuela; alabarle de estar así purificado; yo no respondo de sus acciones pasadas o futuras.»

29. El Filósofo dijo: «¡La humanidad está tan lejos de nosotros! Deseo poseer humanidad y la humanidad viene a mí.»

30. El juez del reino de Tchin preguntó si Tchao-kong conocía los ritos. Kungtsé dijo: «Conoce los ritos.» Habiéndose alejado Kungtsé (el juez) saludó a U-ma-ki, y, haciéndole entrar, le dijo: «He oído decir que el hombre superior no daba su asentimiento a las faltas de los demás; sin embargo, un hombre superior, le ha dado su asentimiento. El príncipe se ha casado con una mujer de la familia U, del mismo nombre que el suyo, y la ha llamado U-meng-tsé. Un príncipe debe conocer los ritos y costumbres; ¿por qué no los conoce?»

U-ma-ki advirtió al Filósofo, que exclamó: «¡Qué feliz es Khieu! Si comete una falta, los hombres están seguros de conocerla.»

31. Cuando el Filósofo se encontraba con alguno que sabía cantar bien, le persuadía para que cantara la misma pieza por segunda vez, y le acompañaba haciéndolo él.

32. El Filósofo dijo: «En literatura, no estoy a la altura de los demás hombres. Si quiero que mis acciones sean las de un hombre superior, entonces no puedo jamás alcanzar la perfección.»

33. El Filósofo dijo: «Si yo pienso en un hombre que reuniera la santidad a la virtud de humanidad, ¡cómo osaría compararme a él! Todo lo que sé es que me esfuerzo en practicar estas virtudes sin desanimarme, y en enseñarlas a los demás sin descorazonarme y dejarme abatir. Esto es todo lo que yo os puedo decir de mí.» Kong-si-hoa dijo: «Es justo añadir que nosotros, tus discípulos, no podemos siquiera aprender esas cosas.»

34. El Filósofo estaba muy enfermo. Tsé-lu le suplicó que permitiera a sus discípulos elevar para él sus plegarias a los espíritus y a los genios. El Filósofo dijo: «¿Conviene eso?» Tsé-lu respondió con respeto: «Eso conviene. Se ha dicho en el libro titulado Lui: «Dirigir vuestras plegarias a los espíritus y a los genios de arriba y de abajo (del Cielo y de la Tierra).» El Filósofo dijo: «La plegaria de Khieu (la suya) era permanente.»

35. El Filósofo dijo: «Si se es pródigo y dado al lujo, entonces no se es sumiso. Si se es demasiado parsimonioso, entonces se es vil y abyecto. La bajeza es, sin embargo, preferible aun a la desobediencia.»

36. El Filósofo dijo: «El hombre superior tiene igualdad y tranquilidad de alma. El hombre vulgar experimenta sin cesar turbación e inquietud.»

37. El Filósofo era, ante todo, amable y obsequioso; su gravedad sin rigidez y la dignidad de su continente, inspiraban respeto sin violencia.

Capítulo VIII

1. El Filósofo dijo: «¡Es Taï-pe quien podía ser llamado soberanamente virtuoso! No se encontraba nada que añadir a su virtud. Tres veces rehusó el Imperio, y el pueblo no veía nada loable en su acción desinteresada.»

2. El Filósofo dijo: «Si la deferencia y el respeto hacia los demás no están regidos por los ritos o la educación, entonces no son sino una cosa fastidiosa; si la vigilancia y la solicitud no están reguladas por la educación, entonces no son sino timidez exagerada; si el valor viril no está regulado por la educación, entonces no es sino insubordinación; si la rectitud no está regulada por la educación, entonces arrastra a una gran confusión.

»Si los que están en una condición superior tratan a sus parientes como debe ser, entonces el pueblo se alzará hasta la virtud de humanidad. Por la misma razón, si no olvidan y abandonan a sus antiguos amigos, entonces el pueblo no obrará de manera contraria.»

3. Estando Thseng-tsé gravemente enfermo, hizo venir cerca de él a sus discípulos, y los dijo: «Descubridme los pies, descubridme las manos.» El *Libro de los versos* dice:

«Tened el mismo temor y la misma circunspección

»Que si contemplaseis bajo vuestros ojos un abismo profundo.

»Como si marchaseis sobre un hielo frágil.»

Ahora o más tarde, sé que os debo dejar, mis queridos discípulos.

4. Estando enfermo Thseng-tsé, Meng-kig-tsé (grande del reino de Lu) pidió noticias de su salud. Thseng-tsé pronunció estas palabras: «Cuando el pájaro está próximo a morir, su canto se hace triste; pero cuando el hombre está próximo a morir, sus palabras llevan la marca de la virtud.»

Las cosas que el hombre superior pone por cima de todo en la práctica de la recta razón, son en número de tres: en su continente y en su actitud tiene cuidato de todo lo que pudiera delatar la brutalidad y la rudeza; hace de modo que la verdadera expresión de su cara represente en lo posible la realidad y la sinceridad de sus sentimientos; que las palabras que escapen de su boca y la entonación de su voz alejen todo lo que pudiera ser bajo o vulgar y contrario a la razón. En cuanto a lo que concierne a los vasos de bambú (cosas menos importantes), es preciso que alguien se ocupe de su conservación.

5. Thseng-tsé dijo: «Poseer capacidad y talento, y pedir consejo a los que están desprovistos de ellos; tener mucho y tomar el consejo de los que no tienen nada; ser rico y comportarse como siendo pobre; estar lleno y parecer vacío y desnudo de todo; dejarse ofender sin demostrar resentimiento; en otro tiempo tenía un amigo que se conducía así en la vida.»

6. Thseng-tsé dijo: «El hombre al que se le puede confiar un joven huérfano de seis palmos (*tchi*) de alto (261), a quien se le puede entregar la administración y el mando de un reino de cien *li* de extensión, y que cuando surge un quebranto político no se deja arrancar de su deber, ¿no es un hombre superior? Sí; es seguramente un hombre superior.»

7. Thseng-tsé dijo: «Los letrados no deben no tener el alma firme y elevada, porque su fardo es pesado, y su ruta, larga.

»La humanidad es el fardo que tienen que llevar (o el deber que tienen que cumplir); ¿no es, en efecto, muy pesado y muy importante? Es con la muerte tan solo cuando se cesa de llevarle; el camino ¿no es, en efecto, muy largo?»

8. El Filósofo dijo: «Elevemos nuestro espíritu mediante la lectura del *Libro de los versos;* establezcamos nuestros principios de conducta de acuerdo con el *Libro de los Ritos*; perfeccionémonos gracias a la Música.»

9. El Filósofo dijo: «Se puede forzar al pueblo a seguir los principio de la justicia y de la razón; no se le puede forzar a comprenderlos.»

10. El hombre que gusta de las acciones valerosas y viriles, si experimenta las privaciones y sufrimientos de la miseria, causará el disturbio y el desorden; pero el hombre que está desprovisto de las virtudes de humanidad, aunque le falten los sufrimientos y las privaciones, causará muchos más disturbios y desórdenes.

11. El Filósofo dijo: «Suponiendo que un hombre esté dotado de la hermosura y de los talentos de Thcheu-kung, pero que al propio tiempo sea altivo y de una avaricia sórdica, lo que pueda quedarle de esas cualidades no vale la pena de que se le preste atención.»

12. El Filósofo dijo: «No es fácil encontrar una persona que durante tres años se entregue constantemente al estudio sin tener a la vista los emolumentos que puede sacar de él.»

13. El Filósofo dijo «El que tiene una fe inquebrantable en la verdad, y ama el estudio con pasión, conserva hasta la muerte los principios de la virtud, que son su consecuencia.

»Si un Estado se halla en peligro de revolución (por consecuencia de un mal gobierno), no ir a visitarle; en un país que está entregado al desorden no se puede permanecer. Si un Imperio se halla gobernado por los principios de la rectitud y la razón, ir a visitarle; si no se halla gobernado por los principios de la razón. permaneced ignorados en el retiro y en la soledad.

»Si un Estado se halla gobernado por los principios de la razón, la pobreza y la miseria, son casos de vergüenza; si un Estado no se halla gobernado por los principios de la razón, los casos de vergüenza son entonces la riqueza y los honores.»

14. El Filósofo dijo: «Si no desempeñáis funciones

en un gobierno, no déis vuestra opinión sobre su administración.»

15. El Filósofo dijo: «¡Cómo sabía encantar el oído por la gracia y la melodía el jefe de música llamado Tchi, con su canto que empieza por estas palabras: Kuan-tsiu-tchi-luan! (¿Por que estoy lejos de ti?).»

16. El Filósofo dijo: «Ser valeroso y atrevido sin rectitud, alelado sin deferencia, inepto sin sinceridad: no conozco tales caracteres.»

17. El Filósofo dijo:« Estudiar siempre como si no pudierais nunca alcanzar (la cima de la ciencia), como si temierais perder el fruto de vuestros estudios.»

18. El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Qué elevación, qué sublimidad en los gobiernos de Chun y de Yu! Y, sin embargo, todo era aún poco según ellos.»

19. El Filósofo dijo: «¡Oh! Qué grande era la conducta de Yao en la administración del Imperio! ¡Qué elevada y sublime! Tan sólo el Cielo podía igualarla en grandeza. ¡Unicamente Yao podía imitar así al Cielo! ¡Sus virtudes eran tan vastas, tan profundas, que el pueblo no encontraba nombres qué darlas!

»¡Oh! ¡Qué grandeza! ¡Qué sublimidad en sus acciones y en sus méritos! ¡Y qué admirables los monumentos que han dejado de su sabiduría!»

20. Chun tenía cinco ministros, y el Imperio estaba bien gobernado.

Vu-vang decía: «Tengo por ministros diez hombres de Estado hábiles en el arte de gobernar.»

Kungtsé dijo: «Los hombres de talento son raros y difíciles de encontrar; ¿no es esto verdad? A partir de la época de Chang (Yao) y de Yu (Chun), hasta estos ministros (de Vu-Vang), llenos de méritos, tan sólo ha habido una mujer, así como nueve hombres de mérito, y he ahí todo.»

De tres partes que constituían el Imperio Vu-vang, hubo dos de ellas en las que continuó sirviendo la dinastía de Yn. La virtud del fundador de la dinastía de los Tcheu puede ser llamada una virtud sublime.

21. El Filósofo dijo: «¡No veo ningún defecto en Yu! Era sobrio en el beber y en el comer, y soberanamente piadoso con los espíritus y con los genios. Sus vestiduras ordinarias eran malas y groseras, pero ¡cuán bellas y adornadas eran estas ropas y sus otros trajes de ceremonia! Habitaba una humilde morada; pero empleó todos sus esfuerzos en hacer elevar diques y horadar canales para la circulación de aguas. No veo ningún defecto en Yu.»

Capítulo IX

1. El Filósofo hablaba raramente del provecho, del destino (o mandato del Cielo, *ming*) y de humanidad (la más grande de las virtudes).

2. Un hombre del pueblecillo de Ta-hiang, dijo: «¡Qué grande es Kungtsé! Sin embargo, no es su vasto saber lo que le ha dado su renombre.»

Habiendo oído el Filósofo estas palabras, interpeló a sus discípulos, diciéndoles: «¿Qué debo tratar de hacer? ¿Emprenderé el oficio de cochero o aprenderé el de arquero? Seré cochero.»

3. El Filósofo dijo: «En otros tiempos se llevaba un gorro de tela de lino para conformarse a los ritos; ahora se llevan gorros de seda, como más económico; quiero seguir a la multitud. En otro tiempo se inclinaban respetuosamente al pie de las gradas de la sala de recepción para saludar a su príncipe, conformándose a los ritos; ahora se saluda desde lo alto de las gradas. Esto es orgullo. Aunque en esto me aleje de la multitud, seguiré la moda antigua.»

4. El Filósofo estaba completamente exento de cuatro cosas: no tenía amor propio, no tenía prejuicios, no tenía obstinación, no tenía egoismo.

5. El Filósofo, experimentó inquietudes y temores en Kuang. Y dijo: «Vu-vang no existe. ¿No depende ahora de mí el sacar a la luz la doctrina pura?

»Si el Cielo hubiera resuelto dejar perecer esta doctrina, los que han sucedido a Vu-vang, que no existe, no hubieran tenido la facultad de hacerle revivir y de devolverle su antiguo brillo. El Cielo no quiere, pues, que esa doctrina perezca. ¿Qué me quieren, pues, los hombres de Kuang?»

6. Un Tai-tsai, o gran funcionario público, interrogó un día a Tseu-kung en estos términos: Tu maestro ¿es un santo? ¿No tiene un gran número de talentos?

Tseu-kung dijo: «Ciertamente, el Cielo le ha deparado casi todo lo que constituye la santidad y, además, un gran número de talentos.»

Habiéndoles oído hablar el Filósofo de este modo, dijo: «¿Me conoce ese gran funcionario? Cuando yo era pequeño me he encontrado en circunstancias penosas y difíciles; por eso he adquirido gran número de talentos para la práctica de los negocios vulgares. El hombre superior, ¿posee un gran número de estos talentos? No, no posee un gran número.»

Lao (uno de los discípulos de Kungtsé) dijo: «El Filósofo repetía a menudo: "No fuí empleado joven en los cargos públicos; por eso me apliqué al estudio de las artes".»

7. El Filósofo dijo: «¿Estoy verdaderamente en posesión de la ciencia? No lo sé. Pero si se encuentra un ignorante que me haga preguntas, por vanas que sean, le responderé con mucho gusto, apurando el tema en todas sus fases.»

8. El Filósofo dijo: «El pájaro llamado Fung o Fungling no viene; el río no hace salir de su seno el cuadro (sobre el cual está figurado el dragón). Estoy perdido.»

9. Cuando el Filósofo veía a alguien en traje de luto, o llevando el bonete y el hábito de magistrado, o ciego, aunque fuese más joven que él, se levantaba a su llegada (si se halla sentado). Si pasaba ante él sentado, aceleraba el paso.

10. Yen-yuan exclamó suspirando: «Si considero la doctrina de mi maestro, no veo nada más elevado; si busco penetrarla, no encuentro nada más impenetrable; si la considero como delante de mis ojos y precediéndome, en seguida se me escapa y huye de mi. Mi maestro, sin embargo, me ha conducido paso a paso; ha desenvuelto gradualmente mi espíritu, porque sabía cautivar a los hombres con sus palabras; ha extendido mucho mis conocimientos en las ciencias que constituyen la educación y, sobre todo, me ha hecho estudiar el *Libro de los ritos.*

»Si quería detenerme, no podía. Cuando había agotado todas mis fuerzas (esta doctrina), siempre estaba allí, como fija ante mí, a cierta distancia. Aunque he deseado ardientemente alcanzarla, no he podido conseguirlo.»

11. Estando el Filósofo muy enfermo, Tseu-lu le envió un discípulo para que le sirviera de ministro.

En un intervalo (del sufrimiento) qué le permitió la enfermedad, el Filósofo dijo: «¿No hace ya mucho tiempo que Yeu (Tseu-lu) se conduce de una manera poco conforme a la razón? No tengo ministros y, sin embargo, tengo alguien que desempeña sus funciones, ¿a quién engaño, a mí o al Cielo?

»Antes de morir en manos de un ministro, ¿no hubiera valido más para mí morir en manos de mis discípulos? Aunque en este último caso, no hubiera tenido grandes funerales; ¡hubiera muerto en la vía recta!»

12. Tseu-kung dijo: «Si yo tuviera una hermosa joya, en las circunstancias actuales, ¿debería encerrarla y ocultarla en una caja, o buscar venderla a un buen precio?» El Filósofo dijo: «¡Venderla! ¡Venderla! Pero aguardaría a alguien que pudiera estimar su valor.»

13. El Filósofo manifestó su deseo de ir a habitar entre los Kien-i o nueve tribus bárbaras de las regiones orientales. Alguien dijo: «Esto sería una cosa vil y abyecta; ¿por qué tener semejante deseo?» El Filósofo dijo: ««Donde habita el hombre superior, el sabio, ¿cómo puede haber bajeza y abyección?»

14. El Filósofo dijo: «Cuando volví del reino de Veï al de Lu, corregí y rectifiqué la música. Los cantos comprendidos bajo los nombres de Ya y de Kung (dos divisiones del *Libro de los versos*), cada uno fue devuelto al sitio que debía ocupar.»

15. El Filósofo dijo: «Cuando estéis fuera de vuestra casa, cumplid vuestros deberes respecto a vuestros magistrados superiores. Cuando estéis en vuestra casa, cumplir vuestro deber respecto a vuestro padre, vuestra madre y vuestros hermanos. En las ceremonias fúnebres, no os permitáis ninguna negligencia. No os entreguéis a ningún exceso en el uso del vino. ¿Cómo podría yo tolerar una conducta contraria?»

16. Estando el Filósofo a la orilla de un río, dijo: »¡Con qué majestad corre! ¡No se detiene ni de día ni de noche!»

17. El Filósofo dijo: «No he visto aún a nadie que amase tanto la virtud como se ama la belleza del cuerpo.»

18. El Filósofo dijo: «Pongo una comparación: Quiero formar un montículo de tierra; antes de haber llenado un canasto puedo detenerme; me detengo. Pongo otra comparación: Quiero nivelar un terreno; aunque ya haya transportado un canasto de tierra, tengo siempre la libertad de continuar o de detenerme; puedo obrar de una manera o de otra.»

19. El Filósofo dijo: «En el curso de nuestros coloquios, aquel cuyo espíritu no se cansaba, no se entorpecía. ¡Este era Hui!»

20. El Filósofo, hablando de Yen-Yuan (Hui), decía: «¡Ay! Le veo siempre avanzar y jamás detenerse.»

21. El Filósofo dijo: «La hierba crece, pero no da flores; si da flores, no produce granos maduros. ¡Qué va a ser del pobre sabio!»

22. El Filósofo dijo: «Desde el instante en que un niño nace, es preciso respetar sus facultades; la ciencia que recibirá en lo sucesivo no se parece en nada a su estado presente. Si llega a la edad de cuarenta o de cincuenta años sin haber aprendido nada, no es digno de ningún respeto.»

23. El Filósofo dijo: «Un lenguaje sincero y conforme a la recta razón, ¿no obtendrá el asentimiento universal? Es un cambio de conducta, una conversión a la virtud lo que es honroso y bueno ante todo. Un lenguaje insinuante y adulador, ¿no causará satisfacción al que lo oye? Pero es la investigación de la verdad, lo que es honroso y bueno ante todo. Experimentar satisfacción oyendo un lenguaje adulador y no buscar lo verdadero; dar su asentimiento a un lenguaje sincero y conforme a la recta razón, y no convertirse a la virtud; esto es lo que no he aprobado jamás ni practicado yo mismo.»

24. El Filósofo dijo: «Colocad siempre en primera fila la rectitud de corazón y la fidelidad; no contraed amistad con los que no se os parezcan; si cometeis una falta, no temais jamás cambiar de conducta.»

25. El Filósofo dijo: «A un ejército de tres divisiones (un cuerpo de 37.000 hombres), se le puede arrebatar su general (y derrotarle); al hombre más abyecto, o al más vulgar, no se le puede arrebatar su pensamiento.»

26. El Filósofo dijo: «Si hay alguien que, vestido con las ropas más humildes, más groseras, pueda sentarse sin avergonzarse al lado de los que llevan los trajes más preciosos y las más valiosas pieles, ¡ese es Yeu!

»Sin propósito de dañar y sin deseos ambiciones,

»¿A qué acción sencilla y virtuosa no está siempre propicio?» (Palabras del *Libro de los versos*.)

Tseu-lu (Yeu) tenía en la boca, sin cesar, la máxima precedente. El Filósofo dijo: «Es al estudio y a la práctica de la recta razón a lo que, sobre todo, es preciso aplicarse; ¿cómo bastaría hacer el bien?»

27. El Filósofo dijo: «Cuando llega la estación de in-

vierno, entonces es cuando se reconoce el pino y el ciprés (cuyas hojas no caen), mientras que las demás hojas caen.

28. »El que está instruído y esclarecido por la razón, no duda; el que posee la virtud de humanidad, no experimenta pena; el que es fuerte y valeroso, no tiene temor.»

29. El Filósofo dijo: «Podemos aplicarnos con todas nuestras fuerzas al estudio, sin poder encontrar los verdaderos principios de la razón, la verdadera doctrina; se pueden encontrar los verdaderos principios de la razón sin poder establecerlos de una manera fija; se los puede establecer de una manera cierta, en relación a los tiempos y a las circunstancias.»

30. «Las flores del ciruelo se agitan de un lado y de otro.
»Y pienso en colocarlas un sostén
»Como no pensaría en ti.
»¡Oh mi morada, de la que estoy tan alejado!»
El Filósofo dijo: «No se debe pensar en la distancia cualquiera que sea, que nos separa (de la virtud).»

Capítulo X

1. Kungtsé, cuando aún residía en su aldea, era extremadamente sincero y recto; pero tenía tanta modestia, que parecía desprovisto de la facultad de hablar.
Cuando se encontró en el templo de los antepasados y en la corte de su soberano, habló clara y distintamente; y todo lo que dijo llevaba el sello de la reflexión y de la madurez.

2. En la corte, habló a los oficiales inferiores con firmeza y rectitud; a los oficiales superiores, con una franqueza cortés.
Cuando estaba presente el príncipe, conservaba una actitud respetuosa y digna.

3. Cuando el príncipe le hacía venir a su corte y le encargaba de recibir a sus huéspedes (262), su actitud cambiaba de repente. Su continente era grave y mesurado, como si hubiera tenido trabas en los pies.
Si venía a saludar a las personas que se encontraban cerca de él, sea a la derecha, ya a la izquierda, su toga, por delante y por detrás, caía siempre recta y bien dispuesta.
Su paso era acelerado, introduciendo a los huéspedes, y tenía los brazos extendidos, como las alas de un pájaro.
Cuando el huésped había partido, él creía su deber ir a dar cuenta (al príncipe) de su misión, diciéndole: «El huésped no está ya en tu presencia.»

4. Cuando penetraba bajo la puerta del palacio, inclinaba el cuerpo, como si la puerta no hubiera sido bastante amplia para dejarle pasar.
No se detenía al pasar bajo la puerta y, en su marcha, apenas tocaba el umbral con sus pies.
Pasando ante el trono, su continente cambiaba de repente; su paso era grave y mesurado, como si hubiera tenido trabas en los pies. Sus palabras, también parecían tan trabadas como sus pies.
Tomando su toga con las dos manos, subía así a la sala del palacio, con el cuerpo inclinado y reteniendo su aliento, como si no hubiera osado respirar.
Al salir, después de haber dado un paso, se despojaba poco a poco de su continente grave y respetuoso, y adoptaba un aire riente, y cuando ganaba la parte baja de la escalinata, dejando caer de nuevo su toga, otra vez extendía los brazos como las alas de un pájaro, y, al pasar ante el trono de nuevo, cambiaba su aspecto, y su continente tornábase grave y mesurado, como si hubiera tenido trabados sus pies.

5. Al recibir la marca distintiva de su dignidad (como enviado de su príncipe), inclinó profundamente el cuerpo, como si no hubiera podido soportarla. En seguida la levantó en alto con las dos manos, como si

hubiera querido presentarla a alguien, y la bajó hasta el suelo, como para entregarla a otro; mostrando en su continente y en su actitud la apariencia del temor y haciendo su marcha, ya lenta, ya rápida, de acuerdo con los diferentes movimientos de su alma.

Ofreciendo los presentes reales como era costumbre, tomaba un continente grave y afable; ofreciendo los demás presentes, su aspecto tenía algo de más afable y más obsequioso.

6. El Filósofo no llevaba vestidos con adornos de púrpura o azul fuerte.

No se hacía sus trajes ordinarios de tela roja o violeta.

En la estación cálida, llevaba una ropa de tela de cáñamo fina o áspera, bajo la cual se ponía siempre otra para hacer resaltar la primera.

Su vestido negro (de invierno) estaba forrado de pieles de carnero; sus vestidos blancos, de pieles de gamo; sus vestidos amarillos, de piel de zorro.

De la ropa que usaba en su casa, tuvo durante largo tiempo la manga derecha más corta que la otra.

Sus vestidos de noche o de reposo eran siempre vez y media tan largos como su cuerpo.

En su casa usaba vestidos gruesos, hechos de pelos de zorros.

Excepto en época de luto, ningún motivo le impedía llevar, unido a su ropa, todo lo que era de uso.

Si no llevaba el traje propio para los sacrificios y las ceremonias, llamado vu-chang, su ropa era siempre algo abierta por un lado.

No iba a hacer visitas de pésame con una ropa guarnecida de pieles de carnero y un bonete negro.

El primer día de cada luna se ponía sus ropas de corte y se dirigía al palacio (para presentar sus respetos al príncipe).

7. En los días de abstinencia, se cubría constantemente con un traje blanco de lino.

En estos mismos días de abstinencia, era para él un deber cambiar su manera de vivir y el lugar donde tenía la costumbre de reposar.

8. En cuanto al alimento, no rechazaba el arroz cocido en agua ni las carnes de vaca o pescado cortado en pequeños trozos.

Jamás comía platos corrompidos por el calor, ni pescados lo mismo, ni carnes ya entradas en putrefacción. Si su color estaba alterado, no lo comía; si olían mal, tampoco, o si había perdido el sabor; si no eran productos de la estación, tampoco los comía.

No comía la carne que no estuviera cortada en líneas rectas. Si un plato no tenía la salsa que le convenía; no le comía.

Por mucha carne que hubiese en su comida, hacía de modo a no tomar jamás una cantidad que excediera a la que tenía de pan y de arroz. Su bebida no estaba reglamentada, pero no tomaba jamás una cantidad que pudiera turbar su espíritu.

Si el vino se había comprado en el mercado público, no lo bebía; si se le presentaba carne seca comprada en los mercados, no la comía.

No se abstenía de jengibre en sus alimentos.

No comía mucho jamás.

Cuando ofrecía los sacrificios y las oblaciones en los palacios del príncipe, no retenía para él, ni siquiera una noche, la carne que había recibido. Cuando ofrecía él mismo las oblaciones de carne a sus antepasados, no pasaba tres días sin consumirla; si los tres días habían pasado, no la comía ya.

Comiendo, no discutía; dedicándose al reposo en su lecho, no hablaba.

Aun cuando no hubiera tomado sino muy pocos alimentos, y de los más comunes, ya vegetales, o caldo, ofrecía siempre una pequeña cantidad de ellos como oblación o libación, y practicaba esta ceremonia con el respeto y la gravedad convenientes.

9. Si la estera en la cual debía sentarse no estaba extendida regularmente, no se sentaba encima.

10. Cuando los habitantes de su pueblecillo le invitaban a un festín, no se levantaba de la mesa sino cuando los viejos que llevaban bastones se habían levantado.

Cuando los habitantes de su pueblecillo hacían la ceremonia llamada *no*, para ahuyentar los espíritus malignos, se revestía de su ropa de corte e iba a sentarse entre los asistentes al lado oriental de la sala.

11. Cuando enviaba a alguien a adquirir noticias de los demás Estados, le hacía dos veces la reverencia y le acompañaba hasta cierta distancia.

Habiéndole enviado Kang-tsé cierto medicamento, lo recibió dando muestras de reconocimiento, pero dijo: «Khiu no conoce bastante este medicamento y no se atreve a probarlo.

12. Habiéndose incendiado su cuadra, el Filósofo, de vuelta de la corte, dijo: «¿Ha alcanzado el fuego a alguna persona? Los caballos no me preocupan.»

13. Cuando le enviaban al príncipe un presente de alimentos (263), creía al punto un deber colocarlos regularmente en la mesa y probarlos. Cuando el príncipe le enviaba un presente de carne cruda, la mandaba siempre cocer, y en seguida la ofrecía (a los manes de sus antepasados). Si el príncipe le enviaba como regalo un animal vivo, se creía obligado a alimentarle y conservarle con cuidado. Si era invitado por el príncipe a comer con él, cuando éste se disponía a hacer una oblación el Filósofo la probaba el primero.

Si estaba enfermo y el príncipe iba a verle, se hacía colocar la cabeza al oriente, se revestía de sus trajes de corte y se ceñía su más hermoso cinturón.

Cuando el príncipe le llamaba junto a él, sin esperar a su carruaje, que le seguía, iba a pie.

14. Cuando entraba en el gran templo de sus antepasados, se informaba minuciosamente de cada cosa.

15. Si alguno de sus amigos acababa de morir, y no tenía a nadie que le rindiera las honras fúnebres, decía:

«El cuidado de sus funerales me pertenece a mí.»

Si recibía presentes de sus amigos, aunque éstos fueran carros y caballos, de no tener carne que poder ofrecer como oblación a sus antepasados, no les daba las gracias como obligaba la cortesía.

16. Cuando se entregaba al sueño, no adoptaba la postura de un hombre muerto; y cuando estaba en su casa, se despojaba de su gravedad habitual.

Si alguien le hacía una visita vistiendo traje de luto, aun cuando fuese una persona de su conocimiento particular, jamás dejaba de cambiar de continente y de adoptar un gesto conveniente; si encontraba a alguien con gorro de ceremonia o que estuviese ciego, aunque él mismo no llevara sino sus vestiduras ordinarias, jamás dejaba de testimoniarle deferencia y respeto.

Cuando se encontraba a una persona que llevaba vestiduras de luto, la saludaba, descendiendo de su carruaje; de la misma manera obraba cuando encontraba personas que llevaban tablillas en las que estaban inscritos los nombres de los ciudadanos.

Si se había preparado para recibirle un festín espléndido, jamás dejaba de cambiar de actitud al levantarse de la mesa para irse de allí.

Cuando de repente se dejaba oir el trueno o se levantaban vientos huracanados, no dejaba jamás de cambiar de actitud (de adoptar un aire de temor respetuoso hacia el cielo).

17. Cuando montaba en su carro, se mantenía en pie con las riendas en la mano.

Cuando se hallaba en plena marcha, no miraba atrás, ni hablaba sin motivo grave, ni señalaba a nada con el dedo.

18. Decía: «Cuando el pájaro advierte el rostro del cazador, se oculta a sus miradas y va a posarse a un sitio seguro.»

Decía aún: «¡Qué bien sabe el faisán que habita en la cima de la colina elegir el momento (para tomar su

alimento)! Tseu-lu, habiendo visto al faisán, quiso cogerle, pero éste lanzó tres chillidos y echó a volar.»

HIA - LUN

SEGUNDO LIBRO

CAPITULO XI

1. El Filósofo dijo: «Los primeros que hicieron progresos en el conocimiento de los ritos y en el arte de la música, son considerados (hoy) como hombres groseros. Los que después de ellos y en nuestro tiempo han hecho nuevos progresos en los ritos y en la música, son considerados como hombres superiores.

»Para mi uso propio, sigo a los antiguos.»

2. El Filósofo dijo: «De cuanto me siguieron a los Estados de Tchin y de Tsaï, ninguno se acerca ahora a mi puerta (para escuchar mis lecciones).

»Los que brillaban por la palabra y en las discusiones Yan-yuan, Min-tseu-kian, Jan-pe-nieu y Tchung-kung.

»Los que brillaban por la palabra y en las discusiones eran Tsaï-ngo y Tseu-kung; los que tenían más talentos para la administración de los asuntos eran Jan-yeu y Ki-lu; los que sobresalían en los estudios filosóficos eran Tseo-yeu y Tseu-hia.»

3. El Filósofo dijo: «Hui no me ayudaba (en mis discusiones); en todo cuanto yo decía no encontraba nada de lo que no estuviese satisfecho.»

4. El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Qué piedad filial tenía Min-tsé-kian! Nunca difería en nada con el testimonio de su padre, de su madre y de sus hermanos.»

5. Nan-yung repetía tres veces al día la oda Pekueï, del *Libro de los versos*. Kungtsé le dio la hija de su hermano en matrimonio.

6. Ki-kang-tsé preguntó cuál de los discípulos del Filósofo tenía más aplicación y amor al estudio. Kungtsé respondió con deferencia: «Yan-Hui era el que más amaba el estudio; pero, desgraciadamente, se ha cortado su destino; ha muerto antes de tiempo. Ahora, ya es un hecho: ¡no existe!»

7. Habiendo muerto Yan-yuan, Yan-lu (padre de Yan-yuan) rogó al Filósofo que le diera su carro para venderle, a fin de mandar construir una tumba para su hijo, con el precio que sacara de él.

El Filósofo dijo: «Que tenga talento o que no le tenga, cada pobre reconoce siempre a su hijo como su hijo. Li (o Po-Yu, hijo de Kungtsé), cuando murió no tuvo más que un ataúd interior y no una tumba. Yo no puedo ir a pie por hacer construir una tumba (a Yan-yuan), puesto que voy con los grandes dignatarios, no debo ir a pie.»

8. Habiendo muerto Yan-Hi, el Filósofo dijo: «¡Ay! ¡El Cielo me agobia a fuerza de dolores! ¡Ay! ¡El cielo me agobia a fuerza de dolores!

9. Habiendo muerto Yan-Hui, el Filósofo le lloró con exceso. los discípulos que le seguían dijeron: «Nuestro maestro se ha entregado demasiado a su dolor.»

El Filósofo dijo: «¿No he experimentado una pérdida extremada?

»Si no lamento extremadamente a tal hombre, ¿por quién experimentaré un dolor parecido?»

10. Habiendo muerto Yan-Hui, sus condiscípulos desearon hacerle grandes funerales. El Filósofo dijo: «No es preciso.»

Sus condiscípulos le hicieron funerales suntuosos.

El Filósofo dijo: «Hui me consideraba como su padre; yo no le puedo considerar como mi hijo; la causa no consiste en mí, sino en mis discípulos.»

11. Ki-lu preguntó cómo era preciso servir a los es-

píritus y a los genios. El Filósofo dijo: «Cuando no se está en estado de servir a los hombres, ¿cómo se podría servir a los genios?»

«Permíteme, añadió, que ose preguntarte ¿qué es la muerte?»

El Filósofo dijo: «Cuando no se sabe aún lo que es la vida, ¿cómo se podría conocer la muerte?»

12. Min-tsé estaba al lado del Filósofo con aspecto tranquilo y sereno; Tseu-lu, con gesto austero y atrevido; Jan-yeu y Tseu-kung, con aspecto grave y digno. El Filósofo estaba satisfecho de ellos.

En lo que concierne a Yeu (o Tseu-lu), dijo: «No le ocurrirá morir de muerte natural.

13. Los habitantes del reino de Lu querían construir un granero público.

Min-tsé-kian dijo: «¿Por qué no serviría aún el antiguo y por qué obrar cual pretendéis? ¿Qué necesidad hay de cambiar y de construir otro (que costará muchos sudores al pueblo?)»

El Filósofo dijo: «Este hombre no es un hombre de palabras vanas; si habla, es siempre a propósito y con un objeto útil.»

14. El Filósofo dijo: «¿Cómo los sonidos de la guitarra (264) de Yeu (Tseu-lu) pueden llegar hasta la puerta de Khieu?» (A causa de ello) los discípulos del Filósofo cada vez sentían menos respeto hacia Tseu-lu. El Filósofo dijo: «Yeu ya ha subido a la gran sala, aunque no haya entrado en la morada interior.»

15. Tsé-kung preguntó cuál, entre Sse y Chang, era el más sabio. El Filósofo dijo: «Sse va más allá del blanco; Chang no le alcanza.

Y añadió: Siendo así, «¿Sse es superior a Chang?»

El Filósofo dijo: «Pasarse es como no alcanzar.»

16. Ki-chi era más rico que Tcheo-kung y, sin embargo, Kieu imponía en su favor tributos más considerables, que aumentaba sin cesar.

El Filósofo dijo: «No es de los que frecuentan mis lecciones. Los niños deben publicar sus crímenes a son

de tambor, y les está permitido perseguirle con sus burlas.»

17. Tchai es sin inteligencia.

San tiene el espíritu pesado y poco penetrante.

Sse es ligero e inconstante.

Yeu tiene maneras poco corteses.

18. El Filósofo dijo: «Hui se acercaba mucho a la vía recta; estuvo a menudo reducido a la más extremada indigencia.

»Sse no quería admitir el mandato del Cielo y no buscaba sino acumular riquezas. Como intentaba muchas empresas, con frecuencia conseguía sus propósitos.»

19. Tsé-chang preguntó qué era la vía, o la regla de conducta del hombre virtuoso por su naturaleza.

El Filósofo dijo: «Consiste en marchar recto, sin seguir las huellas de los antiguos, y con ello no penetrar en la morada más secreta (de los santos hombres).»

20. El Filósofo dijo: «Si alguno discurre sólida y vivamente, ¿le tomaríais por un hombre superior o por un retórico que impone a causa de ello?

21. Tsé-lu preguntó si tan pronto como había oído algo (una máxima o un precepto de virtud enseñado por el Filósofo) debía ponerlo inmediatamente en práctica. El Filósofo dijo: «Tienes un padre y un hermano mayor que existen aún (y que son tus preceptores naturales); ¿por qué, pues, tan pronto como hayas oído una cosa la pondrías inmediatamente en práctica?» Yen-yeu preguntó igualmente si en seguida que hubiera oído algo debía ponerlo inmediatamente en práctica. El Filósofo dijo: «Tan pronto como la hayas oído, ponla en práctica.» Konk-si-hoa dijo: «Yeu (Tseu-lu) ha preguntado si tan pronto como hubiera oído algo debería inmediatamente ponerlo en práctica. El maestro ha respondido: «Tienes un padre y un hermano mayor que existen aún. Kien (Yan-yeu) ha preguntado si tan pronto como hubiera oído algo debía inmediatamente ponerlo en práctica.» «El maestro ha respondido: Tan pronto como la hayas oído ponla en práctica. Yo, tchi (Kong-si-hoa),

dudo (sobre el sentido de estas dos respuestas), pero no oso hacer una nueva pregunta. El Filósofo dijo: «En cuanto a Kieu, siempre está dispuesto a retroceder; por eso le aguijoneo para que avance. Yeu gusta de sobrepujar a los demás hombres; por eso le retengo.»

22. El Filósofo experimentó un día alarma en Kuan. Yan-yuan se había quedado atrás. Cuando se le reunió, el Filósofo le dijo: «¡Te creía muerto!» El discípulo dijo: «Estando vivo el maestro, ¿cómo Hui (Yan-yuan) osaría morir?»

23. Ki-tsé-jan preguntó si Tchuang-yeu y Yan-khjeu podían ser llamados grandes ministros.

El Filósofo respondió: «Creía que iba a ser a propósito de cosas importantes y extraordinarias sobre lo que me interrogarías, ¡y vienes a hablarme de Yeu y de Khieu!

»Los que son llamados grandes ministros sirven a su príncipe según los principios de la recta razón (y no según los deseos del príncipe); si no pueden, entonces se retiran.

»En cuanto Yeu y Khieu pueden ser considerados como habiendo aumentado el número de los ministros.

»Y añadió: Por consiguiente, no harán sino seguir la voluntad de su amo.»

El Filósofo dijo: «Hacer perecer a su padre o a su príncipe no sería siquiera seguir su voluntad.»

24. Tsé-lu hizo nombrar a Tsé-kao gobernador de Pi.

El Filósofo dijo: «Has hecho un perjuicio a ese joven». Tsé-lu dijo: «Tendrá poblaciones que gobernar; tendrá que ocuparse con todo cuidado de los espíritus de la tierra y de los granos; ¿qué necesidad tiene de leer libros? (practicando los negocios, como va a hacerlo) llegará a ser más tarde bastante instruído.»

El Filósofo dijo: «Ese es precisamente el por qué odio a los doctores de esta clase.»

25. Tsé-lu, Thseng-sie, Yan-yeu y Kong-si-hoa estaban sentados al lado del Filósofo.

El Filósofo dijo: «Aunque os fuese superior en edad

siquiera de un día, no lo tengáis en cuenta en nuestras pláticas (no tengáis ninguna reserva a causa de mi edad).

»Porque vivís apartados y en el aislamiento decís: No somos conocidos. Si alguno os conociera, ¿qué haríais entonces?»

»Tsé-lu respondió en tono ligero, pero respetuoso: «Supongamos un reino de diez mil carros de guerra, acosado entre otros grandes reinos; supongamos incluso que por ejércitos numerosos, y que por ello sufre penuria y hambre; que Yeu (Tsé-lu) sea propuesto para su administración; en menos de tres años, yo podría hacer de suerte que el pueblo de ese reino recobra su valor viril y que conociese lo que podía.» El Filósofo sonrió oyendo estas palabras.

«Y tú, Khieu, ¿qué piensas?»

El discípulo respondió respetuosamente: «Supongamos una provincia de sesenta o de setenta li de extensión, o siquiera de cincuenta o de sesenta li, y que Khieu fuera propuesto para su administración; en menos de tres meses podría hacer de suerte que el pueblo tuviera lo suficiente. En cuanto a los ritos y a la música, yo confiaría su enseñanza a un hombre superior.»

«Y tú, Chi, ¿qué piensas?»

El discípulo respondió respetuosamente: «Yo no diría que pudiese hacer esas cosas; yo deseo estudiar. Cuando se hacen ceremonias en el templo de los antepasados y tienen lugar las grandes asambleas públicas, revestido de mi ropa azul y de otras vestiduras propias para tal lugar y para tales ceremonias, yo quisiera tomar parte en ellas en calidad de humilde funcionario.»

«Y tú, Tian, ¿qué piensas?»

El discípulo no hizo sino sacar algunos sonidos raros de su guitarra, y como estos sonidos se prolongaran, la dejó, y levantándose, respondió respetuosamente: «Mi opinión difiere completamente de la de mis tres condiscípulos.»

El Filósofo dijo: «¿Qué te impide expresarla? Cada

uno puede decir aquí su pensamiento.» El discípulo dijo: «No siendo primavera, dejo a un lado mi ropa de esa estación; pero tocado con mi gorro de virilidad (265), acompañado de cinco o seis hombres y de seis o siete jóvenes, me gustaría irme a bañar en las aguas del Y (266) e ir a tomar el fresco a esos lugares frondosos, donde se ofrecen los sacrificios al Cielo, para pedir la lluvia, modular algunos aires y volverme al punto a mi morada.»

El Filósofo, aplaudiendo estas palabras mediante un suspiro de satisfacción, dijo: «Soy de la opinión de Tian.»

Partieron los tres discípulos, y Thseng-sie se quedó aún algún tiempo. Thseng-sie dijo: «¿Qué se debe pensar de las palabras de estos tres discípulos?» El Filósofo dijo: «Cada uno ha expresado su opinión, y he ahí todo.» El añadió: «Maestro, ¿por qué has sonreído a las palabras de Yeu?»

El Filósofo dijo: «Se debe administrar un reino según las leyes y costumbres establecidas; sus palabras no eran modestas; por eso me he sonreído.

»Pero Khieu, ¿no expresaba también el deseo de administrar un Estado? ¿Cómo ver esto en una provincia de sesenta a setenta li, y hasta de cincuenta a sesenta li de extensión? Eso no es un reino.

«Y Tchi, ¿no era de cosas de un reino de lo que oía hablar? Las ceremonias del templo de los antepasados, las asambleas públicas, ¿no son el privilegio de los grandes de todos los órdenes? Y ¿cómo Tchi podía tomar parte en ellas en calidad de humilde funcionario? ¿Quién podría, pues, desempeñar las grandes funciones?»

Capítulo XII

1. Yan-Hui preguntó qué era la virtud de humanidad.

El Filósofo dijo: «Tener un imperio absoluto sobre sí mismo, volver a los ritos o a las leyes primitivas de la razón celeste, manifestadas en las sabias costumbres,

es practicar la virtud de humanidad. Que un solo día un hombre domine sus inclinaciones y sus deseos desarreglados, y que retorne a la práctica de las leyes primitivas, todo el Imperio coincidirá en decir que tiene la virtud de humanidad. Pero la virtud de humanidad, ¿depende de sí mismo o bien depende de los demás hombre?» Yan-Hui dijo: «Permíteme preguntar cuáles son las diversas ramificaciones de esta virtud.» El Filósofo dijo: «No mires nada contrariamente a los ritos; no oigas nada contrariamente a los ritos; no digas nada contrariamente a los ritos.» Yan-Hui dijo: «Aunque Hui no haya dado prueba hasta aquí de penetración, solicita poner estos preceptos en práctica.»

2. Tchung-kung preguntó qué era la virtud de humanidad. El Filósofo dijo: «Cuando hayas salido de tu casa, compórtate como si debieras ver a un huésped de gran distinción; dirigiendo al pueblo, compórtate con el mismo respeto que si ofrecieras el gran sacrificio. Lo que no desees que te hagan a ti mismo, no lo hagas a los demás hombres. (Y comportándote así) en el reino, nadie tendrá contra ti resentimientos; en tu familia, nadie tendrá contra ti resentimientos.»

Tchung-kung dijo: «Aunque Yung (Tchung-kung) no ha dado hasta aquí pruebas de penetración, solicita poner estos preceptos en práctica.»

3. Sse-ma-nieu preguntó lo que era la virtud de humanidad.

El Filósofo dijo: «El que está dotado de la virtud de humanidad es sobrio en palabras.» Y añadió: «El que es sobrio en palabras, es aquel al que se llama dotado de la virtud de humanidad.» El Filósofo dijo: «Practicar la humanidad es difícil; para hablar de ella, ¿no es preciso ser sobrio en palabras?»

4. Sse-ma-nieu preguntó qué era un hombre superior. El Filósofo dijo: «El hombre superior no experimenta ni penas ni temor.» Sse-ma-nieu añadió: «El que no experimenta ni penas ni temor, ¿no es ese al que se llama un hombre superior?» El Filósofo dijo: «El que habiéndose examinado interiormente no encuentre en él

ningún motivo de pena, ¿qué tendría éste que lamentar? ¿qué tendría que temer?»

5. Sse-ma-nieu, lleno de tristeza, dijo: «Todos los hombres tienen hermanos; ¡yo soy el único que no los tiene!»

Tsé-hia dijo: «Chang (él mismo) ha oído decir:

»Que la vida y la muerte estaban sometidas a una ley inmutable, fijada desde el origen, y que las riquezas y los honores dependían del Cielo;

»Que el hombre superior vela con seria atención sobre sí mismo, y no cesa de obrar así; que usa en el comercio de los hombres una deferencia siempre digna, y maneras distinguidas y corteses, mirando a todos los hombres que habitan en el interior de los cuatro mares (todo el Universo) como sus propios hermanos. Obrando así, ¿por qué el hombre superior se afligiría, pues, de no tener hermanos?»

6. Tsé-tcheng preguntó lo que era la penetración. El Filósofo dijo: «No escuchar calumnias que se insinúan en secreto, como el agua que corre tranquilamente, y acusaciones cuyos autores estarían prontos a dejarse cortar un trozo de carne para afirmarlas: esto puede ser llamado penetración. No tener en cuenta las calumnias que se insinúan en secreto como un agua que corre tranquilamente, y acusaciones cuyos autores están siempre dispuestos a dejarse cortar un trozo de carne por afirmarlas; esto también puede ser llamado penetración extremada.»

7. Tsé-kung preguntó qué era la administración de los negocios públicos. El Filósofo dijo: «Proveer suficientemente las necesidad de las poblaciones, tener las tropas necesarias y que el pueblo te sea fiel.»

Tsé-kung dijo: «De encontrarse en la imposibilidad de tener las tres condiciones, y si fuese preciso privarse de una de ellas ¿cuál habría que apartar de preferencia?» El Filósofo dijo: «Las provisiones. Desde la más remota antiguedad, todos los hombres están sujetos a la muerte; pero un pueblo que no tuviera confianza y fidelidad en los que le gobiernan, no podría subsistir.»

8. Ko-tsé-tching (grande del Estado de Veï), dijo: «El hombre superior es natural, sincero, y ello basta. ¿De qué sirve darle los adornos de la educación?»

Tsé-kung dijo: «¡Qué hermoso discurso el tuyo, jefe, sobre el hombre superior! Cuatro caballos enganchados no podrían traer otro semejante a tu boca. Los adornos de la educación son como el natural; el natural, como los adornos de la educación. Las pieles de tigre o de leopardo, cuando están curtidas, son como las pieles de perro o de carnero curtidas.»

9. Ngaï-kung preguntó a Yeu-jo en estos términos: «El año es estéril, y las rentas del reino no bastan. ¿Qué hacer en estas circunstancias?»

Yeu-jo respondió con deferencia: ¿Por qué no exiges el diezmo?» El príncipe dijo: «Si las dos décimas no me bastan ¿qué haría con una décima sola?»

Yeu-jo respondió de nuevo, con deferencia: «Si las cien familias (todo el pueblo chino) tienen lo suficiente, ¿cómo no lo tendría el príncipe? Si las cien familias no tienen lo suficiente, ¿por qué lo exigiría el príncipe?»

10. Tsé-tchang hizo una pregunta concerniente a la manera cómo se podrían simular virtudes y disipar los errores del espíritu. El Filósofo dijo: «Poner en primera fila la rectitud y la fidelidad a su palabra, entregarse a todo lo que es justo (tratando de perfeccionarse cada día), es acumular virtudes. Amando a alguien, desear que viva; detestándole, desear que muera, es, por consiguiente, desear su vida, y, además, desear su muerte; he aquí la turbación, el error del espíritu.

»El hombre perfecto no busca las riquezas; siente incluso respeto hacia los fenómenos extraordinarios.»

11. King-hong, príncipe de Thesi, preguntó a Kungtsé sobre el gobierno.

Kungtsé le contestó con deferencia: «Que el príncipe, sea príncipe; el ministro, ministro; el padre, padre; el hijo, hijo.» El príncipe añadió: «¡Muy bien! ¡Es la verdad! Si el príncipe no es príncipe, si el ministro no es ministro, si el padre no es padre, si el hijo no es hijo,

aunque los ingresos territoriales sean abundantes, ¿cómo llegarían a gozar de ellos y a consumirlos?»

12. El Filósofo dijo: «El que con la mitad de una palabra puede terminar los altercados, ¿no es Yeu (Tsé-lu)?

»Tsé-lu no deja pasar el intervalo de una noche en la ejecución de sus resoluciones.»

13. El Filósofo dijo: «Puedo escuchar a los abogados y juzgar los pleitos como los demás hombres, pero ¿no sería mejor hacerlo necesario para impedir los pleitos?»

14. Tsé- tchang hizo una pregunta sobre el gobierno. El Filósofo dijo: «Reflexiona maduramente, no dejes jamás de hacer el bien y de tratar las cosas con rectitud.»

15. El Filósofo dijo: «El que tiene estudios muy extensos de literatura, es para él un deber el conformarse a los ritos; puede incluso prevenir las sediciones.»

16. El Filósofo dijo: «El hombre superior perfecciona o desarrolla las buenas cualidades de los demás hombres, no perfecciona o no desenvuelve sus malas inclinaciones; el hombre vulgar es lo opuesto.»

17. Ki-kang-tsé preguntó a Kungtsé sobre el gobierno. Kungtsé respondió con deferencia: «El gobierno es lo que es justo y recto. Si gobiernas con justicia y rectitud, ¿quién osaría no ser justo y recto?»

18. Teniendo Ki-kang-tsé un gran miedo a los ladrones, preguntó a Kungtsé sobre este respecto. Kungtsé le respondió con deferencia: «Si no deseas los bienes de los demás, aun cuando los recompensaras, tus súbditos no robarían.»

19. Ki-tkan-tsé preguntó de nuevo a Kungtsé sobre la manera de gobernar, diciendo: «Si yo condeno a muerte a los que no respetan ninguna ley para favorecer a los que observar las leyes, ¿qué ocurrirá con esto?» Kungtsé respondió con deferencia: «Tu que gobiernas los asuntos públicos, ¿qué necesidad tienes de emplear

suplicios? Ama la virtud, y el pueblo será virtuoso. Las virtudes de un hombre superior son como el viento; las virtudes de un hombre vulgar son como la hierba; la hierba, cuando el viento pasa por encima, se inclina.»

20. Tsé-tchang preguntó cómo debía ser un jefe para ser llamado ilustre (o de una virtud reconocida por todos los hombres).

El Filósofo respondió: «¿A qué llamas tú ilustración?»

Tsé-tchang respondió con respeto: «Si se reside en las provincias, oir hablar bien de sí; si se reside en su familia, oir hablar bien de sí.»

El Filósofo dijo: «Eso es sencillamente un buen renombre y no ilustración. La ilustración de que se trata consiste en poseer lo natural, la rectitud, y amar la justicia; en examinar atentamente las palabras de los hombres, en considerar su contenido, en someter su voluntad a la de los demás hombres. De esta manera, si se reside en las provincias se es ciertamente ilustre; si se reside en la familia, se es ciertamente ilustre.

»Este renombre, de que se trata, consiste alguna vez en no adquirir sino la apariencia de la virtud de humanidad y de alejarse de ella en sus acciones. Perseverando en este camino no se experimenta ninguna duda; si se reside en las provincias, se oirá hablar bien de sí; si se reside en la familia, se oirá hablar bien de sí.»

21. Fan-tchi, habiendo seguido al filósofo a la parte inferior del lugar sagrado donde se hacían los sacrificios del Cielo para impetrar la lluvia (*Vu-yu*), dijo: «Permíteme que ose preguntarte qué es preciso hacer para acumular virtudes, corregirse de los defectos y discernir los errores del espíritu.» El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Esta es una hermosa y gran pregunta!

»Es preciso colocar, ante todo, el deber de hacer lo que debe hacerse para (adquirir la virtud), y no colocar sino en segunda fila el fruto que de ello se debe obtener; ¿no es esto acumular virtudes?; combatir sus defectos o sus malas inclinaciones, no combatir los defectos o las malas inclinaciones de los demás; ¿no es esto corregirse de sus defectos? Por un resentimiento o una cóle-

ra de una sola mañana perder su cuerpo, para que la desgracia alcance a sus parientes, ¿no es esto una perturbación del Espíritu?»

22. Fan-tchi preguntó qué era la virtud de humanidad. El Filósofo respondió: «Amar a los hombres.» Preguntó qué era la ciencia. El Filósofo dijo: «Conocer a los hombres.» Fan-tchi no penetró el sentido de estas respuestas.

El Filósofo dijo: «Elevar a los honores a los hombres justos y rectos, y rechazar a todos los perversos. Obrando así, se puede hacer a los perversos justos y rectos.»

Fan-tchi, de vuelta, encontró a Tsé-hia y le dijo: «Vengo de hacer una visita a nuestro maestro, y le he preguntado sobre la ciencia. El maestro me ha dicho: Elevar a los honores a los hombres justos y rectos y rechazar a todos los perversos. Obrando así, se puede hacer a los perversos justos y rectos. ¿Qué ha querido decir?»

Tsé-hia dijo: «¡Oh! ¡Qué fértiles en aplicación son estas palabras!»

Habiendo Chun obtenido el Imperio, eligió entre la multitud, y elevó a los más altos honores a Kao-yao; a los que eran viciosos y perversos, los tuvo alejados. Habiendo obtenido Chang el Imperio, eligió entre la multitud, y elevó a los más altos honores a Y-yn. A los que eran viciosos y perversos, los tuvo alejados.

23. Tsó-kung preguntó cómo era preciso comportarse en sus relaciones con sus amigos. El Filósofo dijo: «Corrige con rectitud de corazón y conduce a tu amigo por el camino de la virtud. Si no puedes obrar así, abstente. No te deshonres a ti mismo.»

24. Thseng-tsé dijo: «El hombre superior emplea su educación (o sus talentos adquiridos por el estudio) en reunir amigos, y sus amigos a ayudarle en la práctica de la humanidad.»

Capítulo XIII

1. Tsé-lu hizo una pregunta sobre la manera de bien gobernar. El Filósofo dijo: «Dar lo primero al pueblo, y con tu propia persona, ejemplo de virtud. Dar lo primero al pueblo, con tu propia persona, ejemplo de trabajo.»

—«Te ruego añadas algo a estas instrucciones»—«Que no te fatigues jamás de obrar así.»

2. Tchung-khong, ejerciendo las funciones de ministro de Ki-chi, hizo una pregunta sobre la manera de bien gobernar. El Filósofo dijo: «Comienza por tener buenos funcionarios bajo tus órdenes para dirigir con inteligencia y probidad las diversas ramas de tu administración; perdona las faltas ligeras; eleva a los hombres de virtud y talentos a las dignidades públicas.» Tchung-khong) añadió: «¿Cómo conocer a los hombres de virtudes y de talentos, a fin de elevarlos a las dignidades?» El Filósofo dijo: «Eleva a las dignidades a los que conozcas como tales; a los que no conozcas, ¿crees que los demás hombres les olvidarán?»

3. Tsé-lu dijo: «Supongamos, maestro, que el príncipe del Estado de Meï te desea para dirigir los asuntos públicos. ¿A qué darías, desde luego, la preferencia?»

El Filósofo dijo: «¿No sería a hacer correctas las denominaciones de las personas y de las cosas?»

Tsé-lu dijo: «De veras? Maestro, te separas de la pregunta. ¿A qué está rectificación?»

El Filósofo dijo: «¡Eres muy simple, Yeu! El hombre superior, en lo que no conoce bien, experimenta una suerte de duda o de apuro.

»Si las denominaciones no son exactas, correctas, entonces las instrucciones que las conciernen no responden a ellas como conveniente; si las instrucciones no responden a las denominaciones de las personas y de las cosas, entonces los negocios no pueden ser tratados como conviene.

»No siendo tratados los negocios como conviene, entonces no se hace honor a los ritos y a la música; si no se

hace honor a los ritos y la música, entonces las penas y los suplicios no alcanzan su fin de equidad y de justicia; si las penas y los suplios no alcanzan su fin de equidad y de justicia, entonces el pueblo no sabe donde poner seguramente los pies y tender sus manos.

»Por eso, el hombre superior, en los nombres que da, debe hacer siempre de suerte que sus instrucciones respondan a ello exactamente; siendo estas tales, deberán ser fácilmente ejecutadas. El hombre superior, en sus instrucciones, no es jamás inconsiderado o fútil.»

4. Fan-tchi rogó a su maestro que le instruyese en agricultura. El Filósofo dijo: «Yo no tengo el conocimiento de un viejo agricultor.» Le rogó que le enseñara el cultivo de los jardines. Respondió: «Yo no tengo los conocimientos de un viejo jardinero.»

Habiendo salido Fan-tchi, dijo el Filósofo: «¡Qué hombre tan vulgar es este Fan-tchi!

»Si los que ocupan los rangos superiores en la sociedad aman observar los ritos, entonces el pueblo no osará no respetarlos; si los superiores se complacen en la práctica de la justicia, entonces el pueblo no osará no practicar estas virtudes. Si las cosas pasan así, entonces los pueblos de las cuatro regiones, llevando sobre sus espaldas a sus hijos, envueltos en mantillas, acudirán a ampararse bajo las leyes. (Cuando pueden hacerse a tales cosas), ¿a qué ocuparse de la agricultura?»

5. El Filósofo dijo: «Que un hombre haya aprendido a recitar las trescientas odas del *Libro de los versos*, si recibe un tratamiento para ejercer funciones en la administración pública, que no sabe desempeñar, o si es enviado como embajador a las cuatro regiones del Mundo, sin poder por sí mismo desempeñar su misión, aunque hubiera leído más, ¿de qué le serviría?»

6. El Filósofo dijo: «Si la persona del que manda a los demás, o que los gobierna, es dirigida según la rectitud y la equidad, no tiene necesidad de ordenar el bien para que se le practique; si la persona no es dirigida por la rectitud y la equidad, aun cuando ordenara el bien no sería obedecida.»

7. El Filósofo dijo: «Los gobernantes de los Estados de Lu y de Veï son hermanos.»

8. El Filósofo decía de Kong-tsé-king, grande del Estado de Veï, que se había comportado perfectamente con su familia. Cuando empezó a poseer alguna cosa, decía: «Tendré un día más»; cuando tuvo un poco más decía: «Está bien»; cuando tuvo grandes riquezas, decía: «Está perfecto.»

9. Habiendo querido el Filósofo trasladarse al Estado de Veï, Yan-yeu conducía su carro.

El Filósofo dijo: «¡Qué multitud! (¡Qué gran población!)»

Yan-yeu dijo: «Una gran multitud, en efecto. ¿Qué se podría hacer por ella? El Filósofo dijo: Hacerla rica y feliz.» El discípulo añadió: «Cuando sea rica y feliz, ¿qué sería preciso hacer aún?» El Filósofo dijo: «Instruirla.»

10. El Filósofo dijo: «Si (un gobiernò) quisiera emplearme en los negocios públicos, en el curso de una docena de lunas podría ya reformar algunos abusos; en tres años, la reforma sería completa.»

11. El Filósofo dijo: «Si unos hombres sabios y virtuosos gobernaran un Estado durante siete años, podría domar a los hombres crueles (convertirlos al bien) y suprimir los suplicios.» ¡Qué perfectas son estas palabras! (de los antiguos sabios).

12. El Filósofo dijo: «Si yo poseyera el mandato de la dignidad real, no me sería precisa más de una generación para hacer reinar por doquier la virtud de humanidad.»

13. El Filósofo dijo:« Si alguien regula su persona según los principios de equidad y de rectitud, ¿qué dificultad experimentará en la administración del gobierno?; si no regula su persona según los principios de equidad y rectitud, ¿cómo podrá rectificar la conducta de los demás hombres?»

14. Habiendo vuelto Yan-yeu de la corte, el Filósofo le preguntó: «¿Por qué tan tarde?» El discípulo le res-

pondió respetuosamente: «Hemos tenido que tratar de negocios concernientes a la administración.» El Filósofo dijo: «Eran negocios del príncipe, sin duda, porque si hubiera tratado de negocios de la administración pública, aunque yo no estoy en funciones, aún soy llamado a tomar conocimiento de ellos.»

15. Ting-kong (príncipe de Lu) preguntó si había una palabra que tuviera poder para hacer prosperar un Estado. Kungtsé respondió con deferencia: «Una sola palabra no puede tener ese poder; se puede, sin embargo, aproximarse a esta concisión deseada.

»Hay un proverbio entre los hombres que dice: «Cumplir su deber como príncipe es difícil; cumplirlo como ministro no es fácil.»

»Si sabes que cumplir tu deber como príncipe es una cosa difícil, ¿no es casi una sola palabra encontrar el medio de hacer prosperar un Estado?»

El mismo príncipe añadió: «¿Hay una palabra que tenga el poder de perder un Estado?» Kungtsé respondió con deferencia: «Una sola palabra no puede tener ese poder; se puede, sin embargo, aproximarse a esa concisión deseada. Hay un proverbio entre los hombres que dice: «No veo que un príncipe halle placer en cumplir sus deberes, a menos que sus palabras no encuentren contradictores.» Que haga el bien y que no se oponga a él, está muy bien; que haya el mal y que no se le opongan, ¿no es esto, en pocas palabras, encontrar la causa de la ruina de un Estado?»

16. Ye-kung preguntó qué era el buen gobierno.

El Filósofo dijo: «Deja satisfechos y contentos a los que están cerca de ti, y los que están lejos acudirán por sí mismos.»

17. Tsé-hia, siendo gobernador de Kiu-fu (ciudad del Estado de Lu), preguntó qué era el buen gobierno. El Filósofo dijo: «No desees ir demasiado de prisa en la resolución de los asuntos, y no camines en ellos con vista a pequeñas ventajas personales. Si deseas resolver prontamente los asuntos, entonces no los comprendes bien: si los resuelves en vista de pequeñas ventajas personales, entonces los grandes asuntos no se terminarán convenientemente.»

18. Ye-kong, conversando con Kungtsé, dijo: «En mi aldea hay un hombre de una rectitud y de una sinceridad perfectas; habiendo robado su padre un carnero, el hijo presentó testimonio contra él.»

Kungtsé dijo: «Los hombres sinceros y rectos de mi lugar natal difieren mucho de ese; el padre oculta las faltas de su hijo; el hijo oculta las faltas de su padre. La rectitud y la sinceridad existen en esta conducta.»

19. Fan-tchi preguntó qué era la virtud de humanidad. El Filósofo respondió: «En la vida privada ten siempre un comportamiento grave y digno; en el manejo de los asuntos, está siempre atento y vigilante; en las relaciones que sostengas con los demás hombres, se recto y fiel a tus promesas. Aun cuando estuvieras entre los bárbaros de las dos extremidades del Imperio, no debes olvidar estos principios.»

20. Tsé-kung hizo una pregunta en estos términos: «¿En qué condiciones un hombre puede ser llamado letrado de primer orden (*Sse*) u hombre de Estado?» El Filósofo dijo: «El que, en sus acciones y en su persona, tiene siempre el sentimiento de la vergüenza del mal; que, enviado como embajador a las cuatro regiones, no deshonre el mandato de su príncipe: he ahí el que puede ser llamado letrado de primer orden u hombre de Estado.»

(Tsé-kung) añadió: Permítame preguntar cuál es el que viene inmediatamente. El Filósofo dijo: «Aquel de quien parientes y allegados alaban la piedad filial, y cuyos compañeros de juventud celebran su comportamiento fraternal.»

Y añadió aún: «Permíteme preguntarte quién es el que viene en seguida.» El Filósofo dijo: «El que es siempre sincero en sus palabras, firme y perseverante en sus empresas, aun cuando tuviera la dureza de la piedra y fuese un hombre vulgar, puede, sin embargo, ser considerado como el que le sigue inmediatamente.»

Y dijo aún: «Los que están en nuestros días a la cabeza de la administración pública, ¿qué tales hombres son?»

El Filósofo dijo: «¡Ay! Son hombres de la misma capacidad que la medida llamada ten, y que la medida llamada chao. ¿Cómo serían dignos de ser contados?»

21. El Filósofo dijo: «No puedo encontrar hombres que marchen por la vía recta, para comunicarlos la doctrina; ¿me sería preciso recurrir a hombres que tengan proyectos elevados y atrevidos, pero que carezcan de resolución para ejecutarlos, o que, a falta de ciencia, estén dotados de un carácter perseverante y firme? Los hombres de proyectos elevados y atrevidos, pero que carezcan de resoluciones para ejecutarlos, avanzando por la vía recta, toman, como ejemplo a seguir, las acciones extraordinarias de los grandes hombres; los hombres que no tienen sino un carácter perseverante y firme, se abstienen, por lo menos, de practicar lo que sobrepuja su razón.»

22. El Filósofo dijo: «Los hombres de las provincias meridionales tienen un proverbio que dice: "Un hombre que no tiene perseverancia, no es capaz de ejercer ni el arte de la adivinación, ni el de la medicina"; este proverbio es perfectamente justo.»

«El que no persevera en la virtud, experimentará alguna vergüenza.» *(Y-king).*

El Filósofo dijo: «El que no penetre el sentido de estas palabras, no es bueno para nada.»

23. «El hombre superior vive en paz con todos los hombres, sin obrar siempre igual. El hombre vulgar obra siempre igual sin estar, no obstante, acorde con ellos.»

24. Tsé-kung hizo una pregunta en estos términos: «Si todos los hombres de una aldea mimasen a alguno, ¿que sería preciso pensar?» El Filósofo dijo: «Eso no basta para formar de él un juicio equitativo.» —«Si todos los hombres de una aldea odiasen a alguno, ¿qué sería preciso pensar de él?»— El Filósofo dijo: «Eso no basta para formar de él un juicio equitativo. Sería muy diferente si los hombres virtuosos de entre los habitantes de esa aldea le quisieran, y si los hombres viciosos de la misma aldea le odiaran.»

25. El Filósofo dijo: «El hombre superior es fácilmente servido, pero difícilmente satisfecho. Si se trata de agradarle, por medios contrarios a la razón, tampoco está satisfecho. En el empleo que hace de los hombres, mide su capacidad (los emplea según su capacidad). El hombre vulgar es difícilmente servido y fácilmente satisfecho. Si se trata de complacerle, aunque sea por los medios contrarios a la razón, está siempre satisfecho. En el empleo que hace de los hombres, no busca sino su ventaja personal.»

26. El Filósofo dijo: «El hombre superior, si no se encuentra en posición elevada, no muestra fausto y orgullo; el hombre vulgar, muestra fausto y orgullo sin estar en posición elevada.»

27. El Filósofo dijo: «El hombre que es firme, paciente, sencillo y natural, sobrio en palabras, se acerca mucho a la virtud de humanidad.»

28. Tsé-lu hizo una pregunta en estos términos: «¿En qué condiciones puede un hombre ser llamado letrado de primer orden u hombre de Estado?» El Filósofo dijo: «Investigar lo verdadero con sinceridad, exponer el resultado de sus investigaciones o de sus informaciones con la misma sinceridad; tener siempre un aspecto afable y cortés; he ahí lo que se puede llamar condiciones de un letrado de primer orden. Los amigos y los conocimientos deben ser tratados con sinceridad y franqueza; los hermanos, con afabilidad y cortesía.»

29. El Filósofo dijo: «Si un hombre virtuoso instruyera al pueblo durante siete años, podría hacerle hábil en el arte militar.»

30. El Filósofo dijo: «Emplear en el ejército a po-

blaciones no instruídas en el arte militar, es entregarlas a su propia pérdida.»

Capítulo XIV

1. Hien (nombre abreviado de Yuan-ne) preguntó lo que era la vergüenza. El Filósofo dijo: «Cuando el Estado se gobierna por los principios de la recta razón, recibir un salario (por funciones que no se desempeñan); cuando el Estado no se gobierna por los principios de la recta razón, recibir igualmente un salario; esa es la vergüenza.»

2. «Gustar de dominar su deseo de combatir, y no satisfacer sus resentimientos ni sus inclinaciones ávidas; ¿no puede esto ser considerado como la virtud de humanidad?»
El Filósofo dijo: «Lo que yo no sé es, si esto puede considerarse difícil, como la virtud de humanidad.»

3. El Filósofo dijo: «Si un letrado ama demasiado la ociosidad y la tranquilidad de su casa, no es digno de ser considerado como letrado.»

4. El Filósofo dijo: «Si el Estado está gobernado por los principios de la recta razón, hablad alta y dignamente, obrad alta y dignamente. Si el Estado no está gobernado por los principios de la recta razón, obrad siempre alta y dignamente, pero hablad con mesura y precaución.»

5. El Filósofo dijo: «El que tiene virtudes, debe tener la facultad de expresarse fácilmente; el que tiene la facultad de expresarse fácilmente, no debe necesariamente poseer virtudes. El que está dotado de la virtud de humanidad, debe poseer valor viril; el que está dotado de valor viril, no posee necesariamente la virtud de humanidad.»

6. Nan-kung-kuo preguntó a Kungtsé en estos términos: «Y sabía perfectamente tirar el arco; Ngao sabía perfectamente conducir un navío. Uno y otro, ¿no han llegado a la muerte? Yu y Tsie labraban la tierra ellos mismos en persona y, sin embargo, han obtenido el Imperio.» El maestro no respondió. Nan-kung-kuo salió. El Filósofo dijo: «¡Es un hombre superior! ¡Qué hombre éste! ¡Cómo sabe realzar admirablemente la virtud!»

7. El Filósofo dijo: «Ha habido hombres superiores que no han estado dotados de virtud de humanidad; pero no ha habido aún un hombre sin mérito que esté dotado de la virtud de humanidad.»

8. El Filósofo dijo: «Si se ama bien, ¿no se puede bien castigar? Si se tiene rectitud y fidelidad, ¿no se pueden hacer amonestaciones?»

9. El Filósofo dijo: «Si era preciso redactar los documentos de una misión oficial, Pi-chin trazaba el plan y hacía el borrador; Chi-chu los examinaba atentamente y colocaba en ellos los dichos de los antiguos; el embajador encargado de realizar la misión, Tsé-yu, corregía el todo; Tsé-tchan, de Thung-li, agregaba en él los diversos adornos de estilo.»

10. Alguien preguntó quién era Tsé-tchan. El Filósofo dijo: «Era un hombre benévolo.»
Se preguntó también quién era Tsé-si. (El Filósofo) dijo: «¿Ese? ¿Ese? (Esta pregunta está fuera de lugar.)»
Se preguntó quién era Kuan-tchung. Y dijo: «Es un hombre que había arrebatado a Pe-chi (personaje del Estado de Thsi), un feudo de trescientas familias. (Sin embargo, este último), alimentándose de manjares groseros, no dejó escapar hasta el fin de sus días ninguna palabra de resentimiento o de indignación.»

11. El Filósofo dijo: «Es difícil ser pobre y no experimentar ningún resentimiento; es fácil, en comparación, ser rico y no enorgullecerse de ello.»

12. El Filósofo dijo: «Meng-kong-tcho (gran funcionario del reino de Lu) es muy apto para ser el pri-

mer intendente de las familias Tchao y Veï (familias nobles del Estado de Ting); pero no es capaz de ser gran funcionario de los pequeños Estados de Ting y de Sie.»

13. Tsé-lu preguntó en qué consistía el hombre cabal. El Filósofo respondió: «Si reúne la ciencia de Vu-tchung (gran funcionario de Lu), la moderación de Kong-teho (gran funcionario de Lu), la fuerza viril de Tshuang-tsé, de Pian (gran funcionario de la ciudad de Pian), la habilidad en las artes de Jen-khieu; si, además de esto es versado en el conocimiento de los ritos y de la música, puede ser considerado como un hombre cabal y añadió: ¿Qué necesidad hay de que el hombre cabal de nuestros días sea tal como acaba de ser descrito? Si, viendo un provecho a obtener, piensa en la justicia; si, viendo un peligro, sacrifica su vida; si, cuando se trata de antiguas promesas, no olvida las palabras de sus días de otro tiempo, podrá también ser considerado como un hombre cabal.»

14. El Filósofo preguntó a Kong-ming, apellidado Kia (del Estado de Veï) sobre Kong-ven-tsé, gran dignatario del Estado de Veï, en estos términos: «¿Es preciso creerlo? Se dice que tu maestro no habla, no ríe y no acepta nada de nadie.»

Kong-min-kia respondió con respeto: «Los que han referido eso van demasiado lejos; mi maestro habla en tiempo oportuno; no fatiga a los demás con sus discursos. Cuando hace falta estar alegre, ríe pero no fatiga a los demás con sus risas. Cuando ello es justo, recibe lo que se le ofrece; pero no fatiga con su avidez por recibir. El Filósofo dijo: «¿Se comporta así?, ¡cómo puede comportarse así!»

15. El Filósofo dijo: «Tsang-ven-tchung buscaba obtener del príncipe de Lu que su posteridad tuviese siempre la tierra de Fang en su posesión. Aunque hubiese dicho que no quería exigirlo de su príncipe, yo no añado fe a sus palabras.»

16. El Filósofo dijo: «Ven-hong, príncipe de Tcin, era un trapacero sin rectitud; Hoan-kong, príncipe de Thsi, era un hombre recto sin trapacería.»

17. Tsé-lu dijo: «Hoang-kong mató a Kong-tsé-kieu Tchao-hoë murió con él; Kuan-tchung no murió; ¿no se debe decir que careció de la virtud de humanidad?»

El Filósofo dijo: «Hoang-kong reunió y pacificó todos los grandes Estados, sin recurrir a la fuerza de las armas; este resultado fue debido a la habilidad de Kuan-tchung. ¡Quién es aquel cuya humanidad puede igualar a la suya!»

18. Tsé-kung dijo: «Kuan-tchung, ¿no estaba desnudo de la virtud de humanidad? Cuando Hoan-kong mató a Kong-tseu-kieu (Kuan-tchung su ministro), no supo morir; pero ayudó al homicida en sus empresas.»

El Filósofo dijo: «Kuan-tchung ayudó a Hoan-kong a someter a los grandes de todos los órdenes, a crear la unidad y poner en orden todo el Imperio. El pueblo, hasta nuestros días, ha conservado los beneficios de su administración. Sin Kuan-tchung yo tendría rapados los cabellos, y mis ropas colgadas con nudos a mi lado izquierdo (según la costumbre de los bárbaros).

»¿Por qué (Kuan-tchung), como un hombre o una mujer vulgar, hubiera cumplido el deber de una mediocre fidelidad, ahorcándose o arrojándose a un foso lleno de agua, sin dejar un recuerdo en la memoria de los hombres?»

19. El intendente de Kong-tcho-ven-tsé, habiendo llegado a ministro por elección, y con el apoyo de este gran dignatario, fue con él a la corte del príncipe.

El Filósofo, habiendo sabido este hecho, dijo: «Era digno por sus virtudes y sus conocimientos de ser considerado como *adornado de las galas de la educación* (*Ven*).»

20. »El Filósofo, habiendo dicho que Ling-kong, príncipe de Veï, carecía de principios, Khang-tsé observó: «Si era así, ¿por qué no se le había privado de su dignidad?»

Kungtsé dijo: «Tchung-cho-yu preside la recepción de huéspedes y extranjeros; Chu-to preside las ceremonias del templo de los antepasados. Van-sun-kia preside los asuntos militares; siendo esto así, ¿por qué se le habría privado de su dignidad?»

21. El Filósofo dijo: «El que habla sin moderación y sin circunspección, pone difícilmente sus palabras en práctica.»

22. Tchin-tching-tsé (grande del Estado de Tshï), condenó a muerte a Kien-kong (príncipe de Tshi). Kungtsé se purificó el cuerpo con un baño y se trasladó a la corte (de Lu), donde anunció el acontecimiento a Ngaï-kong (príncipe de Lu), en estos términos: «Tchin-keng ha matado a su príncipe; yo vengo a pedir que sea castigado.»

El príncipe dijo: «Expón el asunto a mis tres grandes dignatarios.»

Kungtsé dijo: «Aunque voy inmediatamente junto a los grandes dignatarios, no por ello he creído menos un deber de hacerte conocer el hecho.»

El príncipe dijo: «Es a mis tres grandes dignatarios a los que es preciso exponer el hecho.»

Expuso el hecho a los tres grandes dignatarios, que vieron que tal gestión no convenía.

Kungtsé añadió: «Aunque voy inmediatamente junto a los grandes dignatarios (vosotros no lo sois, pues no sois capaces de hacer justicia), no he creído menos un deber el haceros conocer el hecho.»

23. Tseu-lu preguntó cómo era preciso servir al príncipe. El Filósofo dijo: «No abuses de él y hazle amonestaciones.»

24. El Filósofo dijo: «El hombre superior se eleva continuamente en inteligencia y en penetración; el hombre sin méritos desciende continuamente en la ignorancia y en el vicio.»

25. El Filósofo dijo: «En la antigüedad, los que se entregaban al estudio, lo hacían para ellos mismos; ahora, los que se entregan al estudio, lo hacen para los demás (para parecer instruídos a los ojos de los demás).»

26. Kieu-pe-yu (gran dignatario del Estado de Veï) envió un hombre a Kungtsé para saber noticias suyas. Kuantsé hizo sentar al enviado a su lado, y le dirigió una pregunta en estos términos: «¿Qué hace tu señor?» El enviado respondió con respeto: «Mi señor desea disminuir el número de sus defectos, pero no puede conseguirlo.» Habiendo salido el enviado, el Filósofo dijo: «¡Qué digno enviado! ¡Qué digno enviado!»

27. El Filósofo dijo que «cuando una cosa no vuelve a entrar en sus funciones, no es preciso mezclarse en dirigirlas.»

28. Thseng-tsé dijo: «Cuando el hombre superior medita sobre una cosa, no sale de sus funciones.» (*Y-king.*)

29. El hombre superior enrojece ante el temor de que sus palabras vayan más allá de sus acciones.

30. El Filósofo dijo: «Las vías rectas, o virtudes principales del hombre superior, son en número de tres, que yo no he podido aún alcanzar completamente: *la virtud de humanidad,* que disipa las tristezas; la *ciencia,* que disipa las dudas del espíritu, y el *valor viril,* que disipa los temores.»

Tsé-kung dijo: «Nuestro maestro habla de sí mismo con demasiada humildad.»

31. Tsé-kung se ocupaba de comparar entre ellos a los hombres de las diversas comarcas. El Filósofo dijo: «Sse, tú eres, sin duda, un sabio muy esclarecido; en cuanto a mí, no tengo tiempo libre para ocuparme de esas cosas.

32. »No os aflijáis de que los hombres no os conozcan; pero afligiros más bien de que no hayáis podido aún merecer ser conocidos.»

33. El Filósofo dijo: «No rebelarse por ser engañados por los hombres, no precaverse contra su falta

de fe, cuando, sin embargo, se la ha previsto de antemano; ¿no es esto ser sabio?»

34. Veï-seng-mu, driigiéndose a Kungtsé, le dijo: Khieu (nombre abreviado del Filósofo), ¿por qué andas siempre por sendas y por los caminos propagando tu doctrina? ¿No amas tal vez demasiado hablar de ella?»

Kuntsé dijo: «Yo no osaría permitirme amar demasiado el persuadir por la palabra; pero yo odio la obstinación a aferrarse a una idea fija.»

35. El Filósofo dijo: «Cuando se ve al hermoso caballo denominado Ki, no se alaba en él la fuerza, sino las caulidades superiores.»

36. Alguien preguntó: «¿Qué se debe pensar del que devuelve beneficios por injurias?»

El Filósofo dijo: (Si se obra así), ¿con qué se pagarán entonces los beneficios mismos?

»Es preciso pagar el odio y las injurias con la justicia, y los beneficios, con beneficios.

37. El Filósofo dijo: «Yo no soy conocido de nadie.»

Tsé-kung dijo: «¿Cómo es posible que nadie te conozca?»

El Filósofo dijo: «No guardo rencor por ello al Cielo; no acuso a los hombres. Humilde y sencillo estudiante, he llegado por mí mismo a penetrar las cosas más elevadas. ¡Si alguno me conoce, es el Cielo!»

38. Kong-pe-liao calumniaba a Tsé-lu en presencia de Kisun. Tsé-fu-king-pe (grande del Estado de Lu) informó de ello (al Filósofo) en estos términos: «Su superior (*Ki-sun*) duda ciertamente de Tsé-lu si cree a Kang-pe-liao. Soy bastante fuerte para castigar (al calumniador) y exponer su cadáver en el patio del mercado.»

El Filósofo dijo: «Si la vía de la recta razón se debe seguir, es el decreto del Cielo; si la vía de la recta razón debe abandonarse, es el decreto del Cielo. ¿Cómo Kong-pe-liao detendría los decretos del Cielo?»

39. El Filósofo dijo: «Los sabios huyen del siglo. Los que los siguen, inmediatamente huyen de su patria.

»Los que siguen inmediatamente a estos últimos, huyen de los placeres.

»Los que vienen inmediatamente, huyen las palabras engañosas.»

40. El Filósofo dijo: «Los que han obrado así son en número de siete.»

41. Tsé-lu pasó la noche en Chi-men. El guardián de la puerta le dijo: «¿De dónde vienes?» Tsé-lu le dijo: «Vengo de junto de Kungtsé.» El guardián añadió: «El debe saber, sin duda, que no puede hacer prevalecer sus doctrinas y, sin embargo, ¡él obra y las propaga siempre!»

42. El Filósofo, estando un día ocupado en tocar su instrumento de piedra (véase nota 38), llamado *king*, en el Estado de Veï, un hombre, llevando un cesto a sus espaldas, fue a parar ante la puerta de Kungsté, y exclamó: «¡Ah! ¡Que corazón tiene el que toca así el *king*!»

Después de un momento de silencio, añadió: «¡Oh! ¡Los hombres viles! ¡Qué armonía! *¡king! ¡king!;* nadie sabe apreciarla. Ha cesado de tocar; se ha terminado.

»Si el agua es profunda, entonces la pasan sin alzar su ropa;

»Si no es profunda, entonces se la levantan.»

El Filósofo dijo: «Para el que es firme y perseverante, nada es difícil.»

43. Tsé-echang dijo: «El *Chu-king* refiere que Kao-tsung pasó en el Lyang-yn (267) tres años sin hablar; ¿cuál es el sentido de este pasaje?»

El Filósofo dijo: «¿Por qué citar solamente Kao-tsun?

»Todos los hombres de la antigüedad obraban así.

»Cuando el príncipe había cesado de vivir, todos los magistrados o funcionarios públicos que continuaban sus funciones, recibían del primer ministro sus instrucciones durante tres años.»

44. El Filósofo dijo: «Si el que ocupa el primer ran-

go en el Estado ama conformarse con los ritos, entonces el pueblo se deja fácilmente gobernar.»

45. Tsé-lu preguntó qué era un hombre superior. El Filósofo respondió: «El que se esfuerza constantemente en mejorar su persona para atraerse el respeto. —¿Es eso todo lo que hace? —Mejora constantemente su persona para procurar reposo y tranquilidad a los demás. —¿Es eso todo lo que hace? —Mejora constantemente su persona para hacer dichosas a todas las poblaciones. Yao y Chun obraron ellos mismos así.»

46. Yuan-jang (un antiguo amigo del Filósofo), de más edad que él, estaba sentado en el camino, con las piernas cruzadas. El Filósofo le dijo: «De niño, no haber tenido deferencia fraternal; en la edad madura, no haber tenido nada loable; llegado a la vejez, no morir; es ser un tunante.» Y le golpeó las piernas con un bastón (para hacerle levantar).

47. Un joven da la aldea de Kiuë-tang estaba encargado por el Filósofo de recibir a las personas que le visitaban. Alguien le preguntó si había hecho grandes progresos en el estudio.

El Filósofo dijo: «Yo he visto a ese joven sentarse en un asiento (268), le he visto marchar al lado de sus maestros (269); yo no he intentado que haga progresos en el estudio; yo deseo solamente que llegue a ser un hombre distinguido.»

Capítulo XV

1. Ling-kong, príncipe de Veï, preguntó a Kungtsé sobre el arte militar. Kungtsé le contestó con deferencia: «Si me interrogaras sobre los asuntos de las ceremonias o de los sacrificios, te podría contestar con conocimiento de causa. En cuanto a los asuntos del arte militar, yo no los he estudiado.» Al siguiente día partió.

Habiendo llegado al Estado de Tching, los víveres le faltaron por completo. Los discípulos que le seguían

se caían de debilidad, sin poderse levantar.

Tsé-lu, manifestando su descontento, dijo: «¿También los hombres superiores experimentan de ese modo las necesidades del hambre?» El Filósofo dijo: «El hombre superior es más fuerte que la necesidad; el hombre vulgar, en la necesidad, se deja vencer por el desfallecimiento.»

2. El Filósofo dijo: «Sse, ¿no piensas que yo he aprendido mucho, y que he retenido todo en mi memoria?»

(El discípulo) respondió con respeto: «Seguramente, ¿no es así?»

«No es así; yo he reducido todo a un solo principio.»

3. El Filósofo dijo: «Yeu (nombre abreviado de Tsé-lu), ¡son tan raros los que conocen bien la virtud!»

4. El Filósofo dijo: «El que sin obrar gobernaba el Estado, ¿no era Chun? ¿Cómo hacía? Ofreciendo siempre en su persona el aspecto venerable de la virtud; no tenía sino que poner la faz vuelta al mediodía, y eso bastaba.»

5. Tsé-tchang preguntó cómo era preciso conducirse en la vida.

El Filósofo dijo: «Que tus palabras sean sinceras y fieles; que tus acciones sean constantemente honorables y dignas; aun cuando estés en los países bárbaros del Mediodía y del Norte, tu conducta será ejemplar. Pero si tus palabras no son sinceras y fieles, tus acciones constantemente honorables y dignas, aun cuando estés en una ciudad de dos mil familias, o en un caserío de veinticinco, ¿que se pensará de tu conducta?

»Cuando estés descansando, ten siempre estas máximas ante los ojos; cuando viajes en un carro, míralas escritas en el yugo de tu tiro de caballos. De esta manera tu conducta será ejemplar.»

Tshé-tchang escribió estas máximas en su cinturón.

6. El Filósofo dijo: «¡Oh! ¡Qué diestro y verídico era el historiador Yu! (gran dignatario del reino de Veï).

»Cuando el Estado estaba gobernado según los principios de la razón, él era recto como una flecha; cuando el Estado no estaba gobernado por los principios de la razón, era igualmente recto como una flecha.

»¡Khui-pe-yu era un hombre superior! Si el Estado estaba gobernado por los principios de la recta razón, entonces él llenaba las funciones públicas; si el Estado no estaba gobernado por los prinicipos de la recta razón, entonces él resignaba sus funciones y se retiraba a la soledad.»

7. El Filósofo dijo: «Si debes conversar con un hombre (sobre asuntos de moral), y no lo haces, le pierdes. Si un hombre no está dispuesto a recibir tus instrucciones morales, y tú se las das, pierdes tus palabras. El hombre sabio y esclarecido no pierde a los hombres (a causa de no instruirlos), e igualmente, no pierde sus lecciones.»

8. El Filósofo dijo: «El letrado que tiene los pensamientos grandes y elevados, el hombre dotado de la virtud de humanidad, no buscan vivir para dañar a la humanidad; antes bien preferirían entregar su persona a la muerte si ello amplía la virtud de humanidad.»

9. Tsé-kunang preguntó en qué consistía la práctica de humanidad. El Filósofo dijo: «El artesano que quiere ejecutar bien su obra, empieza por aguzar bien sus instrumentos. Cuando habitéis en un Estado cualquiera, frecuentar, para imitarlos, a los sabios de entre los grandes funcionarios de ese Estado y entablar amistad con los hombres humanos y virtuosos de entre los letrados.»

10. Yan-Hui preguntó cómo era preciso gobernar un Estado.

El Filósofo dijo: «Sigue la división de los tiempos de la dinastía Hia. Monta los carros de la dinastía Yin, lleva los gorros de la dinastía Tcheu. En cuanto a la música, adopta los aire *chao-vu* (de Chun).

»Rechaza las modulaciones de Tching; aleja de ti a los aduladores. Las modulaciones de Tching son licenciosas; los aduladores son peligrosos.»

11. El Filósofo dijo: «El hombre que no medita o no prevé las cosas lejanas, debe sufrir un castigo próximo.»

12. El Filósofo dijo: «¡Ay! ¡Yo no he visto aún a nadie que ame la virtud como se ama la belleza corporal!» (pensamiento ya expresado).

13. El Filósofo dijo: «Tsan-ven-tchung, ¿no era un secreto acaparador de empleos públicos? Conocía la sabiduría y los talentos de Lieu-hia-hoeï, y no quiso que pudiera sentarse con él en la corte.»

14. El Filósofo dijo: «Ser severos con vosotros mismos e indulgentes con los demás; entonces alejaréis de vosotros los resentimientos.»

15. El Filósofo dijo: «Si un hombre no se dice frecuentemente a sí mismo: ¿Cómo haría esto? ¿Cómo evitaría esto?, como yo, pudiera decirle: ¿No hagas esto? ¿Evita aquello? Eso es cosa suya.»

16. El Filósofo dijo: «Cuando una multitud de personas se encuentran reunidas durante una jornada. sus palabras no son todas de equidad y justicia; aman ocuparse de cosas vulgares y llenas de astucia. ¡Qué difícil los es hacer el bien!»

17. El Filósofo dijo: «El hombre superior hace de la equidad y la justicia la base de todas sus acciones; los ritos forman la regla de su conducta; la deferencia y la modestia le dirigen hacia el exterior; la sinceridad y la fidelidad le sirven de cumplimientos. ¿No es este un hombre superior?»

18. El Filósofo dijo: «El hombre superior se aflige de su impotencia (para hacer el bien que desea); no se aflige de ser ignorado y desconocido de los hombres.»

19. El Filósofo dijo: «El hombre superior lamenta ver transcurrir su vida sin dejar en pos de sí acciones dignas de elogios.»

20. El Filósofo dijo: «El hombre superior no pide

algo sino a sí mismo; el hombre vulgar y sin méritos pide todo a los demás.»

21. El Filósofo dijo: «El hombre superior es firme en sus resoluciones, sin tener altercados con nadie; vive en paz con la multitud, sin ser de la multitud.»

22. El Filósofo dijo: «El hombre superior no concede elevaciones a un hombre por sus palabras; no rechaza las palabras a causa del hombre que las ha pronunciado.»

23. Kseu-kung hizo una pregunta en estos términos: «¿Hay una palabra en el idioma que debamos praccitar siempre hasta el fin de nuestras existencia?»

El Filósofo dijo: «Hay la palabra *chu*, cuyo sentido es: *Lo que no se desea que nos sea hecho, no es preciso hacerlo a los demás.*»

24. El Filósofo dijo: «En mis relaciones con los hombres, ¿me ha ocurrido ser injusto con alguien, o alabar a alguno fuera de medida? Si se encuentra alguno a quien haya alabado fuera de medida, he procurado justificar luego mis elogios.

»Estas personas (de las que yo haya exagerado los defectos o las cualidades) practican las leyes de equidad y de rectitud de las tres dinastías, (¿qué motivo hubiera tenido para censurarlas?)»

25. El Filósofo dijo: «Yo casi he visto el día en que el historiador del Imperio dejaba lagunas en sus relatos (cuando no estaba seguro de los hechos); o que el que poseía un caballo se lo prestaba a los demás para que le montasen; ahora esas costumbres se han perdido.»

26. El Filósofo dijo: «Las palabras artificiosas pervierten la virtud misma; una impaciencia caprichosa arruina los más grandes proyectos.»

27. El Filósofo dijo «Cuando la multitud deteste a alguien, examinad atentamente antes de juzgar; cuando la multitud se apasione por alguien, examinad atentamente antes de juzgar.»

28. El Filósofo dijo: «El hombre puede ennoblecer la vía de la virtud; la vía de la virtud no puede ennoblecer al hombre.»

29. El Filósofo dijo: «El que tiene una conducta viciosa, y no la corrige, ese puede ser llamado vicioso.»

30. El Filósofo dijo: «Yo he pasado jornadas enteras sin alimento, y noches enteras sin sueño, para entregarme a meditaciones, y esto sin realidad útil; el estudio es preferible.»

31. El Filósofo dijo: «El hombre superior no se ocupa más que de la recta vía; no se ocupa de beber y de comer. Si cultiváis la tierra, el hambre se encuentra a menudo en medio de vosotros; si estudiáis, la felicidad se encuentra en el seno mismo del estudio. El hombre superior no se inquieta sino por alcanzar la recta vía; no se inquieta por la pobreza.»

32. El Filósofo dijo: «Si no se tiene bastante conocimiento para alcanzar la práctica de la razón, y que no baste la virtud de humanidad que se posea para perseverar en esta práctica, aunque se llegue a ella, se acabará necesariamente por abandonarla.

»En el caso en que se tenga bastante conocimiento para alcanzar la práctica de la razón, y en que la virtud de humanidad que se posea baste para perseverar en esta práctica; si no se tiene gravedad ni dignidad, entonces el pueblo no tiene ninguna consideración para vosotros.

»En fin, aun cuando se tuviera bastante conocimiento para alcanzar la práctica de la razón, cuando la virtud de humanidad que se posea baste para perseverar en esta práctica, y aunque se le uniera la gravedad y la dignidad convenientes, si se trata al pueblo de una manera contraria a los ritos, no habrá aún virtud.»

33. El Filósofo dijo: «El hombre superior no puede ser conocido y apreciado convenientemente en las pequeñas cosas, porque es capaz de emprender las grandes. El hombre vulgar, por el contrario, no siendo ca-

paz de emprender grandes cosas, puede ser conocido y apreciado en las pequeñas.»

34. El Filósofo dijo: «La virtud de humanidad es más saludable a los hombres que el agua y el fuego; yo he visto morir a hombres por haber pisado el agua y el fuego, y no he visto jamás morir a nadie por haber pisado el sendero de humanidad.»

35. El Filósofo dijo: «Haceros un deber de practicar la virtud de humanidad, y no le abandonéis ni aun por orden expresa de vuestros instructores.»

36. El Filósofo dijo: «El hombre superior se conduce siempre conformemente a la rectitud y a la verdad, y no tiene obstinación.»

37. El Filósofo dijo: «Sirviendo a un príncipe, tened mucho cuidado y atención por sus negocios y haced poco caso de sus emolumentos.»

38. El Filósofo dijo: «Tened enseñanzas para todo el mundo, sin distinción de clases o de rasgos.»

39. El Filósofo dijo: «Siendo diferentes los principios de conducta, no hay medio de ayudarse mutuamente con consejos.»

40. El Filósofo dijo: «Si las expresiones de que nos servimos son sencillas e inteligibles, esto basta.»

41. El intendente de la música llamado Mian (que era ciego) fue un día a visitar (a Kungtsé). Llegado al pie de los escalones, el Filósofo le dijo: Aquí están los escalones. Llegado cerca de los asientos, el Filósofo le dijo: He ahí los asientos. Y los dos se sentaron. El Filósofo le informó entonces de que uno estaba sentado allí, y el otro, allá. Habiendo partido el intendente de la música, Mian, Tsé-tchang hizo una pregunta en estos términos: «Lo que has dicho al intendente ¿estaba conforme con los principios?»

El Filósofo respondió: «Seguramente; es la manera de ayudar y de asistir a los maestros de una ciencia cualquiera.»

Capítulo XVI

1. Ki-chi estaba a punto de ir a combatir a Tchuan-yu (un reino). Jan-yeu y Ki-lu que estaban con Kungtsé, le dijeron: Ki-chi se prepara a ir a luchar a Tchuan-yu.

El Filósofo dijo: «¡Kieu! (Jan-yeu), ¿no tienes tú la culpa?

»Tchuan-yu recibió hace tiempo de los antiguos reyes la soberanía sobre Thung-mung (nombre de una montaña). Además, entra por una parte de sus confines en el territorio del Estado (de Lu). Es vasallo de los espíritus de la Tierra y de los granos (en un Estado vasallo del príncipe de Lu). ¿Por qué tendría que sufrir una invasión?»

Jan-yeu dijo: «Nuestro señor lo desea; nosotros dos sus ministros, nosotros no lo deseamos.»

Kungtsé dijo: «¡Kieu!» Tcheu-jin (el antiguo e ilustre historiador) ha dicho: «Mientras os sirvan vuestras fuerzas, cumplid vuestro deber; si no le podéis cumplir, cesad en vuestras funciones. Si un hombre en peligro no es socorrido; si cuando se le ve caer no se le sostiene, entonces ¿de qué sirven los que están allí para asistirles?

»Se sigue de ahí que vuestras palabras son falibles. Si el tigre o el búfalo se escapan del recinto en que están encerrados; si la tortuga de la piedra preciosa se escapa del cofre en que está guardada, ¿de quién es la falta?»

Jan-yeu dijo: «Ahora, el país de Tchuan-yu está fortificado y se aproxima mucho a Pi (ciudad perteneciente en propiedad a Ki-chi). Si ahora no se apodera de ella, acarreará necesariamente en las generaciones venideras una serie de inquietudes y turbulencias para nuestros hijos y nuestros nietos.»

Kungtsé dijo: «¡Kieu! El hombre superior odia estas sutilezas de un hombre que finge no codiciar cualquier ambición codiciosa, cuando sus acciones le desmienten.

»Yo siempre he oído decir que los que poseen un rei-

no o son jefes de grandes familias no se quejan de que los que gobiernan o administran sean poco numerosos, sino que se quejan de no haber extendido el territorio que pretenden serles debido; que no se quejan de la pobreza en que se pueden encontrar las poblaciones, sino que se quejan de la discordia que puede reinar entre ellos y éstas. Porque si cada uno obtiene la parte que le es debida, no hay pobre; si la concordia reina, no hay penuria de habitantes; si hay paz y tranquilidad, no hay motivo de ruina o de revolución.

»Así pasan las cosas. De modo que si las poblaciones lejanas no son sumisas, debéis de cultivar la ciencia y la virtud, con objeto de atraerlas con vuestros méritos. Una vez que sean reducidas a la obediencia, entonces hacedlas gozar de paz y de tranquilidad.

»Ahora, Yeu y Kieu, ayudando a vuestro señor, no reduciréis a la obediencia a las poblaciones lejanas, y no podrán venir a someterse ellas mismas. El Estado se hallará dividido, alterado, despedazado por las disensiones intestinas, y vosotros no seréis capaces de protegerle.

»Y, sin embargo, proyectáis llevar las armas al seno de ese Estado. Mucho temo que los nietos de Ki experimenten un día que el origen de sus temores y de sus alarmas no esté en el país de Tchuan-yu, sino en su propia familia.»

2. Kungtsé dijo: «Cuando el Imperio está gobernado por los principios de la recta razón, entonces los ritos, la música, la guerra para someter a los rebeldes proceden de los hijos del Cielo (de los emperadores). Si el Imperio está sin ley, si no es gobernado por los principios de la recta razón, entonces los ritos, la música, la guerra para someter a los rebeldes proceden de los príncipes tributarios o de los vasallos de todos los rangos. Cuando (estas cosas, que están exclusivamente en las atribuciones imperiales) proceden de los príncipes tributarios, acaece raramente que en el espacio de diez generaciones (o de diez períodos de treinta años) estos últimos no pierden su poder usurpado (que

cae en manos de los grandes funcionarios públicos). Cuando acaece que estos actos de la autoridad imperial proceden de los grandes funcionarios, es raro que en el espacio de cinco generaciones estos últimos no pierdan su poder (que cae en manos de los intendentes de las grandes familias). Cuando los intendentes de las grandes familias se apoderan del poder real, es raro que no lo pierdan en el espacio de tres generaciones.

»Si el Imperio es gobernado por los principios de la recta razón, entonces la administración no reside en los grandes funcionarios.

»Si el imperio es gobernado según los principios de la recta razón, entonces los hombres del pueblo no se ocupan de deliberar y de expresar su sentimiento a propósito de los actos que dependen de la autoridad imperial.»

3. Kungtsé dijo: «Las rentas públicas no han sido entregadas en la morada del príncipe durante cinco generaciones; la dirección de los negocios públicos ha caído en manos de los grandes funcionarios durante cuatro generaciones. Por eso, los hijos y los nietos de los tres Huan (tres familias de príncipes de Lu) han sido tan débiles.»

4. Kungtsé dijo: «Hay tres clases de amigos que son útiles y tres clases que son dañosos. Los amigos rectos y veraces, los amigos fieles y virtuosos, los amigos que tienen despejada su inteligencia, son los amigos útiles; los amigos que afectan una gravedad toda exterior y sin rectitud, los amigos pródigos en elogios y de bajas adulaciones, los amigos que tienen locuacidad sin inteligencia, son los amigos dañosos.»

5. Kungtsé dijo «Hay tres clases de gozos o satisfacciones que son útiles y tres clases de gozos que son dañosos. La satisfacción de instruirse a fondo en los ritos y la música, la satisfacción de instruir a los hombres en los principios de la virtud, la satisfacción de poseer

la amistad de un gran número de sabios, son los goces o satisfacciones útiles; la satisfacción que da la vanidad o el orgullo, la satisfacción de la ociosidad y de la molicie, la satisfacción de la buena comida y de los placeres, son las satisfacciones dañosas.»

6. Kungtsé dijo: «Los que están cerca de los príncipes virtuosos para ayudarlos en sus deberes tienen que evitar tres faltas: hablar sin haber sido invitados a ello, lo que se llama precipitación; no hablar cuando se les ha invitado a ello, lo que se llama taciturnidad; hablar sin haber observado el continente y la disposición (del príncipe), lo que se llama ceguedad.»

7. Kungtsé dijo: «Hay para el hombre superior tres cosas que trata siempre de evitar. En la época juvenil, cuando la sangre y los espíritus vitales no se han fijado aún (cuando la forma corporal no ha adquirido aún todo su desarrollo), lo que se debe evitar son los placeres sensuales; cuando se ha alcanzado la madurez, y la sangre y los espíritus vitales han adquirido toda su fuerza y todo su vigor, lo que se debe evitar son las riñas y las querellas; cuando se ha llegado a la vejez, y la sangre y los espíritus vitales caen en un estado de languidez, lo que se debe evitar es el deseo de amontonar riquezas.»

8. Kungtsé dijo: «Hay tres cosas que el hombre superior reverencia: reverencia los decretos del Cielo, reverencia a los grandes hombres y reverencia las palabras de los santos.

»Los hombres vulgares no conocen los decretos del Cielo y, por consiguiente, no los reverencian; hacen poco caso de los grandes hombres y se mofan de las palabras de los santos.»

9. Kungtsé dijo: «Los que desde el día mismo de su nacimiento poseen la ciencia, son los hombres de primer orden (superiores a todos los demás); los que por el estudio adquieren la ciencia, vienen después de ellos; los que teniendo el espíritu pesado y espeso adquieren, sin embargo, conocimiento por el estudio, vienen después; en fin, los que teniendo el espíritu pesado y espeso no estudian y no aprenden nada, éstos son del último rango entre los hombres.»

10. Kungtsé dijo: «El hombre superior o el hombre de perfecta virtud tienen nueve objetos principales de meditaciones. Mirando, piensa en esclarecerse; escuchando, piensa en instruirse; en su aspecto y en su actitud, piensa en conservar la calma y la serenidad; en su continencia, piensa en conservar siempre la gravedad y la dignidad; en sus palabras, piensan en conservar siempre la fidelidad y la sinceridad; en sus acciones, piensa en atraerse siempre el respeto; en sus dudas, piensa en interrogar a los demás; en la cólera, piensa en reprimir sus movimientos; viendo ganancias a obtener, piensa en la justicia.»

11. Kungtsé dijo: «Se considera el bien como si no se le pudiera alcanzar; se considera el vicio como si se tocara agua hirviendo: Yo he visto hombres obrar así y he oído a hombres sostener este lenguaje.

»Hay que retirarse al secreto de la soledad para buscar en su pensamiento el principio de la razón; cultivar la justicia para poner en práctica estos mismos principios de la razón.» Yo he oído hablar de este modo, pero no he visto a nadie aún obrar así.

12. »King-hong príncipe de Thsi, tenía mil cuadrigas de caballos. Después de su muerte, se dice que el pueblo no encontró en él ninguna virtud que alabar. Pei y Chu murieron de hambre al pie de la montaña. Cheu-yang, y el pueblo no ha cesado hasta nuestros días de hacer su elogio. ¿No es esto lo que yo decía?»

13. Tchin-kang hizo una pregunta a Po-yu (hijo de Kungtsé) en estos términos: ¿Has oído cosas extraordinarias? (del Maestro).

Este le respondió con deferencia: «Yo no he oído nada. (Mi padre) está casi siempre solo. Yo, Li, pasando

un día rápidamente por la sala, fuí interpelado por él en estos términos: ¿Estudias el *Libro de los versos*? Yo le respondií con respeto: No lo he estudiado aún. —Si no estudias el *Libro de los versos* no tendrán nada que decir en las conversaciones. Yo me retiré y estudié el *Libro de los versos.*

»Otro día que estaba solo, pasé aún apresuradamente por la sala y me dijo: ¿Estudias el *Libro de los ritos*? Yo le respondí con respeto: No lo he estudiado aún. —Si no estudias el *Libro de los Ritos* no tendrás nada con qué fijarte en la vida. Yo me retiré y estudié el *Libro de los Ritos.*»

Después de haber oído estas palabras, Tchin-kang se volvió hacia él y exclamó gozoso: «Yo he hecho una pregunta sobre una cosa y he obtenido conocimiento de tres. He oído hablar del *Libro de los versos,* del *Libro de los ritos;* he aprendido, además, que el hombre superior tenía a su hijo alejado de él.»

14. La esposa del príncipe de un Estado es calificada por el príncipe mismo de Fu-jin o compañera del hombre. Esta esposa (llamada Fu-jin) se llama ella misma jovencita. Los habitantes del Estado la llaman esposa o compañera del príncipe. Ella se califica ante los príncipes de los diferentes Estados de pobre reinecita. Los hombres de los diferentes Estados la llaman también compañera del príncipe.

Capítulo XVII

1. Yang-ho (intendente de la casa de Ki-chi) deseó que Kungtsé le hiciera una visita. Kungtsé no fue a verle. El intendente le instó de nuevo, enviándole un puerco. Kungtsé, habiendo escogido el momento en que estaba ausente para hacerle sus cumplimientos, le encontró en la calle.

(Yang-ho) abordó a Kungtsé en estos términos: «Ven; tengo algo que decirte.» Y dijo: «Ocultar cuidadosamente en su seno tesores preciosos mientras que su país está entregado a los disturbios y a la confusión, ¿se puede llamar humanidad?»

(El Filósofo) dijo: «No se puede. —Gustar ocuparse de los negocios públicos y perder siempre las ocasiones de hacerlo, ¿se puede llamar a esto sabiduría y prudencia?»

(El Filósofo) dijo: «No se puede. —Los soles y las lunas (los días y los meses) pasan, transcurren rápidamente. Los años no están a nuestra disposición—. Kungtsé dijo: Está bien; me encargaré de un destino público.»

2. El Filósofo dijo: «Por la naturaleza nos aproximamos mucho unos a otros; por la educación llegamos a estar muy alejados.»

3. El Filósofo dijo: «No hay sino los hombres de un saber y una inteligencia superiores que no cambien viviendo con los hombres de la más baja ignorancia, del espíritu más pesado y más espeso.»

4. Habiendo marchado el Filósofo a Vu-tching (pequeña ciudad de Lu), oyó un concierto de voces humanas mezcladas con los sonidos de un instrumento de cuerda.

El maestro sonrió ligeramente y dijo: «Cuando se mata un pollo, ¿para qué servirse de una cuchilla que sirve para matar bueyes?»

Tsé-yeu respondió con respeto: «En otro tiempo, yo, Yen, he oído decir a mi maestro que un hombre superior que ocupa un empleo elevado en el Gobierno estudia asiduamente los principios de la recta razón (los ritos, la música, etc.). Entonces, por esto mismo ama a los hombres y es amado por ellos. Y que si los hombres del pueblo estudian asiduamente los principios de la recta razón, entonces se dejan fácilmente gobernar.»

El Filósofo dijo: «Mis queridos discípulos, las palabras de Yen son justas. En lo que yo he dicho hace algunos instantes, yo no hacía más que reir.»

5. Kong-chan, fei-jao (ministro de Ki-chi), habiendo

sabido que había estallado una revuelta en Pi, lo advirtió, según uso, al Filósofo. Este deseaba ir a su lado.

No satisfaciendo a Tsé-lu este propósito, dijo: «No vayas allí; nada te obliga. ¿Qué necesidad tienes de ir a ver a Kong-chan-chi?»

El Filósofo dijo: «Puesto que ese hombre me llama, ¿por qué no habría de haber motivo para obrar así? Si le ocurre emplearme, yo haré del reino de Lu un Estado de Tcheu oriental (Tcheu era afamado a causa de sus sabias doctrinas.)»

6. Tseu-tchang preguntó a Kungtsé qué era la virtud de humanidad. Kungtsé dijo: «El que pueda cumplir cinco cosas en el Mundo está dotado de la virtud de humanidad.» (Tseu-tchang) preguntó suplicando cuáles eran aquellas cinco cosas. El Filósofo dijo: «El respeto de sí mismo y de los demás, la generosidad, la fidelidad o la sinceridad, la aplicación al bien y la benevolencia para los demás.

»Si observas en todas tus acciones el respeto de ti mismo y de los demás, entonces no serás despreciado de nadie; si eres generoso, entonces obtendrás el afecto del pueblo; si eres sincero y fiel, entonces los hombres tendrán en ti confianza; si eres benévolo y misericordioso, entonces tendrás todo lo que es preciso para gobernar a los hombres.»

7. Poé-hie (gran funcionario del Estado de Tsin) solicitó ver a Kungtsé. El Filósofo deseó acceder a su invitación.

Tsé-lu dijo: «En otro tiempo, yo, Yeu, he oído decir a menudo a mi maestro estas palabras: Si alguno comete actos viciosos con su propia persona, el hombre superior no debe entrar en su morada.» Poé-hie se ha revuelto contra Tchung-meu; después de esto, ¿cómo explicar la visita de mi maestro?

El Filósofo dijo: «Sí, sin duda; he tenido esta conversación; pero ¿no decía, también, los cuerpos más duros no se gastan por el frotamiento? ¿No decía aún: la blancuda inalterable no se hace negra por su contacto con un color negro? ¿Piensas que yo soy un melón de sabor amargo, que no es bueno más que para estar colgado sin ser comido?»

8. El Filósofo dijo: «Yeu, ¿has oído hablar de las seis máximas y de los seis defectos que éstas implican?» —El discípulo respondió con respecto: «Jamás». —«Colócate a mi lado, que voy a explicártelas:

»El amor de la humanidad, sin el amor del estudio tiene por defecto la ignorancia o la estupidez; el amor de la ciencia sin el amor del estudio tiene por defecto la incertidumbre o la perplejidad; el amor de la sinceridad y de la fidelidad sin el amor del estudio tiene por defecto la majadería; el amor de la rectitud sin el amor del estudio tiene por defecto una temeridad inconsiderada; el amor del valor viril sin el amor del estudio tiene por defecto la insubordinación; el amor de la firmeza y de la perseverancia sin el amor del estudio tiene por defecto la demencia o la aferración a una idea fija.»

9. El Filósofo dijo: «Mis queridos discípulos, ¿por qué no estudiáis el *Libro de los Versos?*

»El *Libro de los Versos* es propio para elevar los sentimientos y las ideas;

»Es propio para formar el juicio mediante la contemplación de las cosas;

»Es propio para reunir a los hombres en una mutua armonía;

»Es propio para excitar los pesares sin resentimientos.

»En él se encuentra enseñado que cuando se está cerca de sus parientes se les debe servir, y que cuando se está alejado de ellos se debe servir al príncipe.

»También instruye largamente a propósito de los nombres de los árboles, de las plantas, de las bestias salvajes y de los pájaros.»

10. El Filósofo interpeló a Po-yu (su hijo) diciéndole: «¿Te entregas al estudio de Tcheu-nan y de Tchao-nan (los dos primeros capítulos del *Libro de los Versos*?) Los hombres que no estudian el *Tcheu-nan* y el

Tchao-nan son como si estuvieran en pie con el rostro vuelto hacia la muralla.»

11. El Filósofo dijo: «¡Se cita a cada instante *Los Ritos! ¡Los Ritos!* Las piedras preciosas y los trajes de ceremonia, ¿no son para vosotros todo lo que constituye *Los Ritos?* ¡Se cita a cada instante la Música! ¡La Música! Las campanillas y los tambores, ¿no son para vosotros todo lo que constituye la Música?»

12. El Filósofo dijo: «Los que demuestran exteriormente un aire de gravedad austera cuando son interiormente ligeros y pusilánimes, son comparados a los hombres vulgares. Se parecen a los ladrones, que quieren horadar un muro para cometer un robo.»

13. El Filósofo dijo: «Los que buscan los sufragios de los aldeanos, son ladrones de virtudes.»

14. El Filósofo dijo: «Los que en la vía pública escuchan un asunto y le discuten, hacen un abandono de la virtud.»

15. El Filósofo dijo: «¿Cómo podrían servir al príncipe los hombres viles y abyectos?

»Estos hombres, antes de haber obtenido sus empleos están ya atormentados ante el temor de no obtenerlos; cuando los han obtenido están atormentados por el temor de perderlos.

»Desde el insante en que están atormentados por el temor de perder sus empleos, no hay algo de lo que no sean capaces.»

16. El Filósofo dijo: «Desde la antigüedad, los pueblos tenían tres vicios de espíritu, en nuestros días, algunos de estos vicios se han perdido: la ambición de los antiguos se vinculaba a las grandes cosas y desdeñaban las pequeñas; las ambición de los hombres de nuestros días es moderada sobre las grandes cosas y ardiente sobre las pequeñas.

»La gravedad y la austeridad de los antiguos eran moderadas sin extravagancia; la gravedad y austeridad de los hombres de nuestros días es irascible, extravagante.

La grosera ignorancia de los antiguos era recta y sincera; la grosera ignorancia de los hombres de nuestros días no es sino trapacerías; he ahí todo.»

17. El Filósofo dijo: «Los hombres de palabras artificiosas y floridas, de maneras insinuantes, están raramente dotados de la virtud de humanidad.»

18. El Filósofo dijo: «Yo detesto el color violeta (color intermedio), que oculta a las miradas el verdadero color de la púrpura. Yo detesto los sonidos musicales de Tching, que siembran el desorden y la confusión en la verdadera música. Yo detesto las lenguas agudas (o calumniadoras), que trastornan los Estados y las familias.»

19. El Filósofo dijo: «Deseo no pasar mi tiempo en hablar.»

Tsé-kung dijo: «Si nuestro maestro no habla, entonces, ¿cómo transmitirán sus discípulos sus palabras a la posteridad?»

El Filósofo dijo: «El Cielo, ¿cómo habla? Las cuatro estaciones siguen su curso; todos los seres de la naturaleza reciben sucesivamente la existencia. ¿Cómo habla el Cielo?»

20. Ju-pei (hombre del reino de Lu) deseaba ver a Kungtsé. Este se excusó con una indisposición; pero tan pronto como el portador del mensaje pasó de la puerta, el Filósofo cogió su guitarra y se puso a cantar con propósito de hacerse oír.

21. Traï-ngo preguntó si en lugar de tres años de luto después de la muerte de los parientes, no bastará una revolución de doce lunas (o un año).

Si el hombre superior no observara los ritos sobre el luto durante tres años, estos ritos caerían ciertamente en desuso; si durante tres años no cultivase la música, la música, ciertamente, perecería. Cuando los antiguos frutos han llegado a su madurez, se muestran nuevos frutos y ocupan su puesto. Se cambia de fuego talando los bosques que le dan (270). Una revolución de doce lunas puede bastar para todas estas cosas.

El Filósofo dijo: «Si nos limitásemos a alimentarnos con el más hermoso arroz y a vestirnos con los más bellos trajes, ¿estarías satisfecho y tranquilo? Yo sí estaría satisfecho y tranquilo.

»Si te encuentras satisfecho y tranquilo con esta manera de obrar, entonces practícala.

»Pero si este hombre superior (de que has hablado), en tando que esté de luto por sus parientes, no encuentra placer en los platos más rebuscados que le sean ofrecidos, no hallará placer en oír la música ni encontrará reposo en los sitios que habite. He aquí por qué no hará (lo que propones: no reducirá sus tres años de luto a una revolución de doce lunas). Ahora bien, si tú estás satisfecho de esta reducción, practícala». Habiendo salido Tsaï-ngo, el Filósofo dijo: «Yu (nombre abreviado de Tsaï-ngo) no está dotado de la virtud de humanidad. Cuando el niño ha alcanzado su tercer año es privado del seno de su madre, entregado un poco a él mismo; he aquí por qué se guardan tres años de luto por los padres; este luto está en uso en todo el Imperio. Yu ¿no ha tenido acaso estos tres años de afecto solícito de parte de su padre y de su madre?»

22. El Filósofo dijo: «Los que no hacen sino comer y beber durante toda la jornada, sin emplear su inteligencia en cualquier objeto digno de ella, inspiran lástima. ¿No hay el oficio de titiritero? Que le practiquen, y serán sabios en comparación.»

23. Tsé-lu dijo: «El hombre superior, ¿estima mucho el valor viril?» El Filósofo dijo: «El hombre superior pone por encima de todo la equidad y la justicia. Si el hombre superior posee el valor viril o la bravura sin la justicia, fomenta las revueltas del Estado. El hombre vulgar que posee el valor viril o la bravura sin la justicia, comete violencias y rapiñas.»

24. Tsé-kung dijo: «El hombre superior, ¿tiene en él sentimientos de odio o de aversión?» El Filósofo dijo: «Tiene en él sentimientos de odio o de aversión. Odia o detesta a los que divulgan las faltas de los demás

hombres; detesta a los que, ocupando los más elevados rangos de la sociedad, calumnian a sus superiores; detesta a los bravos y a los fuertes que no tienen ninguna cuenta de los ritos; detesta a los audaces y a los temerarios que se detienen en medio de sus empresas sin tener el coraje de terminarlas.» (Tsé-kung) dijo: «Así es también cómo yo detesto, Sse. Yc detesto a los que toman todos los rodeos, todas las precauciones posibles para ser considerados como hombres de una prudencia completa; yo detesto a los que rechazan toda sumisión toda regla de disciplina, a fin de pasar por bravos y valerosos. Yo detesto a los que revelan defectos secretos de los demás, a fin de pasar por rectos y sinceros.»

25. El Filósofo dijo: «Son los servidores y los criados los más difícil de conservar. Las tratas como allegados, entonces son insumisos; los tienes alejados, y conciben odios y resentimientos.»

26. El Filósofo dijo: «Si llegado a la edad de cuarenta años (la edad de la madurez de la razón) se atrae aún la reprobación (de los sabios), perdido se está; no hay nada ya que esperar.»

Capítulo XVIII

1. Vei-tsé (príncipe feudatario del Estado de Veï, hermano del tirano Cheu-sin), habiendo resignado sus funciones, Ki-tsé (271) quedó esclavo (de Cheu-sin). Pikan hizo advertencias y fue condenado a muerte. Kungtsé dijo: «La dinastía Yin (o Chang) tuvo tres hombres dotados de la gran virtud de humanidad (272).»

2. Lieu-hia-hoei ejercía las funciones de jefe de las prisiones del Estado; fue tres veces destituído de sus funciones. Una persona le dijo: «Y tú ¿no has abandonado aún el país?» El respondió: «Si yo sirvo a los hombres según la equidad y la razón, ¿cómo encontraría un país donde no fuera tres veces destituido de mis funciones? Si yo sirvo a los hombres contrariamente a la

equidad y a la justicia, ¿cómo podría abandonar el país donde están mi padre y mi madre?»

3. King-kong, príncipe de Thsi, ocupándose de la manera cómo recibiría a Kungtsé, dijo: «Yo no puedo recibirle con las mismas consideraciones que he guardado a Ki-chi (grande de primer orden del Estado de Lu). Le recibiré de una manera intermedia entre Ki y Meng» (grande de último orden del Estado de Lu). Y añadió: «Yo soy viejo, yo no podría utilizar su presencia.» Kungtsé se puso en camino para otro destino.

4. Los ministros del príncipe de Thsi habían enviado unos músicos al príncipe de Lu, Ki-hoan-tsé (gran funcionario de Lu) los recibió; pero durante tres días no fueron presentados a la corte. Kungtsé se alejó (porque su presencia molestaba a la corte).

5. El tonto Tsie-yu, del Estado de Thsu, haciendo pasar su carro delante del de Kungtsé, cantaba estas palabras: «¡Oh fénix! ¡Oh fénix! ¡Cómo está en decadencia su virtud! Las cosas pasadas no están ya sometidas a su censura; las cosas futuras pueden conjeturarse. ¡Detente, pues! ¡Detente, pues! ¡Los que ahora dirigen los negocios públicos están en un inminente peligro!»

Kungtsé descendió de su carro con el propósito de hablar a aquel hombre; pero él se alejó rápidamente, y el Filósofo no le pudo alcanzar para hablarle.

6. Tchang-tsiu y Ki-nie estaban juntos labrando la tierra. Pasando Kungtsé cerca de ellos, envió a Tsé-lu a preguntarles donde estaba el vado para pasar el río.

Tsang-tsiu dijo: «¿Quién es este hombre que conduce el carro?» Tsé-lu dijo: «Es Khung-khieu.» El otro añadió: «¿Es Khun-thieu, de Lu?» Es él mismo. Si es él, él conoce el vado.

Tsé-lu hizo la misma pregunta a Ki-nie. Ki-nie dijo: «Hijo mío, ¿quién eres?» Este respondió: «Yo soy Tching-yeu.» —¿Eres uno de los discípulos de Khung-khieu, de Lu? Este respondió respetuosamente: Sí. ——¡Oh! ¡El Imperio entero se precipita como un torrente hacia su ruina y no se encuentra a nadie para cambiarle, para reformarle! Y tú, ¿tú eres discípulo de un maestro que no huye sino de los hombres (que no quieren emplearle?) ¿Por qué no te haces discípulo de maestros que huyen del siglo? (como nosotros). —Y el labrador continuó sembrando su grano.

Tsé-lu fue a referirle lo que le habían dicho. El Filósofo exclamó suspirando: «Los pájaros y los cuadrúpedos no pueden reunirse para vivir juntos; si yo no tuviera tales hombres por discípulos, ¿qué tendría yo? Cuando el Imperio tiene buenas leyes y está bien gobernado, yo no tengo que ocuparme de reformarle.»

7. Habiéndose quedado Tsé-lu detrás del séquito del Filósofo se encontró un viejo llevando una cesta sujeta con un bastón. Tsé-lu le interrogó diciéndole: «¿Has visto a nuestro maestro?» El viejo respondió: «Tus cuatro miembros no están acostumbrados a la fatiga; no sabes hacer la distinción de las cinco clases de grano. ¿Cuál es tu maestro?» Al mismo tiempo, colocó su bastón en tierra y se ocupó en arrancar raíces. Tsé-lu juntó las manos sobre su pecho, en señal de respeto, y se detuvo de pie cerca del viejo. Este retuvo a Tsé-lu con él para pasar la noche. Mató un pollo, preparó una ligera comida y le ofreció de comer. En seguida le presentó sus dos hijos.

Al día siguiente, cuando apuntó el alba, Tsé-lu se puso en camino para reunirse a su maestro e instruirle de lo que le había ocurrido. El Filósofo dijo: «Es un solitario que vive en el retiro.» En seguida hizo volver a Tsé-lu para verle. Pero cuando llegó, el viejo había partido (a fin de ocultar sus huellas).

Tsé-lu dijo: «No aceptar empleo público es contrario a la justicia. Si consideramos como ley el no violar las relaciones que existen entre las diferentes edades, ¿cómo sería permitido violar la ley de justicia, mucho más importante, que existe entre los ministros y el príncipe? Deseando conservar pura su persona, se lleva el desorden y la confusión en los grandes deberes sociales. No siendo puesto en práctica los principios de la recta

razón, él lo sabe (y se esfuerza en remediarlo).»

8. De los hombres ilustres sin empleo público fueron Pe-y, Chu-thai (príncipe de Ku-tchu), Yu-tchung (lo mismo que Taï-pé, del país de los Man o bárbaros del mediodía), Y-ye, Tchu-tchan, Lieu-hia-hoeï y Chao-lien (bárbaros del este).

El Filósofo dijo: «¿No abandonaron jamás sus resoluciones y no deshonraron jamás su carácter Pe-y y Chuthsi? Se dice que Lieu-hia-hoeï y Chao-lien no sostuvieron jamás hasta el fin sus resoluciones y que deshonraron su carácter. Su lenguaje estaba en armonía con la razón y la justicia; sus actos estaban en armonía con los sentimientos de los hombres. Pero he ahí bastante sobre estas personas y sus actos. Se dice que Yu-tchung y Y-ye habitaron en el secreto de la soledad y que esparcieron atrevidamente su doctrina. Conservaban en su persona toda su pureza; su conducta se encontraba en armonía con su carácter insociable y era conforme a la razón. En cuanto a mí, yo difiero de esos hombres; yo no digo de antemano: Esto se puede, aquello no se puede.»

9. El intendente en jefe de la música del Estado de Lu llamado Tchi se refugió en el Estado de Thsi. El jefe de la segunda reunión, o tropa, Kan, se refugió en el Estado de Tsu. El jefe de la tercera tropa, Liao, se refugió en el Estado de Thsai. El jefe de la cuarta tropa, Kiuë, se refugió en el Estado de Thsin.

El que tocaba el bombo, Fang-chu, se retiró a una isla del Hoang-ho.

El que tocaba el redoblante, Yang, y el que tocaba instrumentos de piedra, llamado Siang, se retiraron a una isla del mar.

10. Tcheu-kong (el príncipe de Tcheu) se dirigió a Lukong (el príncipe de Lu) diciendo: «El hombre superior no olvida a sus parientes y no los aleja de él; no excita resentimientos en el corazón de sus grandes funcionarios, no queriendo servirse de ellos; no rechaza sin graves motivos a las antiguas familias de dignatarios y no exige toda suerte de talentos y de servicios de un solo hombre.»

11. Los Tcheu (antiguos) tenían ocho hombres perfectos; eran: Pe-ta, Pe-kuo, Tchung-to, Tchung-hoë, Chu-ye, Chu-hia, Ki-sui, Ki-va.

Capítulo XIX

1. Tsé-tchang dijo: «El hombre que se ha elevado por encima de los demás, mediante las adquisiciones de su inteligencia, prodiga su vida a la vista del peligro. Si ve circunstancias propicias para hacerle obtener provechos, medita sobre la justicia y el deber. Ofreciendo un sacrificio, medita sobre el respeto y la gravedad, que son inseparables de él. Cumpliendo las ceremonias fúnebres, medita sobre los sentimientos de las penas y dolores que experimenta. Estos son los deberes que se complace en cumplir.»

2. Tsé-tchang dijo: «Los que abrazan la virtud sin darle ningún desenvolvimiento, que han sabido adquirir el conocimiento de los principios de la recta razón sin poder perseverar en su práctica, ¿qué importa al Mundo que estos hombres hayan existido o que no hayan existido?»

3. Los discípulos de Tsé-hia preguntaron a Tsé-tchang lo que era la amistad o la asociación de los amigos. Tsé-tchan dijo: «¿Qué piensa de ello vuestro maestro Tsé-hia?» Los discípulos respondieron con respeto: «Tsé-hia dice que los que pueden unirse por los lazos de amistad se asocien y que aquellos cuya asociación sería dañosa no se asocien.» Tsé-tchang dijo: «Esto difiere de lo que yo he oído decir. Yo he aprendido que el hombre superior honraba a los sabios y abrazaba en su afecto a toda la multitud; que alababa altamente a los hombres virtuosos y tenía piedad de los que no lo eran. Si yo soy un gran sabio, ¿por qué en mis relaciones con los hombres no tendré una benevolencia común para

todos? Si no soy un sabio, los hombres sabios (en vuestro sistema) me rechazarán. Si es así, ¿por qué rechazar de sí a ciertos hombres?»

4. Tsé-hia dijo: «Aunque ciertas profesiones de la vida (como las de labrador, jardinero, médico, etc) sean humildes, son, sin embargo, verdaderamente dignas de consideración. No obstante, si los que siguen estas profesiones quieren llegar a lo que hay de más lejano de su estado (como el gobierno del reino, la pacificación del Imperio, etc.), temo que no puedan conseguirlo. Es por lo que el hombre superior no practica estas profesiones inferiores.»

5. Tsé-hia dijo: «El que cada día adquiere conocimientos que le faltaban y que cada mes no olvida los que ha podido aprender, puede decirse que ama el estudio.»

6. Tsé-hia dijo: «Dad mucha extensión a vuestros estudios y llevad a ellos una voluntad firme y constante. Interrogad atentamente y meditad a placer sobre lo que habéis oído. La virtud de humanidad, la virtud superior, está en eso.»

7. Tsé-hia dijo: «Todos los que practican las artes manuales se establecen en talleres para confeccionar sus obras; el hombre superior estudia para llevar a la perfección la regla de los deberes.»

8. Tsé-hia dijo: «Los hombres viciosos disfrazan sus faltas bajo un cierto exterior de honradez.»

9. Tsé-hia dijo: «El hombre superior tiene tres apariencias cambiantes: si se le considera de lejos, parece grave, austero; si se acercan a él, se le encuentra dulce y afable; si oyen sus palabras, parece severo y rígido.»

10. Tsé-hia dijo: «Los que desempeñan las funciones superiores de un Estado se concilian primeramente la confianza de su pueblo para obtener de él el premio de sus sudores, y si no obtienen su confianza, entonces son considerados como tratándole de una manera cruel. Si el pueblo ha dado a su príncipe pruebas de su fidelidad, puede entonces hacerle advertencias; si no ha dado aún pruebas de su fidelidad, será considerado como calumniando a su príncipe.»

11. Tsé-hia dijo: «En las grandes empresas morales no sobrepujad el objeto; en las pequeñas empresas morales podéis ir más allá o quedaros acá, sin grandes inconvenientes.»

12. Tsé-yeu dijo: «Los discípulos de Tsé-hia son niñitos. Pueden regar, barrer, retirarse respetuosamente, presentarse con gravedad y responder lo mismo. No son sino las ramas o las cosas menos importantes; pero la raíz de todo, la cosa más importante, les falta por completo. ¿Qué es preciso pensar de su ciencia?»

Habiendo oído Tsé-hia estas palabras, dijo: «¡Oh! Yan-yeu excede los límites. En la enseñanza de las doctrinas del hombre superior, ¿qué se debe enseñar al principio? ¿Qué hay que esforzarse por inculcar en seguida? Por ejemplo: entre los árboles y las plantas hay diferentes clases, que es preciso distinguir. En la enseñanza de las doctrinas del hombre superior, ¿cómo abandonarse a la decepción? Esta enseñanza tiene un principio y un fin, que es el del hombre santo.»

13. Tsé-hia dijo: «Si mientras se ocupa un empleo público se tiene tiempo y fuerzas de sobra, entonces hay que aplicarse al estudio de sus deberes; cuando un estudiante ha llegado al punto de tener tiempo y fuerzas desocupadas, entonces debe ocupar un empleo público.»

14. Tsé-yeu dijo: «Cuando se está de luto por su padre y por su madre, se debe llevar la expresión de su dolor a sus últimos límites y detenerse allí.»

15. Tsé-yeu dijo: «Mi amigo Tchang se arriesga siempre a las más difíciles empresas; sin embargo, aun no ha podido adquirir la virtud de humanidad.»

16. Thseng-tsé dijo: «¡Qué grave y digna tiene la continencia Tchang! Sin embargo, ¡no puede practicar con los hombres la virtud de humanidad!»

17. Thseng-tsé dijo: «He oído decir al maestro que

no hay nadie que pueda agotar todas las facultades de su naturaleza. Si alguno lo pudiera, ocurriría en la expresión de dolor para la pérdida de su padre y de su madre.»

18. Thseng-tsé dijo: «He oído a menudo al maestro hablar de la piedad filial de Meng-tchuang-tsé. (Este gran dignatario del Estado de Lu), puede ser imitado en sus demás virtudes; pero después de la muerte de su padre no cambio ni sus ministros ni su manera de gobernar, y esto sí que es bien difícil de imitar.»

19. Cuando Meng-chi (Meng-tchuan-tsé) nombró a Yung-fu ministro de Justicia, Yung-fu consultó a Thieng-tsé (su maestro) sobre la manera como debía conducirse. Thseng-tsé dijo: «Si los superiores que gobiernan pierden la vía de la justicia y del deber, el pueblo se aparta igualmente del poder y pierde por largo tiempo toda sumisión. Si adquieres la prueba de que tiene tales sentimientos de revuelta contra las leyes, ten piedad de él y jamás te regocijes de ello.»

20. Tsé-kung dijo: «La perversidad de Cheu no fue tan extremada como se refiere. Por eso, el hombre superior debe tener horror a habitar en lugares inmundos; todos los vicios y los crímenes posibles le serían imputados.»

21. Tsé-kung dijo: «Las faltas del hombre superior son como los eclipses de Sol y de Luna. Si comete faltas, todos los hombres las ven; si se corrige, todos los hombres le contemplan.»

22. Kong-sun-tchao, grande del Estado de Veï, preguntó a Tsé-kung en estos términos: «¿Para qué han servido los estudios de Tchung-ni (Kungtsé)?»

Tsé-kung dijo: «Las doctrinas de los (antiguos reyes) Ven y Vu no se han perdido en la Tierra; aun son mantenidas entre los hombres. Los sabios han conservado en su memoria sus grandes preceptos de conducta, y los que eran adelantados en la sabiduría han conservado en su memoria los preceptos de moral menos importantes que habían legado al Mundo. No hay nada que no sea conservado de los preceptos y de las doctrinas saludables de Ven y de Vu. ¿Cómo el maestro no las habría estudiado? Y, además, ¿cómo no habría tenido más que un solo y único preceptor?»

23. Chu-sun Vu-chu, conversando con los dignatarios de primer orden de la corte del príncipe de Lu, dijo: «Tsé-kung es muy superior en sabiduría a Tchung-ni. Tsé-ju-king-pe (gran dignatario del Estado de Lu) informó de ello a Tsékung. Tsé-kung dijo: «Para servirme de la comparación de un palacio y de sus muros, yo, Sse, no soy más que un muro que apenas llega a los hombros; pero si consideras atentamente todo el edificio, le encontrarás admirable.

»Los muros de mi maestro son muy elevados. Si no llegas a franquear la puerta, no podrás contemplar el templo de los antepasados ni las riquezas de todas las magistraturas del Estado.

»Los que llegan a franquear esta puerta son algunas raras personas. Las conversaciones de mi superior (Vu-chu, relativamente a Kungtsé y a él), ¿no son perfectamente análogas?»

24. Chu-sun Vu-chu, habiendo de nuevo rebajado el mérito de Tchung-ni, Tsé-kung dijo: «No obres así; Tchung-ni no debe ser calumniado. La sabiduría de los demás hombres es una colina o un montículo que se puede franquear. Tchung-ni es el Sol y la Luna, que no pueden ser alcanzados ni franqueados. Aun cuando los hombres (que aman la oscuridad) desearan separarse completamente de estos astros resplandeciente, ¿qué injuría harían al Sol y a la Luna? Ves bien ahora que no conoces la medida de las cosas.»

25. Tching-tsé-king (discípulo de Kungtsé), dirigiéndose a Tsé-kung, dijo: «Tienes una constancia grave y digna; ¿en qué es Tchung-ni más sabio que tú?» Tsé-kung dijo: «El hombre superior, por una sola palabra que se le escape, es considerado como muy esclarecido sobre los principios de las cosas, y por una sola pala-

bra es considerado como no sabiendo nada. Se debe, pues, poner una gran circunspección en sus palabras.

»Nuestro maestro no puede ser alcanzado (en su inteligencia superior); es como el Cielo, al que no se puede subir, aun con las más altas escaleras de mano. Si nuestro maestro obtuviera el gobernar Estados, no tenía sino decir (al pueblo): «Estableced esto, en seguida lo establecería; seguid esta vía moral, en seguida la seguiría; conservad la paz y la tranquilidad, en seguida se rendiría a este consejo: alejad toda discordia, en seguida reinarían la unión y la concordia; en tanto que vivió, los hombres le honraron; después de su muerte, le han sentido y llorado. Después de esto, ¿cómo poder alcanzar su elevada sabiduría?»

Capítulo XX

1. Yao dijo: ¡Oh! Chun! El Cielo ha resuelto que la sucesión de la dinastía imperial repose en lo sucesivo en tu persona. Ten siempre firme y sinceramente el medio de la recta vía. Si los pueblos que están situados entre los cuatro mares sufren penuria y miseria, las rentas del príncipe serán para siempre suprimidas.»

Chun confió también un mandato semejante a Yu. Este dijo: «Yo, humilde y pobre Li, todo lo que yo oso es servirme de un toro negro (en los sacrificios); todo lo que yo oso es instruir de ello al Emperador soberano y augusto. Si ha cometido faltas, ¿no oso yo (yo, su ministro) censurarlas? Los ministros naturales del Emperador (los sabios del Imperio) no son relegados a la oscuridad; todos están en evidencia ante el corazón del Emperador. Mi pobre persona tiene muchos defectos que no son conocidos (de los sabios) de las cuatro regiones del Imperio. Si los sabios de las cuatro regiones del Imperio tienen defectos, estos defectos existen igualmente en mi pobre persona.»

Tcheu (Vu-vang) tuvo una gran liberalidad: los hombres virtuosos fueron a sus ojos los más eminentes. Decía: «Aunque se tenga parientes muy próximos (como hijos y nietos), no hay nada comparable a los hombres dotados de la virtud de humanidad; yo quisiera que las faltas de todo el pueblo recayesen sobre mí solo.» Vu-vang dedicó mucho cuidado y atención a los pesos y medidas. Examinó las leyes y las constituciones, restableció en sus empleos a los magistrados que habían sido privados de ellos, y la administración de las cuatro partes del Imperio fué puesta en orden.

Levantó de nuevo los reinos destruidos (los restableció y los devolvió a sus antiguos poseedores); reanudó el hilo de las generaciones interrumpidas (dio reinos a los reyes que no los tenían); devolvió los honores a los que habían sido desterrados. Las poblaciones del Imperio volvieron por sí mismas a someterse a él.

Lo que él consideraba como más digno de atención y lo más importante era la conservación del pueblo, los funerales y los sacrificios a los antepasados.

Si tenéis generosidad y grandeza de alma, entonces ganáis a la multitud; si tenéis sinceridad y rectitud, entonces el pueblo se confía a vosotros; si sois activo y vigilante, entonces todos los negocios tienen felices resultados; si tenéis igual interés para todo el mundo, entonces el pueblo está alegre.

2. Tsé-tchang hizo una pregunta a Kungtsé en estos términos: «¿Cómo piensas que se deben dirigir los negocios de la administración pública?» El Filósofo dijo: «Honra las cinco cosas excelentes («son las cosas que procuran ventajas al pueblo»); huye de las cuatro malas acciones («son las que causan un detrimento al pueblo»); he ahí como podré dirigir los negocios de la administración pública.» Tsé-tchang dijo: «¿A qué llamas las cinco cosas excelentes?» El Filósofo dijo: «El hombre superior (que manda a los demás) debe esparcir sus beneficios sin ser pródigo, exigir servicios al pueblo sin levantar sus odios, desear los ingresos suficientes sin abandonarse a la avaricia y a la sordidez, tener dignidad y grandeza sin orgullosa ostentación y majestad sin rudeza.»

Tsé-tchang dijo: «¿Qué entiendes por ser bienhechor sin prodigalidad?» El Filósofo dijo: «Favorecer continuamente todo lo que puede procurar ventajas al pueblo, haciéndole bien; ¿no es eso ser bienhechor sin prodigalidad? Determinar, para hacerlas ejecutar por el pueblo, las jornadas de trabajo, que son razonablemente necesarias, ¿quién podría indignarse de ello?

»Desear solamente lo que puede ser útil a la Humanidad y obtenerlo, ¿es esto sordidez? Si el hombre superior (o el jefe del Estado) no tiene ni una demasiada multitud de poblaciones, ni un número demasiado pequeño; si no tiene ni demasiado grandes ni demasiado pequeños asuntos; si no osa tener desprecio para nadie, ¿no es este el caso de tener dignidad sin ostentación? Si el hombre superior compone reguiarmente sus vestiduras; si pone gravedad y majestad en su actitud y en su continente, los hombres le considerarán con respeto y veneración; ¿no es esto la majestad sin rudeza?»

Tsé-tchang dijo: «¿Qué entiendes por las cuatro malas acciones?» El Filósofo dijo: «Es no instruir al pueblo y matarle (moralmente, dejándole caer en el mal); se llama a esto crueldad o tiranía; no hacer advertencias previas y parecer exigir una conducta perfecta, se llama esto violencia, opresión; el diferir de dar sus órdenes y querer la ejecución de una cosa tan pronto como se ha resuelto; esto se llama injusticia grave; lo mismo que, en sus relaciones diarias con los hombres, mostrar una sórdida avaricia; esto se llama comportarse como un colector de impuestos.»

3. El Filósofo dijo: «De no creerse encargado de realizar una misión, un mandato, no se puede ser considerado como un hombre superior.

»Si no se conocen los ritos o las leyes que regulan las relaciones sociales, no se tiene nada con qué fijar la conducta.

»Si no se conoce el valor de las palabras de los hombres, no se les conoce a ellos mismos.»

MENGTSE (273)

CUARTO LIBRO CLASICO

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

1. Mengtsé fue a visitar al rey Liang-hoeï-vang (rey del Estado de Vei) (274).

El rey le dijo: «Sabio venerable, puesto que no has juzgado que la distancia de mil *li* (cien leguas) fuese demasiado larga para venir a mi corte, ¿me traes, sin duda, con qué enriquecer mi reino?»

Mengtsé respondió con respeto: «¡Rey! ¿Qué necesidad hay de hablar de ganancias y de provechos? Yo traigo conmigo humanidad, justicia; he ahí todo.»

Si el rey dice: ¿Cómo haría para enriquecer mi reino?, los grandes dignatarios dirán: ¿Cómo haremos para enriquecer a nuestras familias? Los letrados y los hombres del pueblo dirán: ¿Cómo haremos para enriquecernos nosotros mismos? Si los superiores y los inferiores se disputan así sobre quién obtendrá mayores riquezas, el reino se hallará en peligro. En un reino de diez mil carros de guerra, el que destrona o mata a su príncipe, debe ser el jefe de una familia de mil carros de guerra (275). En un reino de mil carros de guerra, el que destrona o mata a su príncipe, debe ser el jefe de una familia de cien carros de guerra. De diez mil tomar mil y de mil tomar ciento, no es tomar una pequeña porción (276). Si se coloca en segundo lugar la justicia y en primer lugar la ganancia o provecho, en tanto que los (superiores) no sean derribados y despojados (los inferiores), no estarán satisfechos.

No ha ocurrido jamás que el que posee verdaderamente la virtud de humanidad abandonará a sus padres (a su padre y a su madre); no ha ocurrido jamás que el hombre justo y equitativo hiciese poco caso de su príncipe.

Rey, hablemos, en efecto, de humanidad y de justicia; nada más que de eso. ¿A qué hablar de ganancias y provechos?

2. Mengtsé, habiendo ido otro día a ver a Liang-hoeï-vang, el rey, que estaba ocupado en su estanque en ver los patos salvajes y los ciervos, le dijo: «¿No se complace también el sabio con este espectáculo?»

Mencio respondió respetuosamente: «Es preciso haber llegado a la posesión de la sabiduría para regocijarse con este espectáculo. Si no se posee aún la sabiduría, aunque se posean estas cosas, no debe encontrarse distracción en ellas.»

El *Libro de los versos* dice:

«Empieza (*Ven-vang*) por bosquejar el plano de la torre de la Inteligencia (observatorio).

»Diseña, traza el plano y se ejecuta.

»La multitud del pueblo ocupándose de estos trabajos.

»No emplea una jornada entera en terminarlos.

»Comenzando a trazar el plano (*Vu-vang*) prohibía apresurarse.

»Y, sin embargo, el pueblo acudía a la obra como un hijo.

»Cuando el rey (*Vu-vang*) estaba en el parque de la inteligencia.

»Amaba ver los ciervos y las corzas reposar en libertad y huir cuando él se acercaba.

»Amaba ver estos ciervos y estas corzas, rebosantes de fuerza y de salud.

»Y los pájaros blancos, cuyas alas eran resplandecientes.

»Cuando el rey estaba cerca del estanque de la Inteligencia,

»Se complacía en ver la multitud de los peces, de que estaba lleno, saltar ante sus ojos.»

Vu-vang se sirvió de los brazos del pueblo para construir una torre y horadar su estanque; y, sin embargo, el pueblo estaba gozoso y contento de su rey. Llamó a su torre la Torre de la Inteligencia (porque había

sido construída en menos de un día), y llamó a su estanque el «estanque de la Inteligencia» (por la misma razón). El pueblo se regocijaba de que su rey tuviese ciervos, corzas y peces de todas clases. Los hombres de la antigüedad no tenían gozo sino con el pueblo, cuando el pueblo se regocijaba con ellos; he aquí por qué podían verdaderamente regocijarse.

El *Tchang-tchi* (capítulo del *Chu-king*) dice: «¿Cuándo perecerá el Sol? Nosotros queremos perecer con él. Si el pueblo desea perecer con él, aunque el rey tenga una torre, un estanque, pájaros y bestias feroces, ¿cómo podrá regocijarse solo?»

3. Liang-hoeï-vang dijo: «Yo, que tengo tan poca capacidad para la administración del reino, agoto, sin embargo, en ella todas las facultades de mi inteligencia. Si la parte de mi Estado, situada en el recinto formado por el río Hoang-ho, llega a sufrir hambre, entonces yo transporto las poblaciones robustas al oriente del río, y hago pasar granos de ese lado a la parte que rodea el río. Si la parte de mi Estado, situada al oriente del río, llega a sufrir hambre, obro del mismo modo. He examinado la administración de los reinos vecinos, no hay ningún (príncipe) que, como tu pobre servidor, emplee todas las facultades de su inteligencia en (aliviar a su pueblo). Las poblaciones de los reinos vecinos, sin embargo, no disminuyen y los súbditos de tu pobre servidor no aumentan. ¿Por qué es esto?»

Mencio respondió respetuosamente: «Rey, tú amas la guerra; permíteme tomar una comparación del arte militar. Cuando al son del tambor el combate se empeña; cuando se han mezclado las lanzas y los sables, abandonando sus escudos y arrastrando sus armas, los unos huyen, cierto número de entre ellos, dan cien pasos y se detienen; cierto número de otros dan cincuenta pasos, y también se detienen; si los que han huído cincuenta pasos se burlan de los que han huído ciento, ¿qué pensarías de ellos?»

(El rey) dijo: «No les está permitido burlarse de los otros; ellos no han hecho sino huir menos de cien pa-

sos. Ello es igualmente huir.» (Mencio) dijo: «Rey, si sabes esto, entonces no esperes ver la población de tu reino acrecer a costa de la de los reinos vecinos.

»Si no intervienes en los asuntos de los labradores obligándoles, mediante trabajos forzados, a superar las labores de cada estación, las cosechas no serán superiores al consumo. Si las compactas redes no se echan en los estanques y los viveros, los peces de diversas clases no podrán ser consumidos. Si no llevas el hacha a las selvas sino en los tiempos convenientes, habrá siempre maderas en abundancia. Teniendo más peces de los que puedan consumirse y más madera de la que pueda emplearse, el pueblo tendrá con qué alimentar a los vivos y con qué ofrecer sacrificios a los muertos; entonces no murmurará. He ahí el punto fundamental.

»Haz plantar moreras en los campos de una familia que cultiva cinco fanegas de tierra, y las personas de edad podrán cubrirse con vestiduras de seda.

»Haz que no se olvide el cuidado de pollos, perros (277), y puercos de toda especie, y las personas de setenta años podrán alimentarse de carne. No arrebates, en las estaciones que exijan trabajos asiduos, los brazos de las familias que cultiven cien fanegas de tierra, y estas familias numerosas no estarán expuestas a los horrores del hambre. Vela atentamente a que las enseñanzas de las escuelas y los colegios propaguen los deberes de la piedad filial y el equitativo respeto de los jóvenes hacia los viejos, y entonces no se verá a hombres de cabellos blancos arrastrar o llevar pesados fardos por los grandes caminos. Si los septuagenarios llevan vestidos de seda y comen carne, y si los jóvenes de cabellos negros no sufren ni frío ni hambre, todas las cosas serán prósperas. No ha habido aún un príncipe que después de haber obrado así, no haya reinado sobre el pueblo.

»Pero, si en lugar de esto, tus perros y tus puercos devoran el alimento del pueblo, y tú no sabes remediarlo; si el pueblo muere de hambre en veredas y en

los grandes caminos, y no sabes abrir los graneros públicos; si cuando veas hombres muertos de hambre dices: No es mía la culpa; es de la esterilidad de la tierra, diferirá esto de un hombre que habiendo herido a otro con su acero, dijera: ¡No soy yo, es mi espada! No achaques la falta a la intemperie de las estaciones, y las poblaciones del Imperio acudirán a ti para recibir el auxilio a sus miserias.

4. Liang-hoeï-vang dijo: «Yo, hombre de poca virtud, deseo sinceramente recibir tus lecciones.»

Mencio añadió con respeto: «Matar un hombre con un bastón o con una espada, ¿encuentras en esto alguna diferencia?»

El rey dijo: «No hay ninguna diferencia. —Matarle con una espada o con un mal gobierno, ¿encuentras en ello diferencia?»

El rey dijo: «No encuentro ninguna diferencia.» (Mencio) añadió: «Tus cocinas tienen carne en abundancia, tus cuadras están llenas de caballos lustrosos. Pero el rostro descarnado del pueblo muestra la palidez del hambre, y los campos están cubiertos de cadáveres de personas muertas de miseria. Obrar así es excitar a las bestias feroces a devorar a los hombres.

»Las bestias feroces se devoran entre ellas y tienen horror a los hombres. Tú debes gobernar y conducirte en la administración del Estado como el padre y la madre del pueblo. Si tú no te dispensas de excitar a las bestias feroces a devorar a los hombres, ¿cómo podrías ser considerado como el padre y la madre del pueblo?»

Tchung-ni dijo: «Los primeros que construyeron estatuas o maniquíes de madera (para los funerales), ¿no fueron privados de posteridad? El Filósofo decía esto, porque habían hecho hombres a su imagen, y los habían empleado (en los sacrificios). ¿Qué hubiera dicho de los que obran de tal modo que hacen morir al pueblo de hambre y de miseria?»

5. Liang-hoeï-vang dijo: «El reino de Tcin no tenía igual en poderío en todo el Imperio. Sabio venerable, esto lo sabes muy bien. Cuando cayó como herencia sobre

mi mezquina persona, en seguida, en Oriente, fuí deshecho por el rey de Thsi, y mi hijo primogénito pereció. En el Occidente, he perdido en una guerra contra el rey de Thsin setecientos *li* de territorio. Al mediodía he recibido una afrenta del rey de Thsu. Yo quisiera, en honor de los que han muerto, borrar de una sola vez todas estas ignominias. ¿Qué debo hacer para ello?»

Mencio respondió respetuosamente: «Con un territorio de cien *li* de extensión (diez leguas) se puede, sin embargo, llegar a reinar como soberano.

»Si tu gobierno, rey, es humano y bienhechor para el pueblo; si disminuyes las penas y los suplicios; si alivias los impuestos y los tributos de toda naturaleza, los labradores surcarán más profundamente la tierra y arrancarán la cizaña de sus campos. Los que son jóvenes y fuertes, en sus días de descanso, cultivarán en ellos la piedad filial, la deferencia con sus hermanos mayores y la rectitud y la sinceridad. En el interior, se emplearán en servir a sus padres; en el exterior, se emplearán en servir a los ancianos y a sus superiores. Podrás entonces llegar a hacerlos coger las estacas para golpear los recios escudos y las agudas armas de los hombres de Thsi y de Thsu.

»Los reyes de esos Estados roban a sus pueblos el tiempo más precioso, impidiéndoles trabajar la tierra y arrancar la cizaña de sus campos, a fin de poder alimentar a sus padres y a sus madres. Sus padres y sus madres sufren frío y hambre; sus hermanos, sus mujeres y sus hijos son separados los unos de los otros, y dipersados por todas partes (para buscar su alimento).

»Estos reyes han precipitado a sus pueblos en un abismo de miseria, haciéndoles sufrir toda suerte de tiranías. Príncipe, si tú marchas para combatirlos, ¿cuál de entre ellos, se opondría a tus designios?

»Por eso se ha dicho: «El que es humano, no tiene enemigos.» Rey, yo te lo suplico: obra al punto.»

6. Mencio fue a visitar a Liang-siang-vang (hijo del rey precedente).

Saliendo de su audiencia, habló de este modo con algunas personas: «Considerándole de lejos, no le he encontrado parecido con un príncipe; aproximándome de cerca, no he visto nada en él que inspirara respeto. Al abordarle, me ha preguntado: «¿Cómo es preciso arreglarse para consolidar el Imperio?» Yo le he respondido con respeto: «Se le da la estabilidad mediante la unidad.» —«¿Quién podrá darle esa unidad?»— Yo le he respondido con respeto: «El que no encuentre placer en matar a los hombres puede darle esa unidad.» —«¿Quiénes son los que vendrán a entregarse a él?»—. Yo le he respondido con respeto: «En todo el Imperio no habrá nadie que no venga a someterse a él. Rey, ¿conoces los campos de trigo en germen? Si en el intervalo de siete u ocho lunas sobreviene una sequía, entonces los trigos se secan. Pero si en el espacio inmenso del cielo se forman espesas nubes, y la lluvia cae con abundancia, entonces los tallos de trigo, adquiriendo su vigor, se desarrollan. ¿Quién podría impedirlos desarrollarse así? Ahora, entre los que en todo este gran Imperio se consideran *pastores de los hombres*, no hay uno que no se complazca en hacer matar a los hombres. Si entre ellos se encontrase uno solo que no amara hacer matar a los hombres. entonces todas las poblaciones del Imperio tenderían hacia él sus brazos, y no esperarían más que en él. Lo que yo digo es la verdad. Las poblaciones vendrían a refugiarse bajo su égida, semejantes a los torrentes que se precipitan en los valles. Cuando se precipitaran como un torrente, ¿quién podría resistirlos?»

7. Siuan-vang, rey de Thsi, interrogó a Mencio, diciendo: «¿Podría obtener de ti oír el relato de las acciones de Hoan, príncipe de Thsi, y de Ven, príncipe de Tçin?»

Meng-tsé respondió con respeto: «De todos los discípulos de Tchung-ni, ninguno ha contado los hechos y las gestas de Hoan y de Ven. Por ello no han sido transmitidos a las generaciones que les han seguido, y

tu servidor jamás ha oído el relato. Si no cesas de apremiarme con preguntas semejantes, ¿cuándo nos ocuparemos del arte de gobernar un Imperio?»

(El rey) dijo: «¿Qué reglas es preciso para bien gobernar?» (Mengtsé) dijo: «Ama, quiere al pueblo, y no encontrarás ningún obstáculo para bien gobernar.»

El rey añadió: «Dime si mi mezquina persona es capaz de amar y de querer al pueblo.»

—Tú eres capaz de ello, replicó Mengtsé.

—¿Por que sabes que soy capaz? (Mengtsé) dijo: «Tu servidor ha oído decir a Hu-hé (uno de los ministros del rey), estas palabras: «El rey estaba sentado en la sala de audiencia; unos hombres que conducían un buey atado con cuerdas, vinieron a pasar por el fondo de la sala. Habiéndoles visto el rey, les dijo: ¿Dónde lleváis ese buey? Ellos le respondieron respetuosamente: Nos vamos a servir de su sangre para regar una campana.» El rey dijo: «Dejarle; no puedo soportar su temblor y su agitación, como la de una víctima inocente que se conduce al lugar del suplicio.» Ellos respondieron con respeto: «Si nosotros obramos así, ¿renunciaremos, pues, a regar la campana con su sangre?» (El rey) repuso: «¿Por qué habiáis de renunciar a ello? Reemplazo por un carnero.» Yo no sé si esto ha pasado así.»

El rey dijo: «Así ha pasado.»

Mencio dijo: «Esa compasión del corazón basta para reinar. Las cien familias (que forman el pueblo chino) han considerado todas al rey en esta ocasión como movido por sentimientos de avaricia; pero yo, tu servidor, sabía de modo cierto que lo que te movían eran sentimientos de compasión.»

El rey dijo: «Es verdad. No obstante, tal vez he dado al pueblo ocasión de creerme movido por sentimientos de avaricia. Sin embargo, aunque el reino de Thsi esté encerrado en estrechos límites, ¿cómo hubiera yo salvado un buey por avaricia? Lo que no podía soportar era ver su temblor y su agitación, como la de un inocente que es conducido al lugar del suplicio. Por eso le he hecho reemplazar por un carnero.»

Mencio dijo: «Príncipe, no te sorprendas de que las cien familias hayan considerado al rey, cual si hubiera sido movido esta vez por sentimientos de avaricia. Habiendo hecho reemplazar una víctima grande por una pequeña, ¿cómo hubiera podido adivinar el pueblo el motivo de tu acción? Si has tenido compasión solamente de un ser inocente que era llevado al lugar del suplicio, ¿por qué has elegido entre el buey y el carnero?» El rey respondió sonriendo: «Es verdad; pero ¿cuál era mi pensamiento? Yo no lo he salvado a causa de su valor, le he cambiado simplemente contra un carnero. No obstante, el pueblo ha tenido razón al acusarme de avaricia.»

Mencio dijo: «Nada de esto te debe ofender, porque es la humanidad la que te ha inspirado este cambio. Cuando tenías el buey ante tu vista, aún no habías visto al carnero. Cuando el hombre superior ha visto los animales vivos, no puede soportar verlos morir; cuando ha oído sus gritos de agonía, no puede soportar comer su carne. Es por lo que el hombre superior sitúa su matadero y su cocina en sitos alejados.»

El rey, satisfecho de esta explicación, dijo: « Se lee en el *Libro de los versos*:

«Otro hombre tenía un pensamiento;

»Yo le he adivinado y le he dado su medida.»

Maestro, has expresado mi pensamiento. Yo había cometido esta acción, pero, reflexionado en ella muchas veces, y buscando los motivos que me habían impulsado a obrar como he obrado, no había podido conseguir darme cuenta de ello interiormente. Maestro, explicándome estos motivos, he sentido renacer en mi corazón grandes movimientos de compasión. Pero, estos movimientos del corazón, ¿qué relación pueden tener con el arte de reinar?»

Mencio dijo: «Si se encontrase un hombre que dijera al rey: Mis fuerzas son suficientes para levantar un peso de tres mil libras, pero no para levantar una plu-

ma; mi vista puede percibir el movimiento de crecimiento de los pelos en otoño en ciertos animales, pero no puede percibir un carro cargado de maderas que sigue el gran camino; rey, ¿tendrías fe en sus palabras?» —El rey dijo: «De ningún modo.» —Ahora, tus beneficios pueden alcanzar hasta un animal, pero tus buenas obras no llegan hasta las poblaciones. ¿Cuál es la causa? Así, pues, si el hombre no levanta una pluma, es porque no hace uso de sus fuerzas; si no ve el carro cargado de madera, es porque no hace uso de su facultad de ver, si los pubelos no reciben tus beneficios, es porque no haces uso de tu facultad bienhechora. Porque si un rey no gobierna como debe gobernar (colmando al pueblo de beneficios) es porque *no lo hace*, no porque *no puede*.»

El rey dijo: «¿En qué difieren las apariencias del mal gobierno, por *mal querer* o por *impotencia*?»

Mencio dijo: «Si se aconsejase a un hombre coger en brazos la montaña Tchaï-chan para transportarla al Océano septentrional, y que este hombre dijera: *Yo no puedo*, se le creería, porque decía la verdad; pero si se le ordenase romper una débil rama de árbol, y dijese aún: *Yo no puedo*, entonces habría de su parte *mal querer* y no *impotencia*. Del mismo modo, el rey que no gobierna bien, como debía hacerlo, no puede ser comparado con la especie de hombre intentando coger la montaña Tchaï-chan en sus brazos para transportarla al Océano septentrional, sino a la especie de hombre diciendo no poder romper la débil rama de árbol.

»Si la piedad filial que yo tengo hacia un padre y la amistad que experimento por mis hermanos inspiran a los demás hombres los mismos sentimientos; si la ternura paternal con que yo trato a mis hijos inspira a los demás hombres el mismo sentimiento, podré verter tan fácilmente mis beneficios en el Imperio como en mi mano.»

El *Libro de los versos* dice:

«Yo me comporto como debo con mi mujer,

»En seguida, con mis hermanos, el mayor y los pequeños,

»A fin de gobernar convenientemente mi Estado, que no es sino una familia.»

»Esto quiere decir que es preciso cultivar estos sentimientos de humanidad y aplicarlos a las personas designadas, y esto basta. He aquí por qué el que pone en acción, el que produce por fuerza buenos sentimientos, puede abrazar, en su tierno afecto, las poblaciones comprendidas entre los cuatro mares; el que no realiza estos buenos sentimientos, y no los hace producir ningún efecto, no puede asimismo rodear de estos cuidados y de su afecto a su mujer y a sus hijos. Lo que hacía a los hombres de los antiguos tiempos tan superiores a los hombres de nuestros días no era otra cosa; seguían el orden de la Naturaleza en las aplicaciones de sus beneficios. Ahora que tus beneficios han podido alcanzar a los animales, tus buenas obras, ¿no se extenderán hasta las poblaciones o éstas serán las únicas privadas de ellas?

»Cuando se han colocado objetos en la balanza, se conoce los que son pesados y los que son ligeros. Cuando se han medido los objetos, se conoce los que son largos y los que son cortos. Todas las cosas tienen, en general, este carácter, pero el corazón del hombre es la cosa más importante de todas. Rey, te lo suplico: mídele (es decir, trata de determinar sus verdaderos sentimientos).

»¡Oh rey! Cuando haces brillar a la luz las afiladas armas y los recios escudos; cuando expones al peligro a los jefes y a sus soldados, y te atraes así los resentimientos de todos los grandes vasallos, ¿se regocija de ello tu corazón?»

El rey dijo: «De ninguna manera. ¿Cómo me regocijaría de cosas parecidas? Todo lo que yo busco, obrando así, es llegar a lo que constituye el mayor objetivo de mis deseos.»

Mencio dijo: «¿Podría yo llegar a conocer el más grande de los deseos del rey?» El rey sonrió, y no respondió.

(Mencio) añadió: «¿Será que los platos de tus festines no son bastante copiosos y bastante espléndidos para satisfacer tu boca? ¿y tus vestidos bastante ligeros y de bastante abrigo para cubrir tus miembros? o bien, ¿será que los más variados colores de las flores no basten para encantar tus miradas, y que los sonidos más armoniosos no basten para alegrar tus oídos? o, en fin, ¿que los oficiales del palacio no basten para ejecutar tus órdenes en tu presencia? La multitud de servidores del rey es bastante grande para poder procurarle todos estos regocijos y, sin embargo, el rey, ¿no se conmueve con estas cosas?»

El rey dijo: «En modo alguno. No me conmuevo con estas cosas.»

Mencio dijo: «Si es así, entonces yo puedo conocer el gran objetivo de los deseos del rey. Quiere engrandecer las tierras de su dominio para hacer venir a su corte a los reyes de Thsi y de Thsu; mandar en todo el Imperio del medio y pacificar a los bárbaros de las cuatro regiones. Pero, obrar como él lo hace, para llegar a lo que desea, es como si se subiera a un árbol para coger peces.»

El rey dijo: «La dificultad, ¿será, pues, tan grande?»

Mencio dijo: «Es aún más grande y más peligrosa. Subiendo a un árbol para buscar en él peces, aunque es seguro que no los puedas encontrar, no resulta de ello ninguna cosa fastidiosa; pero, obrando como tú obras, para obtener lo que deseas con tanto afán, cuanto consigues es agotar en vano todas las fuerzas de tu inteligencia en este objetivo único; y esto ocasionará una multitud de calamidades.»

(El rey) dijo: «¿Podría saber cuáles son esas calamidades?»

(Mencio) dijo: «Si los hombres de Tseu (278) y los de Thsu entran en guerra, entonces, ¡oh rey!, ¿cuáles, según tú, resultarán vencedores?»

El rey dijo: «Los hombres de Thsu serán los vencedores.»

—Si es así, entonces un pequeño reino no podrá ciertamente subyugar a uno grande. Un corto número de combatientes no podrá, ciertamente, resistir a un gran número; los débiles no podrán, ciertamente, resistir a los fuertes. El territorio situado en el interior de los mares (el Imperio de China todo entero) comprende nueve regiones de mil *li* cada una. El reino de Thsi (el de su interlocutor), reuniendo todas sus posesiones, no tiene más que una sola de esas nueve porciones del Imperio. Si con (las fuerzas reunidas) de una sola de estas regiones quiere someter a las otras ocho, ¿en qué diferirá del reino de Tseu si atacase al de Thsu? Luego, te es preciso reflexionar de nuevo sobre el gran objetivo de tus deseos. Ahora, ¡oh rey!, si tú haces que en todas las partes de tu administración pública se manifieste la acción de un buen gobierno; si esparces a lo lejos los beneficios de humanidad, resultará de ello que todos los que en el Imperio desempeñen destinos públicos querrán venir a residir en la corte del rey; que todos los labradores querrán venir a trabajar los campos del rey; que todos los mercaderes querrán venir a traer sus géneros a los mercados del rey; que todos los viajeros y los extranjeros querrán viajar por los caminos del rey; que todas las poblaciones del Imperio, que detestan la tiranía de sus príncipes, querrán acudir apresuradamente cerca del rey para instruirle de sus sufrimientos. Y de ocurrir así, ¿quién podrá retenerlos?»

El rey dijo: «Yo, hombre de poca capacidad, no puedo llegar a esos resultados mediante gobierno tan perfecto; yo deseo que tú, maestro, ayudes a mi voluntad (conduciéndome por la buena vía); que me esclarezcas con tus instrucciones. Aunque yo no estoy dotado de mucha perspicacia, te ruego, sin embargo, que ensayes esta empresa.»

(Mencio) dijo: «Carecer de cosas constantemente necesarias para la vida y, sin embargo, conservar siempre un alma igual y virtuosa, esto tan sólo es posible a los hombres cuya inteligencia cultivada se eleva por sobre lo vulgar. En cuanto al común del pueblo si carece de

las cosas constantemente necesarias a la vida, por esta razón, carece de un alma constantemente igual y virtuosa, si carece de un alma constantemente igual y virtuosa, no hay nada que no sea capaz de hacer: violación de la justicia, depravación del corazón, licencia viciosa, exceso en el libertinaje. Si llega al punto de caer en el crimen (rebelándose contra las leyes), se ejerce persecuciones contra él y se le hace padecer suplicios. Es coger al pueblo entre redes. ¿Cómo si existiera un hombre verdaderamente dotado de la virtud de humanidad, ocupando el trono, podría cometer esta acción criminal de coger así al pueblo entre redes?

»Por eso, un príncipe esclarecido, constituyendo como conviene la propiedad privada del pueblo, obtiene por resultado necesario, en primer lugar, que los hijos tengan con qué servir a su padre y a su madre; en segundo lugar, que los padres tengan con qué mantener a sus mujeres y a sus hijos; que el pueblo se pueda alimentar toda su vida con producciones de años abundantes, y que, en los años de calamidades, esté a cubierto del hambre y de la muerte. En seguida podrá instruir al pueblo y conducirle por el camino de la virtud. Así es como el pueblo seguirá esta vía con facilidad.

»Hoy, la constitución de la propiedad privada del pueblo es tal que, considerando la primera de todas las cosas, los hijos no tienen con qué servir a su padre y a su madre, y que considerando la segunda, los padres no tienen con qué mantener a sus mujeres y a sus hijos; que con los años de abundancia, el pueblo sufre hasta el fin de su vida, pena y miseria, y que, en los años de calamidades, no se halla preservado del hambre y de la muerte. En tales extremos, el pueblo no piensa más que en evitar la muerte, temiendo carecer de lo necesario. ¿Cómo tendría tiempo de ocuparse de las doctrinas morales, para conducirse según los principios de la equidad y de la justicia?

»¡Oh rey! Si deseas practicar esos principios, ¿por qué no llevas tu espíritu a lo que es la base fundamental de ellos? (la constitución de la propiedad privada).

»Haz plantar moreras en los campos de una familia que cultive cinco fanegas de tierra, y las personas de edad de cincuenta años podrán llevar los trajes de seda; haz que no se olvide el criar pollos y puercos de diferentes especies, y las personas de setenta años de edad podrán alimentarse de carne. No arrebates, en los tiempos que exigen trabajos asiduos, los brazos de las familias que cultivan cinco fanegas de tierra, y estas familias numerosas no estarán expuestas a los sufrimientos del hambre. Vela atentamente por que las enseñanzas de las escuelas y de los colegios propaguen los deberes de la piedad filial y el equitativo respeto de los jóvenes hacia los viejos, y entonces no se verá a hombres de cabellos blancos arrastrando o llevando pesados fardos por los grandes caminos. Si los septuagenarios llevan trajes de seda y comen carne, y si las gentes de cabellos negros no sufren frío ni hambre, todas las cosas serán prósperas. No ha habido un príncipe que después de obrar así no hay reinado sobre todo el Imperio.»

Capítulo II

1. Tchuang-pao (uno de los ministros del rey Thsi), habiendo ido a ver a Mencio, le dijo: «Yo, Pao, he ido un día a ver al rey; en la conversación, me dijo que le gustaba mucho la música. Yo, Pao, no he sabido qué responderle. ¿Qué piensas de este gusto del rey por la música?» Mencio dijo: «Si el rey gusta de la música con predilección, el reino de Thsi se aproxima mucho (al mejor gobierno).»

Otro día, Mencio, habiendo ido a visitar al rey, le dijo: «El rey ha dicho, en la conversación, a Tchuang-y-tsé (Tchuang-pao) que amaba mucho la música. ¿Es verdad el hecho?» El rey, habiendo cambiado de color, dijo: «Mi mezquina persona no es capaz de amar la música de los antiguos reyes. Solamente yo gusto, sí, de la música apropiada a las costumbres de nuestra generación.»

Mencio dijo: «Si el rey gusta mucho de la música, entonces el reino de Thsi se aproxima mucho (a un mejor gobierno). La música de nuestros días se parece a la música de la antigüedad.»

El rey dijo: «¿Podría obtener de ti explicaciones acerca de eso?»

Mencio dijo: «Si gozas a solas del placer de la música, o bien si le compartes con otros hombres, ¿en cuál de los dos casos experimenta mayor placer?» El rey dijo: «El mayor será seguramente cuando la comparta con otros hombres.» Mencio añadió: «Si tú gozas del placer de la música con un pequeño número de personas, o si lo gozas con muchas, ¿en cuál de estos dos casos experimentas mayor placer?» El rey dijo: «El mayor placer será seguramente cuando la comparta con muchas.

»Tu servidor te ruega le permitas continuar la conversación sobre la música.

»Yo supongo que el rey comienza a tocar en este sitio sus instrumentos de música, oyendo todo el pueblo los sonidos de los diversos instrumentos de música (279) del rey, experimentará en seguida un vivo descontento, fruncirá las cejas y se dirá: «Nuestro rey gusta mucho tocar sus instrumentos de música; pero, ¿cómo hace para gobernar de modo que hayamos llegado al colmo de la miseria?» Los padres y los hijos no se ven ya; los hermanos, las mujeres, los niños, están separados los unos de los otros, y dispersos por todos lados. Luego si el rey va de caza en ese país, todo el pueblo, oyendo el ruido de los caballos y de los carros del rey, viendo la magnificencia de sus estandartes adornados de plumas y de colas flotantes, experimentará al punto un vivo descontento, fruncirá las cejas y se dirá: «Nuestro rey ama mucho la caza; pero, ¿cómo hace, pues, para que nosotros hayamos llegado al colmo de la miseria?» Los padres y los hijos no se ven ya; los hermanos, las mujeres y los hijos, están separados los unos de los otros, y dispersos por todos lados. La causa de

este vivo descontento es que el rey no hace participar al pueblo de su alegría y de sus placeres.

»Yo supongo ahora que el rey comienza a tocar en estos lugares sus instrumentos de música; todo el pueblo, oyendo los sonidos de los diversos instrumentos del rey, experimentará un vivo sentimiento de alegría, que atestiguará su rostro sonriente, y se dirá: «Nuestro rey se porta, sin duda, muy bien; de otro modo, ¿cómo podría tocar instrumentos de música?» Ahora, que el rey vaya de caza en este país, el pueblo, oyendo el ruido de los caballos y de los carros del rey, viendo la magnificencia de sus estandartes, adornados de plumas y de colas flotantes, experimentará un vivo sentimiento de alegría, que atestiguará su rostro sonriente, y se dirá: «Nuestro rey se porta muy bien, sin duda; de otra manera, ¿cómo podría ir de caza?» La causa de esta alegría es que el rey habrá hecho participar al pueblo de sus goces y de sus placeres.

»Luego si el rey hace participar al pueblo de sus goces y de sus placeres, entonces él reina verdaderamente.»

2. Siuan-vang, rey de Thsi, interrogó a Mencio en estos términos: «He oído decir que el parque del rey Vu-vang tenía setenta *li* (siete leguas) de circunferencia; ¿las tenía verdaderamente?»

Mencio respondió con respeto: «Eso es lo que la historia refiere. (En *Tuchuan*, antiguo libro perdido.)»

El rey dijo: «Según eso, ¿era de una magnitud excesiva?»

Mencio dijo: «El pueblo le encontraba aún muy pequeño.»

El rey dijo: «Mi mezquina persona tiene un parque que no tiene más que cuarenta *li* (cuatro leguas) de circunferencia, y el pueblo lo encuentra aún demasiado grande. ¿Por qué esa diferencia?»

Mencio dijo: «El parque de Vu-vang tenía siete leguas de circuito; pero era allí donde acudían todos los que tenían necesidad de coger hierba o de cortar madera. Los que querían coger faisanes o liebres, acudían allí también. Como el rey tenía su parque en co-

mún con el pueblo, éste lo encontraba demasiado pequeño (aunque tuviese siete leguas de circunferencia). ¿No era esto justo?

»Yo, tu servidor, cuando comencé a franquear la frontera, me informé de lo que estaba principalmente prohibido en tu reino, antes de osar penetrar más adelante. Tu servidor aprendió que había en el interior de tus líneas de aduanas un parque de cuatro leguas en redondo; que el hombre del pueblo que mataba en él un ciervo era castigado de muerte, como si hubiera cometido un asesinato; luego tu parque es una verdadera fosa de muerte de cuatro leguas de circunferencia abierta en el seno de tu reino. El pueblo, que encuentra este parque demasiado grande, ¿no tiene razón?»

3. Siuan-vang, rey de Thsi, hizo una pregunta en estos términos: «¿Hay un arte, una regla que seguir para formar relaciones de amistad entre los reinos vecinos?»

Mencio respondió con respeto: «Existe. No hay sino el príncipe, dotado de la virtud de humanidad, que pueda, poseyendo un gran Estado, procurar grandes ventajas a los pequeños. He aquí por que Tching-thang ayudó al Estado de Ko, y Vu-vang no dañó al de los Kuen-i (o de los bárbaros de Occidente). No hay más que el príncipe, dotado de una sabiduría esclarecida, que pueda, poseyendo un pequeño Estado, tener la condescendia necesaria con los grandes Estados. Así es como Taï-vang se condujo con los Hiun-hio (o los bárbaros del Norte), y Keu-tsian con el Estado de Ou.

»El que, mandando en un gran Imperio, protege, asiste a los pequeños, se conduce de una manera digna y conforme a la razón celeste; el que, poseyendo un pequeño Estado, tiene condescendias para los grandes Estados, respeta, obedeciéndola, la razón celeste; el que se conduce de una manera digna y conforme a la razón celeste, es el protector de todo el Imperio; el que respeta, obedeciéndola, la razón celeste, es el protector de su reino.»

El *Libro de los versos* dice:

«Respetad la majestad del Cielo,

»Y, con ello, conservaréis el mandato que ha delegado en vosotros.»

El rey dijo: «¡Grande, admirable instrucción! Mi mezquina persona tiene un defecto; mi mezquina persona ama la bravura.»

(Mencio) respondió con respeto: «Príncipe, te suplico que no ames la bravura vulgar (que no es más que una impetuosidad de los espíritus vitales) El que posee ésta, coge su espada y, dirigiéndose en torno suyo miradas irritadas, grita: «¿Cómo este enemigo osa venir a atacarme?» Esta bravura no es sino la del hombre vulgar que puede resistir a un solo hombre. Rey, yo te lo ruego, no te ocupes más que de la bravura de las grandes almas.»

El *Libro de los versos* dice:

«El rey (Vu-vang), animándose súbitamente, enrojeció de cólera;

»Hizo en seguida formar su ejército en orden de batalla,

»A fin de detener las tropas enemigas que marchaban sobre ellos;

»A fin de hacer más floreciente la prosperidad de los Tcheu,

»A fin de responder a los deseos ardientes de todo el Imperio.»

He ahí la bravura de Vu-vang. Vu-vang no se irrita más que una vez, y pacifica todas las poblaciones del Imperio.

El *Chu-king* o *Libro por excelencia*, dice: «El Cielo, al crear los pueblos, los ha nombrado príncipes (para que cuiden de ellos), los ha dado instructores (para instruirlos).» También dice: «Ellos son los auxiliares del soberano supremo, que les distingue mediante marcas de honor en las cuatro partes de la Tierra. No pertenece más que a mí (es Vu-vang el que habla) recompensar a los inocentes y castigar a los culpables. ¿Quién, en el Imperio, osaría oponerse a su voluntad?» (a la

voluntad del Imperio todo que había elegido a Vu-vang).

Un solo hombre (Cheu-sin) había cometido acciones odiosas en el Imperio; Vu-vang se avergonzó de ello. Esa fue la bravura de Vu-vang; y Vu-vang, habiéndose irritado una sola vez, pacificó todas las poblaciones del Imperio.

Luego, si el rey, entregándose una sola vez a sus movimientos de indignación o de bravura, pacificó todas las poblaciones del Imperio, las poblaciones no tenían más que un temor: que el rey no amase la bravura.

4. Siuan-vang, rey de Thsi, había ido a ver a Mencio al Palacio de la nieve *(Siueï-kung)*. El rey dijo: «¿Conviene a los sabios vivir en un parecido lugar de delicias?» Mencio respondió con respeto: «Seguramente. Si los hombres del pueblo no obtienen este favor, entonces acusan a su superior (su príncipe). Los que no obtienen este favor y acusan a su superior, son culpables, pero el que está constituído en superior del pueblo, y no comparte con el pueblo sus goces y sus placeres, es aún más culpable.

»Si un príncipe se regocija con el gozo del pueblo, el pueblo se regocija también con su gozo. Si el príncipe se entristece de las tristezas del pueblo, el pueblo también se entristece de sus tristezas. Que un príncipe se regocije con todo el mundo, que se entristezca con todo el mundo: obrando así, es imposible que encuentre dificultad en reinar.»

»En otro tiempo, King-kong, rey de Thsi, interrogando a Yan-tsé (su primer ministro), dijo: «Desearía contemplar (las montañas) Tchuan-fu y Tchao-vu, y, siguiendo el mar al mediodía (en el Océano oriental), llegar a Lang-ye. ¿Cómo debo obrar para imitar a los antiguos reyes en sus visitas al Imperio?»

Yan-tsé respondió con respeto: «¡Oh! ¡Admirable pregunta! Cuando el hijo del Cielo (el emperador) se dirigía a casa de los grandes vasallos, se llamaban estas visitas, visitas de informaciones (*sun cheu*); hacer estas visitas de informaciones, es inspeccionar lo que ha sido

dado a conservar. Cuando los grandes vasallos iban a hacer su corte al hijo del Cielo, se llamaba a estas visitas cuentas rendidas (*chu-tchi*) Por cuentas rendidas se entendía dar cuenta (al rey o al emperador) de todos los actos de su administración. Ninguna de estas visitas eran sin motivo. En la primavera (los antiguos emperadores) inspeccionaban los campos cultivados y suministraban a los labradores las cosas de que tenían necesidad. En otoño, inspeccionaban las cosechas, y daban socorros a los que no recolectaban lo bastante. Un proverbio de la dinastía Hia decía: «Si nuestro rey no visita (el reino), ¿cómo recibiremos sus beneficios? Si nuestro rey no se da el placer de inspeccionar (el reino), ¿cómo obtendremos socorros?» Cada visita, cada recreo de este género, llegaba a ser una ley para los grandes vasallos. Ahora no suceden así las cosas. Numerosas tropas se ponen en marcha con el príncipe (para servirle de guardia), y devoran todas las provisiones. Los que experimentan hambre, no tiene qué comer; los que pueden trabajar, no encuentran reposo. No hay sino miradas feroces, concierto de maldiciones. Entonces, nacen en el corazón del pueblo odios profundos, resiste a las órdenes (del rey) que prescriben oprimir al pueblo. El beber y el comer se consumen con la impetuosidad de un torrente. Estos desórdenes llegan a ser el espanto de los vasallos. Seguir el torrente que se precipita en los lugares inferiores y olvidarse de volver sobre sus pasos, se llama seguir la corriente (280); seguir el torrente, remontándose hacia su manantial, y olvidarse de volver sobre sus pasos, se llama seguir sin interrupción sus placeres; perseguir a las bestias feroces, sin hartarse de esta diversión, se llama perder su tiempo en cosas vanas; encontrar sus delicias en el uso del vino, sin poder hartarse de él, se llama perder la alegría del corazón.

Los antiguos reyes no se daban las satisfacciones de estos dos primeros extravíos del corazón (el *lieu* y el *lian)* y no ponían en práctica las dos últimas acciones viciosas, el *hoang* y el *vang*. Depende únicamente del

príncipe determinar en esto los principios de su conducta.»

King-kong quedó muy satisfecho (de este discurso de Yan-tsé). Publicó al punto en todo el reino un decreto real por el cual informaba al pueblo que iba a abandonar (su palacio espléndido) para habitar en los campos. Desde este momento comenzó a dar testimonios ardientes de sus buenas intenciones, abriendo los graneros públicos, para asistir a los que se encontraban en la necesidad. Llamó a su lado al intendente en jefe de la música, y le dijo: «Compón para mí un canto de música que exprese la alegría mutua de un príncipe y de un ministro.» Ahora, esta música es la que se llama Tchi-chao y Kio-chao (la primera que tiene relación con los asuntos del príncipe, y las segunda, que se relaciona con el pueblo). Las palabras de esta música son la oda del *Libro de los versos*, que dice:

«¿Qué falta se puede atribuir
»Al ministro que modera y retiene a su príncipe?
»El que modera y retiene al príncipe, ama al príncipe.»

5. Siuan-vang, rey de Thsi, hizo una pregunta en estos términos: «Todo el mundo me dice que demuela el Palacio de la luz *(Ming-thang)* (281). ¿Es preciso que me decida a destruirle?»

Mencio respondió con respeto: «En otro tiempo, cuando Ven-vang gobernada (el antiguo reino de) Khi, los labradores pagaban como impuesto la novena parte de sus productos; las funciones públicas (entre las manos de los descendientes de los hombres ilustres y virtuosos de los primeros tiempos), con la sucesión de generaciones llegaron a ser asalariadas; en los pasos de las fronteras y en los mercados era ejercida una activa vigilancia, pero no se exigía ningún derecho; en los lagos y en los estanques no estaban prohibidos los utensilios de pesca; los criminales no eran castigados en sus mujeres y en sus hijos. Los ancianos que no tenían mujeres eran nombrados viudos o sin compañeras *(kuan)*; la mujer de edad que no tenía marido era llamada viuda

o sin compañero *(kua)*; el anciano privado de hijos era llamodo solitario *(tu)*; los jóvenes privados de su padre y madre eran llamados huérfanos, sin apoyo *(ku.)* Estas cuatro clases formaban la población más miserable del Imperio y no tenían nadie que se ocupara de ella. Van-vang, introduciendo en su gobierno los principios de equidad y de justicia y practicando en todas las ocasiones la gran virtud de humanidad, se aplicó ante todo al alivio de estas cuatro clases. El *Libro de los versos* dice:

«Se puede ser rico y poderoso;
»Pero es preciso tener compasión para los desgraciados viudos y huérfanos.»

El rey dijo: «¡Qué admirables son las palabras que acabo de escuchar!» «Mencio añadió: «¡Oh rey!, si tú las encuentras admirables, ¿por qué no las practicas?» El rey dijo: «Mi mezquina persona tiene un defecto; mi mezquina persona ama las riquezas.»

Mencio respondió con respeto: «En otro tiempo, Kong-lieu amaba también las riquezas.

»El *Libro de los versos* dice (hablando de Kong-leu):
«Amontonaba (montones de trigo), acumulaba (los granos en los graneros);
»Reunía provisiones secas en sacos sin fondo y en sacos con fondo.
»Su pensamiento se ocupaba de pacificar al pueblo para dar brillo a su reino.
»Los arcos y las flechas estaban preparadas,
»Así como los escudos, las lanzas y las hachas;
»Entonces comenzó a ponerse en marcha.»
»Por eso los que quedaron tuvieron trigo amontonado en depósitos y granos acumulados en los graneros; y los que partieron (para la emigración en el lugar llamado Pin) tuvieron provisiones secas reunidas en sus sacos; a consecuencia de estas medidas pudieron ir a ponerse en marcha. Rey, si amas las riquezas, compártelas con el pueblo; ¿qué dificultad encontrarás entonces para reinar?»

El rey dijo: «Mi mezquina persona aun tiene otra de-

bilidad; mi mezquina persona ama la voluptuosidad.»

Mencio respondió con respeto: «En otro tiempo, Taï-vang (el antepasado de Ven-vang) amaba la voluptuosidad: adoraba a su mujer.

»El *Libro de los versos* dice: «Tan-fu, sobrenombrado Ku-hong (el mismo que Taï-vang),

»Llegó una mañana, corriendo a caballo;

»Costeando los bordes del río occidental.

»Llegó al pie del monte Khi.

»Su mujer, Kiang, estaba con él;

»Allí es donde fijó con ella su morada.»

»En aquel tiempo no había en el interior de las casas ninguna mujer indignada (de estar sin marido), y en todo el reino no había solteros. Rey, si amas la voluptuosidad (ámala como Taï-vang) y hazla común a toda la población (haciendo que nadie esté privado de los placeres del matrimonio); entonces, ¿qué dificultad encontrarás para reinar?»

6. Mencio, dirigiéndose a Siuan-vang, rey de Thsi, le dijo: «Yo supongo que un servidor del rey tenga bastante confianza con un amigo para confiarle a su mujer y a sus hijos en el momento en que va a viajar al Estado de Thsu. Cuando este hombre se halla de vuelta, se entera de que su mujer y sus hijos han sufrido frío y hambre; entonces, él, ¿qué debe hacer?»

El rey dijo: «Romper completamente con su amigo.»

Mencio dijo: «Si el jefe supremo de la justicia *(Ssesse)* no puede gobernar a los magistrados que le están subordinados, entonces, ¿qué partido hay que tomar con él?»

El rey dijo: «Es preciso destituirle.»

Mencio dijo: «Si las provincias situadas entre los cuatro límites extremos del reino no están bien gobernadas, ¿qué será preciso hacer?»

El rey (fingiendo no comprender) miró a derecha e izquierda y habló de otra cosa (no queriendo comprender que esta vez era él el aludido).

7. Mencio, habiendo ido a visitar a Siuan-vang, rey de Thsi, le dijo: «Lo que hace decir que un reino es antiguo no son los viejos y altos árboles que en él se encuentran; son las generaciones sucesivas de ministros hábiles que le han hecho feliz y próspero. Rey, tú no tienes ningún ministro íntimo (que tenga tu confianza como tú la suya); los que has hecho ayer ministros, no recuerdas hoy ni siquiera que los has destituído.»

El rey dijo: «¿Cómo sabría de antemano, con objeto de rechazarles, que no tienen talento?»

Mencio dijo: «El príncipe que gobierna un reino, cuando eleva a los sabios a los honores y a las dignidades, debe adoptar en su elección la atención y la circunspección más grandes. Si obra de suerte a dar la preferencia (a causa de su sabiduría) a un hombre de una condición inferior sobre un hombre de una condición elevada y a un pariente lejano sobre un pariente más próximo, ¿no habría puesto en su elección mucha atención y vigilancia?

»Si todos los que te rodean te dicen: «Tal es sabio»; esto no debe bastar (para creerlo); si todos los grandes funcionarios dicen: «Tal es sabio», esto no debe bastar aún; si todos los hombres del reino dicen: «Tal es sabio», y después de haber adquirido informaciones para saber si era fundada la opinión pública le has encontrado sabio, debes al punto emplearle (en las funciones públicas, de preferencia a todas las demás).

»Si todos los que te rodean te dicen: «Tal es indigno» (o impropio para desempeñar un destino público), no los escuches; si todos los grandes funcionarios dicen: «Tal es indigno», y después de haber adquirido informaciones para saber si era fundada la opinión pública le has encontrado indigno, debes al punto alejarle (de las funciones públicas).

»Si todos los que te rodean te dicen: «Tal debe ser condenado a muerte», no los escuches; si todos los grandes funcionarios dicen: «Tal debe ser condenado a muerte», no los escuches; si todos los hombres del reino dicen: «Tal debe ser condenado a muerte», y después de haberte informado para saber si era fundada la opinión pública, le has hallado merecedor de la muerte, de-

bes al punto hacerle morir. Es por lo que se dice que la opinión pública es la que le ha condenado a morir. Si el príncipe obra de esta manera (en el empleo de los honores y en el uso de los suplicios), podrá así ser considerado como el padre y la madre del pueblo.»

8. Siuan-vang, rey de Thsi, hizo una pregunta en estos términos: «¿Es verdad que Tching-thang (fundador de la segunda dinastía china) destronó a Tie (último rey de la primera dinastía) y le envió al destierro, y que Vu-vang condenó a muerte a Cheu-sin (último rey de la segunda dinastía)?»

Mencio respondió con respeto: «La historia lo refiere.»

El rey dijo: «Un ministro o un súbdito, ¿tienen derecho a destronar o matar a su príncipe?»

Mencio dijo: «El que ha hecho un robo a la humanidad es llamado ladrón; el que ha hecho un robo a la justicia (que la ultraja) es llamado tirano (282). Luego, un ladrón y un tirano son hombres a los que se llama aislados, réprobos (abandonados de sus parientes y de la multitud).» He oído decir que Tchin-tchang había condenado a muerte a un hombre aislado, réprobo (abandonado de todo el mundo) llamado Cheu-sin; yo no he oído decir que hubiera matado a su príncipe.

9. Habiendo ido Mencio a visitar a Siuan-vang, rey de Thsi, le dijo: «Si tú mandas construir un gran palacio, entonces estarás obligado a ordenar al jefe de los obreros que busque árboles gruesos (para hacer postes y vigas); si el jefe de los obreros llega a procurarse esos árboles gruesos, entonces el rey estará satisfecho, porque los considerará como pudiendo soportar el peso a que se los destina. Pero si el carpintero, trabajándolos con su hacha, los reduce a una dimensión demasiado pequeña, entonces el rey se enojará porque los considerará como no pudiendo soportar el peso a que se los destinaba. Si un hombre sabio se entrega al estudio desde su infancia, y llegando a la edad madura, y deseando poner en práctica los principios de las sabidurías que ha aprendido, el rey dice: «Ahora abandona todo lo que

has aprendido y sigue mis instrucciones», ¿qué pensarías de esto?

»Además, supongo que si una piedra de jade en bruto está en su poder, aunque pueda pesar diez mil *li* (o 200.000 onzas chinas), seguramente llamarás a un lapidario para trabajarla y pulirla. En cuanto a lo que concierne al gobierno del Estado, si dices (a los sabios): «Abandonad todo lo que habéis aprendido y seguid mis instrucciones», ¿obrarás diferentemente que si quisieras instruir al lapidario sobre la manera cómo debe tallar y pulir tu piedra en bruto?»

10. Los hombres de thsi atacaron a los de Yan y los vencieron.

Siuan-vang interrogó (a Mencio) diciéndole: «Los unos me dicen no apoderarme (del reino de Yan); otros me dicen que vaya a apoderarme de él. Que un reino de diez mil carros pueda conquistar otro reino de diez mil carros en el espacio de cinco décadas (o cincuenta días) y ocuparle, la fuerza humana no llega hasta esto. Si no voy a apoderarme de ese reino, experimentaré ciertamente el disfavor del Cielo; si voy a apoderarme de él, ¿qué ocurrirá?»

Mencio respondió con respeto: «Si el pueblo de Yan se regocija de verte tomar posesión de ese Estado, ve a tomar posesión de él; el hombre de la antigüedad que obró así fué Vu-vang. Si el pueblo de Yan no se regocija de verte tomar posesión de ese reino, entonces no vayas a tomar posesión de él; el hombre de la antigüedad que obró así fué Ven-vang.

»Si con las fuerzas de un reino de diez mil carros atacas otro reino de diez mil carros y el pueblo viene delante de los ejércitos del rey ofreciéndoles arroz cocido para comer y vino para beber, ¿piensas que el pueblo tiene otra causa para obrar así que la de huir del agua y del fuego (o sea de una cruel tiranía)?

»Pero si tú quisieras hacer esta agua más profunda y este fuego más abrasador (es decir, si tú vas a ejercer esa tiranía de un modo más cruel aún), se volverá hacia otro lado para obtener su liberación; he ahí todo.»

11. Habiendo atacado los hombres de Thsi al Estado de Yan y habiéndolo tomado, todos los demás príncipes resolvieron libertar a Yan, Siuan-vang dijo: «Los príncipes de los diferentes Estados han resuelto en gran número atacar mi mezquina persona; ¿cómo haré para aguandarlos?» Mencio respondió con respeto: «Tu servidor ha oído hablar de un hombre que no poseyendo más que setenta li (siete leguas) de territorio, llegó, sin embargo, a aplicar los principios de un buen gobierno a todo el Imperio. Tchi-tchang fue este hombre. Pero jamás he oído decir que un príncipe, poseyendo un Estado de mil li (cien leguas), temiese los ataques de los hombres.

»El *Chu-king*, libro por excelencia, dice: «Tching-tchang, yendo por primera vez a combatir a los príncipes que tiranizaban al pueblo, comenzó por el rey de Ko; el Imperio puso en él toda su confianza; si llevaba sus armas hacia el Oriente, los bárbaros del Occidente se quejaban (y suspiraban después de libertados) diciendo: «¿Por qué nos pone después de los demás?» Los pueblos aspiraban por él como después de una gran sequía se aspira por las nubes y el arco iris. Los que (bajo su gobierno) se dirigían a los mercados no eran detenidos en el camino; los que labraban la tierra no eran transportados de un sitio a otro. Tchin-tchang condenaba a muerte a los príncipes (que ejercían la tiranía) y aliviaba con ello a los pueblos. Como cuando la lluvia cae en un tiempo deseado, los pueblos experimentaban una gran alegría.

»El *Chu-king* dice: «Nosotros aguardábamos ávidamente a nuestro príncipe; después de su llegada, hemos vuelto a la vida.»

»Ahora, el rey de Yan oprimía a su pueblo; tú, rey, has ído para combatirle y le has vencido. El pueblo de Yan, pensando que el vencedor le libraría del miedo del agua y del fuego (de tu tiranía bajo la cual gemía), vino al encuentro de tu ejército, ofreciéndole arroz cocido para comer y vino para beber. Pero si tú haces morir a los padres y a los hermanos mayores; si encadenas a los niños y a los hermanos pequeños; si destruyes los templos dedicados a los antepasados; si arrebatas de estos templos los vasos preciosos que encierran, ¿qué ocurrirá con esto? El Imperio entero temería ya ciertamente el poderío de Thsi. Luego, si sobre doblar la extensión de tu territorio no practicas un gobierno humano, levantarás con ello los ejércitos del Imperio.

«Pero si promulgases protamente un decreto que ordenase devolver a sus parientes los ancianos y los niños, cesar de arrebatar de los templos los vasos preciosos, y si, de concierto con el pueblo de Yan, restableces a su cabeza a un príncipe sabio y abandonas su territorio, entonces puedes llegar a detener (los ejércitos de otros príncipes, todos prontos a atacarle)».

12. Los príncipes de Tseu y de Lu, habiéndose puesto en hostilidad uno contra otro, Mu-kon (príncipe de Tseu) hizo una pregunta en estos términos: «Los jefes de mis tropas que han perecido combatiendo han sido en número de treinta y tres, y nadie de entre los hombres del pueblo ha muerto defendiéndolos. Si yo condeno a muerte a los hombres del pueblo, yo no podré hacer morir a todos los que serán condenados; si yo no los condeno a muerte, ellos verán, por consiguiente, con desdén la muerte de sus jefes y no los defenderán. En estas circunstancias, ¿cómo debo obrar para hacerlo bien?»

Mencio respondió con respeto: «En los últimos años de esterilidad, de desastres y de hambre, el número de las personas de tu pueblo, tanto ancianos como enfermos que se han precipitado en los fosos llenos de agua o en los mares, comprendiendo en él los jóvenes fuertes y vigorosos que se han dispersado en las cuatro partes del Imperio (para buscar sustento), este número, digo yo, se eleva a cerca de mil, y durante este tiempo los graneros del príncipe rebosaban de provisiones; sus tesoros estaban llenos, y ningún jefe del pueblo ha instruído al príncipe de los sufrimientos de éste. He ahí cómo los superiores desdeñan y tiranizan horriblemente a los inferiores. Thseng-tsé decía: «¡Cuidado! ¡Cuidado! Lo que de vosotros sale, a vosotros vuelve.» El

pueblo ahora ha devuelto lo que ha recibido. Que el príncipe no le acuse por ello.

»Desde el instante en que el príncipe practica un gobierno humano, al punto el pueblo toma afecto a sus superiores y dará su vida por sus jefes.»

13. Ven-kong, príncipe de Teng, hizo una pregunta en estos términos: «Teng es un pequeño reino; pero como está situado entre los reinos de Thisi y de Thsu, ¿serviría yo a Thsi o serviría a Thsu?»

Mencio respondió con respeto: «Es uno de esos consejos que no está en mí podértelo dar. Sin embargo, si continúas insistiendo, entonces te daré uno (que será dado por necesidad): horada profundamente estos fosos; eleva más altas estas murallas, y si con el concurso del pueblo, puedes guardarlas, si estás pronto a soportarlo todo hasta morir, para defender tu ciudad, y el pueblo no te abandona, entonces es eso todo lo que puedes hacer (en las circunstancias en que te encuentras).»

14. Ven-kong, príncipe de Teng, hizo otra pregunta en estos términos: «Los hombres de Thsi están a punto de rodear de murallas el Estado de Siĕ; yo experimento ante eso un gran temor. ¿Qué debo hacer en estas circunstancias?»

Mencio respondió con respeto: «En otro tiempo, Taï-vang habitaba en la tierra de Pin: los bárbaros del Norte, llamados Jung, le inquietaban sin cesar en sus incursiones; abandonó esta residencia y se fue al pie del monte Khi, donde se fijó; no fue por elección y por propósito deliberado por lo que obró así, sino porque no podía hacer de otro modo.

»Si alguno practica constantemente la virtud, a través de las generaciones se encontrará siempre, entre sus hijos y sus nietos, un hombre que será elevado a la realeza. El hombre superior que quiere fundar una dinastía, con intención de transmitir la soberana autoridad a su descendencia, obra de tal suerte que su empresa pueda ser continuada. Si este hombre superior realiza su obra (si es elevado a la realeza), entonces el Cielo se ha pronunciado. Príncipe, ¿qué te hace este reino de Thsi? Esfuérzate en practicar la virtud (que facilita el camino de la realeza) y limítate a ello.»

15. Ven-kong, príncipe de Teng, hizo aún una pregunta en estos términos: «Teng es un pequeño reino. Aunque haga todos sus esfuerzos para ser muy agradable a los grandes reinos, no podrá evitar su ruina. En estas circunstancias, ¿qué piensas que yo puedo hacer?» Mencio respondió con respeto: «En otro tiempo, cuando Taï-vang habitaba el territorio de Pin y los bárbaros del Norte le inquietaban sin cesar con sus incursiones, él se esforzaba por serles agradable, ofreciéndoles como tributo pieles de animales y telas de seda; pero no llegó a impedir sus incursiones; en seguida les ofreció perros y caballos, y aun no llegó a impedir sus incursiones; les ofreció, en fin, perlas y piedras preciosas, y no pudo impedir sus incursiones. Entonces, habiendo reunido a todos los ancianos del pueblo, los informó de lo que había hecho y les dijo: «Lo que los Jung (bárbaros del Norte o tártaros) desean es la posesión de nuestro territorio. Yo he oído decir que el hombre superior no causa perjuicio a los hombres con motivo de lo que sirve para su alimento y para su mantenimiento. Vosotros, hijos míos, ¿por qué os afligís de que pronto no tendréis príncije? Voy a abandonaros.» Abandonó, pues, Pin, franqueó el monte Liang y, habiendo fundado una ciudad al pie de la montaña Khi, fijó en ella su residencia. Entonces, los habitantes de Pin dijeron: «¡Era un hombre muy humano nuestro príncipe! nosotros no debemos abandonarle!» Los que le siguieron se apresuraron, como la multitud cuando se dirige al mercado.

»Alguien dijo (a los ancianos): «El territorio nos ha sido transmitido de generación en generación; no es una cosa que podemos, por nosotros mismos, transmitir (a extranjeros); debemos soportar todo, hasta la muerte, para conservarle y no abandonarle.» Príncipe, yo ruego que elijas entre estas dos resoluciones.»

16. Phing-kong, príncipe de Lu, estaba dispuesto a salir (para visitar a Mengtsé) cuando su ministro favorito, Thasan-tsang, le habló así: «Los otros días, cuan-

do el príncipe salía, prevenía a los jefes de servicio del lugar adonde se dirigía; hoy, aunque los caballos están ya enganchados al carro, los jefes de servicio no saben aún dónde va. Permíteme que yo ose preguntártelo.» El príncipe dijo: «Voy a hacer una visita a Mencio.» Thsang-tsang dijo: «¡Cómo! El paso que da el príncipe es el de una persona sin importancia, yendo el primero a visitar a un hombre vulgar. ¿Le consideras, acaso, como un sabio? Los ritos y la equidad son practicados en público por el que es sabio; sin embargo, los últimos funerales que Mencio ha mandado hacer (a su madre) han sobrepujado (en suntuosidad) a los primeros funerales que mandó hacer (por su padre), faltando de este modo a los ritos. Príncipe, no debes visitarle.» Phing-kong dijo: «Tienes razón.»

Lo-tchin-tsé (discípulo de Mengtsé), habiendo ido a la corte para ver al príncipe, le dijo: «Príncipe, ¿por qué no has ido a ver a Meng-kho (Mencio)?» El príncipe le respondió: «Cierta persona me ha informado que en los últimos funerales que Mencio había hecho (a su madre) había sobrepujado (en suntuosidad) los primeros funerales que había hecho (a su padre). Por eso es por lo que no he ido a verle.» Lo-tchin-tsé dijo: «¿Qué es lo que el príncipe entiende por la expresión sobrepujar? Mi maestro ha hecho los primeros funerales conformemente a los ritos prescritos por los sencillos letrados, y los últimos, conformemente a los ritos prescritos por los grandes funcionarios; en los primeros ha empleado tres trípodes y en los últimos ha empleado cinco; ¿es esto lo que has querido decir?» —De ningún modo, repuso el rey. Yo hablo del ataúd interior y de la tumba exterior, así como de la belleza de los trajes de luto. Lo-tchin-tsé dijo: «En eso no se puede decir que ha sobrepujado (los primeros funerales por el lujo de los últimos); las facultades del pobre y del rico no son las mismas (283).»

Lo-tchin-tsé, habiendo ido a visitar a Mencio, le dijo: «He hablado de ti al príncipe; el príncipe había dado sus disposiciones para venir a verte; pero su favorito Thsang-tsang es el que se lo ha impedido; he ahí realmente por qué el príncipe no ha venido.»

Mencio dijo: «Si se llega a hacer practicar al príncipe los principios de un sabio gobierno, es que alguna causa desconocida le habrá obligado a ello; si no llega, es que alguna causa desconocida se lo habrá impedido. El éxito o el fracaso no están en poder del hombre; si yo no he tenido la entrevista con el príncipe de Lu, es el Cielo quien lo ha querido. ¿Cómo el hijo de la familia Thsang (Thsang-tsang) hubiera podido impedir que me entrevistase con el príncipe?»

Capítulo III

1. Kong-sun-tcheu (discípulo de Mencio) hizo una pregunta en estos términos: «Maestro, si tú obtuvieras una magistratura, un mando provincial en el reino de Thsi, ¿se podría, sin duda, ver renovarse las acciones meritorias de Kuan-tchung y de Yan-tsé?»

Mencio dijo: «Tú eres verdaderamente un hombre de Thsi. Tú conoces a Kuan-tchung y a Yan-tsé, y ¡he ahí todo!»

Alguien interrogó a Thsen-si (nieto de Thseng-tsé) en estos términos: «Dime cuál de vosotros o de Tseu-lu es el más sabio.» Thseng-si respondió con cierta agitación: «Mi abuelo tenía mucha veneración por Tseu-lu.» Si es así, entonces, dime: «¿Cuál de vosotros o de Kuan-tchung es el más sabio?» Thseng-si pareció indignarse por esta nueva pregunta, que le desagradó, y respondió: «¿Cómo puedes compararme con Kuan-Tchung? Kuan-tchung obtuvo los favores de su príncipe y éste le dio toda su autoridad. Además de esto, dirigió la administración del reino tan largo tiempo (durante cuarenta años) que sus acciones, tan alabadas (atendiendo a sus medios de acción), no son sino muy ordinarias. ¿Por qué me comparas con este hombre?»

Mencio dijo: «Thseng-si no se preocupaba de pasar por otro Kuapg-tchung, ¡y tú querrías que yo deseara parecerme a él!»

El discípulo añadió: «Kuang-tchung hizo a su príncipe el jefe de los demás príncipes; Yang-tsé hizo a su príncipe ilustre. Kuang-tchun y Yang-tsé, ¿no son dignos de ser imitados?»

Mencio dijo: «Sería tan fácil hacer a un príncipe soberano del rey de Thsi como volver la mano.»

El discípulo respondió: «Si es así, entonces las dudas y las perplejidades de tu discípulo son llevadas hasta su último grado; porque, en fin, si nosotros nos referimos a la virtud de Ven-vang, que no murió sino después de haber alcanzado la edad de cien años, vemos que pese a ello no pudo llegar al gobierno de todo el Imperio, Vu-vang y Tcheu-kung tuvieron que continuar la ejecución de sus proyectos. Y así, gracias a esta continuación, se cumplió la renovación de todo el Imperio. Si ahora dices que nada es tan fácil como obtener la soberanía del Imperio; entonces, ¿Ven-vang no basta para ser ofrecido como modelo?»

Mencio dijo: «¿Cómo podría ser igualada la virtud de Ven-vang? Desde Tching-tchang hasta Vu-ting ha habido seis o siete príncipes dotados de sabiduría y de santidad. El Imperio ha estado sometido a la dinastía de Yn durante largo tiempo. Y por eso mismo que ha estado sometido durante largo tiempo, ha sido tanto más difícil operar cambios. Vu-ting convocó a su corte a todos los príncipes vasallos y obtuvo el Imperio con la misma facilidad que si hubiera vuelto su mano. Como Tcheu (o Cheu-sin) no reinó mucho tiempo después de Vu-ting (284), las antiguas familias que habían dado ministros a este rey, los hábitos de benevolencia o de humanidad que el pueblo tenía, las sabias instrucciones y las buenas leyes estaban aún subsistentes. Además, existían también Vei-tsé, Vei-tchung, los hijos del rey, y Pi-kan, Kitseu y Kiao-ke. Todos estos hombres, que eran sabios, se reunieron para ayudar y servir a este príncipe. Es por lo que Cheu-sin reinó largo tiempo y acabó por perder el Imperio. No existía un palmo de terreno que no fuera de su posesión ni un pueblo que no le estuviera sometido. Ven-vang no poseía más que una pequeña comarca de cien li (diez leguas) de circunferencia, de la cual partió (para conquirtar el Imperio). Es por lo que experimentó tantas dificultades.

»Los hombres de Thsi tienen un proverbio que dice: «Aunque se posea la penetración y la prudencia, nada es tan ventajoso como las circunstancias oportunas, aunque se tengan buenos instrumentos agrícolas, nada tan ventajoso como esperar la estación favorable.» Si el tiempo ha llegado, entonces todo es fácil.

»Cuando florecían los príncipes de Hia y los de Yin y de Tcheu, su territorio no pasó jamás de mil li (o cien leguas); el reino de Thsi tiene hoy esta extensión de territorio. El canto de los gallos y los ladridos de los perros respondiéndose mutuamente (tan apiñada está la población), se oyen hasta en las cuatro extremidades de las fronteras; por consiguiente, el reino de Thsi tiene una población igual a la suya (a la de estos reinos de mil li de extensión). No se tiene necesidad de cambiar los límites de su territorio para agrandarle ni de aumentar el número de su población. Si el rey de Thsi practica un movimiento humano (lleno de amor por su pueblo), nadie podrá impedirle extender su soberanía sobre todo el Imperio.

»Además, no se ve surgir príncipes que ejerzan la soberanía. Su interregno jamás ha sido tan largo como en nuestros días. Los sufrimientos y las miserias producidos por gobiernos crueles y tiránicos, jamás han sido tan grandes como en nuestros días. Es fácil hacer comer a los que tienen hambre y hacer beber a los que tienen sed.

»Kungtsé decía: «La virtud en un buen gobierno se esparce como un río; marcha más de prisa que el peatón o el caballero que lleva las proclamas reales. Si en nuestros días un reino de diez mil carros llega a poseer un gobierno humano, los pueblos se regocijarán de ello como (se regocija de su liberación) el hombre al que se le ha librado de la horca donde estaba suspendido con la cabeza abajo. Así es que si se hace la mitad de los actos bienhechores de los hombres de la antigüedad,

los resultados serán más que dobles. Tan sólo ahora pueden realizarse tales cosas.»

2. Kong-sun-tcheu hizo otra pregunta en estos términos: «Maestro, yo supongo que tú eres gran dignatario y primer ministro del reino de Thsi y que llegas a poner en práctica tus doctrinas de buen gobierno, aunque pudiese resultar de aquí que el rey llegase a ser jefe soberano de los demás reyes o soberanos del Imperio, no habría en ello nada de extraordinario. Si llegaras así a ser primer ministro del reino, ¿experimentarías en tu corazón sentimientos de duda o de temor?» Mencio respondió: «De ningún modo. Desde que he alcanzado los cuarenta años no he sentido yo esos movimientos del corazón.»

El discípulo añadió: «Si eso es así, entonces, maestro, sobrepujas mucho a Meng-pun.»

«No es difícil, repuso Mencio, permanecer impasible. Kao-tsé, de una edad más joven aún que yo, no se dejaba conmover el alma por ninguna emoción.» —«¿Hay medios o principios fijos para no dejarse conmover el alma?»— «Los hay.

»Pe-kung-yeu mantenía su valor viril de esta manera: No aguardaba, para defenderse, a ser abrumado por los dardos de su adversario ni tener los ojos deslumbrados por el brillo de sus armas; de haber recibido la menor injuria de un hombre, pensaba al punto en vengarla como si hubiera sido ultrajado en la plaza pública o en la corte. No recibía injurias ni de un villano vestido con un largo traje de lana ni de un príncipe de diez mil carros (del rey de un poderoso reino). Lo mismo pensaba en su interior matar al príncipe de diez mil carros que matar al hombre vestido de largo traje de lana. No tenía miedo de ninguno de los príncipes del Imperio; si llegaban a sus oídos palabras ultrajantes pronunciadas por ellos, al punto se las devolvía. Era de ese modo como Meng-chi-che mantenía también su valor viril. Decía: «Miro de la misma manera la derrota que la victoria. Calcular el número de los enemigos antes de avanzar sobre ellos y meditar largo tiempo sobre la probabilidad de vencer antes de empeñar el combate, es tener tres ejércitos enemigos.» ¿Piensas que Meng-chi-che podía adquirir la certeza de vencer? Podía solamente estar desnudo de todo temor, y he ahí todo.

»Meng-chi recuerda a Thseng-tsé por el carácter. Pe-kung-tieu recuerda a Tseu-hia. Si se compara el valor viril de estos dos hombres, no se puede determinar cuál de los dos sobrepuja al otro; sin embargo, Meng-chi-che tenía el (valor) más importante (el que consiste en tener un imperio absoluto sobre sí mismo). En otro tiempo, Thseng-tsé, dirigiéndose a Tseu-siang, le dijo: «¿Amas el valor viril? Yo he oído hablar mucho del gran valor viril (o de la fuerza de alma) a mi maestro (Kungtsé), que decía: «Cuando me examino a mí mismo y no me encuentro el corazón recto, aunque tenga por adversario a un hombre grosero vestido con un largo traje de lana, ¿cómo no experimentaría en mí algún temor? Cuando me examino a mí mismo y me encuentro el corazón recto, aunque pueda tener por adversarios mil o diez mil hombres, iría sin temor hacia el enemigo.»

»Meng-chi-che poseía la bravura que nace de la impetuosidad de la sangre, y que no es comparable al valor más noble que poseía Thseng-tseu (el de una razón esclarecida y soberana).»

Kong-sun-tcheu dijo: «¿Osaría preguntar sobre qué principio está fundada la fuerza o la firmeza de alma de mi maestro y sobre qué principio estaba fundada la fuerza o la firmeza de alma de Kao-tsé? ¿Podría conseguir saberlo de tí?» Mencio respondió: «Kao-tsé decía: "Si no os apoderáis claramente de la razón de las palabras que alguien os dirige, no la busquéis en (las pasiones de) su alma; si no la encontrais en (las pasiones de) su alma, no la busquéis en los movimientos desordenados de su espíritu vital."

»Si no la encuentras en (las pasiones de) su alma, no la busques en los movimientos desordenados de su espíritu vital; esto se debe hacer; pero si no te apoderas claramente de la razón de las palabras que alguien te dirige, no la busques en (las pasiones de) su alma;

esto no se debe hacer. Esta inteligencia (que poseemos en nosotros, y que es el producto del alma) manda al espíritu vital. El espíritu vital es el complemento necesario de los miembros corporales del hombre; la inteligencia es la parte más noble de nosotros mismos; el espíritu vital viene en seguida. Por eso yo digo: Es preciso vigilar con respeto la inteligencia y no turbar el espíritu vital.»

(El discípulo añadió): «Tú has dicho: "La inteligencia es la parte más noble de nosotros mismos; el espíritu vital viene en seguida." Tu has dicho aún: "Es preciso vigilar con respeto la inteligencia y conservar con cuidado el espíritu vital." ¿Qué entiendes por ello?» Mencio dijo: «Si la inteligencia se entrega a su acción individual, entonces llega a ser la esclava sumisa del espíritu vital; si el espíritu vital se entrega a su acción individual, entonces turba la inteligencia. Supongamos que un hombre cae de cabeza o que huye con precipitación; en los dos casos se agita el espíritu vital y sus movimientos obran sobre su inteligencia.»

El discípulo continuó: «¿Permites que te pregunte, maestro, en qué tienes más razón (que Kao-tsé)?»

Mencio dijo: «Yo comprendo claramente la razón de las palabras que se me dirigen; yo dirijo según los principios de la recta razón mi espíritu vital, que corre y circula por doquier.»

—Permíteme que ose preguntarte: ¿qué entiendes por el espíritu vital que corre y circula por doquier?

«Esto es difícil de explicar.

»Este espíritu vital tiene un carácter tal, que es soberanamente grande (sin límites), soberanamente fuerte (no pudiendo nadie retenerle). Si se le dirige según los principios de la recta razón y no se le deja sufrir ninguna perturbación, entonces llenará el intervalo que separa el Cielo y la Tierra.

»Este espíritu vital tiene aún este carácter: que reúne en sí los sentimientos naturales de la justicia o del deber y de la razón; sin este espíritu vital, el cuerpo tiene sed y hambre.

»Este espíritu vital es producido por una gran acumulación de equidad (un gran cumplimiento de deberes) y no por algunos actos accidentales de equidad y de justicia. Si las acciones no llevan la satisfacción al alma, entonces tiene sed y hambre. Yo, por esta razón, digo, pues: Kao-tseu no ha conocido jamás el deber, puesto que le juzgaba exterior al hombre.

»Es preciso practicar buenas obras y no calcular de antemano los resultados. El alma no debe olvidar su deber ni precipitar su cumplimiento. No es preciso parecerse al hombre del Estado de Sung. Había en el Estado de Sung un hombre que estaba desolado porque sus trigos no crecían; fue a medio arrancarlos para hacerlos crecer más de prisa. Se volvió con aire atontado y dijo a las personas de su familia: Hoy estoy muy fatigado; he ayudado a nuestros trigos a crecer. Sus hijos acudieron apresuradamente para verlos, pero todos los tallos del trigo se habían secado.

»Los que en el Mundo no ayudan a sus trigos a crecer son muy raros. Los que piensan que no hay ningún provecho que retirar (del cultivo del espíritu vital) y le abandonan a él mismo, son como el que ayuda a crecer los trigos arrancándolos una mitad. No solamente en estas circunstancias no se ayuda, sino que se daña.»

—¿Qué entiendes por estas expresiones: «Yo comprendo claramente la razón de las palabras que se me dirigen»? Mencio dijo: «Si las palabras de alguno son erróneas, yo conozco lo que turba su espíritu o le induce al error; si las palabras de alguno son abundantes y difusas, yo conozco lo que le hace caer así en la locuacidad; si las palabras de alguno son licenciosas, yo sé lo que ha apartado su corazón de la recta vía; si las palabras de alguno son ambiguas, evasivas, yo sé lo que ha despojado su corazón de la recta razón. Desde el instante en que los defectos han nacido en el corazón de un hombre, éstos alteran sus sentimientos de rectitud y de buena dirección; desde el instante en que la alteración de los sentimientos de rectitud y de

buena dirección del corazón ha sido producida, las acciones se encuentran viciadas. Si los santos hombres apareciesen de nuevo sobre la Tierra, darían, sin duda alguna, su asentimiento a mis palabras.»

—Tsaï-ngo y Tseu-kung hablaban de una manera admirablemente conforme a la razón; Jan-nieu, Min-tsu y Yan-yuan sabían hablar de una manera perfecta y obraban conforme a la virtud. Kungtsé reunía todas estas cualidades, y, sin embargo, él decía: «Yo no soy hábil en el arte de la palabra.» Según lo que has dicho, maestro, ¿serías tú mucho más consumado en la santidad? —¡Oh el blasfemo!, repuso Mencio; ¿cómo puedes tener parecido lenguaje?

En otro tiempo, Tseu-kung, interrogando a Kungtsé, le dijo: «Maestro, ¿eres un santo?» Kungtsé le respondió: «¿Un santo?» ¡Estoy bien lejos de poderlo ser! Yo estudio, sin jamás abandonarme, los preceptos y las máximas de los santos hombres, y las enseño sin fatigarme jamás. Tseu-kung añadió: «*Estudiar sin jamás fatigarse* es ser esclarecido; *enseñar a los hombres sin fatigarse jamás*, es poseer la virtud de humanidad, maestro; tú eres, por consiguiente, santo.» Si Kungtsé (añadió Mencio) no osaba permitirse aceptar el título de santo, ¿cómo podrías sostener a propósito de mi parecido lenguaje?

Kong-sun-tcheu prosiguió: «En otro tiempo oí decir que Tsé-hia, Tsé-yeu y Tsé-tchang tenían los tres una parte de las virtudes que constituyen al hombre santo, y que Jan-nieu, Min-tsé y Yan-yuan tenían todas, sólo que mucho menos desarrolladas. ¿Osaría preguntarte en cuál de estos grados de santidad gustarías estar?»

Mencio dijo: «¿Yo? Yo los rechazo todos (aspiraba al mayor grado de santidad).» El discípulo continuó: «¿Qué piensas de Pe-i y de Y-yin?» —«Que no profesan las mismas doctrinas que yo. Si tu príncipe no es tu príncipe, no le sirvas; si el pueblo no es tu pueblo, no le mandes. Si el Estado se halla bien gobernado y en paz, procura sus empleos; si está revolucionado, entonces retírate, apártate. He ahí los principios de

Pe-i.» «¿A quién servirías si no es al príncipe? ¿A quién mandarías si no es al pueblo? Si el Estado se halla bien gobernado, procura sus empleos; si está revuelto, procura igualmente sus empleos.» He ahí los principios de Y-yin. «Si conviene aceptar una magistratura, aceptad esta magistratura; si conviene cesar de ocuparla, cesad de ocuparla. Si conviene ocuparla largo tiempo, ocupadla largo tiempo; si conviene dimitir inmediatamente, no tardad un instante.» He ahí los principios de Kuntsé. El uno y los otros son santos de tiempos pasados. Yo, yo no he podido aún llegar a obrar como ellos; no obstante, lo que deseo por encima de todo es poder imitar a Kungtsé.

—Pe-i y Y-yin ¿son hombres del mismo orden que Kungtsé? —De ningún modo. Desde que existen los hombres hasta nuestros días, nadie ha habido jamás comparable a Kungtsé.

—No obstante, ¿no tuvieron algo semejante? —Tuvieron algo semejante, sí. Si hubieran poseído un dominio de cien *li* de extensión y hubieran sido príncipes, los tres hubiesen podido llegar a ser tan poderosos como para convocar a su corte a los príncipes vasallos y poseer el Imperio. Si, cometiendo una acción contraria a la justicia y haciendo morir a un inocente, hubieran podido obtener el Imperio, ninguno de ellos hubiera obrado así por conseguirle. En cuanto a esto, los tres se parecían.

El discípulo prosiguió: «¿Osaría preguntarte en qué se diferenciaban?»

Mencio dijo: «Taï-ngo, Tsé-kung y Yeu-jo eran bastante esclarecidos para conocer al santo hombre (Kungtsé). Sus escasas luces no llegaron, sin embargo, hasta exagerar los elogios de aquel a quien amaba con predilección.» Tsaï-ngo decía: «Si yo considero atentamente a mi maestro, le encuentro mucho más sabio que Yao y Chun.»

Tsé-kung decía: «Observando los usos y la conducta de los antiguos emperadores, conozco los principios que siguieron en el gobierno del Imperio; escuchando

su música, conozco sus virtudes. Si después de cien generaciones clasifico por su orden las cien generaciones de reyes que han reinado, ninguno de ellos escapa a mis miradas. ¡Pues bien! Desde que existen los hombres hasta nuestros días, puedo decir que no ha existido nadie comparable a Kungtsé.»

Yeu-jo decía: «No solamente los hombres son de la misma especie; sino el Kilín, o Unicornio, y los demás cuadrúpedos que corren; el Fung-hoang o Fénix y los demás pájados que vuelan; el monte Tai-chan, así como las colinas y las demás elevaciones; los ríos y los mares, así como los pequeños cursos de agua y los estanques, pertenecen a las mismas especies. Los santos hombres, comparados con la multitud, son también de la misma especie; pero salen de su especie, se elevan sobre ella y dominan a la multitud de los demás hombres. Pero desde que existen los hombres hasta nuestros días no ha habido uno más perfecto que Kungtsé.»

3. Mencio dijo: «El que emplea todas las fuerzas de que dispone en simular las virtudes de humanidad, es que quiere llegar a ser jefe de muchos vasallos para tener un gran reino. El que emplea toda su virtud en practicar la humanidad, reina verdaderamente; para reinar verdaderamente no hay que esperar a codiciar un gran reino. Así, Tching-thang, con un Estado de setenta *li* (siete leguas) de extensión; Ven-vang, con un Estado de cien *li* (diez leguas) de extensión, llegaron al Imperio.

»El que doma a los hombres y los somete por la fuerza de las armas, no subyuga los corazones; por eso, la fuerza, sea cual fuere, siempre resulta insuficiente. El que somete a los hombres por la virtud, lleva la alegría a los corazones, que se entregan sin reserva, como los setenta discípulos de Kungtsé se sometieron a él.»

El *Libro de los versos* dice:

«Del occidente y del oriente,
»Del mediodía y del septentrión,
»Nadie pensó en no someterse.»
Esta cita expresa mi pensamiento.»

4. Mengtsé dijo: «Si el príncipe está lleno de humanidad, se procura una gran gloria; si no tiene humanidad, se deshonra. Ahora, si odiando el deshonor persevera en la inhumanidad, es como si detestando la humedad persevera en vivir en los lugares bajos. Si el príncipe odia el deshonor, no puede hacer nada mejor que honrar la virtud y elevar a las dignidades a los hombres destinguidos por su saber y por su mérito. Si los sabios ocupan los primeros empleos públicos, si los hombres de mérito son colocados en los mandos que les convienen y el reino goza de las comodidades de la paz, el momento es llegado de revisar y poner en buen orden el régimen civil y el régimen penal. Obrando así es como los demás Estados, por grandes que sean, se encontrarán en la necesidad de respetarle.»

El *Libro de los versos* dice:

«Antes de que el Cielo se oscurezca con nubes o que la lluvia caiga (es un pájaro el que habla),
»Levanto la corteza de la raíz de las moreras
»Para consolidar la puerta y las ventanas de mi nido.
»Después de esto, ¿cuál es el que de entre la multitud, que vive debajo de mí,
»Osaría venir a turbarme?»

Kungtsé decía: «¡Oh! ¡El que ha compuesto estos versos, qué bien conocía el arte de gobernar!

»En efecto, si un príncipe sabe gobernar bien su reino, ¿quién osaría venir a turbarle?

»Ahora, si cuando un reino goza de la paz y de la tranquilidad el príncipe emplea su tiempo en abandonarse a sus placeres viciosos y a la molicie, atraerá inevitablemente sobre su cabeza grandes calamidades.

»Las calamidades, así como las felicidades, no llegan sino porque las atraemos.»

El *Libro de los versos* dice:

«Si el príncipe piensa constantemente en conformarse al mandato que ha recibido del Cielo,

»Se atraerá muchas felicidades.»

»El *Taï-kia* dice: «Cuando el Cielo nos envía calamidades, podemos alguna vez evitarlas; cuando nos las atraemos nosotros mismos, no podemos soportarlas sin perecer.» Estas citas expresan claramente lo que yo quería decir.»

5. Mengtsé dijo: «Si el príncipe honra a los sabios y emplea a los hombres de mérito en los mandos; si los que se distinguen por sus talentos superiores son colocados en las altas funciones públicas, entonces todos los letrados del Imperio estarán contentos y desearán vivir en su corte. Si en los mercados públicos no se exige más que el precio del alquiler de los sitios que los mercaderes ocupan y no una tasa sobre las mercancías; si los reglamentos de los magistrados que presiden los mercados públicos son observados sin que se exija el precio de alquiler de los sitios, entonces todos los mercaderes del Imperio estarán alegres y desearán llevar sus mercancías a los mercados del príncipe (que los favorece de este modo).

»Si en los pasos de las fronteras no se hace sino una simple inspección, sin exigir tributo o derechos de entrada, entonces todos los viajeros del Imperio estarán alegres y desearán viajar por los caminos del príncipe que así obra.

»Que los que labran la tierra no estén sujetos más que a la *asistencia* (es decir, a labrar una porción determinada de los campos del príncipe) y no a pagar censos, entonces todos los labradores del Imperio estarán alegres y desearán ir a labrar a los dominios del príncipe. Si las casas de los artesanos no están sujetas al impuesto por personas y a los censos en telas, entonces todas las poblaciones estarán alegres y desearán llegar a ser las poblaciones del príncipe.

»Si se encuentra un príncipe que pueda fielmente practicar estas cinco cosas, entonces las poblaciones de los reinos vecinos elevarán hacia él sus miradas como hacia un padre y hacia una madre. Porque no se ha visto jamás, desde que existen los hombres hasta nuestros días, que los hijos y los hermanos hayan sido conducidosa a atacar a su padre y a su madre. Si esto es así, el príncipe no tendrá ningún enemigo en el Imperio. El que no tiene ningún adversario en el Imperio es el enviado del Cielo. No ha existido aún el hombre que, después de haber obrado así, no haya reinado sobre el Imperio.

6. Mengtsé dijo: «Todos los hombres tienen un corazón misericordioso y compasivo para los demás hombres. Los antiguos reyes tenían un gobierno dulce y compasivo para los demás hombres. Si el príncipe tiene un corazón compasivo para los hombres y pone en práctica un gobierno dulce y compasivo, gobernará con la misma facilidad el Imperio, que volvería un objeto en la palma de su mano.

»He ahí cómo explico el principio que acabo de enunciar, o sea que *todos los hombres* tienen un corazón compasivo y misericordioso para los demás hombres. Supongamos que vean de repente a un niño próximo a caer en un pozo; todos experimentan en el mismo instante un sentimiento de temor y de compasión que estaba oculto en su corazón, y sienten este sentimiento, no porque quieran entablar relaciones de amistad con el padre y la madre de ese niño, no porque soliciten los aplausos o los elogios de sus amigos y de sus conciudados o por temor a la opinión pública.

»Pueden sacarse de aquí las consecuencias siguientes: si no se tiene un corazón misericordioso y compasivo, no se es un hombre; si no se tienen sentimientos de vergüenza y de aversión, no se es un hombre; si no se tienen sentimientos de abnegación y de deferencia, no se es un hombre; si no se tiene el sentimiento de lo verdadero y de lo falso, o de lo justo y de lo injusto, no se es un hombre.

»Un corazón misericordioso y compasivo es el principio de humanidad; el sentimiento de la vergüenza y de la aversión es el principio de la equidad y de la justicia; el sentimiento de abnegación y de deferencia es el principio de los usos sociales; el sentimiento

de lo verdadero y de lo falso, o de lo justo y de lo injusto, es el principio de la sabiduría.

»Los hombres tienen ellos mismos estos cuatro principios, como tienen miembros. Luego, el príncipe que, poseyendo estos cuatro principios naturales, dice que no los puede poner en práctica, se daña a sí mismo, se pierde completamente; y los que dicen que su príncipe no puede practicarlos, éstos pierden a su príncipe.

»Cada uno de nosotros tenemos estos cuatro principios en nosotros mismos, y si sabemos desenvolverlos todos y hacerlos fructificar, serán como fuego que comienza a arder, como un manantial que comienza a surgir. Si un príncipe cumple los deberes que le prescriben estos sentimientos, adquirirá un poder suficiente para poner los cuatro mares bajo su protección. Si no los cumple, no será siquiera capaz de servir bien a su padre y a su madre.»

7. Mengtsé dijo: «El hombre que hace flechas, ¿no es más inhumano que el que hace corazas o escudos? El objeto del hombre que hace flechas es herir a los hombres, mientras que el objeto del hombre que hace corazas y escudos es impedir que sean heridos los hombres. Es lo mismo que el hombre cuyo oficio es hacer votos de felicidad al nacimiento de los niños, y del hombre cuyo oficio es hacer ataúdes. Es por lo que se debe poner mucha atención en la elección de la profesión que se quiere abrazar.»

Kungtsé decía: «En los pueblecillos, la humanidad es admirable. Si alguno, teniendo que elegir el lugar de su morada, no va a habitar allí donde reside la humanidad, ¿cómo obtendría el nombre de sabio y esclarecido? Esta humanidad es una dignidad honorable, conferida por el Cielo a la morada tranquila del hombre. Nadie, no impidiéndole obrar libremente, si no es humano, demuestra ser sabio y esclarecido. El que no es humano, ni sabio, ni esclarecido; quien no tiene urbanidad ni equidad, es esclavo de los hombres. Si este esclavo de los hombres se avergüenza de ser un esclavo, se parece al fabricante de arcos que se avergonzara de fabricar arcos, y al fabricante de flechas que se avergonzara de fabricar flechas.

»Si se avergüenza de su estado, nada mejor para salir de él que practicar la humanidad.

»El hombre que practica la humanidad es como el arquero: el arquero empieza por colocarse como es debido, y en seguida lanza su flecha. Si después de haber lanzado su flecha no llega al blanco, no culpa a quienes le han vencido, sino, por el contrario, busca la falta en sí mismo, y en nadie más.»

8. Mengtsé dijo: «Si Tsé-lu se hallara advertido por alguno de hacer cometido faltas, se regocijaría de ello.

»Si el antiguo emperador Yu oía pronunciar palabras de sabiduría y virtud, se inclinaba en señal de veneración para recogerlas.

»El gran Chun tenía aún sentimientos más elevados: para él la virtud era común a todos los hombres. Si algunos de entre ellos eran más virtuosos que él, hacía abnegación de sí mismo para imitarlos. Se regocijaba de recoger así los ejemplos de virtud de los demás hombres, para practicar él mismo esa virtud.

»Desde el tiempo en que labrada la tierra, en que fabricaba vajilla de vidrio, en que desempeñaba el oficio de pescador, hasta el en que ejerció la soberanía imperial, jamás dejó de tomar como ejemplo las buenas acciones de los demás hombres.

»Tomar ejemplo de los demás hombres para practicar la virtud, es dar a los hombres los medios de practicar esa virtud. Por eso, no hay nada más grande para el hombre superior que procurar a los demás hombres los medios de practicar la virtud.»

9. Mengtsé dijo: «Pe-i no servía al príncipe que no era de su elección, ni trataba relaciones de amistad con los amigos que no eran de su elección. No se presentaba en la corte de un rey perverso, no conversaba con los hombres corrompidos y malvados. Estar en la corte de un rey perverso hablar con hombres corrompidos y malvados, era para él como sentarse

en el lodo con los trajes de corte. Si vamos más lejos, encontraremos que llevaba mucho más allá sus sentimientos de aversión y de odio para el mal; si se encontraba con un hombre rústico cuyo gorro o cuyo sombrero no estaba convenientemente colocado en su cabeza, volviendo al punto el rostro, se alejaba de él como si hubiera pensado que su contacto iba a mancharle. Es por lo que no aceptaba las invitaciones de los príncipes vasallos que venían junto a él, aunque pusieran en sus expresiones y en sus discursos toda la conveniencia posible: la negativa provenía de que él hubiera creído mancharse aproximándose a ellos.

»Lieu-hia-hoei (primer ministro del reino de Lu) no se avergonzaba de servir a un mal príncipe, y no desdeñaba una pequeña magistratura. Si era promovido a funciones más elevadas, no sólo no ocultaba sus principios de rectitud, sino que se imponía como deber seguir constantemente la vía recta. Si era desdeñado y puesto en olvido, no tenía por ello ningún resentimiento; si se hallaba en la necesidad y en la miseria, no se quejaba. Decía: «Lo que tú haces te pertenece y lo que yo hago me pertenece. Aunque estuvieras a mi lado con el brazo y el cuerpo desnudo, ¿cómo podrías mancharme?» Es por lo que siempre llevaba un rostro y una frente serenos en el comercio de los hombres, y no se perdía. Si alguien le tomaba de la mano, y le retenía cerca de él, permanecía allí.

»El que, siendo así cogido por la mano y retenido, cedía a esta invitación, pensaba que alejarse equivalía asimismo o ser impuro.»

Mengtsé dijo: «Pe-i tenía un espíritu estrecho; Lieu-hia-hoei carecía de firmeza y de gravedad. El hombre superior no sigue ni una ni otra de estas dos maneras de obrar.»

Capítulo IV

1. Mengtsé dijo: «Los tiempos propicios del Cielo no son comparables a las ventajas de la Tierra; las ventajas de la Tierra no son comparables a la concordia entre los hombres.

»Supongamos una ciudad ceñida de muros interiores de tres *li* de circunferencia, rodeada de enemigos que la atacan por todas partes sin poderla tomar. Para sitiar y atacar esta ciudad los enemigos han debido obtener el tiempo del Cielo que convenía; pero, sin embargo, como ellos no han podido tomar esta ciudad, es que el tiempo del Cielo no es comparable a las ventajas de la Tierra (tales como muros, fosos y otros medios de defensa).

»Que las murallas sean elevadas, los fosos profundos, las armas y los escudos sólidos y duros; el arroz, abundante; si los habitantes huyen y abandonan sus fortificaciones, es que las ventajas de la Tierra no valen lo que la unión y la concordia entre los hombres.

»Es por lo que se ha dicho: «No es preciso colocar los límites de un pueblo en las fronteras materiales, ni la fuerza de un reino en los obstáculos que presentan al enemigo las montañas y los cursos de agua, ni la majestad imponente del Imperio en un gran aparato militar.» El que ha podido llegar a gobernar según los principios de humanidad y de justicia, encontrará un inmenso apoyo en el corazón de las poblaciones. El que no gobierne según los principios de humanidad y de justicia, encontrará poco apoyo. El príncipe que no encuentre sino poco apoyo en las poblaciones, será hasta abandonado por sus parientes y aliados. El que tenga para asistirle en el peligro a casi todas las poblaciones, recibirá los homenajes de todo el Imperio.

»Si el príncipe al que todo el Imperio rinde homenaje ataca al que ha sido abandonado hasta por sus parientes y aliados, ¿quién podrá resistirle? Es por lo que el hombre de una virtud superior no tiene necesidad de combatir; si combate, está seguro de vencer.

2. »Mencio se disponía a ir a visitar al rey (de Thsi), cuando el rey le envió un mensajero que vino a decir-

le de su parte que deseaba vivamente verle, pero que estaba enfermo con un enfriamiento que había sufrido, y que no podía afrontar el viento. Añadía que al día siguiente, por la mañana, esperaba verle en su corte, y preguntaba si no podría saber cuándo tendría tal placer.

Mencio respondió con respeto que, desgraciadamente, él también estaba enfermo. y que no podía ir a la corte.

Al siguiente día, por la mañana, salió para cumplir los deberes de parentesco con una persona de la familia Tung-kuo. Kong-sun-tcheu (su discípulo) dijo: «Ayer has rehusado (hacer una visita al rey) por causa de enfermedad; hoy vas a hacer una visita de parentesco; ¿acaso esto no conviene?» Mencio dijo: «Ayer estaba enfermo, hoy me encuentro mejor; ¿por qué no había de cumplir mis deberes de parentesco?»

El rey mandó un propio para obtener noticias de su enfermedad, y mandó también llamar a un médico. Meng-tchung-tsé (hermano y discípulo de Mengtsé) respondió respetuosamente al enviado del rey: «Ayer recibió una invitación del rey; pero habiendo experimentado una indisposición que le impedía evacuar el menor asunto, no ha podido asistir a la corte. Hoy, su indisposición, habiendo mejorado un poco, se ha apresurado a trasladarse a la corte. Yo no sé si ha podido llegar a ella o no.»

En seguida, envió a varios hombres a buscarle por los caminos, y decirle que su hermano le rogaba no volver a su casa, sin trasladarse antes a la corte.

Mengtsé, sin seguir este aviso, se encaminó a la morada de la familia King-tcheu, donde pasó la noche. King-tsé le dijo: «Los principales deberes de los hombres son: en el interior o en la familia, entre los padres y los hijos; en el exterior, o en el Estado, entre el príncipe y los ministros. Entre el padre y los hijos, la ternura y la benevolencia dominan; entre el príncipe y los ministros domina la deferencia y la equidad. Yo, Tcheu, he visto la deferencia y la equidad

del rey por ti; pero aún no he visto que tú hayas tenido la deferencia y la equidad para el rey.» Mengtsé dijo: «¡Eh! ¿Por qué hablas de este modo? Entre los hombres de Hhsi no hay ninguno que hable de la humanidad y de la justicia con el rey. ¿Es que no consideran la humanidad y la justicia como dignas de alabanza? No, es que dicen a su corazón: «¿De qué me serviría hablar con él de humanidad y de justicia?» Esto es lo que dicen. Luego ¡no hay irreverencia e injusticia mayores que estas! Yo no oso hablar delante del rey, si no es conforme a los principios de Yao y de Chun. He aquí por qué ninguno de los hombres del Thsi tiene tanto respeto y deferencia como yo para con el rey.»

Kingtsé dijo: «De ninguna manera; yo no soy de esa opinión. Se lee en el *Libro de los ritos*: «Cuando tu padre te llame, no difieras el decirle: Voy; cuando la orden del príncipe te llama, no esperes a tu carro.» Tú tenías firmemente la intención de trasladarte a la corte, pero después de haber oído la invitación del rey, has cambiado al punto de resolución. Por consiguiente, tu conducta no se ha ajustado con este pasaje del *Libro de los Ritos*.»

Mengtsé respondió: ¿Qué quieres decir con esto? Thseng-tsé decía: «Las riquezas de los reyes de Tçin y de Thsu no pueden ser igualadas; estos reyes se fían de sus riquezas; yo me fío de mi humanidad; estos reyes se fían de su alta dignidad y de su poderío, yo me fío de mi equidad. ¿Qué me faltaría, pues?» Si estas palabras no fuesen conformes a la equidad y a la justicia, Thseng-tsé ¿las hubiera pronunciado? Hay, quizá, en estas palabras de (Thseng-tsé) una doctrina de alta moralidad. Existen en el Mundo tres cosas universalmente honradas; una es el rango; la otra, la edad; la tercera, la virtud. En la corte, nada es comparable al rango; en las ciudades y en los caseríos nada es comparable a la edad; en la dirección de la enseñanza de las generaciones, así como en el mejoramiento del pueblo, no hay nada comparable a la virtud. ¿Cómo podría

ocurrir que el que no posee más que una de estas tres cosas (el rango) despreciase al hombre que posee las otras dos?

»Es por lo que, cuando un príncipe quiere ser grande y obrar grandes cosas, tiene bastante razón para no llamar a cada instante a su lado a sus súbditos. Si desea tener una opinión, se va entonces cerca de ellos; si no honra la virtud, y no se regocija con las buenas y sanas doctrinas, no obra así. Entonces no es capaz de cumplir sus funciones (285).

»Así es como Tchin-tchan empezó por instruirme junto a Y-yin, a quien hizo al punto su ministro. He ahí por qué gobernó sin trabajo. Huang-kung se instruyó, desde luego, de Huan-tchung, a quien hizo al punto su ministro. He ahí por qué llegó sin trabajo a ser el jefe de los grandes vasallos.

»Ahora los territorios de los diversos Estados del Imperio son de la misma clase (o poco más o menos de igual extensión); las ventajas son las mismas. Ninguno de ellos puede dominar a los demás. No hay otra causa de esto sino que los príncipes aman tener ministros a los que dan las instrucciones que les conviene y que aman tener ministros de los que ellos mismos recibirían instrucciones.

»Tching-tchang no se hubiera atrevido a hacer venir a su lado a Y-yin, ni Huan-kung a llamar cerca de él a Huan-tchung. Si Huan-tchung no podía ser convocado por un príncipe pequeño, mucho menos el que no hace el menor caso de Huan-tchung.»

3. Tchin-thisin (discípulo de Mencio) hizo una pregunta en estos términos: «En otro tiempo, cuando tú estabas en el reino de Thsi, el rey te ofreció diez mil onzas de oro doble, que tú no quisiste recibir. Cuando estabas en el reino de Sung, el rey te ofreció mil cuatrocientas onzas, y tú las recibiste. Cuando estabas en el reino de Sie, el rey te ofreció mil onzas y las recibiste. Si, en el primer caso, has tenido razón en rehusar, entonces, en los dos últimos casos, te has equivocado al aceptar; si en los dos últimos casos has tenido razón de aceptar, entonces, en el primero, te has equivocado al rehusar. Maestro, es preciso que necesariamente me concedas lo uno o lo otro de estas proposiciones.»

Mengtsé dijo: «Yo he tenido razón en todos los casso.

»Cuando estaba en el reino de Sung, iba a emprender un gran viaje; el que emprende un gran viaje, tiene necesidad de llevar con él presentes de viaje. El rey me habló en estos términos: «Te ofrezco presentes de hospitalidad.» ¿Por qué no había de recibirlos?

»Cuando estaba en el reino de Sie, tenía el propósito de adoptar seguridades contra todo acontecimiento desagradable. El rey me habló en estos términos: «He sabido que querías adoptar seguridades para continuar tu viaje; es por lo que te ofrezco esto, para procurarte armas.» ¿Por qué no había de aceptaro?

»En cuanto al reino de Thsi, no había lugar (de ofrecerme y de aceptar el presente del rey). Si no había lugar a ofrecerme esos presentes, yo los hubiera recibido entonces como don pecunario. ¿Y sería un hombre verdaderamente superior si me dejara ganar por dones pecunarios?»

4. Cuando Mencio fue a la ciudad de Phing-lo, se dirigió a uno de los primeros funcionarios de la misma, y le dijo: «Si uno de tus soldados portadores de lanza abandona tres veces su puesto en un día, ¿le castigarás o no?» El otro respondió: «No aguardaría a la tercera vez.»

(Mencio) añadió: «Si es así, entonces tú mismo has abandonado tu puesto, y no una sino muchas veces.» En los años calamitosos, en los años de esterilidad y de hambre, los viejos y los enfermos del pueblo del que debes tener cuidado, que se han precipitado en los fosos llenos de agua y en las balsas de los valles; los jóveres fuertes y robustos que se han dispersado y se han marchado a las cuatro partes del Imperio (para buscar en ellas su sustento), son en número de varios millares.»

(El magistrado) respondió: «No depende de mí, Kiu-sin, que esto sea así.»

Mencio prosiguió: «Ahora yo te diré que si se encuentra un hombre que recibe de otro los bueyes y los carneros para ser su guardián y hacerles pacer en su sitio, entonces él pediría necesariamente pastos y hierbas para alimentarlos. Si, después de haber pedido estos pastos y estas hierbas para alimentar a su rebaño, no los obtiene, entonces, ¿piensas que en lugar de devolvérselos al hombre que se los ha confiado, permanecerá allí inmóvil viéndolos morir?»

El magistrado respondió: «En cuanto a esto, la falta es mía, Kiu-sin.»

Otro día, habiendo ido Mencio a ver al rey, le dijo: «De todos los que administran la ciudad en nombre del rey, tu servidor conoce a cinco; y de entre esos cinco, no hay más que Khung-kiu-sin que reconozca sus faltas.» En cuanto se las hubo contado al rey, el rey le dijo: «De estas calamidades, yo soy el culpable.»

5. Mencio, dirigiéndose a Tchi-va (*ta-fu*, o uno de los primeros funcionarios de Thsi), le dijo:« Tú has rehusado el mando de la ciudad de Ling-khieu y has solicitado las funciones de jefe de la justicia. Esto parecería justo, porque ese último puesto te daba la facultad de hablar al rey el lenguaje de la razón. Ahora, he ahí transcurridas muchas lunas desde que estás en funciones, y ¿es que has hablado?»

Tchi-va, habiendo hecho varias amonestaciones al rey, que no hizo el menor caso de ellas, dimitió de sus funciones y se retiró.

Los hombres de Thsi dijeron: «En cuanto a la conducta de Tchi-va (con relación al rey) es perfectamente conveniente; en cuanto a la de Mengtsé, no sabemos nada.»

Kong-tu-tsé repitió a su maestro estas palabras.

Mengtsé replicó: «Siempre he oído decir que el que tiene que desempeñar una magistratura, si no puede conseguir cumplir su deber, se retira; que el que tiene el ministerio de la palabra para hacer advertencias al rey, si no puede conseguir que estas advertencias se sigan, se retira. Yo no tengo magistratura que desempeñar aquí;y o no tengo tampoco el ministro de la palabra; luego, que me mantenga en la corte o que me aleje de ella, ¿no soy libre de obrar como me parezca bien?»

6. Cuando Mengtsé estaba revestido de la dignidad honoraria de King, o de primer mandarín en el reino de Thsi, fue a hacer sus cumplidos de pésame a Teng; y el rey envió a Vang-kuan, primer magistrado de la ciudad de Ko, para asistirle en sus funciones de enviado. Vang-kuan veía mañana y tarde a Mencio, pero yendo y viniendo de Teng a Thsi, durante el camino Mencio no habló con él de los asuntos de su legación.

Kong-sun-tcheu dijo: «En el reino de Thsi, la dignidad de King, o de primer mandarín, no es pequeña. El camino que conduce a Thsi a Teng no es igualmente poco largo. Al ir y venir, no has hablado con ese hombre de los asuntos de tu legación; ¿cuál es la causa?»

Mencio dijo: «Esos asuntos habían sido regulados por alguien; ¿a qué hablar de ellos?»

7. Mencio abandonó el reino de Thsi para ir a rendir los deberes fúnebres (a su madre) en el reino de Lu. Al volver al reino de Thsi, se detuvo en el pueblecillo de Yng. Tchung-yu (uno de sus antiguos discípulos) dijo con sumisión: «Estos días pasados, no sabiendo que tu discípulo Yu era completamente inepto, me has ordenado a mí, Yu, de encargar que hiciese un ataúd un carpintero. En el dolor en que te encuentras, yo no he osado preguntarte sobre este particular. Hoy deseo pedirte una explicación sobre una duda que tengo: la madera del ataúd, ¿no era demasiado hermosa?»

Mencio dijo: «En la remota antigüedad no había reglas fijas para la fabricación de ataúdes, ya interiores, ya exteriores. En la antigüedad media, las tablas del ataúd interior tenían siete pulgadas de espesor; el ataúd exterior era el mismo. Esta regla era observada por todo el mundo, desde el Emperador hasta la multitud del pueblo; y eso no era seguramente porque los ataú-

des fueran bellos. En seguida, los parientes se entregaban a toda la manifestación de los sentimientos de su corazón.

»Si no se tiene la facultad de dar a estos sentimientos de dolor toda la expresión que se desea, no podemos procurarnos consuelos. Si no se tiene fortuna, no podemos tampoco darnos el consuelo de hacer a nuestros parientes magníficos funerales. Cuando podían alcanzar el obrar según sus deseos, y tenían medios para ello, todos los hombres de la antigüedad empleaban hermosos ataúdes. ¿Por qué yo sólo no podía obrar de la misma manera?

»Luego, si cuando sus padres acaban de fallecer, los hijos no dejan la tierra adherirse a sus cuerpos, ¿tendrán un solo motivo de pena (por su conducta)?

»He oído decir con frecuencia que el hombre superior no debe de ser parsimonioso a causa de los bienes del Mundo, en los deberes que se rinde a los padres.»

8. Tchin-thung (ministro del rey de Thsi), preguntó por su cuenta a Mencio, si el reino de Yan podía ser atacado y subyugado por las armas.

Mencio dijo: «Puede serlo. Tseu-khuaï (rey de Yan) no puede, por su cuenta, dar Yan a otro hombre. Tseu-tchi (su ministro) no podía aceptar el reino de Yan del príncipe Tseu-khuaï. Supongamos, por ejemplo, que un magistrado se encuentre aquí, y que tú sientas por él mucho afecto. Si, sin prevenir de ello al rey, y por tu propia cuenta, le confieres la dignidad y los emolumentos que tú posees; si este letrado, igualmente, sin haber recibido el mandato del rey, y por su propia cuenta los acepta de ti, entonces, ¿piensas que esto sería lícito? ¿Y en qué podría diferir este ejemplo del hecho precedente?»

Los hombres de Thsi (el príncipe y sus ministros), habiendo atacado al reino de Yan, alguien preguntó a Mencio si él no había excitado a Thsi a conquistar Yan. El respondió: «De ningún modo. Tchin-thung me ha preguntado si el reino de Yan podía ser atacado y subyugado por las armas.» Yo le he respondido diciendo:

Que lo podía ser. Después de esto, el rey de Thsi y los ministros le han atacado. Si Tchi-thung me hubiera hablado así: ¿Quién es el que puede atacarle y conquistarle? Entonces, yo le hubiera contestado diciendo: El que ha recibido para ello la misión del Cielo es el que puede atacarle y conquistarle.

»Ahora, yo supongo aún que un hombre haya matado a otro. Si alguno me interroga a este propósito, y me dice: «¿Un hombre puede hacer morir a otro?» Entonces, yo le respondería diciendo: «Lo puede.» Pero si éste hombre me decía: «¿Quién es el que puede matar a otro hombre?» Entonces, y le respondería diciendo: «El que ejerce las funciones de ministro de la justicia; éste puede hacer morir a otro hombre (cuando él merece la muerte). Luego, ¿cómo hubiera yo podido aconsejar reemplazar el gobierno tiránico de Yan por otro gobierno tiránico?»

9. Los hombres de Yan se revolucionaron. El rey de Thsi dijo: «¿Cómo me presentaría yo sin avergonzarme delante de Mencio?»

Tching-kia (uno de sus ministros) dijo: «Que no se aflija por eso el rey. Si el rey se compara a Tcheu-kung (uno de los más grandes hombres de la China), ¿a quién de los dos se juzgará más humano y más prudente?»

El rey dijo: «¡Oh! ¡Qué lenguaje osas tener!

El ministro prosiguió: «Tcheu-kung había enviado a Kuan-cho para vigilar el reino Yn, pero Kuan-cho se sublevó con el reino de Yn (contra la autoridad de Tcheu-kung). Si cuando Tcheu-kung encargó a Kuan-cho de su misión, había previsto lo que iba a suceder, no fue humano; si no lo preveía, no fue prudente. Si Tcheu-kung no fue de una humanidad y de una prudencia consumadas, con más fuerte razón podía no serlo (en la última ocasión). Yo, Tchin-kia, te ruego me dejes ir a ver a Mengtsé y explicarle el asunto.

Fue a ver a Mencio y le preguntó qué clase de hombre era Tcheu-kung.

Mencio respondió: «Era un santo hombre de la antigüedad.

—¿No es verdad que envió a Kuan-cho para vigilar el reino de Yn, y que Kuan-cho se sublevó con el reino?

—Así es, dijo.

—¿Preveía Tcheu-kung que se sublevaría cuando le encargó de esa misión?

—No lo preveía.

—Si es así, entonces el santo hombre, ¿cometió, por consiguiente, una falta?

—Tcheu-kung era el hermano menor de Kuan-cho. que era su hermano mayor. La falta de Tcheu-kung, ¿no era excusable?

En efecto, si los hombres, superiores de la antigüedad cometían faltas, se corregían en seguida. Si los hombres (pretendidos) superiores de nuestro tiempo cometen faltas, continúan siguiendo la mala vía (sin querer corregirse). Las faltas de los hombres superiores de la antigüedad son como los eclipses de Sol y de Luna; todos los hombres los ven; y, en cuanto a su conversión, todos los hombres la contemplan con gozo. Los hombres superiores de nuestros días, no solamente continúan siguiendo la mada vía, sino que aún quieren justificarla.»

10. Mencio dimitió de sus funciones de ministro honorario (en la corte del rey de Thsi) para regresar a su patria.

El rey, habiendo ido a visitar a Mencio, le dijo: «En días pasados, había deseado verte, pero no lo he podido conseguir. Cuando, al fin, he podido sentarme a tu lado, toda mi corte se ha alegrado de ello. Ahora, quieres abandonarme para regresar a tu patria; yo no sé si en lo sucesivo podré conseguir visitarte de nuevo.»

Mencio respondió: «Yo no osaría rogártelo. Pero ciertamente es lo que deseo.»

Otro día, el rey, dirigiéndose a Chi-tsé, le dijo: «Yo deseo retener a Mencio en mi reino, dándole una habitación y manteniendo a sus discípulos con diez mil medidas (Tchung) de arroz, a fin de que todos los magistrados y los habitantes del reino tengan ante sus ojos

un hombre a quien puedan reverenciar e imitar. ¿Por qué no se lo anuncias en mi nombre?»

Chi-tsé confió a Tchin-tsé la misión de prevenir de ello a su maestro Mencio. Tchin-tsé refirió a Mencio las palabras de Chi-tsé.

Mencio dijo: «Está bien, pero ¿cómo ese Chit-tsé no sabe que yo no puedo acceder a esa proposición? (286). Si yo deseara riquezas, ¿cómo hubiera rehusado cien mil medidas de arroz (287), para aceptar ahora diez mil? ¿Es esto amar las riquezas?»

Ki-sun dijo: «¡Qué hombre tan fuera de lo ordinario era Tse-cho-i! Si, ejerciendo funciones públicas, no era promovido a un empleo superior, entonces cesaba toda actividad; pero hacía más; hacía de suerte que su hijo o su hermano menor fuera elevado a la dignidad de King (una de las primeras del reino).»

En efecto, entre los hombres, ¿cuál es el que no desea riquezas y honores?; pero Tseu-cho-i, él solo, en lo que afectaba a los honores y a las riquezas, quería el monopolio y ser el jefe del mercado que percibe para él solo todos los provechos.

La intención del que, en la antigüedad instituyó los mercados públicos, era hacer cambiar lo que se poseía contra lo que no se poseía. Los que fueron comisionados para presidir estos mercados, no tenían otro deber que llenar sino el de mantener el buen orden. Pero se encontró un hombre vil que hizo elevar un gran promontorio en el centro del mercado para subirse en él. Desde allí dirigía miradas de vigilancia a derecha e izquierda y recogía todos los provechos del mercado. Todos los hombres le miraban como un perverso y como un miserable. Así es que, desde aquel tiempo, se han establecido los derechos percibidos en los mercados públicos, y la costumbre de exigir derechos de las mercancías data desde aquel hombre perverso.

11. Mencio, al dejar el reino de Thsi, pasó la noche en la ciudad de Tcheu. Allí se encontró un hombre que, a causa del rey, deseó impedirle continuar su viaje. Se sentó cerca de él y le habló. Mencio, sin res-

ponderle, se apoyó sobre una mesa y se durmió. El huésped, que quería retenerle, no se satisfizo de ello, y le dijo: «Tu discípulo ha pasado na noche entera antes de osar hablarte, pero como ve, maestro, que te duermes sin querer escucharle, te ruega le dispenses si te visita de nuevo.»

Mencio respondió: «Siéntate. Quiero instruirte a propósito de tu deber. En otro tiempo, si Mo-kong, príncipe de Lu, no hubiera tenido un hombre (de virtudes eminentes) cerca de Tseu-sse, no hubiera podido retenerle (en su corte). Si Sie-lieu y Chin-thsiang no hubieran tenido un hombre (distinguido) cerca de Mo-kong no hubiera podido permanecer cerca de su persona.

»Tú, tú tienes proyectos respecto a un anciado respetable (se designa él mismo al decir esto), y tú no has llegado siquiera a tratarme como Tseu-sse. ¿No eres tú el que ha roto con ese anciano, o es ese anciano el que ha roto contigo?»

12. Mencio, habiendo abandonado el reino de Thsi; Yn-sse, dirigiéndose a varias personas, le dijo: «De no haber sabido Mencio que el rey no podía llegar a ser otro Tching-thang u otro Vu-vang, hubiera carecido de perspicacia y de penetración. Si, por el contrario, lo sabía y no obstante estar persuadido de ello vino a la corte, entonces hizo tal cosa por obtener emolumentos. Ha venido de mil li (cien leguas) para ver al rey; y por no haber conseguido lo que deseaba, se ha marchado. Se ha detenido tres días y tres noches en la ciudad de Tcheu antes de continuar su ruta; ¿por qué todos estos retrasos y dilaciones? Yo, Sse, no encuentro eso bien.»

Kao-Tsé refirió estas palabras a su antiguo maestro Mencio.

Mencio dijo: «¿Yn-sse dice conocerme? Venir de cien leguas para ver al rey era lo que yo deseaba vivamente (para propagar mi doctrina). He abandonado ese reino, porque no he obtenido tal resultado. ¿Es eso lo que yo deseaba? Yo no he podido dispensarme de obrar así.

»Yo he creído incluso apresurar demasiado mi partida, no pasando más que tres días en la ciudad de Tcheu, antes de abandonarla. El rey podía cambiar prontamente su manera de obrar. Si la hubiera cambiado, entonces me hubiera llamado a su lado.

»Cuando salí de la ciudad sin que el rey me hubiera llamado, experimenté un vivo deseo de regresar a mi país. Pero, aunque hubiera obrado así, ¿abandonaba por eso al rey? El rey es aún capaz de hacer el bien, de practicar la virtud. Si el rey me emplea un día, entonces no sólo el pueblo de Thsi estará tranquilo y feliz, sino todas las poblaciones del Imperio gozarán de una tranquilidad y de una paz profundas. Acaso el rey cambiará pronto su manera de obrar; es el objeto de mis votos de cada día.

»¿Soy yo, pues, parecido a esos hombres vulgares, de espíritu estrecho, que, después de haber hecho a su príncipe advertencias que éste no ha tenido en cuenta, se irritan y dejan aparecer sobre su rostro el resentimiento que experimentan? Cuando han adoptado la resolución de alejarse, parten y marchan hasta que sus fuerzas se hayan agotadas, antes de detenerse en alguna parte para pasar allí la noche.»

Yn-sse, habiendo oído estas palabras, dijo: «Yo soy verdaderamente un hombre vulgar.»

13. Mientras que Mencio se alejaba del reino de Thsi, Tchung-yu, uno de sus discípulos, le interrogó en el camino, y le dijo: Maestro, no me parece que tienes el aire muy satisfecho. En los días pasados, yo, Yu, he oído decir a mi maestro: «El hombre superior no murmura contra el Cielo y no se queja de los hombres.»

Mencio respondió: «Ese tiempo difería mucho de éste.

»En el curso de quinientos años, debe necesariamente aparecer un rey poderoso (que ocupe el trono de los hijos del Cielo); y en este intervalo de tiempo debe también aparecer un hombre que ilustre su siglo. Desde el establecimiento de la dinastía de los Tcheu hasta nuestros días, han transcurrido más de setecientos años. Que se haga el cálculo de este número de años transcurrido (deduciendo un período de quinientos años);

entonces se encontrará que este período ha pasado (sin que haya, sin embargo, aparecido ningún gran soberano). Si se examina con atención el tiempo presente, entonces se verá que puede aparecer ahora.

»El Cielo, a lo que parece, no desea aún que la paz y la tranquilidad reinen en todo el Imperio. Si deseara que la paz y la tranquilidad reinaran en todo el Imperio, y me rechazara, ¿a quién escogería en nuestro siglo (para realizar esta obra)? ¿Por qué, entonces, había de tener un aire satisfecho?»

14. Mencio, habiendo abandonado el reino de Thsi, y habiéndose detenido en Kieu (ciudad situada en las fronteras de Thsi), Kong-sun-tcheu le hizo una pregunta en estos términos: «Ejercer una magistratura y no aceptar sus emolumentos, ¿era la regla de la antigüedad?»

Mencio respondió: «De ningún modo. Cuando yo estaba en el país de Thsung, obtuve ver al rey. Me alejé pronto, y tomé la resolución de abandonarle enteramente. No he querido cambiar, y es por lo que no acepté emolumentos.

»Pocos días después, habiendo el rey ordenado reunir tropas (para repeler una agresión), yo no pude despedirme del rey. Pero de ningún modo tenía intención de permanecer largo tiempo en el reino de Thsi.»

Capítulo V

1. Ven-kung, príncipe de Teng, heredero presunto del trono de su padre, queriendo trasladarse al reino de Thsu, pasó por el de Sung para ver a Mencio.

Mencio le habló de las buenas disposiciones naturales del hombre, y le hizo necesariamente el elogio de Yao y de Chun.

El heredero del trono, volviendo del reino de Thsu, fue de nuevo a visitar a Mencio. Mencio le dijo: «Hijo del siglo, ¿pones en duda mis palabras? No hay más que una vía para todo el mundo, y nada más.» Tching-

hian, hablando a King-kong, rey de Thsi, le decía: «Estos grandes sabios de la antigüedad no eran sino hombres; nosotros, que vivimos, somos también hombres; ¿por qué temeríamos no poder igualar sus virtudes?»

Yan-yuan decía: «¿Qué hombre era Chun, y qué hombre soy yo? El que quiere hacer todos sus esfuerzos, puede igualarle también.»

Kong-ming-i decía: «Ven-vang es mi instructor y mi maestro. ¿Cómo podría engañarme Tcheu-kung?»

Luego, si disminuyes la longitud del reino de Teng para aumentar y fortificar su anchura, harás un Estado de cincuenta *li* cuadradas. De esta manera, podrás formar de él un buen reino (haciendo reinar en él los buenos principios de gobierno). El *Chu-king* dice: «Si un medicamento no causa la revolución y el desorden en el cuerpo de un enfermo, no obrará su curación.»

2. Ting-kong, príncipe de Teng, habiendo muerto, el hijo del siglo (el heredero del trono), dirigiéndose a Jan-yeu le dijo: «En otro tiempo, Mencio conversó conmigo en el Estado de Sung. Jamás he olvidado en mi corazón lo que me dijo. Ahora que por un desgraciado acontecimiento, he caído en una gran pena, yo deseo enviarte para interrogar a Mencio, a fin de saber lo que yo debo hacer en tal circunstancia.»

Jan-yeu, habiendo ido al reino de Tseu, interrogó a Mencio. Mencio respondió: «Las preguntas que me haces ¿no son verdaderamente importantes? En los funerales de sus padres es donde se manifiestan sinceramente los sentimientos del corazón. Thseng-tseu decía: «Si durante la vida de vuestros padres los servís según los ritos; si después de su muerte los amortajáis según los ritos; si les ofrecéis los sacrificios *tsi* según los ritos, podréis ser llamados llenos de piedad filial. Yo no he estudiado jamás los ritos que se deben seguir para los príncipes de todos los órdenes; sin embargo, yo he oído hablar de ellos. Un luto de tres años, vestidos de tela grosera, groseramente hechos; un alimento de arroz apenas mondado y cocido con agua: he ahí lo que observaban y de lo que se servían las pobla-

ciones de las tres dinastías, desde el Emperador hasta las últimas clases del pueblo.»

Después que Jan-yeu le hubo referido estas palabras, el príncipe ordenó llevar un luto de tres años. Los ministros parientes de su padre y todos los funcionarios públicos no se quisieron conformar con ello, y dijeron: «De todos los antiguos príncipes de Lu (de donde provienen nuestros antepasados), ninguno ha practicado esta costumbre de honrar a sus padres fallecidos; de todos nuestros antiguos príncipes, ninguno tampoco ha practicado este luto. En cuanto a lo que te concierne, no te conviene obrar de otra manera, pues la historia dice: «En las ceremonias de los funerales y del sacrificio a los manes de los difuntos, es preciso seguir la costumbre de los antepasados.» Es decir, que nuestros antepasados nos han trasmitido el modo de honrarlos y nosotros lo hemos recibido de ellos.»

El príncipe, dirigiéndose a Jan-yeu, le dijo: «En los días que ya pasaron, jamás me he entregado al estudio de la filosofía. Amaba mucho la equitación y el ejercicio de las armas. Ahora, los antiguos ministros y aliados de mi padre y todos los funcionarios públicos no tienen confianza en mí; temen acaso que no pueda bastar al cumplimiento de los grandes deberes que me son impuestos. Vas a ir de nuevo a consultar por mí, con Mencio, sobre esto.» Jan-yeu se trasladó de nuevo al reino de Tseu para interrogar a Mencio. Mencio dijo: «Siendo así las cosas, tu príncipe no debe buscar la aprobación de los demás. Kungtsé decía: «Cuando el príncipe acaba de morir, los negocios del Gobierno eran dirigidos por el primer ministro. El heredero del poder se alimentaba con arroz cocido en agua, y su rostro adquiría un tinte muy sombrío. Cuando se colocaba en su sitio, en la cámara mortuoria, para entregarse al dolor, los magistrados y los funcionarios públicos de todas clases no osaban sustraerse a las demostraciones de un dolor del que el heredero del trono daba el primero ejemplo. Cuando los superiores aman alguna cosa, los inferiores le afeccionan más vivamente aún. La

virtud del hombre superior es como el viento, la virtud del hombre inferior es como la hierba; si el viento pasa sobre ella se inclina necesariamente.» Está en poder del hijo del siglo el obrar así.» Cuando Jan-yeu le hubo referido estas instrucciones, el hijo del siglo dijo: «Es verdad; esto no depende más que de mi.» Y durante cinco lunas habitó en una barraca de madera (construída fuera de la puerta del palacio, para pasar allí el tiempo del luto) y no dió ninguna orden concerniente a los negocios del Estado. Todos los magistrados del reino y los miembros de su familia hicieron un deber de llamarle *versado en el conocimiento de los ritos*. Cuando llegó el día de los funerales, de los cuatro puntos del reino acudieron numerosas personas para contemplarle; y estas numerosas personas que habían asistido a los funerales quedaron muy satisfechas del aire consternado de su rostro y de la violencia de sus gemidos.

3. Ven-kung, príncipe de Teng, interrogó a Mencio sobre el arte de gobernar.

Mencio dijo: «Los asuntos del pueblo no deben ser descuidados. El *Libro de los versos* dice:

«Durante el día, recolectaréis las cañas;

»Durante la noche, haced con ellas sogas y esteras:

»Apresuraros a subir al techo de vuestras casas para repararlo.

»Va a comenzar pronto la estación en que será preciso sembrar todos los granos.»

»Esa es la opinión del pueblo. Los que tienen constantemente el uso de una propiedad para su mantenimiento, tienen el espíritu completamente tranquilo; los que no tienen constantemente el uso de tal propiedad, no tienen un espíritu completamente tranquilo. Si no tienen el espíritu completamente tranquilo, entonces no hay nada que no cometan: violación del derecho, perversidad del corazón, depravación de las costumbres, licencia desenfrenada. Si se espera a que el pueblo se hunda en el crimen para corregirle por medio de castigos, es coger al pueblo con redes. ¿Cómo un hombre,

teniendo la virtud de humanidad y sentándose sobre un trono, podría coger así al pueblo con redes?

»Es por esa razón por la que un príncipe sabio es necesariamente reflexivo y económico; observa los ritos prescritos con los inferiores y, exigiendo los tributos al pueblo, se conforma con lo que está determinado por la ley y por la justicia.»

Yang-hu decía: «El que no piensa más que en acumular riquezas, no es humano; el que no piensa más que en ejercer la humanidad, no es rico.

»Bajo los príncipes de la dinastía Hia cincuenta fanegas de tierra pagaban tributo (o estaban sometidas al diezmo); bajo los príncipes de la dinastía Yn, setenta fanegas estaban sujetas al feudo de asistencia *(tsu);* los príncipes de la dinastía Tchu exigieron estos dos primeros tributos para cien fanegas de tierra (que recibió cada familia). En realidad, en una y otra de estas dinastías prevaleció el diezmo sobre las tierras. El último de estos tributos es un reparto igual de todas las cargas; el segundo es un préstamo.»

Lung-tsé decía: «Haciendo la división y reparto de las tierras no se puede establecer mejor impuesto que el de asistencia *(tsu)* no se puede establecer otro peor que el del diezmo *(kung)*. Por este último tributo, el príncipe calcula el ingreso medio de varios años, a fin de hacer de él la base de un impuesto constante e invariable. En los años fértiles en que el arroz es muy abundante y en que no sería ejercer la tiranía exigir un tributo más elevado, se exige relativamente poco. En los años calamitosos, cuando el labrador no tiene siquiera con que abonar sus tierras, se exige absolutamente de él la integridad del tributo. Si el que está constituído para ser el padre y la madre del pueblo obra de manera que las poblaciones, con la mirada henchida de ira, se agoten hasta el fin del año en continuos trabajos, sin que los hijos puedan alimentar a su padre y a su madre, y que, además, los labradores estén obligados a pedir prestado a gran interés para completar sus tasas; si hace de modo que los ancianos y los niños, a causa del abandono que experimentan, se precipiten en los fosos llenos de agua, ¿cómo podrá ser el padre y la madre del pueblo?

»Los sueldos o pensiones hereditarias (288) están ya en vigor desde largo tiempo en el reino de Teng.»

El *Libro de los versos* dice:

«Que las lluvias rieguen, primeramente, los campos que cultivamos en común (pertenecientes al príncipe);

»Y que en seguida alcance a nuestros campos privados.»

»Es solamente cuando está en vigor el sistema de tributo de *asistencia* (*tsu*), cuando se cultivan los campos en común. Según esta cita del *Libro de los versos*, se ve que hasta bajo los Tcheu se percibía aún el tributo de *asistencia.*

»Estableced escuelas de todos los grados para instruir al pueblo, aquellas en que se enseñe a respetar a los ancianos; aquellas en que se dé la instrucción a todo el mundo indistintamente; aquellas en que se enseñe a tirar al arco que se llamaban *Hiao* bajo los Hia, *Sin* bajo los Yin, y *Tsiang* bajo los Tcheu. Las que se llaman *hio* (*estudios*) han conservado este nombre bajo las tres dinastías. Todas estas escuelas están destinadas a enseñar a los hombres sus deberes. Cuando son claramente enseñados los deberes por los superiores, los hombres de la multitud común se aman mutuamente en su inferioridad.

»Si ocurriese que un gran rey apareciese en el Imperio, tomaría ciertamente tu gobierno como ejemplo. Así es cómo llegarías a ser el preceptor de un gran rey.

El *Libro de los versos* dice:

«Aunque la familia de los Tcheu poseyó desde muy antiguo un principado real,

»El mandato que ha recibido del Cielo es reciente.»

»Es de Ven-vang de quien se trata. Si haces todos tus esfuerzos para poner en práctica las citadas instrucciones (el establecimiento de escuelas de todos los grados), podrás así renovar tu reino.»

Ve-kung envió a Pi-tchen para interrogar a Mencio sobre las tierras divididas en cuadrados iguales.

Mencio dijo: «Tu príncipe está dispuesto a practicar un gobierno humano, puesto que te ha escogido para enviarte junto a mí; debes hacer todos tus esfuerzos para responder a su confianza. El gobierno humano debe comenzar por una determinación de los límites o linderos de las tierras. Si la determinación de límites no es exacta, la división en cuadrados de los campos no será igual, y los salarios o pensiones en especie no estarán justamente repartidos. Es por lo que los príncipes crueles y sus viles agentes se cuidan muy poco de la delimitación de los campos. Una vez ejecutada exactamente la determinación de los límites, la división de los campos y el reparto de las pensiones o tratamientos en especie podrán ser asentadas sobre bases seguras y determinadas convenientemente.

»Aunque el territorio del Estado de Teng sea reducido y pequeño, es preciso que haya en él hombres superiores (por su saber, funcionarios públicos) y es preciso que haya en él hombres rústicos. Si no hay hombres superiores o funcionarios públicos, nadie se encontrará para gobernar y administrar a los hombres rústicos; si no hay hombres rústicos, nadie alimentará a los hombres superiores o funcionarios públicos

»Yo quisiera que en las campiñas alejadas de las ciudades, en nueve divisiones cuadrangulares iguales, una de ellas (la de en medio) fuera cultivada en común para subvenir a los tratamientos de los magistrados o funcionarios públicos, mediante el tributo de *asistencia*, y que en medio del reino (cerca de la capital) prevaleciera el diezmo como un impuesto o tributo.

»Todos los funcionarios públicos, desde los más elevados en dignidad hasta los más humildes, deben cada uno tener un campo *puro* (cuyos productos sean empleados únicamente en los sacrificios o ceremonias en honor de los antepasados). El campo *puro* debe contener cincuenta fanegas.

»Para los hermanos (menores que no tengan dieciséis años) se deben añadir veinticinco fanegas de tierra. Ni la muerte ni los viajes harán salir a estos colonos de su aldea. Si los campos de esta aldea están divididos en porciones cuadrangulares semejantes, así por fuera como por dentro, establecerán lazos estrechos de amistad; se protegerán y se ayudarán mútuamente en sus necesidades y en sus enfermedades; entonces, todas las familias vivirán en una unión perfecta.

»Un *li* cuadrado de extensión constituye un *tsing* (porción cuadrada de tierra); un *tsing* contiene novecientas fanegas; en medio se encuentra el campo público. Ocho familias, teniendo cada una de ellas cien fanegas en propiedad, conservarían juntamente el campo público en común. Terminados los trabajos comunes, las familias pueden al punto entregarse a sus propios trabajos. He ahí el resumen de este sistema. En cuanto a las modificaciones y mejoramientos que se les puede hacer sufrir, esto depende del príncipe y de tí.»

4. Hubo un hombre, llamado Hiu-hing, que, alabando mucho las palabras del antiguo emperador Chi-nung, pasó del reino de Thsu al de Teng. Habiendo llegado a la puerta de Ven-Kong, le habló así: «Yo, hombre de una región lejana, he oído decir que el príncipe practicaba un gobierno humano (que había distribuído las tierras en porciones cuadradas). Yo deseo recibir una habitación y llegar a ser campesino suyo.»

Ven-kong le dió un sitio para habitar. Los que le seguían, en número de algunas decenes de hombres, se cubrieron todos de trajes de lana grosera. Unos trenzaban sandalias, otros esteras de junco, para procurarse su alimento.

Cierto Tchin-siang, discípulo de Tchin-liang (del reino de Thsu), acompañado de su hermano menor, llamado Sin, llevando a sus espaldas los instrumentos de labor, llegaron del Estado de Sung al de Teng y dijeron: «Nosotros hemos sabido que el príncipe practicaba el gobierno de los santos hombres (de la antigüedad); es, pues, también él mismo un santo hombre. Nosotros deseamos ser aldeanos del santo hombre.»

Tching-siang, habiendo visto a Hiu-hing, se entusiasmó de alegría. Rechazó completamente las doctrinas que había aprendido de su primer maestro para estudiar las de Hiu-hing.

Tchin-siang, habiendo ido a ver a Mencio, le refirió las palabras de Hiu-hing, diciendo: «El príncipe de Teng es verdaderamente un príncipe sabio; pero, aunque así sea, no ha sido aún instruído en las santas doctrinas. El príncipe sabio cultiva la tierra y se alimenta con el pueblo; gobierna al propio tiempo que él mismo se prepara sus alimentos. Sin embargo, el príncipe de Teng tiene graneros y tesoros privados; obrando así, perjudica al pueblo para beneficiarse a sí mismo. ¿Cómo se le puede llamar sabio?»

Mencio dijo: «Hiu-tsé ¿siembra ciertamente él mismo el mijo de que se alimenta?

—Sí.

—Hiu-tsé ¿teje ciertamente él mismo la tela de cáñamo de que se hace los vestidos?

—De ningún modo. Hiu-tsé lleva trajes de lana.

—Hiu-tsé ¿lleva un gorro?

—Lleva un gorro.

—¿Qué género de gorro?

—Un gorro de tela sin adornos.

—¿Teje él mismo esa tela?

—De ningún modo. La cambia por mijo.

—¿Por qué Hiu-tsé no la teje él mismo?

—Haciéndolo, dañaría a sus trabajos de agricultura.

—Hui-tsé ¿se sirve de vasos de bronce o de vasos de tierra para cocer sus alimentos? ¿Se sirve de una reja de arado de hierro para trabajar?

—Sin duda.

—¿Los confecciona él mismo?

—De ninguna manera. Los cambia por mijo.

—Si el que cambia por mijo los instrumentos aratorios y los utensilios de cocina de que se sirve no cree hacer daño a los fabricantes de instrumentos aratorios y de utensilios de cocina, entonces estos últimos, que cambian sus instrumentos aratorios y sus instrumentos

de cocina por mijo, ¿piensan dañar a los labradores? ¿Por qué, pues, Hiu-tsé no se hace alfarero o herrero? No tendría sino tomar de su casa todos esos objetos de que tenía necesidad para servirse de ellos. ¿Por qué tomarse el trabajo de hacer esos cambios con todos los artesanos? ¿Cómo no teme Hiu-tsé todos estos inconvenientes?»

Tching-siang respondió: «Los trabajos de los artesanos no se pueden hacer al mismo tiempo que los de la agricultura.»

»Si es así, replicó Mencio, ¿el gobierno de un Imperio es, pues, la sola ocupación que se puede aliar con los trabajo de la agricultura? Hay negocios que pertenecen a los grandes hombres (a los que gobiernan un Imperio), los hay que pertenecen a los hombres del pueblo. Luego una sola persona (cultivando la tierra prepara (por medio de cambios) los objetos que todos los artesanos confeccionan. Si estuvieras obligado a confeccionarlos tú mismo para servirte de ellos en seguida, sería forzar a todo el mundo a estar sin cesar en los caminos. Es por lo que se ha dicho: «Los unos trabajan con su inteligencia; los otros trabajan con sus brazos. Los que trabajan con su inteligencia, gobiernan a los hombres; los que trabajan con sus brazos, son gobernados por los hombres.» Es la ley universal del Mundo.

»En los tiempos de Yao, el Imperio no estaba aún tranquilo. Inmensas aguas, desbordándose por todas partes, inundaron el Imperio; las plantas y los árboles crecían con superabundancia, los pájaros y las bestias salvajes se multiplicaban al infinito, las cinco clases de granos no podían madurar; los pájaros y las bestias feroces causaban los mayores daños a los hombres; sus vestigios se mezclaban en los caminos con los de los hombres hasta el medio del Imperio. Yao era él solo a entristecerse de estas calamidades. El elevó a Chun (a la dignidad suprema) para ayudarle a extender más los beneficios de un buen gobierno. Chun ordenó a I (Pe-i) presidir el fuego. Cuando I hubo incendiado las mon-

tañas y las fronteras, los pájaros y las bestias feroces (que infestaban todo) se ocultaron.

»Yu restableció el curso de los nueve ríos; hizo desembocar el Thsi y el Ta en el mar. Apartó en el curso de los ríos Ju y Kan los obstáculos que los obstruían; hizo desembocar los torrentes Hoai y Sse en el río Kiang. Hecho esto, los habitantes del reino de en medio pudieron en seguida obtener alimentos (trabajando y sembrando las tierras). En esta época, Yu estuvo ocho años ausente (ocupado) en sus grandes trabajos), pasó tres veces por la puerta de su casa sin entrar en ella. ¿Hubiera acaso podido labrar sus tierras aunque él mismo lo hubiera querido?

»Heu-tsi enseñó a su pueblo a sembrar y recolectar. Cuando estuvieron sembradas las cinco clases de granos y los campos sembrados estuvieron purgados de cizaña, las cinco clases de granos llegaron a la madurez y los hombres del pueblo tuvieron con qué alimentarse.

»Los hombres tienen en ellos el principio de la razón; pero si satisfaciendo enteramente su apetito, y vistiéndose confortablemente, y construyéndose habitaciones cómodas, carecen de instrucción, entonces se aproximan mucho a los animales.

»Los santos hombres (Yao y Chun) se afligieron mucho con este estado de cosas. Chun ordenó a Sie presidir la educación del pueblo y enseñarle los deberes de los hombres, a fin de que los padres y los hijos tuviesen ternura unos hacia otros; que el príncipe y sus ministros tuvieran entre ellos relaciones de equidad; que el marido y la mujer supiesen la diferencia de sus deberes, que el viejo y el joven estuviesen cada cual en su sitio; que los amigos y compañeros tuviesen fidelidad unos para otros.

»El hombre de méritos eminentes (Yao, así llamado por sus ministros) decía (a su hermano Sie): «Ve a consolar a las poblaciones; llámalas a ti; condúcelas a la virtud; corrígelas, ayúdalas; hazlas prosperar; haz que por sí mismas vuelvan al bien; además, esparce sobre ellas numerosos beneficios.» Cuando estos santos hombres se preocupaban así, con tanta solicitud, de la felicidad de las poblaciones, ¿crees que hubieran tenido tiempo libre para entregarse a los trabajos de la agricultura?

»Yao estaba atormentado por el temor de no encontrar un hombre como Chun (para ayudarle a gobernar el Imperio); y Chun estaba atormentado por el temor de no encontrar hombres como Yu y Hao-yao. Los que están atormentados por el temor de no cultivar cien fanegas de tierra, éstos son los agricultores.

»La acción de compartir con los hombres sus riquezas se llama benevolencia; la acción de enseñar la virtud a los hombres se llama rectitud de corazón; la acción de obtener el afecto de los hombres para gobernar el Imperio se llama humanidad. Es por esta razón por lo que es fácil dar el Imperio a un hombre; pero es muy difícil obtener el afecto de los hombres para gobernar el Imperio.»

Kuntsé decía: «¡Oh! ¡Qué grande fue Yao como príncipe! ¡No hay más que el Cielo que sea grande y no hay más que Yao que haya imitado su grandeza! ¡Qué inconmensurables eran sus virtudes y sus méritos! Los pueblos no pudieron encontrar términos para calificarle. ¡Qué príncipe también Chun! ¡Qué grande y sublime era! Poseyó el Imperio sin gloriarse de ello. Mientras que Yao y Chun gobernaron el Imperio, ¿no tuvieron bastante en qué ocupar su inteligencia sin entregarse aún a los trabajos de la agricultura? Yo he oído decir que ciertos hombres, sirviéndose (de las enseñanzas y de las doctrinas esparcidas por los grandes emperadores) de la dinastía Hia, habían cambiado las costumbres de los bárbaros; yo no había oído decir que los hombres esclarecidos por sus doctrinas hayan sido convertidos a la barbarie por los bárbaros. Tchi-liang, nativo del Estado de Tchsu, seducido por los principios de Tcheu-kung y de Tchung-ni, estudió en la parte septentrional del reino de en medio. Los sabios de esta región septentrional no han podido quizá sobrepujarle

en saber; era lo que llamáis un letrado eminente por sus talentos y su genio. Tú y tu hermano menor habéis sido sus discípulos algunas decenas de años. Muerto vuestro maestro, le habéis hecho defección al punto. En otro tiempo, cuando Kungtsé murió, sus discípulos, después de haber llevado su luto durante tres años, habiendo dispuesto sus efectos para regresar cada cual a su casa, fueron todos a despedirse de Tsé-kung. Cuando se encontraron en su presencia, prorrumpieron en llanto y gimieron hasta enronquecer. En seguida se volvieron con sus familias. Tsé-kung volvió junto a la tumba de su maestro, se construyó una habitación cerca de ella y la habitó sólo durante tres años. En seguida se tornó con su familia.

»Otro día, Tsé-hia, Tsé-tchang y Tsé-yeu, considerando que Yeu-jo tenía mucho parecido con el santo hombre (su maestro), querían servirle como habían servido a Kungtsé. Como apremiaban a Tseng-tsé para que se reuniese con ellos, Tseng-tsé les dijo: «Esto no conviene. Si laváis alguna cosa en el Hiang y en el Kan y luego la exponéis al sol de otoño para secarla, ¡oh!, ¡cómo estará de brillante y pura!; su blancura no podrá ser superada.

»Ahora bien, el bárbaro de las regiones meridionales, hombre de la lengua del pájaro chillón Kieu, no posee en modo alguno la doctrina de los antiguos reyes; como habéis abandonado a vuestro maestro para estudiar con él, diferiréis mucho de Tseng-tsé.

»El *Libro de los versos* dice: «El pájaro, saliendo del profundo valle, volaba a la cima de los árboles.» Jamás he oído decir que descendiera de la cima de los árboles para hundirse en los valles tenebrosos. El *Lu-sung* dice:

«El puso en huída a los bárbaros del occidente y del septentrión.

»El domó los reinos de King y de Chu.»

»¿Es bajo un hombre de las regiones bárbaras, al que Tcheu-kung venció, con el que estudiáis? Yo pienso que no está bien cambiar de este modo.»

Tching-liang respondió: «Si se siguiera la doctrina de Hiu-tsé, entonces la tasa de los mercados no sería doble y el fraude no se ejercería hasta en el centro del reino. Aunque enviárais al mercado un niño de doce años, no se le engañaría. Si las piezas de tela de cáñamo y las de seda tuviesen la misma longitud y la misma anchura, entonces su precio sería el mismo; si un montón de cáñamo en bruto y de cáñamo hilado tuvieran el mismo peso, entonces su precio sería el mismo; si las cinco clases de grano se dieran en la misma cantidad, pequeña o grande, entonces su precio sería el mismo, y zapatos del mismo tamaño se venderían igualmente al mismo precio.»

Mencio dijo: «El valor desigual de las cosas está en la naturaleza misma de las cosas. Ciertas cosas difieren entre ellas en un precio doble, quíntuple; ciertas otras en un precio décuple, céntuple; otras, aun en un precio mil veces o diez veces más grande. Si confundes así todas estas cosas, dando a todas un valor proprocionado solamente a su magnitud o a su cantidad, sembrarás la confusión en el Imperio. Si buenos zapatos o malos zapatos son del mismo precio, ¿qué hombre querría confeccionarlos buenos? Si se siguieran las doctrinas de Hiu-tsé, se excitaría mútuamente a ejercer el fraude; ¿cómo se podría entonces gobernar la familia y el Estado?»

5. Un llamado I-tchi, discípulo de Mé, solicitó, por medio de Sui-phi (discípulo de Mencio) ver a Mencio. Mencio dijo: «Deseo ciertamente verle, pero ahora estoy aún enfermo. Cuando esté mejor, yo iré a verle. Que I-tchi se evite el venir.»

Al día siguiente solicitó aún ver a Mencio. Mencio dijo: «Hoy puedo verle. Si no le conduzco en derechura a la verdad, entonces es que la doctrina que seguimos no lleva consigo la evidencia. Pero tengo la esperanza de conducirle a los verdaderos principios. He oído decir que I-tchi era el discípulo de Mé. Ahora, la secta de Mé se hace una regla de la mayor economía en la dirección de los funerales. Si I-tsé piensa en cambiar los usos y las costumbres del Imperio, ¿por qué mira

esta regla como contraria a la razón y hace poco caso de ella? Así, I-tchi ha amortajado a sus parientes con suntuosidad, siguiéndose de aquí que se conduce con sus parientes según los principios que su secta desprecia. Siu-tsé refirió estas palabras a I-tchi.» I-tchi dijo: Esa es también la doctrina de los letrados: «Los (santos) hombres de la antigüedad tenían la misma ternura para un niño en la cuna que para todo otro» (palabras del *Chu-king*). ¿Qué significan estas palabras? Luego, yo, Tchi, estimo que se debe amar igualmente a todo el mundo sin excepción de nadie; pero es preciso comenzar por sus padres.»

Siu-tsé refirió estas palabras. Mencio dijo: «¿Cree I-tchi que no debe haber diferencia entre los sentimientos que se tiene para el hijo de su hermano mayor y los sentimientos que se tiene para el niño en la cuna de su vecino? Es del *Chu-king* de donde ha sacado su cita; pero ella significa simplemente que si un niño que aún no hace más que arrastrarse se deja caer a un pozo, no es falta del niño. Luego, el Cielo al producir los seres vivos ha hecho de modo que tengan en ellos un principio fundamental único (que es deber el nacimiento a su padre y a su madre). Sin embargo, I-tchi divide en dos este principio fundamental (obligando a amar parecidamente a su padre y a su madre y a los hombres que pasan por el camino).

»Ahora bien, en los remotos siglos de la lejana antigüedad el uso no había establecido aún el amortajar a los padres. Cuando el padre y la madre habían muerto, los hijos cogían sus cuerpos e iban a arrojarlos a las fosas abiertas a lo largo de los caminos. Al siguiente día, cuando volvían a pasar cerca de ellos y veían que los lobos los habían devorado o que los gusanos los habían roído, un sudor frío inundaba su frente; apartaban sus miradas y no podían soportar la vista de aquello. Este sudor que inundaba su frente no era producido en ellos por haber visto los cuerpos de otras personas que los de su padre y madre, era el dolor que desde su corazón llegaba hasta su frente.

»Volvían prontamente y, trayendo con ellos un canasto y una azada, cubrían de tierra los cuerpos de sus padres. Esta acción de recubrir de tierra los cuerpos de sus padres, si era natural y conforme a la razón, preciso es necesariamente que el hijo piadoso y el hombre humano tengan una regla que seguir para enterrar a sus padres.»

Siu-tsé refirió estas palabras a I-tchi. I-tchi, fuera de sí, gritó al punto: «¡Estoy instruído en la buena doctrina!»

Capítulo VI

1. Tchin-tai (discípulo de Mencio) dijo: «No hacer lo primero una visita a los príncipes de todos rangos parece cosa de poca importancia. Ahora, suponed que hayáis ido a verlos lo primero, el mayor bien que podrá resultar de ello será hacerlos reinar según los verdaderos principios; el menor será hacer llegar el que habréis visitado el rango de jefe de los vasallos. Ahora bien, el Memorial *(tchi)* dice: Inclinándonos un pie nos elevamos ocho. Me parece conveniente que se obre así.»

Mencio dijo: «En otro tiempo, King-kung, rey de Thsi, queriendo ir de caza, llamó cerca de él, por medio del estandarte adornado de plumas, a los hombres encargados de la guarda del parque real. No habiendo acudido al llamamiento, resolvió en seguida condenarlos a muerte. "El hombre esclarecido y firme en su resolución (dice a este propósito Kungtsé) no olvida que su cuerpo pudiera muy bien ser arrojado a un muladar o a un foso lleno de agua. El hombre bravo y resuelto no olvida que puede perder la cabeza." Por qué Kungtsé hizo así el elogio (de los hombres de resolución)? Hizo el elogio de ellos porque estos hombres no se rindieron a una señal que no era la suya. Si, sin esperar la señal que debía llamarlos, los hombres nombrados para ciertas funciones las abandonasen, ¿qué sucedería tras ello?

»Luego, esta máxima de inclinarse un pie para elevarse ocho, concierne a la utilidad o a las ventajas que se pueden sacar de esta conducta. Pero si se trata de

una simple ganancia o provecho, ¿está permitido, en vista de este provecho, inclinarse ocho pies para no elevarse más que uno?

»En otro tiempo, Tchao-kian-tsé (uno de los primeros funcionarios, *ta-fu*, del Estado de Tçin) ordenó a Vang-liang (uno de los más hábiles cocheros) que condujese su carro para su servidor favorito, llamado Hi. Durante todo el día no cogió ni una bestia montaraz.

»El favorito, al dar cuenta a su señor de este resultado, dijo: «¡Es el más indigno de los hombres de su arte de todo el Imperio!»

»Habiendo alguien referido estas palabras a Vang-liang, éste dijo: «Yo ruego que se me deje de nuevo conducir el carro.» Insistió tan vivamente, que el favorito Hi consintió en ello. En una sola mañana cogió diez bestias monteses.

»El favorito, dando cuenta a su señor de este resultado, dijo: «¡Es el más hábil de los hombres de su arte de todo el Imperio!»

»Kian-tsé dijo entonces: «Yo ordeno que conduzca tu carro.» Vang-liang, habiendo sido advertido de ello, rehusó diciendo: «Cuando he dirigido para él sus caballos, según las reglas del arte, él no ha podido coger una sola bestia montés en toda la jornada; cuando para él los he dejado ir a tuertas y a derechas, en una sola mañana ha cogido diez. El *Libro de los versos* dice:

«Cuando no olvida guiar los caballos según las reglas del arte,

»El arquero lanza sus flechas con la mayor precisión.»

»Pero yo no tengo la costumbre de conducir un carro para un hombre tan ignorante de las reglas de su arte. Yo te ruego recibas mi negativa.

»Así, hasta un cochero tiene vergüenza de verse unido a un (mal) arquero. Valdría más no estar con él aun cuando este arquero cogiera tantas bestias monteses cuantas fuera preciso para formar una colina. ¿Qué sería, pues, si fuera preciso plegar las más estrechas reglas de conducta a merced de los príncipes yendo a visitarlos lo primero? Luego tú te has engañado (en tu cita). El que una vez se ha plegado él mismo, no puede ya enderezar a los demás hombres.»

2. King-tchu dijo: «Kong-sun-yen y Tchang ¿no son grandes hombres? Cuando uno de ellos se irrita, todos los príncipes tiemblan; cuando están en paz, todo el Imperio está tranquilo.»

Mencio dijo: «¿Cómo por ello pueden ser considerados como grandes? No has estudiado, pues, jamás el *Libro de los ritos*? Cuando el joven recibe el gorro viril, el padre le da sus instrucciones; cuando la joven se casa, la madre le da sus instrucciones. Cuando se traslada a la morada de su esposo, su madre la acompaña hasta la puerta y la exhorta en estos términos: «Cuando estés en la mansión de tu esposo deberás ser respetuosa, deberás ser atenta y circunspecta: no te opongas a las voluntades de tu marido. Hacer de la obediencia y de la sumisión su regla de conducta es la ley de la mujer casada.»

»Habitar constantemente en la gran morada del Mundo; tenerse constantemente sobre el recto sitio del Mundo (mantenerse constantemente en los límites de las conveniencias prescritas por los ritos); marchar por la gran vía del Mundo (observar constantemente la justicia y la equidad en las funciones públicas que se desempeñe); cuando se ha obtenido el objeto de sus deseos (empleos y honores), dar parte al pueblo de los bienes que se posean; cuando no se ha obtenido el objeto de sus deseos, practicar sólo los principios de la recta razón, haciendo todo el bien que se pueda; no dejarse corromper por las riquezas y por los honores; permanecer inmutable en la pobreza y en la abyección; no doblegarse a la vista del peligro y de la fuerza armada: he ahí lo que yo llamo ser un gran hombre.»

3. Tcheu-siao hizo una pregunta en estos términos: «Los hombres superiores de la antigüedad ¿cumplían las funciones públicas?» Mencio dijo: «Cumplían las funciones públicas. La historia dice: si Kungtsé pasaba tres lunas sin obtener de su príncipe un empleo público,

entonces estaba inquieto y triste. Si franqueaba las fronteras de su país para ir a un Estado vecino, llevaba siempre con él los dones de buena recepción. Kun-ming-i decía: «Cuando los hombres de l aantigüedad pasaban tres lunas sin obtener de su príncipe empleos públicos, entonces estaban vivamente afligidos por ello. (Tcheu-siao dice): Si se está durante tres meses sin obtener de su príncipe un empleo público y se está vivamente afligido por ello, ¿no es esto ser demasiado susceptible?»

Mencio dijo: «Para un letrado, perder su empleo es como para los príncipes perder su reino». El *Libro de los ritos* dice: «Estos príncipes laboran la tierra con la ayuda de sus colonos para proveer de mijo a todo el mundo; sus mujeres crían gusanos de seda y devanan los capullos para ayudar a la fabricación de los vestidos.»

»Si la víctima no está perfectamente propicia al sacrificio, si el mijo que se debe ofrecer no está mondado, si los vestidos no están preparados, el príncipe no osa hacer la ceremonia a los antepasados.

»Si el letrado no tiene un campo (como las funciones públicas dan derecho a tener uno), entonces no hace la ceremonia de los antepasados; si la víctima que debe ser inmolada, si los utensilios y los vestidos no están preparados, no osa permitirse hacer las ceremonias a los antepasados, entonces no osa permitirse la menor alegría. ¿No basta esto para que esté afligido?» (Tcheu-siao) dijo: «Si franqueaba las fronteras de su Estado para ir a un Estado vecino, llevaba siempre con él los dones de buena recepción. ¿Qué significan estas palabras?»

Mencio dijo: «Para un letrado ocupar un empleo público es como para un labrador cultivar la tierra. Cuando un labrador abandona su patria, ¿deja en ella sus instrumentos de trabajo?»

Tcheu-siao dijo: «El reino de Thsin es también un reino donde se desempeñan funciones públicas. Yo no había jamás oído decir que los hombres fuesen tan impacientes para ocupar empleos; si conviene ser así de impaciente por ocupar empleos, ¿qué decir de los hombres superiores que no aceptan sino difícilmente un empleo público?»

Mencio dijo: «Desde el instante en que un joven ha nacido (su padre y madre) desean para él una mujer; desde el instante en que una joven ha nacido (su padre y madre) desean para ella un marido. El sentimiento del padre y de la madre (para sus hijos), todos los hombres le tienen personalmente. Si, sin esperar la voluntad de su padre y madre y las proposiciones del encargado de oficio (289), los jóvenes practicasen una abertura en los muros de sus habitaciones, a fin de verse a escondidas el uno al otro; si franqueasen los muros para verse más íntimamente en secreto, entonces el padre y la madre, así como todos los hombres del reino, condenarán su conducta, que encontrarán despreciable.

»Los hombres de la antigüedad han deseado siempre ocupar empleos públicos; pero, además, detestaban no seguir la vía recta (no obtenerlos por medios dignos). Los que no siguen la vía recta, visitando a los príncipes, son de la misma clase que los que horadan los muros (para obtener las entrevistas ilícitas).»

4. Pheng-keng (discípulo de Mencio) hizo una pregunta en estos términos: «Cuando se hace uno seguir por algunas decenas de carros (como Mencio) y se hace acompañar por algunas centenas de hombres (que los montan), ¿no está fuera de lugar hacerse mantener por los diferentes príncipes en sus diferentes excursiones?»

Mencio dijo: «Si fuera preciso apartarse de la vía recta, entonces no sería conveniente recibir de los hombres, para su alimento, una sola cucharada de arroz cocido; de no apartarse de la vía recta, entonces Chun puede aceptar el imperio de Yoa sin que ello parezca fuera de lugar. ¿Piensas que ello estaría fuera de lugar?

—De ninguna manera. Pero no es conveniente que un letrado sin méritos, y viviendo en la ociosidad, coma el

pan de los otros (recibiendo salarios en especie que no gana).

Mencio dijo: «Si no comunicas tus méritos a los demás hombres; si no cambias nada de lo que poseen contra lo que no posees a fin de que por tu superfluo te procures lo que te falte, entonces el labrador tendrá mijo de sobra, la mujer tendrá tela de la que no sabrá qué hacer. Pero si das parte a los demás de lo que posees (por cambios), entonces el carpintero y el carretero podrán ser alimentados por ti.

»Supongamos que hay aquí un hombre (él mismo) que en su interior esté lleno de benevolencias y que al exterior esté lleno de conmiseración para los hombres; que este hombre conserve preciosamente las doctrinas de los antiguos reyes para transmitirla a los que las estudiarán después que él; cuando este hombre no es mantenido por vosotros, ¿por qué honrar tanto a los carpinteros y a los carreteros (que se procuran el sustento con su trabajo) y hacer tan poco caso de los que (como el hombre en cuestión) practican la humanidad y la justicia?»

Tcheu-siao dijo: «La intención del carpintero y la del carretero es procurarse el sostenimiento necesario para la vida; la intención del hombre superior que practica los principios de la recta razón, ¿es también procurarse el sostenimiento necesario para la vida?»

Mencio respondió: «¿Por qué escrutas su intención? Desde el instante en que te parece que lo ha merecido debes retribuirle y le retribuyes. Ahora, ¿retribuyes la intención o bien retribuyes las buenas obras?» —Yo retribuyo la intención. —Supongamos que hay un hombre aquí. Que el hombre ha roto las tejas de tu casa para penetrar en el interior, y con los tizones del hogar ha manchado los adornos de las paredes. Si su intención era, obrando así, procurarse el sustento, ¿le darías alimentos?

—De ningún modo.

Si es así, entonces no retribuirás la intención; retribuirás las buenas obras.»

5. Ven-tchang hizo una pregunta en estos términos: «El reino de Sung es un pequeño reino. Ahora comienza a poner en práctica el modo de gobierno de los antiguos reyes. Si los reinos de Thsi y de Thsu le tomaran odio y llevasen las armas contra él, ¿qué ocurriría?»

Mencio dijo: «Cuando Tching-thang habitaba el país de Po, tenían por vecino el reino de Ko. El jefe de Ko tenía una conducta disoluta y no ofrecía sacrificios a sus antepasados. Thang envió hombres a preguntarle por qué no sacrificaba. Y respondió: «Yo no me puedo procurar víctimas.» Thang ordenó enviarle bueyes y carneros. El jefe de Ko se los comió y no pudo con ellos ofrecer sacrificios. Thang envió de nuevo hombres que le preguntaron por qué no sacrificaba. «Yo no me puedo procurar mijo para la ceremonia.» Thang ordenó que la población de Po fuera a trabajar para él y que los ancianos, así como los débiles, llevasen víveres a aquella población. El jefe de Ko, conduciendo con él a su pueblo, fue a cerrar el paso a los que llevaban el vino, el arroz y el mijo, arrebatándoselo, y a los que no querían entregarlo los mataba. Se hallaba entre ellos un niño que llevaba provisiones de mijo y de carne; lo mató y se las arrebató. El, *Chu-king*, dice: «El jefe de Ko «trató como enemigos a los que llevaban víveres». Hacía alusión a este acontecimiento.

»Porque el jefe de Ko había matado a este niño. Thang le declaró la guerra. Las poblaciones situadas en el interior de los cuatro mares dijeron unánimemente: Esto no es para enriquecer su Imperio, sino para vengar a un marido o a una mujer privados de sus hijos por lo que ha declarado la guerra.

»Thang comenzó la guerra por el reino de Ko. Después de haber vencido a once reyes, ya no tuvo más enemigos en el Imperio. Si llevaba la guerra al oriente, los bárbaros del occidente se quejaban; si llevaba la guerra al mediodía, los bárbaros del norte se quejaban diciendo: «¿Por qué nos deja para los últimos?»

»Los pueblos le deseaban como tras una sequía se desea de la lluvia. Los que iban al mercado no eran dete-

nidos en el camino; los que labraban la tierra no eran arrancados de ella. Thang hacía morir a los príncipes y consolaba a los pueblos, como en los tiempos de la sequía la lluvia que acaba de caer procura una gran alegría a las poblaciones. El *Chu-king* dice: «Nosotros aguardamos a nuestro príncipe; cuando nuestro príncipe venga, seremos librados de la tiranía de los suplicios.»

»Había hombres que aun no estaban sometidos. Vu-vang se trasladó al oriente para combatirlos. Habiendo asegurado a los maridos y a las mujeres, estas últimas colocaron su seda negra y amarilla en canastillos y dijeron: «Continuando a servir a nuestro rey de Tcheu seremos colmadas de beneficios.» En seguida fueron a someterse a la gran ciudad de Tcheu. Sus hombres, elevados en dignidad, llenaron los canastillos de seda negra y amarilla y acudieron con estos presentes delante de los jefes de los Tcheu; el pueblo llenó los platos de provisiones de boca y los vasos de vino, y fue con sus presentes al encuentro de la tropa de Vu-vang. (Para obtener un resultado parecido), éste libró a aquellas poblaciones del fuego y del agua (es decir, de la más cruel tiranía); condenaba a muerte a sus tiranos, y esto fue todo.

»El *Taï-chi* (uno de los capítulos del *Chu-king*) dice: «El renombre de mi poder se ha extendido hasta lo lejos; cuando yo haya alcanzado los límites de su reino, me apoderaré del tirano. Este renombre se acrecerá aun cuando yo haya condenado a muerte a ese tirano y vencido a sus cómplices; brillará con más esplendor que el de Thang.»

El reino de Sung no practica el modo de gobierno de los antiguos reyes, como se ha dicho más arriba. Si practicase el modo de gobierno de los antiguos reyes, todas las poblaciones situadas entre los cuatro mares elevarían hacia él miradas de esperanza y no aspirarían más que a él, deseando que el rey de este reino llegara a ser su príncipe. Aunque los reinos de Thsi y de Thsu fueran grandes y poderosos, ¿qué tenía él que temer de ellos?»

6. Mencio, dirigiéndose a Taï-pu-ching (ministro del reino de Sung), dijo: «¿Deseas que tu rey llegue a ser un buen rey? Si lo deseas, yo te daré instrucciones bien claras a este respecto. Supongamos que el primer ministro de Thsu esté aquí. Si desea que su hijo hable el lenguaje de Thsi, ¿ordenará a un habitante del reino de Thsu instruirle en él?

—Ordenará a un habitante de Thsi que le instruya.

—Si un solo hombre de Thsi le instruye y, al mismo tiempo, todos los hombres de Thsu le hablan continuamente en su lengua, aunque el maestro le golpeara cada día para que aprendiera a hablar la lengua de Phisi, no podría conseguirlo. Si, por el contrario, le llevan y le retienen durante varios años en el pueblecillo de Tchung-yo (pueblecillo muy frecuentado del reino de Thsi), aun cuando le golpearan cada día para que aprendiese a hablar la legua de Thsu, no podría conseguirlo.

»Tú has dicho que Sie-kiu-tcheu (ministro del reino de Sung) era un hombre dotado de virtud y que tú habías hecho de suerte que habitase en el palacio del rey. Si los que habitan el palacio del rey, jóvenes y viejos, viles y honrados, eran tales como Sie-kiu-tcheu, ¿en unión de quién el rey podía dañar? Si los que habitan el palacio del rey, jóvenes y viejos, viles y honrados, eran todos diferentes de Sie-kiu-tcheu, ¿con quién el rey podía hacer el bien? Si, pues, no hay más hombre virtuoso que Sie-kiu-tcheu, qué haría él solo junto al rey de Sung?»

7. Konk-tsun-tcheu hizo una pregunta en estos términos: «Tú no vas a ver a los príncipes; ¿cuál es el motivo?»

Mencio dijo: «Los antiguos que no querían llegar a ser ministros de los reyes no iban a verlos. Kuan-sun-tcheu evitó al príncipe, que fue a visitarle, escapando por encima del muro. Sie-lieu cerró su puerta y no quiso recibirle. Uno y otro de estos sabios fueron demasiado lejos. Si el príncipe insiste fuertemente, el sabio letrado puede ir a visitarle.»

Yang-ho deseaba ver a Kungtsé, pero temía no observar los ritos.

(Se ha dicho en el *Libro de los ritos*): «Cuando el primer funcionario lleva un presente a un letrado, si ocurre que éste no se halla en su casa para recibirle, entonces él se presenta en la morada del funcionario para darle las gracias.»

Yang-ho se informó del momento en que Kungtsé no estaría en su casa, y eligió este momento para ir a llevar a Kungtsé un cochinillo salado. Kungtsé, por su parte, se informó del momento en que Yang-ho estaba ausente de la suya para ir a darle las gracias. Si Yang-ho hubiera regresado a su casa antes del momento indicado, ¿hubiera podido Kungtsé impedir el verle?

Thseng-tsé decía: «Los que se violentan para sonreír como aprobación a todos los propósitos de los que quieren adular, se fatigan más que si trabajasen a pleno Sol.»

Tsé-lu decía: «Si los hombres disimulados hablan entre sí antes de haber contraído lazos de amistad, ved cómo su rostro se cubre de rubor. Esos hombres son a los que yo aprecio poco. Examinándolos bien, se puede saber lo mucho bueno que el hombre superior lleva en sí mismo.»

8. Taï-ying-tchi (primer ministro del reino de Sung) decía: «Yo no he podido aún exigir para tributo más que la décima de los productos, ni abrogar los derechos de entrada a los pasajes de las fronteras y las tasas de los mercados. Yo quisiera, sin embargo, disminuir estas cargas hasta llegar al año próximo, y en seguida las suprimiría completamente. ¿Cómo hacer?»

Mencio dijo: «Hay ahora un hombre que cada día coge los pollos de sus vecinos. Alguien le dijo: «Lo que haces no está conforme con la conducta de un hombre honrado y sabio.» Pero él respondió: «Bien quisiera yo corregirme poco a poco de este vicio; cada mes no cogería más que un pollo para esperar al año próximo, y en seguida me abstendría completamente de robar.»

»Si se sabe que lo que se practica no es conforme a

lo justicia, entonces se debe cesar incontinenti. ¿Para qué esperar al año próximo?»

9. Kong-tu-tsé dijo: «Los hombres de fuera proclaman todos, maestro, que te gustar disputar. ¿Osaré yo interrogarte a este respecto?»

Mencio dijo: «¿Por qué me gustaría disputar? Pero no puedo dispensarme de ello. Hace largo tiempo que el Mundo existe; unas veces es el buen gobierno el que reina; otras es la anarquía y la revuelta.

»En la época del Emperador Yao, las aguas desbordadas inundaron todo el reino. Las serpientes y los dragones le habitaban y el pueblo no tenía ningún lugar para fijar su residencia. Los que habitaban en la llanura se construían sus barracas como nidos de pájaros; los que moraban en lugares elevados se horadaban habitaciones subterráneas. El *Chu-king* dice: «Las aguas, desbordándose por todas partes, me dan una advertencia.» Las aguas desbordadas por todas partes son grandes y vastas aguas. Chun, habiendo ordenado a Yu dominarlas y dirigirlas, Yu hizo horadar la tierra para hacerlas afluir hasta el mar. Ahuyentó las serpientes y los dragones y los hizo refugiarse en los pantanos llenos de hierbas. Las aguas de los ríos Kiang, Hoaï, Ho y Han volvieron a surgir en medio de sus lechos. Habiéndose alejado los peligros y los obstáculos que se oponían a la circulación de las aguas, las aves de rapiña y las bestias monteses, que dañaban a los hombres, desaparecieron; en seguida los hombres obtuvieron una tierra habitable y fijaron en ella su morada.

»Habiendo muerto Yao y Chun, la doctrina de justicia y de humanidad de estos santos hombres se echó a perder. Príncipes crueles y tiranos aparecieron durante una larga serie de generaciones. Destruyeron las moradas y las habitaciones para hacer en su lugar lagos y estanques, y el pueblo no supo dónde encontrar un sitio seguro para su reposo. Asolaron los campos en cultivo para hacer en ellos jardines y parques de recreo; tanto hicieron, que el pueblo se halló en la imposibilidad de ves-

tirse y de alimentarse. Los discursos más perversos, las acciones más crueles vinieron aún a manchar estos tiempos desastrosos. Los jardines y los campos de recreo, los lagos y los estanques, los mares y las lagunas llenas de hierba se multiplicaron tanto, que las aves de rapiña y las bestias monteses reaparecieron; y cuando cayó en manos de Cheu (o Tcheu-sin), el Imperio llegó al más alto grado de revuelta y de confusión.

»Tcheu-kong ayudó a Vu-vang a derribar y destruir a Cheu y a conquistar el reino de Yan. Después de tres años de combates, el príncipe de este reino fue derribado; Vu-vang persiguió a Feï-lin hasta un rincón de tierra cerrado por el mar y le mató. Después de haber extinguido cincuenta reinos, se dedicó a perseguir a los leopardos, tigres, rinocerontes, elefantes, y los ahuyentó lejos. Reinó entonces en el Imperio gran alegría. El *Chu-king* dice: «¡Oh! Cómo brillaban con gran esplendor los designios de Ven-vang! ¡Como fueron bien seguidos por los altos hechos de Vu-vang! Ellos han ayudado e instruido a los hombres de nuestros días, que son su posteridad. Todo está ahora perfectamente regulado; no hay nada que enmendar.»

»La generación siguiente ha degenerado; los principios de humanidad y de justicia (proclamados por los santos hombres y enseñados en todos los libros sagrados) han caído en el olvido. Los discursos más perversos, las acciones más crueles, han venido de nuevo a trastornar el Imperio. Hubo súbditos que hicieron morir a su príncipe; hubo hijos que hicieron morir a su padre.

»Kungtsé, asustado (de esta gran disolución), escribió su libro, titulado *La Primavera y el Otodo* (*Tchunthiseu*). Este libro contiene el deber del hijo del Cielo (del Emperador). Es por lo que Kungtsé decía: «El que me conozca, no me conocerá sino según *La Primavera y el Otoño;* el que me acuse, no lo hará sino según *La Primavera y el Otoño.*»

»No aparecen más santos reyes (para gobernar el Imperio); los príncipes y los vasallos se entregan a la licencia más desenfrenada; los letrados de cada lugar profesan los principios más opuestos y los más extraños; las doctrinas de los sectarios Yang-tchu y Mé-i llenan el Imperio, y las doctrinas del Imperio (las que son profesadas por el Estado), si no entran en las de Yang, entran en las de Mé-i. La secta de Yang relaciona todo así; no reconoce príncipes. La secta de Mé-i ama a todo el mundo indistintamente; no reconoce parientes. No reconocer parientes, no reconocer príncipes, es ser como los brutos y las bestias monteses.

»Kung-ming-i decía: «Las cocinas del príncipe rebosan de carnes, sus cuadras están llenas de caballos; pero el pueblo lleva en su rostro las huellas del hambre, los campos desiertos son invadidos por hombres muertos de miseria; así es como se empuja a las bestias feroces a devorar a los hombres.»

»Si las doctrinas de las sectas de Yang y de Mé-i no son reprimidas; si las doctrinas de Kungtsé no son sacadas a luz nuevamente, los discursos más severos abusarán del pueblo y ahogarán los saludables principios de humanidad y de justicia. Si los principios saludables de humanidad y de justicia son ahogados y reprimidos, entonces, no solamentos estos discursos impelirán a las bestias feroces a devorar a los hombres, sino que excitarán a los hombres a devorarse entre ellos.

»Yo, asustado de los progresos que hacen estas peligrosas doctrinas; yo, defiendo las doctrinas de los santos hombres del tiempo pasado; yo combato a Yang y a Mé-i; yo rechazo sus proposiciones corruptoras, a fin de que los predicadores perversos no surjan en el Imperio para esparcirlas. Una vez que estas doctrinas perversas hayan penetrado es los corazones, corromperán las acciones; una vez sean practicadas mediante las acciones, corromperán todo lo que constituye la existencia social. Si los santos hombres de la antigüedad aparecieran de nuevo sobre la Tierra, no cambiarían nada a mis palabras. En otro tiempo, Yu dominó las grandes aguas e hizo cesar las calamidades que afligían al Imperio; Tcheu-kong reunió bajo su dominación a los bárbaros del mediodía y del septentrión; ahuyentó lejos

las bestias feroces, y todas las poblaciones del Imperio pudieron vivir en paz. Después que Kungtsé hubo terminado la composición de su libro histórico *La Primavera y el Otoño,* los ministros rebeldes y los bandidos temblaron.

»El *Libro de los versos* dice:

«Los bárbaros del occidente y del septentrión son puestos en fuga;

»Los reinos de Hing y de Chu son dominados;

»Nadie osa ahora resistirme.»

Los que no reconocían ni parientes ni príncipes son los bárbaros que Tcheu-kung puso en fuga.

»Yo, también yo, deseo rectificar el corazón de los hombres, reprimir los discursos perversos, oponerme a las acciones depravadas y rechazar con todas mis fuerzas las proposiciones corruptoras, a fin de continuar la obra de los tres grandes santos, Yu, Tcheu-kong y Kungtsé, que me han precedido. ¿Es esto amar el disputar? Yo no he podido dispensarme de obrar como lo he hecho. El que puede mediante sus discursos combatir las sectas de Yang y de Mé-i es un discípulo de los santos hombres.»

10. Khuang-tchang dijo: «Tchin-tchung-tsé, ¿no es un letrado lleno de sabiduría y de sencillez? Cuando vivía en U-ling, habiendo pasado tres días sin comer, sus oídos no pudieron oír, sus ojos no pudieron ver. Un peral se encontraba allí, cerca de un pozo; los gusanos se habían comido más de la mitad de sus frutos. El moribundo, arrastrándose sobre sus manos y sobre sus pies, cogió lo restante para comerlo. Después de haberlo gustado tres veces, sus oídos recobraron la audición, y sus ojos la vista.»

Mencio dijo: «Entre todos los letrados del reino de Tsi, yo considero ciertamente a Tchung-tsé como el más grande. A pesar de esto, sin embargo, ¿cómo entiende Tchung-tsé la sencillez y la templanza? ¡Para cumplir el propósito de Tchung-tsé sería necesario ser gusano de tierra! Entonces habría medio de parecerse a él.

»El gusano de tierra, en los lugares elevados, se alimenta de tierra seca, y en los lugares bajos, bebe el agua cenagosa. La casa que habita Tchung-tsé, ¿no es la que se construyó Pe-i (hombre de la antigüedad, célebre por su extrema templanza)?, o bien, ¿sería la que edificó el ladrón Tche (hombre de la antiguedad, célebre por su intemperancia)? El mijo se come, ¿no es el que sembró Pé-i?, o bien, ¿sería el que fue sembrado por Tche? Esas son preguntas que aún no han sido resueltas.»

Kuang-tchan dijo: «¿Qué importa todo eso? El hacía zapatos y su mujer tejía el cáñamo, para cambiar estos objetos por alimentos.»

Mencio prosiguió: «Tchung-tsé era de una antigua y gran familia de Thsi. Su hermano mayor, de nombre Taï, recibe, en la ciudad de Ho, diez mil medidas de grano de rendimientos anuales en especie. Pero él mira las rentas de su hermano mayor como rentas inicuas, y no quiere alimentarse de ellas; considera la casa de su hermano mayor como una casa inicua, y no quiere habitarla. Huyendo de su hermano mayor y separado de su madre, ha ido a fijarse en U-ling. Cierto día que había regresado a su país, alguien le llevó como presente, de parte de su hermano mayor, un ganso vivo. Frunciendo el entrecejo al verle, dijo: «¿A qué uso se destina ese ganso chillón?» Otro día, su madre mató aquel ganso, y se lo dió a comer. Su hermano mayor, que volvía a la casa, dijo: «Comes carne de ganso chillón»; entonces Tchung-tsé salió y vomitó lo que había comido.

»Los platos que su madre le da a comer no los come; los que le prepara su mujer, los come. No quiere habitar la casa de su hermano mayor, pero habita el pueblecillo de U-ling. ¿Es de esta manera como puede cumplir el destino de la empresa que se ha propuesto? Si alguno quiere parecerse a Tchung-tsé debe hacerse gusano de tierra; en seguida podrá conseguir su objeto.»

HIA-MENG

Segundo Libro

CAPITULO PRIMERO

1. Mengtsé dijo: «Aun cuando tengan la penetración de Li-leu (290) y la habilidad de Kung-chu-tsé (291), si no haces uso del compás y de la regla, no podrás fabricar objetos redondos y cuadrados. Aun cuando tengas el oído tan fino como Sse-kuang, si no haces uso de las seis reglas musicales, no podrás poner en armonía los cinco tonos; aun cuando sigas los principios de Yao y de Chun, si no empleas un modo de gobierno humano y liberal, no podrás gobernar pacíficamente el Imperio.

»Ahora los príncipes tienen sin duda, un corazón humano y fama de humanitarios; sin embargo, los pueblos no experimentan sus beneficios; ellos mismos no pueden servir de ejemplos ơ de modelos a los siglos venideros, porque no practican los principios de humanidad y de justicia de los antiguos reyes.

»Es por lo que se dice: «La virtud sola no basta para practicar un buen sistema de gobierno; la ley sola no puede ponerse en práctica por sí misma.»

»El *Libro de los versos* dice:

«Ellos no pecarán ni por exceso ni por olvido;

»Ellos seguirán las leyes de los antiguos.»

»No ha existido jamás un príncipe que haya cometido error siguiendo las leyes y las instituciones de los antiguos reyes.

»Cuando los santos hombres hubieron agotado todas las facultades de sus ojos, transmitieron a la posteridad el compás, la regla, el nivel y la plomada, para formar los objetos cuadrados, redondos, nivelados y rectos; y estos instrumentos todavía no han podido ser reemplazados. Cuando hubieron agotado en toda su extensión su facultad del oído, transmitieron a la posteridad las seis *liu*, o reglas de música, que rectifican los cinco sonidos; y estas reglas no han podido ser aún reemplazadas. Cuando hubieron agotado todas las facultades de su inteligencia, todas las inspiraciones de su corazón, transmitieron a la posteridad los frutos de sus meditaciones, legando un modo de gobierno que no permite tratar cruelmente a los hombres, y la humanidad se extendió por todo el Imperio.

»Es por lo que se dice: «Si quieres construir un monumento que domine, debes poner sus cimientos sobre una colina o un sitio elevado; si quieres construir un edificio sin apariencia, debes poner sus cimientos sobre un suelo bajo y húmedo, a lo largo de los arroyos y de los estanques. Si, ejerciendo el gobierno, no se sigue la manera de gobernar de los antiguos reyes, ¿se puede llamar esta conducta conforme a la sabiduría y a la prudencia?

»Es por lo que no hay sino el hombre humano y lleno de compasión para los hombres, que esté convenientemente colocado sobre el sitial elevado del poder soberano. Si un hombre inhumano y cruel se encuentra colocado sobre el sitial elevado del poder soberano, es un azote que vierte todas las iniquidades sobre la multitud.

»Si el superior o príncipe no sigue la recta regla de conducta y una sabia dirección, los inferiores no seguirán ninguna ley, ni se someterán a ninguna subordinación. Si la corte no hace caso alguno de la recta razón; si no se cree en sus prescripciones; si los magistrados no tienen ningún respeto hacia las instituciones ni aumentan su confianza; si los hombres superiores se rebelan contra la equidad, violando las leyes, y los hombres vulgares contra la justicia, es un feliz azar que, en tales circunstancias, el reino se conserve sin parecer.

»Es por lo que se dice: «No es una calamidad para el reino el no tener ciudades completamente fortificadas, de muros exteriores e interiores; el no tener corazas y armas en gran número; no es una causa de ruina para un Imperio que los campos y las campiñas alejados de

las ciudades no estén bien cultivados, que los bienes y las riquezas no están acumuladas. Si el superior o el príncipe no se conforma a los ritos; si los inferiores no estudian los principios de la razón, el pueblo pervertido se alzará en insurrección y la ruina del Imperio será inminente.»

»El *Libro de los versos* dice:

«El Cielo está a punto de derribar la dinastía de (Tcheu):

»(Ministros de esta dinastía) ¡no perder tiempo!»

»La expresión no perder tiempo es equivalente a la de no ser negligentes. No seguir los principios de equidad y de justicia en el servicio del príncipe; no observar los ritos, aceptando o rehusando una magistratura; censurar vivamente en sus discursos los principios de conducta de los antiguos Emperadores, es como si se fuera negligente e indiferente a la ruina del Imperio.

»Es por lo que se dice: «Exhortar al príncipe a practicar cosas difíciles, se llama acto de respeto hacia él; proponerle hacer el bien, impedirle cometer el mal, se llama abnegación sincera.» Pero decir: «mi príncipe no puede (ejercer un gobierno humano), esto se llama robar.»

2. Mencio dijo: «El compás y la regla son los instrumentos de perfeccionamiento de las cosas cuadradas y redondas; el santo hombre es el cumplimiento perfecto de los deberes prescritos entre los hombres.

»Si, ejerciendo las funciones y los deberes de soberano, quieres cumplir en toda su extensión los deberes del soberano; si, ejerciendo las funciones de ministro quieres cumplir en toda su extensión los deberes de ministro: en estos dos casos no tienes sino imitar la conducta de Yao y de Chun, y nada más. No servir a su príncipe como Chun sirvió a Yao, es no tener respeto para su príncipe; no gobernar al pueblo como Yao lo gobernó, es oprimir al pueblo.

»Kungtsé dijo: «No hay más que dos grandes vías en el mundo: la de humanidad y la de inhumanidad, y he ahí todo.»

»Si la tiranía que un príncipe ejerce sobre su pueblo es extremada, entonces su persona está condenada a muerte y su reino es destruido. Si la tiranía no es llevada al extremo, entonces su persona está en peligro y su reino está amenazado de ser dividido.

»El pueblo da a estos príncipes los sobrenombres de embrutecido *(Yeu)* y de cruel *(Li)*. Aun cuando estos príncipes tuvieran hijos llenos de ternura y de piedad filial para ellos, y sobrinos llenos de humanidad, estos últimos, durante cien generaciones, no podrían cambiar los nombres envilecidos que los ha impuesto la justicia popular.

»El *Libro de los versos* dice:

«El ejemplo de la dinastía Yn no se ha alejado;

»Hay otro del tiempo de la dinastía Hia.»

»Son los dos reyes (a los que el pueblo ha dado los nombres envilecidos) los que se designan el decir esto.»

3. Mengtsé dijo: «Los fundadores de las tres dinastías obtuvieron el Imperio por humanidad; sus sucesores lo perdieron por la inhumanidad y por la tiranía.»

»He ahí las causas que trastornan y elevan los Imperios, que los conservan o los hacen perecer.

»Si el hijo del Cielo es inhumano, no conserva su soberanía sobre los pueblos situados entre los cuatro mares. Si los reyes y príncipes vasallos son inhumanos, no conservan el apoyo de los espíritus de la tierra y de los frutos de la misma. Si los presidentes del Tribunal Supremo y los demás grandes funcionarios son inhumanos, no conservan los venerables templos de los antepasados. Si los letrados y los hombres del pueblo son inhumanos, no conservan intactos sus cuatro miembros.

»Luego, si se tiene miedo a la muerte o a la pérdida de algunos miembros, y se complace, no obstante, en la inhumanidad, ¿no se obra como si se detestase la embriaguez y, al mismo tiempo, se entregase con todas sus fuerzas a la bebida?»

4. Mengtsé dijo: «Si alguno ama a los hombres sin recibir de ellos muestras de afecto, que no considere más que su humanidad. Si alguno gobierna a los hombres sin que los hombres se dejen gobernar fácilmente por él, que no considere más que su sabiduría y su prudencia. Si alguno trata a los hombres con toda la consideración prescrita, sin ser pagado por ello, que no considere más que el cumplimiento de su deber.

»Cuando se obra así, si ocurre que no se consigue lo que se desea, en todos los casos, no se debe buscar la causa más que en sí mismo. Si su conducta está conforme con los principios de la rectitud y de la razón, el Imperio vuelve por sí mismo a someterse a él.»

El *Libro de los versos* dice:

«El que piensa siempre en conformarse al mandato del Cielo,

»Atrae sobre él un gran número de felicidades.»

5. Mengtsé dijo: «Los hombres tienen una manera constante de hablar (sin comprenderla demasiado). Todos dicen: «el Imperio, el reino, la familia.» La base del Imperio existe en el reino; la base del reino existe en la familia; la base de la familia existe en la persona.»

6. Mengtsé dijo: «No es difícil ejercer el gobierno; es preciso no atraerse resentimientos por parte de las grandes casas. Lo que estas grandes casas desean, uno de los reinos (que constituyen el Imperio) lo desea también; lo que un reino desea, el Imperio lo desea también. Es por lo que las instrucciones y los preceptos de las virtudes se esparcen como un torrente hasta los cuatro mares.»

7. Mengtsé dijo: «Cuando la recta regla de la razón se sigue en el Imperio, la virtud de los hombres inferiores sirve a la virtud de los hombres superiores; la sabiduría de los hombres inferiores sirve a la sabiduría de los hombres superiores. Pero cuando la recta regla de la razón no se sigue en el Imperio, los pequeños sirven a los grandes; los débiles sirven a los fuertes (lo que es contrario a la razón).

»Estos dos estados de cosas son regulados por el Cielo. El que obedece al Cielo, es conservado; el que le resiste, perece.»

King-kung, príncipe de Thsi, dijo: «Cuando un príncipe no puede mandar a los demás; si, además, no quiere recibir órdenes de nadie, se separa por esto mismo de los demás hombres. Después de haber vertido muchas lágrimas, da a su hija en matrimonio al príncipe bárbaro del reino de Ou.»

»Ahora, los pequeños reinos imitan a los grandes reinos y, sin embargo, se avergüenzan de recibir órdenes de ellos y de obedecerlos. Es como si los discípulos se avergonzasen de recibir órdenes de su maestro de más edad que ellos, y de obedecerle.

»Si los pequeños reinos se avergüenzan de obedecer a los otros, nada mejor para ellos que imitar a Ven-vang. (Tomándolo por ejemplo), un gran reino, después de cinco años; un pequeño reino, después de siete años, ejercerán seguramente el poder soberano en el Imperio.

»El *Libro de los versos* dice:

«Los descendientes de la familia de los Chang,

»Eran en número de más de cien mil.

»Cuando el Emperador Supremo *(Chang-ti)* lo hubo ordenado (transmitiendo el Imperio a otra familia),

»Ellos se sometieron a los Tcheu.

»Porque el mandato del Cielo no es eterno.

»Los ministros de la familia Yn (o Chang), dotados de perspicacia y de inteligencia,

»Vertiendo el vino de los sacrificios, sirven en el palacio imperial.»

Kungtsé dijo: «Como el nuevo soberano era humano, no se puede considerar a los que le eran opuestos como numerosos. Si el jefe de un reino ama la humanidad, no tendrá ningún enemigo o adversario en el Imperio.

»Luego, si se desea no tener ningún enemigo o adversario en el Imperio, y no se hace uso de la humanidad (para llegar a este objeto), es como si se quisiera

coger un hierro caliente con la mano, sin haberle antes metido en el agua.»

El *Libro de los versos* dice:

«¿Quién puede coger con la mano un hierro caliente
»Sin haberle antes metido en el agua?»

8. Mengtsé dijo: «¿Se puede conservar y hablar el lenguaje de la razón con los príncipes crueles e inhumanos? Los peligros más amenazadores son para ellos motivos de tranquilidad, y las calamidades más desastrosas son para ellos motivos de provechos: se regocijan con lo que causa ruina. Si se pudiera conversar y hablar el lenguaje de la razón con estos príncipes crueles e inhumanos, ¿habría un gran número de reinos que perecerían y de familias que sucumbirían?

Había un niñito que cantaba diciendo:

«Si el agua del río Thsang-lang es pura,
»Podré lavar en ellas las cintas que ciñen mi cabeza
»Si el agua del río Tsang-lang está turbia,
»Podré lavar en ella mis pies.»

Kungtsé dijo: «Hijos míos, escuchad estas palabras: Si el agua es pura, entonces lavará en ella las cintas que ciñen su cabeza; si está turbia, entonces lavará en ella sus pies; él mismo es quien decidirá sobre ello.

»Los hombres se desprecian, ciertamente, a sí mismos antes que los demás hombres los desprecien. Las familias se destruyen, ciertamente, ellas mismas antes que los hombres las destruyan. Los reinos se atacan, ciertamente, ellos mismos antes que los hombres los ataquen.»

El Taï-kia dice: «Es posible preservarse de las calamidades enviadas por el Cielo; no se puede soportar aquellas que son atraídas por nosotros mismos.» Estas palabras dicen exactamente lo que yo quería expresar.

9. Mengtsé dijo: «Kie y Cheu perdieron el Imperio porque perdieron a sus pueblos; ellos perdieron a sus pueblos porque perdieron su afecto.»

»Hay una vía segura para obtener el Imperio; es preciso obtener al pueblo, y por ello mismo se obtiene el

Imperio. Hay una vía para obtener al pueblo; es preciso obtener su afecto o su corazón, y por esto mismo se obtiene al pueblo. Hay una vía para obtener el corazón del pueblo; es la de darle lo que desea, suministrarle aquello de que tiene necesidad, y no imponerle aquello que detesta.

»El pueblo se somete a la humanidad, como el agua corre por lo más bajo, como las bestias feroces se retiran a los lugares desiertos.

»Así es la nutria, que hace retirarse a los peces al fondo de las aguas, y el gavilán, que hace huir a los pájaros a la espesura de los bosques; son los (malos reyes) Kie y Tcheu, los que hacen huir a los pueblos en brazos de Thang y de Vu-vang.

»Ahora, si entre todos los príncipes del Imperio se encontrase uno que tuviera humanidad, entonces todos los reyes y los príncipes vasallos (por su tiranía habitual) forzarían a los pueblos a refugiarse bajo su protección. Aun cuando no quiera reinar como soberano en todo el Imperio, no podría abstenerse de ello.

»Ahora, los que desean reinar como soberanos sobre todo el Imperio son como un hombre que durante una enfermedad de siete años busca la hierba preciosa *(caï)* que no procura alivio sino después de haber estado seca durante tres años. Si no se ocupa de cogerla, no podrá recibir de ella el alivio antes del fin de su vida. Si los príncipes no se aplican con toda su inteligencia a la investigación y a la práctica de humanidad, hasta el fin de su vida, se afligirán de la verguenza de no practicarla, para caer, en fin, en la muerte y en el olvido.

El *Libro de los versos* dice:

«¿Cómo podrían estos príncipes llegar a ser hombres de bien?

»Ellos se sumergen mutuamente en el abismo.»

Este es el pensamiento que yo he tratado de expresar más arriba.»

10. Mengtsé dijo: «No es posible tener propósitos razonables con los que se entregan, con sus palabras, a

toda la fogosidad de sus pasiones; no es posible obrar en común en los asuntos que exigen la aplicación más sostenida, con hombres sin energía que se abandonan ellos mismos. Censurar los usos y la equidad de sus discursos, es lo que se llama abandonarse en sus palabras a la fogosidad de sus pasiones. Decir: «Mi persona no puede ejercer la humanidad y seguir la justicia»; esto se llama «abandono de sí mismo».

»La humanidad es la morada tranquila del hombre; la justicia es la vía recta del hombre.

»Dejar su morada tranquila, sin habitarla; abandonar su ví recta, sin seguirla. ¡Oh! ¡Qué lamentable es esto!»

11. Mengtsé dijo: «¡La vía recta está cerca de ti, y la buscas a lo lejos! ¡Es una cosa de las que son fáciles, y tú la buscas entre las difíciles!

Si cada uno ama a sus padres como se los debe respetar, el Imperio estará en la unión y la armonía.»

12. Mengtsé dijo: «Si los que están en una condición inferior (a la del príncipe) no obtienen toda la confianza del superior, el pueblo no podrá ser gobernado. Hay una vía segura para obtener el favor y la confianza del príncipe. Hay una vía segura para ser fiel con sus amigos: si en los deberes que se rinde a los padres no se los procura alegría, no se es fiel con sus amigos. Hay una vía seguro para proporcionar alegría a sus padres; si mirando hacia sí mismo no se ve uno veras, sincero, exento de fingimiento y de disfraz; si no se sabe discernir en qué consiste realmente la virtud, no se hace su persona veraz, sincera, exenta de fingimiento y de disfraz.

»Es por lo que la verdad sincera es la vía del Cielo; meditar sobre la verdad, es la vía o el deber del hombre.

»No ha habido jamás un hombre que siendo soberanamente veraz, sincero, no se haya ganado la confianza y el favor de los demás hombres. No ha habido jamás un hombre que, no siendo veraz, sincero, haya podido conciliarse largo tiempo esta confianza y este favor.

13. Mengtsé dijo: «Cuando Pé-i, huyendo de la tiranía de Cheu *(sin)*, habitaba las orillas del mar septentrional, supo la elevación de Ven-vang (como jefe de los grandes vasallos de las provincias occidentales del Imperio); entonces, levantándose emocionado, dijo: ¿Por qué no iría yo a someterme a él? He oído decir que el jefe de los grandes vasallos del occidente sobresalía en la virtud de mantener a los ancianos.

»Estos dos ancianos eran los ancianos más eminentes del Imperio; y, sometiéndose a Ven-vang, eran los padres del Imperio quienes le habían hecho su sumisión.

»Desde el momento en que los padres del Imperio se habían sometido, ¿a qué otro se hubieran dirigido sus hijos?

»Si entre todos los príncipes feudatarios se encontrase uno que practicase el gobierno de Ven-vang, ocurriría, ciertamente, que en el espacio de siete años llegaría a gobernar el Imperio.»

14. Mengtsé dijo: «Cuando Kieu (Jan-kieu, discípulo de Kungtsé) era intendente de la familia Ki, no podía tomar sobre sí el obrar de otro modo que su señor, y exigía en tributo el doble de mijo que en otro tiempo. Kungtsé dijo: «Kieu no es mi discípulo; mis jóvenes (los otros discípulos del Filósofo) deberán perseguirle públicamente con gritos y redobles de tambores.»

»De aquí debe inferirse que si un príncipe no practica un gobierno humano y que si sus ministros le enriquecen, elevando demasiado los impuestos, este príncipe y sus ministros son reprobados y rechazados por Kungtsé; con más fuerte razón rechazaba a los que suscitan guerras en interés sólo de su príncipe. Si se libran combates para ganar territorio, los hombres matados cubrirán los campos; si se libran combates para tomar una ciudad, los hombres matados llenarán la ciudad tomada. Es lo que se llama hacer que la tierra coma la carne de los hombres. Este crimen no es suficiente rescatado con la muerte.

»Es por lo que los que colocan todas sus virtudes en

hacer la guerra, debieran ser retribuídos con las penas más graves. Los que forman ligas entre los grandes vasallos, debían sufrir la pena que le sigue inmediatamente, y los que imponen el trabajo de cultivar y de sembrar las tierras a los labradores, cuyos campos están despojados de hierbas estériles, debieran sufrir la pena que viene después.».

15. Mengtsé dijo: «De todos los órganos de los sentidos que están a la disposición del hombre, no los hay más admirables que la pupila del ojo. La pupila del ojo no puede ocultar o disfrazar los vicios que se tiene. Si el interior del alma es recto, entonces la pupila del ojo brilla con un brillo puro; si el interior del alma no es recto, entonces la pupila del ojo está mate y oscurecida.

»Si escuchas atentamente las palabras de un hombre y observas las pupilas de sus ojos, ¿cómo se podrá ocultar de ti?»

16. Mengtsé dijo: «El que es afable y benévolo, no desprecia a los hombres; el que es moderado en sus exigencias, no despoja a los hombres de lo que estos poseen. Los príncipes que desprecian y despojan a los hombres de lo que poseen, y que no tienen más que un temor, el de no ser obedecidos, ¿cómo podrán ser llamados afables y moderados en sus exigencias? La afabilidad y la moderación, ¿podrían consistir en el sonido de la voz y en la expresión riente de su rostro?»

17. Chun-yu-khuan (cierto sofista del reino de Thsi) dijo: «¿No es conforme a los ritos que el hombre y la mujer no se den y reciban recíprocamente de sus propias manos ningún objeto?»

Mengtsé respondió: «Es conforme a los ritos.»

—Si la mujer de su hermano estaba en peligro de ahogarse, ¿se la podría socorrer con la mano?

—Sería la acción de un lobo no socorrer a la mujer de su hermano que estuviera en peligro de ahogarse. Es conforme a los ritos que el hombre y la mujer no se den y reciban recíprocamente de sus propias manos ningún objeto. La acción de socorrer con la mano a la mujer de su hermano en peligro de ahogarse es una excepción, conforme a la razón.

»Ahora, yo supongo que el Imperio está a punto de sumergirse (o de perecer en las agitaciones de las revueltas civiles): ¿qué pensar del magistrado que no se apresure a socorrerle?

»El Imperio a punto de sumergirse debe ser socorrido según las reglas de la humanidad y de la justicia. La mujer de su hermano, estando en peligro de ahogarse, puede ser socorrida con la mano. ¿Querríais que yo socorriese el Imperio con la mano?»

18. Kung-sun-tcheu dijo: «¿Por qué un hombre superior no instruye él mismo a sus hijos?»

Mengtsé dijo: «Porque él no puede emplear la fuerza. El que enseña debe hacerlo según las reglas de la rectitud. Si (el niño) no obra según las reglas de la rectitud, (el padre) se enfada; si se enfada, se irrita; entonces hiere los sentimientos de ternura que un hijo debe tener para un padre.» «Mi maestro (dice el hijo, hablando de su padre) debería instruirme según las reglas de la rectitud, pero jamás se ha guiado por las reglas de esta rectitud.» En este estado de cosas, el padre y el hijo se hieren mútuamente. Si el padre y el hijo se hieren mútuamente, entonces resulta un gran mal.

»Los antiguos confiaban sus hijos a otros para instruirlos y darlos su educación.

»Entre el padre y el hijo no conviene usar correcciones para hacer el bien. Si el padre usa de corrección para conducir a su hijo a hacer el bien, entonces el uno y el otro son pronto desunidos de corazón y de afecto. Si una vez son desunidos de corazón y de afecto, no les puede ocurrir desgracia más grande.»

19. Mengtsé dijo: «Entre los deberes que se rinde a los que están por encima de nosotros (padre, madre, príncipe y personas de edad), ¿cuál es el mayor? Es el

de servir a su padre y a su madre, el que es el más grande. De todo lo que se conserva y protege en el Mundo, ¿qué hay de más importante? Es el de conservarse a sí mismo (en la vía recta), el que es el más importante. Yo he oído siempre decir que los que no se dejan extraviar por el camino de la perdición, podían servir a sus padres; pero jamás he oído decir que los que se dejan extraviar por el camino de la perdición podían servir a sus padres.

»¿Quién es el que está exento de servir a alguno (o que está exento del deber)? Los deberes que se debe a los padres forman la base fundamental de todos los deberes. ¿Quién es aquel que está exento de los actos de conservación? La conservación de sí mismo (en la recta vía) es la base fundamental de toda conservación.

»Cuando Thseng-tsé alimentaba (a su padre) Thseng-si, tenía siempre cuidado de servirle carne y vino en sus comidas. Cuando se estaba a punto de quitar los manjares, preguntaba siempre a quién podía ofrecer aún. Si le preguntaban, si había manjares de sobra, respondía siempre que los había.

»Después de la muerte de Thseng-si, cuando Thseng-yuan alimentaba (a su padre) Thseng-tsé, tenía siempre cuidado de servirle carne y vino en sus comidas. Cuando estaba a punto de quitar los manjares no preguntaba a quién podía ofrecérselos. Si le preguntaban si había manjares de sobra, respondía que no los había. Quería hacérselos servir de nuevo (a su padre). He ahí lo que se llama *alimentar la boca y el cuerpo*, y nada más. Si alguno obra como Thseng-tsé se puede decir que él *alimenta la voluntad y la inteligencia* (que él obra convenientemente con sus padres).

»Se debe servir a sus padres como Thseng-tsé.»

20. Mencio dijo: «Todos los hombres no están en condiciones de reprender a los príncipes; todos los modos de administración no son susceptibles de ser censurados. No hay sino los grandes hombres que puedan reprimir los vicios del corazón de los príncipes. Si el príncipe es humano, no hay nada inhumano en su gobierno. Si el príncipe es justo, no hay nada en su gobierno que no sea recto. Una vez que el príncipe se halla impuesto la obligación de tener una conducta constantemente recta, el reino estará tranquilo y estable.»

21. Mencio dijo: «Hay hombres que son alabados más de cuanto se puede esperar; hay hombres que son perseguidos con calumnias, aunque no busquen sino la integridad y la virtud.»

22. Mencio dijo: «Hay hombres que son de una gran ligereza de palabra, porque no han encontrado nadie que les reprenda.»

23. Mencio dijo: «Uno de los grandes defectos de los hombres es gustar a ser los modelos de los demás hombres.»

24. Lo-eching-tsé (discípulo de Mencio), habiendo seguido a Tseu-ngao, se trasladó al reino de Thsi.

Lo-tching-tsé, habiendo ido a ver a Mencio, éste le dijo: ¿Has venido expresamente para verme?

—Maestro, ¿por qué hablas de este modo?

—¿Cuántos días hace que has llegado?

—Tres días.

—Si hace ya tres días, ¿no tenía entonces razón para hablarte como te he hablado?

—Es que aún no sabía dónde iba a residir.

—¿Y quién te ha enseñado que es tan sólo después de saber el sitio donde nos alojamos cuando se va a ver a aquellos a los que se debe respeto?

—Reconozco que he cometido una falta.

25. Mencio, dirigiéndose siempre a Lo-tching-tsé, le dijo: «Has venido acompañando a Tseu-ngao, con el solo objeto de beber y de comer. No creo que en otro tiempo estudiabas los principios de humanidad y de justicia de los antiguos con el solo objeto de beber y de comer.»

26. Mencio dijo: «La falta de piedad filial es un triple defecto; la falta de posteridad es el mayor de los defectos.

»Chun se casó sin prevenir a su padre y a su madre, ante el temor de no dejar posteridad. Los hombres superiores han pensado que obrando con esta intención es como si hubiera prevenido a su padre y a su madre.»

27. Mencio dijo: «El fruto más precioso de la humanidad es servir a sus padres. El fruto más precioso de la equidad es conformarse con las opiniones de su hermano mayor.

»El fruto más precioso de la prudencia o de la sabiduría, es conocer estas dos cosas y no apartarse de ellas. El fruto más precioso de la urbanidad es cumplir sus deberes con delicadeza y complacencia.

»El fruto más precioso de la música (que produce la concordia y la armonía) es amar estas dos cosas. Si se las ama, ellas nacen en seguida. Una vez nacidas, producidas, ¿cómo se podrían reprimir los sentimientos que inspiran? No pudiendo reprimir los sentimientos que estas virtudes inspiran, entonces, sin saberlo, los pies los manifiestas mediante movimientos candenciosos y las manos mediante aplausos.»

28. Mencio dijo: «No había más que Chun que pudiera ver, sin más orgullo que si hubiera sido una mata de hierba, que un Imperio desease someterse ardientemente a su dominio, y a este Imperio estar lleno de gozo de sumisión. Para él, no tener contentos y felices a sus padres, era no ser hombre; no obedecerles en todo, era no ser hijo.

»Cuando Chun hubo cumplido sus deberes de hijo para con sus padres, su padre. Ku-seu, llegó al colmo del gozo. Cuando Ku-seu llegó al colmo del gozo, el Imperio fue convertido a la piedad filial. Cuando Ku-seu llegó al colmo del gozo, todos los que en el Imperio eran padres o hijos vieron fijados sus deberes. Esto es lo que se llama la gran piedad filial.»

Capítulo II

1. Mencio dijo: «Chun nació en Tchu-fung (comarca desierta, situada en los confines del Imperio chino), pasó a Fu-hia y murió en Ming-thiao; era un hombre de las provincias más lejanas del oriente.

»Ven-vang nació en Khi-tcheu y murió en Pi-ing; era un hombre de las provincias más lejanas del occidente.

»La distancia mútua de estas dos regiones es de más de mil *li* (cien leguas); el espacio comprendido entre las dos épocas (en que nacieron estos dos grandes reyes) es más de mil años. Ambos se obstinaron en cumplir sus deseos en el reino de en medio con la misma facilidad con que se reúnen las dos partes de las tablillas del sello real.

»Los principios de conducta de los primeros santos y de los santos que los han sucedido son los mismos.»

2. Cuando Tseu-tchan presidía la administración del reino de Tching, tomó a un hombre en su propio carro para ayudarle a pasar los arroyos de Tsin y Veï.

Mencio dijo: «Era servicial y compasivo, pero no sabía administrar bien.

»Si cada año, al onceno mes, los puentes que sirven para los peatones estuviesen construidos; si al dozavo mes los puentes que servían para los carros estuviesen también construídos, el pueblo no tenía necesidad de trabajar para pasar a nado los ríos y los arroyos.

»Si el hombre que administra un Estado lleva la equidad y la justicia a todas las partes de su administración, puede (sin que se le censure por ello) alejar de él a la multitud que se halla a su paso. ¿Cómo podría hacer pasar el agua a todos los hombres que se encontrara?

»Es por lo que el que administra un Estado, si quisiera procurar tal placer a cada individuo en particular, no le bastaría el día» (292).

3. Mencio, dirigiéndose a Siu-vang, rey de Thsi, le

dijo: «Si el príncipe mira a sus ministros como a sus manos y sus pies, entonces los ministros mirarán al príncipe como a sus vísceras y a su corazón; si el príncipe considera a sus ministros como a perros o caballos, entonces los ministros mirarán al príncipe como a un hombre vulgar; si el príncipe mira a sus ministros como a la hierba que holla con sus pies, entonces los ministros mirarán al príncipe como a un ladrón y como a un enemigo».

El rey dijo: «Se lee en el *Libro de los Ritos*: "(Un ministro que abandona el reino que gobernaba) lleva (tres meses un traje) un traje de luto en memoria del príncipe a quien ha servido." ¿Cómo se debe conducir un príncipe para que un ministro lleve así el luto después de haberle abandonado?»

Mencio respondió: «Ejecuta sus avisos y sus consejos; escucha sus observaciones; hace descender sus beneficios entre el pueblo. Si, por una causa cualquiera, su ministro le abandona, entonces el príncipe envía hombres para escoltarle hasta más allá de las fronteras de su reino; además, le precede (mediante sus buenos oficios) cerca del nuevo príncipe, al palacio del cual su antiguo ministro tiene intención de dirigirse. Si después de su partida transcurren tres años sin que regrese, entonces se ocupa de sus campos y de su casa (para conservarle los ingresos). Esto es lo que se llama haber cumplido tres veces los ritos. Si obra así, su ministro, a causa de él, se revestirá con sus trajes de luto.

»Ahora, si el príncipe no ejecuta los avisos y los consejos de su ministro; si no escucha sus observaciones; si no hace descender sus beneficios entre el pueblo; si, por una causa cualquiera, su ministro, necesitando abandonarle, le maltrata y le retiene a la fuerza a su lado; que, además, le reduce a la más extrema miseria en el sitio donde se ha retirado; si el día mismo de su partida, se apodera de sus campos y de su casa: es lo que se llama obrar como un ladrón y como un enemigo. ¿Cómo un ministro (así tratado) llevará luego luto a un ladrón o a un enemigo?».

4. Mencio dijo: «Si, sin que se hayan hecho culpables de crímenes, el príncipe condena a muerte a los letrados, entonces los primeros funcionarios pueden abandonar el reino. Si, sin que sea culpable de crímenes, el príncipe oprime al pueblo, entonces los letrados pueden abandonar el reino».

5. Mencio dijo: «Si el príncipe es humano, nadie será inhumano; si el príncipe es justo, nadie será injusto».

6. Mencio dijo: «El gran hombre no practica una urbanidad que carezca de urbanidad, ni una equidad que carezca de equidad».

7. Mencio dijo: «Los hombres que tienen constantemente medios, mantienen a los que no los tienen; los hombres de capacidad y de talentos, alimentan a los que no los tienen. Es por lo que los hombres se regocijan de tener un padre y un hermano mayor dotados de sabiduría y de virtudes.

»Si los hombres que tienen constantemente medios abandonan a los que no los tienen; si los hombres de capacidad y de talentos abandonan a los que no los tienen, entonces la distancia entre el sabio y el insensato no será del espesor de una pulgada (la diferencia entre ellos no será grande).»

8. Mencio dijo: «Es preciso que los hombres sepan lo que ellos no deben practicar, para poder en seguida practicar lo que conviene».

9. Mencio dijo: «Si se cuentan las acciones viciosas de los hombres, ¿cómo hacer para evitar los disgustos que ocasionará el hacerlo?».

10. Mencio dijo: «Tchung-ni no llevaba jamás las cosas al exceso».

11. Mencio dijo: «El gran hombre (o el hombre de una equidad sin tacha) no se impone la obligación de decir la verdad con sus palabras (la dice naturalmente); no se prescribe un resultado determinado en

sus acciones; no tiene ante la vista más que la equidad y la justicia».

12. Mencio dijo: «El que es un gran hombre es el que no ha perdido la inocencia y el candor de su infancia».

13. Mencio dijo: «Alimentar a los vivos es una acción que no puede ser considerada como una gran acción; no hay como la acción de rendir funerales convenientes a los muertos que pueda ser considerada como grande».

14. Mencio dijo: «El hombre superior realiza todos sus esfuerzos para avanzar en la virtud por diferentes medios; sus deseos más ardientes son llegar a poseer en su corazón esa virtud, o esta razón natural, que constituye su regla. Una vez que la posee, entonces se une a ella fuertemente, y hace de ella, por decirlo así, su morada permanente; habiéndola hecho su morada permanente, la explora profundamente, y habiéndola explorado profundamente, entonces la cosecha por todas partes y dispone de su manantial abundante. Es por lo que el hombre superior desea ardientemente poseer en su corazón esta razón natural tan preciosa».

15. Mencio dijo: «El hombre superior da a sus estudios la mayor extensión posible, a fin de esclarecer su razón y explicar claramente las cosas; se fija como fin el volver varias veces sobre los mismos asuntos para exponerlos sumariamente y, por decirlo así, en su esencia».

16. Mencio dijo: «Es mediante la virtud (es decir, por la humanidad y la justicia) por lo que se subyuga a los hombres; pero no se ha encontrado a nadie que haya podido subyugarlos así. Si se alimenta a los hombres con los alimentos de la virtud, se podrá en seguida subyugar el Imperio. No ha ocurrido aún a nadie reinar soberanamente si los corazones de las poblaciones del Imperio no le son sumisos.»

17. Mencio dijo: «Las palabras que se pronuncian en el Mundo no tienen verdaderamente nada de funesto en ellas mismas: el resultado real de su efecto funesto resulta de oscurecer la virtud de los sabios y de alejarlos de los empleos públicos».

18. Siu-tsé dijo: «Tchung-ni hacía a menudo el mayor elogio del agua, exclamando: "¡Qué admirable es el agua! ¡Qué admirable es el agua!" ¿Qué lección quería sacar del agua?».

Mencio dijo: «El agua que se escapa de un manantial con abundancia, no cesa de fluir ni día ni noche; ella llena los canales, las fosas; en seguida, prosiguiendo su curso, llega hasta los cuatro mares. El agua que sale del manantial circula así con rapidez (hasta los cuatro mares). Es por lo que es tomada como objeto de comparación.

»Si no hay manantial, las aguas son recogidas en la séptima u octava Luna, los canales y las fosas de los campos se llenan, pero el hombre podrá fácilmente esperar verlas bien pronto secas. Igualmente, cuando el rumor y la fama de su nombre sobrepujan al mérito de sus acciones, el hombre superior se avergüenza de ello».

19. Mencio dijo: «Aquello en lo que los hombres difieren de las bestias (la razón) es una cosa enorme; la multitud vulgar lo pierde bien pronto; los hombres superiores lo conservan cuidadosamente.

»Chun tenía una gran penetración para descubrir la razón de las cosas; escrutaba a fondo los deberes de los hombres entre sí. Obraba según la humanidad y la justicia, sin practicar con propósito deliberado la humanidad y la justicia».

20. Mencio dijo: «Yu detestaba el vino exquisito, pero amaba mucho las palabras que inspiraban la virtud.

»(Tching)-thang tenía constantemente el medio; establecía a los sabios (o los daba magistraturas) sin preguntarles de qué país, a qué secta o a qué clase pertenecían.

»Ven-vang consideraba al pueblo como a un herido (que tiene necesidad de mucho cuidado); y se obstinaba en contemplar la recta vía como si jamás la hubiera visto.

»Ven-vang no despreciaba los hombres y las cosas presentes; él no olvidaba los hombres y las cosas lejanas.

»Tcheu-kung pensaba reunir en su persona (imitándolos) a los reyes (más célebres) de las tres dinastías, practicando cuatro cosas principales que aquéllos habían practicado. Si entre estas cosas se encontraba una que no conviniese al tiempo en que vivía reflexionaba día y noche sobre ella. Cuando había sido lo suficientemente feliz para encontrar la razón de la inconveniencia o de la inoportunidad de aquella cosa, se sentaba para esperar la aparición del día».

21. Mencio dijo: «Habiendo desaparecido los vestigios de los que habían ejercido el poder soberano, los versos que los celebraban perecieron. Habiendo perecido los versos, el libro instituIado *La Primavera y el Otoño* (*Tchun-thsieu*, compuesto por Kungtsé) fue compuesto (para reemplazarlos).

»El libro intitulado *Ching* (cuadriga), del reino de Tçin; el libro intitulado *Tshao-vo*, del reino de Thsu; el libro intitulado *Tchun-thsieu*, del reino de Lu, no hacen más que uno.

»Las acciones que son celebradas en esta última obra son las de los príncipes como Huan-kong, del reino de Thsi; Ven-kong, del reino de Tçin. El estilo que es empleado en él es el histórico. Kungtsé decía (hablando de su obra): "Las cosas que en ella son referidas me han parecido equitativas y justas; esto es lo que me ha hecho recopilarlas".»

22. Mencio dijo: «Los beneficios de un sabio que ha desempeñado funciones públicas se desvanecen tras cinco generaciones; los beneficios de un sabio que no ha desempeñado funciones públicas se desvanecen igualmente pasadas cinco generaciones.

»Yo, yo no he podido ser discípulo de Kungtsé; pero he recogido lo mejor que he podido sus preceptos sobre la virtud de los hombres (que han sido los discípulos de Tseu-sse)».

23. Mencio dijo: «Cuando una cosa parece que debe ser aceptada y que, después de un maduro examen, no parece serlo, si se acepta, se hiere el sentimiento de la moderación. Cuando una cosa parece que debe ser dada y que, después de un examen más maduro, no parece deberlo ser, si se la da, se hiere el sentimiento de la benevolencia. Cuando parece que ha llegado el tiempo en que se puede morir, y que tras una reflexión más madura no parece conveniente ya morir, si nos damos la muerte, se hiere el sentimiento de fuerza y de vida que se posee».

24. Cuando Pheng-meng, aprendiendo de Y (príncipe del reino de Yeu-khin-ng) a lanzar las flechas, hubo agotado toda su ciencia, creyó que Y era el único en el Imperio que le excedía en este arte, y le mató.

Mencio dijo: «Este Y era también criminal.» Kung-ming-i decía: «Parece no haber sido criminal», es decir, que era menos criminal que Phen-meng. ¿Pero cómo no hubiera sido criminal también?»

Los habitantes del reino de Tching, habiendo enviado a Tseu-cho-ju-tsé para atacar el reino de Vei, los de Vei enviaron a Yu-kung-tchi-sse para perseguirle. Tseu-cho-ju-tsé dijo: «Hoy me encuentro mal; no puedo sostener mi arco; me muero.» Interrogando en seguida al que conducía el carro, le preguntó quien era el hombre que le perseguía. Su cochero le respondió: «Es Yu-kung-tchi-sse.»

—Entonces, tengo salvada la vida.

El cochero repuso: «Yu-kung-tchi-sse es el más hábil arquero del reino de Vei. Señor, ¿por qué has dicho que has salvado la vida?»

—Yu-kung-tchi-sse ha aprendido el arte de tirar el arco de Yin-kung-tchi-ta. Yin-kung-tchi-ta aprendió de mí el arte de tirar el arco. Yin-kung-tchi-ta es un hom-

bre de principios rectos. Al que él ha tomado por un amigo es ciertamente también un hombre de principios rectos.

Yu-kung-tchi-sse, habiéndole alcanzado, le dijo: Maestro, ¿por qué no tienes tu arco en la mano?

—Hoy me encuentro mal; no puedo tener mi arco.

—Yo he aprendido a tirar el arco de Yin-kung-tchi-ta. Yin-kung-tchi-ta aprendió el arte de tirar el arco de ti, maestro. No soporto la idea de servirme del arte de los principios de mi maestro en perjuicio del suyo. Aunque así sea, el asunto que tengo que cumplir hoy es el de mi príncipe y no me atrevo a descuidarle. Entonces, cogió sus flechas, que clavó en la rueda del carro, y habiendo arrancado el dardo, lanzó cuatro y se volvió.

25. Mencio dijo: «Si la bella Si-tsen estuviera cubierta de inmundicia, entonces todos los hombres se alejarían de ella, tapándose la nariz.

»Aunque un hombre tenga una figura fea y deforme, si se purifica y tiene su corazón sin mancha, si hace a menudo abluciones, entonces podrá sacrificar al soberano supremo (*Chang-ti*).»

26. Mencio dijo: «Cuando en el Mundo se diserta sobre la naturaleza racional del hombre, no se debe hablar sino de sus efectos. Sus efectos son lo más importante que hay en estas facultades de la razón (que no caen bajo los sentidos).

»A causa de ello experimentamos aversión hacia un (falso) sabio que usa rodeos capciosos. Si este sabio obrase naturalmente, como Yu, dirigiendo las aguas (de la gran inundación), nosotros no experimentaríamos aversión hacia su sabiduría. Cuando Yu dirigía las grandes aguas, las dirigía según su curso más natural y más fácil. Si el sabio dirige también sus acciones según la vía natural de la razón y la naturaleza de las cosas, entonces su sabiduría también será grande.

»Aunque el cielo esté muy elevado, aunque las estrellas estén muy alejadas, si se practica una investigación sobre los efectos naturales que proceden de ellas, se puede calcular con la mayor facilidad el día en que, después de mil años, tendrá lugar el solsticio de invierno.»

27. Kung-hang-tsé (primer ministro del reino de Thsi), habiendo mandado hacer funerales a su padre como hijo piadoso, un comandante de la derecha del príncipe fue enviado junto a él para asistir a las ceremonias fúnebres.

Cuando hubo franqueado la puerta, numerosas personas entraron conversando con el comandante de la derecha del príncipe. Otras le acompañaron hasta su sitio, conversando también con él.

Mencio no dirigió la palabra al comandante de la derecha del príncipe. Este se mortificó por ello y dijo: «Una multitud de personas distinguidas han venido a conversar conmigo, que estoy revestido de la dignidad de Huan; sólo Mencio no me ha dirigido la palabra. ¡Es una muestra de desprecio lo que me ha testimoniado!»

Mencio, habiendo oído estas palabras, dijo: «Se lee en el *Libro de los ritos*: «Estando en la corte, no se debe ir a ocupar su puesto, hablando con otro; no se debe salir de las gradas que se ocupa para saludarse mútuamente." Yo, yo no deseaba sino obedecer los ritos. ¿No es asombroso que Tseu-ngao piense que yo le he testimoniado mi desprecio?».

28. Mencio dijo: «Aquello en que el hombre superior difiere de los demás hombres es, que conserva la virtud en su corazón. El hombre superior conserva la humanidad en su corazón y también conserva en él la urbanidad.

»El hombre humano ama a los hombres; el que tiene urbanidad respeta a los hombres.

»El que ama a los hombres es siempre amado de los hombres; el que respeta a los hombres es siempre respetado por los hombres.

»Supongamos que un hombre me trate con grosería y brutalidad; entonces, yo, como hombre sabio, debo

sondearme a mí mismo y preguntarme si no he sido inhumano, si no he faltado de urbanidad; de otro modo, ¿cómo me hubiera ocurrido tal cosa? Si después de sondearme a mí mismo encuentro que he sido humano; si después de un nuevo sondeo encuentro que he tenido urbanidad, la brutalidad y la grosería de que he sido objeto, existiendo siempre, como hombre sabio, yo debo de nuevo descender sobre mí mismo y preguntarme si no he faltado a la rectitud.

»Si, después de este examen interior, encuentro que no he faltado a la rectitud, la grosería y la brutalidad de que he sido objeto, existiendo siempre, como hombre sabio, yo me digo: Este hombre que me ha ultrajado no es sino un extravagante y nada más. Si es así, ¿en qué difiere de la bestia bruta? ¿Por qué, pues, he de atormentarme a causa de una bestia bruta?

»Es por este motivo por lo que el sabio está toda su vida interiormente lleno de solicitudes (para hacer el bien) sin que una pena (teniendo una causa exterior) le afecte siquiera durante el transcurso de la mañana.

»En cuanto a las solicitudes interiores, el sabio las experimenta constantemente. (Se dice): Chun era un hombre; yo soy también un hombre. Chun fue un ejemplo de virtudes y de sabiduría en todo el Imperio y pudo transmitir sus instrucciones a las generaciones futuras; yo no he cesado de ser un hombre de mi aldea (un hombre vulgar). Estos son para él verdaderos motivos de preocupaciones tristes y de penas; no tendría motivos de aflicción si hubiera llegado a parecerse a Chun. En cuanto a las penas que tienen una causa exterior, extraña, el sabio no las experimenta. El no comete actos contrarios a la urbanidad. Si una pena teniendo una causa exterior le afectara durante el espacio de una mañana, ésta no sería entonces una pena para el sabio.»

29. Ya y Tsi, habiendo entrado en la edad de igualdad de alma (en la edad de la razón, donde se ha tomado ya imperio sobre las pasiones y las inclinaciones), pasaron tres veces por delante de su puerta sin entrar en ella (para no interrumpir los cuidados que daba al interés público). Kungtsé alabó su conducta en aquellas circunstancias.

Yan-tsé, en la edad de las pasiones turbulentas, habitaba una callejuela oscura y desierta, comía en una escudilla de caña y bebía en una calabaza. Los hombres no hubieran podido soportar sus privaciones y sus tristezas. Pero Yan-tsé no perdió su aire sereno y satisfecho. Kungtsé alabó su conducta en aquella circunstancia.

Mencio dijo: «Yu, Tsi y Yan-Hui se condujeron según los mismos principios.

»Yu obraba como si hubiera pensado que el Imperio, estando sumergido por las grandes aguas, hubiera él mismo causado aquella inmersión. Tsi obraba como si hubiera pensado que el Imperio, agotado por el hambre, había él mismo causado aquella hambre. Es por lo que ellos experimentaban tal solicitud.

»Si Yu, Tsi y Yan-tsé se hubiera encontrado en su lugar, el uno y el otro hubieran obrado del mismo modo.

»Ahora, yo supongo que las personas de mi casa se querellan entre sí, yo me apresuraré a separarlas. Aunque sus cabellos y las cintas de sus gorros estén caídos aquí y allá, yo deberé igualmente apresurarme a separarlos.

»Si son los hombres de mi misma aldea, o de la inmediata, los que se querellan entre sí, teniendo los cabellos y las cintas de sus gorros por el suelo, yo cerraré los ojos sin ir a interponerme entre ellos para separarlos. Yo podría hasta cerrar mi puerta sin cuidarme de sus diferencias.»

30. Kung-tu-tsé (discípulo de Mencio) dijo: «Todo el mundo en el reino pretende que Khuang-tchang no tiene piedad filial. Maestro, como tú tienes con él rela-

ciones frecuentes, como tú estás con él en gran amistad, ¿osaría preguntarte por qué se tiene tal opinión de él?»

Mencio dijo: «Los vicios que, según los usos de nuestro siglo, se llaman *defectos de piedad filial*, son en número de cinco: dejar que se entorpezcan sus cuatro miembros en la ociosidad, en lugar de proveer al sostenimiento de su padre y de su madre, es el primer defecto de piedad filial. Gustar jugar al ajedrez (*po-i*), y beber vino, en lugar de proveer al sostenimiento de su padre y de su madre, es el segundo defecto de piedad filial. Codiciar las riquezas y el lucro y entregarse con exceso a la pasión de la voluptuosidad, en lugar de proveer al sostenimiento de su padre y de su madre, es el tercer defecto de piedad filial. Abandonarse enteramente a los placeres de los ojos y de los oídos, ocasionando a su padre y a su madre la vergüenza y la ignominia, es el cuarto defecto de piedad filial. Complacerse en el exceso de una fuerza brutal, en las riñas y en los arrebatos, exponiendo a su padre y a su madre a toda clase de peligros, es el quinto defecto de piedad filial. Tchang-tsé ¿tiene alguno de esos defectos?

»Este Tchang-tsen, siendo hijo, no le conviene exhortar a su padre a la virtud; no es esto para él un deber de reciprocidad.

»El deber de exhortar a la virtud es la regla entre iguales y amigos; la exhortación a la virtud entre el padre y el hijo es una de las causas que más pueden alterar la amistad.

»¿Cómo puede Tchang-tsen desean que el marido y la mujer, la madre y el hijo vivan juntamente (como es un deber para ellos)? Porque ha sido culpable para su padre, no ha podido vivir cerca de él; ha echado a su mujer, ha expulsado a su hijo y se encuentra así, hasta el fin de su vida, privado de la conversación y de los alimentos que debía esperar. Tchang-tsen, en la determinación de su voluntad, no parecía haber querido obrar como él ha obrado (con su mujer y su hijo).

Pero si, después de haberse conducido como lo ha hecho (con su padre, hubiese además aceptado la alimentación de su mujer y de su hijo), hubiera sido de los más culpables. He aquí la explicación de la conducta de Tchang-tsen (que no tiene nada de reprensible).»

31. Cuando Thseng-tsen habitaba en la ciudad de Vutching, alguien, conociendo la proximidad de un bandido armado del reino de Yuei, le dijo: «El bandido llega; ¿por qué no te salvas?». El respondió (a uno de los que estabas propuestos para la guarda de la casa): «No alojar a nadie en la casa, a fin de que las plantas y los árboles que se encuentran en el interior no sean deteriorados; y cuando el bandido se haya retirado, poned en orden los muros de mi casa, porque volveré a habitarla.»

Habiéndose retirado el bandido Thseng-tsen volvió a su morada. Sus discípulos dijeron: «Puesto que el primer magistrado de la ciudad ha tratado tan bien a nuestro maestro (dándole una habitación), debe de ser un hombre lleno de rectitud y de referencia. Pero huir el primero ante la proximidad de un bandido y dar así un mal ejemplo al pueblo, que podía imitarle; volver en seguida, después de la marcha del bandido, tal vez no sean obrar convenientemente.»

Ching-yeu-king (uno de los discípulos de Thseng-tsen) dijo: «Eso es lo que tú no sabes. En otro tiempo, la familia de Ching-yeu, habiendo tenido que sufrir las calamidades de una gran devastación, de los setenta hombres que acompañaban a nuestro maestro (Thseng-tsen), ninguno fue a ayudarle en aquellas circunstancias difíciles.»

Cuando Tseu-sse habitaba en el reino de Wei, uno, sabiendo la proximidad de un bandido armado del reino de Thsi, le dijo: «El bandido llega; ¿por qué no te salvas?»

Tseu-sse respondió: «Si yo, Ki, me salvo, ¿quién protegerá el reino en unión del príncipe?»

Mencio dijo: «Thseng-tsen y Tseu-sse tuvieron los mis-

mos principios de conducta. Thseng-tsen era preceptor de sabiduría; estaba, por consiguiente, en las mismas condiciones (de mantener la dignidad y la seguridad) que un padre y un hermano mayor; Tseu-sse era magistrado o funcionario público; era, por consiguiente, de una condición bien inferior (bajo ambos conceptos). Si Thseng-tsen y Tseu-sse se hubieran encontrado en el mismo sitio, uno y otro hubiera obrado del mismo modo.»

32. Tchu-tsé, magistrado del reino de Thsi, dijo: «El rey ha enviado hombres para informarse secretamente si tú difieres, maestro, verdaderamente de los demás hombres.»

Mencio dijo: «¡Si yo difiero de los demás hombres! Yao y Chun, ellos mismos, eran de la misma naturaleza que los demás hombres.»

33. Mencio dijo: «Un hombre de Thsi tenía una mujer legítima y una segunda mujer, que habitaban las dos en su casa.

»Siempre que el marido salía, no dejaba de hartarse de vino y de carne antes de volver a su casa. Si su mujer legítima le preguntaba quiénes eran los que le habían dado de comer y de beber, entonces él respondía que eran hombres ricos y nobles.

»Su mujer legítima, dirigiéndose a la concubina, la dijo: "Todas las veces que el marido sale, no deja de entrar harto de vino y de carne. Si yo le pregunto quienes son las personas que le han dado de beber y de comer, me responde: Son hombres ricos y nobles; y, sin embargo, ninguna persona ilustre ha venido aún aquí. Yo quiero observar en secreto adónde va el marido.»

»Se levantó temprano y siguió secretamente a su marido a los sitios donde se dirigía. El atravesó el reino (la ciudad) sin que nadie viniera a acercársele y a hablarle. Se dirigió, en fin, al barrio oriental, donde, entre las tumbas, se encontraba un hombre que ofrecía el sacrificio de los antepasados, de los que él comió los restos sin hartarse. Aun fue a otras partes con la misma intención. Era aquél su método habitual de satisfacer su apetito.

Su mujer legítima, de regreso a la casa, dirigiéndose a la concubina, le dijo: «Nuestro marido era el hombre en el que habíamos puesto nuestras esperanzas para el resto de nuestros días, y ahora he aquí lo que ha hecho.» Y contó en seguida a la concubina lo que había visto hacer a su marido, y ambas lloraron juntas en medio del gineceo. Y el marido, no sabiendo lo que había pasado, volvió de fuera, con el rostro todo gozoso a alabarse de su buena fortuna ante su mujer legítima y de su mujer de segundo rango.

»Si el sabio medita atentamente sobre la conducta de este hombre, verá por qué medios los hombres se entregan a la persecución de las riquezas, de los honores, de la ganancia y del ascenso, y cuán poco numerosos son aquellos cuyas mujeres legítimas y de segundo rango no se avergüenzan y se desolan de su conducta.»

Capítulo III

1. Wen-tchang (discípulo de Mencio) hizo una pregunta en estos términos: «Cuando Chun iba a los campos (para cultivarlos), vertía lágrimas, implorando al cielo misericordioso. ¿Por qué imploraba al cielo vertiendo lágrimas?»

Mencio dijo: «Se quejaba (de no ser amado de sus padres) y pensaba en los medios de serlo.»

Wen-tchang dijo: «Si su padre y su madre le amaban, debía estar satisfecho y no olvidar su ternura. Si su padre y su madre le detestaban, debía soportar sus penas sin quejarse. Si es así, Chun se quejaba, pues, de sus padres.»

Mencio dijo: «Tching-si, interrogando a Kong-ming-kao, dijo: En lo que concierne a las expresiones *Cuando Chun iba a los campos*, he entendido más arriba tus explicaciones; en cuanto a éstas: *vertía lágrimas*

implorando al cielo misericordioso, ignoro el sentido de ellas.»

»Kung-ming-kao dijo: «No es una cosa que puedas comprender.»

»Kung-ming-kao (continuó Mencio) pensaba que el corazón de un hijo piadoso no podía estar de este modo exento de penas. «Mientras que yo agoto mis fuerzas (se decía) en cultivar los campos, yo no hago más que cumplir mis deberes de hijo, y nada más. Si mi padre y mi madre no me aman, ¿es mía la culpa?»

»El emperador (Yao) le envió a sus hijos, nueve jóvenes vigorosos, y a sus dos hijas, y ordenó a un gran número de magistrados, así como de oficiales públicos, ir junto a Chun con provisiones de bueyes, carneros y granos para su servicio. Los letrados del Imperio, en gran número, acudieron junto a él. El Emperador quiso hacerle su ministro y transmitirle el Imperio. No recibiendo ninguna muestra de deferencia de su padre y de su madre, era como un hombre privado de todo, que no sabe dónde refugiarse. Hablar de la alegría y de la satisfacción a los hombres cuya inteligencia es la más esclarecida del Imperio es lo que se desea más vivamente, y, sin embargo, esto no bastaba para disipar las penas (de Chun). El amor de una joven y hermosa mujer es lo que los hombres desean ardientemente; Chun recibió por mujeres a las dos hijas del Emperador, y sin embargo, esto no bastaba para disipar sus penas. Las riquezas son también lo que los hombres desean vivamente; en cuestión de riquezas tuvo en posesión el Imperio, y, sin embargo, esto no bastaba para disipar sus penas. Los honores son lo que los hombres desean ardientemente; en cuestión de honores, él fue revestido de la dignidad de Hijo del Cielo (o emperador), y, sin embargo, esto no bastaba para disipar sus penas. El sentimiento de hablar de la satisfacción y de la alegría con los hombres del Imperio cuya inteligencia es la más esclarecida, el amor de jóvenes y hermosas mujeres, las riquezas y los honores, no bastaban para disipar las penas de Chun. Tan sólo la deferencia de su padre y de su madre a sus buenos consejos, hubieran podido disipar sus penas.

»El hombre, cuando es joven, quiere a su padre y a su madre. En cuanto siente nacer en él el sentimiento del amor, entonces ama a una joven y hermosa adolescente; cuando tiene una mujer e hijos, entonces, ama a su mujer y a sus hijos; cuando ocupa un empleo público, entonces ama al príncipe. Si (en este último caso) no obtiene el favor del príncipe, entonces experimenta una viva inquietud.

»El que tiene una gran piedad filial ama hasta su postrer día a su padre y a su madre. Hasta los cincuenta años, querer (a su padre y a su madre) es un sentimiento de piedad filial que yo he observado en el gran Chun.»

2. Wen-tchang continuó sus preguntas:

El *Libro de los versos* dice:

«Cuando un hombre quiere tomar una mujer, ¿qué debe hacer?

»Debe consultar a su padre y a su madre.»

Nadie podía practicar más fielmente estas palabras que Chun. Chun, sin embargo, no consultó a sus padres antes de casarse. ¿Por qué hizo esto?»

Mencio respondió: «Si les hubiera consultado, no hubiera podido casarse. La cohabitación o la unión bajo el mismo techo del hombre y de la mujer es el deber más importante del hombre. Si hubiera consultado a sus padres no hubiera podido cumplir su deber, el más importante del hombre, y por ello hubiera provocado el odio de su padre y de su madre.

»Es por lo que no los consultó.»

Wen-tchang continuó: «Yo he sido bastante feliz para obtener de ti el estar perfectamente instruído de los motivos que impidieron a Chun consultar con sus padres antes de casarse: ahora bien, ¿cómo fue que el Emperador no consultara igualmente con los padres de Chun antes de darle sus dos hijas en matrimonio?»

Mencio dijo: «El Emperador sabía también que si los hubiera consultado no hubiera obtenido su consentimiento para el matrimonio.»

Wen-tchang prosiguió: «El padre y la madre de Chun, habiéndole ordenado construir un granero para trigo, y apenas hubo quitado los andamios, Ku-seu (su padre) le prendió fuego. Le ordenaron en seguida horadar un pozo del cual apenas había escapado (por una abertura lateral que había practicado), le colmaron.»

»Siang (hermano menor de Chun, pero de otra madre) dijo: «Soy yo quien ha sugerido el propósito de ñacer sumir al príncipe en el pozo (Chun); yo reclamo todo el mérito de ello. Sus bueyes y sus carneros pertenecen a mi padre y a mi madre; sus granjas y sus granos pertenecen a mi padre y a mi madre; su escudo y su lanza, a mí; su guitarra, a mí; su arco cincelado, a mí; a sus dos mujeres las mandaré adornar mi lecho.»

»Siang, habiéndose trasladado a la morada de Chun (para apoderarse de lo que allí se encontraba, creyéndole desaparecido), encontró a Chun sentado sobre su lecho tocando la guitarra.

»Siang dijo: «Estaba de tal modo inquieto por mi príncipe, que apenas podía respirar», y su rostro se cubrió de rubor, Chun le dijo: «Date la pena, te lo ruego, de dirigir en mi nombre esa multitud de magistrados y de oficiales públicos.» Yo no sé si Chun ignoraba que su hermano había querido hacerle morir.»

Mencio dijo: «¿Cómo lo hubiera ignorado? Pero le bastaba que Siang experimentase pena para sentirla él también.»

Wen-thang replicó: «Si es así, ¿no simuló Chun una alegría que no sentía? —De ningún modo. En otro tiempo fueron ofrecidos peces vivos, como regalo, a Tseu-tchan, del reino de Tchin. Tseu-tchan ordenó que los guardianes del vivero los conservasen en el agua del lago. Pero los guardianes del lago los mandaron cocer para comérselos. Habiendo ido a dar cuenta de la orden que habían recibido, dijeron: «Cuando hemos empezado a poner estos peces en libertad, estaban atontados e inmóviles; poco a poco se han reanimado, recobrando la agilidad; al fin, se han escapado con mucha alegría.» Tseu-tcham dijo: «¡Han obtenido su destino! ¡Han obtenido su destino!» Cuando los guardianes del vivero hubieron partido, se dijeron entre ellos: «¿Quién era el que decía que Tseu-tchan era un hombre penetrante? Tras haber hecho cocer los peces, dice: ¡Ellos han obtenido su destino! ¡Ellos han obtenido su destino! Así, pues, el sabio puede ser engañado en cosas verosímiles; pero difícilmente en las cosas inverosímiles o que no son conformes a la razón. Siang, habiendo venido cerca de Chun con todas las apariencias de un vivo sentimiento de ternura hacia su hermano mayor, éste depositó en él una entera confianza y se regocijó por ello. ¿Por qué hubiera fingido?»

3. Ven-tchang hizo esta nueva pregunta: «Siang no pensaba cada día sino en los medios de hacer morir a Chun. Cuando Chun fue hecho Hijo del Cielo (emperador), le desterró lejos de él; ¿por qué hizo esto?»

Mencio dijo: «Le hizo príncipe vasallo. Algunos dijeron que le había desterrado lejos de él.»

Wen-tchang dijo: «Chun desterró al presidente de los trabajos públicos (Kung-kong), a Yeu-tcheu; relegó a Huan-tseu, a Tsung-chan; hizo perecer (al rey) de los San-miau, a San-Vei; deportó a Kuan, a Yu-chan. Siendo castigados estos cuatro personajes, todo el Imperio se sometió, viendo castigados a los malvados. Siang era un hombre muy malvado, de la mayor inhumanidad; para que él fuese establecido príncipe vasallo de la tierra de Yeu-pi, ¿era preciso que los hombres de Yeu-pi fueran ellos mismos muy criminales? Un hombre verdaderamente humano, ¿hubiera obrado de ese modo? En lo que concierne a los otros personajes (culpables), Chun los castigó; en lo que concierne a su hermano menor, ¡le hizo príncipe vasallo!»

Mencio respondió: «El hombre humano no guarda resentimientos hacia su hermano; no alimenta odio

contra él. Le ama, no le quiere como a un hermano, y he ahí todo.

»Por lo mismo que le ama, desea que sea elevado a los honores; por lo mismo que le quiere, desea que tenga riquezas. Chun, estableciendo a su hermano príncipe vasallo de los Yeu-pi, le elevó a los honores y le enriqueció. Si, mientras que era Emperador, su hermano menor hubiese seguido siendo hombre privado, ¿hubiera podido decir que le había amado y querido?»

—¿Osaría yo permitirme hacerte aún una pregunta?, dijo Ven-vang. «Algunos dijeron que él le había desterrado lejos de él.» ¿Qué significan estas palabras?

Mencio dijo: «Siang no podía poseer el poder soberano en su reino. El Hijo del Cielo (el emperador) hizo administrar el reino por un delegado, y es de éste del que exigía los tributos. Es por lo que se dijo que su hermano (así privado de autoridad) había sido desterrado. ¿Cómo Siang hubiera podido oprimir al pueblo de este reino (del que no era más que el príncipe nominal)? Aunque las cosas estuviesen así, Chun deseaba verle a cada instante. Chun no esperaba la época en que se le traían los tributos ni la en que se le rendían cuentas de los asuntos administrativos para recibir al príncipe vasallo de los Yeu-pi. He aquí lo que significan las palabras que has citado.»

4. Hian-khieu-ming (discípulo de Mencio) le hizo una pregunta en estos términos: «Un antiguo proverbio dice: "Los letrados, por eminentes y dotados de virtudes que estén, no pueden hacer de un príncipe un súbdito, y de una padre un hijo (atribuyendo superioridad sólo al mérito).» Sin embargo, cuando Chun tenía la faz vuelta al mediodía (es decir, que presidía solemnemente la administración del Imperio), Yao, a la cabeza de los príncipes vasallos, con la faz vuelta hacia el norte, le rendía homenaje; Ku-seu también le rendía homenaje con la faz vuelta hacia el norte. Chun, viendo a su padre, Ku-seu, dejaba ver en su rostro el embarazo que experimentaba. Kung-tsé decía a este respecto: "En aquel tiempo, el Imperio estaba en un

peligro inminente; estaba muy cerca de la ruina." Yo no sé si estas palabras son verdaderas.»

Mencio dijo: «No lo son de ningún modo. Esas palabras no pertenecen al hombre eminente, al cual son atribuídas. Ese es el lenguaje de un hombre grosero de las comarcas orientales del reino de Thsi.

»Yao, habiendo llegado a viejo, tomó Chun en su mano la administración del Imperio. El *Yao-tian* dice: «Cuando después de veintiocho años (de la administración de Chun), murió el príncipe de las inmensas virtudes (Yao), todas las familias del Imperio, como si hubieran llevado el luto de su padre o de su madre muertos, le lloraron durante tres años, y los pueblos que recorren las orillas de los cuatro mares se detuvieron y suspendieron en silencio los ocho sonidos.»

»Kung-tsé dijo: «El Cielo no tiene dos soles; el pueblo no tiene dos soberanos.» Sin embargo, si Chun fue elevado a la dignidad de Hijo del Cielo, y, además, como jefe de los vasallos del Imperio, llevó tres años el luto de Yao, había, pues, al mismo tiempo, dos emperadores.»

Hian-khieu-ming dijo: «Yo he sido bastante feliz para obtener de ti el saber que Chun no había hecho a Yao su súbdito. El *Libro de los versos* dice:

«Si recorres el Imperio,

»No encontrarás ningún lugar que no sea el territorio del soberano;

»Si sigues las costas de la Tierra, no encontrarás ningún hombre que no sea súbdito del emperador.» Pero desde el momento en que Chun fue emperador, permíteme preguntarte: ¿Cómo Ku-seu (su padre) no fue su súbdito?»

Mencio dijo: «Estos versos no dicen lo que tú piensas que dicen. Hombres que consagraban sus labores al servicio del soberano y que no podían ocuparse de los cuidados necesarios para el sostenimiento de su padre y de su madre (los han compuesto). Es como si hubieran dicho: En lo que hacemos, nada es extraño al servicio del soberano; pero nosotros solos, que po-

seemos talentos eminentes, nosotros trabajamos para él (esto es injusto).

»Es por lo que los que explican los versos no deben, ateniéndose a un solo carácter, alterar el sentido de la frase; ni ateniéndose demasiado estrechamente a una sola frase, alterar el sentido de la composición. Si el pensamiento del lector (o del que explica los versos) va delante de la intención del poeta, entonces se comprende fácilmente el verdadero sentido. Si no se atiende sino a una sola frase, la de la oda que empieza con estas palabras: *¡Cuán lejos la vía láctea se extiende en el espacio!* y que es así concebida: *De los restos de la población de Tcheu, de cabellos negros, no queda una criatura viva,* significaría, tomándolo a la letra, que no existe un solo individuo en el imperio de Tcheu.

»Si se trata de la piedad filial en su más alto grado, nada hay tan elevado como honrar a sus padres. De tratarse de la mayor muestra de honor que se puede testimoniar a sus padres, nada hay comparable al sostenimiento que se les procura con los ingresos del Estado. Como (Ku-seu) era el padre del Hijo del Cielo, el colmo del honor era para este último la más alta expresión de su piedad filial; y como él le sostuvo con las rentas del Imperio, le dio la mayor muestra de honor que él podía darle.

»El *Libro de los versos* dice:

«El pensaba constantemente en tener piedad filial,
»Y por su piedad filial fue un ejemplo para todos.»

He ahí lo que yo he querido decir.

»Se lee en el *Chu-king*:

«Todas las veces que Chun visitaba a su padre, Ku-seu, para rendirle sus deberes, experimentaba un sentimiento de respeto y de temor. Ku-seu también accedía a sus consejos.» Esto confirma (lo que ha sido dicho precedentemente) que no se puede hacer de un padre un hijo.»

5. Ven-tchang dijo: «¿Es verdad que el emperador Yao dio el Imperio a Chun?»

Meng-tseu dijo: «De ningún modo. El Hijo del Cielo no puede dar a conferir el Imperio a ningún hombre.»

Ven-tchan dijo: «De acuerdo; pero, ¿cómo Chun poseyó el Imperio?, ¿quién se lo dió?»

Mencio dijo: «El Cielo se lo dió.»

Ven-tchang continuó: «Si fue el Cielo quien se lo dió, ¿lo hizo mediante palabras claras y distintas?»

Mencio replicó: «De ningún modo. El Cielo no habla: hace conocer su voluntad por las acciones, asi como por los altos hechos (de un hombre), y he ahí todo.»

Ven-tchang añadió: «¿Cómo hace conocer su voluntad por las acciones y los altos hechos (de un hombre)?»

Mencio dijo: «El Hijo del Cielo puede solamente proponer un hombre al Cielo; no puede ordenar que el Cielo le de el Imperio. Los vasallos del Imperio pueden proponer un hombre al Hijo del Cielo; no pueden ordenar que el Hijo del Cielo le confiera la dignidad de príncipe vasallo. El primer funcionario *(ta-fu)* de una ciudad puede proponer un hombre al príncipe vasallo; no puede ordenar que el príncipe vasallo le confiera la dignidad de primer magistrado.

»En otro tiempo, Yao propuso a Chun al Cielo, y el Cielo le aceptó; le mostró al pueblo cubierto de gloria, y el pueblo le aceptó. Es por lo que yo decía: "El Cielo no habla; hace conocer su voluntad por las acciones y los altos hechos de un hombre, y he ahí todo."»

Ven-tchang dijo: «Permíteme una nueva pregunta: ¿Qué entiendes por estas palabras: *El le propuso al Cielo, y el Cielo le aceptó; él le mostró al pueblo cubierto de gloria, y el pueblo le aceptó?*»

Mencio dijo: «El le ordenó presidir las ceremonias de los sacrificios, y todos los espíritus (los «cien espíritus», es decir, los espíritus del Cielo, de la Tierra, de las montañas y de los ríos) tuvieron sus sacrificios por agradables; esto es *la aceptación del Cielo.* El le ordenó presidir la administración de los asuntos públicos, y los asuntos públicos, estando bien adminis-

trados por él, todas las familias del Imperio estuvieron tranquilas y satisfechas; he ahí la aceptación del pueblo. El Cielo le dio el Imperio, y el pueblo también se lo dio. Es por lo que yo decía: El hijo del Cielo no puede por sí solo dar el Imperio a un hombre.

»Chun ayudó a Yao en la administración del Imperio durante veintiocho años. Este no fue el resultado del poder del hombre, sino del Cielo.

»Habiendo muerto Yao y terminados los tres años de luto, Chun se separó del hijo de Yao y se retiró a la parte meridional del río meridional (para dejarle el Imperio). Pero los grandes vasallos del Imperio, que venían en la primavera y en el otoño a jurarle fe y homenaje, no se dirigían junto al hijo de Yao, sino junto a Chun. Los que traían acusaciones o pleitos que resolver no se presentaban al hijo de Yao, sino a Chun. Los poetas que loaban los altos hechos en sus versos y que los cantaban, no celebraban y no cantaban al hijo de Yao, sino que celebraban y cantaban las proezas de Chun. Es por lo que yo he dicho que esto era el resultado del poder del Cielo. Después de esto, volvió al reino, de en medio (293) y subió sobre el trono del Hijo del Cielo. Si, habiendo continuado habitando el palacio de Yao, hubiera oprimido y constreñido a su hijo, esto hubiera sido usurpar el Imperio y no recibirle del Cielo.»

»El Thai-tchi dice: «El Cielo ve; pero ve por (los ojos de) mi pueblo. El Cielo oye; pero oye por (los oídos de) mi pueblo.» Esto es lo que yo he querido decir.»

6. Ven-tchang hizo otra prgeunta en estos términos: «Los hombres dicen: No fue sino hasta Yu (cuando el interés público fue preferido por los soberanos al interés privado); en seguida, habiéndose debilitado la virtud, el Imperio no fue transmitido al más sabio, sino fue transmitido al hijo. ¿No es esto verdad?»

Mencio dijo: «De ningún modo; esto no es así. Si el Cielo da el Imperio al sabio, entonces (el emperador) se lo da; si el Cielo se lo da al hijo, entonces (el emperador) se lo da.

»En otro tiempo, Chun propuso al Cielo a Yu (haciéndole su ministro). Al decimoséptimo año de su administración, Chun murió. Habiendo transcurrido los tres años de luto, Yu se separó del hijo de Chun y se retiró a la comarca de Yang-tching. Las poblaciones del Imperio le siguieron, como después de la muerte de Yao no habían seguido a su hijo, sino a Chun.

»Yu propuso a Y al Cielo (haciéndole su ministro). Al séptimo año de su administración, murió Yu. Habiendo transcurrido los tres años de luto, Y se separó del hijo de Yu y se retiró a la parte septentrional del monte Kichan. Los que en la primavera y en el otoño acudían a la corte a presentar sus homenajes, que acusaban a alguien o que tenían pleitos que resolver, no acudían a Y, sino que se presentaban a Khi (hijo de Yu), diciendo: «Este es el hijo de nuestro príncipe. Los poetas que loan los altos hechos en sus versos y que los cantan, no celebraron ni cantaron a Y, sino que ellos cantaron a Khi, diciendo: Es el hijo de nuestro príncipe (294).»

»Than-tchu (hijo de Yao) estaba muy degenerado respecto a las virtudes de su padre; el hijo de Chun también lo estaba. Chun, ayudando a Yao a administrar el Imperio; Yu, ayudando a Chun a administrar el Imperio, esparcieron durante un gran número de años sus beneficios en las poblaciones, Khi, siendo un sabio, pudo aceptar y continuar con todo el respeto que era debido el modo de gobierno de Yu. Como Y no había ayudado a Yu a administrar el Imperio sino escaso número de años, no había podido esparcir largo tiempo sus beneficios al pueblo (y hacerse amar de él). Que Chun, Yu e Y difieren mutuamente entre ellos por la duración y la longitud del tiempo (durante el cual administraron el Imperio); que sus hijos hayan sido, el uno un sabio, los otros hijos degenerados, estos hechos son la obra del Cielo y no de la que depende del poder del hombre. El que opera o produce efectos sin acción aparente, es el Cielo; lo que ocurre sin que se le haga intervenir, es el destino.

»Para que un sencillo y oscuro particular llegue a poseer el Imperio, debe, por sus cualidades y virtudes parecerse a Yao y a Chun, y además debe encontrarse un Hijo del Cielo (o emperador) que le proponga a la aceptación del pueblo. Es por eso (es decir, porque no fue propuesto a la aceptación del pueblo por un emperador) por lo que Khung-ni (Kungtsé) no llegó a ser emperador (aunque sus virtudes igualasen a las de Yao y de Chung). Para que quien, por derecho de sucesión o derecho hereditario, posea el Imperio, sea rechazado por el Cielo, es preciso que se parezca a los tiranos Kie y Cheu. Es por lo que Y-yin y Tcheu-kong no poseyeron el Imperio.

»Y-yin, ayudando a Tchang, le hizo reinar sobre todo el Imperio. Habiendo muerto Thang, Thaï-ting (su hijo mayor), no había sido (también antes de morir) constituído su heredero y Ngaï-ping no tenía más que dos años de edad, y Tchung-jin, cuatro. Thai-kia (hijo de Thaï-ting), habiendo trastornado y pisoteado las leyes y las instituciones de Thang, Y-yin le relegó al palacio llamado Thung durante tres años. Como Taï-kia se arrepintiese de sus faltas pasadas, les había tomado aversión y se había corregido de ellas; como había cultivado en el palacio de Thung durante tres años los sentimientos de humanidad y había pasado a sentimientos de equidad y de justicia, escuchando con docilidad las instrucciones de Y-yin, este último le hizo volver a la ciudad de Po, su capital.

»Tcheu-kung no tuvo la posesión del Imperio por los mismos motivos que le privaron de él a Y, bajo la dinastía Hia, y Y-yin, bajo la de Chang. Kungtsé decía: «Thang (Jao) y Yu (Chun) transmitieron el Imperio (a sus ministros); los emperadores de las dinastías Hia, Heu-yin (o segundo Chang) y Tcheu le transmitieron a sus descendientes: los unos y los otros se condujeron por el mismo principio de equidad y de justicia.»

7. Ven-tchang hizo una pregunta en estos términos: «Se dice que fue por su habilidad en preparar y cortar las carnes por lo que Y-yin llegó a obtener el favor de Tchang; ¿es eso verdad?»

Mencio respondió: «De ningún modo; eso no es así. Cuando Y-yin se ocupaba de la labranza en los campos del reino de Yeu-sin y hacía sus delicias estudiando las instituciones de Yao y de Chun, si los principios de equidad y de justicia (que estos emperadores habían esparcido) no hubiesen reinado entonces; si sus instituciones, fundadas sobre la razón, no hubieran sido establecidas, aun cuando le hubieran hecho dueño del Imperio, hubiera desdeñado aquella dignidad; aun cuando se hubieran puesto a su disposición mil cuadrigas de caballos enjaezados, él hubiera desdeñado mirarlos. Si los principios de equidad y de justicia esparciados por Yao y por Chun no hubieran reinado entonces; si sus instituciones, fundadas sobre la razón, no hubieran sido establecidas, él no hubiera recibido un ardite de ellos. Tang, habiendo enviado expresamente mensajeros con piezas de seda, a fin de instarle a venir a su corte, él respondió con un aire de satisfacción, pero también de desinterés: ¿En qué podría emplear las piezas de seda que me ofrece Thang para instarme a ir a su corte? ¿Hay para mí alguna cosa preferible a vivir en medio de los campos y en hacer mis delicias de las instituciones de Yao y de Chun?

»Thang envió tres veces expresamente mensajeros para instarle a venir a su corte. Después de la partida de los últimos enviados, se conmovió de aquella insistencia, y cambiando de resolución dijo: "En lugar de pasar mi vida en medio de los campos y de constituir mi único placer el estudio de las instituciones tan sabias de Yao y de Chun, ¿no vale más para mí hacer de manera que este príncipe sea un príncipe parecido a estos dos grandes emperadores? ¿No vale más para mí hacer de manera que este pueblo (que yo seré llamado a administrar) se parezca al pueblo de Yao y de Chun? ¿No vale más que vea yo mismo por mis propios ojos estas instituciones practicadas por el

príncipe y por el pueblo? Cuando el Cielo (prosiguió Y-yin) hizo nacer este pueblo, él quiso que los que primero conocieran los principios de las acciones o de los deberes morales instruyeran a los que debían aprenderlos de ellos; quiso que los primeros que tuvieran la inteligencia de las leyes sociales las comunicasen a los que debían no adquirirlas sino en seguida. Yo, yo soy de los hombres de todo el Imperio el primero que tiene esa inteligencia. Yo quiero, sirviéndome de las doctrinas sociales de Yao y de Chun, comunicar la inteligencia de estas doctrinas a ese pueblo que las ignora. Si yo no le doy inteligencia, ¿quién se la dará?"

»Pensaba que si entre las poblaciones del Imperio se hallaba un hombre sencillo o una mujer sencilla que no comprendiese todas las ventajas de las instituciones de Yao y de Chun, era como si se hubiera él mismo precipitado en una fosa abierta bajo sus pasos. Así es como él entendería cargarse con el pesado fardo del Imperio. Es por lo que al ir cerca de Thang, le habló de manera a decidirle a combatir al último rey de la dinastía Hia y a salvar al pueblo de su opresión.

»Yo no he oído decir que un hombre que se conduzca de una manera tortuosa haya hecho a los demás hombres rectos y sinceros; con mayor razón no lo podría hacer de haberse deshonrado a sí mismo (sin otro pretexto que cortar bien la carne). Las acciones de los santos hombres no todas se parecen. Unos se retiran a la vida privada, se aislan; otros obran y se acercan al poder; unos se destierran del reino, otros permanecen en él. Todos tienen por objeto hacerse puros, exentos de toda mancha, y nada más.

»Yo he oído decir siempre que Y-yin había sido buscado por Tchang, por sus grandes conocimientos de las doctrinas de Yao y de Chun; yo no he oído jamás decir que fuera por su habilidad en el arte de cocer y cortar las carnes.»

El *Y-hiun* dice: «Habiendo decidido el Cielo su ruina, Thang comenzó por combatir a Kie en el Palacio de los pastores («Mu-kong»); yo he comenzado en Po (capital de «Thang»).

8. Ven-tchang hizo esta pregunta: «Algunos pretenden que Kungtsé, estando en el reino de Veï, habitó la casa de un hombre que curaba las úlceras, y que en el reino de Thsi habitó en casa de un eunuco de nombre Tsi-hoan. ¿Es esto verdad?»

Mencio dijo: «De ningún modo; eso no ha ocurrido así. Los que aman las invenciones han fabricado ésta. Estando en el reino de Veï, habitó en casa de Ya-tcheu-yel (295). Como la mujer de Hi-tsé y la de Tsé-lu (discípulo de Kungtsé) eran hermanas, Hi-tsé, dirigiéndose a Tsé-lu, le dijo: Si Kungtsé se alojara en mi casa (era el favorito del rey Veï), podría obtener la dignidad de King o de primer dignatario del reino de Veï.»

»Tsé-lu trasladó estas palabras a Kungtsé. Kungtsé dijo: «Hay un mandato del Cielo, un destino.» Kungtsé no buscaba las funciones públicas sino según los ritos o las conveniencias; no las abandonaba sino según las conveniencias. Las obtuviera o no las obtuviera, decía: Hay un destino. De haberse alojado en casa de un hombre que curaba las úlceras, y en casa del eunuco Tsi-hoan no se habría conformado ni a la justicia ni al destino. No gustándole a Kungtsé habitar en los reinos de Lu y de Vei, lo dejó y cayó en los reinos de Sung, entre las manos de Huan, jefe de los caballos del rey, que quería detenerle y hacerle morir. Pero habiéndose revestido de ropas ligeras y groseras, se trasladó más allá del reino de Sung. En las circunstancias difíciles en que se encontraba Kungtsé entonces, fue a vivir en casa del comandante de la ciudad Tchin-asé, que era ministro del rey de Tchin.

»He oído a menudo decir a este propósito: «Conoced a los ministros que viven cerca del príncipe, según los huéspedes que reciben en su casa; conoced a los ministros alejados de la corte, según las personas en casa de las cuales se alojan.» Si Kungtsé se hubiese alojado en casa del hombre que curaba las úlceras y

en casa del eunuco Tsi-hoan, ¿cómo hubiera podido llamarse Kungtsé?»

9. Ven-tchan hizo aún esta pregunta: «Algunos dicen que Pe-li-hi (sabio del reino de Ysi) se vendió por cinco pieles de carnero a un hombre del reino de Thsin, que guardaba los rebaños y que, mientras que él mismo estaba ocupado en hacer pastar los bueyes, supo hacerse conocer y llamar por Mu-kung, rey de Thsin. ¿Es esto verdad?»

Mencio dijo: «De ninguna manera; eso no ha pasado así. Son los que aman las invenciones los que han fabricado ésta.

»Pe-li-hi era un hombre del reino de Yu. Los hombres del reino de Thsin, habiendo con presentes compuestos de piedras preciosas de la región Tchui-ki y de corceles alimentados en la comarca Kieu, solicitado del rey de Yu que les permitiese pasar por su reino para ir a atacar al de Kue, Kung-tchi disuadió al rey; Pe-li-hi, no hizo ninguna amonestación. Sabiendo que el príncipe de Yu (del cual era ministro) no podía seguir los buenos consejos que le diera en aquella ocasión, abandonó su reino para pasar al de Thsin. Era entonces de edad de setenta años. Si no hubiera sabido, en aquella época avanzada de su vida, que buscar el favor de Mu-kung conduciendo a pastar sus bueyes era una acción vergonzosa, ¿hubiera podido estar dotado de sabiduría y de penetración?

»Como las amonestaciones (al rey de Yu) no podían ser seguidas, no las hizo; ¿pudo por esto ser llamado un hombre imprudente? Sabiendo que el príncipe de Yu estaba cerca de su pérdida, él le abandonó; no puede por esto ser llamado imprudente.

»En estas circunstancias, fue promovido en el reino de Thsin. Sabiendo que Mu-kung podía obrar de concierto con él, le prestó su asistencia; ¿se le puede llamar por eso imprudente? Siendo ministro del reino de Thsin, hizo a su príncipe ilustre en todo el Imperio, y su renombre ha podido ser transmitido a las generaciones que le han sucedido. Si no hubiera sido un

sabio, ¿hubiera podido obtener estos resultados? Venderse para hacer a su príncipe perfecto es una acción que los hombres más groseros de una aldea, que se aman y respetan, no harían, y el que es llamado sabio ¿lo hubiera hecho?»

Capítulo IV

1. Mencio dijo: «Los ojos de Pe-i no miraban las formas o los objetos que conducían al mal; sus oídos no escuchaban los sonidos que conducían al mal. Si su príncipe no era digno de serlo, él no le servía; si el pueblo (que se le confiaba) no era digno de ser gobernado, no le gobernaba. Cuando las leyes seguían su curso, entonces él aceptaba funciones públicas; cuando la anarquía reinaba, entonces él se retiraba. Allí donde se ejercía una administración perversa; allí donde un pueblo perverso habitaba, él no podía soportar vivir. Pensaba que habitar con los hombres de las aldeas era como si se hubiera sentado en el cieno, o sobre carbones negros, con su traje de corte y con su gorro de ceremonia.

»En la época del tirano *Cheu (sin)* habitaba en las orillas del mar septentrional, aguardando la purificación del Imperio. Esto es por lo que aquellos que posteriormente han oído hablar de las costumbres de *Pe-i*, si eran ignorantes y estúpidos, han (gracias a su ejemplo) llegado a ser juiciosos; y si eran de carácter débil, han adquirido una inteligencia firme y perseverante.

»Y-yin decía: «¿A quién servirías si no es al príncipe? ¿A quién gobernaríais si no es al pueblo?»

»Cuando las leyes tenían curso, él aceptaba las funciones públicas; cuando la anarquía reinaba, él aceptaba igualmente las funciones públicas.

»Decía: «Cuando el Cielo hizo nacer a este pueblo, quiso que los primeros que conocieran los principios de las acciones, o los deberes sociales, instruyesen a los que debían aprenderlos de ellos; quiso que los pri-

meros que tuvieran la inteligencia de las leyes sociales la comunicaran a los que debían no adquiriria sino en seguida. Yo, yo soy de los hombres de todo el Imperio el que el primero tiene esta inteligencia. Yo quiero, sirviéndome de las doctrinas sociales de *Yao* y de *Chun,* comunicar la inteligencia de estas doctrinas a este pueblo que las ignora.»

»Pensaba que si entre los habitantes del Imperio había un hombre sencillo o una mujer sencilla que no comprendiese todas las ventajas de las instituciones de *Yao* y de *Chun* era como si se hubiera él mismo precipitado en una fosa abierta bajo sus pies. Así es como él entendía encargarse del pesado fardo del Imperio.

»Lieu-hia-hoei no se avergonzaba de servir a un príncipe vil; no rechazaba una pequeña magistratura. Si entraba en acción, no retenía a los sabios en la oscuridad y se hacía un deber de seguir siempre la recta vía. Si se veía descuidado, abandonado, no conservaba por ello resentimiento; si se veía arrojado a la miseria y a tener que habitar entre los hombres de la aldea, siempre contento, no los quería abandonar para ir a habitar a otra parte. Decía: Obráis como entendéis que hay que hacerlo; yo obro de igual modo. Aunque con los brazos desnudos y el cuerpo sin vestidos, viniérais a sentaros a mi lado, ¿cómo podríais mancharme?

»He aquí por qué los que posteriormente han oído hablar de las costumbres de Lieu-hia-hoei, si eran pusilánimes, han (por su ejemplo) llegado a estar llenos de valor; si eran fríos e insensibles, han llegado a ser amantes y afectuosos.

»Kungtsé, queriendo abandonar el reino de Thsin tomó en su mano un puñado de arroz ya cocido y se puso en camino. Cuando quiso abandonar el reino de *Lu,* dijo: «Me alejo lentamente.» Tal es el deber del que se aleja del reino de su padre y de su madre (ambos habían nacido en él). Cuando era preciso apresurarse, apresurarse; cuando era preciso alejarse lentamente, alejarse lentamente; cuando era preciso llevar una vida privada, llevar una vida privada; cuando era preciso ocupar un empleo público, ocupar el empleo público: he ahí a Kungtsé.

Mencio dijo: «Pe-i fue el más puro de los santos. Y-yin fue, de entre ellos, el que soportó más pacientemente toda clase de funciones públicas: Lieu-hia-hoei fue el que más se acomodó a ellas, y Kungtsé fue, de todos, el que se conformó más a las circunstancias (reuniendo en él todas las cualidades de los precedentes).

»Kungtsé puede ser llamado el gran conjunto de todos los sonidos musicales (que concurren a formar la armonía). En el gran conjunto de todos los sonidos musicales, los instrumentos de bronce producen los sonidos, y los instrumentos de piedras preciosas los ponen en armonía. Los sonidos producidos por los instrumentos de bronce comienzan el concierto; el acorde que los dan los instrumentos de piedras preciosas termina este concierto. Comenzar el concierto es la obra del hombre sabio; terminar el concierto es la obra de un santo o de un hombre perfecto.

»Si se compara la prudencia a cualquier otra cualidad, es a la habilidad; si se compara la santidad a cualquier otra cualidad, es a la fuerza (que hace alcanzar el objeto propuesto). Como el hombre que lanza una flecha a cien pasos, si va más allá del blanco, es fuerte; si no hace más que alcanzarlo, no es fuerte.»

2. Pe-kung-hi (hombre del Estado de Vei hizo una pregunta en estos términos: ¿Cómo ordenó la casa de Tcheu las dignidades y los salarios?

Mencio dijo: «Yo no he podido conocer estas cosas al detalle. Los príncipes vasallos que tenían odio a lo que dañaba a sus intereses y a sus inclinaciones, han hecho de concierto desaparecer los reglamentos escritos de esta familia. Pero, sin embargo, yo, Kho, yo he aprendido algo sobre ellos.

»El título de Thian-tsé. Hijo del Cielo (o emperador), constituía una dignidad; el título de *Kung,* otra; el de *Heu,* otra; el de *Pe,* otra aún; el de *Tseu* o *Nan,* aún

otra, y así, por el mismo orden, cinco grados de dignidades (296).

»El título de príncipe *(kiun)* constituía una dignidad de otro orden; el de presidente de los ministros *(king)*, otra; el de primer administrador civil de una ciudad *(ta-fu)*, otra; el de letrado de primer rango *(chang-sse)*, otra; el de letrado de segundo rango *(tchung-sse)*, otra; el de letrado de tercer grado *(kia-sse)*, otra, y así, por el mismo orden, seis grados.

»El dominio constituído del Hijo del Cielo era un territorio cuadrado de mil li de extensión sobre cada lado; los Kung y los Heu tenían cada uno un dominio de cien li de extensión en todos sentidos; los Pe tenían uno de setenta li; los Tseu y los Nan, de cincuenta li; en total, cuatro clases. El que no poseía cincuenta li de territorio no llegaba (por derecho propio) hasta el Hijo del Cielo. Los que dependían de los Heu de todos rangos eran llamados Fu-yung o vasallos.

»El dominio territorial que los King, o presidentes de los ministros, recibían del Emperador, era equivalente al de los Heu; el que recibían los Ta-fu, comandantes de las ciudades, equivalía al de los Pe; el que recibían los Yuan-sse (o Chang-sse), letrados de primer rango, equivalía al de los Tseu o de los Nan.

»En los reinos de los grandes, cuyos territorios tenían cien li de extensión en todos los sentidos, el príncipe (o el jefe) (Kung y Heu) tenía diez veces tantos ingresos como los King, o presidentes de los ministerios; los presidentes de los ministerios, cuatro veces tanto como los Ta-fu, o primeros administradores de las ciudades; los primeros administradores de las ciudades, dos veces tanto como los Chang-sse, o letrados de primer rango; los letrados de primer rango, dos veces tanto como los Tchung-sse, o letrados de segundo rango; los letrados de segundo rango, dos veces tanto como los Hia-sse, o letrados de tercer rango.

»Los letrados de tercer rango tenían los mismos ingresos que los hombres del pueblo que estaban empleados en diferentes magistraturas. Estos ingresos debían ser suficientes para equivaler a los ingresos agrícolas que se hubieran podido procurar cultivando la tierra.

»En los reinos de segundo rango, cuyo territorio no tenía más que setenta li de extensión en todos sentidos, el príncipe (o el jefe, Pe) tenía diez veces tantos ingresos como los King, o presidentes de los ministerios; los presidentes de los ministerios, tres veces tanto como los primeros administradores de las ciudades; los primeros administradores de las ciudades, dos veces tanto como los letrados de primer rango; los letrados de primer rango, dos veces tanto como los letrados de segundo rango; los letrados de segundo rango, dos veces tanto como los letrados de tercer rango. Los letrados de tercer rango tenían los mismos ingresos que los hombres del pueblo que estaban empleados en diferentes magistraturas. Estos ingresos debían de ser suficientes para equivaler a los ingresos agrícolas que se hubieran podido procurarse cultivando la tierra.

»En los pequeños reinos, cuyo territorio no tenía más que cincuenta li de extensión en todos sentidos, el príncipe (o jefe, Tseu y Nan) tenía diez veces tantos ingresos como los presidentes de los ministerios; los presidentes de los ministerios, dos veces tanto como los primeros administradores de las ciudades; los primeros administradores de las ciudades, dos veces tanto como los letrados de primer rango; los letrados de primer rango, dos veces tanto como los letrados de segundo rango; los letrados de segundo rango, dos veces tanto como los letrados de tercer rango. Los letrados de tercer rango tenían los mismos ingresos que los hombres del pueblo que estaban empleados en diferentes magistraturas. Estos ingresos debían de ser suficientes para equivaler a los ingresos agrícolas que se hubieran podido procurarse cultivando la tierra.

»He aquí lo que los labradores obtenían de las tierras que cultivaban. Cada uno de ellos recibía cien fanegas (para cultivar). Para el cultivo de estas cien fanegas, los primeros o los mejores cultivadores alimentaban nueve personas; los que venían después alimentaban

ocho; los de segundo orden, alimentaban siete; los que venían después, alimentaban seis. Los de la última clase, o los más malos, alimentaban cinco. Los hombres del pueblo que estaban empleados en diferentes magistraturas recibían emolumentos proporcionales a estos diferentes productos.»

3. Ven-tchang hizo una pregunta en estos términos: «¿Osaría preguntarte cuáles son las condiciones de una verdadera amistad?»

Mencio dijo: «Si no te prevales de la superioridad de tu edad, si no te prevales de tus honores, si no te prevales de la riqueza o del poder de tus hermanos, puedes contraer lazos de amistad. Contraer lazos de amistad con alguien es contraer amistad con su virtud. No debe haber otro motivo de unión en la amistad.

»Meng-kiank-tsé era el jefe de una familia de cien carros. Tenía cinco hombres con los que le ligaba amistad: Yo-tching-khieu, Mu-tchung; he olvidado el nombre de los otros tres. (Meng) hian-tsé estaba también ligado en amistad con otros cinco hombres que hacían poco caso de la gran familia de Hian-tsé. Si estos cinco hombres hubieran tomado en consideración la gran familia de Hian-tsé, éste no hubiera contraído amistad con ellos.

»No solamente el jefe de una familia de cien carros debe obrar así, sino incluso los príncipes de los pequeños Estados deben obrar del mismo modo.

»Hoei-Kung, del estado de Pi, decía: De Tsé-sse he hecho mi preceptor; de Yan-pan, mi amigo. Vang-chun y Tchangsi (que les son muy inferiores en virtudes), son las que me sirven como ministros. No solamente el príncipe de un pequeño estado debe obrar así, sino aun los príncipes de reinos más grandes debieran obrar del mismo modo.

»Ping-Kung, de Tein, tenía tal deferencia por Haitchang (sabio del reino de Tein), que cuando éste le decía que entrase en su palacio, entraba; cuando le decía que se sentase, se sentaba; cuando le decía que comiese, comía. Aunque sus platos no estuviesen compuestos más que del arroz más ordinario o de jugos de hierbas, no se hubiera saciado menos de ellos, porque no osaba hacer lo contrario (tanto respetaba las órdenes del sabio). Breve, tenía con él la deferencia más absoluta. No compartió con él la dignidad que tenía del Cielo (dándole una magistratura); no compartió con él las funciones de gobierno que tenía del Cielo (confiriéndole una parte de estas funciones); no consumió con el los ingresos que tenía del Cielo. Los letrados (que ocupan funciones o magistrados públicos) honran así a los sabios (a los cuales no se creen superiores); pero los reyes y los Kung, o príncipes, no los honran así.

»Cuando Chun hubo sido elevado al rango de primer ministro fue a visitar al Emperador. El Emperador dió hospitalidad a su yerno en el segundo palacio, e incluso comió en la mesa de Chun. Cuando uno de los dos visitaba al otro, eran sucesivamente huéspedes entre sí (sin distinción entre Emperador y súbdito). Es así como el Hijo del Cielo mantenía lazos de amistad con un hombre privado.

»Si, estando en una posición inferior, se testimonia la deferencia y el respeto a su superior, esto se llama respetar la dignidad: si, estando en una posición inferior, se testimonia la deferencia y el respeto a su inferior, esto se llama honrar y respetar al hombre sabio. Respetar la dignidad, honrar y respetar al hombre sabio, el deber es el mismo en las dos circunstancias.»

4. Ven-tchang hizo una pregunta en estos términos: «¿Osaría preguntarte qué sentimiento se debe de tener ofreciendo presentes (297) para contraer amistad con alguno?»

Mencio dijo: «El de respeto.»

Ven-tchang continuó: «Rehusar esta amistad y rechazar estos presentes repetidas veces, es una acción considerada como irreverente; ¿por qué?»

Mencio dijo: «Cuando un hombre honrado (a causa de su posición o de su dignidad) te hace un don, si dices antes de aceptarle: Los medios que él ha empleado para procurarse estos dones de amistad, ¿son justos

o son injustos?, sería carecer de respeto hacia él; es por lo que no se los debe rehusar.»

Ven-tchan dijo: «Perdona; yo no los rechazo de una manera expresa con palabras; es con el pensamiento como los rechazo. Si me digo a mí mismo: "Este hombre, honrado a causa de su dignidad, que me ofrece estos presentes, los ha arrancado al pueblo; lo que no es justo", y entonces, con otro pretexto cualquiera me niego a recibirlos, ¿no obraría convenientemente?»

Mencio dijo: «Si él quiere contraer amistad según los principios de la razón; si ofrece presentes con toda la cortesía y con toda la urbanidad convenientes: Kungtsé mismo los hubiera aceptado.»

Ven-tchang dijo: «Supongamos ahora a un hombre que detiene a los viajeros en un sitio apartado, lejos de las puertas de la ciudad, para matarlos y despojarlos de lo que llevan encima; si este hombre quiere contraer amistades según los principios de la razón, y si ofrece presentes con toda cortesía en uso, ¿será permitido aceptar estos presentes que son el producto de un robo?»

Mencio dijo: «Esto no será permitido. El *Kang-kao* dice: "Los que matan a los hombres y arrojan sus cuerpos a un lugar apartado para despojarles de sus riquezas, y cuya inteligencia, oscurecida y embrutecida, no teme la muerte, no hay nadie en todos los pueblos que no sienta horror hacia ellos." Los tales son hombres a los que, sin esperar ni instrucción judicial ni explicación, se debe hacer morir en seguida. Esta expeditiva costumbre de hacer justicia con los asesinos, sin discusiones previas, la dinastía Yn la recibió de la de Hia y la dinastía de los Tchu de los Kin; y ha estado en vigor hasta nuestros días. Por consiguiente, ¿cómo te podrías exponer a recibir parecidos presentes?»

Ven-tchang prosiguió: «En nuestros días, los príncipes de todos los rangos, arrancándo los bienes del pueblo, se parecen a los ladrones que detienen a los pasajeros en los grandes caminos para despojarlos. Si cuando, con todas las conveniencias al uso, ellos ofrecen presentes al sabio, y el sabio los acepta, ¿osaría preguntarte en qué coloca éste la justicia?»

Mencio dijo: «¿Piensas, pues, que si un soberano poderoso apareciese en medio de nosotros, reuniría a todos los príncipes de nuestros días y los haría morir para castigarlos por sus exacciones?, o bien que después de haberlos prevenido del castigo que merecían, si no se corregían, los haría perecer? Llamar (como acabas de hacerlo) a los que toman lo que no les pertenece ladrones de los grandes caminos, es extender a esta especie de gentes la severidad más extrema que comporta la justicia (fundada en la sana razón).

»Kungtsé ocupaba una magistratura en el reino de Lu (su patria). Los habitantes, cuando iban de caza, se disputaban por coger unos la caza de los otros, y Kungtsé hacía otro tanto (298). Si es permitido disputar de esa manera por la caza de otro cuando se está de caza, con más fuerte razón es permitido recibir los presentes que se os ofrecen.»

Ven-tchan continuó: «Si es así, entonces Kungtsé, ocupando su magistratura, ¿no se aplicaba, sin duda, a practicar la doctrina de la recta razón?»

Mencio respondió: «Se aplicaba, sí, en practicar la doctrina de la recta razón.»

—Si su intención era practicar esta doctrina, ¿por qué, pues, estando de caza, se querellaba para coger la caza de los otros?

—Kungtsé había prescrito el primero en un libro, de una manera regular, que debían emplearse ciertos vasos, en número determinado, en los sacrificios a los antepasados; pero que no se los colmaría de manjares, traídos con grandes gastos de las cuatro partes del reino.

—¿Por qué no abandonaba el reino de Lu?

—Porque quería poner sus principios en práctica. Si veía que estos principios podían ser puestos en práctica, y no se ponían, entonces abandonaba el reino. Es por lo que no permaneció jamás tres años en un reino sin abandonarle.

»Cuando Kungtsé veía que su doctrina podía ser puesta en práctica, aceptaba las funciones públicas; cuando se le recibía en un Estado con la urbanidad prescrita, aceptaba las funciones públicas; cuando podía ser mantenido con los ingresos públicos, aceptaba las funciones públicas.

»Viendo que su doctrina podía ser practicada por Kikuan-tsé (primer ministro de Ting, Kung de Lu) aceptó de él las funciones públicas; habiendo sido tratado con mucha urbanidad por Ling, Kung de Vei, aceptó de él las funciones públicas; habiendo sido mantenido con los ingresos públicos por Hiao, Kung de Vei, aceptó de él las funciones públicas.»

5. Mencio dijo: «Se aceptan y se cumplen las funciones públicas, sin que esto sea por causa de pobreza; pero a veces es por causa de pobreza. Nos casamos con una mujer con otro objeto que el de recibir por ello su mantenimiento; pero a veces es con objeto de recibir su mantenimiento.

»El que por causa de pobreza rehusa una posición honrosa permanece en su humilde condición y, rehusando emolumentos, permanece en la pobreza.

»El que rehusa una posición honrosa y permanece en su humilde condición, el que rehusa emolumentos y permanece en la pobreza, ¿qué le conviene, pues, hacer? Es preciso que esté en acecho a las puertas de la ciudad o que toque la carraca de madera (para anunciar las vigilias de la noche).

»Cuando Kungtsé era director de un granero público, decía: «Si mis cuentas de aprovisionamientos y de distribuciones son exactas, mis deberes están cumplidos. Cuando era administrador general de los campos, decía: «Si los rebaños se hallan en buen estado, mis deberes están cumplidos.»

»Si cuando nos encontramos en condición inferior hablamos de cosas mucho más elevadas que nosotros, somos culpables (de salir de nuestro estado). Si cuando nos encontramos en la corte de un príncipe no cumplimos los deberes que esta posición impone, nos cubrimos de vergüenza.»

6. Ven-tchang dijo: «¿Por qué los letrados (que no ocupan empleos públicos) no dejan el cuidado de su sostenimiento a los príncipes de todas clases?»

Mencio dijo: «Porque no se atreven. Los príncipes, de cualquier clase que sean, cuando han perdido su reino, dejan a los demás príncipes al cuidado de su sostenimiento; esto es conforme al uso establecido; pero no está conforme con el uso establecido que los letrados dejen a los príncipes el cuidado de su sostenimiento.»

Ven-tchang dijo: «Si el príncipe les ofrece por alimentos mijo y arroz, ¿deben aceptar?»

—Deben aceptar.

—Deben aceptar; ¿y con qué derecho?

»El príncipe tiene deberes que cumplir respecto al pueblo en la necesidad; él debe socorrerle.

—Cuando se ofrece un socorro se le recibe, y cuando es un presente se le rehusa; ¿por qué es eso?

—Porque no se osa (en este último caso).

—Permíteme aún una pregunta: No se osa; y ¿cómo es esto?

—El que está en acecho a las puertas de la ciudad, el que toca la carraca de madera, tienen uno y otro un empleo permanente que les da derecho a ser alimentados a expensas de los ingresos de los impuestos del príncipe. Los que, no ocupando empleos públicos permanentes, reciben los dones del príncipe, son considerados como careciendo del respeto que se deben a sí mismos.

—Yo sé ahora que si el príncipe suministra alimentos al letrado, éste puede recibirlos; pero ignoro si esos dones deben ser continuados.

—Mu-kung se condujo así con Tsé-sse: enviaba a menudo hombres para tener noticias de él (para saber si se hallaba en estado de poderse pasar sin sus socorros), y le enviaba a menudo alimentos de carne cocida. Esto no agradaba a Tsé-sse. Al fin, cogió a los

enviados del príncipe de la mano y los condujo hasta fuera de la puerta grande de su casa; entonces, con el rostro vuelto hacia el norte, la cabeza inclinada a tierra y saludando dos veces a los enviados, sin aceptar los socorros, dijo: «Desde ahora considero que el príncipe me alimenta, a mi, Ki, como si fuera un perro o un caballo.» Desde aquel momento, los gobernadores y primeros administradores de las ciudades no han alimentado más (a los letrados); sin embargo, si cuando se ama a los sabios no se los puede elevar a empleos y que, además, no se les puede suministrar de lo que tienen necesidad para vivir, ¿puede esto llamarse amar a los sabios?»

Ven-tchang dijo: «¿Osaré hacerte una pregunta? Si el príncipe de un reino desea alimentar a un sabio, ¿qué debe hacer en ese caso para que se pueda decir que está verdaderamente alimentado?

Mencio dijo: «El letrado debe recibir los presentes o los alimentos que le sean ofrecidos por orden del príncipe, saludando dos veces e inclinando la cabeza. Enseguida, los guardianes de los graneros reales deben continuar suministrándole los alimentos; los cocineros, la carne cocina, sin que los hombres encargados de las órdenes del príncipe se los tengan que presentar ellos de nuevo (con objeto de no obligarle a repetir saludos y acciones de gracias).

»Tseu-sse se decía a sí mismo: «Si para las carnes cocidas se me atormenta de manera que me obliguen a hacer a menudo saludos y a dar las gracias, no es ése un modo conveniente de subvenir al sostenimiento de los sabios.»

»Yao se condujo de la manera siguiente con respecto a Chun: ordenó a sus nueve hijos servirle; le dio a sus dos hijas en matrimonio; ordenó a todos los funcionarios públicos que le suministrasen bueyes, carneros y que llenasen los graneros para su sostenimiento en medio de los campos; en seguido le elevó a los honores y le confirió una elevada dignidad. Es por lo que se ha

dicho que había honrado a un sabio de modo conveniente a un soberano o a un príncipe.»

7. Ven-tchang dijo: «¿Osaría hacerte una pregunta? ¿Por qué un sabio no va a visitar a los príncipes?» (Hace alusión a su maestro.)

Mencio dijo: «Si está en su ciudad principal, se dice que es el súbdito de la plaza pública y del pozo público; si está en el campo, se dice que es el súbdito de las hierbas forestales. Los que están en el uno y en el otro caso son los llamados los hombres del montón (los que no ocupan ningún empleo público).

»Los hombres del montón que no han sido ministros y no han ofrecido aún presentes a su príncipe, no osan permitirse hacerle su visita; es el uso.»

Ven-tchang dijo: «Si el príncipe llama a los hombres del montón para un servicio exigido, ellos van a hacer este servicio. Si el príncipe, deseando verlos, los llama cerca de él, ellos no van a verle; ¿por qué es esto?»

Mencio dijo: «Ir a hacer un servicio exigido es un deber de justicia; ir a hacer visitas (al príncipe) no es un deber de justicia.»

»Por consiguiente, ¿por qué el príncipe desearía que los letrados le hiciesen visitas?»

Ven-tchang dijo: «Porque es muy intruido, porque él mismo es un sabio.»

Mencio dijo: «Si porque es muy instruido (el quiere tenerlos cerca de él para instruirse aún), entonces el Hijo del Cielo no llama cerca de él a su preceptor, con más fuerte razón no llamará tampoco un príncipe. Si porque es sabio (quiere descender hasta los sabios), entonces yo no he oído decir aún que un príncipe, deseando ver a un sabio, le haya llamado junto a él.

»Mu-kung, habiendo ido, según el uso, a visitar a Tsé sse, dijo: «En la antigüedad, ¿cómo un príncipe de mil cuadrigas hacía para contraer amistad con un letrado?»

»Tsé-sse, poco satisfecho de esta pregunta, respondió: «Hay una máxima de un hombre de la antigüedad que dice: "Que el príncipe le sirva (tomándole por su maes-

tro y que le honrre). ¿Ha dicho que contraiga amistad con él".»

»Tsé-sse estaba poco satisfecho de la pregunta del príncipe; ¿no era porque se había dicho a sí mismo: «En cuanto a la dignidad o al rango que ocupas, tú eres el príncipe y yo el súbdito?, ¿cómo osaría, pues, entablar lazos de amistad con un príncipe?- En cuanto a la virtud, eres tú, que eres mi inferior, quien debes servirme. ¿Cómo podrías contraer lazos de amistad conmigo?» Si los príncipes de mil cuadrigas, que buscaban contraer lazos de amistad con los letrados, no lo podían conseguir, a más fuerte razón no los podían llamar a su corte.

»King, Kung de Thsi, queriendo ir de caza, llamó a los guardianes de los parques reales con su estandarte. Como no acudieron a su llamada, había resuelto hacerlos morir.

»El hombre cuyo pensamiento está siempre ocupado de su deber (le indicó Kungtsé) no olvida que será arrojado a una fosa o a un pantano de agua (si le transgrediese); el hombre de valor viril no olvida que perderá su cabeza.»

»¿Por qué Kungtsé tomó la defensa de tales hombres? La tomó porque los guardianes, no habiendo sido advertidos con su propia señal, no habían acudido a la llamada.»

Ven-tchang dijo: «¿Osaré hacerte una pregunta? ¿De qué objeto hay que servirse para llamar a los guardianes de los parques reales?»

Mencio dijo: «Hay que servirse de un gorro de pelo; para los hombres del montón se sirven de un estandarte de seda roja sin adorno; para los letrados se sirven de un estandarte sobre el cual están figurados dos dragones; para los primeros administradores se sirven de un estandarte adornado de plumas de cinco colores, que penden del extremo de la lanza.

»Como se había servido de la señal de los primeros administradores para llamar a los guardianes de los parques reales, éstos, aun en presencia de la muerte

(que debía ser el resultado de su negativa), no osaron acudir a la llamada. Si se hubiera servido de la señal de los letrados para llamar a los hombres del montón, ¿hubieran osado acudir al llamamiento? Menos aún hubieran acudido si se hubiera servido de la señal de un hombre desprovisto de sabiduría para llamar a un hombre sabio.

»Si cuando se desea recibir la visita de un hombre sabio no se emplean los medios convenientes, es como si, deseando que se entrase en su casa, se cerrara la puerta. La equidad o el deber es la vía; la urbanidad es la puerta. El hombre superior no sigue sino esta vía, no pasa sino por esta puerta. El *Libro de los versos* dice:

«La vía real, la gran vía, es llana como una piedra que sirve para moler el trigo;

»Es recta como una flecha;

»Es la que pisan los hombres superiores;

»Y la que mira de lejos la multitud» (299).

Ven-tchang dijo: «Kungtsé, siendo llamado por un mensaje del príncipe, acudió a la invitación sin esperar la llegada de su coche. Si es así, ¿obraba Kungtsé mal?»

Mencio dijo: «Habiendo sido promovido a funciones públicas, ocupaba una magistratura; y es porque ocupaba una magistratura por lo que había sido invitado a la corte.»

8. Mencio, interpelando a Ven-tchang, dijo: «El letrado virtuoso de una aldea entabla espontáneamente amistad con los letrados virtuosos de esta aldea; el letrado virtuoso de un reino entabla espontáneamente amistad con los letrados virtuosos de este reino; el letrado virtuoso de un Imperio entabla espontáneamente amistad con los letrados virtuosos de este Imperio.

»Pensando que los lazos de amistad que contrae con los letrados virtuosos del Imperio, no son aún suficientes, examina las obras de los hombres de la antigüedad; recita sus versos, lee y explica sus libros. Si no conociera íntimamente a esos hombres, ¿sería capaz de ello? Es por lo que él examina atentamente su siglo.

Así es cómo, remontándose más alto, contrae más nobles amistades.»

9. Siuan, rey de Thsi, interrogó a Mencio sobre los primeros ministros *(King)*.

El Filósofo dijo: «¿Sobre qué primeros ministros me interroga el rey?»

El rey dijo: «Los primeros ministros ¿no son todos de la misma clase?»

Mencio respondió: «No son todos de la misma clase. Hay primeros ministros que están ligados al príncipe por lazos de parentesco; hay primeros ministros que pertenecen a familias diferentes a la suya.» El rey dijo entonces: «Permíteme preguntarte lo que son los primeros ministros consanguíneos.»

Mencio respondió: «Si el príncipe ha cometido una falta (que pudiera acarrear la ruina del reino), entonces ellos hacen observaciones. Si él recae varias veces en la misma falta, sin querer escuchar sus observaciones, entonces le reemplazan en su dignidad y le quitan su poder.»

El rey, conmovido por estas palabras, cambió de color.

Mencio añadió: «Que el rey no encuentre mis palabras extraordinarias. El rey ha interrogado a un súbdito; el súbdito no ha osado responderle contrariamente a la rectitud y a la verdad».

El rey, habiendo recobrado su aire habitual, quiso en seguida interrogar al Filósofo sobre los primeros ministros de familias diferentes.

Mencio dijo: «Si el príncipe ha cometido una gran falta, entonces le hacen observaciones; si recae muchas veces en las mismas faltas, sin querer escuchar sus observaciones, entonces ellos se retiran.»

Capítulo V

1. Kao-tsé dijo: «La naturaleza del hombre se parece al sauce flexible: la equidad o la justicia se parece a una canastilla; se hace con la naturaleza del hombre

la humanidad, y la justicia como se hace un canastillo con el sauce flexible.»

Mencio dijo: «¿Puedes, respetando la naturaleza del sauce, hacer de él un canastillo? Debes, ante todo, romper y desnaturalizar el sauce flexible, para poder en seguida hacer de él un canastillo. Si es necesario romper y desnaturalizar el sauce flexible para hacer de él un canastillo, entonces ¿no será preciso romper y desnaturalizar al hombre para hacerle humano y justo? Ciertamente, tus palabras llevarían a los hombres a destruir entre ellos todo sentimiento de humanidad y de justicia.»

2. Kao-tsé continuó: «La naturaleza del hombre se parece a un agua corriente: si se la dirige hacia el oriente, corre hacia el oriente; si se la dirige hacia el occidente, corre hacia el occidente. La naturaleza del hombre no distingue entre el bien y el mal, como el agua no distingue entre el oriente y el occidente.

Mencio dijo: «El agua seguramente no distingue entre el oriente y el occidente; pero ¿no distingue tampoco entre lo alto y lo bajo? La naturaleza del hombre es naturalmente buena, como el agua corre naturalmente hacia abajo. No hay ningún hombre que no sea naturalmente bueno, como no hay agua que no corra naturalmente hacia abajo.

»Ahora, si comprimiendo el agua con la mano la haces saltar, podrás hacerla subir a la altura de tu frente. Si, oponiéndola un obstáculo, la hacer refluir hacia su manantial, podrás entonces hacerla traspasar una montaña. ¿Llamarás a esto la naturaleza del agua? Es un simple efecto de la oposición.

»Los hombres pueden ser conducidos a hacer el mal; su naturaleza también lo permite.»

3. Kao-tsé dijo: «La vida (esencia en virtud de la cual los seres vivos conocen, comprenden, sienten y se mueren) es lo que yo llamo naturaleza.»

Mencio dijo: «¿Llamas a la vida naturaleza como llamarás a lo blanco, blanco?»

Kao-tsé dijo: «Sí.»

Mencio dijo: «Según tú, la blancura de una pluma blanca ¿es como la blancura de la nieve blanca?; y la blancura de la nieve blanca ¿es como la blancura de la piedra blanca llamada Yu?»

Kao-tsé dijo: «Sí.»

Mencio dijo: «Si ello es así, la naturaleza del perro ¿es la misma, pues, que la naturaleza del buey, y la naturaleza del buey, es, pues, la misma que la naturaleza del hombre?»

4. Kao-tsé dijo: «Los alimentos y los colores pertenecen a la naturaleza; la humanidad es interior, no exterior; la equidad es exterior y no interior.»

Mencio dijo: «¿Cómo llamas a la humanidad interior y a la equidad exterior?»

Kao-tsé respondió: «Si este hombre es un viejo, decimos que es un viejo; su vejez no está en nosotros; lo mismo que si tal objeto es blanco, nosotros le decimos blanco, porque su blancura está fuera de él. Es lo que hace que yo lo llame exterior.»

Mencio dijo: «Si la blancura de un caballo blanco no difiere de la blancura de un hombre blanco, yo me pregunto si tú dirás que la vejez de un caballo viejo no difiere de la vejez de un hombre viejo. El sentimiento de justicia que nos lleva a reverenciar la vejez de un hombre, ¿existe en la vejez misma o existe en nosotros?»

Kao-tsé dijo: «Yo me supongo un hermano menor; entonces, yo le amo como a un hermano; que éste sea el hermano menor de un hombre de Thsin, entonces yo no experimento ninguna afección de hermano hacia él. Esto proviene de que esta afección es producida por una causa que está en mí. Es por lo que yo la llamo interior.»

»Yo respeto a un viejo de la familia de un hombre de Thsu, y yo respeto igualmente a un viejo de mi familia; esto procede de que este sentimiento es producido por una causa fuera de mí, la vejez. Es por lo que yo la llamo exterior.»

Mencio dijo: «El placer que tú encontrarás comiendo la carne asada preparada por los hombres de Thsin no difiere del placer que encontrarías en comer la carne asada preparada por mí. Estas cosas tienen, en efecto, el mismo parecido. Si es así, el placer de comer la carne asada ¿es también exterior?

5. Meng-ki-tsé, interrogando a Kung-tu-tsé, dijo: «¿Por qué (Mencio) llama a la equidad interior?»

Kung-tu-tsé dijo: «Porque debemos de sacar de nuestro propio corazón el sentimiento de respeto que tenemos a los demás; por eso la llama interior.»

—Si un hombre de la aldea tiene un año más que mi hermano mayor, ¿a cuál debería yo respetar?

—Tú deberías respetar a tu hermano mayor.

—Si les sirvo el vino a los dos, ¿a cuál debería servir el primero?

—Debías comenzar por servir el vino al hombre de la aldea.

—Si el respeto por la cualidad del hermano mayor consiste en el primer ejemplo y la deferencia o las consideraciones en el segundo, uno y otro consisten realmente en un respeto exterior y no interior.

Kung-tu-tsé no pudo responder. Comunicó su apuro a Mencio. Mencio dijo: «Pregúntale a cuál entre su tío o su hermano menor testimonia respeto; te responderá ciertamente que es a su tío.

»Pregúntale si su hermano menor representara al espíritu de su abuelo (en las ceremonias que se hacen en honor a los difuntos), a cuál de los dos testimoniaría respeto; te contestará ciertamente que es a su hermano menor.

»Pero si le preguntas cuál es el motivo que le ha hecho reverenciar a su hermano menor más bien que a su tío, te responderá ciertamente que es porque él representa a su abuelo.

»Tú dile también que es porque el hombre de la aldea representa un huésped, por lo que le debía las primeras consideraciones. Es un deber permanente el de respetar a su hermano mayor, y no es sino un deber accidental y pasajero el de respetar al hombre de la aldea.»

Ki-tsé, después de haber oído estas palabras, dijo: «Debiendo respetar a mi tío, yo le respeto; debiendo respetar a mi hermano menor, entonces yo le respeto; la una y la otra de estas dos obligaciones están constituidas realmente en un sujeto exterior y no interior.»

Kung-tu-tsé dijo: En los días de invierno, yo bebo agua tibia; en los días del estío, yo bebo agua fresca. Según esto, la acción de comer y de beber ¿residiría, pues, también en un sujeto exterior?»

6. Kung-tu-tsé dijo: «Según Kao-tsé, la naturaleza (en los comienzos de la vida) no es ni buena ni mala. Unos dicen: Puede llegar a ser buena; puede llegar a hacerse mala. He aquí por qué cuando Ven y Vu aparecieron, el pueblo amó en ellos una naturaleza buena; cuando Yeu y Li aparecieron, el pueblo amó en ellos una naturaleza mala.

»Otros dicen: Hay hombres cuya naturaleza es buena; los hay cuya naturaleza es mala. He aquí por qué, mientras que Yao era príncipe, Siang no dejaba por ello de existir; mientras que Kuseu era mal padre, Chun tampoco dejaba de existir. Mientras que Cheu (sin) reinaba como hijo de hermano mayor (de la familia imperial), existían, sin embargo, también Vei-tsé-ki y Pikan, de la familia imperial.

»Ahora tu dices: La naturaleza del hombre es buena. Si es así, los (que han expresado precedentemente una opinión contraria) ¿están en un error?»

Mencio dijo: «Si se siguen las inclinaciones de la naturaleza, entonces se puede ser bueno. Es por lo que yo digo que la naturaleza del hombre es buena. Si se cometen actos viciosos, la falta no es de la facultad que el hombre posee (de hacer el bien). Todos los hombres tienen el sentimiento de la misericordia y de la piedad; todos los hombres tienen el sentimiento de la vergüenza y del odio al vicio; todos los hombres tienen el sentimiento de la deferencia y del respeto; todos los hombres tienen el sentimiento de la aprobación y de la censura.

»El sentimiento de la misericordia y de la piedad, es humanidad; el sentimiento de la vergüenza y del odio es equidad; el sentimiento de la deferencia y del respeto es urbanidad; el sentimiento de la aprobación y de la censura es la sabiduría. La humanidad, la equidad, la urbanidad, la sabiduría no son fomentadas en nosotros por los objetos exteriores; nosotros poseemos esos sentimientos de una manera fundamental y original; solamente, no pensamos en ello.

»Es por lo que se dice: "Si buscáis experimentar estos sentimientos, los experimentaréis; si los olvidais, entonces los perdeis."

»Entre los que no han desenvuelto completamente estas facultades de nuestra naturaleza, los unos difieren de los otros, como el doble del quíntuplo; otros, de un número inconmensurable.»

El *Libro de los versos* dice:

«El género humano, creado por el Cielo,

»Ha recibido en herencia la facultad de obrar y la regla de sus acciones;

»Estos son, para el género humano, atributos universales y permanentes.

»Que le hacen amar estos admirables dones.»

Kungtsé dijo: «El que compuso estos versos conocía bien la recta vía (es decir, la naturaleza y las inclinaciones del hombre). Es por lo que, si se tiene la facultad de obrar, se debe necesariamente tener también la regla de sus acciones o los medios de dirigirlas. Estos son para el género humano atributos universales y permanentes; es por lo que ellos le hacen amar estos admirables dones.»

7. Mencio dijo: «En los años de abundancia, el pueblo hace muchas buenas acciones; en los años de esterilidad las hace muy malas; y no porque las facultades que ha recibido del Cielo difieran, sino porque las pasiones, que, han asaltado y sumergido su corazón, les han arrastrado así al mal.

»Ahora, yo supongo que sembráis trigo candeal y que tenéis cuidado de cubrirle bien de tierra. El campo que hayáis preparado es por doquier el mismo; la estación

en la que habéis sembrado ha sido también la misma. El trigo crece abundantemente, y cuando ha llegado el tiempo del solsticio, está maduro al mismo tiempo. Si existe alguna desigualdad, está en la abundancia y la esterilidad parciales del suelo, que no habrá recibido igualmente el alimento de la lluvia, y del rocío, y de las labores del hombre. Es por lo que todas las cosas que son de la misma especie son todas mutuamente semejantes (son de la misma naturaleza). ¿Por qué dudar de ello solamente en lo que concierne al hombre? Los santos hombres se nos asemejan por la especie.

»Es por esto por lo que Lung-tsé decía: Si alguno hace zapatillas trenzadas a una persona sin conocer su pie, no por ello le hará una cesta. Las zapatillas se parecen todas: los pies de todos los hombres del Imperio se parecen.

»La boca, en cuanto a los sabores, experimenta las mismas satsifacciones. Y-ya (300) fue el primero que supo encontrar lo que placía generalmente a la boca. Si aplicando su órgano del gusto a los sabores, este órgano hubiera diferido por su naturaleza del de los demás hombres, como el de los perros y el de los caballos, que no son de la misma especie que nosotros, entonces, ¿cómo todos los hombres del Imperio, en materia de gustos, se concordarían con los de Y-ya para los sabores?

»Así, pues, en cuanto a los sabores, todo el mundo tiene necesariamente los mismos gustos que Y-ya, porque el sentido del gusto de todo el mundo es semejante.

»Lo mismo ocurre con el sentido del oído. Tomo como ejemplo los sonidos de la música; todos los hombres del Imperio aman necesariamente la melodía del intendente de la música llamado Kuang, porque el sentido del oído se parece entre todos los hombres.

»Es lo mismo para el sentido de la vista. Tomo como ejemplo a Tsé-tú (301); no hubo nadie en el Imperio que no apreciara su belleza. El que no hubiera apreciado su belleza, hubiera estado ciego.

»Es por lo que yo digo: La boca, para los sabores, tiene el mismo gusto; los oídos, para los sonidos, tienen la misma audición; los ojos, para las formas, tienen la misma percepción de la belleza. En cuanto al corazón, ¿no sería igual, para los sentimientos, entre todos los hombres?

»¿Qué es, pues, lo que el corazón del hombre tiene de común y de propio para todos? Es lo que se llama la razón natural, la equidad natural. Los santos hombres han sido los primeros en descubrir (como Y-ya para los sabores) lo que el corazón de todos los hombres tiene de común. Es por lo que la razón natural, la equidad natural, agradan a nuestro corazón, lo mismo que la carne preparada de los animales que viven de hierbas y de granos agrada a nuestra boca.»

8. Mengtsé dijo: «Los árboles del monte Nieu-chan (302) eran bellos. Pero, porque estos hermosos árboles se encontraban en los confines del gran reino, los ha alcanzado el hacha y la podadera. ¿Se les puede aún llamar bellos? Estos árboles que habían crecido día y noche, que los había humedecido la lluvia y el rocío, no dejaban (después de haber sido cortados) de echar tallos y hojas. Pero los bueyes y los carneros fueron allí a pastar y los han deteriorado. Es por lo que la montaña está también desnuda y también despojada de árboles forestales. Este estado de la montaña ¿era su estado natural?

»Aunque le ocurra igual al hombre, las cosas que se conservan en su corazón ¿no son el sentimiento de humanidad y el de equidad? Para él, las pasiones que le hacen desertar los buenos y los nobles sentimientos de su corazón son como el hacha y la podadera para los árboles de la montaña; que cada mañana los atacan. (Su alma, después de haber perdido así su belleza), ¿se la puede aún llamar bella? Los efectos de una vuelta al bien, producidos cada día al soplo tranquilo y bienhechor de la mañana, hacen que, bajo la relación del amor a la virtud y del odio al vicio, se acerque poco a poco a la naturaleza primitiva del hombre (como

los tallos de la selva cortada). En semejantes circunstancias, lo que se hace de malo en el intervalo de un día impide desenvolverse y destruye los gérmenes de virtudes que comenzaban a renacer.

»Después de haber impedido así repetidas veces el desarrollo de los gérmenes de virtud que volvían a renacer, entonces el soplo bienhechor de la noche no basta para conservarlos. Desde el instante en que el soplo bienhechor de la noche no basta para conservarlos, entonces es que el natural del hombre no difiere mucho de él del bruto. Los hombres, viendo el natural de este hombre parecido al del bruto, piensan que no ha poseido jamás la facultad innata de la razón. ¿Son éstos los sentimientos verdaderos y naturales del hombre?

»Es por lo que si cada cosa obtiene su alimentación natural, no hay alguna que no adquiera su crecimiento; si cada cosa no recibe su alimentación natural, no hay ninguna que no se deteriore.»

Kuntsé decía: «Si tú le guardas, entonces tú le conservas; si le abandonas, entonces le pierdes; no hay tiempo determinado para esta pérdida y para esta conservación. Nadie conoce la mansión que le está destinada.» No es sino del corazón del hombre del que habla.

9. Mencio dijo: «No admires a un príncipe que no tiene ni perspicacia ni inteligencia.

»Aunque los productos del suelo del Imperio crezcan fácilmente, si el calor del Sol no se hace sentir más que un solo día y el frío del invierno diez, nada podrá crecer y desenvolverse. Mis visitas (cerca del príncipe) eran raras. Partido yo, los que enfriaban (sus sentimientos para el bien) llegaban en masa. ¿Qué podía yo hacer de los gérmenes del bien que existían en él?

»Ahora, el juego del ajedrez es un arte de cálculo, un arte mediocre, no obstante. Si, sin embargo, tú no aplicas a él toda tu inteligencia, todos los esfuerzos de tu voluntad, no sabrás jugar a ese juego. I-thsieu es de todos los hombres del Imperio el que mejor sabe jugar a ese juego. Si mientras que I-thsieu enseña a dos hombres el juego de ajedrez, uno de estos dos hombres aplica toda su inteligencia y todas las fuerzas de su voluntad a escuchar las lecciones de I-thsieu, mientras que el otro hombre, aunque preste oído, aplica toda su atención a mirar la llegada de una manada de gansos salvajes, pensando con el arco tendido y la flecha colocada en la cuerda de seda, en tirar y abatirlos, aunque él estudie al mismo tiempo que el otro, estará bien lejos de igualarle. ¿Será a causa de su inteligencia y de su perspicacia (menos grandes) por lo que no le igualará? No, no es así.»

10. Mencio dijo: «Yo deseo tener peces; yo deseo también tener un jabalí salvaje. Como yo no puedo poseerlos conjuntamente, dejo de lado los peces y elijo el jabalí salvaje (que prefiero).

»Yo deseo gozar de la vida; yo deseo poseer también la equidad. Si no puedo poseerlas juntamente, dejo a un lado la vida y elijo la equidad.

»Deseando la vida, deseo igualmente alguna cosa más importante que la vida (como la equidad); es por lo que la prefiero a la vida.

»Yo temo a la muerte y la tengo aversión; pero temo a alguna cosa más temible aún que la muerte (la iniquidad); por ello, aunque la muerte estuviese delante de mí, no la huiría (para seguir a la iniquidad). Si de todo lo que los hombres desean, nada fuera más grave, más importante que la vida, entonces, ¿cómo no creer que empleasen todo cuanto estuviera a su alcance para conseguir obtener o prolongar la vida?

»Si de cuanto los hombres tienen aversión, nada fuera más grave, más importante que la muerte, entonces ¿se cree que no emplearían todo cuanto pudieran hacer para evitar esta aflicción?

»Siendo así las cosas, entonces, aun cuando se conservase la vida (en el primer caso), no se haría uso de ella; aun cuando (en el segundo caso) se pudiera evitar la muerte, no se haría.

»Es porque estos sentimientos naturales, que hacen que se ame alguna cosa más que a la vida, que se deteste alguna cosa más que a la muerte, no solamente los sabios, sino que todos los hombres los poseen; no hay más diferencia que los sabios pueden impedirse el perderlos.

»Si un hombre, apremiado por el hambre, obtiene una pequeña parte de arroz cocido, una pequeña taza de caldo, entonces vivirá; si no los obtiene, morirá. Si llamas en alta voz a ese hombre, aun cuando siguieras el mismo camino que él, para darle ese poco de arroz y de caldo, él no los aceptará; si después de haberlos pisoteado se los ofreces, el mendigo los desdeñará.

»Supongo ahora que se me ofrezca un emolumento de diez mil medidas de arroz; entonces, si, sin tener en cuenta los usos y la equidad, los recibo, ¿para qué me servirán diez mil medidas de arroz? ¿Las emplearía en construirme un palacio, en el embellecimiento de mi casa, en el mantenimiento de una mujer y de una concubina, o los daría a los pobres y a los indigentes que conozco?

»No hace más que un instante, el pobre no ha querido recibir, ni aún para evitar el morir, los alimentos que le ofrecían; y ahora, yo, para construirme un palacio o embellecer mi casa, ¿recibiría ese emolumento?

»No hace más que un instante, el pobre no ha querido recibir, ni aún para evitar el morir, los alimentos que le ofrecían, y ahora, yo, para mantener a una mujer y a una concubina, ¿recibiría ese emolumento?

»No hace más que un instante, el pobre no ha querido recibir, ni aún para evitar el morir, los alimentos que se le ofrecían, y ahora, yo, para socorrer a los pobres y a los indigentes que conozco, ¿recibiría ese emolumento? ¿No puedo, pues, obstenerme de hacerlo? Obrar así es lo que se llama haber perdido todo sentimiento de pudor.»

11. Mencio dijo: «La humanidad es el corazón del hombre; la equidad es la vía del hombre. Abandonar su vía y no seguirla; perder (los sentimientos naturales de) su corazón es no saber buscarlos; ¡oh, qué cosa más deplorable!

»Si se pierden un pollo o un perro, se sabe perfectamente buscarlos bien; si se pierden los sentimientos del corazón, ¡no se los sabe buscar!

»Los deberes de la filosofía práctica (estudiar, interrogar) no consisten sino en buscar esos sentimientos del corazón, que nosotros hemos perdido, y he ahí todo.»

12. Mencio dijo: «Ahora tomo, por ejemplo, el dedo que no tiene nombre (el cuarto). Está encorvado sobre sí mismo y no puede estirarse. No causa ningún malestar y no daña la ejecución de los asuntos. Si se encuentra alguno que pueda enderezarle, entonces ya no se considera el viaje al reino de Thsin y de Thsu como demasiado largo, porque se tiene un dedo que no se parece al de los demás hombres. Si se tiene un dedo que no se parece al de los demás hombres, entonces se hace buscar los medios de enderezarle; pero si el corazón (por su perversidad) no es parecido al de los demás hombres, entonces no se sabe buscar el medio de recobrar los sentimientos de equidad y de rectitud que se han perdido. Esto es lo que se llama ignorar las diferentes especies de defectos.»

13. Mencio dijo: «Los hombres saben cómo se debe plantar y cultivar el árbol llamado Thung, que se puede tener con dos manos, y el árbol llamado Tse, que se puede tener en una sola mano; pero por lo que concierne a su propia persona, no saben cómo cultivarla. ¿Será que el amor y los cuidados que se deben tener para su propia persona no equivalen a los que se deben a los árboles Thung y Tse? ¡He aquí el colmo de la demencia!»

14. Mencio dijo: «El hombre, en cuanto a su propio cuerpo, le ama en todo su conjunto; si le ama en todo su conjunto, entonces le alimenta y le conserva igualmente en todo su conjunto. Si no hay ni una sola pe-

lícula de una pulgada que no ame, entonces no hay igualmente una sola película de una pulgada que él no alimente y mantenga. Para examinar y saber lo que le es bueno y lo que no le es bueno, ¿se entrega a otro que a él mismo? No se guía en esto sino sobre sí mismo, y he ahí todo. Entre los miembros del cuerpo, los hay que son nobles; otros, viles; los hay que son pequeños; otros, grandes. No dañes a los grandes en favor de los pequeños; no dañes a los nobles en favor de los viles. El que no alimenta más que a los pequeños (la boca y el vientre) es un hombrecillo, un hombre vulgar; el que alimenta a los grandes (la inteligencia y la voluntad) es un gran hombre.

»Yo tomo ahora, por ejemplo, a un jardinero; si él descuida los árboles U y Kia (303) y otorga todos sus cuidados al azufaifo, entonces será considerado como un vil jardinero que ignora su arte.

»Si alguno, mientras que tenía cuidado de un solo de sus dedos, hubiese olvidado sus hombros y sus espaldas, sin saber que también tenían necesidad de sus cuidados, se le podría comparar al lobo, que huye (sin mirar detrás de él).

»Los hombres desprecian y tratan de viles a los que de entre ellos se abandonan a la bebida y a la buena comida, porque estos hombres, no teniendo cuidado más que de las partes menores de su cuerpo, pierden las grandes.

»Si los hombres entregados a la bebida y a la buena comida pudieran no perder de ese modo las más nobles partes de su ser, ¿estimarían ellos tanto su boca y su vientre hasta en su menor porción?»

15. Kung-tu-tsé hizo una pregunta en estos términos: «Los hombres se parecen todos. Los unos son, sin embargo, grandes hombres; los otros, pequeños; ¿por qué es esto?»

Mencio dijo: «Si se siguen las inspiraciones de las grandes partes de uno mismo, se es un gran hombre; si se siguen las inclinaciones de las pequeñas partes de sí mismo, se es un hombre pequeño.»

Kung-tu-tsé continuó: «Los hombres se parecen todos. Sin embargo, los unos siguen las inspiraciones de las grandes partes de su ser; los otros siguen las inclinaciones de las pequeñas; ¿por qué es esto?»

Mencio dijo: «Las funciones de los oídos y de los ojos no son el pensar, sino ser afectadas por los objetos exteriores. Si los objetos exteriores hieren esos órganos, entonces los seducen, y ya está. Las funciones del corazón (o de la inteligencia) son pensar. Si el hombre piensa, si reflexiona, entonces llega a conocer la razón de las acciones (por las cuales son arrastrados los sentidos). Si no piensa, entonces no llega a este conocimiento. Estos órganos son dones que el Cielo nos ha concedido. El que se ha, desde luego, ligado firmemente a las partes principales de su ser, no puede ser arrastrado por las pequeñas. Obrando así, se es gran hombre (o un santo o un sabio), y de ahí todo.»

16. Mencio dijo: «Hay una dignidad celeste (Tchu-hi, dice que es la que da la virtud, la equidad, la que nos hace nobles y distinguidos), como hay dignidades humanas (o conferidas por los hombres). La humanidad, la equidad, la rectitud, la fidelidad o la sinceridad y la satisfacción que se experimenta en practicar la virtud sin cansarse jamás: he ahí lo que constituye la dignidad del Cielo. Los títulos de Kung (jefe de un principado), de King (primer ministro) y de Ta-fu (primer administrador); he ahí las dignidades conferidas por los hombres.

»Los hombres de la antigüedad cultivaban las dignidades que recibían del Cielo, y las dignidades de los hombres las seguían.

»Los hombres de nuestros días cultivan las dignidades del Cielo para buscar las dignidades de los hombres. Después que ellos han obtenido las dignidades de los hombres, rechazan las del Cielo. Esto es el colmo de la demencia. Por ello acaban pereciendo en el extravío.»

17. Mencio dijo: «El deseo de la nobleza o de la distinción y de los honores es un sentimiento común

a todos los hombres; cada hombre posee la nobleza en sí mismo; ahora que no piensa buscarla en él.

»Lo que los hombres consideran como la nobleza, no es la verdadera y noble nobleza. A los que Tchameng (primer ministro del reino de Thsi) ha hecho nobles, Thao-meng puede envilecerlos.»

El *Libro de los versos* dice:

«El nos ha embriagado de vino;

»El nos ha saciado de virtudes.»

»Esto significa que nos ha saciado de humanidad y de equidad. Es por lo que el sabio no desea saciarse del sabor de la carne exquisita o del mijo. Un buen renombre y grandes alabanzas llegan a ser su patrimonio: es lo que hace que no desee llevar trajes bordados.

18. Mencio dijo: «La humanidad subyuga a la inhumanidad, como el agua al fuego. Los que en nuestros días ejercen la humanidad son como los que con una copa llena de agua quisieran apagar el fuego de un carro cargado de madera, y que, viendo que el fuego no se extinguía, dijeran: "El agua no doma al fuego." Es de la misma manera (es decir, tan débilmente, tan blandamente) como los que son humanos ayudan a domar sus malas inclinaciones a los que han llegado al postrer grado de la inhumanidad o de la perversidad.

»También acabarán necesariamente por perecer en su iniquidad.»

19. Mencio dijo: «Las cinco clases de cereales son las mejores de los granos; pero si no han llegado a su madurez, no valen lo que las plantas Thsi y Pai. La humanidad (en su perfección) reside también en la madurez, y nada más.»

20. Mencio dijo: «Cuando Y (el hábil arquero) enseñaba a los hombres a manejar el arco, creía su deber aplicar toda su atención a tender el arco. Sus alumnos también debían aplicar toda su atención a bien tender el arco.

»Cuando Ta-thsiang (maestro de artes) enseñaba a los hombres (un arte), se creía obligado a servirse de la regla y de la escuadra. Sus aprendices debían también servirse de la regla y de la escuadra.»

Capítulo VI

1. Un hombre del reino de Jin interrogó a Uo-liu-tsé (discípulo de Mencio), en estos términos: «¿Es de gran importancia observar los ritos al tomar los alimentos?»

Le respondió: «Los ritos son de gran importancia.»

—¿Es de gran imporancia observar los ritos en los placeres del matrimonio?

—Los ritos son de gran importancia.

—(En ciertas circunstancias), si no comes sino según los ritos, perecerás de hambre; y si no te conformas a los ritos para tomar el alimento, entonces te es posible comer. ¿Es, pues, necesario seguir los ritos?

Supongamos que un joven, yendo él mismo al encuentro de su prometida (304) no la obtuviera por esposa; y si, por el contrario, no yendo él mismo al encuentro de su prometida, la obtuviera por esposa. ¿Estaría obligado a ir él mismo al encuentro de su prometida? Uo-liu-tsé no pudo responder. Al día siguiente se volvió al reino de Thsu, a fin de hacer conocer estas preguntas a Mencio.

Mencio dijo: «¿Qué dificultad has encontrado para contestar a estas preguntas?,

»No teniendo en cuenta su base, sino solamente su altura, puedes hacer más elevado un trozo de madera de una pulgada cuadrada que la techumbre de tu casa. "El oro es más pesado que la pluma." ¿Podrán, sin embargo, decirme que un botón de oro pesa más que un carruaje lleno de plumas?

»Si tomando lo que hay de más importante en el comer y en el beber, y lo que hay de menos importante en los ritos, se lo compara juntamente, ¿no se encontrará que el beber y el comer es entonces de la mayor importancia? Si tomando lo que hay de más

importante en los placeres del matrimonio y lo que hay de menos importante en los ritos, se los compara juntamente, ¿no se encontrará que los placeres del matrimonio son entonces de la mayor importancia?

»Ve y responde al que te ha interrogado con estas palabras: Si rompiendo un brazo a tu hermano mayor consigues alimentos, entonces tendrás con qué alimentarte; si no rompiéndoselo no puedes obtener de él alimentos, entonces, ¿se lo romperás?

»Si penetrando a través del muro, en la parte oriental (305) de una casa vecina, arrebatas de ella a la joven, entonces obtendrás una esposa; si no la arrebatas, no obtendrás esposa; entonces, ¿la arrebatarás?»

2. Kiao (hermano menor del rey), de Thsao, hizo una pregunta en estos términos: «Todos los hombres, se dice, pueden ser Yao y Chun; ¿es esto verdad?»

Mencio dijo: «Así es.»

Kiao dijo: «Yo, Kiao, yo he oído decir que Ven-vang tenía diez pies de alto, y Thuang (reyes que los chinos colocaban inmediatamente tras Yao y Chun), nueve; ahora yo, Kiao, tengo una talla de nueve pies, cuatro pulgadas; yo como mijo, y nada más (yo no tengo otros talentos que éste). ¿Cómo debo hacer para poder ser un Yao o un Chun?»

Mencio dijo: «¿Piensas que todo consiste en la talla? Es preciso hacer lo que ellos han hecho, y nada más.

»Supongamos que un hombre está aquí. Si sus fuerzas no pueden luchar con las de un pequeño perro de aguas, entonces es un hombre sin fuerzas. Pero si dice: Yo puedo levantar un peso de cien Kiun (o trescientas libras chinas), es un hombre fuerte. Si es así, entonces él levanta el peso que levantaba el famoso U-hoe; es, por consiguiente, otro U-hoa, y nada más, ¿por qué te afligirías de no sobrepujar (a Yao y Chun) en fuerzas corporales? Es solamente de no realizar sus altos hechos y de practicar sus virtudes de lo que debieras de afligirte.

»El que, caminando lentamente, sigue a los que son más avanzados en edad, es llamado lleno de deferencia; el que, caminando rápidamente, adelanta a los que son más avanzados en edad, es llamado sin deferencia. Una marcha lenta (para testimoniar su deferencia), ¿sobrepuja el poder del hombre? No es que no puede, sino que no la hace. La principal regla de conducta de Yao y de Chun era la piedad filial, la deferencia hacia las personas de más edad, y nada más.

»Si te revistes los trajes de Yao, si hablas como Yao, si practicas las acciones de Yao, tú serás Yao, y se acabó. Pero si vistes los trajes de Kie, si hablas como Kie y si obras como Kie, serás Kie, y se acabó.»

Kiao dijo: «Si yo tuviera autorización para visitar el príncipe de Thsen, y pudiese prolongar allí mi estancia, desearía vivir allí y recibir la instrucción de tu escuela.»

Mencio dijo: «La vía recta es como un gran camino o una gran ruta. ¿Es difícil conocerla? La verdadera causa de dolor para el hombre es no buscarla. Si retornas a tu casa y la buscas sinceramente, tendrás de sobra un preceptor que te instruya.»

3. Kung-sun-tcheu hizo una pregunta en estos términos: «Kao-tsé decía: "La oda Siao-pan es una pieza en verso de un hombre muy mediocre."»

Mencio dijo: «¿Por qué Kao-tsé habla así?»

—Porque el que habla de esta oda experimenta un sentimiento de indignación contra su padre.

Mencio replicó: «¡Que mal ha comprendido e interpretado estos versos el anciano Kao-tsé!

»Supongamos que un hombre está aquí. Si otro hombre del reino de Yuen, con el arco tendido, se dispusiera a lanzarle su flecha, entonces yo me apresuraría, con palabras amables a disuadirle de ello. Y obraría así por tratarse de un extraño a mí. Si, por el contrario, mi hermano mayor, con el arco tendido, se dispusiera a lanzarle su flecha, entonces yo me apresuraría, con lágrimas y sollozos, a disuadirle de ello. Y ello, por estar ligado a él por lazos de parentesco.

»La indignación testimoniada en la oda Siao-pan es un afecto de pariente a pariente. Amar a sus parientes

como se los debe amar, es humanidad. ¡Qué mal ha comprendido y explicado el viejo Koa-tsé estos versos!»

Kung-sun-tcheu dijo: «¿Por qué en la oda de Kai-fung no se expresa el mismo sentimiento de indignación?»

Mencio dijo: «En la oda Kai-fung la falta de los padres es muy ligera; en la oda Siao-pan la falta de los padres es muy grave. Cuando las faltas de los padres son graves, si no se experimenta por ellas indignación, es un signo de que se les llega a ser cada vez más extraños. Cuando las faltas de los padres son ligeras, si se experimenta por ellas indignación, es un signo de que no se soporta una ligera falta. Llegar a ser extraño a sus padres, es una falta de piedad filial; no soportar una falta ligera, es también una falta de piedad filial.»

Kungtsé decía, hablando de Chun: «¡Cuán grande era su piedad filial! A la edad de cincuenta años quería aún vivamente a sus padres.»

4. Sung-kheng (306), queriendo trasladarse al reino de Thsu, Mencio le salió al encuentro en la región de Che Kieu.

Mencio le dijo: «Maestro, ¿adónde vas?»

Sung-kheng respondió: «He oído decir que los reinos de Thsin y de Thsu iban a combatir. Quiero ver al rey de Thsu y hablarle, para disuadirle de la guerra. Si el rey de Thsu no queda satisfecho de mis observaciones, iré a ver al rey de Thsin, y le exhortaré a no hacer la guerra. De los dos reyes, espero que habrá uno cuanto menos a quien mis exhortaciones sean agradables.»

Mencio dijo: «Yo, Kho, tengo una gracia que pedirte; no deseo conocer en todos sus detalles el discurso que le dirijas, sino solamente un resumen. ¿Qué le dirás?»

Sung-kheng dijo: «Le diré que la guerra que va a hacer no es provechosa.»

Mencio dijo: «Tu intención, maestro, es una gran

intención; pero su motivo no es, sin embargo, admisible.

»Maestro, si tú hablas de ganancias y provecho a los reyes de Thsin y de Thsu, y los reyes de Thsin y de Thsu, tomando el gusto a estos provechos, retienen a sus ejércitos, los soldados de estos tres ejércios se regocijarán de ser retenidos lejos de los campos de batalla, y se complacerán en la ganancia y en el provecho.

»Si el que es servidor o ministro sirve a su príncipe por amor a la ganancia; si el que es hijo, sirve a su padre por amor a la ganancia; si el que es hermano menor sirve a su hermano mayor por amor a la ganancia, entonces, el príncipe y sus ministros, el padre y el hijo, el hermano mayor y el hermano menor, despojados, en fin, de todo sentimiento de humanidad y de equidad, no tendrán más miras el uno hacia el otro que el solo amor a la ganancia. Obrar así, y no caer en las mayores calamidades, es lo que jamás ha ocurrido.

»Maestro, si hablas de humanidad y de equidad a los reyes de Thsin y de Thsu y los reyes de Thsin y de Thsu, tomando gusto a la humanidad y a la equidad, retienen a sus ejércitos, los soldados de esos tres ejércitos se regocijarán de ser retenidos lejos de los campos de batalla, y se complacerán en la humanidad y en la equidad.

»Si el que es servidor o ministro sirve a su príncipe por amor a la humanidad y a la equidad; si el que es hijo sirve a su padre por amor a la humanidad y a la equidad; si el que es hermano menor sirve a su hermano mayor por amor a la humanidad y a la equidad, entonces el príncipe y sus ministros, el padre y el hijo, el hermano mayor y el hermano menor, habiendo rechazado de ellos el incentivo de la ganancia, no tendrán más miras el uno hacia el otro que el solo amor de la humanidad y de la equidad. Obrar así, y no reinar como soberano sobre todo el Imperio, es lo que jamás ha ocurrido.

»¿Qué necesidad hay pues de ganancia y de provecho?»

5. Mientras que Mencio habitaba en el reino de Thseu, Ki-jin (hermano menor del rey de Jin), que había ocupado el puesto de su hermano para guardar el reino de Jin, le hizo ofrecer piezas de telas de seda (sin visitarle él mismo). Mencio las aceptó sin dar las gracias.

Un día que se encontraba en la ciudad de Phing-lo (en el reino de Thsi), Tchu-tsé le hizo ofrecer piezas de telas de seda. El las aceptó, sin dar las gracias.

Otro día, habiendo pasado del reino de Thsu al de Jin, fue a visitar a Ki-tsé (para agradecerle sus presentes). Habiendo pasado de la ciudad de Phing-lo a la capital del reino de Thsi, no fue a visitar a Tchu-tsé.

Oo-liu-tsé, regocijándose interiormente, dijo: «Yo, Lian, he encontrado la ocasión (de interrogar) que buscaba. He hizo la pregunta en estos términos: «Maestro, habiendo pasado al reino de Jin, has visitado a Ki-tsé; habiendo pasado al reino de Thsi, no has visitado a Tchu-tsé; ¿es porque era ministro.»

Mencio dijo: «De ningún modo. El *Chu-king* dice: "Cuando se hacen presentes a un superior, se debe emplear la mayor urbanidad, la mayor cortesía posible. Si esta cortesía no es equivalente a las cosas ofrecidas, no se dice que no se le han hecho presentes a su superior, sino que no se les ha hecho con las intenciones prescritas."

»Luego si no le he visitado ha sido porque no ha cumplido todos los deberes prescritos en el ofrecimiento de presentes a los superiores.»

Uo-liu-tsé quedó satisfecho. Respondió a alguien que pedía nuevas explicaciones: «Ki-tsé no podía trasladarse al reino de Thseu (donde habitaba Mencio); Tchu-tsé no podía trasladarse a la ciudad de Phing-lo.

6. Chun-yu-kuen dijo: «Colocar en primer lugar el renombre de su nombre y el mérito de sus acciones es obrar con vista a los hombres; colocar en segundo lugar el renombre de su nombre y el mérito de sus acciones es obrar con vista a sí mismo (de la sola virtud). Tú maestro, tú has formado parte de tres ministerios superiores, y cuando has visto que tu nombre y el mérito de tus acciones no producía ningún bien, ni cerca del príncipe, ni en el pueblo, has resignado tus funciones. El hombre humano ¿se conduce verdaderamente de esta manera? (literalmente arriba y abajo).»

Mencio dijo: «El que en una condición inferior no ha querido, como sabio, servir a un príncipe degenerado es Pe-i. El que cinco veces se trasladó junto a Thang, el que cinco veces se trasladó junto a Kie, es Y-jin. El que no odiaba a un príncipe depravado, que no rehusaba un pequeño empleo, es Lieu-hia-hoei. Estos tres hombres, aunque con una regla de conducta diferente, no tuvieron más que un solo objeto. Este solo objeto, ¿cuál era? Es el que se llama humanidad. El hombre superior o el sabio es humano; y de ahí todo. ¿Qué necesidad hay de parecerse a los demás sabios?»

Chun-yu-kuen dijo: «En los tiempos de Mo-Kung de Lu, mientras que Kung-tsé tenía sobre sí toda la administración del Imperio, que Tsé-ieu y Thseu-sse eran ministros, el reino de Lu perdió mucho más de su territorio que antes. Si estos hechos son verdaderos, los sabios, ¿no son, pues, de utilidad alguna a un reino?»

Mencio dijo: «El rey de Yu, no habiendo empleado (al sabio) Pe-li-hi, perdió su reino. Mu, Kung de Thsin, habiéndole empleado, llegó a ser jefe de los príncipes vasallos. Si no hubiera empleado a sabios en sus consejos, entonces hubiera perdido su reino. ¿Cómo la presencia de los sabios en los consejos de los príncipes podría ocasionar una disminución de territorio?»

Chun-yu-kuen dijo: «Cuando, en otro tiempo, Vang-pao habitaba cerca del río Ki, los habitantes de la parte occidental del río amarillo llegaron a ser hábiles en el arte de cantar con notas bajas. Cuando Mian-kiu

habiaba el Kao-tang, los habitantes de la parte derecha del río de Thsi llegaron a ser hábiles en el arte de cantar con notas altas. Las esposas de Hoa-tcheu y de Ki-liang (307), que eran hábiles en deplorar la muerte de sus maridos en tono lúgubre, cambiaron las costumbres de los hombres del reino. Si alguno posee en si mismo un sentimiento profundo, se producirá necesariamente al exterior. Yo. Kuen, yo no he visto jamás a un hombre practicar los sentimientos de virtudes que posee interiormente sin que sus méritos sean reconocidos. Es por lo que cuando no son reconocidos es que no hay sabios. (Kuen hacía alusión a Mencio.) Si existieran, yo, Kuen, yo los conocería ciertamente.»

Mencio dijo: «Cuando Kungtsé era ministro de la justicia en el reino de Lu, el príncipe no hacía caso alguno de los consejos. Un sacrificio tuvo bien pronto lugar (en el templo dedicado a los antepasados). El resto de las carnes ofrecidas, no habiéndole sido enviado (como lo requería el uso), él resignó sus funciones y partió sin haber siquiera tenido tiempo de quitarse su gorro de ceremonias. Los que no conocían el motivo de su dimisión pensaron que la había presentado a causa de que no le habían enviado el resto del sacrificio; los que creyeron conocerle mejor, pensaron que era a causa de la descortesía del príncipe. En cuanto a Kungtsé, lo que quería era retirarse con el pretexto de una falta mínima de parte del príncipe; no quería que se creyese que se había retirado sin causa. Cuando el sabio hace alguna cosa, los hombres del montón, los hombres vulgares, no comprenden ciertamente los motivos de ella (alusión a Kuen).»

7. Mencio dijo: «Los cinco jefes de los grandes vasallos (Huan, príncipe de Thsi; Van, de Tçin; Mu, de Tchin; Siang, de Sung; Tchuan, de Thsu) fueron hombres culpables respecto a los tres grandes soberanos (Yu, Ven y Vu (hijo) de Thang). Los diferentes príncipes reinantes de nuestros días son hombres culpables respecto a los cindo jefes de los grandes vasallos. Los primeros administradores de nuestros días son hombres culpables respecto a los diferentes príncipes reinantes de nuestros días.

»Las visitas que el Hijo del Cielo hacía a los diferentes príncipes reinantes se llamaban visitas de cazas *(Siuncheu)*; el homenaje que los diferentes príncipes reinantes venían a rendir al Hijo del Cielo se llamaba visita de cuentas rendidas *(Chu-tcki)*.

»En la primavera, el Emperador visitaba a los labradores y asistía a los que no tenían lo suficiente. En otoño visitaba a los que recolectaban los frutos de la tierra y ayudaba a los que no tenían con qué bastarse.

»Si, cuando entraba en los confines del territorio de los príncipes reinantes que visitaba, encontraba la tierra desprovista de malezas; si los campos, si las campiñas estaban bien cultivadas; si los viejos eran mantenidos con los ingresos públicos y los sabios honrados; si los hombres más distinguidos por sus talentos ocupaban los empleos públicos, entonces él daba recompensas a los príncipes, y estas recompensas consistían en un acrecentamiento de territorio.

»Mas si, por el contrario, al entrar en el territorio de los príncipes reinantes que visitaba encontraba la tierra inculta y cubierta de maleza; si estos príncipes descuidaban a los viejos, desdeñaban a los sabios; si los exactores y los hombres sin probidad ocupaban los empleos públicos, entonces él castigaba a esos príncipes (308).

»Si estos príncipes faltaban una sola vez en rendir su visita de homenaje y de cuentas rendidas al Emperador, entonces éste les hacía descender un grado de su dignidad. Si faltaban dos veces en hacer su visita de homenaje al Emperador, entonces éste disminuía su territorio. Si faltaban tres veces en hacer su visita de homenaje al Emperador, entonces seis cuerpos de tropas del Emperador iban a cambiarlos. Es por lo que el hijo del Cielo castiga y corrige a los diferentes príncipes sin combatirles por las armas; los diferentes príncipes reinantes combaten por las armas, sin tener

por ellos mismos la autoridad de castigar o corregir al rebelde. Los cinco príncipes jefes de los grandes vasallos se aliaron con un cierto número de príncipes reinantes para combatir a los otros príncipes reinantes. Es por lo que yo decía que los cinco jefes de los grandes vasallos fueron culpables respecto a los tres soberanos.

»Entre los jefes de los grandes vasallos es Huan-Kung quien fue el más poderoso. Habiendo convocado en Kuei-khieu a los diferentes príncipes reinantes (para formar una alianza entre ellos), ató a la víctima en el lugar del sacrificio, colocó sobre ella el libro (que contenía los diferentes estatutos del pacto federal), sin pasar, no obstante, sobre los labios de los federales la sangre de la víctima.

»La primera obligación estaba así concebida: "Haced morir a los hijos que carezcan de piedad filial; no quitéis la herencia al hijo legítimo para dársela a otro; no hagáis una esposa de vuestra concubina."

»La segunda obligación estaba así concebida: "Honrad a los sabios (elevándolos a los empleos y a las dignidades); dad tratamientos a los hombres de talento y de genio; sacad a la luz del día a los hombres virtuosos."

»La tercera obligación estaba concebida así: "Respetad a los viejos; quered a los niños; no olvidéis dar hospitalidad a los huéspedes y a los viajeros."

»La cuarta obligación estaba así concebida: "Que los letrados no tengan cargos o magistraturas hereditarias; que los deberes de las diferentes funciones públicas no sean desempeñados por la misma persona. Al elegir un letrado para confiarle un empleo público, debéis preferir al que tenga más méritos; no hagáis morir valiéndoos de vuestra autoridad privada a los primeros administradores de las ciudades.»

»La quinta obligación estaba así concebida: "No elevéis montículos de tierra en los rincones de vuestros campos; no impidáis la venta de los frutos de la tierra; no confiráis un principado a cualquiera sin autorización del Emperador."»

»Huan-kung dijo: «Vosotros, todos los que conmigo acabáis de aliaros a favor de un tratado; ese tratado, estando sancionado por vosotros, llevad cada uno con vosotros los sentimientos de concordia y de buena armonía.»

»Los principales príncipes de hoy transgreden estas cinco obligaciones. Es por lo que he dicho que los diferentes príncipes de nuestros días eran culpables respecto a los cinco jefes de los grandes vasallos.

»Aumentar los vicios de los príncipes (mediante adulaciones y alabanzas) es una falta ligera; anticiparse a los vicios de los principios (animándolos mediante consejos y ejemplos) es una falta grave; en nuestros días, los primeros administradores se anticipan todos a los vicios de su príncipe; es por lo que yo he dicho que los primeros administradores de nuestros días eran culpables hacia los diferentes príncipes reinantes.»

8. El príncipe de Lu quería hacer a Chin-tsé su general de ejército. Mencio dijo: «Servirse del pueblo sin que antes se le haya instruído (de los usos y de la justicia) es lo que se llama empujar al pueblo a su pérdida. Los que empujaban al pueblo a su pérdida no eran tolerados por la generación de Yao y de Chun.

»Aun suponiendo que en un solo combate vencieses a las tropas de Thsi y que ocuparas Nan-yang (ciudad de este reino), no deberías obrar como tenías el proyecto.»

Chin-tsé, cambiando de color al oir estas palabras, que no le complacían, dijo: «De eso es de lo que yo, Khu-li, no estoy seguro.»

Mencio dijo: «Yo te advierto con toda claridad que esto no te conviene. El territorio del Hijo del Cielo consiste en mil *li* de extensión por cada lado. Si no tuviera mil *li*, no sería capaz de recibir a todos los diferentes príncipes.

»El territorio de los Tchu-heu, o diferentes príncipes, consiste en cien *li* de extensión de cada lado. Si no tu-

viera cien *li*, no bastaría para observar los usos prescritos en el libro de los estatutos del templo dedicado a los antepasados.

»Tcheu-kung aceptó un principado en el reino de Lu, que consistía en cien *li* de extensión por cada lado. Este territorio estaba bien lejos de no bastarle, aunque no consistía más que en cien *li* de extensión por cada lado.

»Thai-kung recibió un principado en el reino de Thsi que consistía también en cien *li* de extensión por cada lado. Este territorio estaba bien lejos de no bastarle, aunque no consistía más que en cien *li* de extensión por cada lado.

»Ahora, el reino de Lu tiene cinco veces cien *li* de extensión por cada lado. ¿Piensas que si un nuevo soberano apareciese en medio de nosotros disminuiría la extensión del reino de Lu o que la aumentaría?

»Aun cuando se pudiera tomar (la ciudad de Nan-yang) sin disparar una flecha y añadirla al reino de Lu, un hombre humano no lo haría; mucho menos, pues, si fuese preciso tomarla matando a muchos hombres.

»El hombre superior que sirve a su príncipe (como le debe servir), debe exhortarle a conformarse a la recta razón, a aplicar su pensamiento a la práctica de la humanidad y nada más.»

9. Mencio dijo: «Los que hoy sirven a los príncipes (o a sus ministros) dicen: "Nosotros podemos, para nuestro príncipe, agotar la fecundidad de la tierra y llenar los graneros públicos." Esos son a los que se llama hoy buenos ministros y que en otro tiempo se los llamaba expoliadores de los pueblos.

»Si no aspirando el príncipe a seguir la recta razón ni a aplicar su pensamiento a la práctica de la humanidad, los ministros buscan enriquecerle, es buscar enriquecer al tirano Kie.

»Los que dicen: "Nosotros podemos para nuestro príncipe hacer tratados con los reinos; si nosotros empeñamos una guerra, tenemos la seguridad de vencer",

éstos son a los que hoy se llama buenos ministros y que en otro tiempo se los llamaba expoliadores de pueblos.

»Si el príncipe, no aspirando a seguir la recta razón ni a aplicar su pensamiento a la práctica de la humanidad, los ministros buscan librar batallas en su provecho, es añadir fuerzas al tirano Kie.

»Si este príncipe sigue la regla de conducta de los ministros de hoy, y no cambia los usos actuales, aun cuando le diérais el Imperio, no podría conservarlo ni siquiera una mañana.»

10. Pe-kuei dijo: «Yo, yo desearía de cada veinte no tomar más que a uno. ¿Qué piensas tú de ésto?»

Mencio dijo: «Tu regla, para la exacción del impuesto, es la regla de los bárbaros de las regiones septentrionales.

»En un reino de diez mil casas, si un solo hombre ejerce el arte de la alfarería, ¿podrá bastar a todas las necesidades?»

Pe-kuei dijo: «No podrá bastar. Los vasos que fabrique no serán suficientes para el uso de todas las casas.»

Mencio dijo: «Entre los bárbaros del norte, las cinco clases de cereales no crecen; no hay allí más que el mijo que crezca. Estos bárbaros no tienen ni ciudades fortificadas, ni palacios, ni casas, ni templos consagrados a los antepasados, ni ceremonias para los sacrificios; no tienen ni piezas de tela de seda para los príncipes de diferentes órdenes ni festines que dar; no tienen una multitud de magistrados o de empleados de todas clases que retribuir; y ello, porque en materia de impuestos o de tasas no toman más que la vigésima parte del producto, y esto basta allí. Ahora bien, si el príncipe que habita el reino de en medio rechazase todo lo que constituye las diferentes relaciones entre los hombres y no tuviera hombres distinguidos por su sabiduría o sus luces para ayudarle a administrar el reino, ¿cómo podría administrarle él solo?

»Si no se encuentra más que un reducido número

de fabricantes de alfarería, el reino no podrá subsistir así; con más fuerte razón, si carece de hombres distinguidos por su saber y sus luces (para ocupar los empleos públicos).

»Si queremos hacer el impuesto más ligero, que lo es según el principio de Yao y de Chun (que exigían la décima del producto), habría grandes bárbaros septentrionales o pequeños bárbaros septentrionales tales como nosotros.

»Si queremos hacer el impuesto más pesado, que lo es según el principio de Yao y de Chun, habría un gran tirano del pueblo, llamado Kie, y pequeños tiranos del pueblo, nuevos Kie, tales que nosotros.»

11. Pe-kuei dijo: «Yo, Tan, yo sobrepujo a Yu en el arte de dominar y de gobernar las aguas.»

Mencio dijo: «Estás en un error. La habilidad de Yu en el arte de dominar y de dirigir las aguas consistía en hacerlas seguir su curso natural y penetrar de nuevo en su lecho.

»Es por esta razón por lo que Yu hizo de los cuatro mares el receptáculo de las grandes aguas; ahora, hijo mío, son los reinos vecinos de los que has hecho el receptáculo de las aguas.

»Las aguas que corren en sentido contrario, fuera de su lecho, se llaman aguas desbordadas; las aguas desbordadas son las grandes aguas o las aguas de la gran inundación del tiempo del emperador Yao. Es una de las calamidades que el hombre humano detesta. Hijo mío, estás en un error.»

12. Mencio dijo: «Si el hombre superior no tiene una confianza firme en su razón, ¿cómo después de haber abrazado la virtud podría conservarla inquebrantable?»

13. Como el príncipe de Lu deseara que Lo-tching tsé (discípulo de Mencio) tomase en su mano toda la administración del reino, Mencio dijo: «Yo, desde que he sabido esta noticia, no duermo de alegría.»

Kumg-sun-tcheu dijo: «Lo-tching-tsé ¿tiene energía?»

Mencio dijo: «De ningún modo.

—¿Tiene la prudencia y el espíritu apto para combinar grandes designios?

—De ningún modo.

—¿Ha estudiado mucho y sus conocimientos son extensos?

—De ningún modo.

—Si es así, ¿por qué no duermes de alegría?

—Porque es un hombre que ama el bien.

—¿Basta amar el bien?

—Amar el bien es más que lo que es preciso para gobernar el Imperio: ¡con mucha más razón para gobernar el reino de Lu!

»Si el que es propuesto para la administración de un Estado ama el bien, entonces los hombres de bien que habitan entre los cuatro mares mirarán como una empresa ligera recorrer mil *li* para aconsejarle el bien.

»Pero si no ama el bien, entonces los hombres se pondrán a decir: "Es un hombre suficiente, que repite (a cada consejo que se le da): Yo sé esto ya hace largo tiempo." Este tono y este aire de suficiencia rechazan los buenos consejos más allá de mil *li*. Si los letrados (o los hombres de bien en general) se retiran más allá de mil *li*, entonces los calumniadores, los aduladores, los alabadores (los cortesanos de todas clases) llegan en tropel. Si encontrándose continuamente entre alabadores, aduladores y calumniadores quiere gobernar bien, ¿cómo podrá hacerlo?»

14. Tchin-tsé dijo: «¿Cómo los hombres superiores de la antigüedad aceptaban y desempeñaban un ministerio?»

Mencio dijo: «Tres condiciones eran exigidas para aceptar un ministerio y tres para dimitirle.

»Primera: Si el príncipe, recibiendo a estos hombres superiores, les había testimoniado sentimientos de respeto; si les había demostrado urbanidad; si, después de haber oído sus máximas, se disponía a ponerlas en seguida en práctica, entonces ellos se trasladaban cerca de él. Si, después, aun sin faltar a la urbani-

dad, el príncipe no ponía sus máximas en práctica, entonces ellos se retiraban.

»Segunda: Aunque el príncipe no hubiera puesto aún sus máximas en práctica, si al recibirlas les había testimoniado respeto y demostrado urbanidad, entonces ellos se trasladaban junto a él. Si luego la urbanidad faltaba, entonces se retiraban.

»Tercera: Si por la mañana el príncipe dejaba a sus ministros sin comer, si los dejaba igualmente por la tarde sin comer, si extenuados por la necesidad, no podían salir de sus Estados, y que el príncipe, conociendo su estado, decía: «Yo no puedo poner en práctica sus doctrinas, que es para ellos la cosa más importante; yo no puedo tampoco seguir sus consejos. No obstante, hacer de manera que mueran de hambre en mi territorio, de esto no puedo menos de avergonzarme"; si, digo yo, en estas circunstancias él acudía en su socorro (dándoles alimentos), ellos podían aceptarlos para no morirse, pero nada más.»

15. Mencio dijo: «Chun se comportó brillantemente en el Imperio pese a venir del campo; Fu-yué fue elevado al rango de ministro, pese a no ser sino un albañil; Kiao-ke fue elevado (al rango de consejero de Ven-vang), saliendo del medio de pescados y de sal que vendía; Kuan-i-u fue elevado al rango de ministro, del de alcaide de una cárcel; Sun-cho-ngao fue elevado a una alta dignidad, de la orilla del mar (donde él vivía ignorado); Pe-li-hi fue elevado al rango de consejero del Estado, del seno de un puestecillo que tenía.

»He aquí cómo, cuando el Cielo quiere conferir una gran magistratura (o una gran misión) a los hombres escogidos, comienza siempre por poner a prueba su alma y su inteligencia en la amargura de días difíciles; fatiga sus nervios y sus huesos mediante trabajos penosos; tortura con los tormentos del hambre su carne y su piel; reduce su persona a todas las privaciones de la necesidad y de la miseria; ordena que los resultados de sus acciones sean contrarios a los que se proponían obtener. Así es como estimula su alma, como endurece

su naturaleza, como aumenta y acrecienta sus fuerzas con una energía sin la cual ellos hubiesen sido incapaces de realizar su elevado destino.

»Los hombres comienzan siempre por cometer faltas antes de poder corregirse. Experimentan en primer término las angustias del corazón, son detenidos en sus proyectos y en seguida se manifiestan. No es sino cuando han leído en la cara de los demás y oído lo que dicen, cuando son esclarecidos acerca de su propia conducta.

»Si en el interior de un Estado no hay familias guardadoras de las leyes y hombres superiores por su sabiduría y su inteligencia para ayudar al príncipe (en la administración del Estado); si por fuera no se encuentran reinos que susciten guerras u otras calamidades exteriores, el Estado perece de inanición. Así, es preciso saber que se vive de penas y de pruebas y se perece por el reposo y los placeres.»

16. Mencio dijo: «Hay un gran número de maneras de dar enseñanzas. Hay hombres a quienes yo creo indignos de recibir mis enseñanzas y a los que yo rehuso enseñar; y por eso mismo, yo les doy una instrucción, sin otro esfuerzo por mi parte.

Capítulo VII

1. Mencio dijo: «El (que desenvuelve todas las facultades de su principio pensante) conoce su naturaleza racional; una vez que conoce su naturaleza racional, entonces conoce al Cielo.

»Conservar su principio pensante, alimentar su naturaleza racional, es obrando así como se conforma a las intenciones del Cielo.

»No considerar diferentemente una vida larga y una vida corta, esforzarse en mejorar su persona atendiendo a lo uno y a lo otro, es obrando así como se constituye el mandato que se ha recibido del Cielo (o como se cumple su destino).»

2. Mencio dijo: «No ocurre nada sin que sea decre-

tado por el Cielo. Es preciso aceptar con sumisión sus justos decretos. Es por lo que el que conoce los justos decretos del cielo no se colocará bajo un muro que amenace ruina.

»El que muere después de haber practicado en todos sus puntos la ley del deber, la regla de conducta que está en nosotros, cumple el justo decreto del cielo. El que muere con los grillos impuesos a los criminales no cumple el justo decreto del Cielo.»

3. Mencio dijo: «Busca, y entonces encontrarás; olvida todo, y entonces perderás todo. Así es como buscar sirve para encontrar y obtener, si buscamos las cosas que están en nosotros.

»Hay una regla, un principio seguro para hacer sus investigaciones; hay una ley fatal en la adquisición de lo que se busca. Por eso, buscar no sirve para obtener, si buscamos cosas que están fuera de nosotros.»

4. Mencio dijo: «Todas las acciones de la vida tienen en nosotros su principio o su razón de ser. Si después de haber dado un rodeo sobre sí mismo se las encuentra perfectamente verdaderas, perfectamente conformes a nuestra naturaleza, no hay satisfacción mayor.

»Si se hace todo lo posible para obrar con los demás como se quisiera verlos obrar para con nosotros, nada hace acercarse más a la humanidad, cuando se la busca, que esta conducta.

5. Mencio dijo: «¡Oh! ¡Qué numerosos son aquellos que obran sin tener inteligencia de sus acciones, que estudian sin comprender lo que estudian, que hasta el fin de sus días siguen la recta vía sin conocerla!

6. Mencio dijo: «El hombre no puede dejar de avergonzarse de sus faltas. Si una vez tiene vergüenza de no haber tenido vergüenza de sus faltas, no tendrá más motivos de vergüenza.»

7. Mencio dijo: «El pudor o la vergüenza son de una importancia muy grande en el hombre.

»Los que ejercen las artes de astucia y de trapacería no experimentan el sentimiento de la vergüenza. Los que no experimentan el sentimiento de la vergüenza no son parecidos a los demás hombres. ¿En qué se les parecerían?»

8. Mencio dijo: «Los sabios reyes de la antigüedad amaban la virtud y olvidaban su autoridad. Los sabios letrados de la antigüedad ¿hubieran sido capaces de obrar de una manera contraria? Se complacían en seguir su recta vía y olvidaban la autoridad de los hombres (la dignidad y rango de los reyes les importaba poco). Es por lo que si los reyes o los Kung o grandes vasallos no les testimoniaban sentimientos de respeto, si no observaban hacia ellos todas las reglas de la cortesía y de la urbanidad, entonces, a menudo, no obtenían la facultad de verlos. Con más fuerte razón, no la hubieran obtenido de hacer de ellos sus agentes o sus súbditos.»

9. Mencio, dirigiéndose a Sung-keu-tsian, dijo: «¿Amas viajar para enseñar tus doctrinas? Yo, yo te enseñaré a hacerlo.

»Si los hombres (los príncipes) a los cuales enseñas tus doctrinas las aprendes y las practican, conserva un rostro tranquilo y sereno; si no quieren ni aprenderlas ni practicarlas, conserva igualmente un rostro tranquilo y sereno.»

Sung-keu-tsian dijo: «¿Cómo hacer para conservar siempre así un rostro tranquilo y sereno?»

Mencio dijo: «Si tienes motivo para honrarte con tu virtud; si tienes motivo para alegrarte de tu equidad, entonces podrás conservar un rostro tranquilo y sereno.

»Es por lo que el letrado u hombre distinguido por su sabiduría y sus luces, si se encuentra agobiado por la miseria, no pierde jamás de vista la equidad; y si es promovido a los honores, no se aparta jamás de la vía recta.

«Si se encuentra agobiado por la miseria, no pierde jamás de vista la equidad»; es por lo que el hombre distinguido por su sabiduría y por sus luces posee siempre el imperio que debe tener sobre sí mismo. «Si es

promovido a los honores, no se aparta jamás de su vía recta»; es por lo que el pueblo no pierde las esptranzas de bienestar que había concebido a su elevación.

»Si los hombres de la antigüedad obtenían la realización de sus deseos, hacían participar al pueblo de los beneficios de la virtud y de la equidad. Si no obtenían la realización de sus deseos, se esforzaban en mejorar su propia persona y hacerse ilustres en su siglo por sus virtudes. Si estaban en la pobreza, entonces no se ocupaban sino en mejorar su persona mediante la práctica de la virtud. Si eran promovidos a los honores y a los empleos, entonces no se ocupaban sino en hacer reinar la virtud y la felicidad en todo el Imperio.»

10. Mencio dijo: «Los que esperan la aparición de un rey como Ven-vang para sacudir la torpeza de su alma y producirse en la práctica del bien, esos son hombres vulgares. Los hombres distinguidos por su sabiduría y sus luces, ésos no esperan la aparición de Ven-vang para obrar.»

11. Mencio dijo: «Si das a un hombre todas las riquezas y el poderío de las familias de Han y de Vei y pese a ello se considera siempre tan humilde como antes, entonces este hombre sobrepuja en mucho a los demás hombres.»

12. Mencio dijo: «Si un príncipe ordena al pueblo trabajos con objeto de procurarle mayor bienestar, aun cuando estos trabajos sean muy penosos, el pueblo no murmurará. Si, con objeto de conservar la vida a los demás, hace perecer a algunos hombres del pueblo, aun cuando éste vea morir a algunos de los suyos, no se irritará contra el que ha ordenado tales muertes.»

13. Mencio dijo: «Los pueblos o los súbditos de los jefes de los grandes vasallos están contentos y gozosos; los súbditos de los reyes soberanos están llenos de alegría y de satisfacción.

»Aunque el príncipe ordena hacer algunas ejecuciones (necesarias), el pueblo no se irrita; aunque le procure ventajas, no aprecia su mérito. El pueblo cada día

hace progresos en el bien y no sabe quién le hace que los haga.

»(Al contrario), por doquier el sabio soberano se transporta, el pueblo se convierte al bien; por doquier donde él reside, obra como los espíritus (de una manera oculta). La influencia de su virtud se esparce por doquier, arriba y abajo, como la del Cielo y la de la Tierra. ¿Cómo se dirá que estos beneficios son pequeños (como los que pueden conferir los pequeños príncipes)?»

14. Mencio dijo: «Las palabras de humanidad no penetran tan profundamente en el corazón del hombre como un renombre de humanidad; no se obtiene tan fácilmente el afecto del pueblo, mediante un buen régimen, una buena administración y buenas leyes, como mediante buenas enseñanzas y buenos ejemplos de virtud. El pueblo teme buenas leyes, una buena administración; el pueblo ama buenas enseñanzas y buenos ejemplos de virtudes. Mediante buenas leyes y una buena administración, se obtienen buenos ingresos (o impuestos) del pueblo; por buenas enseñanzas, buenos ejemplos de virtudes, se obtiene el corazón del pueblo.»

15. Mencio dijo: «Lo que el hombre puede hacer sin estudios, es el producto de sus facultades naturales; lo que sabe sin haber reflexionado mucho sobre ello, sin haberlo meditado, es el producto de su ciencia natural.

»No hay ningún niño de tres años que no sepa amar a sus padres; habiendo alcanzado la edad de cinco a seis años, no hay ninguno que no sepa tener consideraciones hacia su hermano mayor. Amar a sus padres con amor filial, es ternura; tener consideraciones para su hermano mayor, es equidad. Ninguna otra causa hace penetrar estos sentimientos en los corazones de todos los habitantes del Imperio.»

16. Mencio dijo: «Cuando Chun habitaba en las profundas soledades de una montaña oculta en medio de las rocas y de los bosques; cuando pasaba sus días con

los ciervos y los jabalíes, difiería muy poco de los demás hombres rústicos que habitaban los retiros profundos de aquella montaña oculta. Pero cuando había oído una palabra virtuosa, una palabra de bien, y había sido testigo de una acción virtuosa, sentía hervir en su seno las nobles pasiones del bien, como las ondas de los grandes ríos Kiang y Ho, después de haber roto sus diques, se precipitan en los abismos sin que ninguna fuerza humana pueda contenerlos.»

17. Mencio dijo: «No hagas lo que no debes hacer (como contrario a la razón); no desees lo que no debes desear. Si obras así, has cumplido con tu deber.»

18. Mencio dijo: «El hombre que posee la sagacidad de la virtud y la prudencia del arte, lo debe siempre a las desgracias y a las aflicciones que ha experimentado.

»Son, sobre todo, los ministros huérfanos (o que son los hijos de sus propias obras) y los hijos naturales (109) los que mantienen cuidadosamente todas las facultades de su alma en las circunstancias difíciles y quienes miden sus penas hasta sus profundidades más recónditas. Es por lo que son penetrantes.»

19. Mencio dijo: «Hay hombres que en el servicio de su príncipe (como ministros) se ocupan únicamente en agradarle y dejarle satisfecho de ellos.

»Hay ministros que no se ocupan más que de procurar la tranquilidad y el bienestar del Estado; tan sólo esta tranquilidad y este bienestar les hace felices y satisfechos.

»Hay un pueblo que es el pueblo del cielo, que si es llamado a desempeñar funciones públicas, las acepta para hacer el bien, si juega que puede hacerle. Hay grandes hombres de una virtud cabal que, por la rectitud que imprimen a todas sus acciones, hacen a todo el que se les acerca (príncipe y pueblo) justo y recto.»

20. Mencio dijo: «El hombre superior experimenta tres contentos, y el gobierno del Imperio como soberano no está comprendido en ellos.

»Tener a su padre y a su madre mientras vivan, sin que ninguna causa de disturbio o de disensión exista entre el hermano mayor y el hermano menor, es el primero de estos contentos.

»No tener de qué ruborizarse ni a la faz del Cielo ni a la faz de los hombres, es el segundo de estos contentos.

»Ser bastante feliz como para encontrar entre los hombres de su generación, aquellos cuyo talento y virtudes puedan aumentar sus virudes y sus talentos, es el tercero de estos contentos.

»He ahí los tres contentos del hombre superior; y el gobierno del Imperio, como soberano, no está en ellos comprendido.»

21. Mencio dijo: «El hombre superior desea un amplio territorio y un pueblo numeroso, pero no encuentra en ello un verdadero objeto de contento.

»El hombre superior se complace, si permanece en el Imperio, en pacificar y hacer estables las poblaciones situadas entre los cuatro mares; pero lo que constituye su naturaleza no es esto.

»Lo que constituye la naturaleza del hombre superior no se aumenta a fuerza de acción, no disminuye por permanecer mucho tiempo en estado de pobreza y de desnudez, porque la porción (de sustancia racional que él ha recibido del Cielo) es fija e inmutable.

»Lo que constituye la naturaleza del hombre superior: la humanidad, la equidad, la urbanidad, la prudencia, tienen su fundamento en el corazón (o el principio pensante). Estos atributos de nuestra naturaleza se producen en la actitud, aparecen en los rasgos del rostro, cubren los hombros y se esparcen por los cuatro miembros; los cuatro miembros los comprenden sin las enseñanzas de la palabra.»

22. Mencio dijo: «Cuando Pe-i, huyendo de la tiranía de Cheu *(sin)*, habitaba las orillas del mar septentrional, supo la elevación de Ven-vang (310), levantándose con emoción, dijo: ¿Por qué no iría a someterme a él?; he oído decir que el jefe de los grandes vasallos

del occidente sobresalía en la virtud de mantener a los ancianos,

»Cuando Tai-kong, huyendo de la tiranía de Cheu *(sin)*, habitaba las orillas del mar oriental, supo la elevación de Ven-vang, levantándose con emoción, dijo: ¿Por qué no iría someterme a él? He oído decir que el jefe de los grandes vasallos del occidente sobresalía en la virtud de mantener a los ancianos.

»Si se encuentra en el Imperio un hombre que tenga la virtud de mantener a los ancianos, entonces todos los hombres llenos de humanidad se apresurarán a ir a someterse a él.

»Si en una propiedad de cinco fanegas de terreno plantáis moreras al pie de los muros y la mujer del hogar cría gusanos de seda, entonces los ancianos se podrán cubrir con vestidos de seda; si alimentáis cinco pollos y dos marranas y no olvidáis las estaciones (de incubación y de la concepción), entonces los viejos podrán no carecer de carne. Si un simple particular cultiva un campo de cien fanegas, una familia de ocho bocas podrá no sufrir hambre.

»Estas expresiones (de los dos ancianos), *el jefe de los vasallos del occidente sobresale en la virtud de mantener a los ancianos* significa que sabía constituir a cada uno una propiedad privada, compuesta de un campo (de cien fanegas) y de una habitación (para cinco); que sabía enseñar a las poblaciones el arte de plantar (moreras) y de alimentar (a los pollos y a los puercos); que dirigiendo, por ejemplo, a las mujeres y a los niños, les ponía en condiciones de alimentar a sus ancianos. Si las personas de edad de cincuenta años carecen de vestidos de seda, sus miembros no estarán calientes. Si los septuagenarios carecen de carne como alimento, no estarán bien alimentados. No tener sus miembros calientes (mediante vestidos) y no estar bien alimentados, esto se llama tener frío y hambre. Entre las poblaciones sometidas a Ven-vang no había ancianos que sufriesen de hambre y de frío. Esto es lo que las expresiones citadas precedentemente quieren decir.»

23. Mencio dijo: «Si se gobiernan las poblaciones de manera que sus campos estén bien cultivados; si se aminoran los impuestos (no exigiendo de ellos más que la décima parte del producto), el pueblo podrá adquirir comodidad y bienestar.

»Si se toman los alimentos a las horas del día convenientes («por la mañana y por la tarde») y no se gastan los ingresos más que según los ritos prescritos, los ingresos no serán sobrepujados por el consumo.

»Si el pueblo está privado del agua y del fuego, no podrá vivir. Si durante la noche oscura un viajero llama a la puerta de alguno para solicitar agua y fuego no encontrará a nadie que no se lo dé, porque estas cosas están por doquier en cantidad suficiente. Mientras los santos hombres gobernaban el Imperio, hacían de modo que los guisantes y demás legumbres de esa especie, así como el mijo, fuese tan abundantes como el agua y el fuego. Siendo las legumbres y el mijo tan abundantes como el agua y el fuego, ¿cómo se encontrarían allí hombres injustos e inhumanos?»

24. Mencio dijo: «Cuando Khungtsé trepaba por la montaña Tung-chan, el reino de Lu parecía muy pequeño; cuando trepaba por la montaña Tai-chan (la más elevada del Imperio), ¡el Imperio mismo le parecía muy pequeño!

»Así, para el que ha visto los mares, las aguas de los arroyos y hasta de los ríos apenas si pueden ser consideradas como aguas, y para el que ha pasado por la puerta de los grandes hombres (que ha asistido a su escuela), las palabras o las instrucciones de los demás hombres pueden apenas ser consideradas como instrucciones.

»Hay un arte de considerar las aguas: se las debe observar en sus corrientes y cuando se escapan de sus manantiales. Cuando el Sol y la Luna brillan en todo su esplendor, sus reflejos las hacen centellear en sus profundas cavidades.

»El agua corriente es un elemento de tal naturaleza, que si no se la dirige hacia sus fosas o en los recep-

táculos (a los cuales se la quiere conducir) no circula por ellos. Es lo mismo que la voluntad del hombre superior aplicada a la práctica de la recta razón; si no se le da su completo desenvolvimiento, no llegará a su supremo grado de santidad.»

25. Mencio dijo: «El que, levántadose al canto del gallo, practica la virtud con la mayor diligencia, es un discípulo de Chun.

»El que, levantándose al canto del gallo, se ocupa de la ganancia con la mayor diligencia, es un discípulo del ladrón Tché.

»Si quieres conocer la diferencia que hay entre el emperador Chun y el ladrón Tché, no está en otra cosa sino en el intervalo que separa la ganancia de la virtud.»

26. Mencio dijo: «Yang-tsé hace su único estudio del interés personal y del amor hacia sí. Si se tuviese que arrancar un solo cabello de su cabeza para procurar alguna ventaja al Imperio, no se la arrancaría.

Me-tsé ama a todo el mundo; si agachando su cabeza hasta los talones pudiera procurar alguna ventaja pública al Imperio, lo haría.

Tseu-mo tenía el medio. Tener el medio es acercarse mucho a la recta razón. Pero tener el medio sin tener un punto fijo (tal como el fiel de una balanza) es como si no se tuviera más que un lado.

»Lo que hace que se deteste a los que no tienen más que un lado o que siguen una vía extrema es que hieren la recta razón y que mientras que ellos se ocupan de una cosa, olvidan o pierden ciento.»

27. Mencio dijo: «El que tiene hambre, encuentra todos los platos agradables; el que tiene sed, encuentra todas las bebidas agradables; luego el uno y el otro no tienen el sentido del gusto en su estado normal, porque el hambre y la sed se lo desnaturalizan. ¿No habrá más que la boca y el vientre que estén sujetos a las funestas influencias del hambre y de la sed? El corazón del hombre tiene también estos inconvenientes.

»Si los hombres se pudieran sustraer a las funestas influencias del hambre y de la sed y no desnaturalizar su corazón, entonces no se afligirían de no poder alcanzar la virtud de los hombres superiores a ellos por su santidad y por su sabiduría.»

28. Mencio dijo: «Lieu-hia-hoei no hubiera cambiado su suerte contra la de los tres primeros dignatarios del Imperio.»

29. Mencio dijo: «El que se aplica a hacer una cosa es como el que horada un pozo. Si después de haber horadado un pozo hasta setenta y dos pies no se llega hasta el manantial, se está en el mismo caso que si se nubiera abandonado.»

30. Mencio dijo: Yao y Chun estuvieron dotados de una naturaleza perfecta: Thang y Vu se incorporaron o perfeccionaron la suya por sus propios esfuerzos; los cinco príncipes jefes de los grandes vasallos no tuvieron más que una falsa apariencia de ella. Habiendo tenido largo tiempo esta falsa apariencia de una naturaleza completa y no habiendo dado ningún rodeo hacia la rectitud, ¿cómo hubieran sabido que no la poseían?»

31. Kung-sun-tcheu dice: «Y-yin decía: «Yo, yo no tengo costumbre de visitar a menudo a los que no son dóciles (a los preceptos de la razón).» Relegó a Thai-kia al palacio donde había elevado la tumba de su padre, y el pueblo quedó muy satisfecho de ello. Habiéndose corregido Thai-kia, le retuvo en la corte, y el pueblo experimentó por ello una gran alegría.

»Cuando un sabio es ministro de algún príncipe, si este príncipe no es sabio (o no es dócil a los consejos de la razón), ¿puede, a ejemplo de Y-yin, relegarle lejos de la sede del gobierno?»

Mencio dijo: «Si tiene las intenciones de Y-yin (es decir, su amor al bien público), lo puede; si no tiene las intenciones de Y-yin, es un usurpador.»

32. Kung-sun-tcheu dice: «Se lee en el *Libro de los versos:*

«Que nadie coma inútilmente» (311).

»El hombre superior no trabaja, y, sin embargo, come. ¿Por qué es esto?»

Mencio dijo: «Cuando un hombre superior habita un reino, si el príncipe le emplea en sus consejos, entonces el Estado está tranquilo, el tesoro público está repleto, el gobierno está honrado y cubierto de gloria. Si los hijos y los hermanos menores del reino siguen los ejemplos de virtudes que les da, entonces llegan a ser piadosos hacia sus padres, llenos de deferencia hacia los hermanos mayores, de rectitud y de sinceridad para con todo el mundo. Esto no es *comer inútilmente* (los productos o los ingresos de los demás). ¿Qué hay, por el contrario, de más grande y más digno?

33. Tian, hijo del rey de Thsi, hizo una pregunta en estos términos: «¿Para qué sirve el letrado?»

Mencio dijo: «Eleva sus pensamientos.»

Tian dijo: «¿A qué llamas *elevar sus pensamientos?*

Mencio dijo: «Es dirigirlos hacia la práctica de la humanidad, la equidad y la justicia; esto es todo. Matar a un inocente no es humanidad; tomar lo que no es suyo, eso no es equidad. ¿Cuál es la morada permanente del alma? Es la humanidad. ¿Cuál es su vía? La equidad. Si habita la humanidad, si marcha hacia la equidad, los deberes del gran hombre (o del hombre de Estado) están cumplidos.

34. Mencio dijo: «Si hubieras dado sin equidadd el reino de Thsi a Tchung-tsé, él no le hubiera aceptado. Todos los hombres tuvieron fe en su sabiduría. Esta negativa (a aceptar el reino de Thsi) es la equidad, como la del que rehusa una escudilla de arroz cocido o de caldo. No hay falta más grave para el hombre que olvidar los deberes que existen entre los padres y las madres y los hijos, entre el príncipe y los súbditos, entre los superiores y los inferiores (312). ¿Es permitido creer a un hombre grande y consumado en la virtud cuando su virtud no es sino mediocre?»

35. Tia-yeng hizo una pregunta en estos términos: «Si cuando Chun era emperador, Kao-yao hubiera sido presidente del ministerio de la justicia y Ku-seu (padre de Chun) hubiera matado a un hombre, entonces, ¿qué hubiera hecho Kao-yao?»

Mencio respondió: «Hubiera hecho observar la ley, y he ahí todo.»

Tiao-yeng dijo: «Si hubiera querido obrar así, Chun ¿no se lo hubiera impedido?»

Mencio dijo: «¿Cómo hubiera podido impedirlo Chun? El había recibido esta ley (del Cielo) con su mandato (para hacerla ejecutar).»

Tiao-yeng dijo: «Si esto es así, entonces ¿cómo se debía Chun haber conducido?»

Mencio dijo: «Chun hubiera considerado el abandono del Imperio como el abandono de sandalias usadas por la marcha, y, tomando secretamente a su padre sobre sus espaldas (313), hubiera ido a refugiarse a una playa desierta del mar, olvidando, con el corazón satisfecho, su Imperio y su poder.»

36. Mencio, habiendo pasado de la ciudad de Fan a la capital del reino de Thsi, vio en ella de lejos al hijo del rey. A su vista, exclamó suspirando: «¡Cómo cambia el aspecto del hombre la permanencia en la corte! Y ¡cómo un régimen opulento cambia su corpulencia! ¡Qué importante es la permanencia en un lugar! Sin embargo, todos los hijos ¿no son igualmente hijos de los hombres?»

Mencio dijo: «La morada, el departamento, los carros, los caballos, los trajes del hijo del rey, tienen mucho parecido con los de los hijos de los demás hombres; y, puesto que el hijo del rey es tal (como acabo de verlo), es preciso que sea la permanencia en la corte lo que le ha cambiado así: ¡qué influencia, pues, debe de tener la permanencia del que habita en la vasta morada del Imperio!

»El príncipe de Lu, habiendo pasado al reino de Sun, llegó a la puerta de la ciudad de Tiei-tché, que había ordenado en alto voz fuese abierta. Los guardianes dijeron: «Este hombre no es nuestro príncipe; ¡pero cómo se parece su voz a la de nuestro príncipe!» ¿No hay otra causa para este parecido que el hecho de que la mora-

da de un príncipe y la del otro sean parecidas a su vez? (314).»

37. Mencio dijo: «Si el príncipe mantiene a un sabio sin tener afecto por él, le trata como trata a sus puercos. Si tiene afecto por él sin testimoniarle el respeto que merece, le mantiene como a sus propios ganados.

»Los sentimientos de veneración y de respeto serán testimoniados (al sabio por el príncipe) antes de ofrecerle presentes.

»Si los sentimientos de veneración y de respeto que el príncipe le testimonia no tienen realidad, el sabio no puede ser retenido junto a él mediante demostraciones vanas.»

38. Mencio dijo: «Las diversas partes figuradas del cuerpo (ojos, orejas, manos, etc.) y los sentidos (la vista, el oído, etc.), constituyen las facultades de nuestra nauraleza, que hemos recibido del cielo. No hay más que los santos hombres (o los que llegan a la perfección) que puedan dar a estas facultades de nuestra naturaleza su completo desarrollo.

39. Siuan-vang, rey de Thsi, quería abreviar su tiempo de luto. Kung-sun-tché le dijo: «No es aún preferible llevar el luto durante un año que abstenerse de él completamente?»

Mencio dijo: «Es como si dijeras a cualquiera que retorciese el brazo de su hermano mayor. ¡No tan de prisa! ¡No tan de prisa! Enséñale la piedad filial, la deferencia fraternal y limítate a esto.

»El hijo del rey, habiendo llegado a perder a su madre, su preceptor solicitó para él (de su padre) el permiso de llevar el luto durante algunos meses.»

Kung-sun-tché dijo: «¿Por qué durante algunos meses solamente?

Mencio dijo: «El joven había deseado llevar el luto durante los tres años prescritos, pero no había obtenido la autorización de su padre. Aun cuando no la hubiera obtenido de llevar el luto más que un día, era aún preferible para él abstenerse completamente de llevarle.»

40. Mencio dijo: «Las enseñanzas del hombre superior son en número de cinco.»

»Hay hombres a los que convierten al bien de la misma manera que la lluvia que caen en tiempo conveniente hace crecer los frutos de la tierra.

»Los hay a los que perfeccionan en la virtud, y los hay a los cuales desenvuelven las facultades naturales y las luces.

Los hay a los que aclara mediante las respuestas que da a sus preguntas.

»Los hay, en fin, que se convierten ellos mismos al bien y se hacen mejores (siendo arrastrados por el ejemplo).

»He ahí las cinco maneras cómo el hombre superior instruye a los hombres.»

41. Kung-sun-tché dijo: «¡Qué altas y sublimes son estas vías (del sabio)! ¡Qué admirables son y dignas de elogio! La dificultad de ponerlas en práctica me parece tan grande como la de un hombre que quisiera subir al cielo sin poder conseguirlo. ¿Por qué no haces esas vías fáciles, a fin de que los que quieran seguirlas puedan conseguirlo y que cada día hagan nuevos esfuerzos para acercarse a ellas?»

Mencio dijo: «El carpintero hábil no cambia ni abandona su plomada y su cordel a causa de un obrero incapaz. Y, un hábil arquero, no cambiaba la manera de tender su arco a causa de un arquero inhábil.

»El hombre superior lleva su arco, pero no dispara.

»Los principios de la virtud brillan de repente ante los ojos de los que los buscan (como un disparo de flecha). El sabio se conserva en el término medio (entre las cosas difíciles y las cosas fáciles); que los que puedan le sigan.»

42. Mencio dijo: «Si en un Imperio reinan los principios de la razón, el sabio acomoda su persona a estos principios; si, en un Imperio, no reinan los principios

de la razón (si está en la revuelta y en la anarquía), el sabio acomoda los principios de la razón a la salvación de su persona.

»Pero yo no he oído jamás decir que el sabio acomode los principios de la razón o los haga plegarse a los caprichos y a las pasiones de los hombres.»

43. Kung-tu-tsé dijo: «Mientras que Theng-keng seguía tus lecciones, parecía ser del número de esos a los que se trata con urbanidad; sin embargo, tú no has respondido a una pregunta que te ha hecho; ¿por qué es eso?»

Mencio dijo: «Los que confiando en su nobleza o en sus honores, interrogan; los que confiando en su sabiduría o en sus talentos, interrogan; los que confiando en su edad avanzada, interrogan, los que confiando en los servicios que creen haber rendido al Estado, interrogan; los que confiando en sus antiguas relaciones de amistad con los personajes en el poder, interrogan; todos estos son gentes a los que yo no respondo. Theng-keng se encontraba en dos de estos casos.»

44. Mencio dijo: «El que se abstiene de lo que no se debe abstener, no habrá nada de que no se abstenga, el que recibe con frialdad a los que debiera recibir con efusión y ternura, no tendrá nadie a quien no reciba fríamente; los que avanzan demasiada precipitación, retrocederán aún más de prisa.

45. Mencio dijo: «El hombre superior o el sabio ama a todos los seres que viven (pájaros, bestias, árboles); pero no tiene hacia ellos los sentimientos de humanidad que tiene hacia los hombres; tiene hacia los hombres sentimientos de humanidad, pero no los ama con el amor que tiene hacia su padre y su madre. Ama a sus padre y madre con amor filial, y tiene hacia los hombres sentimientos de humanidad; tiene hacia los hombres sentimientos de humanidad, y ama a todos los seres que viven.»

46. Mencio dijo: «El hombre penetrante y sabio no ignora nada; aplica todas las fuerzas de su inteligencia a aprender las cosas que le importa saber. En cuanto al hombre humano, no hay nada que no ame; se aplica con todas sus fuerzas a amar lo que merece ser amado.

»Yao y Chun eran sabios y penetrantes; sin embargo, su penetración no se extendía a todos los objetos. Aplicaban las fuerzas de su inteligencia a lo que había de más importante (y descuidaban el resto). Yao y Chun estaban llenos de humanidad, pero esta humanidad no iba hasta amar igualmente a todos los hombres; se aplicaban principalmente a amar a los sabios con un amor filial.

»Hay hombres que no pueden llevar el luto a sus padres durante tres años, y que se informan cuidadosamente sobre el luto de tres meses o del de cinco; comen inmoderadamente, beben abundantemente y te interrogan minuciosamente sobre el precepto de los ritos: *No despedaces la carne con los dientes.* Esto se llama ignorar aquello a lo que es más importante aplicarse.

Capítulo VIII

1. Mencio dijo: «¡Oh! Qué inhumano es Liang-hoei-vang! El hombre (o el príncipe) humano llega por los que ama a amar a los que no amaba. El príncipe inhumano, por el contrario, llega por los que no ama a no amar a los que amaba.»

Kung-sun-tché dijo: «¿Qué entiendes por esto?»

Mencio dijo: «Liang-hoei-vang, habiendo querido librar una batalla con intención de agrandar su territorio, fue batido completamente, y dejó los cadáveres de sus soldados pudrirse sobre el campo de combate, sin mandar darles sepultura. Hubiera querido comenzar de nuevo, pero temió no poder vencer el mismo; entonces empujó a su hijo, pese amarle, a su pérdida fatal, excitándole a vengarle. Es por lo que yo llamo llegar por los que no se ama a no amar a los que se amaba.»

Mencio dijo: «En el libro intitulado. *La Primavera y el Otoño,* no se encuentra ninguna guerra justa y equi-

tativa. Sin embargo, las hay que tienen una apariencia de derecho y de justicia, pero igualmente se las debe considerar como injustas.»

2. Los actos de reparación son actos por los cuales un superior declara la guerra a sus inferiores para reparar sus errores. Los reinos que son iguales entre ellos no se reparan así mutuamente.

3. Mencio dijo: «Si se añade una fe entera, absoluta, a los libros (históricos), entonces no se está en una condición tan ventajosa como si se careciese de esos libros.

»Yo, en el capítulo del *Chu-king* intitulado «Vu-tchin», no acepto sino dos o tres artículos, y nada más.

»El hombre humano no tiene enemigos en el Imperio (pues todos se le someten gustosos). ¿Cómo, pues, cuando un hombre soberanamente humano como (Vu-vang) ataca a uno soberanamente inhumano (como Cheu-sin), habría una carnicería tan grande que los escudos de madera flotarían en la sangre?»

4. Mencio dijo: «Si hay un hombre que diga: "Yo sé perfectamente ordenar y dirigir un ejército; yo sé perfectamente librar una batalla", ese hombre es un gran culpable.

»Si el príncipe que gobierna un reino ama la humanidad, no tendrá ningún enemigo en el Imperio.

»Cuando Tching-tchang recordaba su deber a los habitantes de las regiones meridionales, los bárbaros de las regiones septentrionales se quejaban (de estar abandonados por él); cuando recordaba sus deberes a los habitantes de las regiones orientales, los bárbaros de las regiones occidentales se quejaban diciendo: "¿Por qué nos reserva para los últimos?"

»Cuando Vu-vang atacó a la dinastía de Yin, no tenía más que trescientos carros de guerra y tres mil soldados valientes.

»Vu-vang (dirigiéndose a las poblaciones), las dijo: "No temáis nada; yo os traigo la paz y la tranquilidad; yo no soy el enemigo de las cien familias (del pueblo chino)." Y al punto las poblaciones prosternaron sus

frentes en tierra, como los rebaños de bueyes laboran la tierra con sus cuernos.

»El término *(tchin)* por el que se designa la acción de reparar o recordar su deber por las armas a los que se han apartado de él, significa devolver derechos, corregir (*tchin*). Cuando cada uno desea enmendarse o corregirse a sí mismo, ¿por qué recurrir a la fuerza de las armas para obtener el mismo resultado?»

5. Mencio dijo: «El carpintero y el carrero pueden dar a un hombre su regla y su escuadra, pero no pueden hacerle por ello hábil en su arte.»

6. Mencio dijo: «Chun se alimentaba de frutos secos y hierbas de los campos, como si toda su vida hubiera debido conservar ese régimen. Cuando fue emperador, los ricos trajes bordados que llevaba, la guitarra que tocaba habitualmente, las dos jóvenes que tenía como esposas a sus lados, no le afectaban mucho más que si hubiera poseído todo ello desde su infancia.»

7. Mencio dijo: «Yo sé, al fin, ahora, que matar a los próximos parientes de un hombre es uno de los crímenes más graves (por sus consecuencias).

»En efecto, si un hombre mata al padre de otro hombre, éste matará también al padre del primero. Si un hombre mata al hermano mayor de otro hombre, éste matará al hermano mayor del primero. Estando así las cosas, este crimen difiere bien poco del de matar a sus parientes con su propia mano.»

8. Mencio dijo: «Los antiguos que construyeron puertas en los pasajes de los confines del reino, lo hicieron con objeto de impedir los actos de crueldad y de devastación; los de nuestros días, que hacen construir estas puertas de pasaje, tienen por objeto ejercer actos de crueldad y de opresión (315).»

9. Mencio dijo: «Si no sigues por ti mismo la vía recta, ésta no será seguida por tu mujer y por tus hijos. Si das órdenes contrarias a la vía recta (a la razón, a los principios del deber), no deben ser ejecutadas por tu mujer y por tus hijos.»

10. Mencio dijo: «Los que están aprovisionados con toda clase de bienes, no pueden morir de hambre en los años calamitosos; los que están aprovisionados de toda clase de virtudes, no serán turbados por una generación corrompida.»

11. Mencio dijo: «Los hombres que aman el buen renombre pueden ceder por él un reino de mil cuadrigas. Si un hombre no tiene este carácter, su rostro atestiguará su gozo o su pena por una escudilla de arroz y de caldo.»

12. Mencio dijo: «Si no se confía (los asuntos y la administración del reino) a hombres humanos y sabios, entonces el reino estará como si descansara sobre el vacío.

»Si no se observan las reglas y los preceptos de la urbanidad y de la equidad, entonces los superiores y los inferiores están en la revuelta y en la confusión.

»Si no se pone un gran cuidado en los asuntos más importantes, entonces los ingresos no podrán bastar para el consumo.»

13. Mencio dijo: «Ha podido ocurrir que un hombre inhumano obtuviese un reino; pero aun no ha ocurrido jamás que un hombre inhumano conquistase el Imperio.»

14. Mencio dijo: «El pueblo es lo que hay de más noble en el Mundo; los espíritus de la tierra y los frutos de la misma no vienen sino después; el príncipe es de la menor importancia.

»Es por lo que si alguno se concilia el amor y el afecto del pueblo de las colinas (y de las campiñas) llegará a ser Hijo del Cielo (o emperador); si llega a ser el Hijo del Cielo, o emperador, tendrá de su parte a los diferentes príncipes reinantes, como tendrá de su parte a los grandes funcionarios públicos.

»Si los diferentes príncipes reinantes (por la tiranía que ejercen sobre el pueblo) ponen en peligro los altares de los espíritus de la Tierra y de los frutos de la tierra, entonces el Hijo del Cielo los despoja de su dignidad y los reemplaza por príncipes sabios.

»Estando prontas las víctimas óptimas, estando dispuestos los frutos de la tierra en los vasos preparados y estando todo puro, los sacrificios serán ofrecidos según las estaciones. Si la tierra, sin embargo, está seca por el calor del aire, o si está inundada por el agua de las lluvias, entonces el Hijo del Cielo destruye los altares de los espíritus para elevar otros en otros lugares.»

15. Mencio dijo: «Los santos hombres son los maestros de cien generaciones. Pe-i y Lieu-hia-hoei son de este número. Es por lo que los que han oído hablar de las grandes virtudes de Pe-i han llegado a ser moderados en sus deseos, de groseros y ávidos que eran, y los hombres sin valor han sentido afirmarse su inteligencia; los que han oído hablar de las grandes virtudes de Lieu-hia-hoei han llegado a ser los hombres más dulces y los más humanos, de crueles que eran; y los hombres de espíritu estrecho se han hecho generosos o magnánimos. Es preciso remontarse a cien generaciones para llegar a la época de estos grandes hombres, y después de más de cien generaciones transcurridas no hay nadie que oyendo el relato de sus virtudes no sienta su alma conmovida y dispuesta a imitarlas. Si no existiesen jamás hombres santos, ¿sería igual? ¡Y cuánto deben ser excitados al bien los que se les han aproximado de cerca y han podido recoger sus palabras!»

16. Mencio dijo: «Esta humanidad, de la que yo he hablado tan a menudo, es el hombre (es la razón que constituye su ser); si se reúnen juntamente estos dos términos (la humanidad y el hombre), es la vía (es decir, la conformidad de todas las acciones a las leyes de nuestra naturaleza).»

17. Mencio dijo: «Kungtsé, alejándose del reino de Lu, decía: Yo me alejo lentamente. Es la vía para alejarse del reino de su padre y de su madre. Alejándose de Thsi, tomó en su mano arroz macerado en agua y se puso en camino. Es la vía para alejarse de un reino extranjero.»

18. Mencio dijo: «El hombre superior (Kungtsé) sufrió las privaciones que ocasiona la necesidad (careció durante siete días de lo necesario para la vida) en los reinos de Tchin y de Thsai porque no encontró ninguna simpatía ni entre los príncipes ni entre sus ministros.»

19. Me-ki dijo: «Yo, Ki, hago excesivamente poco caso de las murmuraciones y de la desaprobación de los hombres.»

Mencio dijo: «Estas no hieren en modo alguno. Los hombres distinguidos por sus virtudes, sus talentos y sus luces están siempre más sujetos a los clamores de la multitud. El *Libro de los versos*, dice:

«Yo experimento en mi corazón una profunda tristeza,

»Yo siento odio junto a esta multitud depravada.»

He ahí lo que fue Kungtsé.

«El no pudo huir de la envidia y del odio de los hombres,

»Que, no obstante, no quitaron nada a su renombre.»

»¡He ahí lo que fue Ven-vang!»

20. Mencio dijo: «Los sabios (de la antigüedad) iluminaron a los demás hombres con sus luces; los de nuestros días los iluminan ¡con sus tinieblas!»

21. Mencio, dirigiéndose a Kao-tsé, le dijo: «Si los senderos de las montañas son frecuentados por los hombres, si se pasa por ellos sin interrupción, llegan a ser practicables; pero si en un corto intervalo de tiempo no son frecuentados, entonces las hierbas y las plantas crecen en ellos y los obstruyen; hoy estas hierbas y estas plantas obstruyen tu corazón.»

22. Kao-tsé dijo: «La música de Yu sobrepuja a la música de Ven-vang.»

Mencio dijo: «¿Por qué dices eso?»

Kao-tsé dijo: «Porque las anillas y las campanillas (instrumentos de música de Yn) están usados.»

Mencio dijo: «¿Basta esto (para emitir juicio tal)? Los baches de las puertas de la ciudad ¿han sido horadados por el paso de una sola cuadriga?»

23. Mientras que el reino de Thsi padecía hambre, Tchin-Tsin dijo: «Todos los habitantes del reino esperan que tú, maestro, harás abrir por segunda vez los graneros públicos de la ciudad de Thang. ¿Acaso no puedes hacer de nuevo (esta petición al príncipe)?»

Mencio dijo: «Si yo hiciera esta petición de nuevo, sería otro Fung-fu. Este Fung-fu era un hombre de Tçin, muy hábil en el arte de coger tigres con las manos. Habiendo terminado por llegar a ser un gran letrado, se trasladó un día a los campos situados en las afueras de la ciudad en el momento en que una multitud de hombres iba en persecución de un tigre. El tigre se había atrincherado en el desfiladero de una montaña donde nadie osaba ir a perseguirle. Tan pronto como la multitud percibió de lejos a Fung-fu corrió a su encuentro, y Fung-fu, extendiendo los brazos, se tiró de su carro. Toda la multitud se entusiasmó de alegría. Pero los letrados sabios que se encontraron presentes se burlaron de él (a causa de no haber seguido obrando como letrado que era ya, en vez de como cazador).»

24. Mencio dijo: «La boca está destinada a gustar los sabores; los ojos están destinados a contemplar los colores y las formas de los objetos; los oídos están destinados a oir los sonidos; las narices están destinadas a aspirar los olores; los cuatro miembros (los pies y las manos) están destinadas a reposarse de sus fatigas. Es lo que constituye la naturaleza del hombre, al mismo tiempo que su destino. El hombre superior no llama a esto su naturaleza.

»La humanidad es relativa a los padres y a los hijos (porque el verdadero sentimiento de humanidad es amor puro); la equidad (que esencialmente es respeto), es relativa a los príncipes y a los súbditos; la urbanidad (que es ante todo benevolencia y afabilidad), es relativa a los huéspedes y a los dueños de casa; la prudencia (arte de distinguir, de discernir bien el bien

y el mal), es relativa a los sabios; el hombre santo pertenece a la vía del Cielo (que comprende todas las virtudes precedentes). Es el cumplimiento de estas virtudes, en estos diferentes destinos, lo que constituye el mandato del Cielo, al mismo tiempo que nuestra naturaleza. El hombre superior no lo llama mandato del Cielo.»

25. Hao-seng, cuyo nombre abreviado era Pu-hai, hizo una pregunta en estos términos: «¿Qué hombre es Lo-tching-tsé?»

Mencio dijo: «Es un hombre sencillo y bueno, es un hombre sincero y fiel.

»¿Qué entiendes por ser sencillo y bueno? ¿Que entiendes por ser sincero y fiel?

»El que es digno de envidia, yo le llamo bueno. El que posee realmente en él, la bondad, yo le llamo sincero.

»El que no cesa de acumular en él las cualidades y las virtudes precedentes, es llamado excelente.

»El que a estos tesoros de virtudes une aún el brillo y el esplendor, es llamado grande.

»El que es grande y que borra completamente los signos exteriores o vestigios de su grandeza, es llamado santo.

»El que es santo y que, al mismo tiempo, no puede ser conocido por los órganos de los sentidos, es llamado espíritu.

»Lo-aching-tsé ha llegado al centro de los dos primeros grados (de esta escala de santidad); está aún por debajo de los cuatro grados más elevados.»

26. Mencio dijo: «Los que se separan del (sectario) Me se refugian necesariamente cerca del (sectario) Yang; los que se separan de Yang se refugian necesariamente cerca de los Ju o letrados (que siguen las doctrinas de Kungtsé y de los primeros grandes hombres; es decir, la razón del gran medio y la rectitud soberana). Los que se refugian así cerca de los letrados deben ser acogidos favorablemente, y he ahí todo.

»Los que de entre los letrados disputan hoy con Yang y Me se conducen como si, poniéndose a perseguir un lechón escapado, le estrangularan después que hubiera vuelto a su establo.»

27. Mencio dijo: «Hay un tributo consistente en tela de cáñamo y en seda devanada; hay un tributo de arroz y otro tributo que se paga en jornadas. El hombre superior (o el príncipe) que ama a su pueblo no existe más que el último de estos tributos y disiente de los dos primeros. Si exige juntamente los dos primeros, entonces el pueblo está consumido de necesidades; si exige los tres géneros de tributos al mismo tiempo, entonces el padre y el hijo están obligados a separarse (para vivir).»

28. Mencio dijo: «Hay tres cosas preciosas para los príncipes reinantes de los diferentes órdenes: el territorio, las poblaciones y una buena administración. Los que consideran las perlas y las pedrerías como cosas preciosas, estarán ciertamente alcanzados por grandes calamidades.»

29. Y-tching, cuyo nombre abreviado era Kuo, ocupaba una magistratura en el reino de Thsi.

Mencio dijo: «Y-tching-kuo morirá.»

Habiendo sido muerto Y-tching-kuo, los discípulos del Filósofo le dijeron: «Maestro, ¿cómo sabías que este hombre sería asesinado?»

Mencio dijo: «Era un hombre de poca virtud: no había jamás oído enseñar las doctrinas del hombre superior; luego era lógico presumir que (por sus actos contrarios a la razón) se expondría a una muerte cierta.»

30. Mencio, trasladándose a Theng, se detuvo en el palacio superior (316). Un zapato que estaba fabricando, había sido colocado delante de la ventana. El guardián de la hostería le buscó y no le encontró.

Alguien, interrogando a Mencio, le dijo: «¿Es, pues, así como tus discípulos ocultan lo que no les pertenece?»

Mencio respondió: «¿Piensas que nosotros hemos venido aquí para sustraer un zapato?

»Nada de eso, maestro. Pero según la clase de enseñanza que has instituído, no te preocupas de las faltas pasadas, y los que acuden a ti (para instruirse) no los rechazas. Con tal de que acuden a ti de buen corazón sincero, tú al punto los recibes en el número de tus discípulos, sin otra información.»

31. Mencio dijo: «Todos los hombres tienen el sentimiento de la conmiseración. Extender este sentimiento a todos los motivos de pena y de sufrimiento es humanidad.

»Todos los hombres tienen el sentimiento de lo que no debe hacerse. Extender este senimieno a todo lo que hacen es equidad.

»Que todos los hombres puedan realizar mediante actos este sentimiento, que nos lleva a desear no dañar a los demás hombres, y no podrán dar a basto a todo lo que la humanidad reclame de ellos. Que todos los hombres puedan realizar en sus acciones este sentimiento que tenemos de no horadar los muros de los vecinos (para robarlos), y no podrán bastar a todo lo que la equidad reclame de ellos.

»Que todos los hombres puedan constante y sinceramente no aceptar jamás las apelaciones singulares de la segunda persona, tú, tuyo, y por doquiera que vayan hablarán según la equidad.

»Si el letrado, cuando su tiempo de hablar no ha llegado aún, habla, sorprende el pensamiento de los demás con sus palabras; si ha llegado su tiempo de hablar y no habla, sorprende el pensamiento de los demás con su silencio. Estas dos clases de acción son de la misma especie que la de horadar el muro de su vecino.»

32. Mencio dijo: «Las palabras cuya sencillez está al alcance de todo el mundo y cuyo sentido es profundo son las mejores. La observación constante de las virtudes principales, que son como el resumen de todas las demás, y la práctica de los actos numerosos que ellas desarrollan es la mejor regla de conducta.

»Las palabras del hombre superior no descienden más abajo que su cintura (se aplican siempre a los objetos que están ante su vista) y sus principos están igualmente al alcance de todos.

»Tal es la conducta constante del hombre superior: no cesa de mejorar su persona, y el Imperio goza de los beneficios de la paz.

»El gran defecto de los hombres es abandonar sus propios campos para quitar la cizaña de los de los demás. Lo que piden de los demás (de los que los gobiernan) es importante, difícil; y lo que emprenden ellos mismos es ligero, fácil.»

33. Mencio dijo: «Yao y Chun recibieron del Cielo una naturaleza cumplida; Tchang y Vu volvieron la suya cumplida mediante sus propios esfuerzos. Si todos los movimientos de la actitud y de la marcha están conforme a los ritos, se llega al colmo de la virtud perfecta. Cuando se gime sobre los muertos, no es a causa de los vivos por lo que se experimenta el dolor. No se debe abandonar una virtud inquebrantable, inflexible, para obtener emolumentos del príncipe. Las palbaras y los discursos del sabio deben ser siempre conformes a la verdad, aunque no tengan por objeto hacer sus acciones rectas y justas.

»El hombre superior, practicando la ley (que es la expresión de la razón celeste), espera (con indiferencia) el cumplimiento del destino; y he ahí todo.»

34. Mencio dijo: «Si te ocurre conversar con nuestros hombres de Estado, desprécialos interiormente. Guárdate de estimar su suntuosa magnificencia.

»Poseen palacios altos, de algunas toesas, y en los cuales los salientes de las vigas tienen algunos pies de longitud; si yo obtuviera su dignidad, yo no me construiría un palacio. Los platos que se hacen servir en sus festines ocupan un espacio de más de diez pies; algunas centenas de mujeres los asisten en sus excesos; yo, si obtuviera su dignidad y tuviese votos que cum-

plir, no me entregaría, como ellos, a la buena vida y a los excesos. Ellos se entregan a todos los placeres y a todas las voluptuosidades de la vida y se sumergen en la embriaguez; van de caza arrastrados por rápidos corceles; millares de carros los siguien; yo, si obtuviera su dignidad y tuviese votos que realizar, no sería de ésos. Todo lo que ellos tienen son cosas que yo no podría poseer; todo lo que yo tengo pertene a la santa doctrina de los antiguos; ¿por que, pues los temería?»

35. Mencio dijo: «Para mantener en nuestro corazón el sentimiento de humanidad y de equidad, nada es mejor que disminuir los deseos. Hay bien pocos hombres que, teniendo pocos deseos, no conserven todas las virtudes de su corazón; y hay también muy pocos que, teniendo muchos deseos, conserven estas virtudes.»

36. A Thseng-tsé le gustaba mucho cocer el fruto del azufaito; en cambio, Thseng-tsé no podía soportar el comerlo.

Kung-sun-tcheu hizo esta pregunta: «¿Qué es mejor, un plato de picadillo o de azufaifas?»

Mencio dijo: «Un plato de picadillo.»

Kun-sun-tcheu dijo: «Si es así, entonces, ¿por qué Thseng-tsé, comiendo picadillo, no comía también azufaifas?»

—El picadillo es un plato común (del que todo el mundo come); las azufaifas son un plato particular (del que comen pocas personas). Nosotros no preferimos el nombre abreviado de nuestros parientes, pronunciamos su nombre de familia, porque el nombre de familia es común y el abreviado es particular.

37. Ven-tchang hizo una pregunta en estos términos: «Cuando Kungtsé se encontraba en el reino de Tchin (apremiado por la necesidad), decía: "¿Por qué no volvería a mi país? Los discípulos que yo he dejado en mi aldea son muy inteligentes, tienen grandes concepciones y las ejecutan someramente; no olvidan el principio y el fin de sus grandes empresas." ¿Por qué

Kungtsé, encontrándose en el reino de Tchin, pensaba en sus discípulos, dotados de una gran inteligencia y de elevados pensamientos del reino de Lu?»

Mencio dijo: «Como Kungtsé no encontraba en el reino de Tchin hombres que tuvieran el medio de la vía recta para conversar con ellos, debió trasladar su pensamiento hacia los hombres de la misma clase que tuvieran el alma elevada y que se propusieran la práctica del bien. Los que tienen el alma elevada forman grandes concepciones; los que se proponen la práctica del bien, se abstienen de cometer el mal. Kungtsé ¿no deseaba hombres que tuviesen el medio de la vía recta? Como no podía encontrarlos, es por lo que pensaba en los que le seguían inmediatamente.»

«¿Osaría preguntarte (continuó Ven-tchang) cuáles son los hombres a los que se les puede llamar hombres de grandes concepciones?»

Mencio dijo: «Son hombres como Kin-tchang, Thseng-si y Mu-phi; éstos son a los que Kung-tsé llamaba hombres de grandes concepciones.»

—¿Por qué los llamaba hombres de grandes concepciones?

«Los que no sueñan sino en grandes cosas, que no hablan sino de grandes cosas, tienen siempre en la boca estas grandes palabras: ¡los hombres de la antigüedad!, ¡los hombres de la antigüedad! Pero si comparáis sus palabras a sus acciones, encontraréis que las acciones no responden a las palabras.

»Como Kungtsé no podía encontrar hombres de concepciones elevadas, deseaba al menos encontrar hombres inteligentes que evitasen cometer actos de los que tuvieran que ruborizarse y poder conversar con ellos. Estos hombres son los que se aferran firmemente a la práctica del bien, a la huída del mal; son también los que siguen inmediatamente a los hombres que tienen el medio de la vía recta.»

Kungtsé decía: «Yo no me indigno contra los que, pasando ante mi puerta, no entran en mi casa; estas gentes son tan sólo ¡las más honradas de toda la aldea!

(es decir, las que engañan a toda la aldea con su falsa apariencia de virtud). Los más honrados de toda la aldea son la peste de la virtud.»

«¿Cuáles son, pues, los hombres (prosiguió Ven-tchang) a los que tú llamas los más honrados de toda la aldea?»

Mencio respondió: «Son los que dicen (a los hombres de las grandes concepciones): "¿Por qué os remontáis siempre a los grandes proyectos y a las grandes palabras de virtud?; nosotros no vemos vuestras acciones en vuestras palabras ni vuestras palabras en vuestras acciones. A cada instante gritáis: ¡los hombres de la antigüedad!, ¡los hombres de la antigüedad! (y a los hombres que se aferran firmemente a la práctica del bien). ¿Por qué en vuestras acciones y en vuestra conducta sois de un acceso tan difícil y tan austeros?"»

«En cuanto a mí, yo quiero (continúa Mencio) que el que ha nacido en un siglo sea de este siglo. Si los contemporáneos le miran como un hombre honrado, esto le debe bastar. Los que hacen todos sus esfuerzos para no hablar y obrar de otro modo que como todo el mundo, son los aduladores de su siglo; ¡son las gentes más honradas de la aldea!»

Ven-tchang dijo: «A los que toda la aldea llama las más honradas gentes, son siempre gentes honradas dondequiera que van; Kungtsé los consideraba como la peste de la virtud; ¿por qué era esto?»

Mencio dijo: «Si quieres encontrarles en falta, no tendrás por dónde cogerlos; si quieres atacarlos por un sitio, no lo llegarás a conseguir. Participan de las costumbres degeneradas y de la corrupción de su siglo. Lo que habita en su corazón no tiene sino la apariencia de la templanza y de la integridad. Como toda la población de su aldea los envanece sin cesar, se creen hombres perfectos, y no pueden entrar en la vía de Yao y de Chun. Es por lo que Kungtsé los consideraba como la peste de la virtud.»

Kungtsé decía: «Yo detesto lo que no tiene más que la apariencia de la realidad; yo detesto la cizaña por temor a que pierda las cosechas; yo detesto a los hombres hábiles, por miedo a que confundan la equidad; yo detesto una boca elegante, ante el temor de que confunda la verdad; yo detesto los sonidos de la música Tching, ante el temor de que corrompan la música, yo detesto el color violeta, ante el temor de que confundan el color de púrpura; yo detesto a las gentes más honradas de la aldea, ante el temor de que confundan la virtud.

»El hombre superior vuelve a la regla de conducta inmutable, y he ahí todo. Una vez que esta regla de conducta inmutable haya sido establecida como debe serlo, entonces la multitud del pueblo será excitada a la práctica de la virtud; una vez que la multitud del pueblo sea excitada a la práctica de la virtud, entonces no habrá más perversidad y falsa sabiduría.»

38. Mencio dijo: «Desde Yao y Chun hasta Thang (o Tchin-tang) han transcurrido quinientos años o más. Yu y Kao-yao aprendieron la regla de conducta inmutable viéndola practicar a (Yao y Chun); Thang la aprendió por la tradición.

»Desde Ven-vang hasta Kungtsé han transcurrido quinientos años o más. Thai-kung-vang y San-y-seng aprendieron esta doctrina inmutable viéndola practicar por Ven-vang. Kungtsé la aprendió por la tradición.

»Desde Kungtsé hasta nuestros días han transcurrido cien años y más. La distancia que nos separa de la época del santo hombre no es muy grande; la proximidad de la comarca que habitamos con la que habitaba el santo hombre es mayor (317); así, pues, como no existe ya nadie (que haya aprendido la doctrina inmutable viéndola practicar por el santo hombre), no hay nadie que la haya aprendido y recogido de la tradición.»

F I N

NOTAS

(1) El Japón *(Dai Nippon,* en su lengua), archipiélago que en reducida extensión (381.000 km²) posee una densísima población de muy cerca de cien millones de habitantes, ha sido durante medio siglo (hasta la última guerra) el tipo perfecto del pueblo rapaz. Es decir, del pueblo obligado, para poder vivir, a lanzarse sobre el pueblo o los pueblos inmediatos. Causa primera: la superpoblación. Es decir, la causa que obligó siempre a los ingleses a expandirse por el Mundo a la sombra de los cañones de sus escuadras; a los italianos, a expatriarse, a los alemanes, a repetir durante siglos aquellas primeras incursiones hacia el Sur, que fueron llamadas «las invasiones de los bárbaros». Si, pues, es indudable que bastaría para que cesasen muchas calamidades y la mayor parte de las guerras, conque desapareciera el hambre, y ésta, conque cada país no tuviese sino el número de habitantes que pudiese sin esfuerzo alimentar, ¿a qué ese loco y nefasto prurito de incitar el aumento de población que se advierte en todos los países, pese a ser evidente que ello tan sólo servirá para empujarlos al hambre, a la miseria y a las guerras? ¿No sería, por el contrario, sensato y prudente, y lógico y humanitario aconsejar la limitación de nacimientos en vez de estimular, incluso pecuniariamente, a los matrimonios torpe e insolentemente prolíficos?

(2) La sublevación de los Boxers, por ejemplo, fue en parte causada, o por lo menos excitada y sostenida, por la interpretación errónea dada por los taoístas a la siguiente frase de Laotsé: «Cuando se encuentra en medio de soldados, no tiene que temer los golpes.» Concepto que dio a los fanáticos taoístas de aquella época la convicción de que eran invulnerables a las balas extranjeras. Y empujados por celo rabioso, trataron de expulsar de China a los representantes del cristianismo.

(3) Los chinos llaman a sus tres religiones *(an Kiao)* del modo siguiente: *Ju, Che, Tao, San Kiao. Ju kiao* designa el confucismo, porque *ju* significa letrado, cultivado. Por consiguiente, *ju kiao* es el culto de los letrados. *Che kiao* es el budismo. La palabra *che* es una abreviación de *Che-kia-muni,* forma china de *Sakiamuni,* uno de los nombres de Buda. *Tao-kiao* es el taoís-

mo. La palabra *tao* es casi imposible de traducir. Los sabios en sinología han propuesto, con objeto de dar una idea de su sentido, las palabras vía, senda, camino, razón, medio. Tal vez vía sea lo más aproximado. Cuando se tradujo por primera vez el Nuevo Testamento al chino, el primer versículo del primer capítulo del cuarto Evangelio decía: «Al principio fue el Tao, y el Tao estaba con Dios, y el Tao era Dios.» Con lo que el *tao* de Laotsé expresaba lo que más tarde debía de ser para los cristianos el Verbo (Logos). Cierto que Laotsé mismo no tenía interés en que su *tao* fuese comprendido, puesto que la primera frase de su *Tao-te-king* dice: «El tao que se puede comprender no es el verdadero tao.» Para Confucio, asimismo, lo más importante en la religión es la experiencia del sentido del Mundo, del Tao. «Escuchar por la mañana la verdad (Tao) y morir por la noche; esto no es malo.» *(Lun Yu,* IV, 8.) También para Laotsé el Tao era el sentido del Mundo, lo último y supremo. En las observaciones al *Libro de los Cambios,* da Confucio algunas explicaciones acerca de la esencia de este Tao. Véase: «Gran éxito por el correcto modo de ser: he aquí la Ley (Tao) del Cielo.» «El camino (Tao) del Cielo va hacia abajo y hace que todo sea llano, luminoso y claro. El camino de la Tierra (Tao) es pequeño y va hacia arriba. El camino (Tao) del Cielo consiste en vaciar lo que está lleno y en aumentar lo que es modesto. El camino (Tao) de la Tierra consiste en vaciar lo que está lleno y hacer que revierta en lo que es modesto. Los espíritus y los dioses perjudican a lo que está lleno y favorecen a lo que es modesto. El camino (Tao) de los hombres consiste en odiar lo lleno y amar lo que es modesto. La modestia, que es venerada, expande luz. La modestia, que es baja, no puede ser vencida. Este es el final que el noble alcanza.» «La ley divina (Tao) del Cielo puede reconocerse en que en las cuatro estaciones no cambia. El elegido utiliza esta ley divina (Tao) para crear cultura y la esfera terrestre se le somete.» «Cuando se ha perdido la inocencia, ¿a dónde ir? Cuando la voluntad del Cielo (Tao) no le protege a uno, ¿es posible obrar?» El Tao del Cielo, pues, es como una fuerza cuya actuación está de acuerdo con la ley moral más íntima del hombre.

En cuanto a la palabra *kiao,* signo chino que etimológicamente, en la antigüedad, se componía de tres elementos: pegar, niño e imitar (pegar al niño para que imite a sus padres), significa hoy «enseñar», y empleado como sustantivo, escuela, culto doctrina.

(4) Laotsé, contemporáneo de Confucio, pero cincuenta años más viejo que él, compuso un libro, el *Tao-te-king* o *Canon de la razón y de la virtud.* Tal cual fue escrito es un profundo tratado de moral pura sin nada de sobrenatural ni supersticioso. Este libro exponía y enseñaba seis siglos antes de nuestra Era (en tiempos de angustia espiritual de la Humanidad que trataron de calmar al mismo tiempo que él, cada uno en su país. Zoroastro, el Buda, Jeremías y Ezequiel), principios y máximas sublimes que más tarde harían tan admirados los Evangelios: «Vengad las injurias mediante beneficios.» *(Tao-te-king,* 63, 2.) «La esencia de la virtud consiste en tratar a los virtuosos como tales y a los que no lo son como si lo fuesen también.» *(Tao-te-king,* 49, 2), etc. Pero Laotsé no se cuidó de llevar sus principios a la práctica. Y precisamente lo que distingue a los fundadores de religiones de los simples filósofos es esto: la acción, el sacrificio si es preciso. El *Tao-te-king* comprende 81 capítulos muy cortos y de lectura poco interesante; pues casi contiene únicamente consejos. Se cuenta de un emperador chino del siglo II d. de J., que tenía la costumbre de dar conferencias sobre el *Tao-te-king,* que veíase obligado en cada reunión a regañar «a los que se desperezaban, bostezaban o escupían» mientras hablaba. Tras la muerte de Laotsé, el taoísmo degeneró mucho, y hoy conserva muy poco de sus grandes cualidades de un principio. Prescripciones actuales como las de no pescar ni bailar el último día de cada mes, o la prohibición de no volverse hacia el Norte para escupir o llorar, o de no señalar con el dedo el arco iris, son prueba evidente de esta decadencia y de cómo la tontería humana estropea las cosas más eminentes. El año primero de nuestra Era, el taoísmo tuvo su papa, y uno de sus jefes ensayó el fabricar píldoras para alcanzar la inmortalidad. A partir del siglo VII la medicina engarzada en brujería y hasta la piedra filosofal, tuvieron gran importancia entre sus prácticas, y los emperadores mismos participaban en tales supersticiones. En fin, la magia, el fanatismo y la brujería son hoy tan corrientes entre los taoístas, que Bosse ha podido escribir: «No es preciso esperar un resurgimiento religioso, político y moral en China mientras esta nación no se haya librado del taoísmo.» *(Religion of Mission fields,* p. 181.) Y como tenía que suceder, la adulteración y falsificación de las doctrinas, trajo como consecuencia la de su autor. En el siglo II d. de J., se ofrecían sacrificios a Laotsé en los altares cual si fuese un dios. En el IV se veía en él, no a un filósofo, sino a un ser sobrenatural. Formó parte, incluso, de la trinidad taoísta, cuyos otros nombres eran Chaos o el Demiurgo y Yu-uang-chang-ti o «el emperador perla» (Soothill: *Three Religions of China,* p. 82-83).

(5) El origen de la religión en China, como en todas partes, debió de ser el miedo. *(Primus in orbe deos fecit timor.* Stacio: *Tebaida,* III, 661.) Lo primero seguramente que obligó al hombre a hincar la rodilla y pensar con espanto en potencias superiores, fue la violencia de los elementos naturales desencadenados. Pudo ocurrir también si no fue allí, en China, donde la raza humana tuvo los albores de conciencia origen de la «racionalidad» que la separa de los animales, que un pueblo de hombres pastores se instalase en ella en posesión ya de los primeros y aun poco luminosos destellos de la idea religiosa. En todo caso no se sabe, como no se sabe respecto a ningún pueblo, quiénes fueron los primeros hombres que en aquel país dieron forma a las primitivas creencias religiosas.

No obstante, el primer nombre que aparece cuando aun la

mitología china estaba en plena formación, es decir, en el terreno gracioso y vago de la leyenda, es el de Fu-hi, al que se considera como el primer soberano chino, y que pudo reinar allá por los años 2852-2738 a. de J. A este Fu-hi se atribuye la invención del famoso *pa kua,* octógono que ha tenido un papel tan importante en la adivinación y en la filosofía de la Naturaleza, y el haber ofrecido el primer sacrificio en la cumbre del *T-ai chan,* la montaña sagrada situada en la provincia de Chan-tung: en virtud de lo cual tal sacrificio a la Potencia Suprema fue siempre una prerrogativa del Hijo del Cielo.

Nieto suyo fue el célebre emperador Yao (2277-2258 a. de J.), de quien dijo Confucio: «Grande es, en verdad, la manera como Yao fue soberano. Sublime: sólo el Cielo es grande; sólo Yao guardó proporción con él. Infinito: el pueblo no pudo hallar nombre para designarle. La perfección de sus obras era sublime. Sus prescripciones para la vida eran radiantes.» *(Lun Yu,* VIII, 19.)

Schun, sucesor de Yao (2258-2226) no fue menos célebre que éste. El Maestro dijo: «Sublime fue la manera como Schun y Yu dominaron el círculo de la Tierra sin proponérselo.» (*Lun Yu,* VII, 18.) «Quien sin hacer nada mantuvo el Mundo en el orden fue Schun. Porque, realmente, ¿qué hizo? Vigilarse, respetarse a sí mismo y dirigir con seriedad la cara hacia el Sur. Nada más.» (*Lun Yu,* XV, 4.) La «cara hacia el Sur» es la manera como el soberano se sentaba en el trono. El «no hacer nada» (*Vu Ve*) tiene también una gran importancia en la filosofía taoísta muy dada al quietismo. «Retirarse en la oscuridad, tal es la vía» (el camino del Cielo), dice Laotsé en el *Tao-te-king* (9, 2).

El gran emperador Yu, que sucedió a Schun (2226-2198), dominó el «Diluvio» y fundó la primera dinastía que recibió el nombre de Hia. De él dijo el Maestro: «En Yu no me es posible descubrir ninguna falta. Era sobrio en la comida y en la bebida. Era piadoso ante Dios. Para sí sólamente llevaba una ropa modesta; mas para el servicio divino presentábase con púrpura y corona. Habitaba en una pobre choza, pero utilizaba todos los medios para regularizar las aguas. En Yu no puede descubrirse falta alguna.» (*Lun Yu,* VIII, 21.)

Parece ser, pues, que lo que Kungtsé (Confucio) estimaba en estos tres soberanos modelos, no era lo que hicieron, sino su «no obrar». Es decir, el sublimar o nihilizar de tal modo su esencia propia, que el Tao, ley del Universo, pudiera actuar por medio de ellos de una manera casi automática. El modo de actuar de este soberano consistió, por tanto, en atraer a fuerza de cultura (inteligencia, talento, seducción) a los mejores (ministros), y dejarles actuar. Este gobernar tan reservado que actúa sin hablar, como el cielo, que sin hablar mueve el tiempo dentro de la órbita de las estaciones, es el ideal de Confucio. Su ideal de cultura y, por tanto, el ideal chino de su época era, en lo que al gobierno respecta, una república de base religioso-moral.

A los tres soberanos anteriores que se sucedieron por libre elección, siguió la primera dinastía que recorrió el mismo camino que todas las dinastías; después de poseer algunas figuras importantes, al principio, fue decayendo cada vez más hasta que, al fin, terminó en el tirano Kia; que siempre la ausencia de virtud trae como consecuencia la pérdida de la fuerza, y la pérdida de fuerza engendra el desorden, y éste, la tiranía.

Con T-and (1766-1754 a. de J.), que destronó al último soberano de los Hia que habíase hecho odioso a causa de sus costumbres licenciosas, aparece una figura nueva en el ideal confuciano: el renovador de la cultura, el rebelde santo, el fundador de la dinastía Chang, llamada también Yin, a causa del nombre de la capital donde residió.

Cuando esta dinastía cayó en la descomposición, y que el tirano Schu o Tschu-Hsin hubo reproducción en todo al tirano Kia, surgió la dinastía Tschu, que fue la que reinó durante más tiempo. De esta dinastía hay tres soberanos a los que Confucio consideraba como creadores de cultura: el rey Ven, el rey Vu y el príncipe Tschu.

El rey Ven (1231-1134 a. de J.). De este soberano «que alcanzó la suprema virtud» (*Lun Yu,* VIII, 20) se dice en el *Libro de las Canciones:* «¡Cuán profundo era el rey Ven! ¡Con qué claridad, con qué seria firmeza atendía a todo! Como soberano moraba en la bondad; como servidor, en el cuidado; como hijo, en el respeto; como padre, en la ternura; frente a su pueblo moraba en la fidelidad y en la fe.»

El rey Vu (1208-1115 a. de J.). «El rey Vu fue un rey clemente y justo. Tenía un corazón muy grande, y gracias a él se ganó el cariño del pueblo. Era fiel, y por eso el pueblo se confió en él. Era solícito, y por ello tuvo éxito. Era justo, y con ello todos estuvieron contentos.» (*Lun Yu,* XX, 1.)

El príncipe Tschu (muerto en 1105). De todos los santos de la antigüedad, tal vez era Tan, de Tschu, hijo menor del rey Ven, quien más afinidades tenía con Confucio. Y la razón de ello tal vez sea que este príncipe fue un santo que no se sentó en el trono, preparando con ello la nueva época que el propio Kungtsé inició: la época de la realeza no coronada. Una queja del Maestro lo demuestra: «Voy hacia abajo. Hace mucho tiempo que no he visto en mis sueños al príncipe Tschu.» (*Lun Yu,* VII, 5.)

Tales son los siete soberanos creadores de cultura de los que Confucio dijo: «Siete hombres hay que han creado.» (*Lun Yu,* XIV, 40.)

(6) La «comunización» de la China actual no habrá tenido tiempo aun para desarraigar las antiguas creencias religiosas. Y esto, porque en toda fe religiosa obran dos factores: uno, primordial y dominante, el sentimiento; otro secundario, la razón. Por ello se habla siempre de «sentimientos religiosos»; pero no de «razón religiosa». Conformar la razón a los sentimientos en cuestiones de religión es tarea gigante sólo al alcance de las

inteligencias poderosas. La filosofía escolástica no tuvo durante toda la Edad Media otra pretensión. Anselmo, el sabio y admirable arzobispo de Cantorbery, a quien la Iglesia hizo santo, definió la especulación filosófica como una explicación de la fe (*fides quarens intellectum*) e insistía en la necesidad de creer para comprender (*Prostogium*). «No poner la fe en primer lugar es presunción; pero no llamar en seguida a la razón, negligencia.» Mas sólo un titán como Tomás de Aquino, santo también, pudo atacar la grave cuestión con razonamientos que aun admiran. Pero si conformar la razón a los sentimientos en cuestiones de religión es tarea ardua, creer por sentimiento es, por el contrario, fácil y al alcance de todos. Y precisamente porque el sentimiento, sobre todo cuando es profundo y sincero, es difícil de atacar mediante razonamientos escuetos, es por lo que es casi seguro que el frío materialismo comunista no haya podido demoler aún las antiguas creencias religiosas chinas. Hacerlo será empresa larga. De dos o tres generaciones a las que tendrán que coger desde la cuna e imbuirlas, casi por la fuerza, otros pensamientos y nuevos ideales.

(7) Dejando aparte el budismo, doctrina extraña a la China, como ya he indicado, voy a decir en pocas palabras las diferencias esenciales que separan al confucismo del taoísmo. Originariamente (el tiempo ensucia, corrompe y modifica a las religiones como a todas las cosas). Laotsé consideraba que «ser» era «obrar», mientras que Confucio enseñaba a «obrar» para «ser». Una vez más, sin duda la primera, la eterna cuestión de la fe y de las obras, cuestión que late en el fondo de todas las religiones de importancia. Laotsé era el quietismo. Según él, había que dejar al tao (orden eterno del Universo, Naturaleza, o su principio obrando sobre la materia. Principio, pues, impersonal, eterno y continuamente actuante que ha producido el Universo, le hace vivir y le rige), obrar en el corazón vacío, y el *tao* ejercería su acción sobre los demás hombres por medio del que se entregaba a él viviendo en la inacción. Confucio estaba conforme con ello, pero añadía que era preciso desarrollar la voluntad y cultivar la virtud. Que «obrar» era tan necesario para «ser» como «ser» para «obrar». Libre el *tao*, como quería Laotsé y sus partidarios, o guiado y adaptado, por decirlo así, a la condición y psicología humana, cual pretendían Confucio y sus discípulos, justo es reconocer en todo caso que tanto ambos sistemas de creencias como sus manifestaciones prácticas, estaban (y están) llenos de la más admirable filosofía, de enseñanzas que pocas veces repugnan a la razón y de ideas verdaderamente morales que han dado como resultado a través de los siglos, una serie de sabios de tan clara inteligencia como noble espíritu. Quienes gusten conocer bien a fondo el origen psicológico-religioso de estas creencias que han dado a China su civilización milenaria, encontrarán materiales tan serios como abundantes en las obras siguientes: *Religions of China*, del doctor James Legge, y *The Ancient Religions of China*, del doctor John Ross. El estado de la religión actual (al decir «actual» me refiero siempre hasta la última revolución, pues a partir de la «comunización» no es posible saber algo con certeza de lo que allí ocurre material y espiritualmente) puede estudiarse con provecho en el libro del doctor J. J. M. de Groot, titulado: *The Religions of the Chinese*.

(8) Esta base anímica de las religiones, y a causa de ella el rendir culto a infinitas divinidades, es cosa lógica. Del mismo modo que la «imitación» es el proceso instructivo más fácil en los niños, que aprenden copiando los actos de quienes les rodean, la «inducción» es el proceso lógico elemental del hombre. Por ello, el ser pensante que observa que todo cuanto ocurre en torno suyo tiene una «causa» y un «factor», busca en los fenómenos naturales asimismo la causa, es decir, el ser que los origina. Y no encontrándole con los sentidos, induce que los fenómenos naturales que unas veces le favorecen y otras le perjudican, son obra de «espíritus» superiores ante los que hinca la rodilla para que le sean favorables; y les ofrece sacrificios, pues lógicamente también, piensa que como en la Tierra, en el Cielo será preciso ofrecer dádivas a aquellos de los cuales se quiere ganar los favores. Por el mismo procedimiento lógico y sencillo, un hombre de inteligencia tan eminente como Voltaire, llegaba a la idea de Dios: Puesto que todo reloj, decía, tiene su relojero, la máquina del Mundo forzoso es que tenga el suyo.

(9) Como más tarde la mitología griega divinizará a sus héroes, el servilismo romano a ciertos emperadores, y la Iglesia a los hombres que juzga dignos de ello a causa de sus virtudes. Pero, ¿es que esta tendencia de los hombres a llevar la admiración de aquellos a quienes juzga superiores, hasta la adoración, no está latente y viva en nuestros días? ¿No hemos sido testigos ayer mismo del verdadero culto rendido por dos pueblos a hombres evidentemente dignos de tales pueblos, cuales Hitler, Lenin y Stalin?

(10) Aproximadamente cien años después de Confucio, nació Mengtsé (Mencio), «un nuevo sabio», cuyo nombre ha sido dado a uno de los libros canónicos. Se le suele considerar como al discípulo más célebre de Confucio. Siguió las ideas de éste, insistiendo sobre que la naturaleza humana es más bien buena que mala. Tenía concepciones aún más democráticas que su maestro, y no vacilaba en declarar que el pueblo tiene para el Estado una importancia mucho mayor que el soberano. Su «el Cielo oye (entiende) lo que el pueblo entiende (comprenda, quiere)», es el *Vox populi, vox dei* de los chinos. Afirmaba, además, que el pueblo hambriento no puede ser bueno; y que el problema de la educación estaba resuelto dándole de comer, pues cada uno se educa a sí mismo en cuanto el hambre está satisfecha.

(11) Tchu-hi es aún más popular que Mencio, en China. Vivió en el siglo XII y escribió comentarios sobre los clásicos. Trató, como Confucio, al que admiraba en grado superlativo, de resol-

ver el problema del mal volviendo el hombre mejor. Sus doctrinas tuvieron éxito enorme.

(12) Kung-Fu-Tsé, Kungtsé o Kong-k-iu, nombre, el primero, que latinizado por los misioneros jesuitas dio el «Confucio» con que es conocido fuera de su país, nació en la ciudad de Tsu, provincia de Tsch-ang Ping, o de Chang-Tong, estado de Lu. Todos los datos relativos a su vida, como los relativos a la existencia de cualquiera de los hombres ilustres de la antigüedad, conviene tomarlos con toda reserva y más a título de simple curiosidad que de verdadera información. No se olvide que entre la «literatura» y la «historia» no hay más diferencia esencial que la siguiente: que la literatura, tratando siempre de acercarse a la vida y a la realidad, tiene muchas veces atisbos de verdad y de vida misma; mientras que la historia, tamizando vidas y realidades a través de la doble criba del tiempo y del temperamento, gustos y opiniones del historiador, pese a la ayuda con frecuencia caprichosa también de la geografía y la cronología, rara vez es digna de verdadero crédito. La experiencia diaria demuestra, en apoyo de lo anterior, que un mismo hecho, contemplado por diez hombres, es visto y referido luego por cada uno de ellos de modo diferente. ¡Qué no ocurrira, pues, con aquello de lo que no se ha sido testigo y se tiene, tan sólo por referencias, de segunda o centésima mano!

(13) Otras versiones dicen simplemente, en el otoño del año 551. La tradición, que tanto gusta de que todo sea eminente en torno a los hombres eminentes, hace descender a Confucio nada menos que de la antigua casa real de Yin, que reinó en el Estado de Sung. Parece ser, en todo caso, que sus descendientes (generación 76 ya), que siguen habitando en la provincia de Chang-Tong, gozaron siempre de grandes honores y de la estimación general.

(14) De una concubina parece ser que tenía dos hijos. O uno tullido. Este, o el mayor, si eran dos, lo mismo da, no era aceptado por los ritos, por no ser legítimo, para celebrar el culto a los ascendientes.

(15) Kin quiere decir pequeña colina. Como Kung-Fu-Tsé significa el maestro o el filósofo Kung. Luego, y fue el nombre que conservó durante su infancia, fue llamado Tchong-Ni o segundo monte Ni. El primer monte Ni era su hermanastro, el hijo de la concubina de su padre.

(16) Por supuesto, y cual suele ocurrir, la infancia de Confucio, como la de todos los hombres extraordinarios destinados o franquear más tarde los linderos de la divinidad, infancia fabricada por la admiración que les ha seguido, se caracterizó por una precocidad e inteligencia asombrosas; tal dicen al menos los relatos transmitidos por sus discípulos. Así como el celo y admiración de sus secuaces (e incluso un puntillo seguramente de vanidad, pues nadie se inclina con gusto sino ante lo tenido por muy alto), ha sembrado esta infancia de hechos maravillosos.

Apuntaré como muestra, que del mismo modo que un ángel apareció a María para anunciarla que había de ser madre de un niño que reinaría eternamente, un espíritu apareció también a Tcheng-tsai y la dijo: «Tendrás un hijo cuya sabiduría aventajará a la de todos los hombres.» Y el Kilin, animal extraño entre unicornio, ciervo y dragón, se la apareció asímismo para dejar ante ella una piedra preciosa en la que estaban grabadas estas palabras: «Tu hijo será un rey sin trono.»

(17) Leyendas aparte, no se sabe nada cierto relativo a la infancia de Confucio, y apenas nada de su adolescencia hasta llegar a la edad de la pubertad. Lo que la leyenda ha tejido en torno a estos años de lógico silencio, hay que tomarlo con la misma desconfianza y escrúpulo que cuanto circunstancias análogas ha hecho crecer a propósito de otros grandes maestros, profetas y fundadores de religiones. Aceptemos como norma, en esto, el ejemplo de prudencia y buen sentido que ofrece la Iglesia, calificando de «apócrifas» todas las amables y delicadas leyendas elaboradas en torno a la infancia de Jesús, pese a que sigan siendo tomadas como cosas verídicas por la ignorancia y candor popular. Obrar con esta prudencia es tanto más lógico cuanto que, en realidad, la vida de estos hombres extraordinarios sólo empieza a contar desde que comienzan a obrar. Es decir, a comportarse de acuerdo con su destino. En lo que a Confucio respecta, sabemos por sus *Conversaciones* (2, 4, 1), que aplicaba el espíritu al estudio, y que fuera de las horas de clase tenía que ingeniárselas cazando y pescando (9, 6, 3), con objeto de contribuir al mantenimiento de su familia; pues su padre, que había muerto, según unas versiones teniendo él tres años; según otra, antes de su nacimiento, había dejado escasos bienes de fortuna. En todo caso, el hecho de que más tarde fuese cazador diestro y buen conductor de carros, nos permite deducir con toda verosimilitud que su amor al estudio y su devoción por la música, en la que fue asimismo sumamente diestro, no debilitaron su cuerpo ni hicieron de él un joven enquencle ni enfermizo.

(18) Mencio, su comentador, dice que, habiendo sido algún tiempo inspector de granos, decía: «Lo único que me importa es que mis cuentas salgan bien.» Y cuando lo fue de ganados: «Lo único que me importa es que mis bueyes y mis ovejas estén gordos y fuertes y crezcan bien.»

(19) El hecho de que ya por entonces atraía la atención pública y ello no tan sólo a causa de su conducta, sino de su palabra, parece demostrarlo el rasgo de su señor (prestaba sus servicios en casa de la noble familia Ki, uno de tantos señores feudales de la época; a causa de lo cual sus cargos tenían mucho de oficiales), enviándole una carpa con motivo del nacimiento de su hijo (del hijo de Confucio), al que en atención a ello dio el nombre de Li (carpa). Posteriormente recibió el que había de conservar: Po Yu.

(20) Yan Hui era una de esas naturalezas que desde muy pronto parecen iluminadas, y como suele ocurrir en estos místicos sublimes, más fuerte y poderoso de espíritu que de cuerpo. La llama intelectual consume todo en ellos. Yan Hui, que ya a los veintinueve años tenía la cabeza blanca, murió prematuramente, llenando a Confucio de dolor: «¡Ay, Dios me abandona Dios me abandona!», exclamaba al verle expirar. Y lloraba tan violentamente, que los otros discípulos que le rodeaban, dijeron: «¡El maestro es demasiado violento!» El maestro respondió: «¿Que me quejo con demasiada violencia? Si no lloro amargamente a este hombre, ¿a quién habré de llorar?» En efecto, Yan Hui jamás le había causado inquietudes ni disgustos. Con tranquila constancia y apariencia simple había ido ascendiendo de grado en grado sin cometer jamás la misma falta y ganando siempre en sabiduría. Confucio decía de él: «Hablé con Hui todo el día. El no me contestaba nada; parecía un tonto. Se retiró, y le observé cuando se quedó solo; disponíase a desarrollar todo lo escuchado. Hui no era un necio.» (*Lun Yu*, II, 9; V, 8; XII, 1; XI, 8, 9, 10; IV, 2.) Preguntó a otro discípulo una vez: «¿Quién de los dos está más adelantado, tú o Hui?» El discípulo respondió: «¿Cómo podría yo atreverme a mirar a Hui! Hui, cuando oye uno, sabe diez. Cuando yo oigo uno, sé dos.» El maestro dijo: «Tú no te pareces a él. Ni yo ni tú nos parecemos a él.»

(21) Obsérvese la coincidencia de este retiro espiritual que mantuvo Confucio con motivo de la muerte de su madre, con el de el Buda, durante varias semanas bajo un árbol esperando ser iluminado, tras el renunciamiento; con los cuarenta días de aislamiento de Jesús en el desierto, y asimismo con las escapadas de Mahoma a la cueva del monte Hira para elaborar su doctrina y encontrar su verdadera vía.

(22) Cuando le preguntaban el por qué de vestir de lino en lugar de con seda, respondía que a causa de la repugnancia que sentía siendo motivo de originar la muerte de un pobre gusano. Cuando se extrañaban de que no bebiese leche, decía, que no quería cometer la injusticia de privar al ternero de lo que era suyo, tan sólo por gozar él de lo que no le correspondía. Por nada del mundo hubiese pescado con red ni tirado sobre un pájaro parado: pescaba con caña y cabaza al vuelo con objeto de ofrecer a los animales la ocasión de salvarse.

(23) El secreto del arte consumado de Confucio como maestro estaba, como siempre suele ocurrir, en su aplicación previa al estudio y en la manera lenta, segura, profunda con que se daba a él hasta adquirir los conocimientos de los que quería apropiarse. Se cuenta que cuando aprendía a tocar la cítara con el maestro Hsiang, estuvo diez días con la misma melodía antes de pasar a otra. Habiéndole dicho Hsiang: «Vamos a continuar.» Kungtsé le replicó: «Todavía no he cogido el compás.» Y a una nueva invitación a cambiar de tema: «Todavía no tengo al hombre que ha hecho este trozo.» Luego, pasado un buen rato, añadió: «Tiene

algo de grave, bastante de satisfecho, mucho de pensamiento profundo, el corazón elevado, la visión amplia. ¡Ahora, ahora ya veo al hombre! Tiene la tez oscura y su estatura es elevada; unos ojos que miran como si contemplase el mar. ¡No puede ser otro que el rey Ven!» Al oir esto, Hsiang se levantó lleno de admiración, y dijo, al tiempo que se inclinaba respetuosamente ante su discípulo: «¡Eres un santo!» La melodía, en efecto, era del rey Ven.

De su sensibilidad musical es prueba asimismo la curiosa anécdota siguiente, que refiere Sehong Tsi T-u. Una vez Confucio tocaba la cítara. Dos de sus discípulos le escuchaban detrás de la puerta. Súbitamente, sus notas, que antes expresaban la más pura armonía de espíritu, hiciéronse oscuras y confusas, de tal modo que uno de los discípulos entró asustado a inquirir el motivo. El Maestro le respondió que acababa de ver a un gato que se disponía a cazar un ratón. Su sobresalto habíase reflejado en la música.

(24) La ocasión de este viaje fue la siguiente: Habiendo dispuesto Hi-Tsi, jefe de la familia noble de Mong, que tras su muerte Confucio se encargase de la educación de Mong I Tsi y de Nan Kung King Schu, hijo y sobrinos, respectivamente, de aquél, así se hizo cumpliendo su voluntad. Y al hablar Kungtsé a sus nuevos discípulos de Lao Tan, de su sabiduría, del recogimiento y santidad de su vida y de la conveniencia de hacerle una visita, Nan Kung King Schu se lo dijo al príncipe, el cual aprobó y puso a dispusición de ambos un coche, caballos y criados.

(25) Se ha discutido mucho, no tan sólo de la realidad de este encuentro, sino sobre la existencia misma de Laotsé, que muchos eruditos niegan. Pero los datos relativos a él que se conservan en el *Li Ki*, parecen no dejar duda, no tan sólo sobre su existencia, sino sobre sus curiosas doctrinas. Sin contar que en la época Han existía el firme convencimiento de que los dos sabios habían estado frente a frente. De ser así como parece probable, Confucio tal vez encontraría que algunos de los principios del extraordinario anciano estaban de acuerdo con los suyos, pero que en el fondo sus filosofías eran enteramente opuestas. Laotsé era todo quietud, todo esperar, todo inacción, todo dejar obrar al *Tao*. Su tendencia era esencialmente crítica. Ante su juicio certero, frases vacías e ilusiones huecas quedaban reducidas a nada. Para él toda la cultura, toda la civilización que encontraba exagerada, nada valía. Observando las grandes leyes del Universo no hallaba otro medio de salvación para las angustias de su época sino abandonar todo lo adquirido y volver a la simplicidad de las leyes universales, de acuerdo con el «sentido» de todo el ser al que expresaba «insuficientemente» con la mencionada palabra *Tao*. No había, pues, para él, contra la angustia y corrupción de su época, sino desechar la carga de la historia y de la hipercultura, y volver a la sencillez de la Naturaleza. No

hacer nada por sí mismo, sino dejar que los sucesos siguieran su curso. Tan sólo esto podía, según Laotsé, tranquilizar el Mundo.

Aunque, como dicho queda, Confucio era todo lo contrario, todo acción, parece ser que el sabio anciano le hizo una impresión profunda. Era natural. Sólo los genios pueden comprenderse enteramente. Dijo acerca de él: «Las aves, lo sé, pueden volar; los peces, lo sé, pueden nadar; los animales, lo sé, pueden correr...; pero, por lo que se refiere al dragón, no sé cómo hace para elevarse sobre el viento y las nubes hacia el cielo. He visto a Laotsé ahora. ¿No es éste como el dragón?» Por su parte, Laotsé, al despedirle, le dio consejos bien intencionados: «El que habla se pierde fácilmente en disputas —le dijo—; el que oye sufre con factilidad equivocaciones motivadas por las palabras. Cuando se conocen estos dos peligros, no se puede errar el buen camino.»

(26) Laotsé tenía, según se afirma, ochenta y cuatro años cuando Confucio, que contaba tan sólo treinta, llegó a su lado. Laotsé había escrito un libro, el *Tao-te-king*, tratado de moral pura, que no se ocupa ni de lo sobrenatural ni de lo supersticioso. En él hay algunos puntos de contacto con las ideas de Confucio, pero en el fondo, como dicho queda en la nota anterior, la filosofía de ambos maestros es opuesta. Como ejemplo de las ideas morales de Laotsé véanse las siguientes tomadas del *Tao-te-king*, 49, 2, y 63, 2: «Al que es virtuoso como a tal hay que tratarle; al que no es virtuoso también hay que tratarle como si lo fuese.» «Para los buenos soy bueno; para los no buenos soy también bueno; porque la vida es bondad.» Un poeta moderno, muerto en 1895, José Martí, ha dicho esto mismo bellamente en verso:

Cultivo la rosa blanca
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.
Y para el cruel que arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

«El colmo de la virtud es vengár las injurias mediante beneficios.» Siglos más tarde, ignorando esto, se atribuía a Cristo la primacía en aconsejar devolver bien por mal. Confucio, por su parte, entendía esta cuestión de un modo menos generoso, pero más humano. Como una vez le preguntasen: «¿Qué hay que pensar del dicho: ¿Paga la maldad con la resignación?», respondió: «¿Y con qué querrás entonces pagar la resignación? Paga la resignación con la resignación y la maldad con la justicia.» (*Lun Yu*, XIV, 36; *Li Ki*, XXIX, 11 y siguientes.) én las *Conversaciones*, XIV, 36, se dice asimismo: «Responded a la injuria con la justicia y devolver el bien mediante otro bien.» El «Korán» diría más tarde que el mal es preciso pagarle con el mal.

(27) Durante este cargo mandó hacer trabajos sobre la diversa calidad de los terrenos, para que en cada uno se cultivasen las plantas más adecuadas a ellos.

(28) Como al ser nombrado Ministro de Justicia, cargo de la mayor responsabilidad en el Estado y el primero en jerarquía tras las tres principales familias nobles, Confucio dejase ver en su rostro la alegría que ello le causaba, Tsi Lu, el más cándido e ingenuo de sus discípulos, le dijo: «He oído decir, Maestro, que el puro no tiembla cuando tiene cerca la desgracia, ni se regocija cuando le acontece algo dichoso, ¿cómo es que tú te regocijas tanto por el honor que has obtenido?» Confucio le respondió: «Tienes razón. Pero ¿no se dice también que debemos alegrarnos, en las situaciones elevadas, de poder servir a los demás.»

Sobre sus ideas acerca de la justicia puede servir de ejemplo su afirmación siguiente, que tomo del *Lun Yu*, XII, 17, 18, 19: «Si ejercéis el gobierno, ¿qué necesidad hay de ejecuciones? Si queréis verdaderamente lo bueno, el pueblo será bueno. La esencia del gobernante se asemeja al viento, la esencia del pequeño se asemeja a la hierba. La hierba se dobla cuando el viento pasa por encima.»

Cierto que en Kia Yu, capítulo 3.º; Hsuntsé, cápitulo 28; Schuo Yuan, capítulo 15, y Tchi Ki, V, 326, se encuentra una historia contraria a esta suavidad. Pero, ¿es verdadera? En todo caso, como es curiosa, la copio: No hacía aún siete días que tenía el cargo de Ministro de Justicia cuando hizo ejecutar a Schoa Tschong mao, noble peligroso, y expuso, como ejemplo, su cadáver durante tres días.

Entonces Tsi Kung le dijo: «Schoa Tschong Mao era uno de los hombres más considerados de Lu. Y lo primero que haces, después de haber tomado las riendas del Estado, es mandarle ejecutar. ¿No será, acaso, un error?»

El maestro Kungtsé le replicó: «Espera, quiero decirte la razón de esto. Hay cinco delitos en la tierra que todavía son peores que el hurto y el robo. El primero es la insubordinación del sentimiento, unida a la astucia. El segundo es la maldad en el obrar, unida a la obstinación. El tercero es la mendacidad en el hablar, unida a la facilidad de palabra. El cuarto es la memoria del escándalo, unida a las relaciones muy extensas. El quinto es la aprobación de la injusticia, unida a su excusa. Cuando una de estas cinco cosas se encuentra en un hombre no escapa de ser castigado por el noble. Pero Schao Mao las había reunido todas en su persona. Donde quiera que se hallaba estaba en condiciones de juntar adictos en torno suyo y formar un partido. Por su charla estaba en condiciones de aturdir a la masa con alucinaciones hipócritas. Por su obstinada resistencia estaba en condiciones de trastornar el derecho y de imponerse. Era un miserable empedernido. No había otro remedio: era preciso desembarazarse de él.»

(29) Como Ts-i, duque de una provincia vecina, cuya administración dejaba mucho que desea, le preguntase en qué consistía el verdadero arte de mandar, Confucio le respondió: «En que el príncipe cumpla con sus deberes de príncipe; el súbdito, los deberes de súbdito; el padre, los deberes de padre, y el hijo, los deberes de hijo.» Es decir: basta para que todo vaya como sobre ruedas con que cada uno cumpla con su deber. A otro príncipe que le hizo en otra ocasión pregunta semejante, le dijo: «Consagra a tu labor un ardor y una excitación sostenida.» (*Conversaciones*, 11, 12, 14.) El príncipe K-ang de Ki, preguntó al Maestro cuál era la esencia del gobierno. El Maestro le dijo: «Gobernar significa obrar bien. Si vuestra alteza toma la iniciativa en eso de obrar bien, ¿quién osaría entonces no obrar bien?» (*Lun Yu*, XII, 17.)

(30) Confucio está enterrado en el cementerio familiar de K-ufu. Junto a una colina, una modesta piedra señala aún el lugar donde reposa el más grande de los sabios y el mejor maestro de la China.

(31) Téngase en cuenta que en la época de Confucio, la China no era tan grande como en la actualidad. Se reducía a varias provincias que ocupaban el territorio que forma hoy la parte norte de la vasta república, y su límite por el Sur apenas se extendía al otro lado del Yan-tseu. El resto de este país, tan enorme en la actualidad, estaba ocupado por tribus aborígenes muy diseminadas; tribus que más tarde fueron paulatinamente absorbidas, o empujadas, al otro lado de las fronteras actuales, y que viven hoy aún en las montañas del Sur y del Oeste.

(32) En sus admirables anales «Primavera y Otoño», ante los cuales «temblaban todos los siervos rebeldes y todos los hijos criminales, enjuiciaba Confucio la anarquía reinante en su época comparándola con los antiguos tiempos de elevada creación cultural. Los dos pilares sobre los que la estirpe Tschu sustentaba su grandeza (su cultura), la relación patriarcal de la familia cuya base era el temor filial, y la relación feudal del vasallaje cuya base era la fidelidad viril, habían caído por tierra. Naturalmente, religión y moral habían sido arrastradas en esta caída. Dios ya no era el señor sabio y poderoso del Cielo (del cual el Soberano era el Hijo), que dejaba caer su vista sobre el género humano, premiando a los buenos y castigando a los malos, sino que en el *Libro de las Canciones* aparecen claramente algunas dudas acerca de la omnipotencia y la bondad de Dios. Y como siempre ocurre, minado lo espiritual, lo material se derrumbó también, y el motivo inmediato de su hundimiento fue la caída del otro pilar básico de la sociedad: el Estado feudal.

Primitivamente, la comarca regía depositaria del predominio del poder, estaba en el centro del Imperio, rodeada de un sistema de Estados feudales. Los feudos más importantes (cuyo nacimiento fue debido a consideraciones familiares o a recompensas por méritos adquiridos) estaban en el centro en torno al soberano; los menos importantes, en la periferia. Al debilitarse el poder real por indignidad de sus soberanos, crecieron los Estados feudales, y la lucha entre éstos, pronto continua, tuvo como consecuencia que los pequeños fuesen anexionados por sus vecinos poderosos; acabando los fuertes por levantar ejércitos y hacer la guerra a los débiles por cuenta propia. Resultado: el tener que sufrir incansablemente el pueblo bajo la ambición de los soberanos, en lucha permanente entre ellos por la supremacía, con lo que pronto la sangre y la miseria, que empezó a extenderse por todas partes, fueron aflojando paulatinamente los lazos de la autoridad, acabando los príncipes por no poseer una verdadera soberanía ni en sus propios Estados, sino que las familias nobles poderosas, intervenían a cada instante por la fuerza y cada vez era más inminente el peligro de que fuesen exterminadas las viejas dinastías y los usurpadores se sentasen en los tronos. Naturalmente, la anarquía cundió por todas las capas sociales y descendientes de príncipes eran vendidos como esclavos mientras que individuos pertenecientes a las clases más bajas llegaban a ministros. Al mismo tiempo, una organización económica capitalista desalojaba el viejo comunismo primitivo sobre el que descansó el imperio Tschu, y al temblar todo se tambaleó también, como era lógico, lo religioso y lo moral. Ya en el *Libro de las Canciones*, como dicho queda, se ve que la fe en el Dios patriarcal había vacilado seriamente. Las dudas sobre el poder y bondad del Cielo surgen a cada paso, y al tambalearse lo más sólido, los nuevos espíritus formaron dos clases: los que agitaban en su fondo ambientes revolucionarios y los que se encogían de hombros dejando que todo lo malo siguiese su curso, sin ocuparse de otra cosa que de sacar el mayor provecho posible del estado presente. Naturalmente, la moral no quedó mejor parada que la religión. Mencio dice de aquella época: «Estaban en boga doctrinas equivocadas y hechos criminales. Ocurría que los criados asesinaban a sus amos. Ocurría que los hijos asesinaban a sus padres.» En los doscientos cuarenta años que abarca el período de *Primavera y Otoño*, regístranse treinta y seis regicidios, en muchos de los cuales es el heredero el que asesina a su padre. Familias de nobles usurpaban la soberanía. Y signo de decadencia definitiva, en muchas cortes iba extendiéndose el gobierno de las mujeres, siendo éstas, como la princesa de Ve, Nant-si, por ejemplo, de la peor índole. El proverbio chino: «Mal gallinero donde canta la gallina y calla el gallo», tenía plena confirmación.

En tan caótico estado de cosas nada podía sostenerse: todo vacilaba, hasta los ideales que en otros tiempos parecían más fuertes. Se dudaba de la Tierra y del Cielo. He aquí cómo se expresa un filósofo de la época, Tong Si: «El Cielo no quiere bien a los hombres. Los príncipes no quieren bien a los pueblos. ¿Cómo demuestro esto? El Cielo no consigue desviar las influencias perniciosas y prolongar la vida del hombre para que los buenos alcancen una edad avanzada. Esto prueba que el Cielo no

quiere bien a los hombres. Si aparecen en el pueblo ladrones y bandidos, embusteros y falsarios, es porque las posibilidades de vida no son suficientes: la pobreza tiene la culpa. Pero los príncipes no saben hacer otra cosa que intervenir con leyes y castigos. Esto demuestra que los príncipes no quieren al pueblo.» En fin, nada describe mejor el desorden y anarquía que reinaba en tiempos de Confucio que el siguiente sucedido: Pasando un día el Maestro en unión de sus discípulos no lejos del monte Tai, encontraron a una mujer que en aquel paraje desierto se deshacía en gritos y lamentos. Habiéndola preguntado Confucio cuáles eran los motivos de su desgracia, la mujer le replicó: «El padre de mi marido ha sido muerto aquí mismo por un tigre, mi marido también y hasta mi hijo ha sido víctima.» «¿Por qué entonces —la dijo Confucio— sigues en un sitio tan peligroso?» «Porque aquí —añadió ella—, al menos, nadie me oprime.» Al oír esto, Confucio se volvió a sus discípulos y les dijo: «Discípulos, tened muy en cuenta esto: el poder tiránico es peor que un tigre.»

(33) Parece ser que las relaciones entre Confucio y su único hijo Po Yu no fueron particularmente íntimas. Como un amigo preguntase a éste si como hijo del Maestro había tenido ocasión de escuchar algo extraordinario, Po Yu le respondió: «Nunca todavía. Una vez estaba él solo y yo me paseaba por el patio. Me preguntó: «¿Has aprendido las canciones?» Le respondí: «Todavía no.» Entonces me dijo: «Si no se aprenden las canciones no se puede hablar.» Me retiré al oírle y aprendí las canciones. Otro día me hizo notar en forma análoga la importancia de los ritos para la firmeza interior. Lo que he escuchado de él son sólo estas dos enseñanzas.» (*Lun Yu*, XIV, 13.)

(34) Al nacimiento de Confucio, la tercera dinastía histórica, es decir, la de Tcheu, corría penosamente a su fin. La vigorosa sangre que había circulado en las belicosas venas de los Vu, deslizábase ya sin fuerza en las blandas arterias de sus degenerados descendientes. El régimen feudal establecido antiguamente para fortificar el Imperio, acababa con éste, como se ha visto, a causa de la debilidad de los monarcas. Y la China no fue sino una anárquica aglomeración de principados en continua lucha entre sí, hasta la llegada de Ts-in Che-huang-ti, el Napoleón de aquel país. Este monarca fue el que mandó construir, muerto ya Confucio, la Gran Muralla. Y quien acabó con el feudalismo, fundando el gran Imperio que no ha dejado de crecer hasta nuestros días.

(35) Ajeno a todo romanticismo y a toda sumisión que no fuese protocolaria e inteligente, el ofrecer la otra mejilla tras haber recibido una bofetada le hubiese parecido a Confucio cobarde. La benevolencia con el enemigo, como aconsejaba Laotsé, incomprensible. Si al mal había que corresponder con el bien, ¿qué hacer entonces con el bien mismo? Confucio proclamaba, por el contrario, que la venganza era un deber sagrado; que un hombre no podía vivir bajo el mismo cielo que el asesino de su padre, ni dejar de empuñar la espada contra el matador de su

hermano. Esto no le impidió ser durante toda su vida profundamente religioso y bueno. Como el ser religioso no impidió que su espíritu fuese tan perfectamente equilibrado como para no dejarse arrastrar jamás por ideas supersticiosas y extrañas a la razón. Por eso, con lo invisible y desconocido, si fue, como con todo cuanto ignoraba, respetuoso y prudente (como Sókrates, prudente asimismo en lo relativo al más allá, por si acaso), en modo alguno convencido y crédulo. No obstante, como entendía que las potencias invisibles ejercían un influjo indudable sobre el espíritu de los hombres y, por consiguiente, en sus relaciones con sus semejantes, nunca negó que Dios, el Soberano Supremo, era un Ser al que había que reverenciar y adorar. Así como afirmó que El era el que había establecido el orden en el Universo, y hasta decretado la creación de las diferentes clases entre los hombres. Creía también que una multitud de espíritus (Sókrates incluso, tenía un demonio particular) cooperaban con Dios en la dirección de los asuntos celestes y terrestres, y que protegían y guiaban a los buenos. Seguía asimismo y practicaba escrupulosamente el culto a los antepasados, creyendo que de tal culto, es decir, del respeto filial, dependía el bienestar de la sociedad. Con tales creencias, la diversidad de dioses y espíritus estaba asegurada, y se comprende que las divinidades nacionales chinas llegasen a ser numerosísimas. Si se añade aún las provinientes de los cultos taoísta y budista, legión.

Confucio admitía también los sacrificios, propiciatorios mejor que expiatorios, pues no le parecía prudente acercarse a la Divinidad con las manos vacías. El *do ut des* era para él regla fija hasta en sus relaciones con los seres celestes. Pero reconocía también que el estado de espíritu del que ofrecía, contaba más que la ofrenda misma (en los *Recuerdos socráticos*, de Xenofón, encontramos asimismo idéntica afirmación). El pecado y su castigo lo admitía igualmente, pero Confucio estaba seguro de que éste se cumplía sobre todo en esta vida, pues el mal lleva invariablemente consigo el castigo en la intranquilidad de conciencia y en la inquietud que produce el haberle cometido. En cuanto a la oración, agradable al ser al que iba dirigida, de ser desinteresada y sincera, era un deber. Pero más bien que la cuotidiana palabra vana, debía de consistir en un estado consciente de espíritu o en un sacrificio formal precedido de ayuno y purificación. En los Evangelios resplandecerá más tarde la tendencia hacia la mejor de las religiones, hacia la única perfecta «en espíritu y en verdad». Para Confucio, el creyente era su propio sacerdote, pues a su juicio era innecesario todo mediador entre la criatura y la Divinidad. Claro que como a veces el ceremonial de los sacrificios era complicado, podía haber necesidad de un maestro de ceremonias que velase por el cumplimiento exacto del ritual. Pero sin otra misión que ésta. En cuanto al sacrificio al Rey Supremo, *Chang-ti*, sólo el emperador podía ofrecerle, bien que el Cielo escuchase las súplicas de todos los hombres. La vida futura, sin negarla, no tuvo interés para él, pues su buen

juicio le empujó siempre a no ocuparse ni en pro ni en contra de lo desconocido.

En una palabra, su discreción suma le indujo a ser prudente con todo aquello que no estaba al alcance del hombre conocer (afirmación y propósito que encontramos igualmente en el sabio griego); por ello mismo, admitió sin discusión las ideas religiosas reinantes, bien que procurando alejarse de cuanto significaba fanatismo, mentira evidente y superstición. Pero dejando, en cambio, un culto discreto, seguro de que la creencia en la Divinidad era conveniente a los hombres. Ello no impedía el que instase a cuantos deseaban progresar a que, en vez de esperarlo todo de los seres sobrenaturales, tratasen de perfeccionarse por sí mismos. Recomendaba también constantemente (aun como el maestro de Platón), desarrollar el conocimiento, no tan sólo de lo que nos rodea, sino de nosotros mismos (recuérdese el *gnothi seaitón*, «conócete a ti mismo», de Sókrates), porque como Sókrates, tenía la convicción de que el perfeccionamiento del individuo, sobre contribuir a poner a bien con la Divinidad, daba resultados inmediatos no menos apreciables, cuales eran estrechar los lazos familiares, dar más autoridad a los gobernantes (pues sin cultura no se puede conocer y sin conocer no se puede amar) y volver a todos mejores.

En resumen, aunque Confucio aconsejase, como aconsejaba, no preocuparse demasiado ni de los dioses ni de los espíritus, tampoco dijo jamás algo contra ellos. Y si no sería exacto creer que fue un fundador de religión como Zarathustra o Mahoma, tampoco lo sería negar que hizo mucho por la de su país, elevándola, de acuerdo con los modelos antiguos, de la total decadencia en que se hallaba en su época, y en que, por supuesto, ha caído después. No se puede negar, por tanto, que él, personalmente, fue religioso; que aconsejó siempre la observación de los preceptos superiores que él mismo respetaba y seguía, y que, sobre un fondo vacilante de religión, pero religión al fin, edificó todo su sistema filosófico y moral.

(36) En toda religión o en toda creencia religiosa hay dos partes que, aunque inseparables a primera vista, son, en realidad, distintas: una la parte religiosa propiamente dicha; otra, la parte moral. La primera, bien que sea la que, por decirlo así, «da color» a la creencia, es la menos estable, y por ello, la menos importante. La segunda es la que constituye verdaderamente el fundamento de la civilización del pueblo que sigue dicha religión. Y la que asegura su fuerza y su duración. Tanto mayor cuanto más elevados y perfectos son los ideales de cada pueblo. Y la mejor religión, la que se levanta sobre la moral más pura. Esta fue la razón del triunfo del cristianismo sobre todas las religiones antiguas y lo que asegurará su permanencia mientras los hombres no cambien de moral, cosa que, por otra parte, no parece fácil que ocurra.

Ahora bien, cuando se habla de la religión de un pueblo, solemos referirnos a la más extendida entre las varias que hay en

todos ellos. Si este pueblo es China, el problema, como ya he indicado, es triple, puesto que son tres las religiones reconocidas a las que los europeos han dado el nombre de confucismo, budismo y taoísmo. No estará de más insistir, pues, para comprender bien las cosas, en que sí, cierto, hay en aquel país tres religiones, y no obstante ser el confucismo la religión oficial, ninguna de ellas es la religión primitiva, ni ninguna tampoco se conserva actualmente en el estado de pureza que nació en manos de sus fundadores. Es decir, que la religión dejada por Confucio acabó por hundirse en el animismo primitivo que adoraba a las fuerzas de la Naturaleza, y por ello a los espíritus que creían mandaban en los fenómenos naturales; pues es tendencia universal de los hombres el personificar lo abstracto para comprenderlo mejor. Estos espíritus, por otra parte, dependían todos de un Soberano Supremo, ser personal asimismo, que gobernaba la creación entera. A este Soberano, *Chang-ti*, han sacrificado los emperadores durante siglos, hasta fines de la dinastía manchú. Y es a él a quien van dirigidas aún peticiones, plegarias y ruegos, cuando los hombres, sus criaturas, se dirigen al Cielo, *T-ien*.

Mas como la piedad filial exigió pronto que los antepasados tuviesen culto, lo que condujo a divinizarlos, y como por otra parte la idolatría búdica, el culto taoísta a los héroes y la propia admiración que acabó por inspirar Confucio (pronto culto también en virtud de esa tendencia de los hombres a sublimizar tanto lo que admiran como lo que no comprenden), el Estado acabó por adoptar el principio de canonizar a los guerreros y a los estadistas eminentes, convirtiéndoles en divinidades tutelares del país, y reconociéndoles autoridad en los dominios del más allá. De aquí el que se encuentren en China templos dedicados a esta pluralidad casi infinita de divinidades, y al frente de ellos bonzos pedigüeños e ignorantes, ora taoístas, ora budistas, pues ya tanto Laotsé como el Buda han escalado también los altares.

Tal era la mezcla religiosa que encontraron aquellos animosos misioneros jesuitas al llegar a China a principios del siglo XVII, y la que seguramente se encontraría actualmente, pese a la novísima «comunización». Diez millones de musulmanes y dos de católicos son unas gotas de agua en el vacío, profundo y complicado lago anterior.

(37) ¿Han dicho algo distinto de esto, ni superior, moralmente considerado, los filósofos posteriores y los mismos Padres de la Iglesia? Y los partidarios hoy de un cristianismo avanzado, ¿no se acercan a Confucio al discutir con ahinco las cuatro cosas que el Maestro chino consideraba sin importancia: el rezo, el culto, la creencia en un Dios «personal» y la inmortalidad? Es decir, ¿en que para la perfección moral y religiosa basta con la Regla de Oro, «no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti», enseñada por Confucio hace veinticuatro siglos?

No se olvide que el sentimiento del amor al prójimo era para Confucio la máxima moralidad. La palabra china *Jen* está formada de los signos «hombre» y «dos». Indica, pues, la relación de

un hombre con otro hombre. Amor al prójimo quiere decir, por tanto, *humanidad*, el verdadero camino del hombre. Es no solamente un sentimiento social, sino un conocimiento social. La elevada estimación que tenía Confucio del amor al prójimo se aprecia bien en las siguientes máximas: «A un hombre sin amor al prójimo, ¿para qué le sirve la forma? A un hombre sin amor al prójimo, ¿para qué le sirve la música?» (*Lun Yu*, III, 3.) «Sin bondad (amor al prójimo) no se puede soportar una pena duradera ni un largo bienestar. El bondadoso halla paz en la bondad; el sabio estima la bondad como ganancia.) (*Lun Yu*, IV, 2.) «Sólo el bondadoso puede amar y odiar.» (*Lun Yu*, IV, 3.) «Cuando la voluntad está dirigida hacia la bondad durante tres meses, entonces sabrá alcanzarla el resto de su vida, todos los meses y todos los días.» (*Lun Yu*, IV, 5.)

(38) En el *Li-Ki*, XVII, III, 23, dice: «El que comprende perfectamente la música y regula su corazón a la marcha de su espíritu, este corazón, por naturaleza grande, benévolo y sincero, se desarrolla fácilmente, y la satisfacción sigue a su desarrollo. Esta satisfacción produce una sensación de tranquilidad ininterrumpida, y el hombre tiene el Cielo con él.» Siglos después escribiría otro hombre, también de gran espíritu y de gran corazón: «Porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que vienen del espíritu.» Confucio, con ocasión de su viaje a Lo, capital del reino Tschu, tuvo ocasión de conocer la música de aquella dinastía, música guerrera llamada Vu, que calificó de bella, pero que no estimó como francamente buena. En cambio, él produjo tan fuerte impresión sobre el maestro de música de Lo, que éste dijo de él que era un hombre llamado a crear de nuevo la derruida cultura humana (*K-un Tsung Tsi*, capítulo *Kia Yen*). En cambio, la música de Schun, la música de Schao de la época sagrada más remota, de esta música dijo, luego de haberla aprendido durante tres meses: «Nunca hubiera creído que la música pudiera llegar a tanto» (véase Schuo Yuan y también en *Lun Yu*, donde hay diversos pasajes con manifestaciones de Confucio sobre la música). Esta música, según él, poseía la suprema belleza y la suprema bondad. Como se ve, la música era para Confucio una emoción de índole suprema y su sonido le revelaba, aparte de sensaciones inigualables, la personalidad misma de la persona que la había compuesto (véase la nota 23). Según él, además, la música de su tiempo presentaba tres formas. La primera era la música instrumental, que expresaba inmediatamente en sonidos las remociones (los cambios) del sentimiento. A propósito de esto se dice que Kungtsé sabía manifestar de tal modo con su música su estado de ánimo, que un oyente ilustrado podía deducir, oyéndole, su estado de espíritu en el momento de tocar. Entre los instrumentos de que se servía cítanse la piedra sonora y la cítara. La piedra sonora consistía en una serie de placas de nefrita, lisas y colgantes, de diversos tamaños, cuyo sonido, claro y puro, era producido golpeándolas con un plectro. La segunda

forma de música era la canción con acompañamiento instrumental. Confucio apreciaba mucho estas canciones: «Hijos míos —decía una vez a sus discípulos—, ¿por qué no aprendéis las canciones? Las canciones sirven para estímulo, para observación; despiertan el sentimiento de comunidad y el rencor contra la opresión y la injusticia; excitan los sentimientos de amor hacia los semejantes y el deber para con los soberanos. Además, nos enseñan a conocer el mundo de los pájaros y de los animales, de las hierbas y de los árboles.» (*Lun Yu*, XVII, 9.) En realidad, el *Schi-King*, cancionero que él mismo compuso en el que, según se dice, incluyó 300 de las 3.000 canciones que había transmitido la antigüedad, es la fuente más inmediata y genuina de la vieja China. La tercera forma de música era la música grande, solemne, acompañada de pantomimas, tal como se representaba en la época de los santos reyes y príncipes. Esta era, según él, la música singularmente sagrada. A creer a Confucio, no era posible conducta armónica sin un espíritu armónico, y como nada como la música facilitaba esta armonía, he aquí por qué, aparte del goce emotivo que le causaba, se ocupó tanto de este arte. Convencido —como Ricardo Wágner, modernamente— de que la música tenía una gran influencia ética, reformó la de su época y tuvo, al parecer, gran éxito con ello. Pero desgraciadamente esta parte de su obra se ha perdido. Parece ser, no obstante, que mediante la música estaba seguro de despertar en el pueblo sentimientos puros y elevados y completar con ello el efecto de las costumbres. Y porque creía sinceramente en la influencia de la música sobre el espíritu de los hombres, mostraba severa hostilidad contra la música sentimental de Tschong, romántica y destructora, a la que atribuía una influencia perniciosa.

No fue sólo Confucio, en la antigüedad, el único hombre eminente que reconoció y proclamó la influencia de la música como elemento educativo, ni la China el único país tampoco que la puso en práctica; en Grecia, asimismo, la música era la base de la educación, y hombres tales como Platón y Sókrates, sus defensores decididos. De Sókrates sabemos, por el *Banquete*, de Xenofón (véase mi traducción en el volumen *Sókrates*, de la Colección «Tesoro Literario»), que estaba dispuesto, cerca ya de los setenta años, a aprender a bailar, porque el baile fortifica la salud, hace plácido el sueño y desarrolla armoniosamente las diversas partes del cuerpo (cap. II). En el cap. VII propone que todos los presentes canten a coro, y él mismo entona una canción. Y al final, en la pantomima entre Ariadne y Dionisios, con que termina el *Banquete*, se ve que para los griegos, como para Confucio, no solamente el tono de la música indicaba su carácter, sino que con la música se podían revelar los sentimientos y pasiones e incluso leer en el rostro de quienes escuchaban, y en sus gestos y movimientos, las sensaciones que sentían escuchándola. Por consiguiente, no solamente su poder emocional y evocador, sino educativo y sentimental.

(39) Copio, no obstante, la siguiente anécdota de Kia Yu,

Tschi Si Kia, que también se encuentra en Han Schi Vai Tschuan: En el camino de Ts-i oyó Kungtsé llorar amargamente. Dijo entonces a su criado: «Ese llanto suena triste; pero no es el duelo por un muerto. Ve siguiendo con el coche ese sonido.» Cuando hubo avanzado un trecho, vio a un hombre extraño que sostenía una guadaña y llevaba una soga por cinturón. Lloraba, pero no iba vestido de luto. Kungtsé bajó del coche, se aproximó y le preguntó quién era. Aquél respondió: «Soy K-iu Vu Tsi.» Kungtsé preguntó aún: «Si no entierras a nadie, ¿por qué lloras tan amargamente?» Dijo aquél: «He sufrido tres pérdidas. Lo he comprendido demasiado tarde. Pero, ¿de qué me sirve el arrepentimiento? En mi juventud me gustaba aprender y recorrí el Mundo. Al llegar luego a mi casa, mis padres habían muerto. Esta fue mi primera pérdida. Fui creciendo y serví al príncipe Ts-i. El príncipe era orgulloso y dilapidador y yo perdí la pureza que conviene al hombre culto; y esta es mi segunda pérdida. Me gustaba tener tratos con buenos amigos y gusté mucho de ellos, y hoy todos me han abandonado. Esta es mi tercera pérdida. El árbol quiere estarse quieto, pero el viento no cesa. El hijo quería servir a sus padres, pero sus padres no le esperan. Los años pasan y no vuelven; a los padres no se les vuelve a ver. Ya tengo bastante.» Diciendo esto se arrojó al agua y se ahogó. Kungtsé dijo: «Hijos, fijaos en esto; que os sirve de advertencia.» A partir de aquel momento le abandonaron trece de sus discípulos para ir a cuidar a sus padres.

(40) A propósito de la timidez de Confucio se lee en las *Conversaciones* (10, 6): «Tenía el aire temeroso y arrastraba los pies cual si los tuviese encadenados.» En cuanto a su seducción, sin duda era debida, como la que Sókrates ejercía sobre cuantos le trataban (véase lo que dice Alkibiades en *El Banquete*, de Platón —tomo cuarto de la Colección «Tesoro Literario», y Xenofón en los *Recuerdos socráticos*, tomo decimotercero de la misma colección) a la honradez, bondad y rectitud de su carácter, a su sabiduría, al valor y generosidad de sus consejos y a su extraordinaria fuerza moral. De su parte física y modo de ser, curiosísimo es el siguiente retrato que da el libro segundo de las *Conversaciones:* «Este gran sabio no llevaba cuello con reborde rojo tirando hacia blanco o negro; incluso en casa no llevaba vestidos de color rojo tirando hacia blanco, ni de color violeta. Durante los calores del verano, bajo una túnica de cáñamo de tejido poco apretado, llevaba otra forrada de piel de ciervo blanco, o una túnica amarilla sobre otra forrada de piel de zorro amarillo. En su casa llevaba una túnica larga forrada, cuya manga derecha era más corta que la izquierda. Por la noche tomaba su cena y luego descansaba envuelto en un vestido que tenía vez y media la longitud de su cuerpo. Cuando no estaba de luto llevaba siempre diversos objetos colgados de la cintura. Sus vestidos, salvo los de corte, eran menos anchos por la cintura que en la parte inferior. No se ponía su túnica forrada de piel de cordero ni su bonete negro para ir a llorar a los muertos. El primer día de Luna no dejaba de revestirse con su traje de Corte para ir a saludar al Príncipe. Cuando guardaba abstinencia se cubría con su túnica de tela y cambiaba de alimento y de habitación. Gustaba de que su papilla estuviese hecha con arroz muy puro y su picadillo, de carne cortada muy fina. No comía él arroz mohoso ni estropeado, ni el pescado o la carne que empezaban a corromperse. No comía un manjar que hubiese perdido su color o su olor ordinario, que no estuviese convenientemente cocido, ni fruto que no se hallase suficientemente maduro. No comía lo que no hubiese sido cortado de una manera regular, ni lo que no hubiese sido preparado con una salsa conveniente. Incluso cuando la carne abundaba, nunca tomaba más que lo que su apetito le aconsejaba. (En los *Recuerdos socráticos*, Xenofón cuenta asimismo que jamás Sókrates comía sin tener hambre ni bebía sin tener sed; pues hacerlo, decía, era tan perjudicial para el cuerpo como para el espíritu. Gran verdad.) La cantidad de bebida fermentada que ingería no era fija, pero nunca llegaba a punto de turbarle la razón (véase asimismo lo que Eriximaco, el médico, y Alkibiades, dicen de Sókrates a propósito de la bebida, en *El Banquete*, de Platón). No quería licor fermentado ni carne seca que hubiesen sido comprados. Tenía siempre jengibre en su mesa. No comía con exceso. Cuando había participado a un sacrificio en palacio, no guardaba siquiera una noche la carne que le había sido ofrecida. Tampoco guardaba más de tres días la carne que él mismo había ofrecido a sus parientes fallecidos, pues pasados tres días ya no la hubiese comido. No discutía jamás cuando estaba en la mesa ni cuando estaba acostado. Cuando no tenía en la mesa sino un alimento vulgar y caldo de verduras, no por ello dejaba de ofrecer algo a sus difuntos, y lo hacía siempre con respeto. No se sentaba sobre una esterilla que no estuviese colocada según las reglas.» Este retrato nos le ofrece, no sólo formalista, atildado y minucioso, sino preocupado de su salud de un modo particular. Sobre su formalismo y curiosa manera de proceder, véase el capítulo X del libro I del *Lun Yu*.

(41) De todos estos libros, es muy probable que el único que compuso realmente Confucio fue el de *La Primavera y el Otoño*, historia poco interesante del estado de Lu, su país. En los otros, sobre todo en el principal, el *Chu-king*, lo que hizo fue seleccionar y recoger en el mar de documentos antiguos, y reunir y publicar lo que le pareció más interesante. No es poco el mérito en todo caso, ya que en libros de esta naturaleza su valor depende casi siempre del arte con que se han hecho selección y redacción. Y como para buscar y escoger en aquel mare magnum de documentos hacía falta una gran perspicacia, no poco talento necesitó Confucio para acertar a distinguir entre tanto de mediano o escaso valor, lo verdaderamente digno de ser conservado. Por ello le debemos, en primer lugar, el que gracias a sus esfuerzos nos sea permitido conocer la filosofía, la moral y, en cierto modo, la literatura más antigua del Mundo; es decir, todo lo escrito hasta él, en su país, digno de mérito. Si a esto unimos

que gracias a su talento y trabajo el pueblo chino ha podido durante siglos conocer y gustar los tesoros de la sabiduría antigua, pues el estudio directo de los documentos sólo hubiera estado en todo tiempo al alcance de unos cuantos sabios (el pueblo ignoraba hasta el estilo de la lengua en que estaban escritos), se comprenderá el gran mérito de Confucio y lo que, no sólo sus compatriotas, sino la cultura humana le debe.

(42) Aunque la admiración de sus compatriotas acabó llevando su nombre a los altares, Confucio no fue, cual ya he indicado, un fundador de religión y ni siquiera un profeta. Fue, y no es poco, un gran legislador, un moralista admirable y un jefe de doctrina. Su obra no consistió en «crear», sino en «reunir». En reunir en un cuerpo de doctrina lo mejor; lo más puro que la milenaria civilización de su patria había plasmado en enseñanzas escritas. Las ideas presentidas, sentidas y consagradas a través de los siglos, sobre moral y justicia y en torno a las cuales, por mejor decir a su amparo, habíase formado una rica civilización. Principios que en aquel país, como en todos en cuanto llegan a un determinado nivel de cultura, flotan aquí y allá esperando al talento poderoso que los reúna, aclare, fije y dé carácter de doctrina. Confucio, con los de su patria hizo todo esto y algo más aún: les imprimió un tono esencialmente práctico incitando y ayudando, mediante ellos, a sus compatriotas, a mejorarse hasta ver de alcanzar la perfección casi total, a la que como modelo podía servir su propia vida, como aspiración, su obra. De modo que el mérito sobresaliente entre los muchos de este hombre admirable, fue, sin duda, este de estudiar a fondo todos los libros santos de su país; aquellos libros escritos sobre tabletas de bambú y mordidos seguramente, además, por la niebla de lo misterioso y de lo irreal; y tras limpiarlos y tamizarlos a través de su razón poderosa, hacer de ellos una exégesis particularmente humana y sensata. El mismo habla de su labor diciendo: «Comento, aclaro (las antiguas obras); pero no las compongo de nuevo.» (*Lun Yu*, VI, 1.)

(43) En efecto, que el mejor y tan sólo él (o los mejores) debe o deben gobernar es de tan elemental razón, y de tan elemental justicia que deben hacerlo en beneficio del pueblo, que todos los grandes espíritus que se han ocupado de esta cuestión, jamás preconizaron otra cosa. Cuarenta siglos de historia, además, han demostrado con ejemplos repetidos que tan sólo cuando tal ha ocurrido los hombres han sido felices. Luego si en lo que afecta a la parte «aristocrática» (gobierno de los mejores) la cuestión es enteramente conforme a la más sana razón, la parte que he denominado un poco impropiamente «democrática», lo mismo. Impropiamente, porque tras Confucio, y a partir de Grecia, donde esta palabra tuvo en la práctica su más completa y no pocas veces equivocada realización (véanse mis estudios preliminares y mis notas a la traducción de las obras de Xenofón, *Sókrates*, publicadas en la Colección «Tesoro Literario»), siempre se ha

entendido por «democracia», como la etimología de esta palabra indica, el poder ejercido por el pueblo. Ahora bien, Confucio lo que quería no era que el poder «*fuese ejercido por el pueblo*», pues demasiado comprendía su incapacidad para tan ardua labor, sino «*en provecho del pueblo*». Según él, y según todo buen sentido, el pueblo, si es y debe ser soberano, esta soberanía de «principio» sólo en circunstancias muy excepcionales debe pasar a serlo de «hecho». Para el filósofo chino, entre el pueblo y la Divinidad hay una comunicación tan perfecta, que lo que el pueblo quiere es lo que la Divinidad quiere: hacia donde tiende el pueblo, tiendo aquélla. La máxima democrática moderna: *vox populi, vox dei* (la voz del pueblo es la voz de Dios), preside en todo momento las enseñanzas del *Chu-king* en lo que se refieren a la relación de los gobernantes y los gobernados, e incluso está expresada de un modo claro y contundente al final del capítulo Kao-yao; véase: «Lo que el Cielo ve y entiende no es sino lo que el pueblo ve y entiende. Lo que el pueblo juzga digno de recompensa y castigo, es lo que el Cielo quiere castigar y recompensar. Entre el Cielo y el pueblo hay una comunicación íntima. Por consiguiente, que los gobernantes estén atentos a ello y sean prudentes.» Mengtsé (Mencio) va aún más lejos. Según él (*Hia-Meng*, VIII, 14): «El pueblo es lo que hay de más noble en el Mundo; los espíritus de la tierra y de los frutos de la misma no vienen sino después; el príncipe es de la menor importancia.» La transcripción fonética de los signos chinos que dicen cosa tan audaz y en su punto es, palabra por palabra (vale la pena de recordarlo hasta en chino): «Meng-tsé yuei: min vei kuel; che, tsie, tseu tchi; kiun vei king.»

Si, pues, la voz del pueblo es la voz de la justicia, el primer deber del príncipe será hacerse amar del pueblo. Sólo consiguiéndolo será verdaderamente príncipe, es decir, el mejor y el más digno de gobernar. Caso contrario perderá todo poder. El *Ta-hio* o *Gran Estudio* lo dice de una manera clara en el versículo quinto de su capítulo X: «Obtén el afecto del pueblo y obtendrás el Imperio. Pierde el afecto del pueblo y perderás el Imperio.» Y: «Los que se sostienen sólo por la fuerza no tienen imperio, tienen tiranía y están siempre amenazados de caer. Sólo el amor sostiene.» Dice también cómo se conoce cuándo el príncipe es amado del pueblo: «Los antiguos reyes creadores de cultura, el rey Yao, el rey Schun y el emperador Yu, que tampoco tenía faltas, paseaban entre su pueblo sin necesidad de ir rodeados de hombres armados y celebraban el gran sacrificio en medio de su pueblo, sin precisar otra escolta que el pueblo mismo, porque eran amados. Pero el tirano Kia y el tirano Schu ni dentro de su palacio podían pasar de su cámara al baño, sin escolta.»

En vano, en efecto, se recorrerían todos los libros chinos tratando de encontrar una voz que se levante en pro de la tiranía, del gobierno absoluto ni de la opresión. En aquella primitiva y perfecta forma de sociedad política, ni se imaginaba siquiera que un hombre o un puñado de ellos detentasen los bienes que Dios

ha dado por igual a todos los hombres. Porque si precisamente estos hombres vivían en sociedad, era para disfrutar por igual de las ventajas que la asociación natural reporta.

En síntesis, la doctrina política del *Chu-king* podría expresarse del siguiente modo: El mejor (emperador, rey, príncipe, jefe) debe gobernar en nombre de la Divinidad. Por consiguiente, su poder es una simple delegación del Cielo o de la Razón Suprema. Ahora bien, queriendo siempre el Cielo lo mejor, es decir, lo que el pueblo quiere y necesita, jamás el poder puede servir ni ha de emplearse en interés de quien lo ejerce ni por el bien de una familia o casta. De ocurrir lo contrario, es decir, de obrar el príncipe no como delegado de la Divinidad, sino como autoridad absoluta, el pueblo, libre entonces de todo respeto y de toda obediencia, deberá destituirle inmediatamente, derrocar poder tan indigno y sustituirle por otro legítimo que sea ejercido en interés de todos. Veintidós siglos más tarde, un insigne jesuita, el padre Juan de Mariana (1535-1624), llegaría incluso, en su *De Rege et regis institutione*, a justificar el tiranicidio si el príncipe no cumplía debidamente sus obligaciones como tal.

Estas ideas estaban tan ancladas en la moral china, que eran explicadas y enseñadas en todas las escuelas y colegios del Imperio, como lo prueba el comentario primero a *Los Cuatro Libros de la China*, escrito por Tchu-Hi en el siglo XII. Comentario que llegó a ser el libro de texto de la juventud y siguió siéndolo mucho tiempo.

(44) No obstante, él decía modestamente a sus discípulos: «Mi doctrina es sencilla y fácil de penetrar.» (*Lun Yu*, IV, 15.) A lo que uno de ellos añadía: «La doctrina de nuestro maestro consiste únicamente en ser limpio de corazón y amar al prójimo como a sí mismo.» (*Lun Yu*, IV, 16.) No me quiero extender aquí sobre las similitudes que hay entre muchas hermosas máximas de Laotsé y de Confucio y las que la piedad y amoroso celo de los primeros cristianos pusieron en los Evangelios. El haber hecho notar la semejanza que existe entre la moral cristiana y los dogmas de la religión católica y otras morales y creencias anteriores, me ha enseñado que la verdad es más frecuentemente considerada como arma agresiva que como salud y alegría. Y habiéndome costado mi sinceridad y buena fe no pocos disgustos y contrariedades, no insistiré. Prefiero acabar de demostrar la semejanza que hay en las enseñanzas e ideas de los dos más grandes sabios, maestros y moralistas de la antigüedad: Confucio (551-479) y Sókrates (470-399).

En efecto, entre Confucio y Sókrates hay coincidencias ideológicas extraordinarias.

Confucio es llamado «el maestro más grande del género humano». Sókrates fue asimismo y ante todo un gran maestro. El maestro por excelencia de Grecia.

La filosofía de Confucio, lejos de perderse en especulaciones vanas, fue, por el contrario, eminentemente «práctica». Tanto, que iba desde la manera de gobernar y cuanto tenía relación con la vida social, a cuanto se relacionaba con la reforma y perfección del hombre en particular. En Sókrates, asimismo, el carácter práctico «utilitario» de su moral predomina sobre todo otro. Los *Recuerdos socráticos*, de Xenofón, lo demuestran en cada capítulo, en cada párrafo casi. Platón, por su parte, siguiendo en esto fielmente a su maestro, pudo escribir: «La afirmación más hermosa que ha sido y será siempre sentada es que lo útil es hermoso y feo lo perjudicial.» (*República*, V, 457, b.)

El fin esencial de la filosofía de Confucio era el mejoramiento constante de sí mismo y de los demás. En Sókrates, igualmente, este deseo de perfección individual es la base de todo progreso; y el punto de partida de todo conocimiento, el conocimiento de sí mismo. Como él mismo se daba como misión y objeto de su vida aprender y hacer aprender a los demás.

Para Confucio, cuanto más elevado es el rango de la persona, más necesidad tiene de perfección con objeto de poder estar dignamente a la cabeza de los demás. Por ello mismo, la misión más elevada e importante que podía tocar en suerte a un mortal era el ser destinado a gobernar. Esta misión era para él un verdadero «mandato celestial». A Sókrates, asimismo, le vemos ocupado y preocupado siempre, tanto en Xenofón como en Platón, en aquello o de aquello que se refiere al mando o de los que se inclinan a mandar. En los *Recuerdos socráticos* varios capítulos están dedicados a estas cuestiones. Platón discute con Alkibiades sobre lo mismo en el diálogo de este nombre, y toda la *República* no es, asimismo, otra cosa que el más hermoso de los tratados de política. Además, tan de acuerdo estará con Confucio en que la función por excelencia es la de gobernar y en que los destinados a ella deben de ser los mejores, que sentó la conocida afirmación de que los pueblos no serían felices mientras los reyes no fuesen filósofos o los filósofos reyes.

Es idéntica, asimismo, en Confucio y Sókrates la idea o el concepto de la «democracia». Es decir, que aunque el modo de comprender la política es en ambos eminentemente democrático, puesto que según ellos el arte de gobernar tenía como fin la felicidad del pueblo, tanto uno como otro estaban convencidos de que sólo debían de gobernar los más instruidos y perfectos (una minoría bien elegida, una verdadera «aristocracia»). Confucio creía y afirmaba, no sólo que las leyes morales y políticas que deben de regir a los hombres eran eternas e inmutables, como de acuerdo con la naturaleza humana, sino que no podían ser conocidas, y en consecuencia, aplicadas, sino por los más instruidos y capaces. Sókrates, por su parte, protestaba de que la elección de los magistrados dependiese de la suerte (del color de un haba), mientras que para considerar a un hombre como médico, piloto o arquitecto, funciones menos importantes que la de gobernar, fuese indispensable la competencia.

Cuando Confucio dice: «El gobierno es lo que es justo y recto» (*Lun Yu*, XII, 17), ¿no nos parece estar escuchando a Sókrates? Las máximas del maestro chino, salvadas las diferencias de estilo,

¿no presentan analogías sorprendentes con el modo de pensar y aconsejar a sus discípulos del maestro griego? Véanse algunas como muestra: «Perfeccionar el saber consiste en examinar las cosas. Cuando las cosas son examinadas, el saber es perfecto. Cuando el saber es perfecto, entonces el pensamiento es verdadero. Cuando el pensamiento es verdadero, el corazón es puro. Cuando el corazón es puro, la personalidad se desarrolla. Cuando la personalidad está desarrollada, tan sólo entonces la casa marcha en orden. Cuando la casa marcha en orden, pero sólo entonces, el Estado está bien ordenado.» (*Li-Ki*, lib. 39.) «Las palabras han de expresar perfectamente los pensamientos.» (*Lun Yu*, XV, 40.) Un discípulo de Confucio, Hsun K-ing, escribía: «Son los reyes los que crean los nombres. Una vez fijados los nombres, pueden distinguirse las realidades que con ellos se designan. El camino es practicable y las opiniones se pueden transmitir. De este modo el pueblo es conducido hacia la unidad.» Y otro, Tung Tschung Schu: «El nombre es el rótulo de todo un conjunto de propiedad. Lo que en la realidad no es así, no se lo puede designar con tal nombre. Los nombres son el medio con que los santos elegidos designan las realidades de las cosas. Por tanto, cuando entre tan diversa variedad de opiniones reina confusión, no habrá sino referir cada una de ellas a su realidad, y lo confuso se hará claro. Si se quiere juzgar si una cosa es torcida o recta, no habrá mejor medio que aplicarle la regla. Si se quiere juzgar lo justo o injusto, ningún medio mejor que aplicarle los nombres. Los nombres son, para el juicio de lo justo y lo injusto, lo mismo que la regla para juzgar lo torcido y lo recto. Cuando se tienen juntos el nombre y la realidad, y se los mira para ver si se contradicen o si concuerdan, entonces se pueden reconocer con claridad inequívoca las circunstancias de lo justo e injusto.» Cuando se sabe lo mucho que recomendaga Sókrates definir bien para bien conocer y el empeño que ponía en considerar las cosas en todos sus aspectos antes de determinarse a expresar su concepto, se ve que ambos sabios y quienes les seguían, recorrían el mismo camino para llegar al conocimiento, mediante la exacta determinación de los conceptos. (Véase mi estudio sobre la filosofía socrática en la mencionada traducción, *Sókrates*, de las obras de Xenofón, relativas a su maestro.)

En fin, para uno como para otro de ambos maestros, la moralidad, parecía ser como un atributo de la inteligencia susceptible, como la sabiduría, de adquirirse mediante la práctica y el ejemplo. Y como en Confucio, había en Sókrates un fondo indudable de eudemonismo, puesto que fundaba la moral, como el maestro chino, sobre la dicha del hombre que actuaba. Asimismo, tanto para uno como otro, era preciso desembarazarse de los prejuicios para poder juzgar con imparcialidad. Y el bien supremo era para ambos, no el placer, los honores ni las riquezas, sino la virtud, fundamento único y verdadero de la sabiduría. En fin, un elevado altruismo les movía igualmente a ambos: «Amaos los unos a los otros. Devolved el mal por la justicia. Lo que no queráis que os suceda no se lo hagáis a los demás.» (*Li-Ki*, XXXIX, 1.) «Más vale sufrir la injusticia que cometerla», decía a su vez Sókrates; y toda su vida y su obra no fueron sino abnegación, ejemplo, enseñanza, sacrificio desinteresado por los demás; como Confucio.

Para más detalles sobre ambos personajes consúltense: a propósito del sabio griego, los estudios preliminares y notas de mis traducciones mencionadas: *Sókrates* (todas las obras de Xenofón relativas a su maestro) tomo decimotercero de la Colección «Tesoro Literario», y Platón, *El Banquete* y *Faidón*, tomo cuarto de la misma colección. Y sobre Confucio: Legge, *Sacred books of the East;* Lanessan, *La morale des philosophes chinois;* Gabelentz, *Confucius und seine Lehre;* Giles, *Gems of Chinese literature;* Wilhelm, *Kugtsé.*

(45) Ello no impide, naturalmente, que, como he indicado repetidamente, Confucio fuese un hombre profundamente religioso. Y que incluso algunas veces mostrase sus pensamientos y preferencias en estas cuestiones. Así, en el *Libro de los Documentos* y en el de los *Cánticos*, se muestra partidario de un monoteísmo depurado en el modo de transmitir las antiguas representaciones religiosas en este sentido. En el de las *Conversaciones* hay asimismo una gran cantidad de pasajes en los que demuestra su fe fuerte y pura, la coincidencia de una vocación especial y el sometimiento humilde a la voluntad del Cielo. Para designar a Dios emplea la expresión *T-ian*, Cielo, y suele evitar la expresión *Ti*, Señor, o *Schang Ti*, Señor Supremo. Y es que esta expresión habíase hecho ya demasiado antropomórfica en su época. El Maestro dijo: «¡Qué rica es la vida de los espíritus y de los dioses! Les miras y no les ves. Les escuchas y no les oyes. Ellos dan forma a las cosas y, sin embargo, no se puede seguir sus huellas. Hacen que los hombres en toda la Tierra guarden ayunos, se purifiquen y se vistan ciertos trajes de fiesta para ofrecerles sacrificios. Flotan alrededor de ellos como si estuviesen sobre sus cabezas, a su derecha y a su izquierda. De este modo, la visibilidad de lo secreto es la revelación irresistible de la verdad.» (*Tschung Yung*, edición Tschu Hsi, cap. 16.) En cambio, no habló jamás de fuerzas mágicas ni de demonios antinaturales.

(46) Esto prueba que ya en aquella época los astrónomos chinos conocían su ciencia a fondo; los nombres de Hi y Huao designan dos familias de astrónomos.

(47) Cerca de Chang-Tung

(48) Así llamado porque parecía que el Sol nacía en él para iluminar la Tierra.

(49) Los astrónomos chinos, para determinar los equinocios y los solsticios, observaban la longitud de las sombras proyectadas por el Sol.

(50) El Valle Oscuro, por oposición al Valle Luminoso, era el sitio por donde se ponía el Sol. Se ignora dónde estaba situado.

(51) Hiu es una de las estrellas de la constelación Acuario.

(52) Las Pléyades ocupan el centro de la constelación llamada por los chinos el Tigre Blanco, que comprende las siete constelaciones occidentales del Zodíaco.

(53) Los astrónomos chinos dividían la esfera celeste en 365 grados a 1/4, atribuyendo a cada grado un día. Yao contaba 366 para hacer sin duda una cifra redonda. Mil años antes de Jesucristo, Chao-Yao-Fu adoptó para la división de la esfera la cifra de 360. En China el año civil era de doce meses lunares, es decir, de 354 días, por lo cual se agrega cada dos o tres años un mes para que concordase el año civil con el solar.

(54) Sitio donde vivía Chuen.

(55) Regla de Chuen. Es decir, modelo de la conducta que deben seguir los príncipes.

(56) Relaciones entre padre e hijo, entre príncipe y súbdito, entre esposos, entre viejos y jóvenes y entre los amigos.

(57) Primer soberano de su familia.

(58) Se trata de una esfera armilar en la cual se representaba la marcha del Sol, de la Luna, de Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, que eran los únicos planetas conocidos. Se les llama *gobernadores* en sentido metafórico.

(59) Los seis Venerables eran las estaciones (el frío y el calor): el Sol, la Luna, las estrellas, la inundación y la sequía.

(60) Era la insignia de la dignidad principesca. Había cinco clases de tablillas, como otras tantas jerarquías de príncipes. Un príncipe de primera clase recibía una tablilla oblonga en la cual estaban representadas dos columnas. El príncipe de segunda clase recibía una tablilla oblonga en la cual estaba representado un hombre de pie. En la tablilla del príncipe de tercera clase, el hombre esta encorvado. La tablilla del príncipe de cuarta clase era de forma anular en la cual se representaban plantas de mijo. En la del príncipe de la última categoría la tablilla anular representaba unos juncos. Para presentarse al emperador cada príncipe debía llevar en la mano su tablilla. Chuen los hacía confrontar con los originales archivados para cerciorarse de su autenticidad y luego las devolvía a los príncipes confirmándoles de este modo su investidura.

(61) Se llamaba *liu* a doce tubos, primitivamente de bambú y más tarde de jade, de los cuales se obtenían sonidos musicales. Los seis primeros daban los tonos graves y los otros seis los agudos. El más largo de estos instrumentos era la base de todas las medidas y tenía 9/10 de pie.

(62) Las cinco clases de ceremonias eran: los honores debidos a los espíritus, los funerales, la recepción de los huéspedes, los asuntos militares y los casamientos.

(63) Los hijos mayores de los príncipes ofrecían al emperador seda roja; los asesores de los tres grandes ministros, seda negra, y los jefes de los principales subalternos, seda amarilla. Los ministros de Estado regalaban un cordero vivo, los grandes prefectos una oca silvestre viva y los simples oficiales un faisán muerto.

(64) Los instrumentos empleados en las cinco clases de ceremonias.

(65) Sin duda para evitar nuevas inundaciones.

(66) He aquí los cinco grandes castigos: la marca negra, la amputación de la nariz, la amputación de los pies, la castración y la pena capital. La marca negra consistía en unas incisiones practicadas en la frente llenas luego de tinta negra; era una marca indeleble, como un tatuado.

(67) Los dómines chinos han sido probablemente los primeros en usar las disciplinas que tan en boga han estado en todas las escuelas hasta hace poco tiempo. La teoría tan célebre como cruel de que «la letra con sangre entra» ha sido aplicada bárbaramente en todos los países.

(68) Huan teu, amigo del ministro de Obras Públicas había recomendado a éste al favor del emperador Yao. Ambos debieron conspirar contra Chuen. Kuen era un príncipe soberbio e intrigante, que debió estar de acuerdo con los anteriores. Téngase en cuenta que Yao vivía y que Chuen sólo estaba asociado al trono aunque con poderes absolutos.

(69) Yao tenía 16 años cuando subió al trono; después de reinar 70 años tuvo como primer ministro a Chuen durante tres años, al cabo de los cuales le confió a título definitivo el mando supremo. Murió 28 años después; luego vivió 117 años y reinó durante 101.

(70) Las campanas, los instrumentos de piedra, los de cuerda, los de bambú, los de arcilla, los de piel, los de madera y los fabricados con calabazas silvestres.

(71) Cuando Chuen fue asociado al Imperio se presentó en el templo del Abuelo Perfecto, es decir, del primer soberano de la dinastía, para anunciarle su advenimiento. A la muerte de Yao, guardó luto tres años y durante este tiempo confió la Administración a sus ministros.

(72) Yu era hijo de Kuen, al que había sucedido en el principado de Tch'ung. El Emperador, sin descargarle de sus funciones de ministro de Obras Públicas, en cuyo puesto había prestado grandes servicios, le nombraba Presidente de su Consejo, es decir, primer ministro.

(73) K'i fue ministro de Agricultura con Yao y Chuen. La raza de cabellos negros es el pueblo chino.

(74) Sie, ministro con Yao y Chuen, fue el jefe de la dinastía de los Chang. Su nacimiento y sus trabajos están mencionados en el Chu-King. Las cinco virtudes sociales son: la afección entre padre e hijo, la justicia entre príncipe y súbdito, la subordinación

de la esposa al marido, el orden entre mayores y menores y la fidelidad entre los amigos.

(75) Los tres lugares diferentes eran: la pena capital en la plaza pública, la castración en las cámaras donde se criaban gusanos de seda, y la amputación de nariz y la marca en la frente, también en sitio cerrado para evitar que se enconasen las heridas. En las cinco clases de destierro, la más grave era la deportación a países bárbaros y la más leve a mil estadios del pueblo de origen del criminal.

(76) Las tres clases de ceremonias eran los sacrificios al Cielo, las ofrendas a las almas de los muertos y los sacrificios a los espíritus de la Tierra.

(77) Los chinos juzgaron siempre que la música suaviza las costumbres. Uno de sus filósofos Ts'ai'Tch'en, dice: «La música disipa los humores pecantes, da a los cuerpos robustez moderada, favorece la circulación de los espíritus vitales, sacude las arterias y las venas, desarrolla en el corazón la virtud de la templanza y sofoca las malas inclinaciones naturales.»

(78) Los 22 dignatarios eran: el jefe de los príncipes, los 12 gobernadores de provincias y los nueve ministros.

(79) Subió a su lugar, es decir, al lugar donde le aguardaba Yao. Chuen murió, pues, a los ciento diez años de edad.

(80) Yu es llamado Grande a causa de sus maravillosos trabajos de canalización. Era hijo de Kuen, príncipe de Tch'ung que era a su vez biznieto de Huang-ti.

(81) Los cinco colores eran el verde o el azul, el amarillo, el rojo, el blanco y el negro.

(82) Los seis primeros emblemas estaban bordados sobre la parte del traje que cubría la parte superior del cuerpo. Los otros seis adornaban el que cubría la parte inferior.

(83) Las notas graves.

(84) Se creía que aquel cuyo corazón no era recta, no podía dar en el blanco, tirando al arco. Se empleaba, pues, este medio para discernir a los hombres de bien.

(85) Hijo del emperador Yao.

(86) Los instrumentos de piedra se componían de una o varias placas de piedra colgadas de un bastidor y que al ser percutidas daban sonidos musicales. El laúd tenía de cinco a siete cuerdas. (Esto nos hace pensar en la lira heptacorde de los griegos.) La flauta se componía de dos tubos gemelos. El tamboril tenía la forma de un tonel y estaba cerrado con pieles tensas por ambos lados sobre las cuales colgaban dos pelotas. Por medio de un mango se agitaba el instrumento y las pelotas golpeaban las pieles. La caja de madera era una caja cúbica provista de un mango que la hacía resonar. Con este instrumento se daba la señal para el comienzo del concierto.

El tigre era otro instrumento de madera que tenía en efecto la forma de un tigre acostado. Su lomo estaba coronado por 27 dientes. Se le golpeaba para anunciar el fin de cada trozo de música.

Los órganos de boca se componían de 13 o de 19 tubos fijos en una calabaza, provista de un tubo con embocadura para el músico.

El fénix, según los chinos, es un ave de plumaje variado de todos los colores, con la cabeza de gallo, el cuello de serpiente, el pecho de golondrina, el dorso de tortuga y la cola de pez. Su dimensión supuesta era de un metro.

(87) Los ministros.

(88) El soberano.

(89) El primer feudo confiado a Yu se llamaba Hia, y fue el nombre que tomó toda esta dinastía que reinó desde el año 2204 hasta 1776 a. de J. La tierra de Hia conserva aún el nombre de Yu. Este, como hemos visto, recibió el Imperio de manos de Chuen, a causa de sus méritos extraordinarios.

(90) Esto quiere decir que el emperador había disminuido el tributo a causa de la inundación.

(91) Las seis fuentes de riqueza son la madera, el fuego, los metales, el agua, la tierra y los cereales.

(92) A una distancia de más de trescientos estadios hubiera sido difícil transportar la paja hasta la capital, por lo que sólo ofrecían al emperador el grano en mayor cantidad juntamente con otras dádivas o servicios.

(93) De esta manera formaban los emperadores una cintura de seguridad en torno suyo, que los ponía a cubierto de los ataques del exterior. Los feudos más extensos y más poderosos eran los más lejanos.

(94) Llamábase zona de la paz porque los feudatarios a quienes estaba confiada debían asegurar la paz del Imperio.

(95) Los cinco elementos eran: el agua, el fuego, la madera, los metales y la tierra, que son los principios constitutivos de los seres y los que los proveen de lo necesario para su subsistencia. Como se ve para los chinos el aire no era uno de los elementos fundamentales. La frase del Emperador quiere decir que el príncipe de Hu perjudicaba a sus súbditos negándoles lo necesario para la vida, es decir, los cinco elementos.

(96) El príncipe de Hu había escogido para empezar el año un mes lunar que no era ninguno de los tres acostumbrados *(tcheng, in, tren)*.

(97) El carro de guerra chino era tirado por cuatro caballos provistos de coraza. En cada carro iban tres guerreros con corazas, en la forma siguiente: un arquero colocado a la izquierda, un lancero a la derecha y un conductor en el centro. Cada carro iba escoltado por 72 infantes de los cuales 24 protegían al con-

ductor, 24 al lancero y 24 al arquero. Había además 25 hombres para el servicio de los soldados.

(98) T'ai K'ang era hijo y sucesor de K'i.

(99) Es decir, la dinastía toca a su fin.

(100) Hermano menor y sucesor de T'ai K'ang. Reinó desde el año 2159 hasta el 2146 a. de J.

(101) Se alude a un eclipse de Sol que según los cálculos del P. Gaubil debió verificarse el 12 de octubre del año 2155 a. de J. Un eclipse era considerado en China como el resultado de un combate entre el Sol y la Luna, lucha en la cual uno de los dos astros sucumbía. Para asustar al vencedor y libertar al vencido se hacía sonar en todas partes el tambor y hasta se disparaban flechas al cielo.

En Roma se acudía a prácticas semejantes para socorrer a la Luna.

(102) Según Tchu-Hi cuando el gobierno está bien regulado, el principio luminoso *iang*, representado por el Sol adquiría una gran fuerza y el principio oscuro *in*, se debilitaba. En ese caso la Luna no se atrevía a ponerse delante del Sol y el eclipse quedaba evitado.

(103) La tercera dinastía imperial que reinó de 1766 a 1122 antes de Jesucristo tomó el nombre de Chang porque T'ang, su fundador, descendía de *Sie*, príncipe de Chang y ministro de Instrucción Pública en tiempos de Yao y Chuen.

(104) T'ang, cuyo verdadero nombre era Li-Tsen derrocó a Kie, último emperador de la dinastía de los Hia y se apoderó del Imperio.

(105) Por el discurso se ve que cuando esto decía T'ang no era aún emperador, sino que se disponía a serlo atacando a Kie. Ahora bien, cuando este discurso fue escrito, ya T'chang ocupaba el trono. T'chang, era un rebelde más, que para justificar su rebelión decía haberle dirigido el Cielo.

(106) Como se ve la humanidad no ha cambiado. La promesa y la amenaza han sido en todo tiempo los resortes puestos en juego por los ambiciosos. A continuación veremos cómo T'chang, después de la victoria, teme que le ocurra a él lo propio que a su antecesor y toma para impedirlo toda clase de precauciones.

(107) Es decir, temía que se le acusara de usurpador.

(108) Tchun Huet era ministro de T'chang y naturalmente en su discurso trata de justificar ante todos la conducta de su amo y señor.

(109) En el libro 84 de las Memorias históricas de Sen ma Ts' ien se desarrolla esta misma idea del modo siguiente: «El hombre tiene su origen en el Cielo y nace de sus padres. En sus penas, vuelve a su raíz y así cuando está abrumado por el peso del trabajo, del sufrimiento o de la fatiga, invoca siempre al Cielo. En la enfermedad, el dolor, la pena, la aflicción, llama siempre a su padre y a su madre.»

(110) Cuando el emperador, que es Hijo del Cielo, se dirige al pueblo en calidad de tal, se llama a sí mismo el hombre único y sin igual, pero cuando habla como si estuviera en presencia del rey del Cielo se llama a sí mismo niño pequeño.

(111) I In era ministro de T'ang. Estas enseñanzas iban dirigidas al joven emperador T'ai Kia, nieto y sucesor de T'ang (1753-1720 a. de J.).

(112) La dinastía de los Hia comenzaba el año civil por el segundo mes lunar después del solsticio de invierno. Los Chang comenzaron el año civil un mes antes, por lo cual el duodécimo de los meses del año de los Hia vino a ser el primero del año de los Chang.

(113) El primer ministro acompañaba al nuevo emperador hasta delante de las tablillas del predecesor y le anunciaba solemnemente su advenimiento al trono.

(114) Cuando se habla de oficiales, no sólo se hace referencia a los militares, sino a todos aquellos que ocupaban un puesto oficial.

(115) Es decir, perderás el trono.

(116) Tres años.

(117) La capital. El hecho de devolver a T'ai Kia las vestiduras imperiales obedece a haber expirado los tres años de luto.

(118) Recuérdese lo dicho en una nota anterior. El emperador se llama a sí mismo niño cuando habla dirigiéndose al Cielo.

(119) Es decir, el Imperio.

(120) El templo de los antepasados del emperador se componía de siete salas. En una de ellas estaba la tablilla del más antigua de los antepasados célebres de la familia y allí quedaba para siempre. En las otras seis salas estaban las tablillas de los últimos seis emperadores muertos. Cuando moría otro, para hacer hueco, se quitaba la tablilla del más antiguo de los seis. Ahora bien, cuando un emperador se había señalado por servicios de excepcional importancia, su tablilla permanecía, como recompensa a sus méritos.

Cuando llegó el momento de relegar al edificio común las tablillas de Uen uang y U uang, se añadieron dos nuevas salas al templo, dedicándoselas a perpetuidad.

(121) Tsu-i.

(122) En Keng.

(123) En las ceremonias celebradas en honor de los antepasados, las tablillas de aquellos ministros y oficiales que se habían distinguido estaban colocadas a derecha e izquierda de las de los emperadores. Se creía que sus manes saboreaban los manjares

ofrecidos en el sacrificio en unión de los manes de los emperadores a cuyas órdenes habían servido.

(124) La razón por la cual el emperador quería trasladar a otra región a los habitantes de Keng, era el peligro continuo de inundación.

(125) Cambiando cinco veces de país.

(126) Parece que la región montañosa a donde T'ang trasladó a sus súbditos, para ponerlos a salvo de las inundaciones del río Amarillo, fue la misma tierra de Puó en donde P'an Keng se estableció con los suyos.

(127) A la muerte de P'an Keng reinaron sucesivamente sus dos hermanos *Siao-sin* y *Siao-i*. El primero desde 1373 a 1352 y el segundo desde esta fecha hasta 1324 (a. de J.). *Siao-i* tuvo por sucesor a su hijo Kao-Tsung que murió en 1305.

(128) Cuando moría un emperador, su sucesor dejaba por tres años, que era la duración del luto, la dirección de los negocios públicos al *tchung tsai* o primer ministro, y se encerraba en una cabaña durante veinticinco meses que contaban por tres años. Esta cabaña, orientada al norte, era oscura y convidaba al recogimiento. Cabe pensar si esta medida no era una preparación que el pueblo chino estimaba necesaria para que las virtudes de su nuevo jefe se fortificasen con el aislamiento y la reflexión.

(129) Es decir, que nadie sirve con gusto a un orgulloso.

(130) De esto se desprende que Kao Tsung, a pesar de sus promesas, no siguió los consejos de Iué, su primer ministro. En los siguientes capítulos asistiremos a la desorganización del Imperio, provocada por el mal ejemplo de los emperadores.

(131) Este emperador parece que era un tirano y su ministro Tsu-I le predijo que perdería el trono. Así fue: U-uang, hijo de Uen Uang, vencedor del príncipe de Li, arrojó del trono a Tchen y fundó una nueva dinastía 1122 años a. de J.

(132) El príncipe de Uei se llamaba K'i, y era el hermano mayor del emperador Tcheng, ambos hijos del emperador Ti-i. Como la madre de K'i no era sino esposa de segunda categoría del Emperador cuando nació aquél, fue elegido como heredero del Imperio su hermano menor, porque su madre, antes de que éste (Tcheng) naciera, había sido elevada a la categoría de emperatriz.

(133) El nombre de Gran Maestro se daba a uno de los tres mayores dignatarios del Imperio *(san ku)*. El Gran Maestro era el príncipe de Ki, llamado *Ki-tsen*, y el segundo Maestro, Pi-Kan, ambos hermanos del emperador Ti-i y tíos, por consiguiente, del tirano emperador *Tchen*.

(134) Como el príncipe de Uei fuera el mayor de los hijos del emperador Tsu-i y se distinguiera por su talento y sus virtudes, el príncipe de Ki había aconsejado al Emperador que le designase como sucesor suyo. El Emperador se negó a ello y nombró príncipe heredero a Tcheú. Cuando éste supo lo que el príncipe de Ki había aconsejado a su padre, persiguió con odio a su hermano mayor el príncipe de Uei, por lo cual el parecer del príncipe de Ki fue perjudicial al de Uei.

(135) Siguiendo la exhortación del príncipe de Ki, el de Uei abandonó la corte y se alejó. Pi-Kan fue condenado a muerte y 'Ki a prisión perpetua. Cuando Tchen fue vencido y despojado del trono, el nuevo emperador U-uang sacó al príncipe de Ki y le dijo que se retirase a Corea.

(136) La dinastía de los *Tcheu* (nombre que no hay que confundir con el del último emperador de los In) comienza con U'uang, y va desde 1122 hasta el 255 a. de J. Los emperadores de la dinastía *Tcheú* se decían descendientes de K-i, ministro de Agricultura del emperador Chuen, el año 2250 a. de J.

Esta familia había recibido en feudo las tierras de *T'ai*, llegando con su buena administración a ser amados por sus súbditos. Los príncipes vecinos adoptaron las reformas establecidas por los señores de *Tcheu* (cuyo nombre tomaron de la llanura situadaal pie del monte K'i) y se pusieron bajo su dependencia. De este modo Uen-Uang, que era el príncipe de los Tcheu, en cuyo tiempo ocurrió este acontecimiento, llegó a tener bajo su mando las dos terceras partes del territorio. Aunque no tuvo el Imperio, después de su muerte se le llamó *uang*, es decir, emperador.

(137) El último emperador de la dinastía de los Chang o In fue Chen-sin, a quien después de su muerte calificaron de *Tchen* (cruel).

(138) Fa, que era hijo de Uen-Uang, fue quien derribó a Tchen del trono imperial. Su nombre póstumo es el de U-uang. Aún antes de ocupar el trono el historiador le da el título de emperador porque el cielo le había destinado para el Imperio.

(139) Es decir: al ver que abandonabas al emperador Cheu he juzgado que su administración era mala.

(140) El dia *meu-u* era el vigésimo octavo del primer mes de la primavera.

(141) El príncipe de Uei.

(142) Pi-Kan.

(143) Es decir, «voz del pueblo, voz del cielo».

(144) Cada legión se componía de doce mil quinientos hombres. El emperador disponía de seis; los grandes príncipes, de tres. Como Uuang sólo era príncipe no podía mandar seis legiones, de manera que el historiador ha exagerado.

(145) Tchen al ver que un hombre atravesaba el agua del río en invierno sin parecer que el frío le molestara, se imaginó que unas piernas tan resistentes al frío deberían tener algo de particular y mandó que se las cortasen para examinarlas por dentro.

Pi-Kan había irritado al Emperador con sus exhortaciones y en un momento de cólera exclamó este último: «He oído decir que

el corazón de un sabio tiene siete aberturas.» Y para cerciorarse de ello hizo abrir el corazón de Pi-Kan.

(146) Al príncipe de Kie.

(147) Para divertir a su favorita Ta-Ki había mandado hacer una columna de cobre, la hacía untar de grasa y colocaba al pie de aquélla un brasero. Algunos desgraciados eran obligados a subir a lo largo de la columna y cuando resbalaban y caían en las brasas Ta-Ki reía. Este suplicio se llamaba *P'ao-li* (el tostado).

(148) El 4 del segundo mes.

(149) El gallo es el que debe anunciar el día y no la gallina. De igual modo no es la mujer sino el hombre quien debe administrar los negocios. Alusión a Ta-Ki la favorita de Tcheu.

(150) U-uang.

(151) La ciudad de Hao, en donde el tirano tenía su capital.

(152) El vigésimo octavo del primer mes del año.

(153) El tercer día del segundo mes.

(154) El 4 del segundo mes.

(155) La torre de los Ciervos era un palacio donde el tirano se entregaba a todo género de liviandades. Estaba situada cerca de K'i hien.

(156) El 3 del cuarto mes lunar.

(157) Fung era una ciudad situada a orillas del río de su nombre al nordeste de Singau-fu. Allí tenía su corte el tirano y en ella estaba el templo de los antepasados del vencedor. U-ang, antes de volver a Hao, su capital, fue a Fung para hacer ofrendas a los manes de sus antepasados.

(158) Hijo del anterior.

(159) Es decir, sin hacer grandes esfuerzos.

(160) Ya se ha dicho que fue libertado por U-uang. Por gratitud acudió a responder a las preguntas del Emperador, pero no quiso aceptar puesto alguno en la Corte. Al fin y al cabo el nuevo Emperador había desposeído a su familia. No pudiendo vencer su resistencia el Emperador le cedió la Corea.

(161) Kuen fue relegado al pie del monte Iu.

(162) Del río Lo salió una tortuga en cuya concha estaba trazado un dibujo misterioso. Este dibujo dio al gran Iu la idea de los nueve artículos de la Gran Regla, llamada comúnmente *Escritura* o *Libro de Lo.*

(163) Aquí debe referirse al agua del mar que es la que por evaporación deja que cristalice la sal que en ella está disuelta.

(164) Cuando un manjar es puesto al fuego y se quema toma un gusto amargo, especialmente si ha estado sometido a la acción del humo.

(165) Esto debe ser en sentido figurado, porque, que sepamos, la madera, por el hecho de ser domada, no debe tomar sabor de ninguna clase. Lo mismo decimos del sabor acre del hierro cuando ha sido trabajado. El sabor estíptico es peculiar al hierro oxidado, a la herrumbre. De igual modo ignoramos ese sabor dulce de la tierra por el hecho de ser labrada.

(166) Es decir, dad buenos sueldos o rentas a aquellos a quienes confiéis la Administración, a fin de que sean probos. El sueldo que el Estado chino daba a sus dignatarios se llamaba generalmente *lien fung* o *ian lien in*, es decir, «dinero destinado a mantener la integridad», porque les permitía no recurrir a exacciones para vivir con decoro.

(167) Todo este párrafo es un canto rimado que debió ser popular y que el príncipe de Ki repetía al Emperador.

(168) Una concha de tortuga era cubierta de tinta y expuesta al fuego. El adivino examinaba el aspecto de las fisuras producidas por la tinta al secarse rápidamente y de ello deducía presagios.

Las briznas de aquilea eran 49. Se las mezclaba 18 veces y de la disposición en que quedaban se deducía un agüero.

Había ocho símbolos primitivos.

Estos ocho símbolos primitivos superpuestos dos a dos dan sesenta y cuatro símbolos en los cuales la parte superior se llamaba *kuei*, arrepentimiento, y la parte inferior, *tcheng*, firmeza.

Cada una de estas combinaciones tenía un significado particular que los adivinos interpretaban según reglas determinadas, traduciendo favorablemente cuando la *firmeza* superaba al *arrepentimiento.*

Tres adivinos consultaban a un tiempo cada uno la concha de tortuga y otros tres manipulaban cada uno las 49 briznas de aquilea.

(169) Generalmente llueve cuando la Luna está en la constelación Pi, o sea en las Hyadas, y el viento sopla cuando la Luna está en la constelación Ki (la mano del Sagitario).

(170) El príncipe de Chao, el sabio Cheu, aconseja a U-uang, que no acepte ni los perros ni los caballos de precio, ni los objetos curiosos de los países extranjeros.

(171) El motivo de la pena del Emperador era el pensar que su dinastía, recientemente fundada, podría perecer con él.

La fórmula oficial para anunciar que un emperador estaba enfermo era decir: «No está contento.» Si el enfermo era un príncipe se decía: «No tiene fuerza ni para llevar la trenza.» De un gran prefecto se decía: «No tiene fuerza para guiar sus perros ni sus caballos.» Y de un oficial de menor jerarquía: «No tiene fuerza para llevar un haz de leña.»

(172) Ambos príncipes y ministros de U-uang. El primero había sido nombrado príncipe de Chao y el segundo de Ts'i.

(173) Hijo de Pen-uang y hermano del Emperador. Se vale de un pretexto para ocultar que quiere ofrecer su vida por la de su hermano.

(174) Por respeto se suprimía el nombre del emperador.

(175) Soung, hijo y sucesor de U-uang, no tenía más que 13 años al subir al trono y su tío Tcheu-Kung fue encargado de la regencia. Kuang-Chu, príncipe de Kuan, hermano mayor de Tcheu-Kung, envidioso del honor concedido a su hermano menor, urdió un complot contra él, asociándose a sus otros dos hermanos (Ts'ai-Chu y Huo-Chu), esforzándose en difundir calumnias contra Tcheng-Kung. Este tomó las armas, venció a los rebeldes y condenó a muerte a Kuang-Chu y a U-Keng, hijo del tirano Tcheu, a quien se había otorgado un principado después de la caída de su padre.

(176) Este canto está conservado en el *Chu-King*. El autor, que figura en él bajo el emblema de un ave, compara a U-keng a un buho que le ha arrebatado sus pequeñuelos, es decir, sus dos hermanos, y se esfuerza en destruir el nido, es decir, la dinastía. Se comprende que el Emperador no sólo no censurase sino que agradeciera la enérgica intervención del regente que le había salvado el trono y tal vez la vida.

(177) Tcheu-Kung, regente del Imperio, anuncia al joven emperador Tch'eng-uang que, para cumplir la voluntad del Cielo, va a castigar a U-Keng, quien, apoyado por tres tíos del Emperador, se ha sublevado y pretende restablecer la dinastía de los Chang.

(178) La predicción de la tortuga no era exacta. La revuelta era en el Este, en el principado de U-Keng.

(179) Representada por U-Keng.

(180) Esta enfermedad es la sublevación de los tres tíos del Emperador contra su hermano Tcheu-Kung.

(181) Esto es: los amigos de mi padre, a saber, tres de sus hermanos y el príncipe U-Keng turban la tranquilidad de mis súbditos, que son mis hijos: ¿no deben mis ministros oponerse a la rebelión y volver la paz a mi pueblo?

(182) Quiere decir que esos diez hombres se esforzaron en reemplazar la dinastía de los Chang por la de los Tcheu.

(183) Las cinco grandes dignidades se dividían en tres clases. Los descendientes de los emperadores eran todos Kung. Tch'en uang eleva al príncipe de Uei al rango de Kung de primera clase. Los Kung tenían nueve emblemas representados en sus trajes de ceremonia. Los demás privilegios de su dignidad eran coches adornados, estandartes, ceremonias solemnes, etc.

(184) Al día siguiente al plenilunio.

(185) La ciudad de Lo estaba situada a orillas del río de este nombre, al oeste de la ciudad actual de Ho-nan-fu y fue como la segunda capital del Imperio. Fue fundada en 1109 a. de J.

(186) Las palabras «hijo mío» son una expresión de cariño, porque Kan-chu, llamado Fung, no era joven cuando su hermano U-ang se apoderó del Imperio.

Los comentadores no están de acuerdo acerca de la persona que habla. Los más antiguos pretenden que es Tch'eng-uang a lo cual se les objeta que éste era sobrino de K'ang-chu, que el Emperador era joven y K'ang-chu de bastante edad y por lo tanto no podría llamarle su hermano menor ni su hijo. A eso responden otros comentadores que quien habla es Tchen Kung en nombre del Emperador y no el Emperador en persona.

(187) Es decir, no eres tú quien condena, sino el Cielo por mediación de tí.

(188) Creían los chinos que el olor de las bebidas fermentadas atraía a los espíritus tutelares, es decir, a los manes de los antepasados. Los licores y los manjares, después de haber sido presentados a los antepasados, eran llevados a una sala situada detrás del templo y servidos a los asistentes que bebían y comían en honor a los muertos.

(189) Es decir, escarmentando en cabeza ajena.

(190) Título simbólico. La madera de catalpa es muy apreciada para la carpintería. Todo este capítulo contiene consejos acerca del arte de gobernar. El que gobierna debe imitar al carpintero que trabaja la madera.

(191) El príncipe de Chao, que era uno de los tres principales dignatarios del Imperio, fue ministro de Uen-uang, de U-aung y de Tch'eng-uang. Su nombre póstumo es el de K'ang.

Este príncipe ayudó a Tcheng-Kung a edificar la nueva residencia imperial, llamada Lo, que estaba al oeste de la ciudad actual de Ho-nan-fu. Allí fue donde compuso para el emperador Tch'en-uang esta instrucción titulada Consejo del príncipe de Chao.

(192) La ciudad era cuadrada y estaba dividida en nueve partes también cuadradas. En el cuadro central estaba el palacio del Emperador, al sur de éste se hallaba la corte, el templo de los antepasados y el altar destinado a la Tierra; al norte se hallaba el mercado. Los seis cuadros restantes eran los destinados a las habitaciones del pueblo.

(193) Este cuaderno (Chu) era en donde el Emperador había anotado las dimensiones de los edificios, el número de obreros necesarios, y la cantidad de víveres y de materiales que hacían falta para llevar a cabo la obra.

(194) Es decir, que a pesar de estar en el Cielo no pueden salvar a su descendiente a causa de la mala conducta de éste.

(195) Los sabios chinos creían que la ciudad de Lo era el centro del Mundo.

(196) Como ya hemos dicho, se untaba con tinta la concha de la tortuga y se la exponía al fuego. Cuando la tinta era como absorbida por la concha, el presagio era favorable.

(197) Se llenaba de un licor aromático una especie de cuchara grande formada con un vaso incrustado en una tablilla de jade, y se vertía luego el contenido por el suelo a fin de que, atraídos por el perfume, descendieran los espíritus.

(198) Esto es, que murió.

(199) Después de la derrota sufrida por Tcheu, último emperador de la dinastía de las Chang o In, el vencedor U-uang dejó a U-Keng, hijo del emperador destronado el principado de Iung. Al comenzar el reinado de Tch'eng-uang, hijo de U-yang, U-Keng se sublevó pensando apoderarse del trono, pero fue vencido por Tcheu- Kung, quien obligó a los partidarios del rebelde a abandonar su provincia para residir en Lo o en sus inmediaciones.

(200) Los Tcheu no hicieron lo mismo con los antiguos oficiales de los In que sin duda les eran sospechosos.

(201) La ciudad de Hao.

(202) El nombre póstumo de Tchung-tsung es el de T'aimeu (1537-1462).

(203) El nombre póstumo de Kao-tsung era el de U-ting (1324-1256).

(204) Kao-tsung quiso privar del trono a su hijo mayor Tsu-Keng, en provecho de su otro hijo Tsu-Kia, pero éste, inspirado por ideas de justicia, no quiso lesionar los derechos de su hermano primogénito y fue a ocultarse al campo entre los hombres del pueblo. Tsu-Keng fue reconocido emperador y a su muerte le sucedió Tsu-Kia.

(205) Tch'eng-uang, que era aún muy joven.

(206) El emperador U-ang había encargado a sus tres hermanos, Sien, príncipe de Kuan; Tuo, príncipe de Ts'ai y Tch'u, príncipe de Huo, que vigilasen a U-Keng, hijo del tirano Tcheu, al que habían conferido el principado de Iung, situado en la parte meridional del Uei. Al morir U-uang dejó el Imperio a su hijo Sung (cuyo nombre póstumo es el de Tch'eng-uang) y confió la regencia a su hermano Tcheu-Kung.

Los príncipes Sien, Tuo y Tcheu, envidiosos de su hermano Tcheu-Kung, regente, empezaron a hacer circular calumnias contra él a fin de hacerlo sospechoso al joven soberano. Como no lograron su propósito se unieron a U-Keng y se sublevaron contra el Emperador. El regente Tcheu-Kung, después de vencer a los rebeldes, dio a su sobrino Hu, hijo de Tuo, el principado de su padre.

(207) Ts'i Chu es el nombre de Tuo, que tomaba el de su principado.

(208) Aprovechando la rebelión de U-Keng y de los tres tíos del Emperador, las tribus extranjeras que vivían en las orillas del Hué también se sublevaron. El emperador Tch'eng-uang en persona fue contra ellas y las sometió. A su regreso a Hao, su capital, reunió en la corte gran número de príncipes y de oficiales entre los cuales se hallaban muchos servidores de la antigua dinastía de los In. El regente les habló en nombre del Emperador.

(209) La persistencia de la amenaza prueba que el Emperador, o mejor dicho, el regente, no tenía gran confianza en los funcionarios de la anterior dinastía, trabajados por el deseo de colocar en el trono al Emperador legítimo. Sin duda no estaban muy persuadidos, a pesar de los discursos de Tcheu-Kung, de que fuera el Cielo quien había derrocado a los In.

(210) Estos funcionarios tenían tres clases de servicios: debían servir al Cielo, a la Tierra y a los hombres.

(211) Estos territorios o principados se llamaban Tu. Los concedidos a un ministro de Estado se llamaban king y tai-fu los correspondientes a un gran prefecto o gobernador.

(212) Es decir, los tres dignatarios más elevados. El guardián vela por la conservación de la persona del Emperador; el maestro le enseña a conocer la virtud, y el preceptor le expone los principios de las cosas y le instruye.

Cuando estos funcionarios cumplen bien su misión, la virtud es practicada y el gobierno bien regulado. En consecuencia, el Cielo es favorable y no se produce ningún trastorno en la Naturaleza porque los dos elementos que constituyen todas las cosas están en perfecta armonía.

(213) Los *san-Ku* eran inferiores a los *san-Kung*, pero no les estaban subordinados. Unos y otros tenían una categoría superior a los ministros de Estado, pero no ejercían autoridad alguna sobre éstos, formando una especie de Consejo privado del Emperador.

Los *Kung* explicaban los principios y los *Ku* extendían por todas partes la reforma. Los *Kung* ponían en armonía los dos elementos de las cosas; los *Ku* hacían brillar la acción productora del Cielo y de la Tierra. Los *Kung* exponen los principios al Emperador y los *Ku* le ayudan luego a ponerlos en práctica.

(214) Kiun tch'eng es el nombre del príncipe que después de la muerte de Tcheu-Kung, fue encargado por Tch'en uang de gobernar la ciudad de Lo, segunda capital del Imperio a la que habían sido trasladados los antiguos funcionarios de la precedente dinastía. El comentarista Tcheug-K'ang-tch'eng dice que Kiun tch'eu era hijo de Tcheu-Kung.

(215) Como se ve el amor y el respeto a los padres era la base de toda la organización china. El padre chino tenía muchos puntos de semejanza con el *pater familiae* romano.

(216) Sintiendo próxima la muerte, el Emperador Tch'eng-uang convocó a sus ministros y les dirigió sus últimas recomendaciones.

(217) El 16 del mes lunar.

(218) Para llegar a los departamentos particulares del Emperador había que cruzar cinco grandes patios que estaban unos a

continuación de otros en la dirección de Sur a Norte. Cada uno de ellos estaba cerrado por muros y edificios.

La puerta del primer patio, entrando por el Sur, se llamaba Kaomen, o sea la *puerta del tambor* porque en ella había realmente un tambor (Kao). La puerta del segundo patio se llamaba Tcheu-men o *puerta del faisán* porque en ella había faisanes representados. La del tercer patio llamábase K'u-men o *puerta de los almacenes* y también Tchung-men o *puerta del centro.*

La cuarta puerta se llamaba, como la primera, *puerta del tambor* (*ing men,* de *ing,* tambor, lo mismo que Kao), y lo mismo la quinta (*lu-men,* de *lu,* tambor).

El quinto patio estaba dividido en dos partes por un edificio en el cual se hallaba el gran salón de audiencia (*t'ang*). En el fondo de la parte septentrional estaban las habitaciones ordinarias del Emperador (*tcheng t'sing*). Detrás de las habitaciones del Emperador estaban las de la emperatriz. En los extremos había piezas cuyas ventanas daban al mediodía.

Al sur de la sala principal o *t'ang* había una elevada plataforma a la cual se subía por dos escaleras situadas una al lado occidental *(si-kin)* por la cual subían los visitantes o los huéspedes y otra del lado oriental reservada al Emperador.

A cada extremo de la sala principal había un edificio llamado Siú. El que se hallaba en la parte occidental tenía sus ventanas al Este y el del otro extremo las tenía al Oeste.

Entre la sala principal y la puerta mayor *(lu-men)* había un patio.

Todos los preparativos para los funerales se hacían en el patio y en los edificios que estaban al norte de la quinta puerta.

(219) Cuando el Emperador daba audiencia a los príncipes, se levantaba un dosel entre la puerta y la ventana que daba al norte y además se instalaba una especie de biombo en el cual las hachas, símbolo del poder, estaban representadas en blanco y negro. Bajo el dosel se extendía una triple capa de esteras y sobre ellas se colocaba un escabel. El Emperador se sentaba en las esteras y se apoyaba contra el escabel, con el rostro vuelto hacia el mediodía. El biombo estaba colocado detrás de él.

(220) Cuando el Emperador se ocupaba en los asuntos públicos se sentaba en la extremidad occidental de la sala. Cuando ofrecía un banquete a los ancianos o a los funcionarios se sentaba en la extremidad oriental. Para tratar en particular con los miembros de su familia se sentaba frente al edificio occidental. Siempre tenía vuelto el rostro hacia el mediodía.

Antes de publicar las últimas voluntades del Emperador difunto se preparaban esteras en los cuatro sitios en donde aquél tenía costumbre de sentarse. Se suponía que su alma estaba presente en la ceremonia, pero se ignoraba en cuál de esos cuatro sitios quería encontrarse.

(221) Este dibujo llamado Ho-tu se le apareció a Fu hi sobre el lomo de un caballo-dragón que salió del río Amarillo.

(222) Estas conchas (Ta pei) estaban dispuestas de tal modo que tenían la forma y la dimensión de la llanta de una rueda.

(223) El gran tambor ten'a ocho *tcheu* de largo (1,60 metros).

(224) Hábiles menestrales de la antigüedad.

(225) Había en la corte imperial cinco clases de coches: el coche adornado con piedras valiosas o coche grande reservado al Emperador; el coche con ornamentos de oro destinado a los príncipes del mismo apellido que el Emperador; el coche con adornos de marfil, destinado a los príncipes que no tenían el mismo apellido que el emperador; el coche cubierto de cuero reservado a los príncipes vecinos de las fronteras; el coche de madera barnizada sin adorno alguno destinado a los príncipes de los países tributarios más lejanos.

(226) El gorro *(tsio pien)* era de cuero y de color de la cabeza del gorrión macho. El de color leonado era de piel de ciervo.

(227) El gorro de ceremonia *(mien)* era privativo del Emperador, de los príncipes y de los ministros de Estado.

(228) La lanza *Kuo* tenía además de la punta principal otra lateral recurvada. Las otras dos lanzas *(kuei* y *kiu)* eran una especie de tridentes.

(229) Como el joven emperador no se consideraba aún dueño del Imperio, subía por la escalera de los huéspedes. Sus vestidos eran los que el Emperador llevaba cuando hacía ofrendas a sus antepasados. Los trajes de los ministros eran los que vestían cuando acompañaban al Emperador a dichas ceremonias y eran un término medio entre los de fiesta y los de luto.

(230) Este molde *(Mao)* era una placa tallada en hueco con arreglo a la cual hacía grabar el Emperador las tablillas que entregaba a los príncipes como signo distintivo de su jerarquía. Este molde era cuadrado y tenía ocho centímetros (cuatro ts'uen) de lado.

El gran guardián y el gran maestro de ceremonias representan al difunto y por ello suben por la escalera del dueño de la casa. Van a entregar al nuevo Emperador los atributos del Imperio.

(231) Generalmente el que había ofrecido una libación bebía el resto del líquido que había quedado en el fondo de la copa. Era como un honor y una prenda de buena suerte que recibía del espíritu a quien había ofrecido la libación.

(232) Fung estaba a 25 estadios al oeste de Hao, y allí se encontraba el templo de los antepasados de la familia imperial. En dicho templo confería el Emperador la investidura a los príncipes y otorgaba las recompensas. Por esta razón fue el Emperador a Fung, a fin de investir al príncipe de Pi del mando sobre todos los príncipes del Este.

(233) Los chinos fijaban el borde de sus túnicas debajo del sobaco derecho. Los bárbaros tenían la costumbre contraria.

(234) El emperador Mu-uang nombró ministro de Instrucción

Pública a Kum-ia, cuyo padre y abuelo habían desempeñado el mismo puesto.

(235) Los nombres de todos aquellos que prestaban servicios señalados eran inscritos en el gran estandarte del Emperador.

(243) Pe-king era príncipe de Lu e hizo de Tcheu-kung. La ciu- conductores de sus carrozas.

(237) El príncipe de Liú era ministro de Justicia v por orden del Emperador publicó las presentes instrucciones relativas al empleo de los castigos.

Téngase en cuenta que, a pesar de sus protestas de virtud, el emperador Mu-uang había despilfarrado en viajes inútiles todo el tesoro imperial. En esta época tenía cien años, su razón se debilitaba y esta será la única excusa que pueda presentar ante el tribunal de la Historia para explicar estas instrucciones en las cuales se autoriza la redención de las penas mediante una suma de dinero.

(238) El pueblo oprimido, no encontrando protección en la Tierra, recurrió a los espíritus y los evocaba a cada momento por medio de sacrificios. Tch'ung y Si, encargados por el Emperador de evitar este comercio con los muertos, decretaron que sólo el Emperador sacrificaría al Cielo y a la Tierra, a los príncipes, a las montañas y a los ríos y que las evocaciones de los espíritus quedarían reservadas a aquellos que tuvieran un cargo especial.

(239) Las tres virtudes de un buen juez son: una indulgencia exenta de abandono, una severidad moderada y una rectitud inflexible.

(240) Habiendo perecido a manos de los bárbaros occidentales el emperador Iu-uang (770 a. de J.), su hijo I-kin le sucedió, siendo investido del Imperio por Uen, príncipe de Tsin y por U, príncipe de Tcheng. El nuevo Emperador trasladó su sidencia a Lo, que era la capital oriental y dio al príncipe de Uen un feudo situado junto a Lo y el título de jefe de los príncipes vecinos.

(241) Ping-uang es el nombre póstumo del emperador Iu-uang.

(242) I-huo era el nombre del príncipe de Uen.

(243) Pe-king era príncipe de Lu e hijo de Tcheu-kung. La ciudad de Pi estaba situada a 20 estadios o *li* de la actual ciudad de Pi-hien.

(244) Mu, príncipe de Ts'in, por instigación de Ki-tsen, pero contra la opinión de Kien-chu y de otros ministros viejos y experimentados, quiso apoderarse por sorpresa de la capital de Tcheng. Envió para ello generales que fueron derrotados y hechos prisioneros. En estas declaraciones manifestó su pesar por no haber seguido los consejos de hombres de experiencia.

(245) Es decir, temo no tener tiempo de reparar mis faltas.

(246) El *King* o «Libro por excelencia», formado de un sólo capítulo, contiene las palabras de Kungtsé (Confucio), que su

discípulo Thseng-tsé adaptó en las diez secciones o capítulos que van a continuación, formados con sus ideas recopiladas por sus discípulos. Las tablillas de bambú de las antiguas copias habían sido reunidas de un modo defectuoso y confuso; por ello, Thseng-tsé las puso en orden y corrigió de acuerdo con la verdadera composición del libro, del modo que va a continuación.

(247) Es cuanto resta del quinto capítulo del Comentario. Explicaba lo que se debe entender por «perfeccionar los conocimientos morales, penetrando los principios de las acciones». Según Tching-tsé (otro de los comentadores del *Ta hio*) quiere decir que debemos entregarnos a una investigación profunda de las acciones v escrutar a fondo sus principios o su razón de ser, pues la inteligencia espiritual del hombre no es incapaz, evidentemente de «conocer»; y los seres de la Naturaleza, así como las acciones humanas, no dejan de tener un principio, una causa o una razón de ser. Ahora bien, estos principios, estas causas, estas razones de ser no han sido aún sometidas a investigaciones suficientemente profundas. Por esta razón, la ciencia de los hombres no es completa y absoluta; y a causa de ello, el «Gran Estudio» empieza por enseñar a los hombres que aquellos de entre ellos que estudian la filosofía moral, deben someter a una larga y profunda investigación a los seres de la Naturaleza y las acciones humanas, con objeto de que partiendo de lo que ya saben sobre los principios de las acciones, puedan aumentar sus conocimientos y penetrar en su naturaleza más íntima. Aplicándose de este modo a ejercer toda su energía, todas sus facultades intelectuales durante mucho tiempo, se llega un día a tener un conocimiento, una comprensión íntima de los verdaderos principios de las acciones; entonces, la naturaleza intrínseca y extrínseca de todas las acciones humanas, tanto su esencia más sutil, como sus principios más groseros, son penetrados, y todos los principios de las acciones se tornan claros y evidentes a nuestra inteligencia ejercitada convenientemente mediante esfuerzos sostenidos. He aquí lo que quiere decir «la penetración del principio de las acciones»; he aquí lo que quiere decir «la perfección de los conocimientos morales».

(248) El *Ho-kiang* dice a este efecto: «La fortuna del príncipe depende del Cielo y la voluntad del Cielo existe en el pueblo. Si el príncipe obtiene el afecto y el amor del pueblo, el Muy Alto lo verá con complacencia y le afirmará en su trono; pero si pierde el afecto y el amor del pueblo, el Muy Alto le mirará con cólera y perderá su reino.»

(249) Es decir, en las doce provincias *(Tcheu)* en las cuales estaba entonces comprendido el Imperio chino.

(250) Montaña de la provincia del Chen-si.

(251) Un reino de mil carros es un reino feudatario cuyo territorio era bastante grande como para poder equipar mil carros de guerra.

(252) Emplearé en lo sucesivo esta palabra para traducir el nombre chino *Tsé* (filósofo, maestro) cuando esté solo; término con el que se calificaba en China a los que se entregaban al estudio y a la sabiduría, y cuyo jefe y modelo fue Khung-Fu-Tsé, Kungtsé o Confucio.

(253) En virtud de los ritos se permitía a los emperadores tener ocho compañías de músicos en las fiestas; a los príncipes, seis, y a los *ta-fu* (ministros), cuatro. *Ki-chi* usurpaba el rango de emperador.

(254) Tan sólo el emperador podía sacrificar en el monte *Tai-chan.*

(255) El mismo nombre del castaño, *il*, significa temer.

(256) Literalmente: «todo lo que está bajo el cielo» (*Thian-hia*, el Mundo).

(257) Tal es el sentido de las dos palabras chinas *mu-to* (campanilla con badajo de madera), de que se servían los heraldos en los antiguos tiempos para reunir a la multitud con objeto de darla a conocer un mensaje del príncipe. El texto dice literalmente: «el Cielo va a tomar a vuestro maestro para hacer de él una campanilla con badajo de madera». En la traducción queda parafraseado para hacer más comprensible su sentido.

(258) Emplearé en adelante el término «humanidad» para traducir el signo chino *fin*, que comprende todas las virtudes referente a aquella palabra (amor al prójimo).

(259) Vaso *(hu-lien)* ricamente adornado, que se usaba para poner el grano en el altar de los antepasados.

(260) Dos trozos de carne salada y secada al sol (cecina).

(261) El heredero del trono.

(262) Los príncipes o potentados que gobernaban el reino *(Tchu-hi).*

(263) Este uso se ha mantenido en China hasta nuestros días, según atestiguaron las relaciones de las embajadas europeas en la corte del emperador de aquel país.

(264) Instrumento de música llamado *sse* en chino.

(265) *Kuan*, gorro que el padre daba a su hijo cuando cumplía los veinte años.

(266) Río situado al sur de la ciudad de Ku.

(267) Lugar para pasar los años de luto.

(268) En lugar de estar en un ángulo de la habitación, como convenía a un joven.

(269) En vez de marchar detrás de ellos.

(270) Era costumbre renovar el fuego en cada estación.

(271) Tío de Cheu-sin, así como Pi-kan, a quien el primero hizo perecer de la manera más cruel.

(272) Vei-tsé, Ki-tsé y Pi-kan.

(273) Sobre Mengtsé (Mencio), véase la nota 10.

(274) Pequeño Estado de China en tiempo de Mencio, cuya capital se llamaba Ta-liang. En vida, este rey se mallaba Vei-ying; después de su muerte se le llamó Liang-hoei-vang, es decir, rey bienhechor de la ciudad de Liang.

(275) Un gran vasallo dueño de un feudo de mil *li*, cien leguas cuadradas. El jefe de una familia de cien carros de guerra era «ta-fu» o gran dignatario.

(276) Era tomar la décima parte, que venía a ser la porción corriente del impuesto público.

(277) Hy en China variedades de perros que se comen.

(278) El reino de Tseu era pequeño; el de Thsu, grande.

(279) Literalmente, campanillas, tambores, flautas y otros instrumentos de música.

(280) *Lieu*, fluir. En sentido figurado, abandonarse a la corriente de los placeres, a las voluptuosidades, etc.

(281) Sitio donde los emperadores de Tcheu, cuando visitaban la parte este de su Imperio, recibían los homenajes de los príncipes vasallos. Quedan aún algunos vestigios del tiempo de los *Han.*

(282) La palabra china que traduzco por «tirano» es «tsan». Esta palabra, o signo, se compone del radical genérico «perverso», «cruel», «vicioso», y de «dos lanzas», que designan los medios violentos empleados para hacer el mal y ejercer tiranía.

(283) Mencio era pobre cuando perdió a su padre; pero cuando murió su madre era rico y gran funcionario público. Por ello la diferencia entre ambos funerales.

(284) No hay sino tres generaciones entre ellos. Las tablas cronológicas chinas colocan el último año del reinado de Vu-ting, 1266 años antes de nuestra Era, y el primero de Cheu-sin en 1154.

(285) Mencio quiere que los príncipes dependan de los sabios y de los hombres esclarecidos y no lo contrario. Eleva la dignidad de la virtud y de la ciencia, colocándola, como han querido siempre los filósofos y los hombres eminentes a causa de su saber, sobre los rangos heredados y los poderes arbitrarios ante los que sólo se inclinan los incapaces y los necios.

(286) Es decir, morar de nuevo en el reino de *Thsi*, donde su doctrina sobre la manera de gobernar no había sido admitida.

(287) Designa los emolumentos de la dignidad de *King*, primer madarín, que había rehusado.

(287) Sueldos descontados sobre los ingresos reales, y concedidos a los hijos y nietos de los que habían sido ilustres a causa de sus méritos y acciones en el Estado.

(289) Del mediador. Los matrimonios se solían hacer en China valiéndose de mediadores o de casamenteras, por lo general reco-

nocidos como de tal oficio; en todo caso, si no oficiales siempre, sí siempre oficiosos.

(290) *Li-leu*, hombre que vivía en tiempo de *Hoang-ti*, famoso por su vista extraordinariamente penetrante.

(291) Hombre del reino de *Lu*, de extremada inteligencia para las cosas mecánicas y manuales. Había construido para guiar el carro de su madre un cochero mecánico de madera.

(292) Es mediante medidas generales útiles a todos, y no mediante beneficios particulares como el hombre de Estado debe dar pruebas de su buena administración.

(293) *Tchung-kue*, es decir, el reino soberano que se hallaba colocado en medio de todos los demás reinos feudatarios. Véase la nota 32.

(294) Para el filósofo chino las intenciones del Cielo concernientes a la sucesión del Imperio se manifiestan mediante el voto popular que se realiza de tres modos: la adhesión de los grandes vasallos; la del común del pueblo, que se escoge el dispensador de la justicia, y, en fin, los cantos de los poetas, que sancionan, por decirlo así, las dos primeras formas de voto y las transmiten a la posteridad.

(295) Hombre de sabiduría reconocida y primer magistrado del reino de Vei.

(296) *Thian-tsé*, Hijo del Cielo, «el que tiene por padre al Cielo; por madre, la Tierra, y que se ha constituido su hijo, es el *hijo del cielo*, el Emperador.» *Kung* (duque), aquel cuyas funciones consisten en darse completamente al bien público, sin preocuparse de su interés particular. *Hen* (príncipe), aquel cuyas funciones consistían en vigilar los asuntos exteriores. *Pe* (conde), el que tenía poderes suficientes para educar a los ciudadanos. *Tsé* (marqués), el que se ocupaba de lo relativo a los víveres. *Nan* (barón), el que ejercía funciones de policía y velaba por la tranquilidad pública. *Kiun* (príncipe), aquel cuyas proclamas bastaban para corregir y enderezar al pueblo. *King*, el que daba y retiraba los empleos públicos. *Tafu*, el que mediante su saber instruía y administraba a los ciudadanos. *Chang-ssé*, aquel cuyos talentos bastaban para arreglar los asuntos de los ciudadanos. *Tchung-ssé*, constituido por dos mandos. *Hia-see*, constituido por un mando.

(297) Son los reyes y los príncipes quienes invitan a los sabios a su corte, ofreciéndoles ricos presentes, a lo que aquí se refiere la pregunta.

(298) La glosa dice: «Esto significa tan sólo que no se oponía a esta costumbre; pero no que él mismo la pusiese en práctica.»

(299) Hasta los últimos emperadores hubo caminos destinados únicamente al servicio del emperador y de su corte.

(300) Era un magistrado del reino de Thsi en tiempos del príncipe Ven-kong. Se hizo célebre a causa de su arte consumado para preparar los manjares de cocina.

(301) Joven muy bello, cuya hermosura es celebrada en el *Libro de los Versos*.

(302) «Montaña de los bueyes», en el reino de Thsi.

(303) Dos árboles muy hermosos, cuya madera es muy estimada.

(304) Una de las seis ceremonias del matrimonio. El marido debía de ir al encuentro de su mujer al entrar en la morada.

(305) Parte ocupada por las mujeres.

(306) Doctor que cuando los reinos estaban en guerra los recorría ofreciendo sus servicios y propalando sus conocimientos.

(307) Dos hombres que siendo ministros del rey de Thsi habían sido muertos en un combate por Kiu.

(308) Xenofón habla en «De lo económico» de la conducta semejante que empleaban los reyes persas con sus sátrapas (véase mi traducción en los obras de este autor publicada en la colección «Tesoro Literario»).

(309) *Notht pulli sunt optimi*, decía nuestro Columela.

(310) Su elevación como jefe de los grandes vasallos de las provincias occidentales del Imperio.

(311) «Que nadie sin tener méritos reciba dones del príncipe.» Este pensamiento antiguo equivale a la expresión moderna: «Que nadie coma si no produce.»

(312) *Tchung-tsé* se consagraba exclusivamente a la equidad descuidando las demás virtudes: abandonó a su madre y a su hermano mayor, rechazó un empleo y un sueldo del rey de Thsi, y a causa de todo ello recibió reproches.

(313) Igual que Eneas salió de Troya llevando a Anchises, su padre, a cuestas.

(314) Es decir, que nada se parece tanto a un príncipe reinante como otro príncipe reinante; porque uno y otro tienen las mismas costumbres, el mismo séquito y el mismo género de vida. Tal vez incluso, si eran amigos, la misma mujer, de admitir los chinos el dicho griego que Platón pone en boca de Sókrates en el *Lisis*, «entre amigos todo es común».

(315) Hace alusión a los derechos e impuestos injustos que ciertos príncipes imponían a los viajeros y mercancías que llegaban a sus territorios, tales los pasaportes y derechos de aduanas actuales.

(316) *Chang-kung*, hostería para los viajeros distinguidos.

(317) El reino de Lu era la patria de Kungtsé, y el de Tseu, la de Mencio; ambos reinos estaban casi contiguos.

INDICE

Págs.

Noticia preliminar 7
El Chu-King 41
El Ta Hio o El Gran Estudio 217
El Tchung-Yung o La Invariabilidad en el Medio. 232
El Lun Yu o Conversaciones Filosóficas 263
Chang-Lun.—Primer libro 263
Hia-Lun.—Segundo libro 312
Mengtsé (Mencio) 371
Primer libro 371
Segundo libro (Hia-Meng) 462
Notas 585